



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

EL GLADIADOR

SIMON SCARROW



LIBRO IX DE
QUINTO LICINIO CATO

se

Tras sus peripecias por Palmira («Centurión»). Macro y Cato regresan por mar a Roma cuando una inesperada y violentísima tormenta los lanza a un escenario dominado por el caos. Creta acaba de ser víctima de un terremoto devastador que ha acabado con casi toda autoridad romana en la isla, y sus habitantes intentan sobrevivir como pueden en un ambiente dominado por la miseria, la violencia y la anarquía. Cuando Macro y Cato intenten tomar las riendas de la situación e imponer un mínimo control sobre la situación, descubrirán que el hambre, el riesgo de epidemias y las carencias de personal sanitario suficiente son sólo males menores. Un viejo «amigo» de los dos oficiales romanos, convertido ahora en un veterano gladiador, ha encontrado en este desorden una oportunidad excelente para liderar un levantamiento de esclavos que no tienen nada que perder y mucho que ganar. Los problemas para Macro y Cato se acumulan.



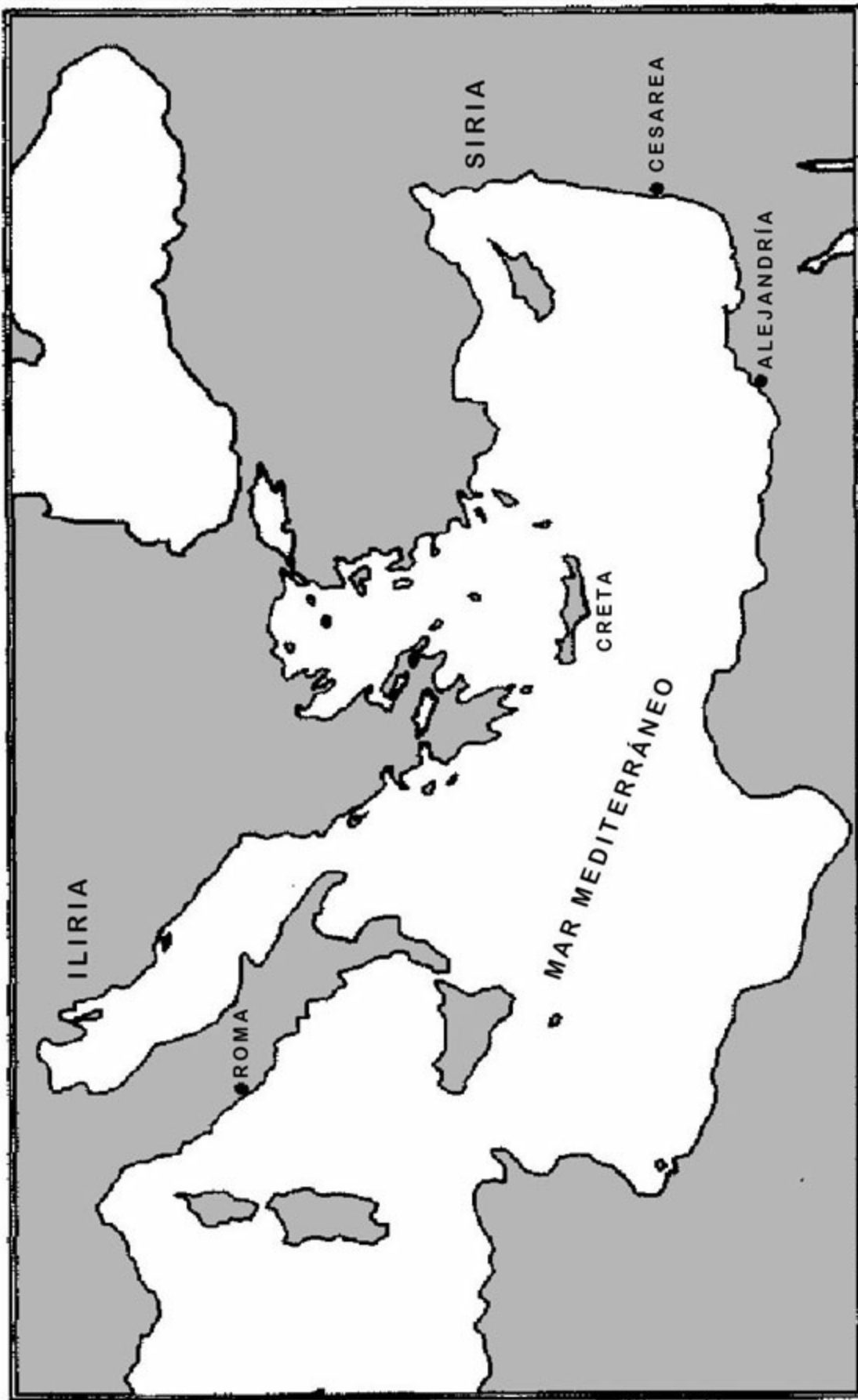
Simon Scarrow

Gladiator

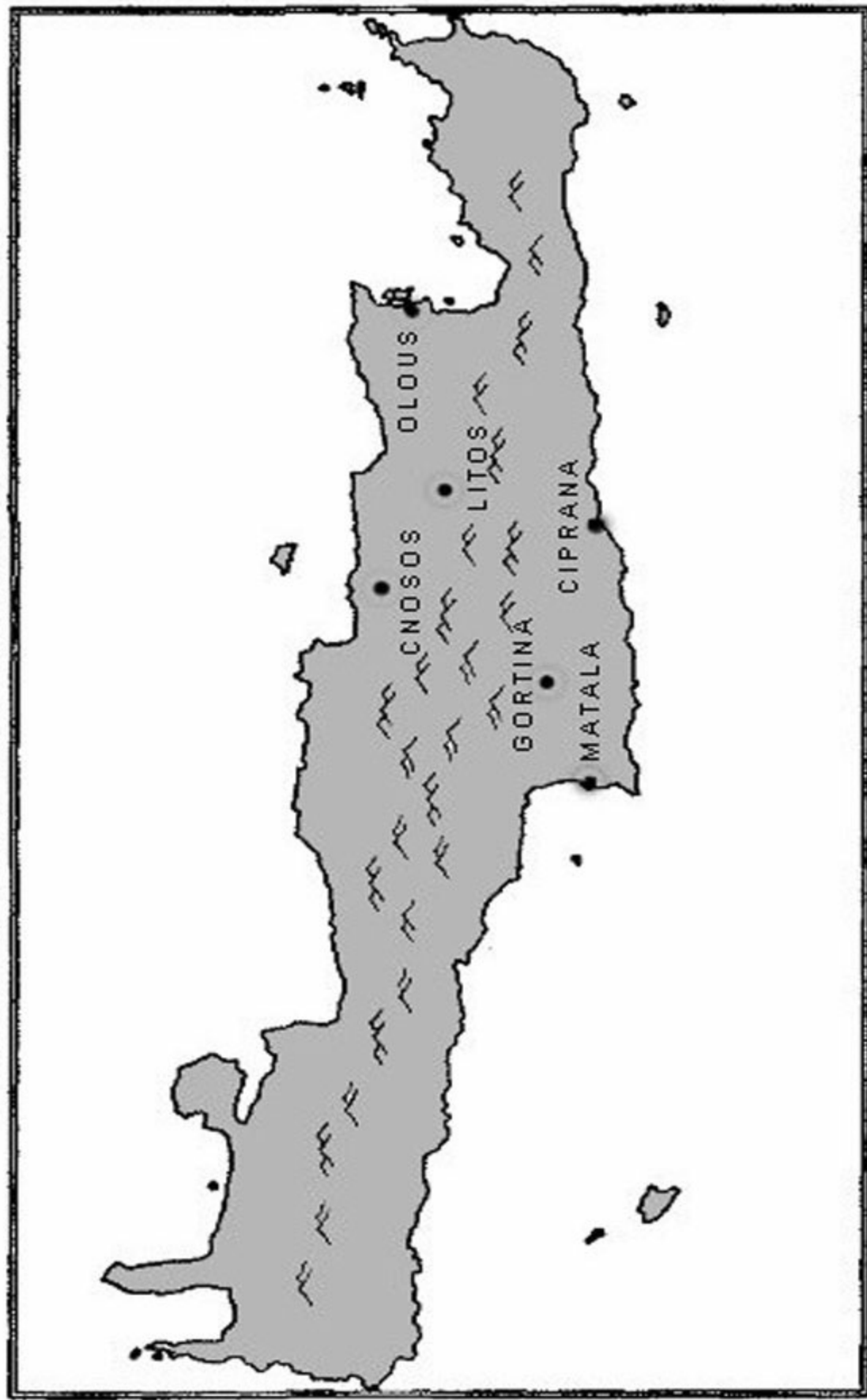
Serie Águila - 9

*Este libro es para Mick Webb y
el personal de la escuela primaria Stoke Holy Cross.
Gracias por todo lo que habéis hecho por mis hijos, Joe y Nick.*

EL CORAZÓN DEL IMPERIO ROMANO EN EL AÑO 49 D.C.



PROVINCIA ROMANA DE CRETA



Capítulo I

—Deberíamos llegar a Matala en la próxima bordada —anunció el capitán desde el través de estribor en tanto que, protegiéndose los ojos de la luz, contemplaba la costa de Creta bruñida por el sol de media tarde. Lo acompañaban en cubierta algunos de sus pasajeros; un senador romano, su hija y dos centuriones que se dirigían a Roma. Habían embarcado los cuatro en Cesárea junto con la sirvienta de la hija, una joven de Judea. El capitán estaba orgulloso de su embarcación. El *Horus* era un viejo barco de Alejandría retirado de la flota que transportaba grano por el Mediterráneo hasta Roma. A pesar de sus años, seguía siendo una nave sólida, estaba en buenas condiciones para navegar y el capitán poseía experiencia y seguridad suficientes como para alejarla de tierra cuando era necesario. Por lo tanto, al zarpar del puerto de Cesárea el *Horus* había puesto rumbo a alta mar y al cabo de tres días habían avistado la costa de Creta.

—¿Llegaremos a Matala antes de que anochezca? —preguntó el senador.

—Me temo que no, señor —respondió el capitán con una débil sonrisa—. Y no voy a intentar tomar tierra de noche. La bodega del *Horus* va llena y el barco tiene mucho calado. No puedo correr el riesgo de encallar en las rocas.

—Entonces, ¿qué haremos esta noche?

El capitán frunció los labios unos instantes.

—Tendremos que permanecer alejados de la costa, ponernos al paio hasta que amanezca. Lo cual significa que perderé un día, pero es inevitable. Será mejor que ofrezcamos una plegaria rápida a Poseidón para poder recuperar el tiempo perdido una vez dejemos atrás Matala.

El centurión de más edad soltó un suspiro de frustración.

—¡Malditos viajes por mar! Siempre se complican. Deberíamos haber tomado la ruta terrestre.

El otro oficial, un hombre alto y delgado con una mata de pelo oscuro y rizado, se echó a reír y dio una palmada en el hombro a su robusto compañero.

—¡Pensaba que el impaciente era yo! Tranquilo, Macro, que aun así todavía llegaremos a Roma mucho antes de lo que lo haríamos si hubiéramos viajado por tierra.

—Por lo visto has cambiado de parecer. Creía que el que odiaba el mar eras tú.

—No le tengo mucho cariño, ciertamente, pero tengo motivos para querer llegar a Roma cuanto antes.

—No me cabe duda. —El centurión Macro le guiñó un ojo y señaló a la hija del senador con un leve movimiento de la cabeza—. Será un placer recibir un nuevo destino y volver con las legiones de forma permanente. ¡Saben los dioses que nos lo hemos ganado con creces, Cato, amigo mío! Dos años en la frontera oriental. Me he hartado de calor, sed y arena. Quiero que mi próximo destino sea un buen chollo en algún lugar de la Galia. Un sitio en el que pueda descansar un poco.

—Eso lo dices ahora —replicó Cato, riéndose—. Pero te conozco, Macro. No pasaría ni un mes antes de que te volvieras loco de tedio.

—No sé. Me gustaría volver a servir como soldado de verdad. Para mí se ha terminado eso de hacer el trabajo sucio del palacio imperial.

Cato asintió con sentimiento. Desde que llevaran a cabo su primera misión para Narciso, el

secretario privado del emperador y jefe de la red de espionaje imperial, Macro y Cato habían tenido que hacer frente a toda suerte de peligros, aparte de los riesgos habituales que comporta el hecho de ser soldado. A Cato se le endureció el semblante.

—Me temo que eso es algo que escapa a nuestro control. Cuantos más problemas resolvamos, más posibilidades hay de que vuelvan a llamarnos.

—No será verdad... —masculló Macro—. Mierda...

Entonces recordó la presencia del senador y de su hija, los miró con expresión de disculpa y carraspeó.

—Lo siento, señorita. Os pido excusas.

El senador sonrió.

—Estos últimos meses hemos oído cosas peores, centurión Macro. De hecho, creo que me he acostumbrado bastante a la rudeza de los soldados. De no ser así no podría haber tolerado la atención que Cato ha estado dispensándole a mi hija, ¿no te parece?

La muchacha esbozó una sonrisa burlona.

—No te preocupes, padre. Puedes estar seguro de que lo domesticaré.

Cato sonrió cuando ella lo tomó del brazo y le dio un apretón cariñoso. El capitán los miró y se rascó el mentón.

—Así pues, ¿vas a casarte, señorita Julia?

—En cuanto regresemos a Roma —asintió ella.

—¡Vaya, hombre! ¡Yo que tenía la esperanza de pedir tu mano! —bromeó el capitán. El hombre observó brevemente a Cato. El rostro del centurión no estaba marcado por las cicatrices que se solían ver en las caras de los soldados veteranos. Además, era de lejos el centurión más joven que había visto el capitán de barco griego, pues apenas tendría veinte años, y no pudo evitar albergar dudas de que una persona como él pudiera haber ascendido a semejante rango de no ser gracias al patronazgo de algún amigo poderoso. No obstante, las condecoraciones que el centurión llevaba prendidas en el arnés daban testimonio de hazañas verdaderas conseguidas con mucho esfuerzo. Estaba claro que el centurión Cato era mucho más de lo que el capitán había pensado en un principio. Por contraste, el centurión Macro se ajustaba al patrón del combatiente duro. Era una cabeza más bajo que el otro, pero poseía la constitución de un toro y unas extremidades muy musculosas en las que se apreciaban claramente varias cicatrices. Tendría unos quince años más que su compañero, un cabello oscuro muy corto y unos ojos castaños de mirada penetrante, si bien las arrugas de su rostro insinuaban una vena divertida, en caso de presentarse la ocasión adecuada.

El capitán volvió de nuevo su atención hacia el oficial más joven con un poquito de envidia. Si contraía matrimonio en el seno de una familia senatorial, el centurión Cato tendría el porvenir asegurado. Tendría a su disposición dinero, posición social y ascenso profesional. Dicho esto, al capitán le resultaba evidente que el cariño entre el joven centurión y la hija del senador era auténtico. Todos los días contemplaban la puesta de sol desde cubierta, abrazados el uno al otro y dirigiendo la mirada más allá de las olas centelleantes.

A medida que se aproximaba la noche, el *Horus* fue avanzando en paralelo a la costa y pasó frente a una de las bahías con las que el capitán ya estaba familiarizado tras largos años de servir a

bordo de naves mercantes que surcaban todo lo largo y ancho del Mediterráneo. El sol se iba deslizando bajo el horizonte y teñía de un dorado brillante los bordes de los montes y colinas de la isla, que hizo que quienes estaban en cubierta miraran hacia la costa. Cerca del mar había una extensa finca agrícola, y con la puesta de sol, largas filas de esclavos regresaban de su trabajo en los sembrados, las huertas de frutales y las viñas. Avanzaban arrastrando los pies pesadamente, conducidos de nuevo a su recinto por unos capataces armados con látigos y garrotes.

Cato notó que Julia temblaba a su lado y se volvió a mirarla.

—¿Tienes frío?

—No. Es por eso —señaló a los últimos esclavos que entraban en el recinto, cuyas puertas se cerraron y atrancaron a continuación—. Es una vida terrible para cualquiera.

—Pero vosotros en casa tenéis esclavos.

—Por supuesto, pero en Roma están muy bien atendidos y poseen cierto grado de libertad. No como esos pobres desgraciados a los que hacen trabajar duro desde el alba hasta el anochecer y que no reciben mejor trato que los animales de granja.

Cato se quedó un momento pensando y respondió:

—Es el destino de todos los esclavos. Tanto si trabajan en fincas como ésta, en las minas o en las obras de construcción. Sólo una pequeña parte de ellos tienen la suerte de vivir en casas como la vuestra, o siquiera de tener la oportunidad de recibir adiestramiento en las escuelas de gladiadores.

—¿Gladiadores? —Julia lo miró con las cejas enarcadas—. ¿Eso es tener suerte? ¿Cómo se podría considerar afortunado a alguien víctima de semejante destino?

Cato se encogió de hombros.

—El entrenamiento es duro, no lo negaré, pero en cuanto lo terminan no lo tienen tan mal. Sus propietarios los cuidan bien y los mejores luchadores amasan pequeñas fortunas y disfrutan de la buena vida.

—Siempre y cuando sobrevivan en la arena...

—Cierto, pero no se arriesgan más que cualquier soldado de las legiones y, sin embargo, llevan una vida mucho más desahogada que la mayoría de ellos. Si viven lo suficiente, los gladiadores pueden ganar su libertad y retirarse siendo hombres ricos. Pocos soldados llegan a conseguir eso.

—¡Eso es una verdad como un templo! —rezongó Macro—. Me pregunto si será demasiado tarde para convertirme en gladiador.

Julia se lo quedó mirando.

—No puedes decirlo en serio...

—¿Por qué no? Si voy a matar a gente, ya puestos, que me paguen bien.

El senador Sempronio se rió al ver la expresión indignada de su hija.

—No le hagas caso, hija mía. El centurión Macro está de broma. Él lucha por la gloria de Roma, que no es lo mismo que el monedero de un esclavo, por muy cargado de oro que esté.

Macro enarcó una ceja.

—¿Y ahora quién es el que está de broma?

Cato sonrió y volvió a mirar hacia la costa. El recinto de los esclavos era un feo borrón en la ladera de la colina que daba a la bahía. El lugar estaba en calma y sólo se veía una única antorcha

parpadeante sobre la entrada y la forma indistinta de un centinela situado allí cerca, como si vigilara a los esclavos que había en el interior. Aquél era el aspecto industrial de la esclavitud, una faceta en gran medida invisible para los romanos, sobre todo para los de buena familia como el senador Sempronio y su hija. Los esclavos uniformados y perfumados de una casa rica nada tenían que ver con las masas andrajosas de los campos de trabajo, siempre cansadas y hambrientas y vigiladas muy de cerca por si aparecía el menor indicio de rebelión, cosa que se castigaría con una prontitud y severidad brutales.

Era un régimen muy duro; pero el imperio, y, de hecho, cualquier nación civilizada que Cato conociera, dependía de la esclavitud para crear riqueza y alimentar a sus multitudes urbanas. Para Cato suponía un cruel recordatorio de las terribles diferencias en el destino que las Parcas adjudicaban a las personas. Reflexionó sobre los peores excesos de la esclavitud, que eran una plaga en el mundo aunque la institución constituyera, por el momento, una necesidad.

De repente notó un débil temblor en cubierta, bajo sus botas, y miró hacia abajo.

—¿Qué coño...? —gruñó Macro—. ¿Lo notáis?

Julia se agarró al brazo de Cato.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

Por toda la cubierta se oyeron gritos de sorpresa y alarma, al tiempo que la tripulación y otros pasajeros del *Horus* miraban hacia abajo.

—Hemos encallado —anunció Sempronio, que se agarró a la barandilla.

El capitán lo negó con la cabeza.

—¡Imposible! Estamos demasiado lejos de la costa, conozco estas aguas. No hay ningún bajío en cincuenta millas, de eso estoy convencido. De todas formas... ¡Mirad allí! En el mar.

El capitán extendió el brazo y los demás siguieron con la mirada la dirección que señalaba y vieron que la superficie del agua brillaba débilmente. Por un momento, que pareció mucho más largo de lo que fue en realidad, el amortiguado estremecimiento de la cubierta y la agitación en la superficie del mar continuaron. Varias de las personas de a bordo cayeron de rodillas y empezaron a rezar con fervor a los dioses. Cato abrazó a Julia y miró a su amigo por encima de la cabeza de la muchacha. Macro tenía los dientes apretados y también lo miraba fijamente, con los puños cerrados a los costados. Por primera vez, Cato creyó advertir un atisbo de miedo en los ojos de su camarada, al tiempo que se preguntaba qué estaba ocurriendo.

—Un monstruo marino —dijo Macro en voz baja.

—¿Un monstruo marino?

—Tiene que ser eso. ¡Oh, mierda! ¿Por qué diablos accedí a viajar por mar?

Entonces, la débil trepidación cesó tan repentinamente como había empezado y al cabo de apenas unos instantes la superficie del mar retomó su continuo golpeteo mientras el *Horus* se alzaba y descendía con el suave oleaje. Por un momento, todos los de a bordo permanecieron mudos e inmóviles, como si esperaran que el extraño fenómeno se iniciara de nuevo. Julia carraspeó.

—¿Crees que ha terminado, sea lo que fuera eso?

—No tengo ni idea —contestó Cato en voz baja.

El breve intercambio de palabras rompió el hechizo. Macro hinchó las mejillas y soltó un largo

suspiro, y el capitán se apartó de sus pasajeros para reprender al timonel. Éste había soltado la caña del gran timón de popa del *Horus* y estaba encogido de miedo bajo el adorno del coronamiento, que sobresalía por encima del codaste. El barco ya había empezado a virar lentamente con el viento.

—¿Qué crees que estás haciendo, por el Hades? —espetó el capitán al timonel—. Regresa a tu maldito puesto y vuelve a fijar el rumbo.

El timonel se apresuró a hacerse cargo de la caña del timón; el capitán se dio media vuelta y fulminó con la mirada a los demás marineros.

—¡Volved al trabajo! ¡Moveos!

Sus hombres reanudaron sus obligaciones a regañadientes y ajustaron la vela, cuyos bordes habían empezado a dar gualdrapazos cuando el *Horus* orzó un momento antes de que el timonel se apoyara en la caña y el barco retomara el rumbo original.

Macro se pasó la lengua por los labios con nerviosismo.

—¿De veras ha terminado?

Cato notó la cubierta bajo sus pies y miró el mar, que parecía estar igual que antes de que se iniciara el temblor.

—Eso parece.

—Gracias a los dioses.

Julia asintió y al instante abrió mucho los ojos al acordarse de su sirvienta, que se había quedado descansando en su estera del pequeño camarote que compartía con su ama y el senador.

—Será mejor que vaya a echar un vistazo a Jesmiah. La pobre chica estará aterrorizada.

Cato soltó a la joven y Julia se dirigió corriendo por cubierta hacia el estrecho portalón que conducía a las dependencias de los pasajeros, allí donde disponían de un camarote aquéllos que podían permitirse pagárselo. El resto de los pasajeros, sencillamente, vivían y dormían en la cubierta del *Horus*.

Cuando Julia desapareció de la vista les llegó un débil grito desde la costa y Cato, Macro y Sempronio se volvieron hacia allí. Aunque la luz era tenue, pudieron distinguir con claridad unas figuras que se alejaban a trompicones del recinto de los esclavos de la finca. O mejor dicho, de lo que quedaba de él. Las paredes se habían venido abajo dejando a la vista los barracones del interior. Sólo quedaban en pie dos de ellos; el resto se hallaba en ruinas.

—¡Demontres! —Macro se quedó mirando fijamente las ruinas—. ¿Cómo ha podido suceder eso?

—Un terremoto —dijo Sempronio—. Tiene que ser eso. Ya tuve una experiencia similar cuando servía como tribuno en Bitinia. Tembló la tierra y se oyó un rugido sordo. El temblor duró unos momentos y sacudió algunos edificios hasta hacerlos pedazos. Los que estaban dentro quedaron aplastados y sepultados bajo los escombros —se estremeció al recordarlo—. Murieron cientos de personas...

—Pero si es un terremoto, ¿por qué nos afecta a nosotros aquí en el mar?

—No lo sé, Macro. El ser humano no puede comprender las obras de los dioses.

—Es posible —aceptó Cato—. Pero si el temblor de tierra es lo bastante fuerte, seguro que nos llegaría a través del agua, ¿no?

—Podría ser —admitió Sempronio—. En cualquier caso, nosotros somos los afortunados. Los que están en tierra son los que habrán sentido todo el poderío de la ira de los dioses.

Por unos instantes los tres hombres dirigieron la mirada al recinto de esclavos en ruinas, que poco a poco se iba perdiendo en la distancia a medida que el *Horus* se iba alejando de la costa. Se había declarado un incendio en las ruinas y Cato supuso que se trataba de las cocinas, donde estarían preparando la cena. Las llamas se alzaban en la penumbra e iluminaban las horrorizadas figuras de los supervivientes. Algunos de ellos estaban retirando los escombros con desesperación para liberar a los que se hallaban atrapados debajo. Cato meneó la cabeza con lástima.

—Menos mal que estamos en el mar. Ahora mismo no me gustaría estar en tierra. Al menos deberías estar agradecido por ello, Macro.

—¿En serio? —repuso Macro en voz baja—. ¿Y qué te hace pensar que los dioses han terminado con nosotros?

—¡Ah de cubierta! —gritó de pronto una voz desde arriba—. ¡Capitán, mire!

El marinero que iba sentado a horcajadas en la verga más alta del mástil había extendido el brazo que le quedaba libre hacia la costa, en dirección oeste.

—¡Rinde tu informe como es debido! —le reprendió el capitán—. ¿Qué ves?

Hubo una pausa, tras la cual el marinero respondió con inquietud:

—No lo sé, señor. Nunca he visto nada igual. Es una línea, como un muro, que cruza el mar.

—¡No digas tonterías, hombre! Eso es imposible.

—Señor, le aseguro que es lo que parece.

—¡Idiota! —El capitán se dirigió al costado del barco, se colgó de los flechastes de un salto y empezó a trepar por ellos para reunirse con el vigía—. Vamos a ver, memo, ¿dónde está ese muro que dices?

El vigía apuntó al horizonte, hacia la luz del sol poniente que se apagaba. El capitán entornó los ojos, pero al principio distinguió muy poca cosa. Cuando se le adaptó la vista al reflejo distante, lo vio. Un débil brillo de luz que se reflejaba ondulante a lo largo del horizonte, por encima de una banda oscura que se extendía desde alta mar hasta la costa misma de Creta. Allí donde tocaba la tierra se formaba un remolino de agua espumosa.

—¡Madre de Zeus! —exclamó entre dientes el capitán, a quien al instante se le helaron las entrañas.

El vigía tenía razón. Había un muro delante del *Horus*, un muro de agua. Una extensa ola gigante avanzaba siguiendo la costa hacia el barco, a no más de dos o tres millas de distancia, y se precipitaba hacia ellos con más rapidez que el más veloz de los caballos.

Capítulo II

—¿Una ola gigante? —Cato puso unos ojos como platos—. ¿Muy grande?

—Como un maldito acantilado —respondió el capitán—. Y viene directa hacia aquí siguiendo la costa.

—Entonces tenemos que modificar el rumbo —dijo Sempronio—. Apartarnos de su camino.

—No hay tiempo para eso. De todos modos, la ola se extendía hasta allí donde me alcanzaba la vista. No podemos evitarla.

El senador y los dos centuriones clavaron la mirada en el capitán un momento, tras lo cual volvió a hablar Sempronio:

—Bueno, ¿y ahora qué?

—¿Ahora? —el capitán soltó una risa crispada—. Pues ahora rezamos, nos despedimos y esperamos a que nos golpee la ola.

Cato lo negó con la cabeza.

—No. Tiene que haber algo que puedas hacer para salvar el barco.

—No puedo hacer nada, os lo estoy diciendo —repuso el capitán con aire sombrío—. Vosotros todavía no habéis visto las dimensiones de esa cosa. Pero ya lo veréis, en cualquier momento.

Todas las miradas se volvieron hacia el horizonte, y entonces Cato distinguió lo que parecía una sombra oscura en el borde del mundo y que en aquellos momentos sólo era una línea fina cuyo aspecto, además, no era en absoluto amenazador todavía. Se la quedó mirando un instante antes de volverse de nuevo hacia el capitán.

—Ya habrás capeado tormentas muchas otras veces, ¿o no?

—Sí, claro. Las tormentas son una cosa. Pero una ola gigante es algo muy distinto. No tenemos ninguna esperanza.

—¡Tonterías! —gruñó Macro, quien acto seguido agarró al capitán por la túnica con ambas manos y lo atrajo hacia sí—. Siempre hay esperanza. No he sobrevivido a no sé cuántas jodidas batallas y heridas para acabar muriendo en este cascarón. Pero claro, yo no soy marinero. Ése es tu trabajo. Tienes entre manos una situación peligrosa. De modo que ocúpate de ella. Haz todo lo que puedas para que tengamos la posibilidad de salir de ésta. ¿Me has entendido? —zarandeó al capitán—. ¿Y bien?

El griego se encogió ante la intensa mirada del centurión y asintió con la cabeza.

—Haré lo que pueda.

—Eso está mejor. —Macro sonrió y lo soltó—. Pues bien, ¿hay algo que podamos hacer para ayudar?

El capitán tragó saliva con nerviosismo.

—Si no os importa, lo mejor sería que os quitarais de en medio.

Macro entornó los ojos.

—¿Eso es todo?

—Podríais ataros al mástil o a alguna de las cornamusas para evitar que cuando la ola nos alcance os arrastre por la borda.

—De acuerdo.

El capitán se alejó para gritar las órdenes a su tripulación y los marineros se apresuraron a subir a la arboladura para soltar los rizos de la enorme vela mayor. En la popa, el timonel movió la caña del timón con todas sus fuerzas para que el *Horus* virara hacia la puesta de sol.

—¿Qué hace? —preguntó Sempronio—. Ese idiota se está encarando a la ola.

Cato asintió.

—Tiene sentido. La proa es la parte más recia del barco. Si chocamos con la ola de frente tal vez podamos atravesarla, si no pasar por encima.

Sempronio lo miró.

—Espero que tengas razón, joven. Por tu bien, el mío y el de todos nosotros.

En cuanto el senador terminó de hablar, Cato pensó inmediatamente en Julia y, mientras se dirigía a toda prisa al portalón que llevaba a los camarotes, le gritó a Macro:

—Átate al mástil y llévate al senador contigo.

—¿Adónde vas?

—A buscar a Julia y a Jesmiah. Estarán más seguras en cubierta.

Macro asintió, volvió la mirada hacia el horizonte y entonces pudo ver con más claridad la ola que se alzaba como una gran franja que se extendía hacia los confines del mar, en tanto que el otro extremo iba recorriendo la costa, batiéndola y levantando espuma.

—¡Date prisa, Cato!

Cato cruzó la cubierta corriendo y bajó de un salto el corto tramo de escaleras que llevaba a las dependencias de los pasajeros, donde aquellos que habían pagado más por su pasaje a Roma se acomodaban en unos compartimentos de mamparos finos. Apartó la cortina de lona que constituía la entrada improvisada al camarote de Julia y se asomó. Julia estaba sentada en el suelo y mecía a Jesmiah entre sus brazos.

—¡Cato! ¿Qué pasa?

—No hay tiempo para explicaciones —avanzó hacia Julia, se inclinó y tiró de ella para levantarla. Junto a la muchacha, Jesmiah se apresuró a ponerse de pie con los ojos desmesuradamente abiertos de terror.

—Amo Cato —le temblaban los labios—, he oído que alguien decía que hay un monstruo.

—No hay ningún monstruo —respondió él con brusquedad, y las empujó a las dos fuera del compartimento y por las escaleras del portalón—. Tenemos que subir a cubierta tan deprisa como podamos.

Julia subió los escalones que llevaban a cubierta a trompicones.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando?

Cato dirigió una rápida mirada a Jesmiah y contestó:

—Confía en mí y haz lo que te digo.

Salieron a cubierta y se encontraron con una escena de terror y caos. Macro había atado al senador al pie del mástil y se apresuraba a hacer lo propio consigo mismo. En todas partes, tanto los demás pasajeros como la tripulación estaban haciendo todo lo posible para asegurarse a la nave. El capitán se había reunido con el timonel en la pequeña cubierta del timón, donde ambos habían

afirmado los brazos a la caña y miraban al frente con expresión grave.

Jesmiah, horrorizada, echó un vistazo a su alrededor y se detuvo.

Cato la agarró del brazo y tiró de ella bruscamente hacia el mástil.

—¡Vamos, muchacha! No tenemos mucho tiempo.

En cuanto llegaron junto a Macro y Sempronio, Cato empujó a Julia y a su doncella para que se sentaran en cubierta y cogió el extremo de la cuerda que Macro había utilizado para atarse al mástil. Al levantar la mirada vio que la ola ya estaba mucho más cerca y que avanzaba a una velocidad extraordinaria barriendo la costa. Se volvió hacia las dos mujeres.

—¡Levantad los brazos!

Rodeó el torso de las chicas con la cuerda, luego el mástil y ató el extremo en la lazada en torno a la cintura de Macro.

—¿Y tú qué, muchacho? —Macro lo miró con preocupación.

—Necesito más cuerda. —Cato se puso de pie y echó un vistazo a su alrededor. Por lo visto, ya no quedaba libre ni un solo pedazo de cabo. Entonces, por encima de la borda del *Horus*, su mirada se fijó en algo que había a no más de unos cincuenta pasos de distancia en el mar. La punta reluciente de una roca quedaba expuesta por encima de la superficie y surgieron más rocas aún mientras Cato miraba. Más cerca de la costa daba la impresión de que una corriente de marea hubiera retirado el agua dejando al descubierto los acantilados e incluso las maltrechas obras muertas de unos restos de naufragio. Por un instante se quedó atónito ante aquella visión, hasta que el grito aterrorizado de un miembro de la tripulación hizo que volviera a centrarse en la ola. Ahora ya todo el mundo la veía desde cubierta. Un gran monstruo oscuro con una cresta neblinosa de rocío blanco que avanzaba como una masa ondulante y vítrea directamente hacia el *Horus*. Delante de ella, con el sol que se apagaba, relucieron las alas diminutas de una gaviota y luego el pájaro se perdió en la sombra de la ola.

—¡Cato!

Él se dio la vuelta y vio que Julia lo miraba mientras intentaba a duras penas estirar el brazo para cogerlo de la mano. Cato se dio cuenta de que no tenía tiempo de atarse. Era demasiado tarde para él. Se dejó caer en cubierta y se encajó cuanto pudo entre Macro y Julia, agarrándolos a ambos por los hombros. La brisa ligera que había estado soplando por detrás del barco cesó de pronto y la vela quedó flameando del palo como un pellejo gastado, hasta que, sin previo aviso, la ola la sorprendió arrojando el aire por delante de ella. La gran masa de agua se alzó frente al barco, tan alta que rebasaba el mástil, y Cato notó que se le hacía un nudo en el estómago, apretó los dientes y entrecerró los ojos ante el monstruo que se les venía encima.

La cubierta se sacudió bruscamente al alzarse la proa y no se oyeron más que gritos, gemidos de terror y el sonido del mar que pasaba con fuerza por los costados del *Horus*. Los que se encontraban apiñados en torno a la base del mástil se aferraron unos a otros cuando la cubierta escoró peligrosamente y una montaña de mar se hinchó por encima del barco, empequeñeciéndolo. Por un instante, un sobrecogimiento desesperanzado ante la imponente aparición que se cernía sobre el barco hizo presa en Cato, que vio la espuma y el rocío que bordeaban la cresta de la ola. Uno de los tripulantes cayó rodando por cubierta con un grito que quedó silenciado al romperse el marinero la

cabeza contra la escotilla.

En aquel momento el *Horus* se rindió al embate de la ola y se deslizó hacia atrás. Un torrente de agua se estrelló ruidosamente sobre la embarcación y rompió el mástil a apenas unos tres metros por encima de las cabezas de los romanos que se habían atado a su base. Justo antes de que el negro diluvio de toneladas de agua rompiera sobre el barco con estruendo, Macro le gritó a la ola:

—¡Que te jodan!

Entonces el mar se abatió sobre ellos. A Cato se le fue bruscamente la cabeza contra el mástil y por un instante lo vio todo blanco. Abrió la boca para gritar y enseguida se le llenó de agua salada. Una fuerza enorme tiraba de él y pugnaba por arrancarlo de sus compañeros. Con una mano se aferró más a la cuerda que rodeaba la cintura de Julia, mientras que con la otra se sujetaba con todas sus fuerzas al hombro de Macro. Cuando el barco volcó, Cato perdió el sentido de la orientación y no oía nada más que el rugido ensordecedor del agua que bullía en torno a él. Notó algo que le golpeaba, que luego se revolvía y tiraba de él, y se dio cuenta de que debía de ser otro de los miembros de la tripulación. Unos dedos le toquetearon la cara y le arañaron la mejilla. Temiendo por sus ojos, Cato tuvo que soltarse de Macro para defenderse y empujó desesperadamente al otro hombre para apartarlo. Entonces, una nueva embestida del agua los arrastró a los dos y, en medio de un remolino, los alejó del cabo del mástil sumiéndolos en la oscuridad. Por un momento el otro hombre forcejeó como un animal salvaje, luchando por sobrevivir. Luego el hombre desapareció y Cato notó que rodaba y se retorció, dio vueltas y vueltas con la boca cerrada con fuerza y aguantando la respiración lo mejor que podía. Al final, tío pudo soportarlo más y abrió la boca en un intento desesperado de que el aire aliviara la quemazón que sentía en el pecho. El agua salada le entró por la garganta hasta los pulmones, asfixiándolo, y supo que iba a morir.

* * *

La ola siguió adelante barriéndolo todo y dejando una vorágine a su paso. El casco de la nave mercante asomó a la superficie en medio de la espuma de burbujas y rocío y por un momento relució bajo la luz que se apagaba, tras lo cual se dio la vuelta poco a poco hasta que el barco se enderezó. Primero los costados y luego la cubierta rompieron la superficie del mar no sin esfuerzo, y entonces pudo reconocerse un poco de la superestructura original. El mascarón de proa del dios egipcio se había roto y había quedado reducido a un tocón astillado. El agua había arrastrado el mástil, la vela y las jarcias, y el gobernalle había desaparecido, llevándose con él al capitán y al timonel. Mientras el agua se separaba por cubierta y salía a chorros por los imbornales, el *Horus* siguió dando la vuelta y por un instante dio la impresión de que iba a volcar de nuevo. Pero entonces, en el último momento, se detuvo, dio la vuelta hacia el otro lado y quedó flotando muy hundido en el agua; un naufragio donde antes había habido una embarcación orgullosamente bien cuidada. En torno al *Horus* se arremolinaban los restos del mástil destrozado, así como algunas piltrafas de las jarcias. Unos cuantos cuerpos afloraron cabeceando a la superficie y permanecieron en el agua como trapos viejos.

Macro cabeceó, parpadeó, abrió los ojos y tosió escupiendo agua salada en un intento por vaciar los pulmones. Sacudió la cabeza y echó un vistazo por cubierta. Unas cuantas figuras más empezaban a moverse, maltrechas y aturdidas pero vivas, gracias a los cabos que los aseguraban al barco. Macro vomitó un poco de agua que tenía en la boca del estómago y escupió en cubierta para

aclararse la boca.

—Muy bonito...

Macro se volvió y vio que Sempronio le sonreía débilmente, tras lo cual él también empezó a toser y a resoplar. Notó movimiento a su otro lado y, al volverse, Macro vio que Julia crispaba el rostro en una mueca de dolor y empezaba a hacer arcadas.

—¿Estás bien, señorita?

—Sí, estupendamente, gracias —masculló, y entonces se quedó inmóvil—. ¡Cato! ¿Dónde está Cato?

Macro recorrió la cubierta con la mirada, pero no vio ni rastro de su amigo. Trató de hacer memoria, repasar los momentos de terrible oscuridad del mar que lo había sepultado.

—Estaba agarrado a mí cuando la ola nos alcanzó. Y luego..., luego ya no me acuerdo.

—¡Cato! —gritó Julia hacia la penumbra, mientras forcejeaba para liberarse del cabo que todavía la sujetaba al tocón del mástil. Cuando hubo aflojado lo suficiente la cuerda, se retorció para desprenderse de ella y se puso de pie—. ¡Cato! ¿Dónde estás?

Macro se liberó también de sus ataduras y se levantó junto a la joven. Echó un buen vistazo por cubierta, pero estaba claro que no había señales de Cato.

—Cato ha desaparecido, señorita.

—¿Desaparecido? —La joven se volvió hacia él—. No. No puede ser.

Macro se la quedó mirando con gesto de impotencia y señaló la cubierta con un movimiento del brazo.

—Ha desaparecido.

Julia lo negó con la cabeza, se alejó del centurión y alzó la voz para gritar con voz quebrada:

—¡Cato! ¡Cato! ¿Dónde estás?

Macro se la quedó mirando un momento y a continuación se dio la vuelta para ayudar al senador a levantarse.

—Gracias —dijo Sempronio entre dientes—. Será mejor que veas cómo está la chica, Jesmiah.

Macro asintió y bajó la mirada hacia la sirvienta. Estaba desplomada contra la base del mástil e iba dando cabezadas al ritmo del bamboleo del barco en el oleaje. Macro se arrodilló y le alzó la barbilla con ternura. Los ojos de la muchacha tenían una mirada perdida en la distancia. Entonces Macro se fijó en el oscuro moretón que había empezado a aparecer en la nuca de la joven y que era visible aun en la penumbra. Le bajó de nuevo el mentón y se levantó acongojado.

—No hay nada que hacer. Se ha roto el cuello.

—¡Pobrecilla! —susurró Sempronio.

—¿Está muerta? —Julia se dio la vuelta rápidamente—. No puede ser. Estaba atada a mi lado.

—Está muerta, señorita —repuso Macro con delicadeza—. Algo debió de golpearla cuando la ola se nos vino encima. Una plancha suelta, parte del mástil... Pudo ser cualquier cosa.

Julia se acuclilló frente a su doncella y la agarró por los hombros.

—¡Jesmiah! Despierta. ¡Despierta, te digo! Te ordeno que te despiertes —la sacudió violentamente por los hombros y la cabeza de la chica muerta se bamboleó de forma desagradable.

Macro se arrodilló a su lado y la tomó de las manos.

—Está muerta, señorita. Ya no puede oírte. No puedes hacer nada por ella —hizo una pausa y tomó aire para calmar sus propias emociones—. Y tampoco por Cato...

Julia lo miró con expresión de enojo, y a continuación sus rasgos se crisparon y estalló en unos sollozos convulsivos al tiempo que se tapaba el rostro con las manos. Macro la rodeó con el brazo con vacilación e intentó pensar algunas palabras de consuelo. Pero no se le ocurrió nada y permanecieron allí mientras la oscuridad iba envolviendo el barco. Ahora que la ola había pasado siguiendo la costa, el mar se fue calmando gradualmente hasta que todo quedó en un suave oleaje. Al final, Macro se puso de pie y tiró de la manga de la túnica de Sempronio.

—Lo mejor sería que cuidara de ella, señor.

—¿Cómo dices? —El senador frunció el ceño un momento, pues aún estaba aturdido por la ola y por el hecho de seguir con vida. Entonces bajó la mirada hacia su hija y asintió—. Sí, tienes razón. Cuidaré de ella. ¿Y ahora qué, Macro?

—¿Señor?

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Macro se rascó la barbilla.

—Supongo que intentar mantener el barco a flote durante la noche. Habrá que ver cómo están las cosas por la mañana.

—¿Eso es todo?

Macro respiró profundamente.

—No soy marinero, señor. Yo soy soldado. Pero haré lo que pueda, ¿de acuerdo?

El senador se sentó y rodeó a su hija con el brazo; Macro enderezó la espalda y gritó por cubierta:

—¡Todos en pie, cabrones amodorrados! Venid aquí enseguida. ¡Tenemos que salvar este maldito barco!

Mientras las figuras iban saliendo de la penumbra y se dirigían a él arrastrando los pies, Macro las miró aún con la esperanza de ver salir a Cato de entre las sombras, sano y salvo. Pero no se le veía por ninguna parte entre los supervivientes de expresión atónita y aterrada que se apiñaban en torno al tocón del mástil.

Capítulo III

—Vuestro capitán ha desaparecido —anunció Macro—. Y el timonel también. Así pues, ¿quién es el siguiente en la cadena de mando?

Los miembros de la tripulación se miraron los unos a los otros un momento, hasta que un hombre ya mayor avanzó con paso trabado.

—Debo de ser yo, señor. El primer oficial.

—¿Sabes manejar el barco?

—Supongo que sí, señor. El servicio de guardia lo hacemos entre el capitán y yo. Bueno, al menos lo hacíamos, hasta que...

El hombre hizo un gesto hacia la popa y se encogió de hombros. Macro se dio cuenta de que aquel hombre todavía se hallaba bajo los efectos de la impresión y no se podía confiar en que estuviera a la altura de las circunstancias.

—Muy bien; de momento me encargaré yo. En cuanto el barco vuelva a estar en condiciones de navegar, tú asumirás el mando como capitán. ¿De acuerdo?

El primer oficial se encogió de hombros con aire resignado. Macro recorrió la cubierta con la mirada en tanto que una pequeña ola rompió por encima del costado sumergido de la embarcación anegada.

—Lo primero que tenemos que hacer es quitarle peso al barco. Quiero que todos los pasajeros y miembros de la tripulación empiecen a echar la carga por la borda. En cuanto la línea de flotación haya bajado podremos empezar a achicar el agua.

—¿Con qué cargamento empezamos, señor? —preguntó el oficial.

—Con lo que esté más a mano. Abrid la escotilla de cubierta y poneos a ello.

La madera de la escotilla se había astillado con los tumbos de la carga cuando el barco había volcado. En cuanto deshicieron los nudos, Macro y los demás arrancaron las tablas rotas y las arrojaron por la borda del *Horus*. La última luz del día se apagaba con rapidez cuando Macro se asomó a la brazola. Fuera cual fuera el orden que se hubiera seguido al embarcar la carga, ya no había ni rastro de él en aquel revuelto montón de ánforas rotas, sacos de grano y balas de tela que llenaban la bodega. Más abajo se oía un chapoteo de agua.

—Bueno, pues. Manos a la obra —ordenó Macro—. Coged lo que esté más a mano y arrojadlo por el costado. —Señaló a los miembros de la tripulación que estaban más cerca—. Vosotros cuatro, a la bodega. El resto tomad lo que os vayan pasando y tiradlo por la borda.

Los marineros deslizaron las piernas por encima de la brazola de la escotilla y se metieron en la bodega poco a poco y con cautela, apoyando bien los pies sobre la carga revuelta. Macro distinguió unas arcas de madera que estaban casi en lo alto de la pila.

—Sacaremos primero esas arcas.

Cuando sacaron la primera a cubierta, el primer oficial se la quedó mirando y tragó saliva con nerviosismo.

—Señor, no puede echar esto por la borda.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Estas arcas son propiedad de un noble romano. Contienen especias muy poco comunes. Son valiosas, señor.

—¡Mala suerte! —repuso Macro—. Venga, levantad el arca y deshacedos de ella.

El oficial meneó la cabeza en señal de negación.

—No, señor. No voy a hacerme responsable de eso.

Macro soltó un suspiro, se agachó y levantó el arca, se acercó al costado de la embarcación a grandes zancadas y la arrojó al mar. Al darse la vuelta hacia el primer oficial, la expresión horrorizada de aquel hombre le hizo mucha gracia, no pudo evitarlo.

—Ya está. ¿Lo ves? No es tan difícil, si lo intentas. Y el resto de vosotros, a trabajar. Me importa un comino lo que valgan las cosas. Se va todo por la borda, ¿entendido?

Los tripulantes de la bodega empezaron a trabajar en serio y fueron sacando la carga suelta a cubierta, donde sus compañeros esperaban listos para deshacerse de ella. Macro se volvió hacia el oficial y le espetó en voz baja y entre dientes:

—Si no te importa, creo que deberías echar una mano para salvar tu dichoso barco.

El hombre vio la expresión seria del rostro del centurión y enseguida asintió con la cabeza, tras lo cual se metió de un salto en la bodega para ayudar a los demás.

—Eso está mejor —dijo Macro.

Mientras se iban sacando a cubierta más arcas y balas de tela empapada, Sempronio y su hija se acercaron a Macro.

El senador carraspeó.

—¿Podemos ayudar?

—Por supuesto, señor. Cuantos más seamos, mejor. Si le parece que estos marineros empiezan a remolonear, deles una buena patada en el culo. Tenemos que aligerar el barco con toda la rapidez posible.

—Me ocuparé de ello.

—Gracias, señor. —Macro se volvió a mirar a Julia—. Lo mejor sería que te refugiaras en popa, señorita.

Julia alzó el mentón con aire desafiante.

—No. No mientras pueda hacer algo para ayudar.

Macro arqueó una ceja.

—Sé lo que Cato significaba para ti, señorita. Lo mejor es que te deje lidiar con tu pérdida. Además, esto es cosa de hombres. No es mi intención ofenderte, pero aquí no harías más que estorbar.

—¿Ah, sí? —Julia entornó los ojos. Se quitó la capa empapada de los hombros y la dejó caer al suelo. Se agachó, se metió en la bodega, cogió una de las arcas y, con un resoplido, la subió a cubierta. Macro miró a la joven y se encogió de hombros.

—Como quieras, señorita. Bueno —se le endureció el semblante—, será mejor que me ocupe de los muertos.

—¿De los muertos? —Sempronio lo miró—. Ya es un poco tarde para hacer nada por ellos, ¿no te parece?

—Tenemos que aligerar el barco. A ellos también tenemos que tirarlos por la borda, señor — explicó Macro con delicadeza—. La muerte no me es desconocida, así que deje que lo haga yo.

—¿Por la borda? —Sempronio echó un vistazo al tocón del mástil donde el cuerpo de Jesmiah yacía desplomado—. ¿Incluso a ella?

—Sí, señor —Macro asintió con tristeza—. Incluso a ella.

—¡Qué lástima! —masculló Sempronio mirando el cadáver—. No es que haya vivido mucho que digamos.

—Más que algunos, señor. Y su muerte no fue tan mala como podría haber sido.

Por un momento Macro recordó el asedio a la ciudadela de Palmira, que era donde había encontrado a Jesmiah. Si la ciudadela hubiese caído entonces, tanto ella como los demás defensores hubiesen acabado pasados a cuchillo tras ser torturados o violados. No obstante, el senador tenía razón: la vida de Jesmiah había terminado antes de tiempo, justo cuando tal vez podría haber hallado cierta felicidad. Macro suspiró mientras cruzaba la cubierta y se agachó. La joven todavía estaba sujeta al mástil mediante una cuerda que le rodeaba la cintura, por lo que Macro sacó la daga, cortó el toco cabo y apartó los extremos. Enfundó la hoja, deslizó las manos por debajo del cuerpo de la muchacha y la levantó. La cabeza de Jesmiah cayó contra el hombro de Macro, como si dormitara, y Macro avanzó con paso seguro hacia el costado del barco y la alzó por encima de la barandilla.

Dirigió una última mirada al joven rostro de la chica, la bajó hacia el mar, la soltó y se oyó el ruido que hizo al caer al agua, que infló su ropa y su cabello antes de que una suave ola hiciera chocar el cadáver contra el costado del casco y se lo llevara con ella. Macro suspiró y se dio la vuelta para ir a por el siguiente cadáver. Sólo había tres más; el resto de los que habían desaparecido habían sido barridos de cubierta, como Cato, cuando la ola titánica había alcanzado al *Horus*. Macro se detuvo mientras pensaba en su amigo una vez más. Cato era lo más parecido que Macro tenía a una familia. Con los años que habían servido juntos había llegado a considerarlo como un hermano. Ahora ¡estaba muerto!. —Macro sentía un cansado entumecimiento interior, pero sabía que el dolor llegaría después, cuando tuviera tiempo para pensar.

—Pobre Cato, a él que nunca le gustó el agua...

Meneó la cabeza con tristeza y fue a buscar el último cadáver, el de un mercader bajo y delgado que había embarcado en Cesarea. Alzó el cuerpo con un resoplido y lo arrojó lo más lejos del barco que pudo, tras lo cual regresó a la escotilla para ayudar a los demás a aligerar la carga.

* * *

Cato sentía un dolor ardiente en los pulmones que pareció durar una eternidad, y entonces, cuando ya empezaba a enturbiársele la vista, percibió una zona más clara en la oscuridad del agua que lo rodeaba. Agitó las piernas con las fuerzas que le quedaban, y que empezaban a flaquear, y su corazón se llenó de esperanza cuando la claridad se intensificó y supo que debía de estar dirigiéndose hacia la superficie. Entonces, cuando el dolor se estaba volviendo tan insoportable que Cato temió perder el conocimiento, hubo una explosión de ruido en sus oídos y emergió del mar.

Enseguida empezó a esputar el agua que se le había metido en los pulmones dando dolorosas boqueadas, mientras movía débilmente las piernas en un esfuerzo por no hundirse.

Estuvo un rato respirando mediante jadeos entrecortados. El agua le azotaba el rostro y se le metía en la boca, lo cual provocó nuevos resoplidos y arcadas. Le escocían tanto los ojos que se vio obligado a cerrarlos mientras intentaba mantenerse a flote como podía. La túnica y las fuertes botas militares que llevaba pesaban mucho y entorpecían sus esfuerzos por no hundirse. Cayó en la cuenta de que si hubiera llevado algo más encima, se habría ahogado con toda seguridad. Fue recuperando el aliento poco a poco y entonces, cuando los latidos del corazón dejaron de resonarle en los oídos, abrió los ojos con un parpadeo y echó un vistazo por la picada superficie del mar en derredor.

En un primer momento no vio nada más que agua, pero al volver la cabeza divisó la costa de Creta. Parecía hallarse a millas de distancia y Cato dudaba que tuviera fuerzas para nadar tanto. Notó que algo le rozaba el costado y se volvió, presa del pánico. Un pedazo del mástil del barco, con un jirón de la vela y unos torzales de la jarcia y todo, cabeceaba en la superficie del agua a su lado. Cato soltó un explosivo grito ahogado de alivio, se agarró al palo y descansó los brazos sobre él. Mientras se alzaba y descendía con el oleaje, Cato captó con detalle la escena que lo rodeaba. El mar estaba salpicado de los restos del *Horus*, así como de unos cuantos cadáveres.

Por un momento se le ocurrió la horrible idea de que él era el único superviviente del naufragio del *Horus*. Todos los demás debían de haberse hundido con el barco cuando los alcanzó la ola que se tragó la nave. Macro..., Julia, su padre y Jesmiah, todos muertos, pensó cegado por el pánico, al tiempo que un profundo gemido brotaba de su pecho.

Cato se alzó con el embate de otra ola y entonces vio el barco, o mejor dicho, lo que quedaba de él. El casco flotaba a cierta distancia de Cato, muy hundido en el agua. El mástil y el codaste habían desaparecido y, en la creciente penumbra del anochecer, Cato sólo distinguió unas cuantas figuras aturdidas que iban dando tumbos por cubierta. Intentó gritar, pero lo único que consiguió fue soltar un graznido doloroso y que una onda de agua le diera en la cara y le llenara la boca. Cato dio unos resoplidos, intentó volver a gritar y luego se quedó allí flotando, tratando de vencer la desesperación que lo invadió cuando los últimos rayos de luz del día empezaron a debilitarse. Los del barco no podrían verle. En cualquier caso, estarían demasiado preocupados con sus propios problemas como para ponerse a buscar supervivientes en el mar. Cato empezó a temblar. El agua ya estaba muy fría y dudaba que tuviera fuerzas suficientes para resistir toda la noche.

Se aferró al palo de madera y empezó a avanzar en dirección al barco. Tenía que recorrer un buen trecho, pero la perspectiva de salvarse le proporcionó fuerzas, las suficientes para no dejar de mover los pies y de abrirse camino a través del oleaje hacia el *Horus*. Tenía la sensación de avanzar con costosa lentitud y temió perder de vista el barco cuando la oscuridad cayera sobre él por completo.

Fue ganando distancia poco a poco y, aunque la noche ya se había cernido sobre el mar, las estrellas del cielo bastaban para iluminar la más oscura silueta del barco contra el negro oleaje. Cuando estuvo más cerca Cato intentó llamar de nuevo, pero su débil grito quedó ahogado por el rumor de las olas y el chapoteo del agua contra el costado de la embarcación. No lejos del *Horus* Cato se dio con un arca que flotaba bastante hundida en el agua. La apartó y continuó acercándose. Por encima de él aparecieron dos figuras que resoplaban con el esfuerzo de cargar con una gran

ánfora.

—A la de tres —gruñó una voz, y empezaron a balancear el pesado recipiente adelante y atrás. Cato reconoció perfectamente aquella voz, pero antes de que pudiera gritar un saludo, el sonido murió en su garganta cuando se dio cuenta de que ese enorme cántaro iba a caerle justo encima.

—¡Un momento! —arrancó un grito de su garganta, al tiempo que agitaba frenéticamente la mano para llamar la atención—. ¡Dejad ese maldito cántaro!

—¿Qué diantre...? —Desde abajo en el agua se oyó la voz de Macro—. ¿Cato? ¿Eres tú?

—Sí..., sí. ¡Y deja esa maldita cosa antes de que me caiga en la cabeza!

—¿Qué? ¡Ah, sí, claro! —Macro se volvió hacia los otros hombres que había en cubierta—. Descansad un momento. Dejad el ánfora en el suelo con cuidado. No te muevas de ahí, Cato. Voy a por un cabo.

—¿Y adonde esperas que vaya? —refunfuñó Cato.

Tras una breve espera, la oscura forma de Macro apareció por encima de la barandilla y un cabo cayó ruidosamente al agua.

Cato intentó encontrar el extremo del cabo con los dedos helados. Cuando lo tuvo, se agarró con todas las fuerzas de las que disponía y con los dientes apretados anunció:

—Listo.

Con un resoplido, Macro sacó a su amigo del mar y cuando éste estuvo fuera del agua se inclinó con la mano extendida y lo agarró de la túnica para subirlo a bordo. Cato cayó pesadamente en la cubierta y se desplomó contra el costado, con el pecho agitado por el esfuerzo de regresar nadando al *Horus* y temblando violentamente bajo la fría brisa que soplaba por cubierta. Macro no pudo evitar una sonrisa forzada.

—Bueno, parece que estás en buen estado. Como un pollo mojado, eso sí.

Cato frunció el ceño.

—No le veo la gracia a nuestra situación.

—Entonces es que no lo has intentado lo suficiente.

Cato meneó la cabeza y, mientras se le apaciguaba el corazón, echó un vistazo por cubierta y se apercibió de los daños que había sufrido el barco, así como de las figuras que se afanaban en torno a la escotilla de carga.

—Julia... ¿Dónde está Julia?

—Está a salvo, muchacho. Y su padre también. —Macro hizo una pausa y carraspeó—. Pero Jesmiah se ha ido.

—¿Se ha ido?

—Ha muerto. Se rompió el cuello cuando el barco volcó. Perdimos a bastantes pasajeros y miembros de la tripulación. A la mayoría los arrastró el agua. El resto murieron o sufrieron heridas cuando las distintas partes del barco se rompieron y soltaron.

—Así pues, Julia está a salvo —masculló Cato para sí mismo mientras lo invadía una oleada de alivio. Respiró hondo para calmar sus palpitaciones y miró a Macro—. ¿Cree que desaparecí?

Macro asintió con la cabeza.

—Pone al mal tiempo buena cara, por supuesto, como hija de un senador que es. Pero quizá

quieras tranquilizarla cuanto antes. Luego tenemos que volver a dejar este cascarón en condiciones de navegar, de lo contrario estaremos todos condenados.

Cato se puso de pie como pudo.

—¿Dónde está?

—En la bodega. Ayudando a deshacerse de la carga. Yantes de que lo preguntes, fue idea suya, no mía. Bueno, a ver —Macro se volvió hacia un marinero que estaba allí cerca—, tú, échame una mano con esto.

Cato dejó que Macro y el otro hombre se deshicieran de aquella ánfora tan pesada y difícil de manejar y cruzó la cubierta hacia la bodega de carga que estaba abierta. Al acercarse vio que Sempronio levantaba la vista. Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro del senador.

—¡Pero bueno! Te había dado por muerto, centurión.

Cato estrechó la mano que le tendía el senador y le dio un apretón en el brazo. El hombre mayor se lo quedó mirando un momento y luego le dijo en voz baja:

—Me alegro de verte, hijo. Me temía lo peor.

—Yo también —repuso Cato, compungido—. Por lo visto, los dioses no han terminado del todo conmigo.

—Desde luego. En cuanto lleguemos a tierra firme haré un sacrificio a la diosa Fortuna.

—Gracias, señor —Cato asintió y miró más allá del senador hacia la bodega del barco. Pese a la penumbra, pudo distinguir a Julia enseguida. Estaba inclinada sobre una bala de delicados tejidos empapados de agua, tratando con esfuerzo de echársela al hombro.

—Discúlpeme, señor. —Cato soltó la mano del senador, bajó de un salto por la escotilla y cayó justo detrás de Julia. Se inclinó para ayudarla y le rozó el brazo al agarrar la tela. La joven se resistió y le espetó:

—¡Puedo arreglármelas sola!

—Déjame que te ayude, Julia.

La muchacha se quedó inmóvil unos instantes y respondió con un susurro sin volver la cabeza.

—¿Cato?

—Pues claro.

Julia soltó el fardo, se irguió, se dio media vuelta y lo rodeó con los brazos.

—¡Cato! Oh, Cato..., pensaba... —Ella lo miró a los ojos y empezaron a temblarle los labios. Entonces hundió el rostro en el pecho empapado de Cato y apretó los puños a su espalda, contra su túnica. Él notó que Julia se estremecía y oyó un sollozo. Se echó hacia atrás para poder mirarla a la cara.

—No pasa nada, Julia, amor mío. ¡Chsss! No hace falta que llores. Estoy vivo y me encuentro bien.

—Lo sé, lo sé, pero pensé que te había perdido.

—¿En serio? —Cato enarcó las cejas. Lo cierto es que había tenido mucha suerte al sobrevivir a la ola. Esbozó una sonrisa forzada—. Hace falta algo más que una maldita ola para acabar conmigo.

Julia se soltó y le dio un golpe en el pecho.

—No vuelvas a hacerme esto nunca más.

—Te lo prometo. A menos que nos topemos con otra ola gigante, claro.

—¡Cato! —gruñó ella—. ¡No digas eso!

Una tos fuerte los interrumpió y al darse la vuelta vieron a Macro que, con los brazos enjarras, miraba al suelo de la bodega con expresión desconcertada.

—Si habéis terminado ya, ¿podemos volver al trabajo?

* * *

Pasaron las primeras *Horus* de la noche deshaciéndose de toda la carga que fue posible. El trabajo se fue haciendo cada vez más duro a medida que los supervivientes empezaron a acercarse al fondo de la bodega, donde se habían cargado los artículos más pesados. Gran parte del cargamento se había desplazado de su posición original y chocaba contra el casco o contra la parte inferior de la escotilla de carga. Poco a poco, sin embargo, el *Horus* empezó a sobresalir más en la superficie del mar, para alivio de todos los de a bordo. No obstante, al ir ahondando en la bodega, quedó claro que la embarcación había engullido una gran cantidad de agua.

—En cuanto hayamos sacado un poco más de carga podremos empezar a achicarla —decidió Macro—. Así nos mantendremos a flote.

El primer oficial se rascó el mentón.

—Sí, eso espero.

Macro se volvió hacia él con expresión irritada.

—¿Algún problema?

—Por supuesto —repuso el oficial con aire sorprendido—. La carga se ha desplazado por todas partes y el *Horus* ha volcado. Tuvimos suerte de que se enderezara. Mucha suerte. El hecho de que siga a flote demuestra lo bien construido que estaba. Pero seguro que los daños son importantes. Algunos baos habrán soportado muchísima presión y probablemente ya esté entrando agua.

Macro se encogió de hombros.

—Entonces tendremos que achicar más cantidad de agua que la que entre.

—Podemos intentarlo.

—¿Intentarlo? ¡Y una mierda! Vamos a hacerlo —dijo Macro con firmeza.

El primer oficial asintió levemente con la cabeza.

—Si usted lo dice. De todos modos, cuando no haya ningún peligro tendré que bajar a la bodega y examinar el casco en busca de filtraciones. Entonces intentaré tapar las aberturas, si puedo.

—¿Qué peligro hay en entrar ahora?

—Allí dentro sigue habiendo carga suelta, centurión. El mar se está embraveciendo y no tengo ganas de quedar aplastado o enterrado vivo si el *Horus* escora con demasiada brusquedad. Primero tenemos que sacar toda la carga que podamos.

—Me parece razonable. Cuando no haya peligro en entrar te echaré una mano. —Macro recorrió la cubierta con la vista y la fijó en el cabo destrozado del mástil roto—. Se me ocurre otra cosa.

—¿Señor?

—Mantener el barco a flote es uno de los problemas, pero ¿cómo vamos a hacer que vuelva a navegar?

El oficial señaló un palo amarrado a lo largo de uno de los costados de la embarcación.

—Tendremos que aparejar una bandola. Hay obenques de repuesto y una vela vieja en la proa. Luego tendremos que armar un timón y una caña nuevos con lo que queda de la escotilla de carga. Con todo ello tendríamos que poder guiar la nave, pero será lenta y dudo que podamos capear ninguna tormenta —se estremeció—, ni siquiera una ola la mitad de grande que la que nos alcanzó.

—Pues tendrá que bastar. En cuanto empecemos a avanzar pondremos rumbo al puerto de Creta más próximo.

El oficial lo pensó un momento y asintió.

—Lo mejor que podemos hacer es dirigirnos a Matala.

—A Matala entonces. Y ahora volvamos al trabajo.

* * *

En cuanto calculó que la bodega era lo bastante segura, el primer oficial trepó con cuidado por la carga que quedaba y caminó por el agua hacia el costado del casco. Macro también bajó, cargado con un saco lleno de tiras de lona vieja alquitranada, y siguió al oficial. La luz de las estrellas a duras penas se filtraba en la bodega, lo cual, sumado al continuo crujir de la madera y al rápido movimiento del agua a ambos lados del casco, resultaba enervante.

—Por aquí —le indicó el oficial—. No se separe de mí.

—No lo haré, no te preocupes por eso.

El primer oficial avanzó abriéndose paso por encima de las cuadernas del *Horus*. Luego se dirigió hacia la popa con paso seguro y buscando a tientas cualquier agujero o brecha que pudiera haber. De vez en cuando se detenía para comprobarlo, y entonces le pedía una tira de tela a Macro y ambos se agachaban en el agua fría y hacían todo lo posible para meter la gruesa lona en los pequeños huecos que se habían abierto en las juntas. Una vez realizado el recorrido hasta la popa y luego de vuelta a la proa, se dirigieron a tientas hasta la escotilla de carga. Macro subió por la escalera para salir a cubierta y se dejó caer exhausto y muerto de frío.

—¿Eso impedirá que entre el agua? —preguntó al primer oficial.

—Ayudará. Es lo mejor que podemos hacer de momento. En cuanto hayamos aparejado la bandola, tendremos que organizar dos guardias y turnarnos para achicar el agua.

—Estupendo. Yo dirigiré una. Cato puede encargarse de la otra. Quiero que tú te concentres en mantener el barco a flote y llevarnos a puerto.

El segundo de a bordo suspiró.

—Haré todo lo que pueda, centurión.

—Por supuesto que sí. Si el barco se hunde y nos ahogamos todos, me haré unas ligas con tus entrañas —le dio una palmada en la espalda al hombre—. Vamos a aparejar ese mástil.

Con la ayuda de los oficiales romanos, los miembros de la tripulación desataron el palo y

colocaron la base contra el resto del mástil. Entonces, con cuatro cabos atados en el otro extremo, Macro y otros cinco hombres alzaron la bandola. Con la ayuda de dos hombres fuertes, el primer oficial mantuvo la base en posición, en tanto que Cato supervisaba a dos grupos de hombres que tiraban de las cuerdas. La bandola se fue alzando poco a poco, guiada con cuidado hasta su posición vertical contra el trozo de mástil que quedaba, al tiempo que Macro y sus hombres tomaban los otros dos cabos para equilibrarla. El primer oficial y sus hombres amarraron la bandola de inmediato al trozo de mástil y luego ataron aún más cabos alrededor, lo más apretados posible, hasta que tuvieron la seguridad de que el palo provisional se hallaba todo lo firme que podía estar. No hubo descanso para la tripulación, puesto que tuvieron que improvisar los necesarios obenques, velas y una verga que montaron juntando los remos largos de la nave. Por último, sacaron la vela vieja de un pañol y la sujetaron a la verga. Antes de izar la vela, con sumo cuidado, bajaron el timón provisional por encima de la popa y se asignó un hombre a la caña.

Una ligera brisa hinchó la vela con una ondulante serie de sordos gualdrapeos, y el segundo de a bordo contempló el aparejo con aprensión. Luego dio la orden de cazar escotas y el *Horus* empezó a abrirse camino a través del suave oleaje justo cuando los primeros destellos de luz aparecían en el horizonte. En cubierta, los que no estaban ayudando a tripular el barco se habían tumbado a descansar, agotados. El senador Sempronio sostenía en el regazo la cabeza y los hombros de su hija, a la que había tapado con su capa. En cuanto el primer oficial se convenció de que el barco respondía todo lo bien que se podía esperar después de las toscas reparaciones que se habían llevado a cabo durante toda la noche, fue a informar a Macro y Cato.

—Estamos manteniendo el rumbo a lo largo de la costa, señor. Deberíamos llegar a Matala antes de terminar el día. Podemos hacer escala allí para reparar la nave.

—Buen trabajo —dijo Macro con una sonrisa—. Lo has hecho muy bien.

El primer oficial estaba demasiado cansado para modestias de ningún tipo, por lo que se limitó a asentir con la cabeza y se dirigió a popa para dar sus órdenes al timonel, tras lo cual se apoyó en la barandilla del costado. Macro se frotó las manos y contempló el incipiente amanecer.

—¿Lo has oído? Antes de terminar el día estaremos sanos y salvos en tierra firme.

Cato no respondió. Miraba fijamente la distante costa de Creta. Al cabo de un momento estiró los hombros y se frotó la nuca.

—¿Sanos y salvos? Espero que así sea.

Macro frunció el ceño.

—¿Y ahora qué te pasa? ¿Acaso la perspectiva de habernos salvado y de que el mar no sea nuestra tumba no te parece suficiente?

—No, no, estoy encantado con eso —Cato esbozó una breve sonrisa—. La cuestión es que si esa ola estuvo a punto de destruir el barco, sólo los dioses saben lo que habrá hecho en la isla de Creta.

Capítulo IV

Mientras el *Horus* avanzaba lentamente rodeando el cabo, los de a bordo vislumbraron los primeros indicios de la devastación que la ola gigantesca había causado en el puerto de Matala. Los almacenes y embarcaderos habían quedado hechos pedazos, y los restos ascendían por la pendiente más allá del lugar donde las casas atestadas de gente se habían derrumbado bajo el peso del agua del mar que había barrido la costa. Los botes de pesca y los barcos estaban destrozados por las rocas y acantilados de ambos lados de la bahía. La destrucción continuaba tierra adentro, más allá de la línea de pleamar que señalaba el alcance de la ola. Los edificios, tanto grandes como pequeños, se habían venido abajo, como si hubiesen quedado aplastados bajo el pie de un titán. Más al interior los incendios ardían descontrolados y las columnas de humo se arremolinaban en el cielo de la tarde. Sólo se veían unas cuantas personas entre las ruinas, algunas que retiraban los escombros con desesperación para encontrar a sus seres queridos u objetos de valor. Había otras que permanecían sentadas y miraban el entorno paralizadas por la impresión.

Macro tragó saliva.

—¿Qué es lo que ha ocurrido aquí, por el Hades?

—La ola —dijo Julia—. Debió de destruir el puerto antes de alcanzarnos a nosotros.

—No tan sólo la ola —terció Cato, meneando la cabeza—. La ola barrió la costa hasta cierto punto, pero más allá también se ven muchos daños —se volvió a mirar al senador—. Parece como ese terremoto de Bitinia del que nos habló.

Sempronio observó la escena que se extendía frente a ellos y al cabo de un momento respondió:

—Esto es peor, mucho peor. Nunca había visto nada igual.

Continuaron observando los estragos mientras el *Horus* entraba en la bahía. A pesar de las reparaciones de la noche anterior, el barco seguía haciendo agua continuamente y los supervivientes, tanto tripulantes como pasajeros, se habían turnado y ocupado sus puestos en una cadena humana para achicar el casco. El nivel de agua en la bodega había ido aumentando poco a poco durante todo el día, haciendo que el barco se fuera hundiendo cada vez más en el mar y reduciendo así su velocidad, que, si al principio ya era lenta, llegó a ser de tortuga.

El primer oficial miraba atentamente el agua porque se había fijado en una zona más oscura de rocas sumergidas que sobresalían más allá del cabo. Se irguió y señaló una franja de guijarros que había al pie del acantilado del otro lado de la bahía.

—Voy a hacer encallar el barco allí. No va a mantenerse a flote mucho más tiempo, señor —explicó—. Si encallamos, al menos podemos salvar la nave y lo poco que quede de su carga.

—Muy bien —admitió Cato—. De todos modos, dudo que tengamos ninguna posibilidad de hacer reparar el barco en este puerto durante un tiempo. O ya puestos, en ningún puerto de este lado de la isla. Lo que ha ocurrido aquí será lo mismo en todas partes.

—¿De veras lo crees? —preguntó Julia sorprendida.

—Ya viste la ola. ¿Qué podría haber impedido que siguiera adelante por toda la costa y que luego se adentrara en el mar? La verdad es que no me sorprendería que hubiera continuado hasta Siria antes de amainar por completo. —Cato señaló hacia la costa—. Esa ola y el terremoto lo

habrán destruido prácticamente todo. —Se puso a pensar en el campamento de esclavos que habían visto desmoronarse el día anterior—. Habrá centenares de muertos. Tal vez miles. Y parece que apenas ha quedado un solo edificio en pie. ¡Quién sabe qué nos encontraremos al desembarcar! Será un caos. Un caos absoluto.

—Pero tenemos que reparar el barco —insistió Julia—. Así podremos regresar a Roma. Si todas las demás embarcaciones están destrozadas, tenemos que arreglar ésta.

—¿Y quién la va a reparar? —replicó Cato—. Los muelles han desaparecido. Los astilleros ya no existen y probablemente todos los carpinteros de ribera a los que haya cogido la ola estarán muertos.

Julia se quedó un momento pensando.

—¿Qué haremos entonces?

Cato se pasó los dedos por el cabello encostrado de sal con aire cansino.

—Desembarcaremos e intentaremos buscar a alguna persona con autoridad que siga con vida. Quizá cuando sepan que tu padre está con nosotros puedan proporcionarnos un poco de ayuda, y refugio.

—¿Refugio?

Macro soltó una risotada mordaz.

—¡Ésta sí que es buena! ¿Refugio dónde? Por lo que veo, sólo quedan en pie un puñado de estructuras, la mayoría de las cuales no son más que chozas.

—Cierto —repuso Cato—. Pero yo estaba pensando en un sentido un poco más amplio de la palabra.

—¿Cómo dices?

—Piénsalo, Macro. La isla ha quedado patas arriba. Ya viste lo que ocurrió ayer en el recinto de los esclavos. Ahora esos esclavos andan sueltos. Supongo que habrá ocurrido lo mismo en todas las fincas. Todo el mundo andará en busca de comida y de un lugar seguro donde aguantar el desastre. No tardarán en pelearse por ello. Tenemos que encontrar protección en alguna parte, o procurárnosla nosotros mismos. Al menos hasta que llegue la ayuda y se restablezca el orden.

Macro lo miró con cara de pocos amigos.

—¡Por los dioses que eres un tipo optimista, Cato! Acabamos de salvarnos de morir ahogados y ya estás viendo los inconvenientes.

—Lo siento.

Macro desvió la mirada hacia Julia.

—¿Estás segura de que quieres casarte con él, señorita? ¿Con el tipo que siempre ve el ánfora medio vacía?

La joven no contestó, pero se acercó más a Cato y lo agarró del brazo.

Con el primer oficial al mando, el *Horus* cruzó poco a poco la bahía hacia la franja de playa y al acercarse a la costa pudieron ver una fina capa de restos flotantes esparcidos por toda la extensión de guijarros. Había unos cuantos cadáveres desparramados entre trozos de madera astillada y marañas de vegetación. La embarcación se dirigió directamente hacia la costa, en tanto que el primer oficial no dejaba de mirar por el costado para calcular la profundidad a medida que se aproximaban.

Los acantilados se alzaron imponentes sobre ellos; Cato notó una suave sacudida bajo los pies y la cubierta dejó de moverse.

—¡Arriad las escotas en banda! —gritó el primer oficial a su tripulación. Luego, cuando la vela se infló con la suave brisa, tomó aire y dio otra orden—: ¡Arriad la vela!

Los marineros desataron los cabos que sujetaban el mástil provisional y, suavemente, bajaron la bandola y la vela a cubierta. A continuación, vencidos por el agotamiento y la tensión de las horas desesperadas de la noche anterior y de los turnos del día siguiente achicando agua de la bodega, la tripulación se dejó caer para descansar.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Julia.

—¿Hacemos, dices? —Macro se volvió hacia ella—. Quiero que tú te quedes aquí, señorita. Tú y los demás pasajeros y miembros de la tripulación. Mientras tanto, Cato, tu padre y yo nos dirigiremos a Matala para examinar cómo están las cosas.

—Iré con vosotros.

—Con todo el respeto, señorita: no vendrás. Al menos hasta que estemos seguros de que no hay peligro.

Julia frunció el ceño y miró a Cato.

—Llévame contigo.

—No puedo —repuso Cato—. Macro es el oficial superior. Si él dice que te quedes, te quedas.

—Pero, Cato...

—Tiene razón, cariño —intervino Sempronio—. Tienes que quedarte aquí. Sólo de momento. Volveremos pronto. Te lo prometo.

Julia cruzó la mirada con la de su padre y, al cabo de un instante, asintió.

—Está bien. Pero no corráis ningún riesgo.

—Descuida, señorita —dijo Macro—. Venga, Cato. Vamos a buscar nuestro equipo al camarote.

—¿El equipo?

—Ha sobrevivido casi todo, lo he comprobado —explicó Macro—. Después de lo que has dicho antes, me quedaré más tranquilo si vamos armados.

Poco después, los dos centuriones y el senador pisaron el bajío con un chapoteo desde el extremo de la pasarela de embarque que se había hecho descender en la amura. El primer oficial del *Horus* había ordenado a dos marineros que cogieran el ancla principal, la llevaran a una corta distancia por los guijarros y entonces clavaran las uñas en la playa. Estaba comprobando que el ancla estuviera bien fijada cuando los romanos llegaron a tierra y subieron por los guijarros hasta suelo más firme.

—¿Ya está todo? —preguntó Macro.

El primer oficial asintió con la cabeza.

—El barco no puede estar más seguro. Al menos, no puede hundirse.

—Bien. Lo has hecho muy bien. Tu capitán habría estado orgulloso de ti.

El oficial inclinó la cabeza.

—Eso espero. Era un buen hombre, señor. El mejor capitán con el que he navegado.

—Una triste pérdida —repuso Macro en tono cansino—. Bueno, pues nos vamos al puerto, o a lo que queda de él, para ver cuál es la situación. Mientras tanto, tienes que quedarte aquí. Asegúrate de

que la tripulación no se aleje del barco y no dejes que nadie suba a bordo.

—¿Por qué?

—Tú haz lo que te digo, ¿de acuerdo? Es de esperar que alguien haya restaurado un poco el orden en Matala. Pero si no lo han hecho..., entonces preferiría que te aseguraras de cuidar de tus hombres y de la hija del senador. ¿Entendido?

—Sí, señor. —El primer oficial asintió con solemnidad—. Tenemos algunas armas en el pañol de popa. Por los piratas.

—Esperemos que no las necesitéis —terció Cato con una débil sonrisa—. Pero utiliza tu sentido común. Ante el menor indicio de problemas, haz que todo el mundo vuelva a bordo y sube la plancha de embarque.

—Sí, señor. Buena suerte.

—¿Suerte? —Macro dio unas palmaditas en la espada que llevaba colgando del cinturón—. Yo forjo mi propia suerte.

Los dos centuriones y el senador se pusieron en marcha siguiendo la playa de gujarros en dirección al puerto. Cato volvió la cabeza por encima del hombro y vio que Julia los seguía con la mirada desde la cubierta del castillo de proa. Al ver que miraba atrás, la joven le dijo adiós con la mano con vacilación y él resistió el impulso de devolverle el saludo. Ya estaba pensando otra vez como un soldado y, mientras avanzaban pesadamente por el extremo superior de la franja de gujarros, iba observando con cautela el acantilado que quedaba a su izquierda por si detectaba alguna señal de peligro.

Hasta el puerto tan sólo había una distancia de unos cuatrocientos metros y, a medida que se acercaban, los restos que había dejado la estela de la ola iban aumentando. Entonces se toparon con los primeros cadáveres. Figuras retorcidas con la ropa empapada que se mezclaban con los restos de botes y mercancías de los almacenes. La ola había abatido a sus víctimas de forma indiscriminada y los tres romanos pasaron por encima de cuerpos tanto viejos como jóvenes. A Cato le acometió un sentimiento de lástima al ver a una joven tendida de costado que aún llevaba a un bebé sujeto contra el pecho en un cabestrillo; ambos estaban muertos. Se detuvo un momento a mirar sus cadáveres.

Macro se detuvo a su lado.

—¡Pobres diablos! No pudieron hacer nada.

Cato asintió en silencio.

Su compañero levantó la mirada y examinó la playa y las ruinas del puerto.

—Mañana a estas Horus, éste lugar va a empezar a apestar. Habrá que ocuparse de los cadáveres.

—¿Ocuparse de ellos? —preguntó Sempronio con la ceja enarcada.

—Sí, señor. Y no es precisamente el olor lo que me preocupa. Es la enfermedad que sigue a la muerte cuando es a esta escala. He visto sus efectos tras un asedio. En una pequeña ciudad del sur de Germania, hace muchos años, poco después de unirme a las Águilas. Los defensores habían dejado los cadáveres allí donde éstos habían caído y hacía calor. Un calor achicharrante. El caso es que, cuando los supervivientes se rindieron, dentro la atmósfera estaba absolutamente viciada. Aquel lugar era un nido de pestilencia.

—¿Y qué hicisteis? —preguntó Sempronio.

—No podíamos hacer nada. El legado ordenó a los supervivientes que no salieran de las murallas y luego hizo que cerraran la puerta. No podía permitir que la enfermedad se propagara entre nuestras tropas. Al cabo de un mes, tan sólo unos pocos habitantes de la ciudad seguían vivos y la mayoría de ellos estaban demasiado enfermos para que valieran nada como esclavos. Si se hubieran deshecho de los cadáveres como es debido, habría sobrevivido mucha más gente.

—Entiendo. Espero que quienquiera que siga al mando del puerto sepa qué hacer.

Macro chasqueó la lengua.

—Va a ser una tarea muy jodida, señor.

—No es problema nuestro —repuso Sempronio con un encogimiento de hombros—. Vamos.

Continuaron siguiendo la costa hasta que llegaron a los restos de una atalaya desde donde vigilar la entrada al puerto. Los bloques de piedra de la altura de una persona aún seguían en pie pero, por encima de ellos, los postes de madera y la plataforma habían desaparecido. Lo mismo había ocurrido con las puertas de la ciudad y los muros habían cedido bajo la presión del agua del mar que se abatió sobre Matala. Al otro lado de la línea de la pared, apenas discernible, el puerto era una concentración de escombros, maderos y tejas que no se parecía en nada a las líneas del pulcro enrejado de calles antes atestadas por los habitantes de la ciudad. En aquellos momentos sólo había unas cuantas figuras que andaban dando tumbos por las ruinas o que permanecían sentadas mirando a lo lejos con un aspecto lamentable.

Los tres romanos se detuvieron justo al borde de Matala, horrorizados por la escena que tenían delante. Macro respiró hondo.

—No será fácil abrirse camino por aquí en medio. Lo mejor será que bordeemos el lugar y veamos cuál es la situación más al interior —señaló la ladera.

A ambos lados de la bahía, los acantilados daban paso a unas montañas de vertientes empinadas que flanqueaban la ciudad y se estrechaban para formar un desfiladero que describía una curva a medida que se alejaba de la costa hasta perderse de vista.

Se pusieron de nuevo en marcha a una corta distancia de los restos destrozados de la muralla. Las laderas habían quedado despojadas de gran parte de los arbustos y árboles que allí crecían y entonces estaban cubiertas por la misma marea de escombros y personas y animales muertos que los tres hombres habían visto en la playa. Pasaron junto a los restos de un pequeño buque de carga que la ola había alzado antes de estrellarlo contra una gran roca que lo hizo pedazos, dejando tan sólo las cuadernas y algunos maderos aún atrapados en torno a la roca. Cato no pudo evitar quedar sobrecogido al ver aquello. La fuerza de la ola era tan terrible y poderosa como la ira de cualquiera de los dioses.

Al llegar al desfiladero, Cato y los demás se encontraron con que el camino más fácil era cruzar por los restos de la muralla y abrirse paso con cuidado por entre las ruinas. Un pequeño grupo de hombres jóvenes se hallaba atareado apropiándose de los objetos de valor de una casa derrumbada que debía de haber pertenecido a una de las familias más ricas del puerto. Habían extraído y desechado unos cuantos bustos y ahora los saqueadores estaban ocupados sacando bandejas de plata y cofres pequeños con efectos personales. Interrumpieron su quehacer y levantaron la mirada con

cautela cuando los tres romanos pasaron por allí. Macro llevó la mano a la empuñadura de su espada con toda tranquilidad.

—No les hagas caso —masculló Cato—. Ahora no podemos ocuparnos de esto.

—Pues es una lástima —repuso Macro con desdén, y dejó caer la mano de nuevo.

Siguieron adelante sin terciar palabra. Al otro lado del desfiladero el terreno se abría a una amplia llanura, y allí el daño causado por la ola daba paso a los efectos del terremoto que había sacudido la isla hasta los cimientos. Allí no había restos que el agua hubiese arrastrado desde el puerto. Allí, en cambio, la mayoría de las casas se habían venido abajo sin más y habían caído sobre sus habitantes. Había otras parcialmente dañadas y unas pocas que parecían no haber sufrido ningún desperfecto. Lo mismo ocurría con los edificios más grandes. Algunos de los templos eran poco más que pilas de escombros rodeadas por columnas rotas que entonces tenían aspecto de dientes cariados. Otros estaban intactos y se alzaban desafiantes por encima de las ruinas. Allí se veía a mucha más gente que abajo en el puerto. Había cientos de personas rebuscando entre los escombros, rescatando lo que podían de sus casas o sacando las posesiones de las casas de los muertos. Pequeñas concentraciones de gente se hallaban diseminadas por las laderas de la colina y en la llanura, a una corta distancia de la ciudad. Unas tenues volutas de humo se alzaban de las pequeñas hogueras que habían encendido algunos de los supervivientes para calentarse durante la noche.

En una gran masa de roca se hallaba la acrópolis de la ciudad que el desastre había dejado relativamente intacta. Los muros aún se tenían en pie, aunque una de las torres achaparradas se había venido abajo por el despeñadero y había caído sobre la ciudad, aplastando varias casas. Un pelotón de soldados montaba guardia en el extremo de la rampa que conducía a las puertas de la acrópolis, y al otro lado de los muros vieron que el principal edificio administrativo seguía en pie.

—Ese lugar parece nuestra mejor opción —dijo Cato—. Deberíamos dirigirnos allí arriba.

Sempronio asintió y encabezó la marcha hacia la calle principal, que se extendía a través de la ciudad hacia la acrópolis. Antes esa calle había tenido una anchura de quince pasos, pero ahora sus lados habían quedado sepultados y no quedaba más que un estrecho sendero entre los escombros. Llegaron a la rampa y empezaron a ascender por ella hacia las puertas. Los centinelas se pusieron en movimiento de inmediato para impedirles el paso. Macro los miró con frialdad. Los soldados llevaban los escudos ovalados de las tropas auxiliares, pero tenían un aspecto nervioso y parecían estar en baja forma. Su jefe, un optio, avanzó y alzó la mano.

—Ya os habéis acercado bastante. ¿Quiénes sois y qué os trae por aquí?

Sempronio se aclaró la garganta e irguió su postura.

—Soy Lucio Sempronio, senador de Roma. Éstos son mis compañeros, los centuriones Macro y Cato. Tenemos que ver al oficial superior de la ciudad. Enseguida.

El optio echó una ojeada a los tres hombres que tenía delante. No había duda de que el que afirmaba ser un aristócrata se comportaba tal como correspondía a dicho rango y el más bajo de los otros dos tenía la corpulencia y las cicatrices propias de un soldado. Sin embargo, el otro era joven y delgado y no irradiaba una autoridad evidente. Aparte de que llevaban el modelo de espada del ejército, no había ninguna otra prueba de la afirmación del primero. Iban los tres vestidos con unas túnicas sencillas, llevaban la piel sucia y barba de varios días.

—¿Senador, dice? —El optio se pasó la lengua por los labios con nerviosismo—. Perdone que diga esto, señor, pero, ¿puede probarlo?

—¿Probarlo? —Sempronio puso mala cara y extendió la mano bruscamente para mostrar el anillo senatorial de oro que había heredado de su padre—. ¡Aquí tienes la prueba! ¿Es lo bastante buena?

—Bueno, supongo... —repuso el optio con cautela—. ¿Hay alguna otra cosa?

—¿Qué quieres? —respondió Sempronio con irritación—. Basta con el anillo. Y ahora, déjanos entrar y que alguien me lleve ante quienquiera que esté al mando aquí si no quieres que te acuse de insubordinación.

El optio se puso firme y saludó.

—Sí, señor. ¡Abrid la puerta!

Dos de sus hombres corrieron hacia los pesados maderos y tiraron de ellos. La puerta se abrió con un chirrido. El optio destacó a cuatro de sus soldados para que montaran guardia y a continuación condujo al senador y a los dos centuriones al interior de la acrópolis. Al cruzar la puerta vieron un patio pequeño a cuyos lados se extendían unos almacenes y, frente a ellos, una basílica. Se habían desprendido algunas tejas y un extremo del tejado se había venido abajo. Por lo demás, el edificio estaba intacto. Acucilladas a la sombra de las murallas de la acrópolis había más tropas auxiliares y algunos de los soldados observaron con curiosidad al optio y a cuatro de sus hombres que escoltaban a los romanos por la entrada de la basílica.

—Parece que habéis tenido suerte —comentó Macro—. Aquí no hay muchos daños.

—Sí, señor —el optio se volvió a mirarlo—. Pero muchos de los soldados estaban abajo en la ciudad cuando tuvo lugar el temblor. Y después de eso, la ola. Seguimos sin saber el paradero de más de la mitad de la cohorte.

—¿Cohorte? ¿Y de qué cohorte se trata?

—La Duodécima Hispania, señor.

—¿Tropas de guarnición?

—Durante los últimos quince años —admitió el optio—. Anteriormente la unidad estuvo en la frontera del Danubio, aunque eso fue antes de que yo llegara.

—Entiendo —asintió Macro—. ¿Y quién es aquí el comandante?

—El prefecto Lucio Calpurnio, pero está en Gortina, la capital de la provincia, junto a las demás personas de rango. Dejó al mando al centurión Portillo mientras él no estuviera.

Entraron en la basílica, pasaron junto a despachos vacíos y cruzaron la nave principal para dirigirse al conjunto de habitaciones del otro lado. El optio se detuvo frente a la puerta abierta y dio unos golpes en el marco.

—¡Adelante! —exclamó una voz en tono cansino.

El optio indicó a sus hombres que se quedaran fuera y acompañó a Sempronio y a sus compañeros hasta el despacho del prefecto, que era una habitación espaciosa cuyas ventanas con postigos tenían vistas a la ciudad en dirección al mar. En otras circunstancias, las vistas hubieran sido magníficas, desde luego, pensó Cato, pero aquel día las ventanas mostraban un panorama de destrucción y sufrimiento. Frente a tales ventanas, sentado a una mesa, había un hombre fornido que

llevaba una túnica militar de color rojo. Era completamente calvo y de tez muy arrugada. Miró a sus visitantes con los ojos entornados.

—¿Sí? Ah, eres tú, optio. ¿Quiénes son estos hombres?

—Acudieron a la puerta principal, señor —el optio señaló a Sempronio—. Este caballero afirma ser un senador romano, Lucio Sempronio. Dice que los otros dos son centuriones.

—Entiendo —Portillo volvió a entrecerrar los ojos, se levantó de la silla y dio unas zancadas hacia sus invitados para poderlos examinar desde más cerca—. Y bien, señor, ¿puedo preguntar qué estáis haciendo aquí en Matala?

—Por supuesto —contestó Sempronio pacientemente—. Navegábamos en un barco con rumbo a Roma. Ayer por la noche nos azotó una ola gigante justo frente a la costa de Creta.

—¿De dónde zarpó el barco? —lo interrumpió Portillo—. ¿De qué puerto?

—Del de Cesárea, en la costa siria —respondió Sempronio de inmediato.

—¿El capitán del barco puede verificarlo?

—El capitán del barco fue arrastrado por la ola. Pero puedes preguntar al primer oficial, si lo consideras necesario.

—Tal vez lo haga. Más tarde. —Portillo los observó con recelo un momento—. Me imagino que habréis visto lo que la ola nos hizo aquí en Matala. Lo cual me conduce a la pregunta: si fue lo bastante poderosa para destruir una ciudad, ¿cómo es que un simple barco logró sobrevivir?

—¿Si sobrevivimos fue por los pelos, te lo aseguro! —Macro interrumpió a Portillo y lo fulminó con la mirada—. De todos modos, parece ser que tú también has salido ileso. ¿Quieres explicarlo, eh? Quedándote cómodamente sentado aquí arriba mientras que abajo, en lo que queda de la ciudad, todo se va a la mierda, ¿no?

Sempronio le puso la mano en el hombro a Macro.

—Es suficiente. El centurión Portillo tiene motivos para ser cauteloso. Seguro que en los próximos días habrá mucha gente deambulando por la isla. Podrían afirmar ser cualquiera. Lo único que llevo encima para identificarme es mi millo senatorial. Mira. —Alzó la mano para que Portillo lo examinara con atención.

Portillo se quedó un momento rascándose el mentón.

—Está bien, de momento admitamos que sois quienes decís ser. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Éste era el puerto más próximo al que podíamos dirigirnos después de reparar los daños como pudimos —explicó Sempronio—. Teníamos la esperanza de dejar el barco en condiciones de volver a navegar o al menos de conseguir pasaje en otra embarcación y continuar con nuestro viaje.

Pero ahora, después de haber visto lo que queda de Matala... Bueno, está claro que no podremos salir de aquí hasta que llegue otro barco. En cuyo caso necesitaremos alojamiento mientras aguardamos. Esperaba pedir ayuda a tu comandante, pero por lo visto en estos momentos está ausente.

—Así es. Fue al palacio del gobernador en Gortina para asistir al banquete anual. El prefecto y todas las personas ilustres de la ciudad. Le mandé un informe en cuanto el terremoto y la ola nos azotaron. Debería regresar en cualquier momento para ponerse al mando.

—¿A qué distancia está Gortina? —preguntó Cato.

—A unos veinticuatro kilómetros.

—¿Y el prefecto todavía no ha regresado ni ha enviado respuesta?

—No. Todavía no.

Macro respiró hondo para calmar su frustración, que iba en aumento.

—¿Y qué habéis hecho mientras tanto?

—¿Hecho?

—Para ayudar a la gente de ahí abajo —Macro apuntó el pulgar en dirección a la ventana—. Para ayudar a rescatar a los que han quedado atrapados en las ruinas, para tratar a los heridos, organizar la distribución de comida y agua entre los supervivientes y restaurar el orden. ¿Y bien?

Portillo frunció el ceño y unas arrugas surcaron su frente.

—He hecho todo lo necesario para ocuparme en primer lugar de los hombres de mi cohorte y tenerlos preparados para ejecutar las órdenes que dé el prefecto en cuanto regrese de Gortina. Eso es lo que he hecho.

—¡Tonterías! —gruñó Macro—. ¡Eres un maldito legalista! Tú y tus hombres os estáis tocando las narices cuando la gente de ahí abajo os necesita. Tenéis la obligación de mantener la paz. ¡Joder, pero si estando de guarnición no tenéis otra cosa que hacer!

Sempronio tosió.

—Macro, estoy seguro de que el centurión Portillo y sus hombres harán todo lo que sea necesario en cuanto vuelva el prefecto.

—Suponiendo que vuelva —añadió Cato.

Los demás se volvieron a mirarlo.

Portillo enarcó las cejas.

—¿Por qué no iba a volver?

—¿Cuándo le mandaste el mensaje exactamente?

—Anoche.

—Entonces, ha tenido tiempo de responder o de regresar. Así pues, ¿por qué no has tenido noticias tuyas?

—¡No lo sé! —Portillo agitó el brazo con la mano abierta—. Podría ser por cualquier motivo. Quizá lo necesiten en Gortina.

—Podría ser —admitió Cato—. Pero, claro, a juzgar por lo ocurrido aquí en Matala, seguro que Gortina también ha sufrido las consecuencias.

En tanto que Portillo se esforzaba por aceptar las implicaciones de las palabras de Cato, el ruido de los cascos de un caballo que cruzaba el patio resonaron débilmente por la basílica. Macro se volvió hacia el sonido y se dirigió a la puerta. Una figura con capa entró corriendo, cruzó la nave y fue directa al despacho del prefecto.

—Parece que estamos a punto de averiguar lo que ha pasado en Gortina —comentó Macro en voz baja.

Al cabo de un momento el recién llegado estaba frente a los tres oficiales y el senador, respirando con dificultad. Llevaba la capa y el rostro sucios del polvo de una dura cabalgada. Hizo un esfuerzo por erguirse y saludar antes de rendir su informe.

—¿Es éste el hombre que mandaste a Cortina? —preguntó Sempronio.

Portillo asintió con la cabeza y se dirigió al soldado:

—¿Encontraste al prefecto?

—Sí, señor. Es decir, lo vi.

—¿Lo viste? ¿Qué quieres decir con eso? ¡Habla para que te entendamos, hombre!

—Vi su cuerpo, señor. El prefecto está muerto. Lo mismo que casi todos los demás oficiales de la provincia, señor.

—¿Muerto? —Portillo meneó la cabeza—. ¿Cómo ha ocurrido?

—Estaban todos en el salón de banquetes del palacio del gobernador cuando tuvo lugar el terremoto. El tejado se les vino encima. Los supervivientes del personal del gobernador llevan todo el día sacando los cadáveres, señor. Sólo hay unos cuantos con vida. Algunos de los cuales no durarán mucho tiempo.

—No me lo creo —masculló Portillo—. No puede ser.

Cato se acercó al mensajero.

—¿Y el gobernador? ¿Está muerto?

—No. Al menos no lo estaba cuando salí de Cortina, señor. Estaba malherido, más bien. Tiene las piernas aplastadas. Fue él quien me envió de vuelta para informar al centurión Portillo.

—¿A mí?

—Sí, señor. Es el oficial romano de mayor rango que hay en Matala. Ha ordenado que tome el mando aquí.

—¿Yo? —Portillo abrió desmesuradamente los ojos, horrorizado y bastante angustiado—. Tiene que haber alguien más.

—No, señor.

—Yo..., necesito pensar. —Portillo se alejó caminando de espaldas y luego se volvió a mirar por la ventana—. Necesito tiempo para trazar un plan. Tiempo para restaurar el orden. Yo...

Guardó silencio e hundió los hombros. Macro se inclinó hacia Cato y Sempronio y les dijo entre dientes:

—Bueno, no es precisamente lo que yo llamaría una persona resolutiva.

—Tienes razón —repuso Sempronio—. Tenemos que hacer algo. Ahora mismo.

Capítulo V

El senador Sempronio carraspeó y dio un paso hacia la mesa del prefecto.

—¡Centurión Portillo!

El oficial se dio la vuelta enseguida al oír el tono de voz autoritario del senador.

—Centurión Portillo, voy a asumir la autoridad del gobernador durante la actual situación de emergencia. También asumiré el mando de todas las fuerzas militares y navales que se hallen en Creta, empezando por esta cohorte. ¿Entendido?

Portillo puso cara de asombro, al igual que todos los presentes en la habitación. Al cabo de un momento, tragó saliva y juntó las manos.

—Bueno, señor, el gobernador me ha nombrado a mí, como bien acaba de oír.

—El gobernador ha tomado una decisión suponiendo que eras el oficial superviviente de mayor rango. No podía saber que yo, o estos otros oficiales, nos encontrábamos en la isla. Puesto que son centuriones de las legiones, jerárquicamente están por encima de ti, y yo, como senador, ostento la autoridad del Senado con mi rango. Yo sería el sustituto más adecuado del gobernador Hirtio y tengo intención de asumir el mando. ¿Está claro?

Portillo asintió con la cabeza y se mordió el labio.

—¿Algún problema con mi decisión?

—Bueno, sí, señor. Hay una cuestión de protocolo.

—¿Protocolo? —refunfuñó Macro—. ¿De qué estás hablando?

—En sentido estricto, el senador necesita permiso del emperador para entrar en una provincia —continuó diciendo Portillo, nervioso.

—¿Cómo dices? —Macro alzó la voz—, ¿qué demonios estás diciendo? ¡Nuestro barco tiene más agujeros que un colador, maldita sea! ¿Adónde podíamos habernos dirigido, si no? ¿O acaso piensas que tendríamos que habernos llegado en un momento a Roma para que el emperador nos diera permiso para poner los pies en esta maldita isla?

—Es lo que dice el reglamento, señor.

—¡A la mierda! —le espetó Macro—. ¡A la mierda el reglamento, idiota!

Sempronio intervino:

—El centurión Portillo tiene razón al plantear este tema. No obstante, dadas las circunstancias (las extraordinarias circunstancias), creo que hay que pasar por alto las reglas normales. Además —se volvió a mirar a Portillo—, estoy seguro de que estarías contento de delegar la responsabilidad de la cohorte en un oficial superior. ¿No es así?

Portillo inclinó la cabeza.

—Por supuesto, señor. Como desee. —Dirigió la mirada al mensajero, que seguía de pie junto a la puerta, y continuó diciendo en un tono muy meditado—: Naturalmente, querré que conste que insiste en tomar el mando y que asume toda la responsabilidad de sus acciones, señor.

—Como quieras, lo tendrás por escrito —repuso Sempronio, que tuvo que esforzarse para que su voz no denotara su desprecio—. Pues bien, ahora estoy al frente. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, señor.

—Entonces, la prioridad es restablecer el orden aquí en Matala y ayudar a los supervivientes. — El senador miró a Cato y Macro y, tras pensarlo un momento, tomó una decisión—. Centurión Macro, tú asumirás el control aquí en Matala. Te autorizo a hacer lo que sea necesario para ayudar a los habitantes. Tienes que requisar todas las vituallas disponibles y los refugios existentes. Se dará prioridad al rescate de los que sigan atrapados bajo los escombros y a los heridos. Evita saqueos como el que vimos de camino hacia aquí. Utiliza la fuerza que sea necesaria para evitar ese tipo de desorden. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Bien. Veamos, centurión Cato, tú y yo nos dirigiremos a Cortina de inmediato. Tenemos que ver qué queda de la administración de la provincia. Hace falta que estemos allí para recuperar el control de Creta y ocuparnos de este caos.

Cato asintió.

—Sí, señor. ¿Y qué pasa con el barco y con los que siguen a bordo de él?

Sempronio sonrió.

—De momento, Julia se halla a salvo donde está.

—Pero, ¿no estaría más segura si la trajeran aquí, señor?

—Por supuesto. El centurión Macro se encargará de ello.

Macro le dio unas palmaditas en la espalda a su amigo.

—Confía en mí.

—Y también podrías hacerte cargo de la tripulación y los pasajeros —continuó diciendo Sempronio—. Súmalos a la cohorte. Tal vez no sean soldados, pero son buenos. Han demostrado con creces que pueden resultar útiles en momentos difíciles.

—Me ocuparé de ello.

—¿Marineros? —el centurión Portillo meneó la cabeza—. ¿En la Duodécima Hispania? Los muchachos no van a consentirlo, señor.

—Ellos consentirán lo que yo les diga que consientan —afirmó Macro con rotundidad—. Y, a juzgar por lo que he visto hasta el momento, vendrá muy bien que acompañen a esos vagos que holgazanean por la acrópolis. Bueno, Portillo, quiero a todos los soldados y oficiales en formación. Es hora de que conozcan a su nuevo comandante.

Mientras Portillo se marchaba a toda prisa para cumplir con sus órdenes, Sempronio le estrechó la mano a Macro.

—Buena suerte, centurión. Haz lo que puedas. Si necesitas informar de algo, envíame el recado a Gortina.

—Sí, señor. ¿Cuánto tiempo tiene intención de quedarse allí?

Sempronio lo consideró un momento y luego se encogió de hombros.

—Tanto como sea necesario, supongo. Sólo los dioses saben con qué nos encontraremos allí y cuál es la situación en el resto de la provincia. En cuanto pueda formarme un juicio al respecto, te haré llegar un mensaje aquí en Matala.

El senador y Cato tomaron unas capas de las dependencias del prefecto para abrigarse durante la cabalgada nocturna hacia Gortina, y luego eligieron dos de los mejores caballos del establo del

prefecto, situado en una esquina del patio de la acrópolis, y montaron en ellos. Cuando salieron por la puerta acompañados por el golpeteo de los cascos de las monturas, los soldados de la cohorte ya estaban formando con aire desgarrado bajo la mirada de desaprobación de Macro, que se había puesto a la sombra de la columnata de la basílica. Cato se dio media vuelta en la silla al pasar a caballo.

—Hasta pronto, Macro.

—Ten cuidado, Cato. Me da la sensación de que las vamos a pasar canutas.

Sempronio chasqueó la lengua ya cerca de la salida, puso el caballo al trote y cabalgaron por la rampa hacia la calle principal de la ciudad, bordeada de ruinas. Al cruzar los restos de la puerta de la muralla, Cato dirigió una última mirada hacia el mar. Aunque no veía el lado de la bahía en el que estaba encallado el *Horus*, se sintió angustiado por la situación en que quedaba Julia.

Sempronio se fijó en la expresión del joven oficial y sonrió.

—Quédate tranquilo, Cato. No le ocurrirá nada malo mientras esté al cuidado de Macro.

Cato se obligó a devolverle la sonrisa.

—Lo sé. Compadezco a quien consiga contrariarlo.

* * *

Se alejaron de la ciudad siguiendo la carretera que llevaba a Gortina por unas colinas ondulantes, donde se encontraron con más escenas de destrucción provocada por el terremoto. Muchas más villas, granjas y santuarios del borde del camino se habían derrumbado y por entonces no eran más que pilas de piedras, tejas y maderos. Los supervivientes habían sacado a rastras a los heridos y algunos de los cadáveres, que yacían en mortajas improvisadas a la espera de ser enterrados o incinerados. Los vivos miraban pasar a los jinetes con expresiones desoladas de horror y aturdimiento, y Cato se sintió culpable mientras seguía a Sempronio e intentaba no hacer caso del sufrimiento que se extendía kilómetro tras kilómetro por la carretera de Cortina.

Al caer la noche, Sempronio dio la orden de detenerse a las afueras de un pueblo pequeño para que los caballos descansaran. Allí no había sobrevivido ni un solo edificio y reinaba una quietud espantosa en la creciente penumbra bajo la que unas figuras se acurrucaban en cualquier refugio que podían encontrar para pasar la noche. No había gritos de pena ni gemidos de dolor de los heridos. El único sonido que se oía era un leve sollozo proveniente de los restos de una pequeña granja que había cerca de allí. Cato ató su caballo en el tocón de un árbol y se dirigió hacia el lugar del que provenían los lloros.

—Cato —le dijo Sempronio en voz baja—. No te alejes demasiado.

Cato asintió y continuó avanzando con cautela. En la oscuridad distinguió la silueta de una pared caída y de unas tejas esparcidas por el suelo. El sonido le llegó con más claridad. Se agachó junto a los bloques de piedra que habían formado la pared y percibió un leve movimiento bajo algunas de las tejas. Se inclinó hacia delante y, con cuidado, retiró la teja más próxima. Se oyó un grito sobresaltado y Cato vio la mitad superior de un niño pequeño, de no más de dos años, que yacía boca

arriba. El niño estaba desnudo y su carne pálida e hinchada estaba manchada de suciedad y de sangre. La teja le había golpeado la cabeza y le había arrancado un pedazo del cuero cabelludo, por lo que una masa negra y pegajosa de sangre seca y cabello apelmazado le cubría un lado de la misma. La criatura tenía los ojos abiertos, unos ojos grandes y azules que miraron fijamente a Cato mientras proseguía el lloriqueo.

—No pasa nada —le dijo Cato con voz suave—. ¡Chsss! No pasa nada.

Apartó los escombros de la mitad del cuerpo del niño que quedaba expuesta y entonces vio que debajo de la cintura tenía un enorme pedazo de roca que le cubría las piernas. Agarró la roca por los extremos y al levantarla vio que el pequeño era un varón. Al retirar el peso de la pelvis y las piernas del niño, éste soltó un grito de dolor agudo y penetrante. Cato echó la piedra a un lado y tomó la mano del niño.

—Bueno, ya no está. Calla, venga. Chsss. —Bajó la mirada y de repente lo invadió una sensación de náusea casi incontenible. La piedra había aplastado al niño de cintura para abajo, destrozándole los huesos y abriendo su débil carne. Los finos huesos de las espinillas sobresalían de la piel allí donde las piernas se habían quebrado violentamente.

El niño dejó escapar un grito y de pronto empezó a temblar mucho. Cato se apresuró a desabrocharse la capa y cubrió al niño con ella, colocándole un extremo debajo de la cabeza para que le hiciera de almohada. Durante todo este tiempo, la diminuta mano del niño permaneció aferrada a los dedos de Cato con una fuerza sorprendente, hasta que sus gritos se apagaron y quedó allí tendido, mirando a Cato y temblando mientras tomaba aire de manera irregular. Se oyó el crujido de unas botas sobre los escombros allí cerca y al levantar la vista Cato vio a Sempronio, que se había acercado a investigar el origen de los gritos.

—¿Qué es lo que tienes aquí?

—Un niño. —Cato se apartó para que el senador pudiera verlo—. Al derrumbarse la pared, quedó atrapado debajo.

—¿Cómo está?

Con un amargo sabor de boca, Cato tragó saliva y notó que se le hacía un nudo en la garganta. Se la aclaró con aspereza antes de poder responder:

—Tiene las piernas rotas.

—Entiendo... ¿Vivirá?

Cato se quedó callado unos instantes. Quería decir que el niño viviría y podría salvarse. Pero no era así. Aunque, por algún milagro, sobreviviera, pasaría el resto de su vida siendo un tullido. Nadie había acudido a rescatarlo y Cato echó un vistazo a las ruinas de la casa más allá de la pared caída, donde sin duda el resto de su familia yacía enterrada bajo los escombros. Miró al niño y se obligó a sonreír mientras respondía al senador.

—Dudo que sobreviva otra noche si lo dejamos aquí, señor. Es un milagro que aún esté vivo. Tal vez sobreviviera, si encontráramos a alguien que cuidara de él. El cirujano de la Duodécima Hispania quizá pudiera salvarle, pero sólo sacrificando sus piernas.

Sempronio miró a Cato con los ojos entrecerrados y entonces, pausadamente, dijo:

—Es una pena que no podamos llevarlo de vuelta a Matala.

—¿Por qué no? Sólo está a dos Horus de camino.

—Dos Horus para ir, otras dos para volver, o más bien tres si empezamos a cabalgar en la oscuridad. Lo siento, Cato, pero no podemos permitirnos regresar a Matala. Tenemos que seguir adelante.

—¿Por qué? —Cato miró fijamente a Sempronio—. Primero tendríamos que hacer todo lo que pudiéramos por él.

—No hay tiempo. Y ahora déjalo y vámonos.

—¿Que lo deje? —Cato negó con la cabeza—. ¿En estas condiciones? No tendrá ninguna posibilidad.

—Tampoco tiene muchas posibilidades tal como está. Tú mismo lo has dicho.

Cato seguía agarrándole la mano. Se mordió el labio.

—No. No puedo dejarlo, señor. No está bien.

Sempronio respiró hondo.

—Centurión Cato, no es una cuestión de si está bien o mal. Te estoy dando una orden.

Se hizo un tenso silencio durante el cual ambos se miraron fijamente. Entonces el niño profirió un leve gemido y Cato bajó la vista hacia él y acarició su cabello fino con la mano que tenía libre.

—Venga, tranquilo, muchacho. Tranquilo.

—Cato —continuó diciendo Sempronio en tono dulce—, tenemos que seguir adelante. Tenemos que llegar a Gortina lo antes posible. Tenemos que hacer todo lo que podamos para restablecer el orden, para ayudar a la gente y para salvar vidas. No podemos hacer mucho por este niño. Y si perdemos la mayor parte de un día en llevarlo de vuelta a Matala, podemos poner en peligro otras vidas.

—Podría ser —repuso Cato—. ¿Quién lo sabe con certeza? Pero si ahora abandonamos a este niño, podemos estar seguros de que morirá, solo y muerto de frío.

—Tal vez sí, o tal vez no. Puede que alguien lo salve.

—¿Lo cree de verdad?

—¿Y tú crees de verdad que un retraso no pondría otras vidas en peligro en Cortina? —replicó Sempronio.

Cato frunció el ceño, debatiéndose entre la evidencia de las palabras de Sempronio y su propia obligación moral de hacer lo que estuviera en sus manos para salvar al niño. Decidió probar a enfocar las cosas de otra manera.

—¿Y si se tratara de Julia? ¿Seguiría diciendo que tendríamos que seguir adelante?

—Pero no se trata de ella, afortunadamente. Y ahora, Cato, hijo mío, entra en razón, por favor. Eres un oficial cuyas obligaciones para con tu deber y para con tu imperio son mucho más amplias. Estoy seguro de que estando en campaña has tenido que dejar atrás a soldados muy malheridos. Este niño es una baja, una por la que tú no puedes hacer nada. Es más, me atrevería a decir que el más mínimo movimiento supondría la más terrible de las agonías para él. ¿De verdad quieres someterlo al tormento de cabalgar de vuelta a Matala? ¿Sólo para que muera allí? Le hacemos más bien dejándolo aquí —Sempronio puso la mano en el hombro de Cato y le dio un suave apretón—. Créeme... Ahora tenemos que marcharnos. Vamos.

Cato sintió un dolor amargo en la garganta mientras luchaba por aceptar el argumento de Sempronio. Dijera lo que le dijera su corazón, tenía responsabilidades hacia otras personas, muchas otras. Arrancó la mirada del rostro del niño y soltó aquella manita que sujetaba con delicadeza. De inmediato los dedos del niño buscaron a tientas los de Cato e intentaron agarrarlo, al tiempo que sus ojos clavaban en él una mirada aterrorizada. Cato se puso de pie y retrocedió a toda prisa, soltándose.

—Vamos —Sempronio tiró de él para dirigirse hacia los caballos que aguardaban atados—. No hay tiempo que perder.

Cuando Cato se dio la vuelta y siguió al senador, un agudo lamento de pánico y terror hendió el anochecer y rasgó su joven corazón como una jabalina. Tuvo ganas de vomitar, sintió que era una criatura fría e inhumana que había renunciado a todo derecho a las cualidades que definían a una buena persona.

—Debemos irnos —Sempronio alzó la voz, agarró a Cato del brazo y lo alejó con firmeza de los gritos del pequeño, cada vez más fuertes—. Sube al caballo y pongámonos en marcha. No olvides lo que te he dicho. Otras personas te necesitan.

Llevó a Cato hasta el flanco de su montura y lo ayudó a encaramarse a ella. Se apresuró entonces a desatar el caballo, a poner las riendas en las manos de Cato y a darle una palmada en la grupa al animal, que se puso en marcha con un fuerte relincho. Sempronio montó en su caballo, hundió los talones y salió también. Cuando llegó junto al centurión, le dirigió una rápida mirada y pudo ver la rígida expresión adusta de Cato en la penumbra. Sempronio sintió que lo embargaba un intenso sentimiento de culpa. Había resultado muy duro dejar allí al niño herido, pero era un deber necesario que indudablemente había afectado a Cato mucho más que a él. El joven tenía un buen corazón. Era muy sensible y no temía demostrarlo. Mientras espoleaba a su caballo, Sempronio pudo extraer una pizca de consuelo de la situación. Fue el hecho de darse cuenta de que su hija había escogido bien a su futuro esposo.

* * *

Continuaron cabalgando mientras la noche se cerraba sobre Creta, siguiendo la ruta principal que cruzaba la rica llanura agrícola hasta Gortina. Los olivares, frutales y viñedos se extendían a ambos lados hacia las distantes montañas. Gran parte del terreno se había repartido en fincas cuyos propietarios eran algunos de los hombres más ricos del Imperio. En tanto que ellos llevaban una vida de lujos en las ciudades, los administradores dirigían las fincas en su nombre. Por debajo de ellos estaban los capataces al mando de las cuadrillas de esclavos que trabajaban duro desde el alba a la puesta del sol. Para la gran mayoría de esclavos la vida era breve y brutal y la muerte suponía un alivio. Cato advirtió que ahora, sin embargo, la situación había cambiado. El terremoto había derribado muchas de las fincas y los esclavos aprovecharían la oportunidad para escapar o para volverse contra sus antiguos amos.

Aunque era una noche clara de luna creciente y las estrellas que salpicaban el cielo

proporcionaban una tenue iluminación, Sempronio aflojó el ritmo y puso el caballo al paso.

—No tiene sentido exponerse a que los caballos tropiecen —explicó—. Además, les vendría bien un descanso.

—También a mí. —Cato movió el trasero en la silla y se frotó los riñones con la mano. La noche era fresca y entonces se preguntó si había sido sensato dejar la capa con el niño moribundo. Desechó de inmediato este pensamiento impropio y paseó la mirada por el paisaje circundante. El camino ascendía por una baja colina y al llegar a la cima Cato vio un fuego que ardía en los campos de su derecha, a no más de unos cuatrocientos metros de distancia.

—¡En nombre de los dioses! ¿Qué es lo que pasa allí? —masculló Sempronio.

Los dos detuvieron sus monturas y miraron hacia las llamas rojas y refulgentes que se alzaban hacia el cielo nocturno. Se había construido una pira cerca de las ruinas de una serie de edificios agrícolas. En torno a ella había cuatro sólidos postes con travesaños de los que colgaban los cuerpos desnudos de tres hombres y una mujer, situados lo bastante cerca del fuego para que el calor los abrasara. Se retorcían de dolor y sus gritos, aunque débiles y lejanos, le helaron la sangre a Cato.

Con el resplandor de las llamas y el contraste de las sombras de aquéllos que se estaban asando lentamente en las cruces, Cato distinguió un círculo de figuras que contemplaban el espectáculo. Algunas de ellas llevaban jarras en la mano y bebían a menudo de ellas mientras miraban. Otras estaban bailando, en tanto que unas cuantas lanzaban piedras a sus víctimas.

Cato tragó saliva.

—Parece ser que los esclavos se están vengando.

Ambos se quedaron mirando un momento aquella escena macabra y al cabo el senador masculló entre dientes:

—¡Pobres desgraciados!

—Me temo que no será la última vez que presenciemos este tipo de cosas —dijo Cato—. Supongo que estarán empezando a suceder por toda la isla.

Mientras estaban allí mirando, un hombre robusto surgió de entre la multitud con un mazo y se acercó a la cruz en la que estaba la mujer. Retiró los calzos que sujetaban las cruces a puntapiés y a continuación se afirmó contra la estaca y la empujó hacia el fuego. La cruz se tambaleó hacia delante, se quedó inmóvil un segundo, mientras la mujer se sacudía inútilmente para librarse de sus ataduras, y luego cayó a la hoguera con un estallido de chispas y unas llamaradas repentinas que se elevaron hacia el cielo nocturno junto a un último chillido de dolor y terror.

—Ya he visto suficiente —dijo Cato—. Será mejor que nos marchemos, señor.

—Sí..., sí, por supuesto.

Cato tiró de las riendas para que el caballo diera media vuelta en dirección a Gortina, y estaba a punto de hincar el talón cuando vio una figura que salía tranquilamente al camino a unos diez pasos por delante de ellos.

—¿Y vosotros adonde creéis que vais? —exclamó el hombre alegremente, en un latín con marcado acento—. Dos jinetes por el camino en mitad de la noche no pueden tramar nada bueno.

El senador Sempronio soltó un suspiro de alivio al oír el tono amigable de aquel hombre, pero Cato había deslizado la mano de la espada hacia su muslo.

—Será mejor que te vayas de aquí —le dijo Sempronio—. Hay una cuadrilla de esclavos sueltos por los alrededores. Deberías escapar mientras puedas.

—¡Vaya! —exclamó el hombre, que dio unos cuantos pasos hacia los jinetes—. Por el sonido de tu voz, debes de formar parte de la élite; sin duda, debes de ser un auténtico romano.

—Soy un oficial romano —admitió Sempronio—. Tengo que llegar a Gortina lo antes posible, de modo que te pido, buen hombre, que te apartes para que podamos seguir nuestro camino.

El desconocido se hallaba ya tan cerca que Cato pudo distinguir algunos detalles. Era un hombre alto, ancho de espaldas, iba despeinado, llevaba barba y vestía una túnica harapienta. En su mano se balanceaba un largo garrote que alzó y se apoyó en el hombro mientras se reía.

—La cuestión es que ahora este camino me pertenece y he decidido cobrar peaje a todos los que lo transiten. —Su tono de voz se había endurecido de pronto—. Empezando por vosotros dos. Y ahora, bajad de esos caballos y entregadlos. Los caballos y cualquier otra cosa de valor que llevéis encima.

—¿Cómo dices? —Sempronio se irguió en la silla—. ¿Cómo te atreves?

Mientras aquel hombre hablaba, Cato había percibido movimiento a ambos lados del camino, y en aquellos momentos vio a varias figuras que se acercaban en torno a ellos. Asió la empuñadura de su espada y dijo en voz baja:

—Señor, tenemos problemas. Desenvaine la espada.

—¿Problemas? —Sempronio echó un vistazo en derredor y se quedó helado al ver aparecer a varios hombres de entre las sombras, todos ellos armados con garrotes u horcas y vestidos con andrajos igual que el primero. Se oyó un breve ruido cuando los dos romanos agarraron sus espadas y las esgrimieron.

—Vamos, no tentéis a la suerte, caballeros —dijo el hombre, sin alterarse—. No tiene sentido que alguien salga herido. Somos muchos más que vosotros. Si os resistís, juro que os destriparé a ambos. De modo que sed buenos, arrojad las espadas y bajad de los caballos tranquilamente.

A Cato le palpitaba deprisa el corazón y tenía el habitual cosquilleo gélido en la nuca previo a un combate. Apretó los dientes y gruñó:

—Puesto que has tenido el detalle de jugar limpio con nosotros, te haré una advertencia. Quítate de en medio.

Hubo un momento de tensa quietud durante el que los dos romanos miraron fijamente a los hombres que los rodeaban, y entonces alguien rugió:

—¡A por ellos, muchachos!

Las sombras se abalanzaron hacia los jinetes. Cato hincó los talones en su montura.

—¡Cabalgue, señor!

Sempronio espoleó a su caballo, pero fue un instante más lento en reaccionar que Cato y, antes de que el animal hubiera recorrido diez metros siquiera, el hombre lo agarró de las riendas en tanto que otros se acercaban a él apresuradamente por el lado.

—¡Cato! ¡Ayúdame!

Cato se dio media vuelta en la silla y vio que el senador arremetía a diestro y siniestro con su espada corta contra las figuras que revoloteaban a su alrededor.

—¡Mierda! —exclamó Cato entre dientes, y dio un salvaje tirón a las riendas para que el caballo diera media vuelta. Tensó el brazo con el que sostenía la espada y fue a la carga contra el desordenado tumulto en el que se hallaba sumido Sempronio.

El caballo soltó un resoplido al chocar contra el hombre que sujetaba las riendas del senador y Cato hendió el aire con su espada describiendo un arco amplio y obligando con ello a los demás a retroceder. A continuación, se aferró con los muslos en tanto que se dirigía hacia el otro lado y arremetía contra las manos que seguían ciñendo las riendas de Sempronio. La hoja descendió con un ruido sordo, cortó carne y destrozó hueso, y un chillido agudo y desgarrador surgió de los pulmones de un hombre, que cayó hacia atrás mirándose horrorizado la mano prácticamente cercenada. Cato se inclinó hacia delante y agarró las riendas para dárselas al senador:

—¡Tome!

—¡Romano cabrón! —gritó una voz, y Cato se volvió justo a tiempo de ver que un hombre se abalanzaba contra él empuñando una horca con ambas manos. Cato agarró de nuevo su hoja y arremetió contra los dientes de la herramienta que se le venía encima. Se oyó el estrépito del metal contra el metal y el golpe de Cato hizo descender las púas y las alejó de su pecho. Al cabo de un instante sintió un golpe, como un puñetazo, en el muslo y el caballo soltó un relincho cuando la otra púa se le clavó en el costado. Cato emitió un grito ahogado, a continuación echó el brazo hacia atrás con un gruñido y hundió profundamente la punta de la espada en el pecho del hombre, justo por debajo del cuello. El atacante se desplomó con un resoplido, soltó el asta de la horca y cayó al suelo. Por un momento el asta se inclinó hacia abajo y desgarró la carne, tanto a él como al caballo, hasta que Cato la soltó con un golpe de su espada. Echó un vistazo en derredor y vio que el resto de atacantes habían quedado impresionados al ver caer a los otros dos.

—¡Vamos, señor! —le gritó a Sempronio.

Esta vez aguardó hasta que la montura del senador hubiera dejado atrás el círculo desordenado de hombres, y con la cara de la hoja golpeó entonces la grupa de su montura y galopó detrás de Sempronio. Oyó un resoplido y otra horca que no lo alcanzó por muy poco pasó rápidamente por su lado antes de desaparecer de la vista. Cato se agachó aferrando la empuñadura de su espada para asegurarse de que no se cayera mientras cabalgaba por el camino a Gortina. Los atacantes aullaron de furia tras ellos y los siguieron a todo correr una corta distancia, tras lo cual se dieron por vencidos y les soltaron una sarta de insultos que poco a poco fueron apagándose detrás de Cato, que seguía a Sempronio por el camino.

Capítulo VI

Macro estaba revisando los informes que había pedido a los oficiales y administrativos de la cohorte auxiliar y dejó escapar un suspiro de cansancio. Fuera había caído la noche y desde la ventana del despacho podía verse el brillo parpadeante de las antorchas a lo largo de las murallas de la acrópolis. Macro se frotó los ojos y se le ensanchó la boca en un bostezo prolongado, tras lo cual volvió a centrar su atención en el trabajo. Sobre la mesa tenía varias tablillas enceradas en las que se detallaban los efectivos de cada una de las centurias de la cohorte y en las que los hombres de los mejores soldados de cada unidad habían sido subrayados por sus centuriones. Los muertos o desaparecidos estaban marcados con una cruz. También había un inventario detallado de los pertrechos recopilado por el intendente y un informe del único ayudante asignado al cirujano de la cohorte. El cirujano que se encontraba en el puerto cuando se produjo el terremoto seguía desaparecido. La sala del cuartel que se utilizaba como enfermería estaba abarrotada de heridos y el ayudante del cirujano solicitaba más hombres para que lo ayudaran a ocuparse de las víctimas.

Además de sus otras preocupaciones, Macro había enviado una patrulla a la bahía para que fuera a buscar a la tripulación y los pasajeros del *Horus* y los escoltara hasta la acrópolis. Allí se les refugiaría, y Macro iba a necesitar a los que estuvieran más en forma para completar las filas de la cohorte hasta que finalizara la situación de emergencia.

Desde que asumiera el mando de la cohorte, Macro había llevado a cabo una inspección rigurosa de los soldados formados en sus centurias en el patio de la acrópolis. Era tal como había dicho Portillo: sólo la mitad de sus hombres habían sobrevivido cuando el terremoto sacudió Matala. Los que quedaban se hallaban muy afectados por la pérdida de sus compañeros y por el terror mortal que sentían hacia cualquiera que fuera el dios que había decidido descargar su furia contra el puerto. Mientras recorría a paso lento las filas de la Duodécima Hispania, su ojo experto advirtió enseguida que la cohorte era un ejemplo típico de las unidades destinadas como guarnición en las provincias más seguras del Imperio. Era una mezcla de veteranos agotados que aguardaban con impaciencia el retiro y soldados cuya salud se había resentido en campaña y que habían sido trasladados a Creta, donde podían arreglárselas para realizar tareas de vigilancia poco comprometidas. Por último, había unos cuantos simplones y jóvenes escuálidos con los que apenas se podía contar para que empuñaran un arma sin causar daños a sus compañeros o a sí mismos.

Macro meneó la cabeza. Tal como estaban las cosas, de muy poco iba a servir la cohorte a la hora de restaurar el orden y ayudar a los supervivientes civiles. En los días venideros iba a necesitar a más hombres y mejores. Mientras tanto, decidió hacer lo que pudiera con los recursos con los que contaba. Que no es que fueran muchos, pensó con un suspiro. El inventario del intendente revelaba que la cohorte había sufrido reducciones durante los últimos años. Una serie de gobernadores había hecho lo imposible por recortar los gastos de gobierno de la provincia al mínimo para tratar de ganarse el favor del emperador y del Senado de Roma. El equipo viejo no se había reemplazado y los soldados tenían que compensar tal déficit en los mercados locales. Llevaban un viejo surtido de equipo reglamentario y toda una variedad de cascos y espadas galos y griegos. Había muy pocos honderos para los que apenas se contaba con munición y muy pocas reservas de víveres

imprescindibles y agua potable. Dos de las cisternas de la acrópolis estaban completamente secas y la tercera sólo medio llena, y lo que quedaba a duras penas era potable, tal como Macro había descubierto cuando había acompañado al intendente por las escaleras que descendían al fresco interior del aljibe tallado en la roca viva.

—¡Joder, esto es asqueroso! —escupió el líquido de sabor repugnante y se secó la boca con el dorso de la mano, tras lo cual volvió a salir—. ¿Cuándo fue la última vez que se drenó y se limpió?

El intendente se encogió de hombros.

—No lo sé, señor. Debió de ser antes de que yo llegara.

—¿Y cuánto tiempo llevas aquí?

—Siente años, señor.

—Siete años —repitió Macro con desánimo—. ¿Y has optado por pasarlo por alto?

—No, señor —replicó el intendente con indignación. Era un tipo delgado de rasgos oscuros y arrugados, pero por sus cicatrices Macro reconoció que había pasado cierto tiempo en el servicio activo. El intendente continuó hablando—. El prefecto me dijo que no me molestara en hacerlo. Decidió que, como éramos una unidad de guarnición y que la provincia estaba en paz, no tenía ningún sentido estar preparado para un asedio, señor.

—Entiendo. Pues bien, eso va a cambiar. En cuanto amanezca, os quiero a ti y a tus administrativos aquí abajo. Hay que drenar la cisterna, limpiarla a conciencia, arreglarla y dejarla preparada para que pueda almacenar la lluvia que pueda caer.

—Sí, señor.

Macro se quedó mirando al intendente.

—Mira..., ¿cómo has dicho que te llamabas?

—Corvino, señor. Lucio Junilo Corvino.

—Así que Corvino, ¿eh? —Macro sonrió—. De cuervo..., te queda bien. Bueno, ahí afuera hay gente que necesita nuestra ayuda. De momento vamos a limitarnos a ayudar a los supervivientes. Vamos a sacar a todos los que estén atrapados bajo las ruinas y luego tendremos que darles de comer, procurar que tengan agua fresca y cobijo. A más largo plazo, vamos a tener que asegurarnos de que haya orden. Si la comida escasea nos va a resultar muy difícil mantener la paz. En tal caso, necesito que todos y cada uno de los soldados de la Duodécima Hispania estén debidamente equipados y listos para combatir. Ello significa que tendrás que mover el culo y encargarte de que los hombres tengan todo lo necesario. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor. Haré todo lo que pueda.

Macro negó con la cabeza.

—Todo lo que puedas no es suficiente. Harás lo que necesito que hagas. Si no puedes encargarte de la tarea, te mandaré de vuelta a filas y buscaré a alguien que sí pueda.

—Pe-pero eso no puede hacerlo —balbuceó Corvino—. Protestaré ante el prefecto, señor. Usted no tiene autoridad para relevarme.

—Puedes protestar cuanto quieras. El prefecto está muerto.

—¿Muerto?

—Murió cuando el terremoto sacudió Gortina. Él y gran parte de los oficiales superiores que

dirigían la provincia. Por este motivo el senador Sempronio se está haciendo cargo de las cosas. Es por eso que estoy al mando de la cohorte y es por eso que vas a tener que empezar a ganarte la paga por primera vez en muchos años. —Macro hizo una pausa y a continuación le dio un débil puñetazo en el pecho en broma—. Todo depende de nosotros, Corvino. Somos lo único que media entre esas personas de ahí afuera y la hambruna y el caos. Y ahora, te lo preguntaré sólo una vez: ¿Puedes hacer tu trabajo?

Corvino respiró hondo y asintió con la cabeza.

—¡Buen chico! Veamos, quiero tener en mis manos un inventario completo del equipo de la cohorte antes del primer cambio de guardia de esta noche. Será mejor que empieces enseguida.

—Sí, señor.

Corvino saludó, se dio media vuelta y cruzó el patio a toda prisa hacia la oficina de intendencia y los almacenes. Macro se lo quedó mirando un momento y luego suspiró. Esperaba que aquél fuera el mando más corto que ostentara. Que sólo durara el tiempo justo de volver a poner en marcha a la cohorte y de ocuparse de la crisis de Matala antes de que llegara un nuevo prefecto. Entonces él, Cato y los demás podrían continuar su viaje de regreso a Roma. Cuanto antes mejor, caviló mientras se dirigía de nuevo al despacho del prefecto.

* * *

En cuanto terminó de leer todas las tablillas, Macro envió a buscar a Portillo. Mientras esperaba cogió una de las vasijas de vino que el prefecto había guardado en un pequeño estante situado en un rincón del despacho. Se habían caído varias tejas, que habían roto las vasijas situadas en la parte superior del estante, pero en la parte inferior habían quedado algunas intactas. Macro tiró del tapón de corcho y olió el contenido. Un aroma exquisito le saludó, y Macro sonrió. No había duda de que el prefecto había sido un hombre que sabía cómo darse un gusto. Cerró un ojo y miró dentro de la vasija.

—¡Y está medio llena! —con una sonrisa, se llevó el recipiente a la mesa junto con una copa plateada, que llenó casi hasta el borde—. Pues no ha sido un desastre absoluto.

Llamaron a la puerta y, sin esperar respuesta, Portillo la abrió y entró en el despacho. Al ver el vino, una fugaz expresión ceñuda cruzó por el rostro de aquel hombre, que a continuación dirigió la mirada a las vasijas que quedaban enteras en el rincón del despacho. Macro se dio cuenta de que Portillo había esperado quedárselas ahora que al anterior comandante ya de nada le servían semejantes lujos terrenales.

—¡Ejem! Mandó llamarme, señor.

—Sí. Cierra la puerta.

En cuanto la puerta estuvo cerrada y Portillo de pie en descanso frente a la mesa, Macro se aclaró la garganta y empezó a hablar:

—Ésta no es una buena cohorte, centurión, como estoy seguro de que ya sabes. La organización es escasa, en general los soldados son mediocres y los oficiales son aún peor. No obstante —hizo una

pausa—, esto va a cambiar. Y puesto que tú eres mi segundo al mando, vas a ayudarme a llevar a buen término este cambio. ¿Ha quedado claro?

Portillo asintió sin mucho convencimiento.

—No te oigo, centurión.

—Sí, señor. Ha quedado claro.

—Bien. —Macro dio unos golpecitos en las tablillas enceradas—. Quiero que los ochenta mejores soldados de la cohorte formen una centuria de combate. Ellos van a disponer del mejor equipo y van a estar a las órdenes de los mejores oficiales. ¿Tú a quién recomendarías?

Portillo frunció el labio un instante y a continuación respondió:

—Al centurión Milo, señor. Fue ascendido de las filas de las legiones hace un año.

—En tal caso, no debe de haberse ablandado todavía. Estupendo, pues que sea Milo. Que sea él quien elija al portaestandarte, optio y administrativo que considere adecuados.

—Sí, señor.

—En cuanto al resto de los soldados, van a ponerse a trabajar en la ciudad al alba. Dejarán todo el equipo menos las espadas aquí en el cuartel y se dividirán en dos equipos. Uno de ellos puede ocuparse de rescatar a la gente de los escombros y a trasladar a los heridos hasta aquí para que sean atendidos. Los demás van a recorrer las ruinas en busca de todos los suministros de comida y vino que puedan encontrar. Puedes destacar a algunos de ellos para que empiecen a traer agua de los ríos más cercanos para llenar las cisternas.

—Pero eso nos llevará siglos, señor.

—Bueno, de momento no tenemos planes de ir a ninguna parte, ¿no, Portillo?

—No, señor.

—Perfecto, pues ya tienes las órdenes para mañana. Asegúrate de que se haga saber a los soldados que no deben tolerar ningún robo, ¿quieres? Si se topan con saqueadores civiles tienen que pararles los pies. Golpead cabezas si es necesario, pero no arremetáis con la espada de entrada. La gente de ahí afuera ya ha sufrido suficiente. Una última cosa. Según dice Corvino, disponemos de algunas tiendas entre los pertrechos. Son viejas y lo más probable es que haga años que no se utilicen, pero podrían resultar útiles para la gente del lugar. Haz que algunos de los hombres las monten en la ladera que da a la acrópolis, a las afueras de la ciudad.

Portillo asintió, se mordió el labio y dijo:

—¿Señor?

—¿Qué?

—Se me acaba de ocurrir una cosa. Casi toda la comida de Matala se guardaba abajo en los almacenes. Cerca del mercado principal.

—¿Y qué?

—La ola destruyó la zona y se llevó la mayor parte de los restos al retirarse. Lo que quede se habrá estropeado. La única otra comida será la que hubiera en las casas cuando tuvo lugar el terremoto. No será gran cosa, señor.

—¡Um! Tienes razón —Macro se reclinó en su asiento y se acarició la mandíbula—. Pues miraremos de encontrar lo que podamos y luego buscaremos otras fuentes de suministros. ¿Hay

alguna finca cerca del puerto?

Portillo lo pensó un momento.

—La más cercana se encuentra más adelante siguiendo la costa y es propiedad del senador Canlio. Produce aceite de oliva y grano.

—Ya está bien, para empezar. Enviaré a unos cuantos hombres con carretas. Pueden coger lo que necesitamos y que el hacendado nos pase la factura cuando la noticia llegue a Roma.

—Al senador Canlio no le va a hacer ninguna gracia, señor.

—Probablemente —repuso Macro con desdén—. Pero para entonces ya no será problema mío, de modo que no me importa. Tenemos que conseguir un buen suministro de comida para que nuestros soldados y los habitantes del lugar no se mueran de hambre mientras solucionamos las cosas.

—Esperemos que podamos hacerlo, señor.

—Vamos a hacerlo —Macro sonrió—. No voy a tolerar otra cosa. Bueno, de momento esto es todo, Portillo. Diré a los administrativos que redacten las tareas de cada unidad. Cuando estén preparadas se os harán llegar a ti y a los demás oficiales. Quiero que la Duodécima Hispania se ponga a trabajar en cuanto salga el sol.

En aquel momento llamaron otra vez a la puerta.

—¡Adelante!

La puerta se abrió, un auxiliar entró en la habitación y saludó.

—La patrulla está regresando de la bahía, señor.

—¿Llevan consigo a la tripulación y los pasajeros?

—Sí, señor.

—Bien. En cuanto crucen por las puertas, haz que a los hombres los manden al cuartel. Repártelos por ahí. En cuanto estén instalados, puedes decirles que acaban de ser reclutados en la cohorte y que se les aplicará la disciplina militar habitual. Será mejor que les expliques lo que eso significa, ¿de acuerdo?

El auxiliar sonrió ampliamente.

—Sí, señor.

—A las mujeres y a los niños que los lleven a la basílica. Pueden dormir en la sala de administración. Después pregúntale a la hija del senador si sería tan amable de reunirse conmigo.

—Sí, señor. —El auxiliar saludó y abandonó la habitación.

El centurión Portillo enarcó una ceja.

—¿La hija de Sempronio? ¡No sabe dónde se ha metido! Dudo que a la hijita de un hombre que ostenta la banda púrpura vaya a gustarle el alojamiento.

Macro evocó los momentos de desesperación en los que había conocido a Julia, durante el asedio de la ciudadela en Palmira. Ella había corrido los mismos riesgos que el resto de los defensores y no había exigido más que las escasas raciones que se suministraban a los demás mientras se dedicaba a cuidar de los heridos y moribundos. Julia no era una aristócrata quejica y consentida. Había demostrado su valía.

—Se las arreglará —dijo Macro—. No es una niña. Julia Sempronio es fuerte. Además, no tiene alternativa.

Portillo hinchó los carrillos y resopló.

—Preferiría que esto se lo dijera a ella antes que a mí, señor. Bueno, va a ser mejor que me vaya. Tengo obligaciones que cumplir.

—Sí, ponte a ello —refunfuñó Macro—. Y ten presente lo que te he dicho. A partir de ahora, se ha terminado hacer el vago en esta cohorte, y esto se aplica tanto a los soldados como a los oficiales.

—Entendido, señor. —Portillo inclinó la cabeza y salió apresuradamente de la habitación. Macro se quedó solo un momento y miró la copa de vino por un instante antes de llevársela a los labios con avidez y apurarla de un solo trago.

—¡Ahhh! Lo necesitaba. —Se limpió una gota de la barbilla y se recostó de nuevo en su asiento con una sonrisa de satisfacción. Tenía todo el cuerpo dolorido a causa de los esfuerzos del día y la noche previos. Cerró un momento los ojos, irritados, y disfrutó del calmante alivio de un breve instante de relajación. Aún notaba el cosquilleo del vino en la garganta y su calidez en el estómago cuando cruzó los dedos sobre el vientre—. Voy a descansar sólo un momento —se dijo, soñoliento—. Sólo un momentito...

—¿Molesto?

—¿Qu-qu-qué? —Macro se irguió rápidamente en el asiento y abrió los ojos con un parpadeo.

Julia estaba de pie en el umbral del despacho mirándolo con una amplia sonrisa.

—Es que como roncabas tan fuerte...

—¿Que roncabas? —Macro meneó la cabeza con expresión culpable—. Tonterías. Sólo hablaba entre dientes.

—Con los ojos cerrados.

Macro la miró con mala cara.

—Puedo hacer dos cosas al mismo tiempo, ¿sabes, señorita?

—Perdona, Macro. No era mi intención ofenderte. Debes de estar exhausto después de todo lo que hemos pasado. Como todos.

—¿Dónde están mis modales, maldita sea? —masculló Macro para sí al tiempo que se levantaba de un salto y se apresuraba a traer otra silla hacia la mesa. Dio unas palmaditas en el asiento—. Ahí tienes, señorita Julia. Siéntate.

—Gracias. —La joven soltó un profundo suspiro—. Bueno, ¿dónde están mi padre y Cato?

—Se han marchado, señorita.

—¿Se han marchado?

—A Cortina. Nada más llegar nos enteramos de que el gobernador, sus empleados y oficiales superiores quedaron atrapados en el terremoto. La mayoría de ellos murieron en el acto. Tu padre dijo que tenía que hacerse cargo de las cosas de inmediato. Cato y él tomaron dos caballos de los establos y se pusieron en marcha lo antes posible.

—Típico —comentó Julia con un dejo de amargura—. Entonces, ¿no te ha dado ningún recado para mí?

—Esto..., no, la verdad es que no.

—¿Y Cato?

—Bueno, él dijo que no se me olvidara transmitirte todo su amor y que cuidara de ti hasta que

regresara.

Julia se quedó mirando a Macro fijamente y meneó la cabeza.

—Mientes muy mal, Macro. Será mejor que se lo dejes a las personas que están acostumbradas a hacerlo; como mi padre, por ejemplo.

—Si tú lo dices...

Julia paseó la mirada por el despacho y luego la dirigió a la ventana, hacia la ladera que había frente a la acrópolis. Ya se habían encendido unas cuantas hogueras y unas figuras diminutas se apiñaban en torno al resplandor de las llamas.

—Casi no podía creer lo que veía de camino hacia aquí —comentó en voz baja—. Creía que nosotros lo habíamos pasado mal en el barco. Pero, ¿esto?

—Lo pasamos muy mal en el barco, señorita. Tenemos suerte de estar aquí. Pero tienes razón, debió de ser aterrador cuando alcanzó el puerto. Portillo me contó que se oyó un rugido espantoso y un retumbo, y que entonces los edificios empezaron a sacudirse y a derrumbarse, los más débiles y viejos primero. Naturalmente, era allí donde vivían apiñados los más pobres de Matala. Miles de ellos están enterrados bajo las ruinas. Y entonces cesó con la misma rapidez con la que había empezado. Los desgraciados que quedaron con vida debieron de pensar que todo se había terminado. —Macro se encogió de hombros—. Hasta que la ola azotó el puerto y barrió el desfiladero hasta cierta distancia, destruyendo todo y a todos a su paso. Portillo calcula que hubo tantos ahogados como muertos en el terremoto.

Julia se lo quedó mirando un momento, meneó la cabeza y dijo:

—¡Dioses...! ¿Qué pueden haber hecho para merecer esto?

—¿Quién sabe cuál es la voluntad de los dioses? —Macro bostezó—. Pero sea lo que sea lo que haya hecho la gente de Creta para cabrearlos, lo han pagado muy caro.

Julia miraba por la ventana, en tanto que su mente seguía esforzándose por asimilar la magnitud de la destrucción que había visto por el camino desde el barco. Era imposible imaginar cuántos pueblos y ciudades más habían compartido el destino de Matala. De repente se quedó inmóvil.

—¿Tú crees que ya ha terminado? ¿Crees que podría volver a ocurrir?

—No tengo ni idea, señorita. Soy sólo un soldado, no un adivino. —Macro se inclinó hacia delante y trató de que sus palabras sonaran tranquilizadoras—. Desde que llegamos no ha habido más temblores. Sólo podemos rezar a los dioses para que nos eviten más sufrimiento.

—Sí, queda eso. Si de verdad crees que las plegarias pueden servir de algo...

—Bueno, mal no harán.

—Supongo que no —Julia guardó silencio y al cabo de un momento volvió a fijar la mirada en Macro—. ¿Crees que estarán a salvo por ahí? ¿Mi padre y Cato?

—No veo por qué no. Llevan las espadas y la gente ya tiene muchas cosas en la cabeza como para causarles problemas. Estarán bien, señorita. Cato es un muchacho fuerte. Se encargará de que tu padre llegue a Gortina y entonces podrán empezar a resolver las cosas. Confía en mí. Cato sabe lo que hace. No les pasará nada.

Capítulo VII

—¿En qué demonios estaríamos pensando? —gruñó Cato entre dientes, cuando el senador ató con fuerza su pañuelo del cuello en torno a la herida—. Tendríamos que haber esperado a que se hiciera de día antes de salir.

—¡Chsss! —Sempronio miró hacia los árboles circundantes con nerviosismo—. Quizá nos hayan seguido.

—Lo dudo. Antes de que el caballo se desplomara debemos de haber recorrido por lo menos tres kilómetros. —Cato hizo una pausa cuando otro espasmo ardiente le recorrió la pierna. Cuando se le pasó, suspiró profundamente y continuó hablando—: Estoy seguro de que ya habían abandonado la persecución mucho antes.

—Esperemos que así sea —Sempronio terminó de hacer el nudo y comprobó que el vendaje improvisado no se moviera—. Ya está. Esto debería bastar. Es culpa mía, Cato. Debí haber aflojado el paso en cuanto nos deshicimos de ellos. Fue una locura seguir galopando de ese modo en la oscuridad. Es un milagro que tu caballo no se cayera antes, o el mío.

—Bueno, el caso es que ahora sólo tenemos uno —repuso Cato con una sonrisa forzada—, de manera que no hay posibilidad de ir galopando a ninguna parte.

Habían abandonado al caballo herido de Cato en el camino, allí donde se había desplomado con la boca llena de espuma ensangrentada. Sempronio había tirado de Cato para que montara detrás de él y habían continuado así aproximadamente kilómetro y medio antes de tomar un camino estrecho que se adentraba en un pinar y detenerse para ocuparse de la herida de Cato. El diente de la horca le había atravesado el músculo por la parte posterior de la pierna sin alcanzar el hueso ni cortar ningún vaso sanguíneo importante. La herida sangraba copiosamente pero, a pesar del dolor que sentía, Cato descubrió que todavía podía apoyar el peso en la pierna. Caminó unos cuantos pasos hasta el lugar en el que se dejó caer y permitió que Sempronio le examinara y vendara la herida, lo mejor que pudo bajo la pálida luz de la luna creciente y las estrellas.

Sempronio se echó hacia atrás y se sentó en el suelo con las manos juntas en el regazo.

—¿Qué crees que deberíamos hacer ahora?

—No me gustaría toparme con más bandas de esclavos renegados. Lo mejor será esperar a que amanezca y podamos ver el camino que tenemos por delante, para evitar así más problemas.

—Sí, tienes razón. —Sempronio se volvió a mirar en dirección al camino—. ¿Estás seguro de que eran esclavos?

—Eso creo. Iban todos vestidos con andrajos y nos encontrábamos cerca de esa finca donde vimos... —Cato se estremeció al recordarlo y carraspeó ruidosamente—. Deben de haberse dirigido al camino en busca de presas fáciles. Tuvimos suerte de escapar. Si esos esclavos, y lo que vimos ahí atrás, son un ejemplo de lo que está ocurriendo en el resto de la isla, entonces tenemos un problema mayor de lo que pensaba.

—¿Y eso?

—¿Y si resulta que tenemos que enfrentarnos a una sublevación de los esclavos...?

—¿Una sublevación? No lo creo. Debe de ser el lógico desorden pasajero. Es natural que se

aprovechen de la situación para volverse contra sus capataces. En cuanto se hayan emborrachado hasta perder el conocimiento y se despierten con resaca, apuesto a que no tendrán ni idea de lo que pretendían hacer a continuación. Puede que algunos huyan a las montañas para intentar unirse a los bandidos, pero el resto se quedará por la finca hasta que venga alguien que los meta en cintura.

—¿Eso cree? —dijo Cato sin convicción—. Me parece que está subestimando el peligro, señor.

—Tan sólo son esclavos, hijo. Esclavos de una cadena de presos, lo más bajo, poco más que animales. Confía en mí, no tienen experiencia a la hora de tomar sus propias decisiones. Sin capataces que los guíen, no sabrán qué hacer con la situación.

—Espero que tenga razón. Pero, ¿y si encuentran a un líder entre sus filas? ¿Entonces qué?

—Lo dudo mucho. Durante mi carrera he estado en muchas fincas y sé cómo funcionan las cosas allí. A todo aquel que demuestra una pizca de espíritu o independencia lo venden a una escuela de gladiadores o lo someten y lo castigan para que sirva de ejemplo a los demás. No tardaremos en volver a tenerlos controlados. Cuando los cabecillas responsables de esa horrible exhibición que hemos presenciado hayan sido identificados y capturados, los crucificarán y dejarán sus cuerpos allí hasta que se pudran. Creo que eso enseñará al resto una lección que no olvidarán en mucho tiempo.

Cato asintió. Aun así, se sentía inquieto. No tenía ni idea de la cantidad de esclavos que había en la isla. Si lograban organizarse y encontrar un líder, serían un grave peligro para los intereses romanos en Creta. Además, los esclavos no eran la única preocupación. Arriba en las montañas había forajidos, delincuentes, esclavos fugitivos y marginados que sin duda se aprovecharían del caos. Si los esclavos y los forajidos hacían causa común, sólo una campaña sería conseguiría que la isla siguiera formando parte del Imperio.

Se movió y se echó hacia atrás para apoyarse en el tocón de un árbol caído.

—Creo que ahora tendríamos que descansar un poco, señor. No hemos parado durante casi dos días enteros, y sin dormir. Yo haré la primera guardia. Le despertaré cuando sea su turno.

—Me parece bien, pero asegúrate de hacerlo. No puedo permitirme el lujo de que llegues a Gortina tan cansado que no puedas brindarme ayuda.

—Le despertaré, señor. Le doy mi palabra.

—Muy bien, pues.

Sempronio paseó la mirada por el suelo y eligió un lugar junto al árbol de al lado, donde había un mullido montón de pinaza. Se envolvió con la capa y se acomodó con la cabeza apoyada en una raíz. Al cabo de un rato su respiración se hizo profunda y regular hasta que empezó a roncar.

Cato apoyó la cabeza hacia atrás y alzó la vista al cielo. Era una noche despejada y las estrellas y la luna relucían contra un telón de fondo oscuro como boca de lobo. La vista contribuyó a calmar su atribulada mente un momento, y lamentó que Julia no estuviera con él, acurrucada en el hueco de su brazo mientras su cabello rozaba suavemente su barbilla. Por un momento evocó el aroma de la fragancia favorita de la joven y esbozó una sonrisa. Entonces una luz lejana le llamó la atención, bajó la mirada y escudriñó el negro paisaje. Un fuego ardía en la llanura, a unos cuantos kilómetros de distancia, y pudo ver cómo las llamas se propagaban rápidamente hasta que envolvieron todo un edificio. Estuvo mirando un rato más con un creciente mal presentimiento en su interior.

El senador Sempronio tomó el relevo, y despertó a Cato poco antes de amanecer. Al moverse, Cato vio que estaba tumbado bajo la capa del senador. La señaló con un movimiento de la cabeza y masculló su agradecimiento.

—La necesitabas más que yo —dijo Sempronio con una sonrisa—. Mantener el calor fue tan sencillo como caminar de un lado a otro. Lo cierto es que me recordó a mi época como tribuno subalterno de la Novena Legión en el Rin. Allí no había muchas comodidades, te lo aseguro. Pero tú también estuviste destinado en esa misma frontera, ¿no es así?

—Sí, señor. Cuando has pasado un invierno allí no quieres volver a experimentar ningún otro. Hace un frío de..., del Hades.

—Sí, lo recuerdo —Sempronio se estremeció y a continuación le tendió la mano a Cato—. Vamos, tenemos que irnos.

Cato soltó un quejido al levantarse. La pierna herida se le había entumecido y en cuanto apoyó el peso en ella empezó a sentir un dolor punzante.

Sempronio lo miró con preocupación.

—¿Está mal?

—He sufrido heridas peores. Siempre y cuando mantenga la herida limpia y descanse unos días, estaré bien.

—Me temo que el descanso es algo de lo que andaremos algo escasos.

Se encaramó a lomos del caballo y luego se inclinó para ayudar a subir a Cato. El animal se tambaleó un poco al adaptarse al peso adicional. En cuanto Cato le rodeó la cintura con el brazo, Sempronio chasqueó la lengua e hizo avanzar al caballo al paso sendero abajo hacia la carretera. Al salir del pinar, Cato miró en dirección al fuego que había visto la noche anterior, pero allí no quedaba nada más que un armazón ennegrecido. El paisaje se hallaba salpicado de otros edificios quemados y una columna de figuras lejanas se abría paso a través de un campo. Cato no pudo distinguir si se trataba de esclavos o de civiles. Por delante de ellos el camino se hallaba despejado, y Sempronio dirigió el caballo hacia Gortina una vez más y avanzó a un trote regular.

A medida que iba saliendo el sol y bañaba la provincia con un cálido resplandor, divisaron a más grupos de personas. Por el camino encontraron también a unos cuantos supervivientes que rebuscaban por entre los restos de su propiedad en busca de objetos de valor. Algunos se limitaban a permanecer sentados y a mirarlos con expresión ausente cuando pasaban a caballo, pero otros extendían las manos y suplicaban comida. Sempronio hizo todo lo posible por hacerles caso omiso clavando la vista al frente e hundiendo los talones para avanzar con toda la rapidez posible. De vez en cuando se topaban con cadáveres con heridas de espada o de cuchillo, añadiendo aún más muerte a todas las que había causado ya el terremoto. En el transcurso de la mañana, Cato se preguntó si, ante tanta destrucción y pérdida de vidas, el senador y él podrían hacer algo para restaurar el orden en la provincia. Parecía una tarea imposible.

Por fin, poco antes de mediodía, el camino rodeó una colina y allí, frente a ellos, apareció la capital de provincia de Cortina. La ciudad se extendía por la llanura con una acrópolis fortificada

situada en una cima al norte. Algunos tramos de muralla se habían derrumbado, dejando huecos en las defensas. En la puerta principal, allí donde el camino entraba en la ciudad, todavía había algunos centinelas. Al otro lado de los muros vieron que casi todos los tejados estaban dañados y que unos agujeros enormes se abrían entre las tejas rojas de los mayores edificios públicos y templos que quedaban en pie. A un lado de la ciudad se alzaba una extensión de tiendas y cobijos improvisados donde el humo de las fogatas para cocinar flotaba en el cielo azul.

Sempronio había levantado la mano para protegerse los ojos de la luz del sol mientras se acercaban a la ciudad.

—Parece haber menos daños que los que vimos en Matala.

—Sería lo más lógico. Aquí la gente no tuvo que enfrentarse también a la ola. Una pequeña suerte, tal vez.

Los centinelas de la puerta se movieron con cautela mientras los dos hombres a caballo se acercaban a la puerta con el ruido de los cascos contra el camino empedrado. Cuando la montura se encontraba a no más de quince metros de distancia, el jefe levantó el brazo y gritó:

—Ya os habéis acercado bastante. ¿Qué os trae por aquí?

Sempronio extendió la mano en la que llevaba el anillo.

—Soy el senador Lucio Sempronio y he venido a ver al gobernador de la provincia.

El centinela ladeó el cuerpo y señaló a Cato.

—¿Y ése quién es?

—El centurión Cato. Nos dirigíamos a Roma en barco cuando nos alcanzó la ola.

—¿La ola? —El centinela se acercó con precaución mientras Sempronio frenaba el caballo a una corta distancia de la puerta—. Hemos oído que una ola azotó la costa, señor, pero las historias que hemos venido oyendo son..., bueno, un tanto descabelladas. Puertos y poblaciones costeras destruidos por completo.

—Es cierto —afirmó Sempronio—. Desembarcamos en Matala, o en lo que queda de ella. Allí nos enteramos de que el gobernador estaba herido. He venido a ver cómo van las cosas.

—Pues bastante mal, señor. Apenas queda un solo oficial en la guarnición; la mayoría se encontraban en el palacio del gobernador cuando tuvo lugar el terremoto. Sólo unos cuantos de sus invitados escaparon del salón de banquetes cuando el techo se desplomó y enterró al resto.

—¿Dónde está el gobernador?

—Está en los establos del palacio, señor. Los establos aguantaron bastante bien y han podido utilizarse de hospital. Allí hemos llevado a los heridos.

Al cabo de un momento, Sempronio preguntó:

—¿En qué condiciones se encuentra?

El centinela frunció la boca.

—La versión oficial es que se recuperará.

—¿Pero?

El centinela echó un vistazo a su alrededor y bajó un poco la voz:

—No es eso lo que dice mi amigo de la guardia de palacio. Si quiere hablar con el gobernador, será mejor que lo haga enseguida, señor.

—Está bien, déjanos pasar.

El centinela asintió y se volvió hacia sus hombres:

—¡Abrid la puerta!

Se oyó un crujido grave cuando los soldados empujaron la madera de la puerta de mano derecha y ésta empezó a abrirse. El crujido pasó a convertirse en un ruido chirriante y luego en un rechinar agudo hasta que se detuvo y ya no hubo quien la moviera. Quedaba un hueco lo bastante ancho para que pasara el caballo, y el centinela se encogió de hombros con expresión de disculpa.

—Lo siento, señor, pero la mampostería se ha desplazado y no puede abrirse más.

Sempronio le dio las gracias con un movimiento de la cabeza e hizo avanzar poco a poco a su caballo por el hueco de la puerta. El interior de la ciudad mostraba el habitual panorama de edificios destrozados y escombros diseminados por el pavimento de la calle principal. Entre las ruinas y los edificios dañados había más personas que en Matala, y Cato empezó a sentir cierta esperanza. Estaba claro que algunas poblaciones no habían quedado tan gravemente afectadas como él se había temido, pero, claro, Matala lo había preparado para lo peor, caviló. El caballo se abrió paso por la calle principal hacia el centro de la ciudad, pasando por un mercado donde muchos de los puestos se habían derrumbado y los supervivientes recogían las mercancías que se habían echado a perder y estaban aún esparcidas por todas partes. Al adentrarse en la ciudad, vieron que los grandes edificios municipales abarrotaban la calle a ambos lados y, allí donde se habían venido abajo, Cato vio que las grandes columnas de piedra se habían caído como bolos y sus trozos yacían esparcidos por la calle y los escalones que conducían al lugar donde antes estaban las puertas del templo.

El palacio del gobernador se encontraba en el centro mismo de Gortina, en la intersección de las dos calles principales. Había un alio muro exterior atravesado por una impresionante torre de entrada de doble arco y, en el interior, un extenso patio pavimentado se abría al otro lado. El palacio, un edificio magnífico de piedra blanca, tenía aspecto de haber sido atacado por máquinas de guerra. Había unas brechas enormes en las paredes y sólo unas cuantas extensiones de tejas daban una ligera idea del trazado original del tejado.

Sempronio tomó aire.

—Resulta increíble que alguien pueda haber sobrevivido a esto.

—Sí —masculló Cato—. Eso de allí parecen los establos.

Señaló un estrecho patio tapiado situado a un lado del edificio principal. Fuera había una pequeña multitud de pie o en cuclillas, algunos con bebés en brazos o sosteniendo a otros mientras aguardaban a que los atendieran. Dos físicos del ejército vestidos con túnicas negras examinaban a los pacientes y sólo dejaban entrar a los que habían sufrido heridas graves. Estaba claro que la gente estaba de un humor huraño y Cato pudo oír quejas enojadas cuando se aproximaron a los establos.

—¡Dejad paso! —exclamó Sempronio—. ¡Dejad paso, he dicho!

El gentío se dividió frente al caballo y las expresiones de los que estaban más cerca se endurecieron al levantar la mirada hacia los jinetes.

—El más joven está herido —gruñó un anciano—. Mirad, en la pierna.

—El cabrón se está saltando la cola —exclamó otra voz, y enseguida se formó un murmullo enfadado que recorrió la multitud, y los que se encontraban todavía delante de Sempronio se negaron

a dejar paso libre.

—¡Esperad vuestro turno como hacemos todos!

Sempronio dirigió una mirada fulminante en la dirección del último grito.

—¡Soy un senador romano, maldita sea! Y ahora haced lo que se os dice y apartaos.

—¡Que te jodan!

—¡Una ley para los ricos y otra para los pobres! —gritó otro hombre.

—¡En efecto! —replicó Sempronio a voz en cuello—. Así son las cosas. ¡Dejad paso o tendré que abrirme camino yo mismo! —desenvainó la espada para enfatizar sus palabras y desafió a todos los presentes.

La gente también lo fulminó con la mirada, pero cuando Sempronio hincó los talones para que el caballo siguiera adelante lo dejaron pasar.

Cuando llegó al arco y entró en el patio, un hombre alzó el puño y gritó:

—¡Malditos aristócratas! ¡Nuestra gente está muriendo aquí afuera y ellos sólo se ocupan de los suyos!

Otras exclamaciones y gritos resentidos hicieron suya la furia, pero Sempronio mantuvo la mirada al frente con una expresión de desprecio altivo mientras conducía el caballo a un amarradero, bajaba de la silla y ataba al animal. Cato desmontó a su lado y crispó el rostro cuando una punzada de dolor le recorrió la pierna. Se agarró el muslo y al volverse vio a un hombre vestido con una túnica oscura con ribetes rojos en las mangas que salía de uno de los compartimentos.

El hombre hizo un significativo gesto en dirección a la pierna de Cato.

—Le echaré un vistazo. —Se limpió la sangre de las manos con un trapo sucio mientras se acercaba a los recién llegados—. ¿Sois romanos?

Cato asintió con la cabeza.

El cirujano señaló el muslo vendado de Cato.

—¿Cómo ocurrió?

—Nos topamos con unos esclavos fugitivos. Uno de ellos me clavó una horca.

—¡Qué desagradable! Será mejor que lo vea.

—Después. Tenemos que hablar con el gobernador —Cato señaló a Sempronio—. Tenemos que tratar con él un asunto urgente.

—Como todo el mundo —repuso el cirujano, con una risa amarga—. Pero ahora mismo el pobre diablo no está en condiciones de ver a nadie.

—Es una pena —dijo Sempronio—. Debo insistir en que nos reciba. Inmediatamente.

El cirujano movió la cabeza en señal de negación.

—No puedo permitir que molestéis a mi paciente. Lo mejor será que vayáis a ver a Marco Glabio, si queréis saber lo que pasa.

—¿A quién?

—Glabio es quien está al mando ahora. Ayer convenció al gobernador para que lo nombrara su sucesor.

—¿Y qué empleo desempeñaba antes este tal Glabio? —preguntó Cato—. ¿Pertenece a la administración civil? ¿Era militar?

—Ninguna de las dos cosas. Era uno de los recaudadores de impuestos de la provincia.

—¿Un recaudador de impuestos? —Sempronio no pudo disimular su indignación—. ¿Y por qué demonios Hirtio le entregó el poder a un maldito recaudador de impuestos? Seguro que debía de haber algún oficial a su servicio a quien pudiera haber recurrido, ¿no?

—No, estaban todos en el banquete cuando ocurrió. Glabio iba a llegar tarde por algún motivo. De lo contrario... —el cirujano se pasó una mano por el pelo con gesto cansado—. En cualquier caso, son amigos íntimos y socios. ¿Es que os lo tengo que deletrear?

A Cato le resultó muy fácil imaginar semejante acuerdo. El gobernador Hirtio vendía la exención tributaria a Glabio por un precio módico. A cambio, los dos tenían un acuerdo privado por el cual Hirtio se embolsaba en secreto un porcentaje de las tasas con las que exprimían a los isleños y a cualquier mercader que pagara impuestos por la carga que salía o llegaba a Creta. Se trataba de un acuerdo muy corriente por todo el Imperio, y era uno de los medios por los que los gobernadores provinciales amasaban una fortuna durante su período en el cargo. La práctica era ilegal, pero como los gobernadores de provincia acusados de conducta incorrecta en el ejercicio de la profesión tenían la cómoda posibilidad de ser juzgados por sus pares y por aquellos que a su vez aspiraban a ser gobernadores, no parecía haber muchas posibilidades de que los procesaran. Dicho esto, los gobernadores debían tener cuidado de no exigir demasiado de una provincia, no fuera el caso de que su riqueza provocara un peligroso grado de interés por parte del emperador. No era un hecho desconocido que un emperador se deshiciera de un romano rico con el propósito de confiscar sus propiedades.

—Tú llévanos ante el gobernador —ordenó Sempronio con firmeza—. Ahora mismo.

—Si es lo que quieres —el cirujano inclinó la cabeza—. Por aquí, señor.

Cato se apoyó en Sempronio y ambos siguieron al cirujano por la hilera de establos hasta que llegaron a un amplio cuarto de los arreos situado al final. Lo habían despejado y había un diván contra la pared del otro extremo. Un hombre estaba tendido en el colchón. Se hallaba inmóvil, aparte del regular ascenso y descenso de su pecho. Respiraba con dificultad y aspereza. Cruzaron la habitación y Sempronio señaló un banco sencillo colocado contra una de las otras paredes.

—Échame una mano con eso —le dijo al cirujano.

Lo llevaron hacia el diván y el gobernador Hirtio volvió la cabeza para observarlos. Con la luz que entraba por una pequeña ventana abierta en lo alto de la pared, Cato vio que llevaba un lado de la cara muy vendado. Una sábana suelta cubría sus piernas. Cuando Sempronio y Cato se acomodaron en el banco, el cirujano se acercó al diván y retiró la sábana del gobernador hasta la cintura. La pálida piel de su pecho desnudo estaba cubierta de magulladuras negras y moradas que descendían por su costado derecho. A Cato le dio la impresión de que, por debajo de la carne descolorida, los huesos y los músculos estaban deformes. Tenía un brazo roto y entablillado.

Sempronio se inclinó hacia delante y habló en un tono reconfortante:

—Saludos, Aulo Hirtio. Nos vimos en una o dos ocasiones en el Senado, en Roma.

El gobernador se pasó la lengua por los labios y asintió levemente antes de susurrar con voz ronca:

—Lucio Sempronio..., me acuerdo de ti... ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a hacerme cargo de la provincia.

Hirtio abrió mucho los ojos, hizo amago de alzar la cabeza y preguntó con brusquedad:

—¿Quién te ha enviado?

Aquel leve esfuerzo causó un repentino espasmo de dolor que recorrió el cuerpo del gobernador, y el hombre se recostó de nuevo con un lamento quejumbroso que soltó con los dientes apretados. El cirujano se inclinó sobre su paciente con preocupación.

—No se mueva, señor. Tiene que permanecer inmóvil.

Sempronio esperó a que la tensión abandonara el cuerpo del gobernador y éste respirara con más facilidad. Entonces volvió a hablar.

—No me ha enviado nadie. Mi barco pasaba frente a la isla cuando ocurrió el terremoto. Me enteré de que estabas herido, amigo mío, y vine a ofrecer mis servicios. Ahora que te veo, está claro que necesitarás tiempo para recuperarte. Como soy el oficial de mayor rango de la provincia, debería asumir el mando hasta que estés listo para volver a hacerte cargo de tus obligaciones.

—No es necesario... Ya he encontrado a alguien.

—Eso tengo entendido. Pero, Hirtio, no puedo permitir que un recaudador de impuestos asuma tal responsabilidad. Esos tipos son, en el mejor de los casos, unos corruptos. No podemos dejar que un hombre así gobierne Creta.

Hirtio intentó alzar la mano para protestar. Sempronio la tomó en la suya y le dio unas suaves palmadas.

—Ahora que estoy yo aquí, ya no hace falta que te preocupes. Tu provincia se halla en buenas manos. Lo juro por mi honor.

—No... —Hirtio se dejó caer con un fuerte quejido y tensó los músculos del rostro mientras combatía una nueva oleada de dolor. Al final su cuerpo se relajó y unas gotas de sudor le corrieron por la frente. Miró fijamente al techo y, con respiración irregular, masculló—: ¿Han encontrado ya a mi esposa?

—¿Esposa? —El senador se volvió a mirar al médico y susurró—: ¿A qué se refiere?

—Antonia. Por lo visto abandonó el banquete poco antes del terremoto. No se la ha visto desde entonces. Pero todavía estamos encontrando cadáveres entre los escombros. Me temo que sólo es cuestión de tiempo que encontremos el suyo.

—Entiendo. —Sempronio se quedó mirando un momento al gobernador herido y se volvió nuevamente hacia el cirujano—. Lo dejo en sus manos. Haga todo lo que pueda por él.

—Por supuesto, señor.

El senador bajó la voz.

—¿Puedo hablar un momentito contigo?

Se levantó del banco y les hizo señas a los demás para que lo siguieran. Se detuvo en la puerta y le preguntó en voz baja al cirujano:

—¿Hirtio vivirá?

—Hago todo lo que puedo por él. Con el tiempo, podría ser que se recuperara...

—Guárdate las evasivas para los pacientes. ¿Vivirá? ¿Sí o no?

El cirujano se humedeció los labios y meneó la cabeza.

—Tiene las dos piernas aplastadas. Sufre heridas internas, tiene algunas costillas rotas y órganos dañados... Dudo que dure más que unos pocos días.

—Entiendo. Bien; en tal caso, haz todo lo posible para que se sienta cómodo.

El cirujano asintió.

Cato miró hacia el diván.

—Una cosa más. Hirtio no debe recibir más visitas. ¿No es así, señor?

—Sí —coincidió Sempronio—. Por supuesto. Es mi orden estricta.

—¿Ni siquiera Glabio? —preguntó el cirujano.

—Él menos que nadie, ¿entendido? No tiene que molestar al gobernador. Por lo que a todo el mundo concierne, Hirtio se alegra de que haya llegado para hacerme cargo de las cosas. Confía en mí y me ha otorgado poder absoluto en la provincia hasta que se haya recuperado o hasta que desde Roma manden a un sustituto. Ésta es nuestra versión y vamos a ceñirnos a ella. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor.

—Bien, pues ahora quiero que examines la herida del centurión. Límpiala y cambia el vendaje. Lo necesitaré tan preparado como sea posible cuando vaya a relevar a Glabio de su empleo temporal.

Capítulo VIII

Macro se enjugó la frente, entornó los ojos y alzó la vista hacia el sol de mediodía, que resplandecía en el cielo despejado. Desde la torre de entrada de la acrópolis podía ver a los equipos de auxiliares que trabajaban entre las ruinas buscando cuidadosamente supervivientes bajo los escombros. En cuanto los localizaban empezaba el laborioso proceso de desenterrarlos. A algunos los encontraban fácilmente, pero muchos de ellos se hallaban atrapados debajo de varios palmos de piedra y habían sufrido heridas terribles. Aun así, Macro admitió que Portillo y sus hombres estaban llevando a cabo la tarea de manera metódica en su avance por la ciudad, en dirección al desfiladero que llevaba al puerto. Unos cuantos esclavos trabajaban codo con codo con los soldados; los que habían optado por quedarse tras el terremoto. La mayor parte de los esclavos supervivientes habían aprovechado la ocasión para escapar. Con el tiempo acabarían encontrándolos y serían castigados, reflexionó Macro. Muchos de los esclavos estaban marcados y les resultaría difícil pasar inadvertidos entre las personas libres. Su única alternativa era esconderse en los bosques, una existencia precaria que no tenía muchos más atractivos que la esclavitud.

Las tiendas de piel de cabra que había en los almacenes de la cohorte auxiliar se habían montado en la ladera a las afueras de Matala y varios cientos de personas se guarecían del sol bajo ellas. Aún había otras dos mil que habían perdido sus hogares y que tuvieron que conformarse con dormir a la intemperie o encontrar algún refugio en el bosquecillo que crecía más arriba en la ladera. Allí arriba había un río y de las montañas que formaban la espina dorsal de la isla fluía una abundante cantidad de agua. Macro vio a unos cuantos habitantes de la ciudad que llevaban odres y ánforas llenos hacia las tiendas, y en la base de una pequeña cascada próxima a la cima había un grupo de niños chapoteando alegremente bajo el brillante chorro plateado.

Aun cuando tenían un buen suministro de agua, el problema más acuciante era el de la comida. Habían pasado tres días desde que había asumido el mando de la cohorte y enseguida quedó claro que en el puerto había una aguda escasez de víveres. A las exiguas reservas de la acrópolis se había sumado la pequeña cantidad de provisiones recogidas en las fincas de Canlio y en las ruinas de Matala. Macro se había visto obligado a proclamar un edicto según el cual todas las existencias privadas de comida debían de entregarse a la cohorte. De esta comida, ellos distribuirían una ración diaria entre los supervivientes. A los que sorprendieran acaparando comida o vendiéndola en el mercado negro se les negarían las raciones y serían desterrados de la ciudad y sus alrededores. Si intentaban volver a entrar a hurtadillas y los pillaban, entonces los encerrarían en una de las cisternas que Macro había elegido como prisión temporal. El último punto del edicto advertía que aquellos que fueran sorprendidos robando comida de los almacenes de la cohorte serían ejecutados sumariamente.

El edicto había suscitado protestas cuando se leyó en voz alta en el campamento, y la multitud había aceptado de buen grado a un portavoz en forma del patriarca del gremio de comerciantes, un individuo fornido llamado Ático, quien podría haber pasado por hermano de Macro si éste hubiera tenido uno. Macro se mantuvo firme frente a las protestas y alzó las manos para aplacar a la multitud, pero al ver que eso no funcionaba desenvainó la espada y la golpeó con fuerza contra el borde del

escudo de uno de sus hombres. Cuando se hubo acallado hasta el último murmullo, Macro respiró hondo y señaló a Ático.

—No me importa lo que pienses. Debemos racionar la comida de la que disponemos o la gente se morirá de hambre. En cuanto el suministro de comida a la ciudad se restablezca, las cosas podrán volver a la normalidad. Hasta entonces debemos tener disciplina y paciencia.

Ático soltó un resoplido.

—Y supongo que querrás hacernos creer que tú y tus hombres no recibiréis más de lo que os corresponde, ¿verdad?

—Me encargaré de que la comida se reparta de manera justa —repuso Macro, con el tono con que solía dirigirse a la formación para que todo el mundo pudiera oírle—. Tendrán prioridad los que ayuden a buscar supervivientes y suministros en las ruinas y los que sean responsables de mantener el orden.

—¡Ja! —Ático levantó las manos y se puso a aplaudir—. Lo sabía. ¡El ejército se preocupa de los suyos y al resto de nosotros que nos jodan! Bien, centurión, pues no vamos a tolerarlo —se dio media vuelta para dirigirse a la multitud—. ¡Yo digo que nos guardemos la comida que tengamos! ¡Que los soldados se las apañen solos!

La multitud aclamó sus palabras y Ático exprimió al máximo su apoyo alzando los puños al aire con fuerza durante un rato, tras el cual se volvió a mirar a Macro con una sonrisa.

—¡Silencio! —bramó Macro—. ¡Silencio, he dicho!

En esta ocasión el gentío no reaccionó, sino que continuó abucheando, silbando y sacudiendo los puños.

Al final, Macro se rindió y se dio la vuelta hacia los veinte soldados que había traído consigo para que lo ayudaran a imponer su autoridad.

—¡Dejad que lo oigan, muchachos!

Los soldados desenvainaron las espadas y empezaron a golpear el interior de sus escudos hasta que no se oyó nada más que un repiqueteo ensordecedor que ahogó el barullo de la multitud. El vocerío se fue apagando poco a poco, y Macro dio la orden para que sus hombres dejaran de hacer ruido con sus armas.

—Así está mejor. Vamos a ver, os he explicado cómo tengo intención de dirigir las cosas y así va a ser. No toleraré ningún intento de minar mi autoridad como prefecto cu funciones de la cohorte. Si alguien desea aumentar su ración de comida, entonces tendrá que trabajar para ello ayudando a las cuadrillas de la cohorte a buscar entre las ruinas. Además, me vendrían bien más soldados para reemplazar a los que se han perdido en el desastre. Si hay algún hombre con experiencia militar previa, puede solicitar el alistamiento en la acrópolis.

—¡No lo hagáis! —gritó Ático dirigiéndose a la muchedumbre—. No traicionéis a los demás. ¡Si le hacemos frente, este matón no podrá hacer nada!

—¡Muy bien! —Macro chasqueó los dedos—. ¡Esto es la gota que colma el vaso! ¡Primera sección! ¡Arrestad a ese hombre, paso ligero!

Ático abrió la boca sorprendido, pero antes de que pudiera reaccionar se vio rodeado por los auxiliares, dos de los cuales envainaron la espada y lo inmovilizaron sujetándole los brazos a la

espalda. El hombre forcejeó inútilmente un momento y la multitud empezó a protestar indignada. Macro mantuvo la calma y dio la orden para que sus soldados regresaran a la acrópolis, perseguidos por los insultos y abucheos de la multitud. Ocupó su lugar entre Ático y los soldados que lo sujetaban.

—Esto no habría sido necesario si hubieras sido un buen chico y hubieras mantenido la boca cerrada.

—Eso es lo que dicen todos los tiranos —repuso Ático con desdén.

—¿Tirano? —Macro frunció los labios—. ¿Yo? No, yo soy sólo un soldado que intenta hacer su trabajo, y tú, amigo mío, eres un pesado escandaloso, de manera que ahórrate los comentarios sobre la libertad y la tiranía. Puedes reservarlos para cuando todo esto concluya.

Ático le dirigió una mirada fulminante.

—Ahora me tienes, centurión, pero algún día tendrás que vértelas conmigo.

—Claro que sí —asintió Macro—. Tomaré nota.

—¡Te daré tu merecido! —Ático escupió—. ¡Cerdo!

De pronto, Macro arremetió contra él con el puño cerrado y golpeó a Ático de lleno en la sien. El hombre soltó un gruñido y se desplomó en manos de los soldados que lo agarraban con fuerza. Macro se encogió de hombros.

—¡Toma tiranía! Llévalo a la cisterna y procurad que no se haga daño por el camino. Podemos dejarlo allí un par de días hasta que se calme y luego soltarlo.

La pequeña columna de soldados se abrió paso por la calle principal para regresar a la acrópolis. Cuando subían por la rampa, Macro vio que Julia se hallaba de pie junto a la puerta. Había enviado a algunos hombres a la ciudad para ver si encontraban algo de ropa para ella entre las ruinas, y en aquel momento la joven llevaba una túnica de color azul pálido que le llegaba a los tobillos. Macro inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Buenos días, señorita. ¿Has dormido bien?

—Sí, gracias —respondió con un esbozo de sonrisa—. ¿Se sabe algo de Gortina?

—Todavía no. Ayer envié a un mensajero. Deberíamos recibir respuesta al anochecer. Seguro que entonces te quedas tranquila.

—Eso espero. —Julia se apartó un mechón de cabello oscuro—. Me resulta difícil no preocuparme por mi padre y por Cato. Estoy segura de que, en cuanto hubiera podido, Cato habría mandado recado diciendo que se encontraban bien.

—A juzgar por la situación que tenemos aquí, supongo que en Cortina estarán hasta el cuello. Pero seguro que nos avisarán en cuanto les sea posible. Tranquilízate, señorita Julia. Tu padre es un hombre duro y Cato es más listo que el hambre. No les pasará nada, confía en mí.

Julia asintió sin estar muy convencida y se quedó callada unos instantes antes de continuar diciendo:

—¿Cuánto tiempo crees que pasaremos aquí?

Macro se alejó de la columna de soldados y se desabrochó el barboquejo del casco para quitárselo y enjugarse la frente.

—Es difícil saberlo. Son muchas las embarcaciones que hacen escala en Creta, por lo que en

Roma no tardarán en enterarse de lo ocurrido.

—Desde que llegamos no he visto ningún barco nuevo en el puerto.

—Es cierto —reconoció Macro—. Los efectos de esa ola debieron de ser muy amplios. Es posible que acabara con los barcos cercanos a la isla. Quizás otros se hayan enterado de la noticia y no se fían de desembarcar en Creta. Pero tarde o temprano alguien hará escala en uno de los puertos de la isla. Sabrán lo sucedido y lo transmitirán en Roma. En cuanto el emperador sea consciente de la magnitud de los daños ocasionados, seguro que nos manda ayuda.

—¿Ayuda? ¿De qué tipo?

—Tropas, comida y un gobernador sustituto en cuanto nombre a uno. Cuando lleguen, tu padre y el resto de nosotros podremos marcharnos y tomar el primer barco que se dirija a Roma.

—¿Y cuánto tiempo pasará antes de que llegue la ayuda?

Macro frunció el ceño mientras realizaba un cálculo aproximado de las distancias que había de por medio.

—Siendo realistas, diría que pasarán unos dos meses antes de que llegue el primer barco desde Roma.

—¿Dos meses? ¡Dos meses! —Julia señaló las tiendas—. Con la cantidad de comida que tenemos, esta gente de ninguna manera va a durar dos meses. Tiene que haber un modo más rápido de obtener ayuda. ¿Qué me dices de las provincias más cercanas? ¿Egipto, Chipre, Grecia...?

—Harán lo que puedan. Supongo que el problema es que temerán hacer nada sin solicitar antes el permiso de Roma.

Julia meneó la cabeza.

—Es de locos...

—Así es la burocracia, señorita.

—Pero tenemos que ayudar a esta gente.

—Ya los estamos ayudando. Lo que necesitan es que haya orden y es lo que les estoy dando. En cuanto se haya restablecido me ocuparé de la comida y me encargaré de que todo el mundo esté tan bien alimentado como permitan nuestras reservas. Va a ser duro para todos nosotros.

Para serte sincero, señorita, hacer de niñera de una muchedumbre de civiles no es la clase de situación que estoy acostumbrado a manejar.

—Ya lo veo —repuso Julia en tono mordaz, en tanto que hacía un gesto con la cabeza hacia las columnas que escoltaban a Ático—. Esto lo has manejado muy bien. Estoy segura de que este pequeño incidente ha contribuido a ganarte a la gente.

—Este comentario está fuera de lugar —dijo Macro, ceñudo—. No me estoy presentando a las elecciones, señorita. Sólo quiero hacer lo mejor para los supervivientes. Quiero ofrecerles la oportunidad de salir de ésta de una manera decente y reanudar una vida más o menos normal. Si eso implica utilizar métodos que no gustan a la gente y a los alborotadores como este tal Ático, pues mala suerte.

—¿Para ti? ¿O para ellos?

—Para todos nosotros. —Macro volvió a ponerse el casquete de fieltro y a colocarse el casco—. Si no quieres nada más, señorita, tengo trabajo que hacer.

Se marchó detrás de sus soldados dando grandes zancadas y sin haber terminado de abrocharse la tira del casco. Julia se lo quedó mirando un momento, perfectamente consciente de que estaba equivocada. Conocía a Macro lo suficiente para saber que, por duros y directos que pudieran parecer sus métodos, su propósito siempre era bienintencionado y justo. Cuando se decidió a disculparse, Macro ya había entrado en el cuartel y se había perdido de vista.

Furiosa consigo misma, Julia se dio una palmada en el muslo y se volvió de espaldas a la acrópolis y contempló la ladera llena de tiendas. La multitud que se había congregado para escuchar el anuncio de Macro tardaba en dispersarse y algunos grupos de personas permanecían juntos, sin duda expresando su enojo. Julia pensó que, aunque de momento Macro tuviera autoridad sobre ellos, en cuanto la comida empezara a agotarse, el hambre y la desesperación desgarrarían el frágil orden actual. Se estremeció al pensarlo y lentamente cruzó la puerta y entró de nuevo en la acrópolis. No tenía nada que hacer. Había ofrecido sus servicios para ayudar al cirujano de la cohorte a atender a los heridos, pero él la había rechazado de manera cortante aduciendo que el hospital no era lugar para la hija de un senador. Cuando ella había intentado discutirsele arguyendo que ya había realizado este tipo de tareas durante el asedio de Palmira, el cirujano había comentado con resentimiento que la gente de Oriente eran bárbaros. En Creta se aplicaban unos principios distintos.

Por mucho que Julia esperara que el cirujano tuviera razón, había visto mundo suficiente como para saber que cualquier civilización se encontraba a tan sólo unas pocas comidas de la anarquía y el caos sangriento que inevitablemente la seguiría. De inmediato, la idea hizo que anhelara estar con su padre y con Cato. Echó muchísimo de menos a Cato y lamentó que no estuviera con ella para darle seguridad.

* * *

—Espero que no me hayas hecho venir aquí para hacerme perder el tiempo —dijo Macro, al tiempo que colocaba una antorcha en un soporte de hierro y se sentaba en el último escalón de la cisterna para mirar a Ático. El griego tenía el tobillo encadenado a la pared de roca. Su túnica blanca estaba llena de mugre. Sólo había pasado una noche en prisión y la oscuridad, el hedor a humedad y el aislamiento habían causado efecto en él con una rapidez increíble—. Le dijiste al centinela que era importante.

—Lo es. Quiero ofrecerte un trato.

—¿En serio? —Macro sonrió con frialdad—. ¿Qué clase de trato? ¿Vas a prometer que serás un buen chico si te dejas salir?

—Sí. Me comportaré.

—Entiendo, ¿y por qué debería confiar en que lo hicieras? Verás, no tengo más fe en tu palabra de la que tú tienes en la mía.

Ático se pasó la lengua por los labios con nerviosismo.

—Sé dónde encontrar comida.

—Y yo también; seguimos cavando en las ruinas.

—Me refiero a que sé dónde podemos encontrar comida en abundancia. Suficiente para alimentar a la gente durante muchos días.

—Vaya... ¿Y dónde está esta comida?

—En la finca agrícola de un amigo mío.

—¿Dónde?

—En la costa, no muy lejos de aquí. La finca pertenece a Demetrio de Itaca.

—Ya lo hemos probado. Ayer mandé una patrulla a ese lugar. Regresaron con las manos vacías.

Parece ser que los esclavos, o sus amigos los forajidos, se nos habían adelantado y habían vaciado los silos.

Ático sonrió.

—Eso es lo que tú crees. Demetrio es un hombre cauto. Al estar cerca del mar, siempre estaba preocupado por los asaltos de los piratas. De modo que guardaba sus objetos de valor y casi toda su producción en un pequeño complejo situado a poco más de kilómetro y medio de la finca principal. Es muy fácil pasar por alto la entrada y el complejo se halla protegido por una empalizada. Me atrevería a decir que Demetrio se dirigió allí en cuanto cesó el terremoto.

—Suponiendo que sobreviviera...

—No dudo que lo hizo. Es un hombre de recursos.

—Me figuro que tú podrías llevarnos hasta allí.

—A cambio de mi libertad... y una recompensa.

—En cuanto me des las indicaciones para llegar al complejo —repuso Macro—. Si tienes razón, entonces consideraré la posibilidad de dejarte salir.

—¡De eso nada! O dejas que te muestre dónde está y me sueltas o, por mí, podéis morir todos de hambre. —Ático hizo un gesto de indiferencia—. Claro que siempre podrías torturarme para que revelara la ubicación y luego hacer que me mataran en secreto.

Macro asintió lentamente con la cabeza.

—La verdad es que no es mala idea. Un atizador al rojo vivo metido por el culo suele dar muy buenos resultados a la hora de soltar la lengua a la gente. Podría probarlo, si te apetece.

Ático miró fijamente a Macro para intentar discernir si el otro estaba de broma, pero el centurión tenía un brillo peligroso en la mirada y el griego se apresuró a tragar saliva.

—Te mostraré dónde está y luego puedes soltarme.

—Lo pensaré.

—No cooperaré a menos que me garantices la libertad —dijo Ático con todo el desafío del que pudo hacer acopio.

—Es demasiado tarde para cerrar un trato, amigo mío. Ya me has dicho que tienes algo que yo quiero. No supongo ni por un momento que quieras llevarte esa información a la tumba. De modo que sólo es cuestión de torturarte hasta que hables. Y si, por algún milagro, resulta que eres un cabrón más duro de lo que yo pensaba, entonces puede que mueras antes de ser destripado. No me quejaré de que haya una boca menos que alimentar..., en cuanto hayamos terminado de despedazarte, trocito a trocito. —Macro apoyó la espalda y se rascó el mentón con aire despreocupado—. Bueno, dime, ¿qué prefieres? ¿Decirme lo que sabes o dejar que te lo sonsaque?

Ático apretó los dientes y soltó un largo bufido.

—De acuerdo, te llevaré hasta el complejo. ¿Me soltarás entonces?

—Si tú juegas limpio conmigo, yo haré lo mismo contigo —respondió Macro. Se puso de pie y se dio la vuelta para volver a trepar por la escalera.

—¡Eh! ¿Y yo qué? —le gritó Ático.

Macro se detuvo y volvió la mirada hacia él.

—Me llamaste tirano. Puedo vivir con eso. Lo de cerdo, por otro lado, tarda un poco más en olvidarse. Pasar otra noche aquí te ayudará muchísimo a desarrollar un sentido de la deferencia apropiado. ¡Qué duermas bien!

Capítulo IX

La pequeña columna salió de Matala al romper el alba. Macro se llevó a cuarenta soldados armados con lanzas de su centuria de combate para que escoltaran cuatro carretas, todas las que podían transportar con los caballos y muías disponibles. Unos cuantos civiles se habían ofrecido voluntarios para conducir los carros y hacer de mozos.

Sacaron a Ático de la cisterna, parpadeante y con la barba incipiente, y lo encadenaron al pescante de la primera carreta. El hombre miró a Macro con cara de pocos amigos cuando éste pasó por allí para ocupar su puesto al frente de la sección que iba en cabeza. El centurión Portillo ya le había dado indicaciones para encontrar la finca y Ático los conduciría al complejo desde allí. Macro había dejado a Portillo al mando durante su ausencia. Con el centurión Milo, las otras cinco secciones de la centuria de combate y los soldados destacados a los grupos de rescate, Portillo debería contar con efectivos más que suficientes para afrontar cualquier problema que los refugiados pudieran generar en ausencia de Macro.

Tras echar un último vistazo a la columna para comprobar que todo el mundo estaba preparado, Macro alzó la mano y la bajó rápidamente señalando al frente. Las primeras secciones se pusieron en marcha y las botas claveteadas de los soldados rechinaron sobre la gravilla suelta de la seca superficie del camino. Tras ellos se oía el continuo ruido de los cascos de caballos y muías y el grave retumbo de las ruedas de los carros. A la cola de la columna, las dos secciones restantes avanzaron bajo la mirada de algunos refugiados, que observaron al convoy durante breves momentos y luego retomaron la lucha diaria de buscar entre las ruinas algo de comida o de valor que pudieran acumular hasta que terminara el caos y la vida normal pudiera empezar de nuevo.

El camino subía en pendiente durante una corta distancia tierra adentro y luego se unía a la ruta principal que se extendía a lo largo de la costa meridional de Creta. Un mojón indicaba la distancia que había hasta Gortina y Macro condujo la columna en esa dirección. Aún no habían llegado noticias de Cato y Sempronio, y Macro empezaba a preocuparse. Podía haberles sucedido algo por la carretera que conducía a la capital provincial, pero, a menos que enviara a una partida de búsqueda o que viajara él mismo por la misma ruta, no había manera de saberlo con certeza. Intentó alejar la inquietud de su mente contemplando la campiña circundante. Cuando el camino alcanzaba la fértil llanura que ocupaba gran parte del sur de la isla, a ambos lados se extendía un paisaje de tierras de labranza salpicado con las casuchas de los pequeños agricultores, las mayores estructuras de las fincas y alguna que otra aldea aquí y allá. Llegaron a un cruce junto a un mojón y, siguiendo las indicaciones que le había dado Portillo, Macro sacó a la columna de la carretera principal y tomaron un camino que conducía a la finca de Demetrio. La columna avanzó pesadamente en tanto que los insectos zumbaban con desgana entre las flores que bordeaban la ruta.

—Señor. —De pronto, uno de los auxiliares de la sección que iba en cabeza señaló al frente.

Al principio Macro sólo vio un desaliñado montón de harapos, pero enseguida se dio cuenta de que se trataba de un cuerpo. Alzó el brazo y gritó:

—¡Alto!

Mientras los soldados y carretas se detenían con un chirrido, Macro bajó con cautela por el

camino pedregoso pasando la vista de un lado a otro con recelo mientras se acercaba al cuerpo. Era un hombre cuyo físico debía de resultar imponente cuando estaba vivo, a pesar de su cabello ralo y cano y de sus rasgos curtidos. El cuerpo se hallaba tendido de lado y hecho un ovillo. Tenía la piel lívida, llena de cortes y moretones. Los bultos e hinchazones visibles bajo la piel indicaban los huesos rotos y la mandíbula, antes fuerte, había quedado tan destrozada que su rostro deforme apenas hubiera resultado reconocible a cualquiera que lo conociera en vida.

Macro se agachó para examinar el cuerpo y arrugó la nariz al percibir el fuerte olor a descomposición. La túnica era de buena calidad y el cinturón tenía decoraciones en plata. El hombre llevaba botas militares, viejas pero bien conservadas, y un látigo de cuero fuerte le ceñía el cuello. Le asomaba la lengua por entre los labios hinchados y los ojos se le salían de las órbitas. La marca del dios Mitra se veía con claridad en su frente y Macro se dio cuenta de que estaba mirando a un veterano legionario. Al causar baja del ejército se había empleado como capataz de esclavos. La dura vida de las legiones hacía que esa clase de hombres resultara muy apropiada para dicha tarea, y también los convertía en el primer objetivo de la ira de los esclavos si éstos se alzaban en rebeldía.

Macro deslizó las manos por debajo del cuerpo y lo apartó, haciéndolo rodar hasta la hierba del borde del camino. Volvió a erguirse cuan alto era, hizo señas para que la columna siguiera adelante y los soldados marcharon pesadamente desviando un instante la mirada hacia el cadáver al pasar junto a él. Los soldados más expertos y nerviosos empezaron a escudriñar el paisaje con recelo ahora que habían visto los primeros indicios de peligro. A una corta distancia del cadáver, el camino atravesaba un olivar para luego salir a una gran extensión salpicada de edificios y silos vacíos. Inmediatamente delante de ellos había una portalada imponente que llevaba a la villa del propietario de la finca. A unos cuatrocientos metros de distancia se hallaba el complejo de los esclavos. A través de los grandes huecos que se habían abierto en el muro, Macro alcanzó a ver los restos de los largos barracones en los que encerraban a los esclavos todas las noches. En aquellos momentos no había allí señales de vida.

Un penetrante olor a quemado flotaba en el aire, y Macro detuvo una vez más la columna frente a la puerta.

—¡Primera sección, conmigo!

Cerró el puño con fuerza en torno al mango de su espada y se acercó con cautela a la entrada de la villa de Demetrio. Una de las puertas seguía estando en su sitio pero la otra la habían abierto a la fuerza, así que Macro condujo con cautela a sus soldados al interior. Allí había un amplio patio abierto rodeado por una columnata que antes del terremoto había sostenido un tejado. Ahora las tejas rotas se hallaban amontonadas en torno a las columnas. Enfrente de la puerta estaba el almacén calcinado de la residencia principal. Las paredes ennegrecidas y los maderos chamuscados contrastaban con el cielo despejado. En el centro del patio quedaban los restos de una gran hoguera: una maraña de madera quemada, unos bultos negros irreconocibles de materia indefinida y cenizas. En torno a los restos de la fogata había tres vigas altas con travesaños. En cada una de ellas había un cuerpo clavado, de cara al fuego. Los cuerpos tenían la parte trasera intacta y su ropa de color aún colgaba de los cadáveres. Sin embargo, por el lado que daba al fuego los habían asado lentamente. La ropa se había chamuscado y la piel estaba ennegrecida y ampollada. El calor había hecho que los

labios se les torcieran hacia atrás y dejaran al descubierto los dientes, que en aquellos momentos parecían sonreír ampliamente a los soldados horrorizados de pie bajo ellos.

Macro agarró el extremo un poco quemado de un palo de madera y tocó con él los restos carbonizados.

—Parece ser que alguien cayó al fuego —se dio la vuelta y examinó el suelo con la mirada hasta que vio el agujero del que se había dejado caer una cuarta viga cuyo extremo aún sobresalía de entre los restos de la hoguera—. Allí. Por lo visto, los esclavos arrojaron a las llamas a una de sus víctimas.

—¡Qué muerte tan horrorosa! —masculló uno de los auxiliares.

Macro soltó el palo y echó un vistazo por el patio.

—Lo cierto es que no hay muerte buena. Vamos, muchachos. Ya hemos visto suficiente. Aquí no podemos hacer nada.

Fuera, los soldados que se habían quedado en la columna miraron con curiosidad las expresiones lívidas de la sección que Macro se había llevado adentro. Él se dirigió al carro en cuyo pescante iba encadenado Ático y ordenó al carretero que le quitara los grilletes. Ático se frotó los tobillos y señaló la villa con un movimiento de la cabeza.

—¿Alguna señal de Demetrio?

—Yo no sé qué aspecto tiene. En cualquier caso, es imposible distinguir quién de ellos era.

Ático se volvió a mirar a Macro rápidamente.

—¿Qué ha pasado ahí adentro?

—Al parecer, los esclavos decidieron vengarse de su amo y de su familia. Los asaron vivos.

—Por todos los dioses... —Ático tragó saliva y miró en derredor con inquietud—. ¿Crees que los esclavos siguen por aquí cerca?

Macro meneó la cabeza en señal de negación.

—No, si son sensatos. Ya conoces la ley: si un esclavo mata a su amo, hay que ejecutar a todos los esclavos de la casa. Supongo que cuando se dieron cuenta de en qué se habían metido huyeron a las montañas.

La expresión de Ático se endureció.

—En tal caso, hay que localizarlos y matarlos.

—Todo a su debido tiempo —repuso Macro sin alterarse—. Ahora mismo quiero que nos lleves a la reserva de comida de Demetrio.

—Sí, claro. —Ático echó un último vistazo a las puertas de la villa, respiró hondo y señaló un sendero estrecho que se alejaba de los edificios hacia una distante línea de pinos—. Está allí delante.

La columna siguió avanzando, ansiosa por alejarse del hedor de la villa quemada. Antes de llegar a los árboles se oyó un grito proveniente de una de las carretas, y al darse la vuelta Macro vio que el conductor señalaba por el terreno abierto hacia un revoltijo de piedras amontonadas situado a menos de un kilómetro de distancia. De pie en la roca más alta había tres figuras que los observaban.

—Son esclavos —masculló Ático apretando los dientes—. Tenemos que atraparlos. Centurión, envía a tus hombres tras esos cabrones asesinos.

Los auxiliares más cercanos dieron muestras de asentimiento, pero Macro negó con la cabeza.

—Ni hablar, Ático. No podemos prescindir de los soldados para que inicien una persecución. Además, mis muchachos no podrán alcanzarlos yendo totalmente equipados. En cualquier caso, ellos conocerán el terreno de por aquí. Lo más probable es que conduzcan a nuestros hombres a una trampa.

—¿Vas a dejarlos escapar? —preguntó Ático con expresión indignada.

—No hay más remedio. Ahora mismo tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos. De momento, los esclavos pueden esperar —Macro se aclaró la garganta y exclamó con aspereza—: ¡Seguid adelante! ¡No os paréis, cabrones holgazanes!

Entraron en el pinar y siguieron por el sendero que lo atravesaba serpenteando por entre la luz veteada. Macro escudriñó la ruta por delante y las sombras de ambos lados mientras continuaban su camino a lo largo de casi un kilómetro.

—Será mejor que estés en lo cierto en cuanto a estas reservas de comida —comentó en voz baja.

—Conozco el camino —repuso Ático—. Sólo espero que los esclavos no hayan estado allí y hayan ocupado el lugar. Lo más probable es que muchos de ellos supieran de su existencia.

Macro asintió.

—Esperemos que no se les haya ocurrido quemarlo. Los esclavos también tienen que comer.

El sendero torcía bruscamente a la izquierda y descendía a un desfiladero de cuevas empinadas, un lugar perfecto para una emboscada, decidió Macro mientras alzaba la mirada hacia las grandes rocas esparcidas por las pendientes. Si las hicieran caer sobre la columna, harían pedazos los carros y aplastarían a todos los hombres y caballos que encontraran por delante.

—¿Falta mucho?

—Ya hemos llegado —Ático alzó la mano y señaló—. Entre los árboles, ¿lo ves?

Macro entrecerró los ojos y vio que a unos cien pasos por delante el sendero empezaba a abrirse a un claro. Las cuevas del desfiladero se extendían a ambos lados. Cuando la columna penetró en el claro, Macro vio una empalizada de madera de proporciones considerables y de dos veces la altura de un hombre. Había una torre de vigilancia en cada esquina y un par de puertas sólidas allí donde terminaba el sendero. Frente a las paredes de madera yacían unos cuantos cuerpos abatidos por flechas y jabalinas ligeras.

—Parece ser que los esclavos sí hicieron una visita, después de todo —comentó Macro—. Y que alguien estaba aquí para ahuyentarlos.

—¡Alto ahí! —gritó una voz desde la empalizada, y Macro vio que habían aparecido varios hombres por encima de las estacas afiladas que formaban la defensa. Todos ellos iban armados con jabalina y en las torres de vigilancia más próxima se percibió el movimiento de los arqueros subiendo por las escaleras. Sobre la puerta una figura hizo bocina con la mano y volvió a gritar—: ¡He dicho que os quedéis donde estáis!

—¡Alto! —ordenó Macro. Avanzó y alzó una mano a modo de saludo—. Venimos de Matala. Somos la Duodécima Hispania. Centurión Macro.

—¿Centurión Macro? Nunca he oído hablar de ti.

—¡Llegué poco después del terremoto!

—¡Qué oportuno! —repuso cáusticamente el hombre situado encima de la puerta—. ¡Fuera de

aquí! Antes de que ordene a mis hombres que os disparen.

Macro se volvió a mirar por encima del hombro.

—¡Ático! ¡Ven aquí!

Los soldados se apartaron para dejar paso a Ático, que avanzó por entre las primeras filas de auxiliares y se detuvo junto a Macro.

—¿Conoces al hombre que está ahí arriba? —Macro lo señaló.

Ático aguzó la vista un momento y acto seguido sonrió.

—¡Sí, claro que sí! Es Demetrio. —Dio un paso al frente y gritó—: ¡Demetrio de Itaca, soy yo, Ático!

Hubo una breve pausa, tras la cual el hombre de encima de la puerta respondió en tono de alivio:

—¡Ático! Has sobrevivido. Aunque no me sorprende. ¿Quién es tu amigo? Conozco a los oficiales de la Duodécima, pero a él no lo reconozco.

—Llegó después del terremoto, tal como ha dicho.

—Muy bien... —Demetrio se dio la vuelta para dirigirse al interior de la empalizada—: ¡Abrid la puerta!

Con un débil crujido de las cuerdas que hacían de bisagras, las puertas se abrieron hacia dentro y al cabo de un momento salió Demetrio, sonriendo, y se acercó a Ático y Macro. Tras estrecharle el brazo a su amigo, el propietario de la finca se volvió a mirar a Macro.

—¿Eres pariente de Ático?

—Creo que no —gruñó Macro.

—Vaya, pues podrías pasar por su hermano.

—¿En serio? Bueno, pues tendré que vivir con eso.

—Tu amigo es muy quisquilloso, Ático.

—No es mi amigo —dijo Ático meneando la cabeza—. ¿Qué ha ocurrido aquí? Pasamos por lo que queda de la villa. Cuando hallamos los cuerpos, temí que te hubieran matado.

Demetrio frunció el ceño.

—¿Cuerpos? ¿A qué te refieres? ¿Qué le ha pasado a mi villa?

—¡No me digas que no lo sabes!

—Si lo supiera no te lo estaría preguntando. Contádmelo.

Macro carraspeó.

—Los esclavos han incendiado el lugar. Encontramos el cuerpo de un capataz a una corta distancia de la villa y otros cuatro cadáveres dentro.

Demetrio perdió el color de la cara.

—Cuando llevé a mi familia allí dejé a mi administrador al cargo, junto con unos cuantos hombres de confianza.

—¿Qué ocurrió allí? —preguntó Macro—. Después del terremoto.

Demetrio guardó silencio un momento mientras ponía en orden sus ideas.

—Aquella noche los esclavos habían estado trabajando hasta tarde y yo acababa de regresar de la finca cuando tuvo lugar el terremoto. Estaba en el jardín con mi familia. De haber estado dentro, hubiéramos compartido la misma suerte que el personal de la cocina, hubiésemos quedado

aplastados y enterrados vivos. El caso es que fueron los únicos a los que perdimos. Dejé órdenes para que los esclavos repararan todo el daño posible mientras nosotros nos refugiábamos aquí. La primera noche tras el terremoto, mi administrador me informó de que los capataces mantenían en su sitio a los esclavos y que las reparaciones del muro del complejo ya estaban en marcha. De manera que pensé que todo iba bien, hasta que la noche siguiente no acudió a rendir su informe y la otra tampoco. Entonces fue cuando aparecieron ellos —señaló los cadáveres—. Se presentaron al anochecer y exigieron que abriera las puertas. Cuando les dije que no, cargaron contra ellas. Les dije a mis hombres que los detuvieran y, como podéis apreciar, lo hicieron bien. Se esfumaron por entre los árboles. Desde entonces hemos estado vigilando con atención por si los veíamos —concluyó Demetrio en tono cansado—. Sean quienes sean.

Macro señaló los cadáveres con un movimiento de cabeza.

—¿No son esclavos tuyos?

—Hay uno o dos que sí. Al resto no los conozco.

Macro se quedó mirando los cuerpos más cercanos durante un momento, absorto en sus pensamientos.

—Esto empieza a ser preocupante de veras. Tenía la esperanza de que se tratara de un alzamiento local, pero parece ser que a tus esclavos los han dirigido personas de fuera. Posiblemente forajidos de las montañas que han venido a armar lío y hacerse con algún botín, o esclavos de otras fincas. Sea como sea, ahora mismo tus esclavos se hallan en franca revuelta. Habrá que ocuparse de ellos en cuanto tenga ocasión.

—¿Ocuparse de ellos? —Demetrio parecía alarmado—. ¡Pero si tengo una fortuna invertida en esos hombres!

—Bueno, pues parece que tu inversión se ha echado a perder —contestó Macro cansinamente—. Tanto como para incendiar tu villa y de paso quemar a tu administrador y a algunas personas más.

—Cuando encuentre a los cabecillas, haré que paguen por ello con creces —afirmó Demetrio con resentimiento, y enseguida miró a Macro—. Pero, ¿por qué habéis venido? ¿Para rescatarnos?

—No, pero no hay ningún inconveniente en que tú y los demás regreséis con nosotros a Matala.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—He venido a buscar toda la provisión de grano, olivas y cualesquiera otros comestibles que tengas tras tu empalizada.

Demetrio entornó los ojos.

—¿Has venido a llevarte mis bienes?

Macro hizo con la cabeza un movimiento inequívoco.

—Estoy aquí para requisarlos. Se tomará debida nota de todo lo que nos llevemos en las carretas, y en cuanto se restablezca el orden en Creta podrás solicitar una compensación. Ahora, si no te importa, quiero que se carguen las carretas lo antes posible. Si hay esclavos rebeldes sueltos, deberíamos regresar a Matala antes del anochecer. —Macro se dio la vuelta para gritar una orden a la columna que aguardaba—. ¡Meted las carretas en la empalizada y cargadlas!

—¡Un momento! —Demetrio agarró a Macro del brazo—. No puedes llevarte mis bienes. Te lo prohíbo.

—La gente de Matala necesita comida. No hay comida suficiente en la ciudad y nos hace falta la tuya. Lo siento, pero es lo que hay. —Macro bajó la mirada a la mano del griego—. Y ahora, si eres tan amable de apartarte, mis hombres podrán ponerse a ello.

—No. ¡No! No puedes hacerlo. No lo permitiré.

Macro suspiró.

—Ya veo. Bueno, en tal caso... ¡Primera sección! Arrestad a este hombre. Desarmad a sus seguidores. Si alguien intenta resistirse dadle un golpe en la cabeza.

—¿Cómo? —Demetrio miró hacia todas partes con los ojos desorbitados en tanto que dos de los soldados de Macro lo agarraban.

El resto de la columna avanzó hacia el interior de la empalizada junto con los carros. Tal como Macro había sospechado, sin Demetrio al frente sus sirvientes rindieron sus armas mansamente y permanecieron agrupados y vigilados mientras soldados y voluntarios empezaban a cargar los primeros sacos de grano y vasijas de olivas en las camas de los carros. Demetrio no dejó de quejarse de forma escandalosa hasta que Macro desenvainó la espada y empezó a golpear la cara de la hoja contra la palma de su mano.

—Sé bueno y cierra el pico, ¿vale? De lo contrario tendré que reducirte.

—No te atreverías —le espetó Demetrio con aire desafiante.

—Sí que lo haría —interrumpió Ático—. Créeme. Será mejor que hagas lo que dice. De momento.

El propietario de la finca se quedó mirando a su amigo un instante, tras lo cual cedió y, con los hombros hundidos, tomó asiento pesadamente en una de las pilas de sacos de grano que había entre los almacenes de techo bajo que la empalizada protegía.

—¡Así me gusta! —Macro sonrió de modo tranquilizador.

Los carros se cargaron tanto como fue posible y los ejes chirriaron y crujieron bajo el peso cuando los carreteros los sacaron de la empalizada y enfilaron de nuevo el camino hacia la villa. Macro realizó un último intento de convencer a Demetrio para que fuera con ellos, pero el propietario se mantuvo firme en su decisión de proteger lo que quedaba de sus existencias de comida. Dando breves muestras de renuencia, algunos de sus hombres sí optaron por marcharse con la columna. Unos cuantos se quedaron con él y observaron a la columna mientras ésta desaparecía entre los pinos que crecían a ambos lados del desfiladero.

Cuando volvían por el sendero, Macro se volvió a mirar a Ático y murmuró:

—Tu amigo es idiota. Quizá pudo ahuyentar a los esclavos la última vez, pero si éstos se hacen más numerosos estarán más decididos la próxima ocasión. Demetrio y los demás acabarán como ésos que vi en la villa, con toda probabilidad.

—¿De verdad lo piensas?

—Es difícil asegurarlo —admitió Macro—. Pero parece que los esclavos están empezando a organizarse. Si éste es el caso, puede que nos encontremos ante un gran problema. Las cosas podrían ponerse muy feas, por toda la isla.

Ático se quedó callado un momento.

—Espero que te equivoques.

—Yo también —repuso Macro en voz baja, al tiempo que escudriñaba con la vista ambos lados del desfiladero mientras la cargada columna avanzaba lentamente por el camino. Al salir del paso estrecho, Macro soltó un suspiro de alivio. A una corta distancia por delante el camino empezó a transcurrir entre una concentración más densa de pinos, y luego, un poco más adelante, salía de entre los árboles a campo abierto. Macro vio los restos de la villa a lo lejos. Se volvió a mirar a Ático para comentarle que al menos ya habían salido del bosque y oyó el débil crujido de una ramita que se rompía a cierta distancia entre los árboles. Macro desvió la mirada rápidamente hacia las sombras por debajo de las ramas.

Unas figuras salieron de la penumbra y fueron acercándose a la columna por ambos lados. Macro desenvainó la espada, respiró hondo y bramó:

—¡Emboscada!

Capítulo X

De repente se oyó un grito entre los árboles, al cual se sumaron enseguida muchos más por doquier, en tanto que los atacantes salían en masa de entre las sombras al camino para cargar contra la columna de Macro. Él plantó el pie adelantado en el suelo en dirección a los enemigos más próximos, levantó y afirmó el escudo frente a él y echó hacia atrás el brazo de la espada, dispuesto a arremeter.

—¡En formación! ¡Hacedles frente! —gritó a sus hombres por encima del barullo.

La mayoría de los soldados reaccionaron con rapidez y se dieron la vuelta para enfrentarse al enemigo con las puntas de las lanzas bajadas. Hubo unos cuantos que quedaron momentáneamente aturdidos por lo repentino del ataque y retrocedieron a trompicones al verse ante tal arremetida.

—¡Que no se detengan los carros! —ordenó Macro al conductor que iba en cabeza.

Cuando los atacantes salieron en tropel de entre las sombras, Macro vio que iban vestidos con túnicas viejas y andrajosas, la mayoría de ellos descalzos y armados con todo un surtido de cuchillos, hachas y horcas. Sólo unos cuantos portaban espadas o lanzas y estaba claro que no tenían ni idea de cómo utilizarlas. Las agitaban por encima de la cabeza con expresión de odio y terror desenfrenados en sus caras mientras se lanzaban al ataque. Macro no tuvo tiempo de ver nada más porque el primero de ellos, con los dientes apretados, los ojos desmesuradamente abiertos y una mirada de loco, arremetió contra él con una guadaña. Macro paró el golpe de refilón con el borde del escudo y acto seguido giró sobre el pie adelantado para golpear al esclavo y hacerlo caer cuando pasara a trompicones. Cuando el esclavo intentó recuperar el equilibrio, Macro lo apuñaló en un lado del pecho y hundió la hoja, que luego arrancó de un rápido tirón y la sangre salió a borbotones. El hombre se dobló en dos, soltó la guadaña y se llevó las manos a la herida, cayó al suelo y se hizo un ovillo al tiempo que soltaba un intenso gemido de dolor.

Macro levantó la mirada. Más esclavos salían de debajo de los árboles. No podía calcular cuántos eran, pero sin duda superaban en número a los soldados de su columna. No obstante, los auxiliares eran luchadores capacitados y bien armados. Al echar un vistazo a su alrededor, Macro vio que sus hombres sabían defenderse y arremetían contra los esclavos a medida que éstos se les echaban encima en una desorganizada carrera. Un gruñido repentino hizo que Macro volviera su atención al frente en el momento en que un esclavo se lanzaba contra él de un salto empuñando una cuchilla de carnicero. Tuvo el tiempo justo de alzar el escudo, y la pesada hoja golpeó el borde, atravesó el brocal de bronce, astilló la madera de debajo y se quedó allí firmemente clavada.

—¡Ahora me toca a mí! —gruñó Macro, que acuchilló a aquel hombre a un lado de la cabeza y cuya hoja vibró un poco al atravesar la piel y el cráneo con un crujido húmedo.

El hombre cayó de rodillas con expresión de asombro; entonces Macro retiró su espada y con la guarnición del arma desprendió la cuchilla clavada en el escudo. En aquel preciso instante notó que algo le agarraba el tobillo, y al mirar abajo vio que el primer hombre se había arrastrado hacia su bota, se la había agarrado y se estaba preparando para clavar los dientes en la pantorrilla de Macro.

—¡Ni te atrevas! —Macro se quitó la mano de encima de una patada y pisó la muñeca de aquel hombre con su bota de clavos. Entonces hizo descender el borde inferior del escudo contra la cabeza

del esclavo y le propinó un golpe que lo dejó sinsentido—. ¡Si yo te derribo, tú te quedas en el suelo!

Macro avanzó poco a poco siguiendo el camino y manteniendo el ritmo de la primera carreta. Miró a su izquierda y vio que algunos de sus soldados estaban tan enfrascados en la lucha que no se daban cuenta de que los carros continuaban la marcha.

—¡No os paréis! —gritó Macro—. ¡Proteged los dichosos carros!

Aun cuando iban mal armados y estaban cayendo destrozados a montones, los esclavos continuaron su feroz ataque como si no temieran morir. Macro vio a uno de ellos siendo ensartado por una lanza al lanzarse contra los auxiliares. La punta ensangrentada del arma emergió con un estallido por la espalda de su túnica y, en un intento por arañar la cabeza del auxiliar, el esclavo empujó su cuerpo por el asta. El soldado soltó la lanza, desenvainó su espada y se la clavó al esclavo en la garganta. Con un borboteo sangriento de furia, el esclavo trató de arremeter contra su oponente, salpicando de sangre al auxiliar hasta que se quedó sin fuerzas y se desplomó de rodillas con el cuerpo atravesado aún por la lanza. El auxiliar retrocedió y echó un rápido vistazo en derredor para comprobar que mantenía una formación poco rígida junto con sus compañeros, mientras avanzaban por el camino haciendo todo lo posible por no alejarse de los carros. A ambos lados el suelo estaba cubierto de cuerpos y aun así los esclavos acudían. Macro abatió con la espada a un hombre desdentado que por la edad podría ser su padre y el hombre lo maldijo al morir.

Una mano agarró a Macro del hombro y él se dio media vuelta con rapidez, dispuesto a golpear, hasta que vio a Ático y logró detener su espada a tiempo.

—Dame un arma —le suplicó Ático—. ¡Antes de que me hagan pedazos!

Macro miró en derredor y vio una horca junto al cuerpo de un esclavo que no era más que un niño.

—¡Allí! Cógela.

Ático agarró la horca y sujetó el asta con firmeza, al tiempo que hacía descender los dientes en dirección a un hombre que corría hacia él armado con un garrote con clavos. El esclavo describió un salvaje arco en el aire con el garrote apuntando a la cabeza de Ático. Este último se agachó para esquivar el golpe y acto seguido clavó los dientes de la horca en el estómago del esclavo y, con un resoplido de fuerza bruta, levantó del suelo a aquel hombre enjuto y nervudo. El esclavo chilló cuando su propio peso hizo que las afiladas puntas de hierro penetraran aún más en su cuerpo. Ático hizo girar el asta y el esclavo se estrelló contra el suelo. Apoyó la bota en el pecho del hombre, liberó los dientes del arma de un tirón e inmediatamente se agachó mientras buscaba una nueva amenaza con la mirada.

—Buen trabajo —admitió Macro a regañadientes.

El carro que iba en cabeza salió del bosque a terreno abierto con un retumbo y siguió adelante hacia la villa en ruinas; el carretero hacía restallar el látigo sobre las cabezas de los caballos y muías para estimularlos. Por delante de él, un par de auxiliares se vieron obligados a hacerse a un lado a toda prisa para evitar que los arrollara. Macro apretó los dientes con furia y se puso a correr detrás del carro.

—¡No vayas tan deprisa, idiota!

El carretero siguió adelante sin prestar atención; y en cuanto salieron del bosque, los demás siguieron su ejemplo, dejando atrás a los auxiliares y voluntarios, que se apresuraron a seguirlos como podían al tiempo que intentaban rechazar a los esclavos que se apiñaban en torno a la columna como un enjambre de avispas enojadas. Uno de los soldados de Macro que iba detrás del último carro tropezó y cayó cuan largo era sobre el camino de grava. Varios esclavos saltaron sobre él de inmediato profiriendo unos aullidos triunfales, sedientos de sangre, y arremetieron a hachazos y puñaladas contra el soldado que se debatía en el suelo y que dejó escapar un grito penetrante antes de ser trinchado salvajemente por los golpes de hacha que llovían sobre su cabeza.

Macro vio claramente el peligro. Si los soldados de la columna no lograban mantenerse unidos, serían arrollados y asesinados uno a uno. Tenía que hacer que el primer carro aminorara la marcha. Profirió una maldición, soltó la embrazadura del escudo y lo arrojó a un lado para que no le estorbara. Por suerte, no había tenido tiempo de buscar unas grebas para las piernas y la armadura de escamas no pesaba tanto como para impedirle echarse una carrera. Envainó la espada y corrió con toda la rapidez de que fue capaz para adelantarse al primer carro, pasando junto a las pesadas ruedas traseras. El vehículo pilló un bache, dio una sacudida y una vasija de aceite de oliva cayó por el costado; a punto estuvo de darle a Macro y se hizo pedazos contra el camino pedregoso. Macro saltó por encima de los fragmentos de cerámica y al llegar a la altura del conductor se agarró al pescante y se dio impulso para subir al estribo. El carretero bajó la mirada asustado, hasta que vio que se trataba de uno de los suyos e hizo restallar nuevamente el látigo.

Macro no perdió el tiempo con más palabras, subió como pudo y le pegó al conductor un puñetazo en el estómago que hizo que se doblara en dos con un resoplido, que soltara el látigo y las riendas y quedara tumbado en el pescante respirando con dificultad. Macro agarró las riendas y tiró de ellas con brusquedad, un tirón que se transmitió a los bocados de los caballos.

—¡So! ¡Vamos, sooo!

Las bestias se detuvieron con unos relinchos asustados y la leve inclinación del camino redujo la velocidad del carro enseguida. Macro hizo que los caballos adoptaran un ritmo constante y entonces se dio media vuelta. Vio a Ático que, allí cerca, seguía esgrimiendo su horca mientras mantenía a raya a dos esclavos. Ahora que la columna se hallaba en campo abierto, Macro tenía una mejor perspectiva de la situación en la que se encontraba. Esparcidos por el campo a ambos lados había unos doscientos o trescientos esclavos. Tras presenciar la caída de tantos de sus compañeros durante los primeros momentos del ataque, los que quedaban se mostraban más cautelosos y se mantenían a cierta distancia de la columna, a la espera de abalanzarse sobre algún rezagado o de cargar contra algún hueco que se abriera entre los carros y los hombres que los defendían.

—¡Ático! —le gritó Macro—. ¡Ven aquí!

Ático arremetió contra los esclavos que tenía más cerca y corrió con mucho cuidado junto al costado del primer carro. Macro se inclinó hacia él, lo agarró de la mano y lo ayudó a subir al pescante.

—Toma, coge las riendas. Mantén una velocidad lenta para que el resto de los carros y los soldados puedan seguir el ritmo. ¿Está claro?

Ático asintió con la cabeza, todavía jadeante tras sus esfuerzos. Tomó las riendas con una mano y

con la otra mantuvo bien sujeto el mango de su arma. Macro aguardó un momento para asegurarse de que fuera al paso adecuado, entonces se apeó del carro de un salto y cayó pesadamente al suelo. Se puso de pie de inmediato y desenvainó otra vez la espada.

—¡Duodécima Hispania! ¡No os alejéis de los carros!

Los auxiliares y los voluntarios que habían arrebatado armas a los muertos y heridos formaron un suelto cordón en torno a los carros, y la columna pudo así seguir avanzando por el camino a paso medido. Los esclavos se quedaron con ellos, pero se mantuvieron a más de una lanza de distancia a un lado de los vehículos. Algunos de ellos habían empezado a coger piedras y rocas pequeñas del suelo y a arrojárselas a los soldados romanos. El traqueteo sordo e irregular de los proyectiles improvisados acompañó a la columna durante todo el camino que quedaba hasta la villa. Como se había deshecho del escudo, Macro hizo todo lo posible para esquivar las piedras que veía venir, pero aun así una de ellas le dio en el hombro. Algunos de los voluntarios que no llevaban protección no tuvieron tanta suerte y Macro vio que uno de ellos recibía un golpe en la cabeza. El hombre gritó, se llevó la mano a la sien y se apartó del camino tambaleándose. De inmediato, avanzó de un salto a un esclavo armado con un mazo y se lo estrelló en la cabeza, aplastándole el cráneo en una explosión de sangre y sesos.

Pasaron por la villa y continuaron por el camino hacia el cruce con la carretera que llevaba a Gortina. Los esclavos no se separaron de ellos e iban agachándose para coger piedras y rocas que no dejaban de lanzar contra la columna. Por su parte, los auxiliares mantenían los escudos en alto y, cuando la ocasión lo permitía, devolvían los proyectiles. El recorrido de la columna de Macro quedó señalado por los esclavos muertos y heridos, con unos cuantos civiles y soldados entre ellos.

—¿Cuánto tiempo crees que seguirán así? —preguntó Ático a voz en cuello, agachado en el pescante.

—Hasta que se harten —contestó Macro lacónicamente, al tiempo que se agachaba para recoger un escudo de uno de sus soldados que había caído a la cabeza de la columna. Una piedra enorme le había destrozado la rodilla al auxiliar, que se había quedado sentado en el suelo con los dientes apretados. Macro se volvió hacia sus soldados más próximos.

—¡Subidlo a uno de los carros!

En tanto que ellos agarraban al soldado para levantarlo y lo arrastraban, gritando de dolor, hasta la parte trasera del primer carro, Macro alzó el escudo y lo sostuvo en alto para cubrirse. La lluvia de proyectiles amainó y se dio cuenta de que los esclavos empezaban a retroceder. A unos doscientos pasos de distancia, junto a un tramo de pared, había una figura que les gritaba órdenes. A diferencia de los demás, él llevaba una armadura de cuero, muñequeras y un capacete también de cuero. Llevaba una correa en bandolera de la que colgaba una espada. Tras él había varios hombres más, equipados de forma similar. Los esclavos se concentraron en una desordenada multitud delante de él y el hombre continuó dando sus instrucciones. Señaló hacia el camino con gestos pausados y de inmediato un cuerpo de sus seguidores salió corriendo en esa dirección. El resto se dio la vuelta hacia el convoy y retomó el bombardeo con piedras y rocas.

No obstante, esta vez habían elegido un nuevo objetivo. Sus disparos se concentraron en el primer carro.

—¡Van a por los caballos y muías! —gritó Macro—. ¡Cubridlos!

Los soldados se acercaron a los flancos de los animales de tiro que iban en cabeza y los protegieron lo mejor que pudieron. Pero los blancos eran demasiado grandes para fallar y de vez en cuando una de las bestias soltaba un relincho o daba un salto al ser alcanzada. Ático hacía todo lo posible para mantener el control sobre los animales, pero las frecuentes paradas aminoraron mucho el paso de la columna. Macro apretó los dientes con frustración, perfectamente consciente de que el otro grupo de esclavos los había adelantado a todo correr en dirección a la carretera principal, sin duda con algún plan en mente para renovar el ataque. Alzó la vista al cielo y vio que pasaba de mediodía. Si no apretaba el paso, cabía la posibilidad de que al caer la noche siguieran todavía en la carretera de Matala, rodeados por sus atacantes. Si eso ocurría, éstos podrían asaltarlos fácilmente en la oscuridad.

Volvió a mirar al cabecilla de los esclavos. El hombre iba andando al lado de la calzada, a unos cien pasos de distancia del camino, y de vez en cuando se detenía para observar el avance de sus seguidores, que continuaban con su hostigamiento a los carros.

—Las cosas no van a ser a tu manera para siempre, amigo —refunfuñó Macro, quien entonces se volvió para dirigirse a los soldados que lo seguían—. Cuando dé la orden, las primeras tres secciones seguidme. Avanzad con fuerza y rapidez y haciendo todo el ruido que podáis. Preparados...

Macro tensó los músculos mientras avanzaba lentamente por el camino, observando y aguardando a que los esclavos se fueran envalentonando con su ataque. Algunos de ellos, sonriendo con desprecio, se acercaron corriendo a unos tres metros antes de lanzar sus piedras y gruñir insultos contra los auxiliares. Macro esperó hasta que varios de ellos estuvieron cerca, arrojando proyectiles con aire desafiante. Entonces se llenó los pulmones de aire.

—¡Al ataque! —Saltó hacia un lado y empezó a mover las piernas para abalanzarse contra los esclavos—. ¡A por ellos, muchachos! ¡Matadlos a todos!

Con un rugido gutural, sus soldados atacaron a los esclavos y cargaron contra su comandante. Los atacantes más cercanos se dieron media vuelta y huyeron, lo que con las prisas provocó que algunos de ellos chocaran con sus compañeros y dejaran a tres de ellos desparramados sobre la hierba áspera. Macro se detuvo un instante apenas para clavar la hoja de su espada al pasar junto a uno de los esclavos que intentaba ponerse a gatas como podía. La espada se hundió entre los omóplatos del esclavo, que cayó tendido en el suelo en tanto que Macro liberaba la hoja de un tirón y seguía a la carga gritando a voz en cuello. Aun cuando no iban cargados con la armadura como los auxiliares, algunos de los esclavos tenían ya cierta edad y había otros a los que las duras condiciones de trabajo que habían soportado durante años habían minado las fuerzas, y éstos fueron arrollados y asesinados sin piedad cuando intentaban escapar. Macro y sus soldados los persiguieron por el terreno abierto junto al camino, arremetiendo contra cualquier enemigo que se ponía a su alcance.

Por delante de ellos, el cabecilla de los esclavos desenvainó su espada y gritaba a sus seguidores que se dieran media vuelta y lucharan. Los hombres armados que estaban con él se acercaron por ambos lados empuñando las espadas para ofrecer resistencia. Cuando los primeros esclavos alcanzaron su posición, el cabecilla empezó a agruparlos de nuevo. Al verse ante su feroz arenga, se

dieron la vuelta para hacer frente a los romanos, formaron una línea tosca y se prepararon para combatir con su surtido de armas. Algunos no llevaban más que las piedras que habían recogido y otros se enfrentaban a los auxiliares con las manos vacías.

Macro se dio cuenta de que las tres secciones habían logrado todo lo que podían conseguir con su ataque repentino. Si seguían adelante quedarían agotados por el esfuerzo de la persecución, y ahora que los esclavos se estaban volviendo contra ellos la ventaja ya estaba perdida. Macro tomó aire, jadeando.

—¡Duodécima, alto! ¡Formad conmigo, muchachos!

Los primeros soldados abandonaron la persecución y se apresuraron a regresar junto a Macro. Hubo unos cuantos exaltados que avanzaron un poco más hasta que vieron que la sólida concentración del enemigo los esperaba. Entonces se detuvieron y se retiraron a una distancia prudencial antes de regresar al trote junto al resto de sus compañeros y formar una línea a ambos lados del centurión.

—¡Daos prisa! —les gritó Macro—. ¡Id lo más rápido que podáis!

Uno de los esclavos gritó un insulto tras los romanos, pero Macro no lo entendió porque el pulso le retumbaba en la cabeza. Se sumaron más voces y al cabo de un momento no se oyeron más que los gritos de desprecio, abucheos y rechiflas de los esclavos que miraban la retirada de los romanos. Macro no pudo evitar una sonrisa irónica mientras retrocedía a un paso constante hacia el resto de la columna. A pesar del escándalo, los esclavos no parecían tener mucha prisa por volver las tornas a los romanos y perseguirlos hasta los carros. Su cabecilla debía de haber tenido la misma sensación al darse cuenta de que la oportunidad de contraatacar se le escapaba de las manos. El hombre llamó a su séquito más inmediato y empezó a avanzar a grandes zancadas por entre las arremolinadas filas de esclavos en dirección a los auxiliares, al tiempo que hacía señas al resto para que lo siguieran. Empezaron a moverse uno a uno y luego todos en masa, acercándose a los romanos, que se hallaban en inferioridad numérica.

—¡Mierda! —masculló Macro de mal talante—. Creí que tardarían un poco más en recuperar la iniciativa.

Echó un vistazo por encima del hombro y vio que la columna había seguido adelante desde que Macro dirigiera el ataque desenfrenado. Ahora ellos se encontraban a la altura del último carro y las demás secciones de la centuria continuaban con sus órdenes de no separarse de los animales que tiraban de los vehículos.

—¡Muy bien, muchachos! —exclamó Macro—. Cuando dé la orden, echad a correr hasta el último carro. Entonces formaremos la retaguardia... ¡Ahora!

Se dieron la vuelta y corrieron los cincuenta pasos de terreno abierto que los separaban de la cola de la columna. Acto seguido los esclavos soltaron un fuerte grito y salieron a la carga, saltando por encima de sus compañeros caídos y dirigiéndose en tropel en persecución de Macro y sus hombres. En cuanto los auxiliares llegaron al último carro, Macro dio media vuelta y presentó su escudo. Los demás se colocaron a ambos lados de él para formar una apretada pared de escudos y se prepararon para recibir el impacto del ataque. El primero de los esclavos arremetió contra el escudo de Macro y golpeó su superficie con un garrote tosco. Al cabo de un instante, todos sus soldados

habían entablado combate e iban parando golpes y defendiéndose a cuchilladas mientras cedían terreno, permaneciendo cerca del carro. Macro vio fugazmente al cabecilla de los esclavos a su derecha, batiéndose en duelo con un auxiliar fornido. El esclavo buscaba un hueco entre los escudos para asestar un golpe con su arma, una espada de gladiador delicadamente ornamentada que relucía bajo el sol de la tarde. El auxiliar arremetió y el esclavo se ladeó ágilmente, tras lo cual dio una estocada al soldado que por poco no le alcanza en la cara, pues la punta del arma rebotó en una de las orejas del casco. El esclavo alzó la mirada y por un instante la cruzó con la de Macro.

Macro tuvo la seguridad de haber percibido un atisbo de reconocimiento en los ojos de aquel hombre.

Entonces el esclavo acometió a su oponente de las tropas auxiliares con una furiosa serie de golpes que lo lanzaron contra el lado del carro. El soldado se dio cuenta del peligro cuando ya era demasiado tarde, y el disco de madera maciza de la rueda lo hizo caer y lo arrolló, aplastándole la cadera y rompiéndole la espina dorsal, dejándolo con cara de sorpresa. El soldado abrió y cerró la boca, agitó los brazos inútilmente y empezó a morir desesperado de dolor.

La desigualdad de la refriega se hizo notar una vez más cuando por detrás del carro el suelo quedó cubierto de esclavos abatidos y sólo tres soldados auxiliares. El cabecilla de los esclavos ordenó a sus hombres que se retiraran, por lo que pusieron fin a la persecución de los romanos y se quedaron allí, jadeantes, fulminando con la mirada a la columna que avanzaba retumbando por el camino hacia la carretera de Cortina.

Macro aguardó hasta que se hubo abierto un hueco de unos cien pasos entre ellos, entonces envainó la espada y recorrió la columna a grandes zancadas para ver cómo estaban sus hombres y comprobar las condiciones de caballos y mulas. Las rocas y piedras habían infligido numerosas heridas de poca importancia tanto a soldados como a bestias, pero todos continuaban avanzando a un ritmo constante por el camino.

—¡Ya estamos cerca de la calzada, muchachos! —exclamó Macro alegremente—. Esos cabrones han aprendido la lección. No molestarán mucho más a la Duodécima Hispania.

Se precipitó al decirlo. En cuanto se hubo abierto un espacio seguro entre los carros y los esclavos, el cabecilla hizo avanzar a sus hombres de nuevo y mantuvieron la distancia con la columna romana. Macro los observó con recelo, pero al ver que no amagaban con acercarse, se contentó con saber que cada paso que daban los llevaba más cerca de la seguridad de Matala. Ahora que pensaba en ello, tuvo la sensación de que había muchas posibilidades de que, después de todo, su columna llegara a su destino y la gente de Matala pudiera alimentarse al menos unos cuantos días más de las reservas apiladas en los carros.

—¡Señor!

Macro se dio la vuelta hacia la voz y vio a uno de sus soldados situado en una ligera elevación del camino por delante de la columna. Agitaba la lanza en el aire para atraer la atención de Macro.

—¿Qué ocurre?

El primer carro se detuvo al llegar a la cuesta, Ático se puso de pie en el pescante y miró el camino que tenía por delante. Macro avanzó a paso ligero junto a los demás carros.

—¿A qué viene esto? ¿Por qué coño te paras?

—¡Mira! —Ático extendió el brazo.

Cuando Macro llegó a la altura del carro que iba en cabeza, miró en la dirección que le indicaba Ático. Desde el terreno más elevado vio el cruce con la carretera de Cortina que se encontraba a apenas unos cien pasos por delante, allí donde el camino se había elevado para que coincidiera con el nivel de la calzada. En esa intersección estaban los esclavos a los que habían enviado por delante para que cortaran el paso a la columna. Habían arrancado algunas losas de la calzada. Con ellas y algunos árboles talados a toda prisa, habían construido una tosca barricada. Macro calculó que habría allí más de doscientos hombres esperándoles, además de otros doscientos que iban detrás de los carros. Una trampa ingeniosa, admitió atribulado. La barricada no les proporcionaría mucha protección frente a los auxiliares de Macro, pero sí evitaría que los carros pudieran seguir avanzando si no se despejaba antes el camino. El hecho de que el camino fuera peraltado hacía imposible que los carros rodearan la barricada. Si lo hacían volcarían en la pendiente. La elección era sencilla. Macro tendría que abandonar los carros y retirarse hacia Matala con las manos vacías o continuar el avance a pesar de los que defendían el obstáculo e intentar abrirse camino a la fuerza, en tanto que los de detrás atacaban la retaguardia de la columna. Si la columna quedaba atrapada, Macro y sus hombres se verían rodeados y caerían muertos uno a uno.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ático—. ¿Y bien, Macro?

—¡Mierda! —masculló Macro—. Seguimos adelante. Tomaremos la barricada, la quitaremos de en medio y nos abriremos paso a la fuerza. La comida tiene que llegar a Matala. ¡Adelante!

Ático respiró hondo y dio un suave tirón a las riendas. Su carro avanzó con una sacudida. Los demás lo siguieron tras una breve pausa y los auxiliares continuaron marchando pesadamente con los escudos bien pegados al costado.

Al aproximarse a la barricada Macro vio que los esclavos se preparaban a defenderla con denuesto. Las lanzas toscamente labradas y las horcas descendieron y se dispusieron a recibir a los romanos. Algunos esclavos recogían más piedras para lanzarlas contra los soldados y los caballos que se acercaban. Macro miró por encima del hombro y vio que el otro grupo de esclavos ya había apretado el paso para alcanzar al convoy. La lucha iba a ser enconada, reflexionó, y aumentaban las probabilidades de que no pudiera llevar los carros, la comida y a sus soldados de regreso a Matala. No obstante, no había forma de evitarlo, pensó con resignación. La única ruta hacia la seguridad pasaba a través de la barricada. Hundió un poco el cuello, empuñó firmemente la espada y marchó con paso resuelto hacia el enemigo.

De pronto, los esclavos situados a la izquierda de su línea dieron la espalda a los carros que se aproximaban y se pusieron a mirar camino abajo en dirección a Matala. Al cabo de un instante, algunos de ellos empezaron a retroceder y entonces hubo uno que soltó las armas y empezó a correr en diagonal por el campo alejándose de la carretera y dirigiéndose al olivar más próximo. El pánico se extendió por la línea y, antes de que los romanos llegaran siquiera a la barricada, el último de los esclavos había huido.

—¿Qué demonios pasa ahora? —Macro se volvió a mirar hacia la carretera y los carros se detuvieron.

En cuanto se acalló el retumbo de las ruedas y el crujido de las botas, Macro oyó un sonido

nuevo, el lejano estrépito de unos cascos de caballos que traqueteaban por la carretera. Por una curva del camino apareció el primero de los jinetes, los cuales llevaban túnicas rojas y cascos galos y estimulaban a sus monturas a seguir adelante. Iban armados con lanzas y unos escudos que colgaban a su espalda, salvo el jinete que iba a la cabeza de la columna. Él llevaba una armadura de escamas y un casco de centurión cuyo penacho se agitaba hacia atrás mientras conducía a sus hombres hacia el cruce.

—¡Son de los nuestros! —exclamó Macro con una sonrisa radiante—. ¡De los nuestros!

Por detrás de los carros, el segundo grupo de esclavos empezó a esfumarse. Excepto el cabecilla y sus compañeros. El hombre se quedó un momento mirando a los jinetes que se aproximaban y luego volvió la vista hacia los carros. Al ver a Macro alzó la espada parodiando el saludo de un gladiador y a continuación se dio media vuelta y siguió al resto de esclavos que corrían para ponerse a salvo entre los olivos.

Macro volvió a centrar su atención en los jinetes que se acercaban y que redujeron el paso al trote y se aproximaron a la barricada. El jefe detuvo su montura e hizo que rodeara el obstáculo para acercarse a los carros del otro lado.

—Centurión Macro —dijo una voz conocida—. ¿Qué demonios te traes entre manos?

—¡Cato! —Macro se echó a reír—. Gracias a los dioses. ¿Qué diablos haces aquí?

Capítulo XI

—Sempronio me envió a buscaros a Julia y a ti —le explicó Cato, mientras se deslizaba de lomos del caballo y crispaba el rostro cuando la pierna maltrecha le dio una sacudida. Avanzó con rigidez hacia su amigo y le estrechó la mano—. Nos necesita en Gortina.

Macro se fijó en la cojera y señaló la pierna de Cato con un movimiento de cabeza.

—¿Te encuentras bien, muchacho?

—Un cabrón me acuchilló en la pierna, pero sobreviviré. —Cato dirigió la mirada más allá de Macro hacia los carros y vio que algunos de los soldados y animales habían resultado heridos—. Vi a los esclavos al acercarnos. Parece que os han estado incordiando.

—Eso es quedarse corto —repuso Macro con una mueca—. Se nos estaban echando encima. Nunca hubiese creído que los esclavos lucharan con tanta dureza. De todos modos, Gortina está en la otra dirección. Tú vienes de Matala.

Cato asintió.

—Me dirigí primero allí. El centurión Portillo me contó adonde habíais ido. El senador y yo pasamos por aquí hace unos días y vimos que había problemas. Pensé que lo mejor sería comprobar que estabais bien.

—Bueno, ahora sí lo estamos. —Macro señaló al escuadrón de caballería que se había quedado al otro lado de la barricada—. ¿Quiénes son éstos?

—De la Cuarta cohorte báltava, destinados a las afueras de Gortina. Perdieron la mitad de sus monturas con el terremoto, así como a más de un centenar de sus hombres. Dados los peligros de la carretera, el senador se decidió por una escolta.

—¿Peligros? Entonces, por lo que veo, éste no es el único lugar donde los esclavos están causando problemas, ¿no?

—No —Cato bajó la voz—. Hay alzamientos por todo el lado sur de la isla. Principalmente en las grandes fincas, pero muchos de los esclavos han huido también de las ciudades. Es de suponer que se aprovecharán de la situación. Ha habido varios informes de que han asaltado granjas y aldeas. Incluso han atacado a un destacamento poco numeroso que Sempronio envió a un puesto de avanzada para salvaguardar las fincas situadas a lo largo de la carretera de Gortina —Cato señaló la columna que iba detrás de Macro—. Pero, ¿y esto? Debes de llevar casi un centenar de soldados contigo —desvió la mirada hacia los árboles donde los esclavos se habían refugiado. Unos cuantos ya habían vuelto a aparecer a lo largo del margen y observaban a los romanos con recelo—. Se están volviendo ambiciosos. Será mejor que conduzcas a tu columna hasta la carretera de Matala lo antes posible.

Mientras algunos de los báltavos formaban una barrera frente a los olivos, el resto desmontó y ayudó a los soldados de Macro a retirar la barricada del camino. Poco después la columna avanzaba pesadamente por la carretera en dirección a Matala, con los báltavos cabalgando a una corta distancia por ambos flancos para disuadir más ataques. Cato había ordenado a uno de sus soldados que tomara las riendas de su caballo en tanto que él marchaba junto a Macro.

—¿Cómo están las cosas en Gortina? —preguntó Macro.

—No muy bien. La ciudad no estaba tan dañada como Matala, pero casi todos los altos

funcionarios y oficiales superiores resultaron muertos o heridos cuando el salón de banquetes del gobernador se vino abajo.

—¿El gobernador sigue con vida?

Cato negó con la cabeza.

—Murió al cabo de unas horas de nuestra llegada. Quizás hubiera sido mejor que hubiera muerto en el acto.

—¿Y eso?

—El pobre desgraciado sufría, pero el verdadero problema es que había transferido su autoridad a uno de sus hombres, Glabio.

—Deja que lo adivine. Glabio está disfrutando de la oportunidad y no le entusiasma la idea de tener que ceder su puesto a Sempronio.

Cato sonrió fríamente.

—Exacto. Y puesto que se ha rodeado de amigos y de un pequeño ejército de guardaespaldas, se encuentra en una buena posición para imponer sus condiciones. De modo que el senador ha tenido que transigir. De momento comparte la autoridad con Glabio. Éste la tiene sobre Cortina y Sempronio se ha hecho cargo del resto de la provincia.

—Estupendo —comentó Macro con cara de pocos amigos—. Justo lo que nos hacía falta. Una maldita guerra territorial entre dos políticos mientras el mundo que los rodea se hunde.

—Cierto, pero no durará mucho tiempo —continuó diciendo Cato—. Sempronio ha enviado mensajes a todas las cohortes y guarniciones destacadas en la isla informándoles de la situación en Cortina y de que ha asumido el mando temporal de todas las fuerzas militares disponibles. En cuanto estén de nuestro lado, no creo que Glabio cause ningún problema. Entonces podremos ocuparnos de los esclavos y restablecer el orden.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. Si el resto de esclavos de esta isla se parecen, aunque sólo sea un poco, a esos de ahí detrás, entonces tendremos por delante una dura lucha, Cato. Créeme. Si consiguen armarse como es debido y organizarse, serán un hueso muy duro de roer.

—Sempronio tiene sus dudas al respecto —repuso Cato—. Él considera que no conseguirán gran cosa a menos que se hagan con una especie de cabecilla.

—Pero es que ya lo tienen. Yo lo vi. —Macro evocó una imagen del hombre al que había visto dando órdenes a los esclavos—. Parecía un tipo duro. Posiblemente un gladiador. Y hay algo más.

—¿Ah sí?

—Tuve la impresión de que me reconocía.

—¿En serio? —Cato arqueó las cejas.

—Sí. Me miró. Tan seguro como que estoy aquí, me reconoció.

Cato guardó silencio un momento.

—¿Lo conoces?

—Me parece que no —Macro frunció el ceño—. No lo sé. Tal vez hayamos coincidido alguna vez, pero no consigo ubicarlo. No fue en las legiones, eso seguro. Era joven. Diría que no mayor que tú. A juzgar por las cicatrices que tenía en el rostro, ha estado metido en más de una refriega.

—Entonces puede que sea un luchador profesional, quizás un gladiador. No habrá muchos en la

isla, de modo que deberíamos poder averiguar quién es enseguida, en cuanto regresemos a Gortina y hagamos correr la voz. De todos modos, si es un gladiador y dirige a esa banda de esclavos que os atacó, entonces, tienes razón: tenemos un problema.

—¿Un problema? —Macro se rió secamente—. Nos encontramos en una provincia devastada por un terremoto y la ola más grande que he visto en mi puta vida. El gobernador y casi todos sus lacayos están muertos. La gente va a pasar mucha hambre a menos que alguien organice un suministro de comida adecuado. Sólo quedan con vida unos cuantos soldados decentes en la isla, y ahora tenemos además a un Espartaco en ciernes que anda suelto..., y tú sugieres que tenemos un problema. Bueno, estoy francamente encantado de que las legiones sigan reclutando a los mejores y más inteligentes. No puedo decir nada más.

Cato se encogió de hombros.

—Podría ser peor.

—¿Ah sí? ¿Y cómo, exactamente?

—Podríamos estar otra vez en Britania.

Macro guardó silencio un momento, luego frunció los labios y admitió:

—Siempre está eso...

—La cuestión es: ¿qué espera conseguir nuestro amigo gladiador con esta rebelión? —caviló Cato—. De momento está libre, igual que los que le siguen. El primer impulso habrá sido correr a las montañas para evitar la captura y el castigo. Sabían que sólo sería cuestión de tiempo que enviaran a un ejército a buscarlos. Pero el terremoto lo ha cambiado todo. Ahora hay mucho más en juego.

—¿A qué te refieres?

—Tú mismo lo dijiste, Macro. Sólo tenemos a un puñado de hombres para atacarlos. Tenemos que proteger lo que queda de las ciudades y ya estamos bastante ocupados manteniendo el orden e intentando alimentar a los supervivientes. No estamos en condiciones de enfrentarnos a una rebelión de esclavos, por pequeña que sea ahora mismo.

Si ese gladiador puede convencer a más fugitivos para que se unan a él, por no mencionar a todos los demás esclavos que se han quedado, ¿quién sabe lo ambicioso que puede volverse ese hombre?

Macro dirigió esa hipótesis, hinchó los carrillos y soltó aire.

—¿Estás sugiriendo que podría intentar hacerse con toda la isla?

—¿Quién sabe? Podría ser. Pero también podría probar a hacer un trato con Sempronio a cambio de su libertad y de la de sus seguidores.

—¡Eso no lo conseguirá! —exclamó Macro con desdén—. ¡Si Roma empieza a liberar a esclavos rebeldes en Creta, vete a saber cómo podrían terminar las cosas! Sempronio nunca accedería a ello.

—En efecto. Y cuando no lo haga, nuestro gladiador va a enfrentarse a unas cuantas decisiones difíciles. Si se rinde, los cabecillas serán crucificados. Eso sólo supondrá el principio de las represalias. Así pues, tendrá que encontrar un modo de escapar de Creta o de atacarnos. Ése es el verdadero peligro. A menos que obtengamos refuerzos, él se impondrá. Si nos elimina...

—¡Tonterías! Eso no va a suceder —Macro se rió—. En cuanto Roma se entere de lo ocurrido aquí, nos enviarán a un ejército para aplastar la rebelión a paso ligero.

—Sin duda. Pero tal vez para entonces el daño ya esté hecho. Por todo el Imperio correrá la voz

de que los esclavos de Creta se alzaron y arrebataron el poder a sus amos. Es un ejemplo que podría inspirar a otros esclavos de todas las provincias gobernadas por Roma. Ahí está el problema. Sempronio no puede permitirse el lujo de dejar que esto se le escape de las manos. Y nosotros tampoco, a decir verdad. Si las cosas se tuercen, puedes estar seguro de que el emperador empezará a buscar quien asuma la responsabilidad. ¿De verdad crees que se detendrá ante la figura política de más rango de Creta? Sempronio sería el primero en caer, y me figuro que nosotros no tardaríamos en seguirle.

—Mierda... Tienes razón —masculló Macro, y dirigió la mirada a una loma distante donde una pequeña banda de esclavos continuaban siguiendo de cerca a la columna—. ¿Por qué tenemos que ser siempre nosotros los que acabemos jodidos? Siempre somos nosotros...

Cato miró a su amigo y sonrió.

—Una vez te hice esta misma pregunta.

—¿En serio? ¿Y qué respondí?

—Me dirigiste una de esas miradas tuyas a duras penas tolerante y dijiste —Cato se aclaró la garganta e hizo una imitación pasable del tono de voz que Macro adoptaba con los más burros de sus reclutas—: «¿Por qué nosotros? Porque estamos aquí, muchacho. Por eso».

Macro miró fijamente a Cato.

—¿Yo dije eso?

—Así es. Entonces pensé que era un aforismo bastante bueno. Muy estoico.

—Un montón de mierda, más bien. Si vuelvo a decirte algo parecido, tienes permiso para patearme el culo.

—Si insistes...

* * *

La columna se fue acercando a Matala sin que se produjeran más ataques. En la creciente oscuridad, los esclavos que los habían estado observando se dieron media vuelta y desaparecieron en las sombras que se extendían por el paisaje. Macro sólo tenía que tomar una precaución más antes de regresar a la ciudad. Ordenó un breve alto para volver a encadenar a Ático al pescante. Uno de los auxiliares tomó las riendas. Ático fulminó a Macro con la mirada, alzó el pie y sacudió las pesadas cadenas de hierro de un lado a otro.

—¿Qué motivo tienes para hacer esto, centurión? No me lo merezco. ¡Después de todo lo que he hecho hoy!

—Has resultado útil —aceptó Macro—, pero eres un alborotador redomado y ahora mismo no puedo permitir que armes revuelo entre la población de Matala.

—He arriesgado mi vida para conseguir la comida que hay en estos carros.

—Lo siento. Ya sabes lo que pasa con la cabra y el monte. No creo que pueda fiarme de ti. Todavía no.

—¿Y cuándo entonces?

—Cuando yo lo decida, no antes.

—Supongo que dirás que el hecho de tenerme encadenado es por el bien de mi gente, ¿no?

—¿Tu gente? —Macro se rió—. ¿Cuándo se han convertido en tu gente? Tú eres tu propio portavoz, no el suyo. Y ahora, sé un buen prisionero, ¿quieres? Sentiría mucho tener que convencerte para que te comportes —levantó un puño cerrado—. No sé si me explico.

—Tus amenazas de violencia a la más mínima son convincentemente elocuentes —repuso Ático con frialdad—. De momento me tienes, Macro, pero cuando me suelten me lo voy a cobrar todo con intereses.

—Claro que sí. Lo estaré deseando. —Macro propinó una palmada en la grupa del caballo más próximo del tiro del primer carro y el animal avanzó con un sobresalto. El auxiliar hizo restallar el látigo y el resto del tiro se puso al paso. Cuando el carro se puso en marcha con una sacudida, Ático se cayó de espaldas sobre los sacos de grano apilados detrás del pescante, lo cual hizo reír a Macro.

—Has sido un poco duro con él, ¿no te parece? —preguntó Cato.

—Es posible —Macro se encogió de hombros—. Pero no voy a correr ningún riesgo, al menos hasta que tengamos la situación controlada.

—¡Quién sabe cuánto tiempo nos llevará eso!

La columna avanzó lentamente por la última curva del camino y allí, frente a ellos, aparecieron las ruinas de Matala y el campamento de refugiados. Cuando la gente vio los carros cargados con los heridos sentados en lo alto empezaron a llamar a sus amigos y familiares y se apresuraron por entre las tiendas y refugios en dirección a la carretera. Al ver la marea de humanidad que recorría la ladera, Cato se volvió hacia la fina barrera de soldados y caballería.

—¡Decurión! —dijo al comandante del escuadrón—. Que tus hombres rodeen los carros. Mantened alejada a esa gente.

—¡Sí, señor!

El decurión saludó y se dio media vuelta para transmitir la orden a sus soldados. Los jinetes condujeron suavemente sus monturas hacia el borde de la carretera para proteger los carros de la multitud que se aproximaba. Cato miró al frente. Aún faltaba casi un kilómetro para llegar a la rampa que subía a la acrópolis. Las primeras personas empezaron a acercarse por el camino, a unos cincuenta pasos por delante de la columna. Macro subió junto al conductor del primer carro e hizo bocina con la mano:

—¡Dejad paso ahí delante!

Tras vacilar un momento, la gente de la ciudad se apartó arrastrando los pies y se quedó mirando los carros cargados con ojos hambrientos. Fueron llegando más y más personas que se sumaron a las demás e, inevitablemente, la presión desde atrás obligó a los de delante a volver a avanzar hacia el camino. El conductor del primer carro, por instinto, dejó que sus caballos aminoraran el paso por temor a arrollar a los civiles más próximos.

—¡Despejad el paso! —gritó nuevamente Macro—. ¡Apartaos, maldita sea!

En tanto que los que se encontraban más cerca se esforzaban por hacer lo que se les ordenaba, desde atrás se alzaron unos gritos enojados por parte de aquellos que temían quedarse sin comida si acaso la distribuían. Macro se dirigió al decurión.

—Toma a ocho de tus hombres y despeja la calzada.

—¡Sí, señor! Vosotros, seguidme. —El decurión clavó los talones suavemente e hizo avanzar su montura seguido por sus soldados, que se desplegaron a ambos lados de su jefe. Cuando los jinetes se acercaron a la gente, Cato vio las expresiones de miedo entre la multitud que retrocedía apiñada. El miedo se propagó como un incendio por la apiñada concentración de personas, que se apartaron de los caballos cuando el decurión condujo a sus hombres camino abajo. Macro se volvió hacia el carretero y le dijo entre dientes:

—No te separes de ellos.

Con un chasquido del látigo, el carro dio una sacudida y volvió a avanzar ruidosamente por las gastadas losas que llevaban hacia el lugar donde antes se encontraban las puertas de la ciudad. Cato, los auxiliares y los voluntarios apretaron el paso para no rezagarse y a su lado vio los rostros hostiles de la multitud al paso de la columna.

—¡Malditos romanos! —gritó con el puño en alto un hombre que llevaba una túnica raída—. ¡Van a quedárselo todo para ellos!

Otros se hicieron eco de la furia de ese hombre y empezaron a oírse gritos y abucheos por todas partes. Una madre alzó a su bebé para que los jinetes lo vieran al pasar y gritó con voz chillona que su hijo no tardaría en morir a menos que pudiera alimentarlo como era debido. Cato estuvo tentado de tranquilizarlos un poco y prometer que recibirían una parte justa de las raciones, pero se dio cuenta de que sería un gesto inútil. Su voz quedaría ahogada por el alboroto que rodeaba a la columna y sólo conseguiría aparentar debilidad.

Como estaba distraído con los aullidos de la multitud, no se dio cuenta de que Ático se iba acercando poco a poco a los sacos apilados del primer carro. Cuando la cadena ya no dio más de sí, Ático se detuvo y continuó adelante boca abajo hasta que alcanzó el final del carro. Cato apartó la mirada del gentío y se sobresaltó al ver a Ático tendido cuan largo era.

—¿Qué está haciendo? —preguntó uno de los auxiliares que marchaba junto a Cato.

Ático afirmó bien los pies y empujó con los brazos los sacos de grano del final.

—¡Detenedlo! —gritó Cato, y echó a correr hacia el carro.

Pero ya era demasiado tarde. El primer saco de lo alto de la pila cayó al suelo desde la trasera del carro. Aterrizó con un leve golpe sordo y reventó. El grano salió disparado por el camino con un rápido y suave silbido. Ya estaba cayendo un segundo saco cuando Cato alcanzó el carro y subió a él. Vio que Ático intentaba desesperadamente tirar más grano al camino y le pisó el brazo con fuerza. Ático soltó un alarido cuando los clavos se le hincaron en la carne y echó el otro brazo hacia atrás para intentar quitarse de encima la bota de Gato. El centurión se inclinó y tiró del tercer saco para que no se cayera. Antes de que pudiera pensar en hacer nada más, se oyó un grito ansioso de la multitud y un hombre se lanzó entre los caballos, cayó de rodillas y empezó a meter puñados de grano en un pliegue de su túnica. Los demás siguieron su ejemplo de inmediato y los auxiliares fueron apartados a empellones cuando la gente empezó a empujar frenéticamente para coger el grano derramado.

Cato se agachó, le lanzó una mirada iracunda a Ático y con la mano le ciñó la garganta con fuerza.

—Si intentas algo más, juro que te cortaré el cuello en el acto. ¿Entendido?

Ático asintió con la cabeza jadeando. Cato apretó un poco más la mano durante un momento para poner énfasis a su amenaza antes de soltarla y volverse hacia la caótica escena que tenía lugar detrás del carro. El vehículo seguía avanzando por el hueco que le abrían el decurión y sus soldados. No obstante, la desesperada acometida de la multitud hacia el grano había dividido la columna en dos, obligando a detenerse a los otros dos carros y a su escolta.

Cato se volvió hacia Macro y le gritó:

—¡Sigue adelante! ¡Yo me encargo del resto!

Macro asintió, Cato bajó de un salto, desenvainó la espada y afirmó los pies para que los empujones de la gente no le hicieran perder el equilibrio. Se abrió paso a la fuerza hacia la mitad posterior de la columna, que se había quedado inmóvil frente al hormiguero de civiles que escarbaban para recoger el grano.

—¡Auxiliares! ¡Conmigo! ¡Formad en cuña!

Cato ocupó su posición en medio de la carretera y los soldados de la Duodécima se situaron detrás de él formando una V. Cuando vio que los soldados estaban preparados, Cato tomó aire y gritó tan fuerte como pudo:

—¡Escudos al frente, presentad lanzas!

Se oyó el traqueteo de las astas de las lanzas al rozar el brocal de los escudos y una punta de flecha de afiladas púas de hierro apuntó a la multitud.

—¡Adelante! —bramó Cato, y marcó el ritmo—. ¡Uno..., dos..., uno..., dos!

La cuña avanzó pisando fuerte y a un ritmo constante y los rostros de la multitud empezaron a dirigir la mirada hacia la formación que se acercaba. Algunas personas agarraron un último puñado de grano, se dieron media vuelta y se abrieron paso a la fuerza para ponerse a salvo.

—¡Nos matarán! —gritó una voz aguda, y entonces se oyeron los chillidos de pánico de los civiles que se apresuraban a apartarse del camino de los soldados que se aproximaban.

—¡Que los carros sigan avanzando! —gritó Cato por encima del hombro—. ¡No os detengáis por nada hasta que lleguemos a la acrópolis!

Con un retumbo, las ruedas tomaron vida por detrás < le Cato, que continuó con el avance en tanto que las bolas de los auxiliares rechinaban al pisar el grano esparcido. Frente a ellos, un anciano había resbalado, había caído al suelo y estaba intentando levantarse como podía. Uno de los soldados echó el escudo hacia delante con fuerza e hizo caer al hombre de lado. Este se golpeó la rodilla contra el suelo y se quedó hecho un ovillo, agarrándose la articulación mientras gemía de dolor. El auxiliar hizo descender la punta de su lanza y Cato apuntó al soldado con su espada.

—¡No! Pasa por encima y déjalo en paz.

Dejaron al anciano en el suelo y la formación pasó por encima de él, pero entonces el hombre alzó la mirada aterrorizado al notar que el suelo temblaba bajo las pesadas ruedas de los carros. Los caballos salvaron con agilidad la figura allí postrada, pero las ruedas eran insensibles a su difícil situación, y al oír un débil grito de pavor Cato se volvió a mirar y vio que el hombre se encogía y se apartaba en el último momento. Cato siguió avanzando por la carretera y los civiles se apresuraron a ponerse a salvo de las letales puntas de las lanzas.

Poco antes de que la columna llegara a los restos de la puerta, una piedra salió volando de entre el gentío y rebotó ruidosamente en el escudo de uno de los soldados de caballería. Al cabo de un momento empezaron a llover más piedras, mezcladas con barro y excrementos, sobre los soldados que rodeaban los carros.

—¡No les hagáis caso! —gritó Cato—. ¡Seguid adelante!

La retaguardia de la columna entró en la ciudad y continuó por la vía principal que las cuadrillas de trabajo organizadas por Macro ya habían despejado de escombros. Parle de la multitud los siguió durante una corta distancia sin dejar de arrojar sus proyectiles, hasta que se rindieron y retrocedieron, no sin lanzar unos últimos insultos antes de regresar a sus refugios. Macro los estaba esperando en la rampa que subía a la acrópolis. Cuando Cato se acercó sacudiéndose la mugre del hombro, Macro sonrió con aire atribulado.

—Lo que yo decía, siempre con la mierda hasta el cuello.

—No fue agradable, pero al menos hemos hecho llegar los carros —dijo Cato—. Hay víveres suficientes para unos cuantos días más.

—Y luego tendremos que salir y repetirlo todo otra vez. —Macro se dio la vuelta hacia el primero de los carros y le clavó el dedo a Ático—. Buen trabajo, amigo. Casi consigues que maten a algunos de los tuyos. Estarás contento.

Ático meneó la cabeza en señal de negación.

—No fue culpa mía.

—Sí, sí que lo fue. Si no hubieras hecho tu estrambótica jugarreta ahí atrás, no hubiera habido ningún problema —Macro señaló a dos de sus soldados—. Llevadlo de nuevo a la prisión. Se queda sin raciones durante los próximos dos días.

—¿Cómo dices?

—Es el precio que tienes que pagar por el grano que se desperdició por tu culpa.

Mientras desencadenaban a Ático del carro y se lo llevaban, Cato contempló el campamento de refugiados y meneó la cabeza con aire cansado.

—Ya es bastante malo tener que lidiar con los rebeldes como para que encima hagamos enemigos entre los civiles.

—Nuestro trabajo aquí es ingrato, Cato, hijo —reconoció Macro, e hizo señas con la mano para que el resto de la columna subiera la pendiente hacia las puertas de la acrópolis—. Aun así, tenemos que hacer lo que podamos para salvar a esta gente.

—Sí —dijo Cato, y guardó silencio un momento tras el cual prosiguió en voz baja—: Odio decirlo, pero a menos que obtengamos ayuda de fuera, y que la obtengamos pronto, la provincia va a sumirse en un caos absoluto. Será un baño de sangre y es muy poco lo que podemos hacer para evitarlo.

Capítulo XII

—¿Crees que Portillo reúne las condiciones necesarias para la tarea? —preguntó Cato la mañana siguiente, cuando salían de Matala a caballo. Detrás de los dos centuriones iba la escolta de caballería. Julia iba sentada al lado del conductor de una pequeña carreta situada en mitad de la columna de hombres montados.

—Ya sabe lo que tiene que hacer —contestó Macro—. Anoche le di sus órdenes. Dar de comer a la gente. Mantener a raya a los rebeldes. Es muy sencillo. Hasta Portillo puede ocuparse de ello. Si surge cualquier otra cosa, enviará un mensaje a Cortina pidiendo instrucciones. Y al menos no tendrá que lidiar con Ático. —Macro hizo un gesto con la cabeza en dirección a la retaguardia de la columna, donde el alborotador griego cabalgaba entre dos soldados fornidos.

—¿Qué piensas hacer con él?

—Es fuerte y valiente, y siempre y cuando mantenga la boca cerrada, creo que podemos incorporarlo a una de las cohortes de Gortina.

—¿Y si no está de acuerdo?

—En tal caso, le daré a elegir. Puede llevar el uniforme o puede llevar cadenas.

—Me parece justo —asintió Cato, y sus pensamientos volvieron a Matala. La situación en la ciudad era bastante buena. Aunque resultaba imposible defender el campamento de refugiados, Portillo disponía de hombres armados suficientes para defender la acrópolis, y allí había espacio para que los ciudadanos se refugiaran de cualquier peligro. Cato torció el gesto al tener que admitir la posibilidad de que los esclavos rebeldes pudieran considerar un ataque a la ciudad. No obstante, había que prever cualquier eventualidad. Incluso aquella—. Estoy seguro de que se las arreglará bien.

Mientras la columna avanzaba con cautela por la carretera de Gortina, el sol fue ascendiendo en un cielo azul y despejado. De vez en cuando los jinetes divisaban algún movimiento a lo lejos y veían que unas figuras harapientas los observaban al pasar. No había señal de ninguna banda de rebeldes, y cuando Cato tuvo la seguridad de que no existía ningún peligro inmediato frenó su montura, aguardó a que la carreta de Julia llegara hasta él y puso el caballo al paso para ir a su lado.

—Me preguntaba cuándo me honrarías con tu presencia —le dijo Julia con una sonrisa. Bajó la voz pero siguió hablando con el mismo tono alegre—. Dado el..., digamos, encuentro de anoche temí que hubieras resultado ser un seductor como tu amigo Macro.

Al volverse, Cato se encontró con la mirada sensual de la joven y no pudo evitar una sonrisa al pensar en la noche anterior. Se habían sentado en una terraza ajardinada abandonada que debió de haber sido el orgullo y la alegría de uno de los antiguos comandantes de la guarnición que añoraba su villa en Hispania. Por debajo de ellos, las ruinas de la ciudad eran oscuras e informes cuando antes habrían estado iluminadas por antorchas y por el tenue centelleo de las lámparas, acompañadas por los sonidos de los juerguistas en las posadas de las calles de los alrededores del foro.

En aquellos momentos había silencio, e incluso el campamento de refugiados estaba tranquilo y en calma, hasta que, lentamente, un pequeño grupo de figuras en torno a una de las hogueras del campamento se puso a cantar y su alegre melodía llegó débilmente hasta las ruinas. Julia se había

apoyado en el hombro de Cato, que echó la capa por encima de ambos.

—Resulta extraño oírles cantar —comentó ella en voz baja—. Después de todo lo que han perdido...

—Supongo que sí, pero quizás el canto sea una de las pocas cosas que la ola y el terremoto no pudo arrebatarnos. —Gato volvió la cabeza y la besó delicadamente en la frente, al tiempo que cerraba los ojos e inhalaba poco a poco el aroma de su cabello. Notó que la joven temblaba—. ¿Qué ocurre?

—Nada.

—¿Nada? Venga, que ya nos conocemos.

Julia se dio la vuelta hacia él y levantó la mirada hacia su rostro, débilmente iluminado por las estrellas. Le rodeó la mejilla con la mano.

—Cato, amor mío, estuve a punto de perderte la noche de la ola. Cuando el agua se nos vino encima pensé que íbamos a morir todos. En medio de la fría oscuridad del mar sucumbí al terror. En los últimos momentos, lo único que me consoló un poco fue que al menos estaríamos juntos en la otra vida que sea que haya —tragó saliva y continuó hablando—. Entonces, cuando el barco volvió a salir del mar, vi que no estabas. Yo aún vivía pero me habían dejado sin ti —desvió la mirada rápidamente y se enjugó un ojo—. En aquel momento sentí lo mismo que si me hubieran arrancado el corazón. Recuerdo que pensé que quería morir... Arrojar me al océano para poder estar contigo... Por un momento era lo único que quería hacer.

—Pues me alegro de que no lo hicieras.

—No tiene gracia, Cato. Hablo en serio. No tenía ni idea de lo mucho que significabas para mí hasta ese momento en que pensé que estabas muerto.

—Pero no me he muerto —le besó la palma de la mano—, gracias a los dioses. Aún estamos muy vivos los dos, amor mío, y tenemos todos los motivos para vivir.

—Lo sé —asintió Julia—. Quizás el hecho de saberlo significa que algo bueno ha salido de todo esto.

Miraron el campo de refugiados de la ladera frente a la acrópolis. Algunas personas más se habían congregado en torno al fuego donde se habían iniciado los cantos para añadir sus voces. Ahora la melodía se oía con más claridad y Cato y Julia se quedaron escuchándola un rato. El no pudo evitar sentirse emocionado por la yuxtaposición de la carga de tanta tragedia y el alegre desenfado de la canción que penetraba en las sombras de la noche, las cuales se cernían pesadamente sobre el paisaje accidentado. Estrechó a Julia y en voz baja le dijo al oído:

—Quiero hacer el amor.

—¿Ahora? —susurró ella—. ¿Aquí?

—Sí.

La joven se lo quedó mirando un momento, tras el cual lo besó en los labios al tiempo que deslizaba la mano con delicadeza por detrás de la cabeza de Cato y lo atraía hacia sí, tendiéndose sobre la hierba fresca de la terraza ajardinada. Cato sintió un calor repentino en la entrepierna y su miembro viril empezó a endurecerse. Se besaron un poco más, deleitándose con el tacto, el aroma y el calor del otro. Entonces Julia abrió las piernas a ambos lados de Cato y le dijo:

—Ahora, Cato, amor mío. Ahora. Te quiero dentro de mí. Pero ten cuidado con la pierna herida...

* * *

Cato sintió un renovado cosquilleo de pasión al recordarlo todo de nuevo. Sonrió a Julia, que avanzaba lentamente a su lado en la carreta.

—Sé lo que estás pensando —afirmó ella, riéndose.

—¿Tan evidente es?

—Confía en mí. Eres un hombre. Por supuesto que es evidente.

Se echaron a reír los dos. Los soldados de la escolta montada más próximos se volvieron a mirarlos con expresiones de curiosidad y luego centraron nuevamente su atención en el paisaje circundante, atentos al menor indicio de peligro.

* * *

Se aproximaron a Gortina al atardecer, sin ningún percance, y la ciudad apareció ante ellos cuando la carretera rodeó la curva de una colina. Después de su experiencia en Matala, Macro se sorprendió al ver que la capital de la provincia parecía haber sufrido mucho menos daño que el puerto. A un lado del camino que llevaba a la puerta principal se había levantado un campamento de marcha. Una sección de tropas auxiliares vigilaba la entrada. Macro los señaló.

—¿Quiénes son éstos?

Cato detuvo su montura al llegar junto a Macro.

—Destacamentos de la Quinta Gala y la Décima Macedonia, de las guarniciones de Cnosos y Axos. Los informes provenientes del norte de la isla decían que allí los daños no han sido, ni con mucho, como los de aquí, de manera que Sempronio hizo llegar la orden de que se enviaran refuerzos a Gortina. Durante los próximos días deberían llegar más soldados de otras ciudades.

—Vaya, eso está muy bien —asintió Macro—. Siempre y cuando no estén en tan baja forma como los chicos de la Duodécima Hispania. Vamos a necesitar a buenos soldados para poner en orden las cosas. ¡Lo que daría ahora mismo por tener unas cuantas cohortes de la Segunda Legión!

—No todas las unidades auxiliares son como la Duodécima —replicó Cato—. Los soldados que comandamos en Bushir y Palmira eran excelentes soldados. Tú mismo lo dijiste. Tan buenos como legionarios.

—Cierto —admitió Macro—. Pero eso sólo fue porque los hicimos trabajar duro, Cato. Los sometimos a una dura instrucción y los entrenábamos con regularidad. Los preparamos para la guerra. El problema con las unidades de guarnición es que la mayoría de sus oficiales permiten que se ablanden. Con el tiempo acaban siendo poco mejores que los haraganes de la guardia de la ciudad. Apostaría un buen dinero a que gran parte de las cohortes auxiliares de Creta están cortadas por el mismo patrón.

—Tal vez. Pero no podemos saberlo con seguridad.

Macro lo miró.

—¿En serio? ¿Quieres apostar a que entre todos esos no habrá ni un solo soldado en condiciones de ocupar su lugar en la Segunda Legión?

Cato consideró la apuesta un momento y negó con la cabeza.

—Se me ocurren formas mejores de malgastar mi dinero.

Dejaron la escolta a las puertas de la ciudad, y el decurión, que tenía órdenes de reclutar a Ático en una de las cohortes de infantería, condujo a sus soldados hacia su campamento situado al otro lado de Cortina. Macro y Cato desmontaron y guiaron a sus caballos por la calle principal, en tanto que la carreta donde iba Julia los seguía. Dentro de las murallas, las partes de la ciudad que habían quedado en ruinas estaban llenas de tiendas provisionales y toscos refugios. Pasaron junto a varias cuadrillas de esclavos que trabajaban retirando escombros y reparando templos e instalaciones comerciales. Cato se fijó en que los esclavos estaban bien encadenados los unos a los otros y vigilados de cerca por capataces armados con pesados garrotes. Las viviendas más pobres de Cortina se habían dejado en manos de sus propietarios, que rebuscaban entre ellas para seguir recogiendo objetos de valor y algún comestible que no se hubiera estropeado con el calor de los días siguientes al terremoto. A las puertas de las casas más grandes y de los almacenes que rodeaban el foro había apostados hombres armados.

—Parece ser que Glabio cuida de lo que es suyo —comentó Macro en voz baja.

—Por ahora —repuso Cato—. Pero no creo que Sempronio vaya a soportarlo mucho más tiempo.

—¿Por qué no? A los ricos siempre se les ha dado bien cuidar los unos de los otros.

—¿Por qué no? —interrumpió Julia—. Porque mi padre no es idiota, centurión Macro. Sabe que si se abre una brecha entre los habitantes del lugar, sólo puede dañar los esfuerzos para reconstruir la provincia y ayudar a la causa de los esclavos rebeldes. Por eso.

Macro se rascó la barba incipiente del mentón.

—Si tú lo dices...

—Confía en mí —continuó Julia—. Hará lo apropiado. Siempre lo ha hecho.

Cato lo creía. El senador poseía una fuerte veta moral y un sentido del deber hacia Roma que invalidaban cualquier interés personal. Era por tal motivo que nunca lo habían ascendido a un rango superior al de cuestor. Si hubiera estado dispuesto a realizar y recibir sobornos, haría años que lo hubieran nombrado gobernador de provincia.

Siguieron atravesando el foro y pasaron por unos cuantos puestos que habían levantado algunos comerciantes desesperados por ganar dinero en efectivo para poder comprar comida a sus familias. Aunque ya estaba muy avanzado el día y ya pasaba de sobra de la hora de cierre habitual hasta la jornada siguiente, los mercaderes seguían aguardando pacientemente clientela, aunque la zona estaba prácticamente desierta. A una corta distancia del foro se hallaba la entrada al palacio del gobernador. A los dos oficiales romanos y a la carreta les hicieron señas para que cuitaran, y cuando pasaron al patio Cato se fijó en que el lugar estaba vigilado por auxiliares. No había ni rastro de los guardias de la ciudad y de los guardaespaldas privados que se habían mantenido leales a Glabio.

Macro llamó a uno de los esclavos de la casa del gobernador.

—¡Eh, tú! ¿Dónde está Sempronio?

—Está allí, amo —el esclavo agachó la cabeza mientras señalaba al patio del establo.

—Toma los caballos —le ordenó Macro, y le entregó las riendas.

Cato ayudó a Julia a bajar de la carreta y se dirigieron los tres a la entrada de los establos. Allí ya no había una multitud inquieta exigiendo tratamiento y una calma sensación de orden reinaba en los edificios y cobertizos a ambos lados del patio. Las habitaciones de la derecha seguían sirviendo como hospital improvisado y Sempronio había requisado las de la izquierda para instalar su cuartel general. Acompañaron a Macro, Cato y Julia a un cuarto de los arreos, donde el senador alzó la mirada de la mesa que habían colocado junto a la pared del fondo. El hombre tenía frente a sí un montón de informes en tablillas enceradas y bajó el estilo metálico que empuñaba al tiempo que una amplia sonrisa arrugaba sus cansadas facciones. Julia se soltó de la mano de Cato y cruzó la habitación corriendo para abrazar a su padre.

—¡Tranquila, querida! —exclamó él riendo, y la besó con ternura en la mejilla.

Macro y Cato se quedaron junto a la puerta en incómodo silencio hasta que Sempronio les hizo señas para que se acercaran. Julia se irguió y fue a sentarse en el banco del administrativo a un lado de la mesa.

—Me alegra mucho veros de nuevo, caballeros —dijo Sempronio—. Tomad asiento. ¿Cómo andan las cosas por Matala, Macro?

—No del todo mal, señor. Se está racionando la comida y aún quedan víveres para unos cuantos días. La gente no está contenta, pero de momento los estamos manteniendo a raya —dirigió una breve mirada a Cato—. La principal dificultad es la rebelión de los esclavos.

—¿Rebelión? —Sempronio frunció el ceño—. Dudo que se pueda llamar rebelión a unas cuantas escaramuzas sin importancia.

—La cosa ha ido más allá de unas cuantas escaramuzas.

Macro relató brevemente el ataque contra su columna y el hecho de que a los esclavos los dirigía el hombre del capacete de cuero.

—¿Un gladiador, dices? —preguntó Sempronio cuando Macro hubo finalizado su informe.

—Es lo que yo creo, señor. Si tengo razón, no debería resultar difícil identificarlo. Proporcionaré los detalles que recuerde de ese hombre a tus administrativos y veremos si alguien lo reconoce a partir de la descripción.

—Podría ser que alguien lo reconociera, pero ¿de qué nos serviría eso?

Macro se quedó sorprendido.

—Bueno, señor, nunca viene mal conocer a tu enemigo.

—Pero has dicho que él ya parecía conocerte.

—Es lo que me pareció. Pero no puedo decir que lo recuerde. Todavía no. Si puedo enterarme de algo sobre él, entonces tal vez pueda ubicarlo y hacerme una idea de la amenaza que supone.

Sempronio lo consideró brevemente y luego asintió.

—De acuerdo. Me encargaré de que se haga circular su descripción. Aunque no veo la manera de que un gladiador vaya a alterar mis planes de restablecer el orden en Creta. No supone una amenaza mayor que cualquier otro esclavo entre esa chusma que se esconde en las montañas.

Julia se inclinó hacia delante.

—Padre, ésta no sería la primera vez que Roma subestima el peligro que supone un gladiador fugitivo. El centurión Macro tiene motivos para estar preocupado.

Sempronio torció el gesto y a continuación meneó la cabeza y dejó escapar una leve risa al entender a qué se refería su hija.

—Esto es Creta, querida, no Campania. Las escuelas de gladiadores son un poco más escasas aquí que en los alrededores de Capua. No hay peligro de otro Espartaco. Además, dudo que haya algún esclavo en todo el Imperio que no sea consciente de la horrible suerte que corrieron los seguidores de Espartaco. Podrían huir y esconderse, pero a cualquier esclavo fugitivo le aterrorizaría el hecho de verse implicado en un levantamiento general. Antes preferirían ser capturados, devueltos a sus amos y castigados.

Macro tomó aire al recordar el fanatismo con el que los esclavos habían atacado su columna.

—Francamente, señor, espero que tenga razón.

—Estoy seguro de ello —Sempronio ablandó su expresión—. Además, hay problemas ligeramente más urgentes que afrontar antes de preocuparnos demasiado por ese gladiador del que hablas.

—¿En serio? —Macro arqueó las cejas.

—Sí, en serio —repuso Sempronio con irritación—. Aún tenemos que lidiar con ese idiota de Marco Glabio. He logrado convencerle para que me entregue el palacio del gobernador, pero él ha ocupado la acrópolis y se mantiene rodeado de guardaespaldas. También se ha hecho cargo de las reservas de comida y las ha trasladado a los almacenes de la acrópolis. Y mientras controle la comida controlará Gortina y, hasta cierto punto, las tropas que están a mis órdenes, puesto que se me obliga a recurrir a él para conseguir las raciones de los soldados. Claro que podría estar dispuesto a pasar por alto estos temas si Glabio alimentara a la población y los ayudara a recuperarse del terremoto, pero no lo está haciendo. Ha estado protegiendo las propiedades de sus amigos y permitiéndoles abiertamente aprovecharse de la escasez de comida para hacer acopio de provisiones en tanto que él utiliza las arcas provinciales para comprar grano y carne a unos precios sumamente inflados para distribuirlos entre los pobres. Parte del grano está estropeado y la carne está podrida. La situación es intolerable —concluyó Sempronio.

—Entonces, ¿por qué la tolera, señor? —preguntó Cato.

—¿Que por qué? —Sempronio se levantó de la mesa y se dirigió a la puerta que daba al patio—. Venid conmigo y os enseñaré por qué.

Los llevó hasta el centro del patio de los establos y allí se dio la vuelta y señaló la acrópolis, construida en una colina cercana que dominaba el centro de la ciudad. Un camino estrecho ascendía serpenteando por la empinada cuesta hasta la puerta, protegida por unas torres robustas a cada lado.

—Como podéis ver, Glabio ha elegido un lugar seguro para esperar a que pase la crisis. Haría falta un ejército para capturar la acrópolis y cuenta con las provisiones necesarias para soportar un asedio, en tanto que yo no tengo nada para organizar uno. Además, sería una locura hacer uso de la fuerza para hacer entrar en vereda a Glabio, teniendo en cuenta los problemas a los que ya nos enfrentamos.

—Así pues, ¿cuál es su plan, señor? —preguntó Macro.

—Mi plan es reunir aquí a los soldados necesarios para garantizar que no haya un levantamiento popular provocado por la ineptitud de Glabio. También tengo intención de restaurar el orden en las granjas y fincas del lado sur de la isla y capturar a esos esclavos por los que ambos parecéis tan preocupados. En cuanto esto se haya conseguido, entonces arreglaré las cuentas con Glabio.

Cato meneó la cabeza.

—Si me permite, dudo que sea una buena idea.

—¿Y eso?

—Glabio es un recaudador de impuestos. Ya sabe lo bien relacionados que están en Roma. Si se enfrenta a él, se arriesga a ganarse algunos enemigos peligrosos.

—Y si no lo hago me arriesgo a perder el control de la provincia.

—Eso es verdad —admitió Cato.

El senador se hallaba en una situación imposible.

Sempronio alzó la mirada hacia la acrópolis con expresión cansada y continuó diciendo:

—Esta mañana he mandado a Roma un informe completo sobre la situación en la que nos encontramos. Dije que esperaba más instrucciones antes de ocuparme de Glabio.

Macro y Cato cruzaron una rápida mirada. Al quedar a la espera de recibir órdenes, el senador estaba tomando la salida fácil: no reconocer la responsabilidad de los asuntos de Creta. Podrían pasar hasta dos meses antes de que llegara una respuesta a Gortina. Durante este tiempo Glabio sería libre de seguir explotando la situación, poniendo en peligro la seguridad no tan sólo de la provincia, sino también del resto del Imperio en cuanto las noticias del desplome del gobierno se dispersaran por el Mediterráneo. Era importantísimo que el senador se diera cuenta de la necesidad de prescindir de Glabio. Aunque con ello se creara enemigos en Roma, reflexionó Cato, que carraspeó y dijo:

—Señor, no creo que podamos permitirnos el lujo de esperar instrucciones de Roma. Tendremos que actuar mucho antes. Antes de que Glabio suscite demasiada hostilidad entre los habitantes.

Sempronio enarcó una ceja.

—¿Qué sugieres que hagamos entonces?

El traspaso de autoridad del senador a su subordinado no pasó desapercibido a Macro, que tuvo que obligarse a no dejar traslucir su sorpresa mientras Cato respondía:

—Debemos hacernos con el control de las reservas de comida de ahí arriba, señor. Eso significa que tenemos que arrestar a Glabio y desarmar a sus guardaespaldas. En cuanto lo logremos, podemos estar seguros de que la gente se pondrá de nuestro lado.

—¿Al tiempo que nos enemistamos con los amigos de Glabio? —Sempronio hizo una pausa—. Tanto aquí como en Roma...

—Es inevitable. Además, los cálculos están muy claros, señor. Hay más personas hambrientas que amigos de Glabio. ¿A quién preferiría tener de su lado?

Sempronio apretó los labios y miró a los otros dos, tras lo cual se dio la vuelta y contempló con aire de impotencia los muros de la acrópolis. Julia se aclaró la garganta y tomó la mano de su padre con delicadeza.

—Cato tiene razón. Debes actuar. Enseguida.

El senador guardó silencio unos instantes y luego asintió lentamente con la cabeza.
—Está bien. Nos ocuparemos de Glabio.

Capítulo XIII

A la mañana siguiente el senador Sempronio se reunió con sus oficiales militares de mayor rango. Además de Macro y Cato, se hallaban presentes los comandantes de las tres cohortes auxiliares. El prefecto de la caballería báltava, Marcelo, era un veterano delgado de facciones duras, cabello cano y ojos oscuros de mirada penetrante. Al mando de los destacamentos de las dos cohortes de infantería había dos centuriones, Albino y Plotio, unos soldados que habían servido con sus unidades desde que se alistaron. Lo cual no resultaba muy afortunado, pues Macro había albergado la esperanza de que los hubiesen ascendido a su rango actual provenientes de las legiones.

—Es una lástima —comentó entre dientes a Cato, mientras el senador hacía las presentaciones—, pero tendremos que apañárnoslas.

Sempronio lo miró con irritación y continuó hablando:

—Macro es el prefecto en funciones de la Duodécima Hispania en Matala. El centurión Cato prestará sus servicios como mi asesor personal y jefe de Estado Mayor.

Marcelo miró inquisitivamente a Cato un momento.

—¿Puedo preguntar cuál es el rango sustantivo de Macro y Cato?

—Por supuesto —accedió Sempronio—. Ambos tienen rango de legionarios y están pendientes de que se les asignen nuevas unidades en cuanto regresen a Roma.

—Entiendo —Marcelo asintió con una leve sonrisa de satisfacción—. Entonces, como prefecto, soy el superior jerárquico.

—Técnicamente, sí —repuso Sempronio sin alterar el tono—. Sin embargo, como titular de un alto cargo en la provincia, yo tengo la última palabra en cuestiones de mando. De momento me conformo con permitir que Macro conserve el mando de nuestras fuerzas.

—Debo protestar, señor. Macro sólo es prefecto interino. Yo soy el titular permanente de dicho rango. Por consiguiente, soy yo quien debería estar al mando.

—Tomo debida nota de tu protesta, prefecto Marcelo; no obstante, ya he tomado una decisión. El prefecto Macro dirigirá a mis soldados.

—Comprendo. —Marcelo asintió con la cabeza—. Me gustaría ver esa nota por escrito, señor.

—¿Ah, sí? —Por un momento Sempronio puso cara de sorpresa, pero se recuperó—. ¿Estás seguro?

El otro le devolvió la mirada fijamente y a continuación meneó la cabeza en señal de negación.

—Supongo que no. Al fin y al cabo, ¿de qué serviría? No es probable que a los comandantes se les otorgue una recompensa como resultado de nuestras acciones en esta crisis.

—Exactamente —repuso Sempronio—. Es una cuestión de simple mantenimiento del orden, caballeros. Nuestros objetivos son imponer el orden, alimentar a la gente y volver a capturar a los esclavos que han huido de sus amos. Esto es todo. —Paseó la mirada por sus subordinados—. Después de considerar la situación, he elaborado los siguientes planes para lograr nuestros objetivos: La caballería báltava y la Quinta Gala tendrán la tarea de dar caza a los esclavos fugitivos y a cualesquiera forajidos que se aprovechen de la gente y las propiedades de esta provincia. —Hizo una pausa, se mordió el labio unos instantes y continuó—: El prefecto Marcelo estará al mando de

dicha fuerza.

Macro carraspeó.

—Disculpe, señor, pero pensé que había dicho que me había elegido a mí como comandante.

—Así es.

—En tal caso, ¿no debería ser yo quien fuera al mando de esa columna?

—Por ahora tu especial talento es necesario aquí.

—¿Señor?

—Ya te lo explicaré después. —Sempronio se volvió hacia el centurión Plotio—. La Décima Macedonia se quedará en Gortina para mantener el orden y colaborar en la reconstrucción. El centurión Cato designará los detalles del trabajo para tus soldados.

—Sí, señor —asintió Plotio.

—¿Alguna pregunta?

Habló Marcelo:

—Sí, señor. Mis hombres tardarán unos cuantos días en llevar a cabo su trabajo y vamos a necesitar provisiones adecuadas. La cuestión es que Marco Glabio no nos ha prestado ninguna ayuda con los víveres que ha almacenado ahí arriba en la colina.

—Eso he oído decir.

—Bueno, lo cierto es que me ha estado dando la mitad de lo que necesito para los soldados y los caballos, y lo ha repartido diariamente. Me van a hacer falta provisiones para al menos diez días y necesitaré raciones completas.

—Ya lo he solicitado —repuso Sempronio—. Sin embargo, Glabio me ha enviado recado diciendo que debe dar prioridad a los habitantes de Gortina. Sólo te concederá, éstas fueron sus palabras, víveres para cinco días y medias raciones para vosotros y los caballos.

La expresión de Marcelo se ensombreció.

—No bastará con eso, señor. En cualquier caso, ¿quién es él para decirle cómo distribuir las provisiones?

—En efecto, ¿quién es? —Sempronio esbozó una sonrisa—. Glabio es el que está sentado sobre el arcón de comida. También es el que se encuentra allí arriba en la acrópolis. Hasta que la situación no cambie, el reparto de suministros está en sus manos. Mientras tanto, tus hombres y tú tomaréis las raciones que os proporcionen y cuando se terminen tendréis que alimentaros de lo que encontréis.

Cato se inclinó hacia delante.

—Disculpe, señor, ¿puedo decir una cosa?

—¿De qué se trata?

—El prefecto Marcelo y su columna no van a emprender una campaña por territorio hostil. Al menos, al principio no será hostil. Los habitantes del lugar ya andan bastante escasos de comida tal y como están las cosas, y si nuestros soldados aparecen y empiezan a apropiarse de lo que queda, difícilmente vamos a mantener su lealtad; y eso es algo que en días venideros vamos a necesitar con creces.

—Bueno, ¿y qué? —respondió Sempronio en tono exasperado—. Nuestros soldados tienen que comer.

—Eso es cierto, pero sería mejor que tomaran cuanto menos posible de cada una de las aldeas por las que pasen y, además, tendrían que pagar por ello.

—¿Pagar? —terció Marcelo con desdén—. Somos el ejército, no unos malditos comerciantes. No pagamos por lo que cogemos.

Cato frunció los labios.

—Tal y como están las cosas, recomendaría que pagaran por la comida, señor. A menos que queramos que los campesinos, esclavos y forajidos formen un frente común.

—¡Que lo intenten! —se mofó Marcelo—. Los arrollaré.

—Preferiría que no lo hicieras —dijo Sempronio—. Supongo que al emperador no le haría ninguna gracia perder a más contribuyentes de lo absolutamente necesario en esta provincia. Harás lo que dice Cato y pagaréis por la comida, y no dejéis que la gente se muera de hambre a vuestro paso. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor.

—Bien, entonces quiero que el centurión Albino y tú preparéis a vuestros soldados para emprender la marcha al amanecer. Más tarde se te harán llegar las órdenes. Quiero recibir informes periódicos sobre tus avances, Marcelo. A días alternos.

—Sí, señor. ¿Es todo?

Sempronio se lo quedó mirando un momento y asintió con la cabeza.

—Sí. La reunión ha terminado. Podéis retiraros, excepto los centuriones Cato y Macro.

Ellos dos permanecieron en sus asientos en tanto que los demás oficiales arrastraron las sillas hacia atrás, se pusieron de pie para saludar y abandonaron la habitación. En cuanto la puerta se cerró tras ellos y el sonido de los pasos se desvaneció por las losas del patio de los establos, Macro se aclaró la garganta y se inclinó hacia delante con aire agresivo.

—¿Puedo preguntar por qué no se me ha confiado el mando de la columna que va a ocuparse de los esclavos?

—No es una cuestión de confianza —contestó Sempronio con un suspiro—. O mejor dicho, no es una cuestión de mi fe en ti tanto como de mi falta de confianza en Marcelo.

—¿Cómo? No le sigo, señor.

—Ya viste cómo es. Ambicioso y resentido. Marcelo lleva sirviendo en Creta el tiempo suficiente para apoyar a una persona del lugar como a Glabio antes que a mí. Podría equivocarme con él, pero no voy a correr el riesgo. Preferiría mantenerlo alejado de Cortina mientras nos encargamos de Glabio. Perseguir a los fugitivos e imponer la ley marcial lo mantendrá ocupado un tiempo. Además —añadió Sempronio con una sonrisa—, cuando dije que tu especial talento se necesita aquí lo dije en serio, Macro.

—¿Señor?

—Creo que va siendo hora de resolver mis diferencias con Glabio y de convencerlo de que se retire de su cargo actual. No tengo ninguna intención de dejar suelto a Marcelo en la zona sur de la provincia yendo escaso de raciones. Así pues, debemos hacernos con los suministros que hay en la acrópolis lo antes posible.

Macro se volvió a mirar a Cato y le guiñó un ojo.

—Esto ya se va acercando más a mi estilo.

Cato miró a Sempronio.

—¿Qué tiene pensado, señor?

—Un pequeño subterfugio que pondremos en práctica en cuanto Marcelo se halle a una distancia prudencial de Gortina. Mañana por la tarde sería un buen momento. —Sempronio no pudo contener una leve risa—. Y entonces veremos si Glabio tiene fibra suficiente para respaldar su bravuconería. De momento esto es todo, caballeros.

Macro y Cato se dirigieron a la puerta y una vez allí Sempronio los llamó.

—Otra cosa. He averiguado quién podría ser ese gladiador. Por lo visto, la esposa del gobernador lo compró en un viaje que hizo a Roma hará unos cuantos meses. Al parecer, se estaba convirtiendo en una estrella y Antonia pagó una pequeña fortuna por él.

—¿Por qué? —preguntó Cato—. Quiero decir, ¿de qué le sirve un gladiador a una matrona romana?

Macro y Sempronio cruzaron la mirada y el primero alzó la vista al cielo.

—Ah —Cato se ruborizó—, entiendo. Bueno, ¿cómo se llama?

—No conseguí su nombre real —contestó Sempronio—, sólo el que utiliza para luchar: «El Tracio de Hierro». Me temo que no resulta de mucha ayuda. Aun así, si sobrevivió al terremoto, podría tratarse del hombre que va al frente de los esclavos.

* * *

Cuando el sol empezaba a descender por detrás de la mole de la acrópolis, Sempronio, acompañado por dos hombres vestidos con túnicas sencillas de administrativo, con las bolsas que contenían su material de escritura colgadas del hombro, enfilaron el sendero que llevaba a la puerta principal de la acrópolis. Aquella misma tarde Sempronio había mandado un mensaje a Glabio solicitando un encuentro para discutir las necesidades de aprovisionamiento de sus tropas. Glabio había accedido y estuvo de acuerdo con la hora que Sempronio había sugerido para la reunión.

Las sombras se alargaban por la pendiente que subía a la acrópolis y sumían en la penumbra los estrechos callejones que discurrían por entre las casas allí apiñadas. En lo alto de la muralla que rodeaba la cima de la colina, unos cuantos hombres de Glabio patrullaban por el adarve, unas figuras oscuras contra el brillante resplandor del cielo. Sempronio llevaba una túnica blanca ribeteada con la ancha banda roja que denotaba su posición social. Llevaba un tahalí en bandolera, del cual colgaban una vaina y una empuñadura lujosamente ornadas, las de un arma que había pertenecido a su familia durante generaciones y que había sobrevivido al vuelco del *Horus*.

La cuesta se iba haciendo cada vez más empinada y la ruta empezó a zigzaguear pendiente arriba. Macro se volvió hacia Cato y le dijo entre dientes:

—Esto no va a salir bien. No deberíamos haber dejado que nos convenciera.

—El plan funcionará, siempre y cuando mantengamos la boca cerrada. —Cato se dio unos golpecitos con el dedo en los labios.

Macro apretó los labios con fuerza y meneó la cabeza con aire resignado. Caminaba con cierta incomodidad debido al cuchillo que llevaba atado a la espalda bajo la túnica. Cato también se movía con cautela y cojeaba un poco, pues aún se estaba recuperando de su herida. Llevaba puesto un capacete de cuero para ocultar su identidad por si acaso se encontraban con algún hombre de Glabio que pudiera haber visitado el cuartel general del senador. Cato había visto a Glabio en una ocasión y seguro que el hombre lo reconocía en cuanto lo tuviera delante, pero para entonces ya sería demasiado tarde para que el recaudador de impuestos pudiera hacer nada al respecto.

Un leve movimiento a un lado llamó la atención de Macro, que al desviar la mirada vio una fila de tropas auxiliares que avanzaban sigilosamente por los estrechos callejones que discurrían por entre las casas y comercios apiñados bajo la imponente mole de la acrópolis. Aquella zona de la ciudad no había sufrido daños tan graves como el resto, pero, aun así, el centurión Plotio y sus soldados se verían obligados a abrirse paso en silencio por encima de los montones de escombros con los que se toparan de vez en cuando para no alertar a los centinelas de los muros que se alzaban por encima de ellos.

Los dos guardias de la puerta se pusieron de pie y levantaron las lanzas cuando el senador y sus seguidores se acercaron. Cato vio que eran dos hombres grandotes y pesados con la nariz rota propia de los boxeadores, o tal vez debido al tiempo que habían pasado en las bandas callejeras, una característica de todas las grandes ciudades del Imperio. Se movieron para impedirles el acceso a la puerta cerrada y uno de ellos alzó la mano para detener a Sempronio.

—Exponga el asunto que lo trae por aquí, señor —le dijo sin rodeos.

—He venido a ver a Marco Glabio. Me está esperando.

El guardia esbozó una sonrisa y respondió:

—Si se refiere al gobernador Marco Glabio, ha dejado recado de que le permitiéramos la entrada, señor. No mencionó a ningún compañero suyo.

Sempronio contuvo su furia.

—Estos hombres son mis secretarios personales. Los necesito para que tomen notas en la reunión. Y ahora, déjanos pasar.

El senador dio un paso hacia la puerta. El guardia silbó y el otro soldado que se hallaba de servicio les bloqueó el paso.

—Apártate de mi camino —gruñó Sempronio.

—No tan deprisa, señor —dijo el primer guardia—. Antes de dejarle entrar tengo que registrar estas bolsas.

Se volvió hacia Macro y Cato y señaló sus morrales con un movimiento de la cabeza.

—Dejadlas en el suelo y retroceded dos pasos.

Ellos hicieron lo que se les decía y observaron al guardia, que se arrodilló, abrió una bolsa tras otra y rebuscó entre las tablillas enceradas y los estilos antes de volver a cerrar las solapas y apartarse.

—Recogedlas.

Cuando recuperaron las bolsas, Cato notó que Macro se estaba enfureciendo a su lado y deseó con todas sus fuerzas que su amigo no perdiera los estribos. El guardia se acercó a las puertas y dio a

voz en cuello la orden de que las abrieran. Se oyó un chirrido sordo en el interior cuando deslizaron la tranca, y al cabo de un momento una de las puertas crujió en los goznes cuando tiraron de ella hacia adentro. Los guardias se hicieron a un lado y Sempronio chasqueó los dedos y condujo a Macro y a Cato al interior de la acrópolis.

Al igual que muchas ciudades griegas, la acrópolis se hallaba dominada por templos y santuarios consagrados a los dioses más venerados por la población local. Además, había unos cuantos edificios gubernamentales y cuarteles construidos cerca de las murallas que rodeaban el borde de la colina. No se veía a ningún sacerdote. Unos cuantos hombres ataviados con cómodas túnicas estaban sentados a la sombra de una arboleda, bebiendo vino de un ánfora de cuello estrecho.

—Parece ser que la flor y nata de Gortina se las arregla estupendamente —masculló Macro.

Un numeroso grupo de soldados se apiñaba en torno a una partida de dados a las puertas de uno de los barracones y otros seis patrullaban las murallas y echaban de vez en cuando un vistazo a la ciudad, o a las llanuras en dirección a Matala, y hacia lo alto de las montañas al otro lado de Gortina. El terremoto había derribado uno de los templos más pequeños y unos pedazos enormes de los tejados de los demás se habían venido abajo. El edificio gubernamental de dos pisos se hallaba intacto en su mayor parte, salvo por el pórtico, que se había derrumbado y que ahora formaba unos montones de escombros a ambos lados de la entrada.

Al pasar junto al templo de Júpiter, el mejor y más grande, Cato vio que era la estructura más reciente de la acrópolis y la menos dañada. A través de las columnas que rodeaban el edificio vio sacos de grano y soportes para ánforas colocados en altas pilas a lo largo de las paredes exteriores. Las puertas principales estaban abiertas y en el interior, poco iluminado, se distinguían aún más provisiones. Cato apretó el paso, cruzó la mirada con Sempronio y le indicó el templo con un movimiento de cabeza.

—Ahí hay comida suficiente para alimentar a la gente durante un tiempo; por no mencionar a nuestros soldados.

—Lo sé —repuso Sempronio con frialdad—. ¡Maldito Glabio!

Los condujo hacia el edificio gubernamental en el que montaban guardia otros de los hombres a sueldo de Glabio. Sempronio volvió a explicar a qué había venido y el guardia asintió y los acompañó adentro con un seco ademán. Cruzaron el salón principal lleno de magníficas alfombras, mobiliario, estatuas y estuches de rollos. Cato conjeturó que habían trasladado el contenido de la casa de Glabio a la acrópolis para mantenerlo a salvo hasta que pasaran los tumultos. En el otro extremo del salón había una puerta que daba a un pequeño patio con columnatas. Una escalera situada al fondo llevaba a un segundo piso de habitaciones construido directamente en lo alto de la pared. El guardia los guió por las escaleras y por un pasillo estrecho que terminaba en una puerta. Allí se detuvo y llamó dando unos golpecitos en el marco.

—¡Adelante! —exclamó una voz aguda desde el interior, por lo que el guardia alzó el pestillo, abrió la puerta y se apartó para dejar pasar a Sempronio y sus acompañantes.

Era una habitación larga y estrecha en una de cuyas paredes se abrían varias ventanas sobre la ciudad que brindaban unas vistas magníficas. La luz del sol de la tarde entraba por unos ventanucos situados en lo alto de la pared de enfrente y daba a la habitación un tono ambarino. Glabio estaba

sentado frente a una mesa al lado de una de las ventanas. Ante él tenía un montón de tablillas enceradas, una de ellas abierta. Cuando entraron, él hizo una última señal apresurada en la cera y cerró la tablilla.

Mientras cruzaba la estancia, Macro estudió al hombre al que habían ido a ver. Marco Glabio era un hombre bajo, incluso Macro le sacaba una cabeza, y cubierto con excesiva carne y grasa, lo que hacía que sus mejillas fueran flácidas y trémulas. Aunque su tez arrugada indicaba que ya estaba bien entrado en años, Macro se sorprendió al ver que Glabio poseía un bonito cabello negro y ondulado, y entonces se dio cuenta de que el recaudador de impuestos llevaba peluca. Vestía una túnica de seda y calzaba botas de suave cabritilla acordonadas hasta debajo de las rodillas. Glabio se puso de pie rápidamente y saludó a sus invitados con una inclinación de la cabeza.

—Bienvenido, senador. —Dirigió una mirada perspicaz a Macro. Cato se había situado detrás de Sempronio—. No me esperaba que trajeras compañía. ¿Testigos para nuestras deliberaciones, tal vez?

—Estos hombres son mis secretarios, no son testigos —repuso Sempronio en tono gélido—. Han venido a tomar notas.

—¿Los dos? ¿No habría bastado con uno solo?

—Quizá para un funcionario menor, sí —replicó Sempronio—. Pero como senador y gobernador interino de la provincia, soy yo quien decide cuántos hombres necesito.

—¿Gobernador interino? —Glabio sonrió—. Lamentablemente, no tienes derecho a este título. Mi pobre amigo Hirtio lo dejó perfectamente claro en sus últimos momentos.

—No obstante, he asumido el cargo de gobernador y he escrito a Roma pidiendo la confirmación. Glabio torció el gesto unos breves instantes y sonrió de nuevo.

—¡Qué raro! Yo he escrito a mi buen amigo el secretario imperial, Narciso, para pedir la confirmación de mi derecho al cargo. Bueno, no tardaremos en saber a quién reconoce Roma. En cualquier caso, creo que has venido a solicitar raciones para tus soldados.

Macro se arrodilló y abrió su bolsa. Empezó a rebuscar en su contenido con una mano en tanto que, lenta y sigilosamente, se llevaba la otra a la espalda. El senador carraspeó y respondió al recaudador de impuestos con claridad:

—No —Sempronio meneó la cabeza—. Esta vez no. Se han terminado las solicitudes, Glabio. Y tampoco voy a aprobar más pagos a precio de especulación por los víveres rancios que suministras a mis hombres. He venido a exigirte que rindas el control de los suministros acumulados en este lugar. Además, quiero que tú, tus amigos y tus matones a sueldo abandonéis la acrópolis de inmediato.

Glabio abrió mucho los ojos por un instante, acometido de cierta inquietud.

—Desgraciadamente, no puedo acceder a tus deseos —salió de detrás de la mesa para tener el camino despejado hasta la puerta del olio extremo de la habitación—. Y ahora, si no te importa, creo que quizá yo también necesite unos cuantos..., esto..., testigos.

Abrió la boca para tomar aire y llamar a los guardias y Sempronio se volvió hacia Macro y le hizo una señal con la cabeza.

—Ahora.

Macro se levantó rápidamente daga en mano, se abalanzó hacia Glabio y lo arrojó contra la

pared, con lo que el hombre soltó un grito ahogado de dolor y se quedó sin aliento. Antes de que el recaudador de impuestos pudiera reaccionar, Macro le hizo dar media vuelta, lo agarró por debajo de la barbilla con la mano izquierda y puso el filo de la daga contra el cuello de Glabio.

—No muevas ni un solo músculo —le dijo entre dientes al oído—. La hoja está afilada y a la más leve presión te rajaría el pescuezo.

Glabio se retorció para intentar zafarse de él, pero Macro le apretó la tráquea con la mano izquierda.

—He dicho que no te muevas. Y si emites un solo sonido sin que yo te lo diga, será lo último que hagas. ¿Entendido?

Glabio hizo ademán de asentir con la cabeza, pero sabiamente cambió de opinión y gimoteó:

—Sí.

Cato se inclinó sobre la mesa y giró de cara a él la tablilla en la que Glabio había estado trabajando. La abrió y paseó la mirada por unas columnas de cifras anotadas bajo unos títulos claramente marcados. Soltó un silbido.

—Parece ser que estás haciendo una pequeña fortuna con las comisiones de las compras de grano. Pero, ¿qué digo? Es una fortuna enorme. Creo que voy a quedarme con esto. —Se volvió a mirar a Sempronio—. ¿Señor?

—Cógelo. Métetelo en la bolsa. Estoy seguro de que Narciso estará encantado cuando se entere de lo bien que le va a su amigo gracias a las arcas provinciales.

—Sí, señor.

—Bien. —Sempronio se situó frente a Glabio y se cruzó de brazos con una sonrisa—. Ahora que tengo toda tu atención y cooperación, quiero que me escuches bien. Harás exactamente lo que yo te diga. Si lo consigues, entonces vivirás. Si lo echas a perder o tratas de escaparte o lanzas un grito de alarma, entonces el centurión Macro te matará en el acto. Vas a hacer lo siguiente...

* * *

Sempronio y los demás salieron del despacho de Glabio poco después de haber entrado. En esta ocasión los acompañaba el recaudador, que seguía al senador con Macro y Cato a sus espaldas. Macro empuñaba la daga con la mano derecha, oculta en la bolsa que llevaba al hombro y que disponía de una pequeña abertura en la parte delantera, por la que asomaba la punta de la hoja, lo justo para que esta rozara a Glabio en el costado mientras caminaban con paso seguro por el pasillo y bajaban por las escaleras hasta el patio. El guardia que había acompañado a los visitantes al despacho esperaba a la sombra de la columnata y se puso de pie rápidamente al ver que se acercaban. Glabio aminoró el paso hasta detenerse y le hizo señas a aquel hombre para que se acercara.

—¡Ven aquí!

El guardia se irguió frente al pequeño grupo y los observó con curiosidad hasta que Glabio empezó a dar sus órdenes.

—Quiero que todos los hombres se reúnan de inmediato junto al templo de Júpiter.

—Sí, señor.

Macro dio un levísimo codazo a Glabio, a modo de pequeño recordatorio.

—¡Ah, sí! —añadió Glabio a toda prisa—. Asegúrate de que estén todos allí, incluidos los de las puertas y las murallas.

—¿Todos? —el guardia no pudo ocultar la sorpresa que le causó tal orden.

—¡Sí, todos! —respondió Glabio con aspereza—. ¿No me has oído? Todos.

—Pero, señor, ¿y la puerta? ¿Quién la vigilará?

—Eso ahora no importa. Quiero a todo el mundo junto al templo para una..., una... —Glabio se mordió el labio y se sobresaltó cuando Macro lo presionó un poco en la espalda—. ¡Una recompensa! Sí, quiero recompensar a tus hombres. Por su servicio leal. ¡Por todos vuestros esfuerzos para ayudar a la gente de Cortina a superar estos días aciagos que nos afligen!

Macro se acercó un poco más a él y le susurró entre dientes:

—Tranquilo. No exageremos las cosas, ¿vale?

Glabio asintió débilmente, al tiempo que se aclaraba la garganta.

—Tú límitate a reunir a los hombres. Diles que quiero dirigirme a ellos, a ellos y a toda mi familia y amigos en la acrópolis. Avísalos también a ellos, enseguida. ¡Vamos!

El guardia inclinó la cabeza, se dio media vuelta y se marchó a grandes zancadas.

—¡No camines, corre! —le gritó Glabio mientras se alejaba en respuesta a otro codazo de Macro.

El guardia echó un último vistazo hacia atrás, apretó el paso a trompicones y fue a cumplir con sus órdenes a toda prisa. Cuando el ruido de sus pisadas se apagó, Glabio tragó saliva con nerviosismo y miró a Sempronio.

—¿Crees que se lo ha creído?

—Mejor que reces para que así sea.

Glabio miró fijamente al senador.

—No sé qué es lo que piensas que estás haciendo exactamente, pero no vas a salirte con la tuya.

—Eso ya lo veremos. Tú límitate a hacer tu papel y ya me encargaré yo de lo demás.

—¿Qué es lo que te traes entre manos?

—Ya lo verás. Y ahora, en marcha. Hasta la entrada. Luego esperaremos allí hasta que se hayan congregado tus hombres.

En tanto que Macro vigilaba a Glabio muy de cerca, cruzaron lentamente el salón y se detuvieron frente a la puerta del edificio. Sin salir de las sombras, observaron a los guardaespaldas y matones a sueldo que empezaban a recorrer la acrópolis y a reunirse a un lado de la columnata del templo de Júpiter. En una visita que había realizado anteriormente, Sempronio se había fijado en aquella zona y vio que la mole del templo ocultaba la línea de visión hacia la puerta principal. Esperaron y observaron a una pequeña multitud de invitados del recaudador de impuestos que dobló la esquina tranquilamente llevando ánforas de vino y charlando alegremente hasta que encontraron un rincón sombreado en el que sentarse y aguardar a su anfitrión. Macro mantuvo en todo momento la ligera presión de la punta de su hoja en la parte baja de la espalda de Glabio. Hubo un momento en que el

recaudador se inclinó ligeramente hacia delante y Macro lo agarró de la túnica y le dio un brusco tirón.

—Como se te pase por la cabeza intentar huir, te voy a dar tu merecido.

—¡No pensaba hacerlo! Lo juro. Lo que pasa es que estoy... estoy asustado.

Macro le guiñó un ojo a Cato y respondió al otro con un gruñido:

—Bien. Puede que estar asustado te mantenga con vida.

Glabio tragó saliva y asintió con la cabeza.

Esperaron hasta que pareció que el último de los seguidores de Glabio había acudido a la llamada y entonces Sempronio se volvió hacia él.

—¿Tienes claro lo que tienes que hacer?

—Sí. Perfectamente.

—Pues hagámoslo. —Sempronio respiró hondo, puso la mano en el hombro de Glabio, salieron lentamente por la entrada y empezaron a cruzar la zona pavimentada en dirección al templo. Mientras caminaban, Sempronio le murmuró a Cato—: Procede, centurión.

—Sí, señor. —Cato saludó, se dio media vuelta y se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta principal con una tablilla encerada bajo el brazo para reafirmar la impresión de que era un ordenanza de baja categoría que se ocupaba de sus asuntos.

Glabio desvió la mirada.

—¿Adónde va?

—No te importa —respondió Macro a sus espaldas—. Tú concéntrate en lo que tienes que hacer.

Siguieron adelante hacia la pequeña multitud concentrada junto al templo. Al ver que se acercaban, los hombres dejaron de pulular por ahí y se volvieron hacia Glabio y los demás con actitud expectante.

—Aquí está bien —dijo Sempronio, que se detuvo—. Bueno, ahora te toca a ti.

Con Macro de pie detrás y a un lado de él y Sempronio en el otro flanco, Glabio respiró profundamente y con nerviosismo y alzó un brazo.

—¡Amigos míos! ¡Criados fieles! Me complace anunciar que el senador Sempronio y yo hemos llegado a un acuerdo respecto al gobierno de la provincia. He decidido...

—No tan deprisa —terció Sempronio entre dientes—. Alárgalo, tal como te dije.

Mientras Glabio continuaba hablando, el senador desvió la mirada y vio que Cato se encontraba a medio camino de la puerta. Glabio tenía que mantener ocupados a sus hombres un poco más todavía.

—He decidido que... ¡Ah! Primero quiero daros las gracias por vuestra amistad y servicio. Habéis supuesto un gran apoyo en estos días difíciles desde que los dioses descargaron su ira en nuestra magnífica ciudad de Cortina...

* * *

Cato volvió la vista atrás y se sintió aliviado al ver que Glabio acaparaba la atención de sus

seguidores. Nadie parecía tomar ningún interés por el ordenanza que el senador Sempronio había mandado a hacer algún recado. Continuó alejándose del templo a grandes zancadas, confiando en que todo el mundo hubiera acudido a la llamada. Frente a él se hallaba la puerta que los centinelas habían abandonado. La tranca estaba bien colocada en su sitio, una pesada viga de madera con las puntas rematadas en bronce. Al llegar a la puerta, Cato se detuvo para echar un vistazo en derredor, pero seguía sin haber señales de vida en aquel extremo de la acrópolis. Metió la tablilla encerada en la bolsa que llevaba en bandolera y luego se quitó ésta por encima de la cabeza y la dejó en el sucio. Se acercó a toda prisa a la tranca, agarró el asa y la empujó hacia un lado. La barra se desplazó una distancia minúscula; Cato la soltó un momento para afirmar los pies en el suelo y apoyar el hombro en el asa. Tomó aire, apretó los dientes y empujó con todas sus fuerzas, tensando los músculos con un resoplido para mover la barra, que se deslizó un poco más, esta vez acompañada por un chirrido sordo.

Cato descansó un breve instante y continuó empujando, con lo que la tranca fue desplazándose poco a poco hacia los aros de hierro que atravesaba en cada puerta. Al final se soltó de la puerta de mano izquierda y se deslizó por la guía. Cato empujó la barra un poco más, hasta superar el fino rayo de luz del sol que separaba las puertas; entonces la soltó y la tranca se encajó en sus soportes.

Cato agarró el aro vacío de la puerta y tiró de él intentando que las botas no resbalaran en las desgastadas piedras del suelo. Con un chirrido que a oídos de Cato sonó ensordecedor, la puerta empezó a abrirse hacia adentro. Apenas se había abierto un paso cuando la cortina de cuero de una letrina cercana se echó a un lado y de ella salió un hombre bajándose la túnica. Llevaba una vaina sujeta bajo el brazo y las correas del cinturón le colgaban hasta las sandalias. El hombre miró hacia la puerta y se quedó inmóvil al ver a Cato.

—Por el Hades... ¿Qué...?

Cato echó todo su peso hacia atrás con renovado esfuerzo.

—¡Para! ¡No hagas eso! —gritó el hombre, que se soltó la túnica, desenvainó la espada y tiró la vaina en un solo movimiento fluido—. ¡Tú, aléjate de la maldita puerta!

Cato se metió por el hueco, hizo bocina con la mano y gritó en dirección al camino que llevaba a la ciudad.

—¡Décima Macedonia! ¡A mí!

Se oyó un chirrido, y al darse la vuelta Cato vio que el hombre empujaba el borde de la puerta.

—¡Ni se te ocurra! —gruñó Cato, que metió la mano en la hendidura de la túnica y arrancó la daga que llevaba sujeta. Empuñó el arma con fuerza, se lanzó contra la puerta y la detuvo en seco. El golpe obligó al hombre a dar un paso atrás y Cato aprovechó la ocasión para empujar la puerta y abrirla unos palmos más para a continuación colarse por el hueco de un salto. El guardia retrocedió una corta distancia, se agachó y preparó la espada. Miró la daga de Cato y dijo con desdén:

—¡Corre, muchacho! Mientras aún puedas.

Cato sintió una oleada de furia que recorría su cuerpo. Entonces oyó un grito proveniente de la cuesta cuando el centurión Plotio ordenó avanzar a sus hombres. A menos que Cato resistiera, la puerta se cerraría antes de que los soldados llegaran a la entrada. Tragó saliva con nerviosismo y meneó la cabeza.

—No —repuso—. Corre tú.

—¿Cómo dices?

El guardia puso cara de sorpresa y al cabo de un momento apretó los dientes y avanzó para atacar. En cuanto lo tuvo a su alcance, arremetió directo al estómago de Cato. El centurión se hizo a un lado dando un salto ágil, soltó una maldición al sentir el dolor de la pierna herida y la hoja del hombre pasó hendiendo el aire muy cerca de él. Mientras el guardia recuperaba su espada, Cato intentó asestarle una cuchillada en el brazo. Fue un ataque desesperado y la daga golpeó contra la hoja de la espada con un fuerte roce metálico. El guardia echó la espada atrás de inmediato y en aquella ocasión atacó a Cato describiendo un arco con su arma. Cato no tuvo más remedio que apoyar una rodilla en el suelo y agachar la cabeza en tanto que el filo reluciente le pasaba por encima con un zumbido. El guardia había empleado toda su fuerza en el golpe y el ímpetu de la hoja se le llevó el brazo a un lado y lo desequilibró por un momento. Cato se abalanzó, arremetió contra el pie calzado con bota de aquel hombre y notó que la hoja atravesaba las tiras de cuero y luego la carne y el hueso. El hombre profirió un chillido de dolor; Cato tiró de la empuñadura para recuperar la daga y rodó por el suelo, y luego volvió a rodar antes de ponerse de pie apresuradamente.

Al guardia le sangraba el pie a borbotones y el hombre puso los ojos en blanco y gritó de rabia y de dolor. Con un parpadeo, dirigió nuevamente su mirada hacia Cato con los ojos muy abiertos y una expresión aterradora. Profirió otro grito sin sentido y avanzó a trompicones blandiendo la espada como un loco. Cato sabía que si alguno de aquellos golpes lo alcanzaba lo dejaría tullido, si no lo mataba en el acto. Sostuvo la daga con el brazo extendido frente a él, preparado para intentar interceptar la espada. El primer golpe no alcanzó su objetivo, pero el segundo, un revés salvaje, chocó con la daga con tanta fuerza que se la arrancó de las manos a Cato y el arma salió volando por el aire, dando vueltas sobre sí misma hasta que cayó ruidosamente sobre las losas a cierta distancia de allí.

—Muy bien, cabrón flacucho —gruñó aquel hombre haciendo retroceder a Cato contra la puerta cerrada—. Es hora de morir.

* * *

Se oyeron una serie de gritos provenientes de la puerta y varios de los hombres de Glabio volvieron la cabeza al oírlos. Al cabo de un momento, Glabio hizo una pausa y miró a su izquierda. Hasta que Macro le dio un golpe en las nalgas.

—Sigue hablando.

Glabio dejó escapar un leve gritito y avanzó medio paso con un tambaleo, tras lo cual se repuso.

—Será mejor que mantengas su atención —lo instó Sempronio en voz baja—. Continúa.

Glabio asintió, tomó aire de nuevo e hizo todo lo que pudo por hacer caso omiso de otro grito proveniente de la puerta en tanto que seguía hablando:

—Amigos míos, permitidme que os diga que, después de haber consultado con el senador, he accedido a renunciar al cargo de gobernador, por el bien de la unidad y la seguridad de nuestra gente.

Así pues, ¡saludo al senador Lucio Sempronio, gobernador interino de la provincia de Creta! —Alzó el puño en el aire.

No hubo respuesta, sólo las expresiones de asombro de sus amigos y seguidores, algunos de los cuales empezaban a avanzar como si quisieran ver qué era lo que causaba aquel alboroto en la puerta de entrada. Uno de los guardaespaldas rompió el silencio cuando dio un paso hacia adelante e hizo un gesto admonitorio y hendió el aire con el índice señalando a Glabio.

—¿Entonces, quién va a pagarnos, eh?

—¡Tiene razón! —exclamó otro—. Nos quedaremos sin este maldito trabajo.

Se formó un coro de gritos enojados hasta que una voz saltó:

—¡No necesitamos a ese gordo cabrón! ¡Elijamos a otro gobernador, chicos! Ya va siendo hora de que haya un poco de democracia, ¿no?

La multitud se rió a carcajadas y Glabio alzó las dos manos para suplicarles que guardaran silencio.

—¡Tenéis que hacer lo que yo os diga! ¡Soy yo quien os paga!

—¡Ya no! —gritó un hombre, y acto seguido se agachó para recoger un guijarro que lanzó contra el recaudador de impuestos, alcanzándolo en el hombro.

—¡Ay! —Glabio se encogió.

Macro se dirigió al senador en voz baja:

—Se nos está escapando de las manos, señor. Si nos quedamos aquí mucho más tiempo, esta gente se comerá nuestras gónadas para desayunar.

* * *

Gato tenía la mirada clavada en la punta de la hoja que avanzaba hacia él, brillante y mortífera. Esta vez el guardia no cometería ningún error. Desde la calle le llegó el distante retumbo de las botas de Plotio y sus hombres que corrían hacia la puerta abierta. El guardia también lo oyó, vaciló y miró por encima del hombro.

No había tiempo para pensárselo. Cato actuó por instinto. Se abalanzó, al tiempo que se agachaba por debajo de la hoja y extendía los brazos para agarrar al guardia por las piernas y valerse de su peso para derribarlo. El golpe hizo retroceder un paso al guardia, pero era un hombre de constitución robusta y logró mantener el equilibrio en tanto que bajaba una mirada fulminante hacia Cato. Su hoja seguía apuntando hacia arriba, de modo que estrelló el pomo del arma contra la cabeza de Cato.

El golpe aterrizó con un impacto cegador que hizo que los dientes de Cato entrechocaran con fuerza. Notó que soltaba las piernas de aquel hombre aun cuando él quería que sus dedos apretaran su carne; por un momento el cuerpo se le entumeció y se desplomó pesadamente, dándose contra el suelo de lado. Cuando empezó a despejarse la visión, Cato miró hacia la luz con los ojos entrecerrados y vio la silueta del guardia que se inclinaba sobre él con la espada en alto y gritaba:

—¡Estás jodido!

Entonces hubo unos ruidos confusos: botas, el chirrido de los goznes de la puerta y un repentino

resoplido y gemido de dolor. Cato parpadeó. El guardia había desaparecido y él estaba mirando al cielo despejado cuando otra forma borrosa intervino:

—¡Centurión Cato! ¿Se encuentra bien, señor?

—¿Qué? —Cato apretó los ojos un momento deseando con todas sus fuerzas que se le pasara la sensación de mareo y náusea. Notó que unas manos tiraban de él para levantarlo y lo sujetaban.

—¿Señor?

Cato abrió los ojos y vio la expresión preocupada del centurión Plotio, que gradualmente dejó de moverse y quedó bien enfocada.

—Estoy bien. Un poco mareado, pero bien.

Los auxiliares entraban por la puerta apiñados y se desplegaban por el terreno abierto del interior de la acrópolis. Cato extendió el brazo y señaló el templo de Júpiter, donde vio que Macro y los demás retrocedían frente al griterío de la multitud.

—¡Plotio, lleva a tus hombres hasta allí a paso ligero!

Plotio asintió, alzó su espada desenvainada y empezó a dar voces para llamar la atención de sus soldados. Cato distinguió una franja carmesí a lo largo del filo de la hoja y al bajar la mirada a sus pies vio al guardia, a quien un tajo de espada le había abierto un lado de la cara.

—¡Décima Macedonia! —bramó Plotio—. ¡Seguidme!

Echó a correr por las losas en dirección al templo y sus soldados salieron de estampida tras él con los escudos en alto y las lanzas preparadas. Cato corrió tras ellos con paso largo e inseguro, como si todavía no hubiera recuperado el sentido del equilibrio después de recibir el golpe en la cabeza.

* * *

En aquellos momentos llovían piedras sobre Macro y los demás, que tuvieron que protegerse la cabeza con los brazos. Glabio se dio media vuelta y echó a correr de vuelta al edificio gubernamental. La multitud profirió un rugido al verlo y se abalanzó tras él.

—¡Señor! —gritó Macro dirigiéndose a Sempronio—. ¡Corra!

Los dos romanos se dieron la vuelta y echaron a correr detrás de Glabio, perseguidos por los antiguos empleados del recaudador de impuestos. A la cola de la multitud, sus amigos y compinches se quedaron atrás con expresiones aterrorizadas. Glabio cruzó la entrada resoplando y siguió corriendo en dirección a su despacho, como si eso pudiera salvarlo. Macro lo seguía de cerca y enseguida se dio cuenta de que si continuaban por ahí les darían caza y los matarían. La entrada era un atolladero natural. Frenó de pronto y se dio media vuelta, al tiempo que Sempronio daba un brusco viraje para no chocar con él.

—¡Coja ese palo, señor! —Macro señaló un pedazo de madera roto que había entre los escombros.

Sempronio lo agarró, lo levantó rápidamente para buscar el mejor punto por el que asirlo y los dos se vieron frente a la multitud que se acercaba en tropel al edificio. Macro separó los pies,

empuñó la daga y frunció los labios con un rugido. Había un hombre que iba al frente de sus compañeros, el mismo que había arrojado la primera piedra, que aminoró el paso a medida que se acercó a la entrada y luego se detuvo y se quedó mirando a Macro y Sempronio con aire vacilante. Los dos hombres que iban detrás de él hicieron lo mismo y la multitud se detuvo frente a los romanos y guardaron silencio unos momentos.

—¡Dejad las armas y retroceded! —ordenó Sempronio.

No hubo respuesta y el gentío le lanzó miradas fulminantes de hostilidad manifiesta. El senador se arriesgó a echar un vistazo a su izquierda y vio al primero de los auxiliares que corrían hacia el templo.

—¡Matémoslos! —gritó una voz desde la cola de la multitud—. ¡Matémoslos ahora mismo!

—¡Un momento! —Sempronio extendió la mano—. ¡Si nos ponéis un solo dedo encima, moriréis! Para vosotros ya ha terminado todo. Mis soldados se acercan. ¡Mirad! —señaló a Plotio y sus hombres, que corrían hacia el templo—. Rendid las armas antes de que sea demasiado tarde. ¡Esos hombres tienen órdenes de matar a todo aquél que ofrezca resistencia! ¡Haced lo que os digo, soltad las espadas!

La multitud permaneció inmóvil unos instantes, dubitativa, y por un momento Macro temió que se resistieran y empezaran por asesinar a él y al senador. Entonces se oyó el repiqueteo de la primera espada que cayó al suelo. Luego se oyó otro y todos empezaron a rendir sus armas.

—¡Y ahora retroceded! —gritó Sempronio—. ¡Hacia allí, junto al templo!

El gentío se fue alejando poco a poco con un movimiento ondulante sin dejar de mirar con nerviosismo a los auxiliares que se acercaban. Cuando Plotio y sus soldados llegaron a la entrada, el terreno frente a ella se hallaba despejado.

Plotio vio los rasguños y cortes que las piedras habían infligido en los brazos de Macro y Sempronio.

—Os han herido.

Sempronio negó con la cabeza.

—Estamos bien. No es nada serio. Ocúpate de los prisioneros. Sácalos de la acrópolis lo antes posible. Llévalos al anfiteatro. Deja que esta noche la pasen mordiéndose las uñas y mañana por la mañana los sueltas. Excepto a Glabio. Búscales una buena celda tranquila para él solo aquí arriba y mantenlo aislado.

—Sí, señor. —Plotio saludó.

Gato se abrió paso a empujones por entre las filas de los auxiliares mientras buscaba a Macro, preocupado. En cuanto vio a su amigo, sonrió y le dio unas palmadas en el brazo.

—Ví que iban a por vosotros. Por un momento me temí lo peor allí abajo.

—¿Temiste lo peor? —bufó Macro con desdén. Por un instante estuvo tentado de quitarle importancia al asunto, pero en cambio meneó la cabeza y resopló—. ¡Joder, nos ha ido de un pelo!

Capítulo XIV

Durante los días subsiguientes, a Cato se le encomendó la tarea de organizar la alimentación de los habitantes de Gortina y de los refugiados acampados en las ruinas y al otro lado de las murallas. Después de haber realizado el inventario de los víveres almacenados en la acrópolis, quedó claro que podría alimentarse a la población durante al menos un mes. Todas las mañanas, los carros salían de la acrópolis hacia los puntos de distribución repartidos por la ciudad para entregar las raciones a la gente que esperaba haciendo cola. Los carros iban escoltados por secciones de auxiliares que los protegían y se cercioraban de que todo el mundo esperara su turno para recibir la ración asignada.

Al mismo tiempo, se confiscaron las existencias de comida que los amigos de Glabio guardaban personalmente y el grano y la carne no comestibles que éstos habían estado vendiendo se quemaron en un hoyo a las afueras de la ciudad. Al principio los comerciantes habían protestado, exigido una indemnización y amenazado con presentar sus reclamaciones a Roma. Cato los invitó con serenidad a proceder con su amenaza, y añadió que también él iba a enviar su propio informe sobre la corrupta apropiación de los fondos imperiales con la connivencia de Glabio. Los comerciantes se echaron atrás enseguida y algunos de ellos, más conscientes que sus compañeros de la dura justicia que administraba el emperador, se ofrecieron incluso a devolver las pequeñas fortunas que habían hecho con la venta de víveres en mal estado a precios abusivos.

Aparte de las reservas de comida de los comerciantes, Cato mandó patrullas numerosas a recorrer las tierras de labranza que se extendían por la llanura sur en busca de más víveres que poder sumar a los que ya se almacenaban en la acrópolis. El inventario fluctuaba todos los días, por lo que necesitaba ayuda para llevar la cuenta del consumo y las existencias de comida, y una noche, mientras Sempronio cenaba en su nuevo cuartel general de la acrópolis, Julia se ofreció voluntaria para encargarse de esa tarea. Como de costumbre, el senador, su hija, Cato y Macro se hallaban cada uno en un diván frente a una mesa baja. Sempronio y su hija estaban sentados uno al lado del otro, Macro a la izquierda del senador y Cato a la derecha de Julia. Las comidas eran sencillas, pues al senador le parecía que el deber lo obligaba a compartir las privaciones de los habitantes de Cortina, hasta cierto punto. La presentación de los pequeños platos que traían los esclavos de la cocina que quedaban era tan ingeniosa como cualquier cosa que pudiera servirse en un gran banquete, y Macro devoraba la comida con mucho entusiasmo.

—¡Está buenísimo! —exclamó con una sonrisa, y se pasó la lengua por los labios para limpiárselos de salsa al tiempo que dejaba un pequeño cuenco de carne de cerdo cortada en tiras y aderezada con un meloso garo—. Podría pasarme la noche comiendo esto.

—Lo mismo que la mayoría de las personas que hay al otro lado de estos muros —señaló Sempronio mientras masticaba lentamente—. Pero tenemos que dar ejemplo, como debería saber cualquier centurión con tu experiencia.

—Bueno —Macro se sorbió los dientes—. Todo a su debido tiempo y en su debido lugar.

—Así es, lamentablemente. —Sempronio tragó el bocado y consideró la situación un momento—. Necesitamos más comida, y pronto.

—¿Qué me dice de Egipto? —preguntó Cato—. Seguro que ellos tienen grano de sobra, ¿no?

Sempronio asintió con la cabeza. Los cultivos que crecían a lo largo del Nilo eran famosos por su rendimiento y suponían la mayor fuente de grano para las ingentes multitudes de Roma, que habían llegado a depender de las dádivas regulares que pagaba el emperador.

—Conozco bien al legado de allí: Cayo Petronio. Servimos juntos en el Rin. Petronio era uno de los tribunos ecuestres, un buen hombre. Podría preguntárselo, pero las posibilidades de poder conseguir ayuda de emergencia en forma de comida por ese lado son escasas. Roma tiene prioridad absoluta sobre el grano egipcio. Lo cierto es que de momento tendremos que arreglárnoslas con lo que tenemos. Eso significa que debéis vigilar muy de cerca el nivel de suministros.

—Es verdad. Me vendría bien un poco de ayuda con los libros, señor. Si es que puede prescindir de alguno de sus administrativos...

—Ya voy corto de personal, pero veré lo que puedo hacer.

Julia dejó su plato en la mesa y se dio la vuelta en el diván.

—¿Y yo, padre? Podría ayudar a Cato.

—¿Tú? —Sempronio enarcó las cejas.

—¿Por qué no? Has pagado a algunos de los mejores profesores de Roma para educarme. Estoy segura de que podría llevar los libros sin demasiados problemas.

—No lo dudo, pero no pagué a esos grandes profesores para que pudieras hacer el trabajo de un humilde administrativo.

—Estoy convencida —repuso Julia con una sonrisa picara—. Pero, ¿qué ha pasado con eso de dar ejemplo? Seguro que se aplica a todos nosotros en estos momentos de crisis, ¿no? Demostraría a los habitantes del lugar que los romanos, aunque sean de alcurnia, comparten sus cargas. Sería un hábil movimiento político, cuanto menos.

Sempronio se la quedó mirando un momento y a continuación meneó la cabeza con gesto arrepentido.

—Caballeros, si queréis un consejo, no tengáis hijos. O si debéis tenerlos, al menos no los consintáis demasiado o no tardarán en ser vuestros amos.

—¡Brindaré por eso! —exclamó Macro riéndose en tanto que se servía una copa de vino y se bebía la mitad de un solo trago.

Julia frunció el ceño.

—¿Acaso alguna vez no te he demostrado el debido respeto, padre?

—Bueno, pues ahora que lo dices...

Se miraron fijamente durante unos breves instantes, y al cabo se echaron a reír suavemente. Julia le dio un manotazo en el brazo y luego cogió una manzana. Su padre le sonrió con cariño y luego añadió en voz baja:

—A veces me recuerdas muchísimo a tu madre. ¡Por los dioses que la echo de menos!

Agachó la mirada bruscamente, tosió, cogió su copa y se la tendió a Macro.

—Llénala, centurión. Me uniré a ti en ese brindis.

Mientras ellos hacían entrechocar las copas, Julia se volvió a mirar a Cato y, con una sonrisa, le tomó la mano y le acarició el dorso con el pulgar.

—Al menos, así podremos pasar más tiempo juntos.

—Sí, siempre y cuando procuremos cumplir primero con nuestro deber.

—Llámalo como quieras —susurró ella, que se echó a reír cuando Cato se revolvió avergonzado. Sempronio se volvió hacia ellos.

—¿Qué te pasa, hija mía?

—No es nada, padre. Una broma nuestra.

—Entiendo —Sempronio miró a Cato—. Asegúrate de que trabaje duro.

—Sí, señor.

Se hizo un prolongado silencio y entonces el senador se volvió de nuevo hacia Macro.

—¿Cómo están respondiendo los soldados?

En cuanto asumió el mando de las fuerzas que quedaban en Cortina, Macro había iniciado un riguroso programa de adiestramiento para los auxiliares. Al principio Sempronio no estaba convencido de que fuera una buena manera de emplear el tiempo. Se los necesitaba para patrullar las calles y el campamento de refugiados, ayudar a los grupos de voluntarios y a los esclavos que quedaban a retirar los escombros y reparar los edificios, el alcantarillado y el pequeño acueducto que complementaba el suministro de agua de la ciudad. No obstante, Macro recordaba perfectamente la ferocidad de los esclavos con los que había luchado para defender los carros de provisiones de Matala y se mantuvo firme en su decisión de que los hombres estuvieran preparados para combatir lo antes posible. Así pues, los soldados de la Décima Macedonia se habían dividido en dos grupos que se iban alternando el trabajo en la ciudad y el entrenamiento en el campo de instrucción situado a las afueras de Gortina.

Macro se detuvo un momento a pensarlo antes de contestar.

—Para ser sincero, los muchachos de la Décima se muestran muy dispuestos y los ánimos son buenos, lo cual resulta sorprendente dadas las circunstancias. El problema es que han estado demasiado tiempo destinados como guarnición y se han ablandado. Apenas hay un solo soldado capaz de realizar una marcha de veinticinco kilómetros con el equipo completo y levantar un campamento fortificado al final de la jornada. Cambian de formación con demasiada lentitud y ésta es descuidada. Con todo, estoy haciendo progresos. En cosa de otro mes estarán más que a la altura de cualquier banda de esclavos.

—Es lo que cabría esperar. A juzgar por los informes que recibo de Marcelo, parece ser que los esclavos no suponen un gran peligro. Ha barrido la llanura y los ha hecho retroceder hacia las colinas. Ahora se propone que se mueran de hambre, o que al menos se debiliten lo suficiente para intentar perseguirlos en las montañas, localizarlos y aplastar cualquier resistencia.

Macro asintió con aprobación.

—Parece la forma adecuada de proceder. Le deseo buena suerte. Aunque no puedo evitar pensar que parece que los esclavos hayan perdido el ánimo. Cuando yo me los encontré eran muy entusiastas.

—Quizá tus soldados y tú los desanimasteis. Al fin y al cabo, en tu informe decías que habías causado numerosas bajas entre ellos.

—Sí, lo hicimos —dijo Macro en tono de desánimo. No se enorgullecía de la matanza de aquellos esclavos mal armados y sin adiestramiento de ningún tipo. Pero se trataba de ellos o de él, y

no había habido tiempo para la compasión.

—Así pues, los hemos contenido —concluyó Sempronio—. Nos hemos quitado de encima a Glabio y a sus compinches y tenemos comida suficiente para aguantar de momento. Tengo la sensación de que ya hemos pasado lo peor. El emperador estará contento con nosotros y, en cuanto la provincia recupere la estabilidad y envíen a un nuevo gobernador desde Roma, podremos reemprender nuestro viaje de regreso a casa. —Sonrió a Macro y Cato con satisfacción—. Creo que deberíamos estar complacidos de nosotros mismos, caballeros.

—¿Otro brindis? —Macro alzó la copa.

—Por supuesto —se rió Sempronio—. Por el éxito.

Chocaron las copas y el senador se volvió enseguida a mirar a Cato.

—¿Cómo? ¿No te unes a nosotros? Vamos, levanta tu copa, Cato.

Cato esbozó una sonrisa forzada.

—Si usted lo dice, señor. Por el éxito.

Bebió y dejó la copa. Julia le dio un apretón en la mano.

—¿A qué viene esa cara larga?

—No lo sé —Cato se encogió de hombros—. Supongo que es la fuerza de la costumbre. No puedo evitar la sensación de que nuestros problemas aquí no han terminado.

Julia pareció decepcionada.

—¡Y yo que te había tomado por un optimista, lleno de la alegría de la juventud!

—Soy bastante joven —admitió Cato—, pero he visto más mundo que la mayoría de hombres de mi edad y que muchos mayores. Algo me dice que aún no hemos salido de ésta. Ya lo veréis.

* * *

—¡Es una puta jabalina, no una jodida muleta! —vociferó Macro al oído del auxiliar, al tiempo que le propinaba una fuerte patada al extremo del arma.

La jabalina cayó al suelo con un traqueteo y el agotado soldado dio un grito ahogado de sorpresa, perdió el equilibrio y se desplomó en medio de una nube de polvo.

—¿Y ahora qué? —Macro se inclinó sobre aquel hombre con los brazos enjarras y siguió gritando—. ¡Este horrible soldadito se ha dormido en mi plaza de armas! ¿Quién te has creído que soy, tu dichosa mamaíta que viene a despertarte por la mañana? —le clavó un puntapié en las costillas—. ¡Levántate!

Macro se irguió bruscamente y continuó andando junto a la centuria, que acababa de regresar a la plaza de armas después de habérselos llevado a dar dos vueltas a la ciudad corriendo. Tras haber presenciado la suerte del primero de la lila, los demás adoptaron la posición de firmes a toda prisa, arrastrando los pies y con el pecho agitado, sujetando bien las jabalinas y los escudos contra el cuerpo y fijando la vista al frente. La forma física de Macro, equipado con la cota de malla, las grebas y el casco que había cogido de los pertrechos de la Duodécima Hispania, era mucho mejor que la de los soldados, por lo que él respiraba con facilidad mientras recorría la primera línea a

grandes zancadas inspeccionando a los miembros de la Macedonia con expresión desdeñosa. Entre ellos, el único hombre que poseía el espíritu que Macro quería ver era Ático, quien había resultado ser uno de los mejores reclutas con los que Macro se había encontrado: un hombre duro y con un talento natural con las armas. Macro ya había destinado al griego para ascenderlo a optio.

—¡He visto corros de ancianas cosiendo con un aspecto más belicoso que el vuestro! Sois patéticos. ¿Cómo podéis estar tan hechos polvo después de una carrerita de nada como ésta, por el Hades? Pues bien, después de practicar con la jabalina volveremos a hacerlo, y si alguno de vosotros rompe filas o no se cuadra como es debido cuando regresemos aquí, le patearé el culo con fuerza hasta que le salgan las gónadas por la boca. De manera que echadme una mano, ¿entendido?

Macro llegó al final de la línea, giró sobre sus talones y señaló las diez figuras de paja sujetas a unas estacas a unos treinta pasos de distancia.

—He ahí vuestro objetivo, uno para cada sección. Si no podéis alcanzar un blanco inmóvil como ése en una estupenda plaza de armas, entonces no me vais a servir de nada en un campo de batalla empapado de sangre y cubierto de cuerpos. Arrojaréis la jabalina hasta que todos y cada uno de vosotros hayáis dado en el blanco cinco veces. No me importa el tiempo que tardemos, soy un hombre paciente y nada me hace más feliz que la perspectiva de pasar toda la noche practicando con la jabalina. ¡Formad en línea por secciones!

Los soldados ocuparon rápidamente sus posiciones arrastrando los pies. La mayoría de las secciones contaban con menos de ocho hombres, pues algunos habían muerto en el terremoto y otros estaban enfermos o heridos.

—¡Primer soldado! —gritó Macro—. ¡Prepara la jabalina!

El soldado al frente de cada una de las filas avanzó unos pasos agarrando la jabalina por encima de la cabeza y echando el brazo armado hacia atrás. Utilizaban jabalinas ligeras, más finas que las armas reglamentarias que en ocasiones se usaban también a modo de lanza. Macro aguardó hasta que todos estuvieron preparados y hubieron tenido una breve oportunidad para apuntar.

—¡Lanzad jabalinas!

Los soldados dieron un paso adelante con un resoplido y arrojaron sus jabalinas. Las armas describieron un arco en el aire en dirección a los objetivos. Hubo una leve explosión de paja en dos de los muñecos; tres de las jabalinas se desviaron y otras cinco no lograron siquiera llegar hasta el blanco.

Macro se cruzó de brazos y fulminó con la mirada a los soldados que permanecían allí de pie con las manos vacías. Inspiró profundamente para calmarse antes de gritar:

—¡Ha sido la demostración más lamentable que he visto nunca! La única posibilidad de sobrevivir que tendríais en el campo de batalla sería matando de risa al enemigo con vuestros esfuerzos, que son una verdadera mierda. A la cola de la fila, señoritas. ¡Siguiente línea!

La sesión de práctica continuó, pero los soldados no lograban mejorar y, para exasperación de Macro, ni siquiera se acercaban al nivel que éste les exigía. Una cosa era amenazarlos con no parar hasta que lo hicieran bien y otra completamente distinta tener que soportarlo con ellos. Algunos de los hombres eran hábiles con la jabalina y la mayoría eran capaces de dar al objetivo la mitad de las veces, pero había unos cuantos tan negados que Macro temía que no lograrían alcanzar a los muñecos

aun teniéndolos a dos pasos.

Por fin vio a Cato que salía por la puerta de la ciudad más próxima y se dirigía hacia la plaza de armas. Cato se reunió con su amigo e intercambiaron un saludo. Cuando, de otra oleada de proyectiles, la mayoría fallaron el objetivo, Cato chasqueó la lengua.

—¡Me alegra ver que no has perdido tu habilidad como instructor!

—¡Ja, ja, qué gracioso! —refunfuñó Macro—. ¿A qué has venido? Suponiendo que no hayas venido hasta aquí sólo para cachondearte...

—¡Sí, hombre, y qué más!

—De todas formas, tú tampoco eres muy bueno con la jabalina. Me parece recordar que en cierta ocasión, Germania, a punto estuviste de ensartarme.

—Entonces sólo era un recluta novato —replicó Cato a la defensiva—. Ahora ya la domino, por supuesto.

—¿En serio? —a Macro le brillaron los ojos. Se volvió hacia sus soldados—. ¡Señoritas! Me complace anunciar que tenemos aquí a un soldado como es debido que estará encantado de haceros una demostración del arte del lanzamiento de la jabalina.

—Macro... —gruñó Cato.

—¡Eh, tú! —Macro señaló al soldado más cercano—. ¡Dale tu jabalina al centurión Cato!

—Macro, de verdad, no tengo tiempo.

—¡Tonterías! Veamos quién ha perdido su habilidad, ¿de acuerdo? —Con un gesto de la mano, Macro lo invitó a tomar la jabalina que el soldado le tendía—. Adelante.

Cato entrecerró los ojos con furia. Agarró bruscamente el arma y se dirigió al frente de la línea a grandes zancadas. Se volvió hacia el objetivo y fijó la mirada en él al tiempo que alzaba el arma y la sujetaba por encima de la cabeza. Adelantó el pie con cuidado, echó hacia atrás el brazo con el que iba a lanzar y apuntó al objetivo con la mirada siguiendo el brazo izquierdo, alineándola con el dedo medio. Entonces respiró hondo, tensó los músculos y lanzó la jabalina con todas sus fuerzas. El arma trazó un arco en el aire, alcanzó la cúspide de su trayectoria y a continuación bajó en picado y atravesó el centro del cuerpo del muñeco.

Cato se dio media vuelta hacia Macro rápidamente y cerró los puños al tiempo que exclamaba con tono triunfal entre dientes:

—¡Biennn!

Se obligó a recuperar la compostura de inmediato y regresó tranquilamente junto a su amigo, intentando con todas sus fuerzas aparentar despreocupación, como si dar en el blanco fuera el pan de cada día. Macro asintió con la cabeza en señal de admiración.

—Buen tiro.

—Trágate tus palabras, Macro.

—No ha estado nada mal, salvo que, no sé cómo, te las has arreglado para lanzar esa cosa al revés.

—¿Cómo dices? —Cato se dio la vuelta rápidamente para mirar el blanco. No había duda, la punta de la jabalina sobresalía del pecho, en tanto que la base colgaba hacia el suelo por el otro lado—. ¡Mierda!

—Bueno, no importa —Macro le dio unas palmaditas en el hombro—. Al menos es una valiosa demostración de cómo improvisar.

Cato puso mala cara.

—¡Ja, ja, qué gracioso!

Macro se echó a reír.

—Bueno, dime, ¿qué te trae por aquí?

—Un mensaje de Sempronio. Un tramo del alcantarillado se ha venido abajo y hay que sacarlo.

Quiere que tú y tus hombres os encarguéis de ello.

—¡Vaya, muchas gracias! Justo lo que me hacía falta.

Cato sonrió y volvió a saludar a Macro.

—Quien siembra recoge, ¿eh? Te veré más tarde. Ahora mismo tengo que regresar a la acrópolis y a los placeres de la teneduría de libros. Que te diviertas.

* * *

La luz del sol entraba a raudales por las ventanas abiertas en lo alto de la pared del despacho situado junto al que Glabio había desocupado hacía poco. Allí también había ventanas que daban a la ciudad y Cato estaba mirando por encima de los edificios dañados y las ruinas, en aquellos momentos teñidos de un pálido tono anaranjado. Poco a poco sus pensamientos se desviaron a la preocupación que lo estaba consumiendo. A lo largo de los días anteriores, los informes optimistas de Marcelo respecto a su avance quedaban refutados por retazos de información y rumores que llegaban a Cortina y que hablaban de numerosos asaltos perpetrados por los esclavos en granjas y fincas aisladas. Luego, el día anterior, un escuadrón de caballería que se había enviado en busca de una patrulla que no había rendido informe regresó para informar a Cato de que habían descubierto los cadáveres de los soldados perdidos. Los jinetes habían pasado también por un pueblo en el que habían matado a todos los hombres, mujeres y niños, y habían dejado sus cadáveres mutilados amontonados en el centro de la población, a apenas cinco kilómetros de Gortina.

—¡Eh! —Julia lo llamó desde el otro extremo de la mesa—. ¿Te importaría concentrarte en el trabajo? —dio unos golpecitos con el estilo en la tablilla que tenía frente a ella—. Mi padre quiere que los números estén revisados esta noche, y todavía tenemos que dar cuenta de esos carros que aparecieron a mediodía.

—Lo siento —Cato le sonrió—. Sólo estaba pensando.

Tomó el inventario del primer carro y se dispuso a sumar las marcas de cada saco y anunciar el total a Julia para que lo anotara.

De pronto llamaron a la puerta y Cato se dio la vuelta.

—¡Adelante!

La puerta se abrió y entró uno de los ordenanzas de Sempronio.

—Lamento molestarle, señor, pero el senador quiere verle de inmediato.

—¿De inmediato? —Cato miró a Julia y vio que ésta fruncía el ceño—. Está bien. Ya vengo.

Empujó la silla hacia atrás, se puso de pie y se detuvo un momento.

—Continuaremos más tarde.

Julia asintió con desánimo.

Cato siguió al administrativo fuera del despacho. Se preguntó por qué Sempronio lo había mandado llamar de forma tan perentoria. No tenían que verse hasta la reunión de la tarde. Al final del pasillo, la puerta del despacho del senador se hallaba abierta y el ordenanza se detuvo para llamar dando unos golpecitos en el marco.

—El centurión Cato, señor.

—Muy bien, hazlo pasar.

El hombre se hizo a un lado y Cato pasó junto a él con paso resuelto y entró en el despacho. Sempronio estaba sentado frente a su mesa. A un lado había un oficial. Cato lo reconoció como a uno de los centuriones de Marcelo. El centurión llevaba puesta la armadura y un trapo manchado de sangre atado en el brazo de la espada. Una barba de varios días cubría su rostro y tenía un aspecto agotado y tenso. Sempronio miró a Cato con expresión demacrada.

—He enviado a buscar a Macro. Debería reunirse con nosotros enseguida. Mientras tanto, ¿conoces al centurión Micón?

Sempronio señaló al otro oficial, al que Cato miró un momento y asintió mientras cruzaba la habitación y se detenía delante de la mesa.

—Por lo que veo, ha recibido un informe del prefecto Marcelo, ¿no?

Micón miró al senador en busca de consejo.

—Cuéntaselo —dijo Sempronio en tono cansado—. Explícaselo todo.

Cato se volvió a mirar al centurión Micón y éste carraspeó.

—Sí, señor. El centurión Marcelo está muerto.

—¿Muerto?

—Sí, señor —Micón asintió desolado—. Él y todos sus hombres.

Capítulo XV

El parto alzó la vista mientras sujetaba la aguja y el hilo de tripa de cordero preparados sobre la herida. Un tajo de espada le había abierto el muslo al gladiador. Por suerte, la herida era limpia y poco profunda y había sangrado bien para purgar el polvo y la tierra. El desgarró del músculo era superficial y se curaría sin dejarlo impedido. El gladiador se hallaba de pie frente a él, desnudo salvo por un taparrabos. Tenía varias cicatrices en el torso, algunas de las cuales daban la impresión de que podrían haber matado o lisiado a un hombre menos duro. Aunque antes de convertirse en esclavo ya había sido un hombre fuerte y en buena forma, dos años de entrenamiento le habían conferido un cuerpo espléndido. El parto nunca había visto nada parecido en todo el tiempo que llevaba atendiendo a los guerreros de la escolta de su amo.

Había llevado una buena vida, reflexionó brevemente, antes de la escaramuza fronteriza que había conducido a su captura y a que luego lo vendieran como cirujano a la familia de un rico comerciante griego. Desde entonces todo había sido una sucesión de esclavos con furúnculos, esguinces de tobillo y muñeca y de enfermedades venéreas entre las chicas de un burdel que el comerciante poseía en Atenas. El parto se encontraba de viaje con su amo cuando el terremoto sacudió Creta. El no se hallaba en el interior de la posada en la que el griego y su séquito se alojaban cuando la tierra rugió y tembló bajo sus pies, arrojándolo al suelo. Cuando pasó el terremoto y se levantó, de la posada ya no quedaba ni rastro y debajo del montón de escombros no se oía absolutamente nada.

El parto había aprovechado la oportunidad para huir a las montañas, por donde estuvo vagando durante dos días, cada vez más hambriento, hasta que se encontró con el gladiador y su banda de esclavos. Al principio se contentó con aceptar las sobras de comida que le daban desinteresadamente y decidió viajar hacia la costa y buscar un barco con rumbo al este en el que pudiera colarse de polizón. Pero entonces llegó a coñocer al gladiador. Tenía algo que al parto le recordaba a su amo. Un aura inextinguible de autoridad y determinación que no toleraría obstáculo alguno. Cuando el gladiador se enteró de su pericia en medicina, al parlo le pidieron que se quedara con los esclavos y atendiera sus necesidades. Por primera vez en su vida le habían dado a elegir, y en tanto que reflexionaba sobre la novedad de decidir su propio destino, vio que el gladiador lo observaba fijamente, aguardando su respuesta. En aquel momento supo que su decisión estaba tomada.

Durante los días subsiguientes, la banda de seguidores del gladiador se había incrementado con más esclavos que acudían a él suplicándole que les diera la oportunidad de tomar las armas contra sus antiguos amos. El gladiador los había aceptado a todos, seleccionando a los que estaban en condiciones de formar parte de su creciente banda de guerreros. Al resto los mandaba a la gran meseta que les servía de base. Los accesos a la cima ya se habían protegido mediante obras defensivas y empalizadas, y miles de esclavos vivían en esa meseta en una variedad de refugios toscos, o incluso a la intemperie. Pese a las penurias y al miedo siempre presente a los soldados romanos y a la captura, eran felices y saboreaban todos y cada uno de los días que permanecían en libertad.

El parto se inclinó para acercarse más a la herida y la examinó un momento. Bastaría con tres

puntos para volver a unir el músculo cortado. Otros nueve o diez puntos serían suficientes para cerrar la herida, decidió el parto, y alzó la mirada.

—Esto te va a doler. ¿Estás preparado, Áyax?

—Hazlo, venga.

El gladiador se quedó inmóvil, el cirujano se inclinó y hurgó en la herida para juntar los dos pedazos de músculo. Luego pinchó el tejido, lo atravesó con la aguja y dio los puntos, tras lo cual cortó el hilo que sobraba y lo aseguró con un nudo. Levantó la vista.

—¿Todo bien?

Áyax asintió con la cabeza sin apartar la mirada de las vistas que se extendían por debajo de él. Se encontraba en lo alto del precipicio que dominaba el desfiladero, bañado por el brillo cálido del sol de la mañana. Hacía una hora que había amanecido y los primeros haces de luz habían brillado a lo largo del desfiladero, iluminando los cadáveres de los soldados romanos diseminados y amontonados por el camino estrecho. Entre ellos había también cuerpos de caballos y de cientos de esclavos que habían acudido a liquidar a los romanos atrapados en la emboscada. Áyax recordó vívidamente que había sido una lucha sangrienta. El coraje desesperado de sus hombres contra el entrenamiento, las armaduras y armas de los romanos. Habían dado caza y acabado con los últimos enemigos poco antes del alba. En aquellos momentos sus soldados estaban despojando los cadáveres de cualquier cosa que resultara de utilidad para su creciente ejército. Antes habían tenido una miscelánea de espadas, cuchillos, guadañas, lanzas, horcas y garrotes. Ahora contaban con un equipo como era debido y Áyax sabía cómo utilizarlo. Varios de sus seguidores también habían sido gladiadores y ya habían empezado a instruir a los mejores esclavos en los rudimentos del combate. Éstos, a su vez, no tardarían en instruir a otros esclavos, y antes de que finalizara el mes Áyax dispondría de una fuerza armada de miles de hombres y nada obstaculizaría su revuelta.

Crispó el rostro cuando el cirujano le pellizcó la boca de la herida para unirla y empujó la aguja a través de la piel, tiró con destreza del hilo para tensarlo y volvió a hacer pasar la aguja por la carne en dirección opuesta. El dolor era tan intenso que parecía que todos los nervios de la pierna estuvieran en un grito, pero él mantuvo la mandíbula apretada y combatió la tentación de demostrar que estaba sufriendo. Su primer instructor en la escuela de gladiadores de las afueras de Brindisi le había dicho que el dolor era una prueba de que estabas vivo. Asimismo, la resistencia al dolor daba una idea del carácter de un hombre, había seguido diciendo el instructor mientras recorría la fila de nuevos reclutas y golpeaba a todos ellos en la cara al pasar en ambos sentidos. A aquellos que se encogían o gemían volvía a golpearlos una y otra vez hasta que se desplomaban en el suelo, rotos y ensangrentados. Al día siguiente repitió el ejercicio, y al siguiente, y al término de los primeros diez días, todos eran capaces de recibir sus golpes sin que por sus rostros cruzara la más mínima expresión.

Así pues, Áyax permaneció firme como una roca mientras el cirujano parto trabajaba sin prisas en su herida y no miró abajo hasta que, finalmente, oyó que el parto se echaba hacia atrás y se ponía de pie sujetando la aguja con los dedos manchados de sangre en tanto que con la otra mano sacaba un trapo de su bolsa.

—Bueno, ya está. Volveré a examinar la herida esta noche. Intenta no hacer demasiado esfuerzo

con esta pierna durante el día de hoy o podrían romperse los puntos.

El gladiador le brindó una de sus muy poco habituales sonrisas.

—Hoy no es necesario hacer ningún esfuerzo, Kharim. Los esclavos han conseguido su victoria; celebrémoslo. Cuando hayamos atendido a nuestros heridos y enterrado a nuestros muertos, regresaremos al campamento. Sacrificaremos y asaremos un rebaño de cabras, abriremos el vino y nos daremos un banquete digno de los dioses.

—¿De qué dioses? ¿De los tuyos o de los míos?

Áyax se echó a reír y le dio una palmada en el hombro al parto.

—De ninguno de los dos, o de ambos. ¿Qué importa eso? Mientras seamos hombres libres, ¿qué más da a qué dioses adoremos? La vida es buena y la derrota de esos cabrones romanos la endulza aún más.

—Sí —asintió Kharim mientras se limpiaba las manos con el trapo y dirigía la mirada a los cadáveres de abajo. Guardó silencio un momento—. Lo del chico fue una pena.

La sonrisa de Áyax se desvaneció al recordar al joven que había conducido a los romanos a la trampa.

—Él ya sabía la suerte que correría. Polio era un valiente donde los haya. —Áyax cerró el puño lentamente—. No se le olvidará. Nos compró una victoria pagando con su vida. Honraré a Polio matando a más romanos.

El parto lo miró con incomodidad.

—¿Por qué odias tanto a los romanos?

—Muy sencillo. Porque me convirtieron en un esclavo.

—No son peores que otros propietarios de esclavos. Sin embargo, a los demás no los odias tanto como a los romanos.

—Tienes razón —Áyax sonrió vagamente—. A decir verdad, tengo mis propias razones para odiar al Imperio y a unos cuantos romanos en particular. Pero eso no importa. Siempre y cuando mi odio alimente mi deseo de libertad, la tuya y la de todos los esclavos que me siguen, permíteme ese gusto, ¿eh?

Compartieron una sonrisa y entonces Áyax frunció el ceño al ver a un pequeño grupo de prisioneros escoltados que eran conducidos por lo alto del precipicio hacia él. El jefe de la escolta era un joven alto y ancho de espaldas que sonreía de oreja a oreja mientras se acercaba a su comandante. Áyax mantuvo una expresión severa, se cruzó de brazos e irguió la espalda en tanto que los prisioneros eran conducidos ante su presencia.

—¿Qué es esto, Chilo? Di orden de no hacer prisioneros.

—Sí, Áyax, lo sé. Pero es que éste —Chilo se dio media vuelta, agarró a uno de los prisioneros por el hombro y lo empujó bruscamente de manera que el hombre dio un traspié y estuvo a punto de perder el equilibrio— es un centurión. Lo pillé con estos otros, escondidos detrás de un carro situado a la retaguardia de la columna. No opusieron resistencia y arrojaron sus espadas. ¡Y yo que pensaba que los centuriones tenían que morir antes que rendirse!

Áyax miró fijamente al oficial romano.

—¿Es eso cierto?

El centurión agachó la mirada y asintió con la cabeza.

—¿Por qué? Explícame por qué te deshonras, y deshonras a estos soldados a los que mandas.

—¿Por qué? —el centurión levantó la vista con nerviosismo—. Estábamos derrotados. No tenía sentido seguir resistiéndose.

—¡Cobarde! —gritó Áyax—. ¡Cobarde! ¡Siempre tiene sentido resistirse! Siempre. Por eso estoy aquí como tu vencedor. Y tú te inclinas derrotado. Estás humillado, romano, y más aún porque optaste por la vergüenza en lugar de la muerte. Un esclavo lleva una vida de vergüenza, de reverencia, siempre con miedo. Él no tiene alternativa y la muerte no es más que un alivio de la humillación y el dolor. Ésta es la lección que aprendí cuando Roma me convirtió en un esclavo —hizo una pausa y miró desdeñosamente al centurión—. Por eso te derrotaron estos esclavos, romano. Saben que la libertad es lo único por lo que vale la pena morir. En cambio tú, y estos otros bellacos, vosotros preferís rendir vuestra libertad antes que morir. Y por eso os derrotamos. Y por eso derrotaremos a todos los soldados romanos de Creta. Porque nuestra voluntad es más fuerte que la vuestra.

El centurión le devolvió la mirada, aterrorizado por la fulminante intensidad de la del otro. Hubo una pausa tensa hasta que el gladiador respiró profundamente y siguió hablando:

—¿Cómo te llamas, centurión?

—Centurión Micón, señor. Segundo escuadrón, segunda cohorte de la caballería báltava.

—Pues bien, centurión Micón, yo diría que la segunda cohorte de la caballería báltava ya no existe. Por consiguiente, no hay ninguna necesidad de un centurión.

Áyax sacó rápidamente una daga y agarró a Micón por el arnés que cubría su cota de malla y que lo distinguía como oficial. En el arnés había tres medallas: condecoraciones de campaña. Áyax deslizó la hoja por debajo de la tira de cuero del hombro, sonrió al ver que el romano se encogía y cortó la correa de un rápido tirón. Cortó la otra correa del hombro del arnés, luego la ligadura que lo sujetaba a la cintura del centurión y arrancó arnés y medallas del cuerpo de Micón. Lo sostuvo en alto para que todos sus hombres pudieran verlo y a continuación lo arrojó al barranco con desprecio. Los esclavos que habían estado observando aquel pequeño drama estallaron en rugidos de aprobación.

—Ya no eres centurión —dijo Áyax con desdén—. Ya no eres más que el último retazo de tu preciosa cohorte.

Se volvió a mirar a Chilo.

—Conduce a tus prisioneros al borde del precipicio y arrójalos por él, uno a uno.

Chilo sonrió de oreja a oreja.

—¡Sí, general! Será un placer.

—¡No! —gritó uno de los auxiliares báltavos—. ¡No puedes hacerlo! ¡Nos rendimos!

—Lo cual fue una verdadera estupidez por vuestra parte —repuso Áyax con frialdad—. Me pregunto si me habríais perdonado la vida de haber sido yo quien suplicara clemencia en la arena. Adelante, Chilo.

Chilo y dos de sus hombres agarraron al auxiliar que tenían más cerca y lo arrastraron con brusquedad hacia el borde del precipicio que caía al barranco. El soldado gritó y chilló pidiendo compasión, retorciéndose en las manos de sus captores, que se acercaron con esfuerzo hasta el borde,

se detuvieron a una distancia prudencial y agarraron firmemente al romano por las muñecas. Chilo se situó detrás de él y colocó la bota en la parte baja de la espalda del auxiliar, lo empujó y sus hombres lo soltaron. Con un grito aterrorizado, el bático se precipitó por el borde del precipicio con los brazos como aspas de molino. Al cabo de un instante caía dando una floja voltereta al intentar aferrar el aire con las manos. Sus gritos quedaron interrumpidos al cabo de un momento, cuando su cabeza golpeó contra un afloramiento rocoso y estalló como una sandía. Su cuerpo rebotó por el precipicio y cayó con un fuerte crujido sobre las rocas que había al pie. Uno a uno, sus compañeros corrieron la misma suerte, en tanto que los esclavos animaban a cada uno de ellos y abucheaban a los que más se resistían mientras los conducían hasta el borde.

Al final sólo quedó Micón. Había caído de rodillas y temblaba de manera lastimosa cuando sus captores fueron a por él. Chilo hizo que lo arrastraran hacia el precipicio pero, justo antes de llegar al borde del mismo, Áyax gritó:

—¡Alto!

Chilo y sus hombres se volvieron a mirar a su jefe con expresión inquisitiva.

—Él no. —Áyax les hizo señas para que se alejaran del borde—. Éste se queda con vida. Traedlo aquí.

Arrojaron al romano tembloroso al suelo, a los pies del gladiador, y Áyax contuvo su indignación con la vista clavada en el romano, que farfullaba su patético agradecimiento.

—¡Silencio, perro! —le propinó un puntapié al romano—. Escúchame bien. Quiero que regreses a Cortina y que cuentes a tus superiores..., y a todo aquél que te encuentres, todo lo que has visto aquí. Diles que los esclavos serán libres y que destruiremos a sangre y fuego a cualquiera que se interponga entre nosotros y la libertad... Y ahora, levántate, cobarde indeseable. ¡En pie! Antes de que cambie de parecer.

Micón se levantó apresuradamente y se quedó temblando frente a Áyax.

—¿Entiendes lo que tienes que hacer, romano?

—S-sí.

Áyax se volvió hacia Chilo.

—Búscale un caballo y luego escóltalo hasta que esté lejos de aquí, a una distancia prudencial para que nuestra gente no tenga la tentación de darle caza y cortarle el cuello. Después, déjalo ir. ¿Entendido?

—Sí, general. Como ordenes —respondió Chilo con una inclinación de la cabeza.

* * *

Aquella noche las hogueras llamearon hacia el cielo estrellado para dar calor a los esclavos que celebraban su victoria. En el centro de aquel mosaico de humildes refugios y tiendas que formaban su campamento había un gran espacio abierto frente a la tienda de Áyax y sus compañeros más cercanos. Se habían cavado montones de hoyos para hacer fuego y al caer la noche la carne de ovino ensartada en las espitas se asaba sobre montones de brasas inundando la atmósfera del intenso aroma de la

carne cocinándose. Para los esclavos, habituados a una dieta nada variada de gachas y cualesquiera animales pequeños que pudieran atrapar, aquello era el no va más del lujo. La clase de festín del que disfrutaban sus antiguos amos y que ellos sólo se habían atrevido a soñar. El vino, el pan y la fruta que se habían llevado de las cocinas de las fincas que los esclavos habían saqueado se distribuyeron copiosamente siguiendo las órdenes de Áyax.

Mientras sus seguidores lo festejaban, Áyax fue de hoguera en hoguera felicitando a aquellos que habían combatido en la emboscada y escuchando pacientemente cuando alardeaban de su participación en la batalla. Se sintió animado al ver que aquellos fugitivos andrajosos y acobardados que se habían unido a su lucha contra Roma se hallaban entonces entusiasmados por pelear. Cuando los condujera a la batalla lo seguirían ciegamente. Él se había acostumbrado a la adulación del populacho que acudía de espectador a los juegos en Roma, pero aquello era algo distinto por completo. Aquellos esclavos, esa gente, no lo seguían porque les hiciera ganar apuestas, ni porque excitara su sed de sangre. Lo seguían porque compartían una carga común. Y ahora, reflexionó, compartían un destino común.

Él había alimentado la ambición de aquellos hombres con pequeños ataques en fincas y aldeas y luego contra patrullas romanas. No había planeado la emboscada de la noche anterior hasta que no estuvo seguro de que estaban preparados. Habían estado vigilando a la columna romana desde que ésta había salido de Cortina. Mediante una escaramuza tras otra, había atraído al comandante hacia las montañas, y entonces, cuando la trampa estuvo tendida, había mandado al chico. El muchacho no había dudado ni un instante cuando Áyax le había pedido que llevara a cabo la tarea que casi con toda seguridad lo conduciría a su muerte. Al padre del chico lo había matado un capataz y a su madre la habían vendido a un burdel. El muchacho sólo vivía para vengarse. Había ido al encuentro de la muerte de buen grado y Áyax se había alegrado por él de que lo hiciera, consciente de que él hubiera hecho exactamente lo mismo de haberse invertido los papeles. Hacía mucho tiempo que convivía con la convicción de que no había nada de lo que no fuera capaz si con ello beneficiaba su deseo de desafiar y destruir a Roma y todo lo que ésta representaba, (ion el tiempo sus seguidores llegarían a compartir su visión con su mismo convencimiento, igual que había hecho el chico, y Roma temblaría al ver que una marea de aquéllos a los que había tratado poco más que como objetos se alzaba para aplastar el Imperio.

Áyax se permitió un momento para mimar el sueño de tener el pie encima de Roma y destruirla. Luego refrenó su imaginación y se concentró en el futuro inmediato. Se había ganado una pequeña batalla. Era el momento de aprovecharse de la victoria antes de que los romanos pudieran recuperarse de la impresión de la derrota.

Las hogueras se fueron extinguiendo y los esclavos terminaron con los restos de su festín y se bebieron el vino que quedaba. Algunos se pusieron a cantar fragmentos de canciones que recordaban de antes de que ellos o sus antepasados fueran esclavizados. Canciones de todos los rincones del Imperio, y aquellas melodías y ritmos que en gran parte resultaban extrañas a su oído, conmovieron profundamente a Áyax. Lo cierto era que no había rincón de la tierra que no hubiese sufrido el azote de Roma. Una vez más, su corazón se llenó de una furia fría, gélida, y de ansias de venganza.

Regresó al centro del campamento, trepó a un carro cargado con una alta pila de equipo

capturado y subió al pescante con la espada en una mano y el estandarte de la cohorte báltava en la otra. Golpeó la hoja del arma contra el disco de plata que mostraba una imagen del emperador. La multitud que lo rodeaba se volvió hacia el ruido y empezó a guardar silencio y a observar a su líder con expectación. Áyax bajó la espada y miró aquel mar de rostros débilmente iluminados por el resplandor ondulante de las llamas mortecinas. Se llenó de aire los pulmones y empezó a hablar:

—Os habéis dado un festín con la mejor de las carnes, el mejor vino y las mejores exquisiteces que les hemos quitado a los que fueron nuestros amos. Decidme, ¿qué es lo que mejor os ha sabido esta noche?

—¡El cordero asado! —gritó una voz, y la gente estalló en carcajadas.

—¡El Garo! —exclamó otra voz.

—¡Los higos!

—¡El coño de mi novia! —gritó alguien, y volvieron a oírse unas sonoras carcajadas.

Áyax volvió a golpear la espada contra el estandarte para acallarlos.

—¡Estáis todos equivocados! Yo os diré lo que a todos nosotros nos sabe mejor y más dulce...

¡La libertad! ¡La libertad!

La multitud aclamó alzando los puños al aire y repitiendo el lema: «¡La libertad!».

Cuando se apagaron los vítores, Áyax continuó hablando:

—Amigos míos, hemos ganado el primero de muchos combates. Pero no ha sido sin sacrificio. Luchamos con garrotes y herramientas agrícolas contra soldados con armadura, espadas y lanzas. Ahora sus armas son nuestras y la próxima vez que luchemos contra los romanos será en condiciones más igualadas. ¡No! El próximo combate será según nuestras condiciones. Ellos han engordado y se han vuelto displicentes a costa de nuestro trabajo y nuestro sufrimiento. No pueden igualar la determinación de aquellos que luchan por su libertad. Por eso perderán. ¡Por eso vamos a triunfar!

Sus palabras fueron recibidas con más vítores. Áyax se lo consintió un momento, pero luego alzó la espada y pidió silencio.

—Amigos míos, hemos probado la libertad y ahora la victoria, pero nuestro trabajo apenas acaba de empezar. Tengo un plan. Exigiremos que nos sea reconocida la libertad. Exigiremos que los romanos nos dejen abandonar su imperio, sanos y salvos. Pero, claro está, es posible que decidan rechazar una petición tan razonable...

El gentío se echó a reír y lanzó unos abucheos, y al cabo de unos instantes Áyax prosiguió.

—Así pues, amigos míos, debemos enseñarles una lección, demostrarles lo serias que son nuestras peticiones. Mañana saldré de esta montaña con un ejército y me dirigiré a la llanura. En cuestión de días demostraré a los romanos que su derrota de anoche no fue una casualidad. Les proporcionaré otra derrota que derrumbará su arrogancia y los humillará. Dentro de pocos días sabrán lo terrible que puede llegar a ser nuestra venganza... Entonces se verán obligados a acceder a nuestras exigencias. Si no lo hacen, os doy mi palabra de que mataremos hasta al último romano que haya en la isla —alzó bruscamente la espada al cielo—. ¡Muerte a Roma! ¡Muerte a Roma!

La multitud retomó el clamor, que resonó en la noche, estridente y retador, desafiando a Roma a que les hiciera frente.

Áyax bajó del carro y se acercó tranquilamente a Chilo.

—Creo que es hora de terminar el entretenimiento de esta noche. Que los hombres traigan a mi mascota.

—Será un placer —repuso Chilo con una sonrisa burlona. Se dio la vuelta y se alejó al tiempo que hacía señas a unos cuantos de sus hombres, que lo siguieron al interior de la tienda de Áyax. Salieron al cabo de un momento llevando una jaula de hierro. Cuando la multitud vio la jaula, se acercaron poco a poco y formaron un círculo desigual en torno a ella. Chilo y sus hombres la situaron bajo el resplandor de las hogueras, Áyax se aproximó a la jaula y miró por entre los barrotes. Dentro distinguió otra forma humana, visible bajo la luz anaranjada que entraba entre las barras. La figura estaba desnuda, magullada, sentada con los brazos en torno a las rodillas y unos mechones de cabello apelmazado caían sobre su cuerpo rollizo.

—Mi señora Antonia, gracias por unirme a nosotros —se burló Áyax—. Lamento que te hayas perdido el banquete, pero no te has perdido toda la diversión. He reservado lo mejor para el final, en tu honor. Conozco muy bien tus gustos. Todos los meses que tuve que montarte como si fuera un toro en celo... No tienes ni idea de lo mucho que me repugnaba sólo pensar en ti y en tu cuerpo blando, débil y fofo. Has echado a perder mi semilla y me has mancillado. Ahora toca que te mancillen a ti —chasqueó los dedos en dirección a Chilo—. ¡Sácala de ahí!

Chilo cortó las ataduras que sujetaban la puerta de la jaula y metió la mano para sacar a rastras a la esposa del antiguo gobernador. Ella se resistió de manera patética y se derrumbó en el suelo a los pies de Áyax, mientras algunos miembros de la multitud lanzaban silbidos de admiración.

—Seré amable —dijo Áyax con una sonrisa gélida—. Te dejaré elegir. Boca arriba o a cuatro patas.

Ella lo miró con ojos aterrorizados y labios temblorosos.

—Te suplico que no me mates. Por favor.

—No.

—Entonces, ¿por qué me salvaste? Cuando tuvo lugar el terremoto viniste a buscarme al jardín. ¿Por qué?

—Para este momento, mi señora. Sí, en cierto modo te salvé. Te salvé para poder vengarme por la vejación de haber sido tu juguete. Te salvé para estos hombres —Áyax señaló a Chilo y a sus compañeros, que sonreían con crueldad—. Tomadla, usadla como queráis y cuando hayáis terminado arrojad su cuerpo al barranco con los demás.

Áyax se dio media vuelta y regresó a su tienda a grandes zancadas. Dejó atrás a la multitud, que miraba cómo Chilo hacía que dos de sus hombres sujetaran a la mujer romana boca abajo en el suelo. Al cabo de un momento, el primero de sus gritos agudos de terror y sufrimiento rasgó la noche.

Capítulo XVI

Macro llegó al despacho de Sempronio llevando consigo el débil olor del trabajo que había estado supervisando en la alcantarilla de la ciudad. Dirigió un saludo con la cabeza a Cato, saludó al senador y a continuación echó una ojeada curiosa al centurión Micón.

—Ahora que ya estamos todos, toma asiento. —Sempronio juntó las manos—. Luego el centurión Micón podrá rendir su informe. Me imagino que todavía no sabes nada de lo ocurrido, ¿verdad, Macro?

Macro miró a Cato y se limitó a negar con la cabeza.

—No estoy al tanto de nada. Salvo de unos gritos provenientes del foro que oí cuando venía hacia aquí.

—¿Gritos?

—Sí. No parecía que fueran de celebración.

—Nuestro amigo el centurión Micón fue tan insensato que dio su noticia en el foro antes de venir a verme. Antes de que anochezca lo sabrá toda Gortina.

—¿Noticia? —Macro torció el gesto—. ¿Qué está pasando, señor, por el Hades?

—Hemos sufrido una derrota. Los esclavos rebeldes han aniquilado a Marcelo y su columna. El centurión Micón logró escapar, pero será mejor que lo cuente él mismo.

—¿Faltaría más! —Macro dirigió una fría mirada a Micón—. Oír la historia de cómo una banda de esclavos acabó con casi un millar de soldados tiene que valer la pena, desde luego.

Sempronio se inclinó hacia delante.

—Tú límitate a escuchar.

Macro alzó las manos, se reclinó en su asiento y le hizo un gesto con la cabeza a Micón:

—Cuéntanoslo, por favor.

El tono crítico de su superior había afectado al centurión Micón, quien, tras una breve pausa para recuperar la compostura, se aclaró la garganta y empezó a hablar:

—Ocurrió ayer al caer la noche, a unos cincuenta kilómetros al este de Cortina. Como ya saben por los informes del prefecto Marcelo, íbamos siguiendo la pista de bandas de esclavos y haciéndolos avanzar frente a nosotros. No dejaban de retroceder, alejándose de Gortina hacia las montañas. Teníamos el convencimiento de que los estábamos ahuyentando. Los habíamos sacado de la llanura y, en cuanto se vieran obligados a subir a las montañas, el plan era atraparlos y acabar con ellos de una vez por todas. Marcelo tenía la plena confianza de que la campaña finalizaría en menos de un mes. Entonces, hace tres días, una de nuestras patrullas capturó a un esclavo. Era un chico joven, no tendría más de doce o trece años. Nos lo trajeron para interrogarlo y nos dijo que el cabecilla de los esclavos era un gran gladiador que había prometido conducir a los esclavos a la libertad o a la muerte. Nuestros hombres se burlaron al oírlo, pero el chico afirmó conocer al gladiador; dijo que era uno de sus sirvientes. Entonces cayó en la cuenta de que había hablado demasiado y se calló como un muerto. Pero era demasiado tarde. El decurión al mando de la patrulla llevó al chico ante Marcelo. Al principio, el muchacho se negó a hablar y el prefecto hizo venir a los interrogadores —Micón hizo una pausa y miró a los demás oficiales—. Ya sabéis lo buenos que son

tirando de la lengua. Bueno, la cuestión es que tardaron casi una hora en doblegar al muchacho. Le habían dado una buena paliza y habían utilizado hierros candentes; entonces sacaron las gubias. Funcionaron de inmediato. Aun así, nunca había visto semejantes agallas en una persona tan joven — caviló el centurión Micón—, ni en un esclavo.

—Continua, por favor —intervino Sempronio.

—Sí, señor. Pues bien, el chico nos dijo que sabía dónde estaban acampados los rebeldes y que nos llevaría hasta allí si Marcelo le prometía mandarlo de vuelta con su amo sin hacerle más daño. El prefecto le dio su palabra, naturalmente. Marcelo mandó a buscar a sus oficiales. Nos dio vino y dijo que nos traería de vuelta triunfantes, conduciendo a miles de esclavos cautivos y que a su cabecilla lo llevaríamos arrastrando encadenado detrás.

»A la mañana siguiente dio órdenes para que llamaran a todas las patrullas y que los soldados se prepararan para el ataque contra el campamento de esclavos, que tendría lugar la noche siguiente. El centurión Albino sugirió que se mandara un informe a Cortina avisándoles de la ofensiva, pero Marcelo dijo que sería mejor si, sencillamente, regresábamos con nuestros cautivos una vez finalizado el ataque. No hay nada más elocuente que el éxito..., éstas fueron sus palabras. De modo que nos pusimos en marcha hacia las montañas guiados por el chico, que iba atado al caballo de Marcelo. Al principio la marcha fue fácil, siguiendo un camino ancho y, aun cuando se puso el sol y oscureció, la luz de la luna bastaba para ver por dónde pisábamos a medida que el sendero se estrechaba y empinaba. Al cabo de tal vez dos o tres Horus vimos un débil resplandor sobre una montaña situada a poco más de kilómetro y medio de distancia.

El chico nos aseguró que aquello era el campamento. Seguimos adelante con más cautela y Marcelo envió a los exploradores en avanzada. Durante un rato todo fue bien, hasta que estuvimos a menos de un kilómetro del campamento. Entonces uno de los exploradores regresó para informar de que el camino pasaba a través de un estrecho barranco tras el cual ascendía abruptamente hacia lo alto de la montaña. Marcelo recelaba y ordenó a la columna que se detuviera mientras volvía a interrogar al chico. El muchacho se mostró categórico e insistió en que aquélla era la única manera de llegar al campamento sin tener que dar un amplio rodeo, cosa que implicaría que no llegarían antes del alba. Marcelo nos ordenó que reanudáramos la marcha.

»El barranco apenas tenía seis metros de anchura y sus laderas eran empinadas, demasiado empinadas para trepar por ellas, por lo que hicimos todo lo posible por avanzar en silencio puesto que los sonidos resonaban en las paredes de roca a ambos lados. Justo cuando la cabeza de la columna empezaba a salir a terreno abierto, surgió un repentino estallido de luz a lo largo de las cimas a ambos lados. Tenían fajinas empapadas en aceite, las encendieron y nos las arrojaron encima. —Micón hizo otra pausa mientras recordaba el espanto de la noche anterior—. Había fuego por todas partes y las fajinas estallaban en fragmentos ardientes por doquier. Los caballos se asustaron, corrieron unos contra otros y pisotearon a la infantería. A la luz de las llamas, el enemigo..., los esclavos, quiero decir, empezaron a empujar rocas ladera abajo que caían rodando sobre nosotros. Rocas y también troncos en los que habían clavado ganchos y pinchos de hierro. Fue una carnicería, señor. Marcelo fue uno de los primeros que cayeron abatidos, pero no antes de desenvainar la espada y cortar el cuello al chico. Eso fue lo verdaderamente terrible. El muchacho

se quedó allí de pie riéndose mientras todo ocurría. Le escupió en la cara a Marcelo antes de morir. Al cabo de un instante, uno de los troncos aplastó al prefecto. Lo mató en el acto. No había nadie al mando, por lo que algunos soldados avanzaron a todo correr para salir de aquella trampa. Otros se dieron la vuelta y hubo algunos que se limitaron a acurrucarse en el primer sitio que encontraron para guarecerse.

—¿Y tú qué hiciste? —le preguntó Macro.

—Di media vuelta —confesó el centurión Micón—. ¿Qué otra cosa podía hacer? Llamé a los hombres que me quedaban para que se reunieran conmigo y volvimos a llevar a la columna por donde habíamos venido. Pero resulta que los esclavos habían cerrado el paso colocando abatidas de lado a lado del camino. Algunos de nuestros soldados intentaron quitarlas de en medio, pero ellos tenían honderos apostados en ambos flancos y nuestros hombres cayeron como moscas. No obstante, abrieron un hueco y me abalancé por él con mis hombres. —Micón miró a los demás oficiales de soslayo—. Fuimos tras los honderos, para darles una oportunidad a los demás de apartar el resto de la barricada y que pudieran escapar. Pero entonces fue cuando los lanceros surgieron del suelo. Habían permanecido tendidos detrás de los honderos, que se esfumaron en cuanto nos lanzamos contra ellos, y nosotros cabalgamos directos a las picas. Después de que cayera el último de mis soldados, di media vuelta y seguí el camino hacia la llanura abriéndome paso entre unos cuantos esclavos que cubrían el camino. No me detuve hasta que no me hube alejado casi un kilómetro y medio. Entonces, cuando detuve el caballo, miré hacia atrás y vi las llamas que resplandecían en el barranco. Aún puedo oír los gritos y chillidos de nuestros hombres resonando en las rocas. Los esclavos lanceros formaron al borde del barranco y mataron a todos los soldados que cayeron en su trampa. —El centurión Micón agachó la cabeza—. La columna no tuvo ninguna oportunidad, señor. Yo no sabía qué hacer... Si volver a lanzarme a la lucha o cumplir con mi deber y venir a informarle.

—Y decidiste salvar el pellejo —soltó Macro con un resoplido—. En lugar de ir a ayudar a tus compañeros. ¡Típico de un maldito auxiliar!

Cato se inclinó hacia delante.

—El centurión Micón no podía hacer nada.

—Podía haber muerto como un soldado, en vez de salir corriendo como un jodido bellaco azuzado y abandonar a sus compañeros.

—¿Entonces, quién hubiera quedado para informarnos?

Macro tomó aire con los dientes apretados. En las legiones era una tradición recalcitrante que los centuriones nunca cedieran ni un centímetro en batalla. Estaba claro que en las cohortes auxiliares se aplicaban otros principios.

—Bueno, seguro que podía haber encontrado a alguien que cabalgara hasta aquí para darnos la noticia.

Sempronio dio un manotazo en la mesa.

—¡Basta ya! Esto no nos lleva a ninguna parte. La cuestión es: ¿qué hacemos ahora? Esta derrota lo ha cambiado todo de golpe. Marcelo contaba con nuestros mejores hombres y los ha desperdiciado. Lo único que nos queda son unos cuantos destacamentos pequeños en el norte de la isla, la Décima Macedonia y la cohorte de Matala. ¿Cuánto es eso? Seiscientos hombres, a lo

sumo... —Sempronio meneó la cabeza—. ¿Cómo demonios pueden habernos hecho esto esos esclavos desgraciados? ¿Cómo pueden haber derrotado a soldados bien entrenados? Subestimé a los esclavos, y a ese gladiador que los dirige.

Cato mantuvo la boca cerrada e intentó combatir el sentimiento de furia e indignación que lo invadía. El senador era responsable por no haberse tomado suficientemente en serio la amenaza de los esclavos. Tanto Cato como Macro, aunque éste último en menor grado, habían sido conscientes de los peligros, pero su preocupación se había desestimado. Resultaba tentador exigir que se reconociera quién debía asumir la culpa, pero no era el momento. Las divisiones entre los que habían quedado al cargo de la provincia sólo servirían para empeorar su ya peligrosa situación.

—Bueno —continuó diciendo Sempronio, mirando a Macro y Cato—, vosotros sois los que tenéis experiencia militar. ¿Qué deberíamos hacer?

—¿Qué podemos hacer? —repuso Macro con frialdad—. Por lo visto, nos superan en número, son más listos que nosotros y nos han dado una buena paliza. Lo mejor que se puede hacer es enviar a buscar ayuda y aguantar hasta que ésta llegue.

A Sempronio no pareció gustarle lo que había oído y se volvió a mirar a Cato.

—¿Y tú qué piensas?

—Macro tiene razón, señor. Con tan pocos hombres, no tenemos alternativa. Sería una locura mandar a los que quedan contra los esclavos. Hay que defender Cortina.

—¿Defenderla? —Sempronio enarcó las cejas—. ¿Cómo? Debe de haber unas veinte o treinta brechas en las murallas de cuando el terremoto las echó abajo.

—Sí, señor. Pero tenemos que repararlas antes de que a los esclavos se les meta en la cabeza marchar sobre Cortina.

—¿De verdad crees que lo harán?

—Si yo estuviera en su lugar lo haría. Ahora nos tienen a su merced, pueden plantear sus exigencias o amenazar con aniquilarnos.

—Entonces, tenemos que reparar los muros de inmediato.

Macro meneó la cabeza.

—Eso no es posible, señor. Los daños son demasiado importantes. Aunque enviáramos a todos los hombres, mujeres y niños a trabajar en la reparación de las brechas, tardaríamos demasiados días en hacerlo.

Cato se quedó pensativo un momento.

—En tal caso, debemos abandonar Gortina. Tenemos que traer a todo el mundo aquí a la acrópolis.

—¿Hay espacio para todos? —preguntó Sempronio—. Allí afuera debe de haber más de quince mil personas. Las condiciones serían atroces.

Cato lo miró fijamente.

—O vienen aquí arriba, o asumen el riesgo con los esclavos.

—¿Y qué pasa con Matala? —interrumpió Macro—. Podríamos enviar a unas cuantas personas allí. Si se marchan ahora mismo, podrían llegar al puerto antes de que este ejército de esclavos se acerque por el este.

—No, es demasiado arriesgado. Tal vez los esclavos ya tengan patrullas apostadas en la campiña circundante. Tendríamos que mandar a un destacamento poderoso para proteger a los civiles. Necesitamos a todos los soldados aquí para defender la capital de la provincia —Cato hizo una pausa—. Sin embargo, tenemos que advertir al centurión Portillo y explicarle lo ocurrido. Tendrá que proteger a la población de Matala. Lo mejor sería que se le ordenara que también los trasladara al interior de la acrópolis.

Sempronio se reclinó en su asiento con aire decaído.

—¡Por los dioses! Estos esclavos nos tienen dominados. Nos han atrapado como ratas en un agujero. Cuando en Roma se enteren de esto, estaré acabado.

Cato se aclaró la garganta y habló en tono suave:

—Si no hacemos todo lo que podamos para salvar lo que queda, entonces nos arriesgamos a perder la provincia entera, señor. Eso sí que el emperador nunca lo perdonaría. —Dejó que sus palabras calaran hondo y prosiguió—. La cuestión es que, para empezar, se supone que ni siquiera tendríamos que estar aquí. Fue sólo una azarosa casualidad que nuestro barco pasara justo cuando azotó la ola.

—¿Y?

—Pues que no veo por qué iba a tener que rendir cuentas. La situación difícilmente podría haber sido peor, y usted ha hecho todo lo que estaba en sus manos para restaurar el orden.

—Eres muy amable, Cato, pero dudo que el emperador esté de acuerdo contigo. A pesar de lo que pudiéramos haber conseguido, si estos esclavos logran humillar los intereses de Roma, será a nosotros a quienes hará responsables.

Macro soltó un resoplido.

—¡Joder! Pues entonces tendrá que hacer algo al respecto..., señor.

—¿Hacer algo? —dijo Sempronio con gesto de impotencia—. ¿Y qué puedo hacer?

—Conseguir más hombres. Más soldados.

—Sí, pero ¿cómo? No puedo hacerlos aparecer por arte de magia.

—Tráigalos de Egipto —replicó Macro lacónicamente—. Dijo que conocía al legado del emperador de allí, ¿no es cierto? Cayo Petronio. Pertenece a la clase equestre.

Sempronio asintió con la cabeza.

—Y usted es senador. De manera que lo supera jerárquicamente. Ordénele que le mande refuerzos.

Sempronio lo consideró un momento antes de responder:

—¿Y si no lo hace?

—Entonces debe decirle que si Creta cae en manos de los esclavos, usted va a asegurarse de que Roma sepa que le pidió ayuda y que él se la negó. No será usted el único que suscite la ira del emperador —Macro esbozó una sonrisa forzada—. No me lo imagino rehusando la posibilidad de evitar que Claudio le tome ojeriza.

—Macro tiene razón, señor —afirmó Cato—. No tiene nada que perder presionando al legado egipcio para que le preste su ayuda. Si se dirige a la costa y toma el primer barco disponible, podría estar en Alejandría en cuestión de días y volver aquí con los refuerzos en menos de un mes. Si

consigue soldados suficientes, estoy seguro de que podremos aplastar la revuelta rápidamente.

—¿Crees que es así de fácil? —Macro lo miró sorprendido.

—¿Por qué no? Siempre y cuando no sigamos el ejemplo de Marcelo.

Sempronio carraspeó.

—No voy a abandonar Cortina. Eso es imposible.

—¿Por qué? —Cato se lo quedó mirando.

—Piénsalo, Cato. Los esclavos han aniquilado a casi todas nuestras fuerzas y tenemos la provincia a su merced. En ese preciso momento, el gobernador interino decide abandonar Creta y dirigirse a la seguridad de Egipto para ir en busca de refuerzos mientras sus subordinados y miles de civiles se quedan para enfrentarse a los rebeldes. No es una demostración de autoridad precisamente edificante, ¿no te parece?

—No soy yo quien tiene que decirlo, señor. De momento tiene que dejar de lado dicha posibilidad. Tiene que ir a Egipto. Usted conoce al legado. Sólo una persona con su autoridad puede persuadir a Petronio para que mande refuerzos.

—Eso es cierto —admitió Sempronio, y asintió lentamente con la cabeza mientras consideraba los problemas. Entonces se dibujó una sonrisa en sus labios y miró a sus oficiales—. Claro que, si enviara a alguien en mi lugar, una persona autorizada a actuar en mi nombre, quizá consiguiéramos lograr lo que queremos. Por supuesto, la persona en cuestión tendría que estar a la altura de la tarea de convencer al legado.

Tanto el senador como Macro fijaron la mirada en Cato en el mismo instante. Con una repentina sensación de inquietud, Cato se recostó en su asiento y movió la cabeza en señal de negación.

—No. Yo no.

—¿Por qué no? —preguntó Sempronio.

—Soy demasiado joven —reconoció Cato—. El legado me echaría un vistazo y se preguntaría si podría tomarme en serio como centurión, por no hablar de como enviado del gobernador de Creta. Mande a Macro.

—¿Cómo? —Macro se sobresaltó y le dirigió una mirada fulminante a Cato—. Gracias.

Sempronio sonrió.

—Con todo el debido respeto a sus habilidades como político, se hará mejor uso del talento de Macro en la defensa de Gortina. El hombre que necesito para ir a Alejandría tiene que ser un intercesor convincente para nuestra petición de refuerzos. Creo que eres el hombre idóneo.

—Sí —añadió Macro con una sonrisita—. Te conozco, muchacho. Serías capaz de discutir sobre la pata trasera de un burro y a continuación debatir la justificación moral para hacerlo. El senador tiene razón, tienes que ser tú.

Cato notó que la situación se escapaba a su control y realizó un último intento de protesta.

—Señor, por favor, reconsidérelo. Soy uno de los centuriones de menor rango del ejército. Aunque Petronio aceptara mis argumentos, difícilmente iba a confiarme una fuerza lo bastante numerosa como para aplastar a los esclavos.

—Entonces voy a tener que ascenderte —decidió Sempronio—. Temporalmente, claro está. Mientras dure la emergencia.

—¿Ascenderme? —La idea dejó anonadado a Cato, hasta que se dio cuenta de que tenía sentido. Hasta cierto punto—. Si voy como prefecto, entonces aún parecerá más ridículo que si ostentara el rango de centurión, señor. Además, el legado de Egipto seguiría estando por encima de mí.

—¿Quién ha dicho nada de ser prefecto? Te voy a enviar a Egipto con el rango civil de tribuno.

—¿Tribuno? —Ahora Cato sí estaba atónito. El tribunado era un título en gran parte honorífico en Roma, pero de vez en cuando aún se lo otorgaban a algunos oficiales enviados a las provincias para que actuaran con la autoridad del emperador y su senado. Cato se mordió el labio suavemente—.

¿Puede hacer eso?

—Soy el gobernador interino de esta provincia y he asumido la autoridad en nombre del gobernador. De momento ha funcionado. Y, tal como tú mismo has dicho, ¿qué puedo perder? Redactaré el documento y lo sellaré con el anillo del gobernador. De hecho, lo mejor será que te lleves mi sello familiar para demostrar que te mando yo. Eso y tu agudeza impondrán tus argumentos.

—Tendrán que hacerlo —añadió Macro—. De lo contrario, estaremos todos bien jodidos.

—Exactamente —lo secundó Sempronio—. Si vencemos sólo tendré que esperar que el emperador no tenga en cuenta el hecho de que me he pasado de la raya confiriéndote este rango.

Cato sonrió con amargura.

—Y si no es así, me acusarán de actuar sin la debida autoridad. Hay quienes han sido condenados por traición por hacer este tipo de cosas. Creo que preferiría quedarme aquí y enfrentarme a los esclavos.

—Pues en cualquier caso, acabarás muerto —Sempronio se encogió de hombros—. ¿Qué puedes perder?

Cato se encorvó con aire resignado.

—De acuerdo, iré.

—¡Muy bien! —Macro le dio una palmada en la espalda—. Ve a Alejandría y tráenos a esos soldados. Y no la cagues.

—Gracias por los ánimos...

—De nada —repuso Macro con una sonrisa burlona—. De todos modos, tú lo tienes fácil. Somos nosotros los que vamos a tener que lidiar con esos esclavos y ese gladiador que está al mando. Lo cual me recuerda... —se volvió a mirar al centurión Micón, que durante la discusión previa se había mantenido tan callado e inmóvil como era posible, sin duda con la esperanza de que la invisibilidad fuera la mejor manera de eludir la vergüenza por haber huido del campo de batalla que se había cobrado las vidas de su comandante y de casi todos sus soldados. La mirada de Macro hizo que se encogiera.

—¿Señor?

—El gladiador. ¿Ese chico que capturasteis mencionó su nombre?

—Sí, sí lo hizo, señor —asintió Micón—. Dijo que era un tracio llamado Áyax.

—¿Áyax? —Macro se rascó el mentón y de repente sus dedos se detuvieron al tiempo que sus ojos se agrandaban—. ¡Áyax! —se volvió a mirar a Cato—. ¿A ti qué te parece? ¿Es posible?

—¿Te dice algo ese nombre? —preguntó el senador.

—Sí. O al menos eso creo. El hombre al que vi me reconoció, estoy seguro de ello. Pero sólo

recuerdo haber conocido a un Áyax y cuesta creer que pueda tratarse del mismo hombre.

Cato respiró hondo.

—Sí lo es, y si sabe que nos encontramos en la isla, entonces nos enfrentamos a un peligro mayor del que había pensado. Áyax no descansará hasta que haya saciado su sed de venganza.

—¿Venganza? —preguntó Sempronio entre dientes y en tono frustrado—. ¿Os importaría explicarme qué está pasando? ¿Quién es este tal Áyax y qué es lo que tiene contra vosotros?

—Es una larga historia —dijo Macro—. Pero tiene sus motivos para odiarnos. Antes su padre estaba al mando de una flota pirata que operaba frente a las costas de Iliria. Hasta que Cato y yo acabamos con sus actividades. Capturamos a Áyax, a su padre y a la mayoría de los piratas. Teníamos órdenes de darles un castigo ejemplar —se encogió de hombros—. Cato y yo fuimos los que crucificamos a su padre e hicimos que a Áyax lo vendieran como esclavo.

Capítulo XVII

Dos días después de que en Gortina se conociera la noticia de la derrota, Cato llegó al pequeño pueblo pesquero de Ciprana, en la costa sur. Le habían recomendado dicho puerto porque se encontraba prácticamente aislado del resto de la isla por las montañas escarpadas que lo rodeaban. Lo único que unía Ciprana con la llanura era un sendero poco transitado que se abría paso por cuevas empinadas y barrancos. Era poco probable que los esclavos hubieran oído hablar siquiera de aquel lugar, y mucho menos que supieran cómo encontrar el puerto. Allí habría alguna embarcación que pudiera llevar a Cato por mar hasta Alejandría. Viajó a caballo con una escolta de cuatro piqueros, todos ellos con las túnicas y capas del color rojo escarlata que los distinguía como soldados romanos. A Cato le habían proporcionado una túnica con un bordado muy caro de lo que quedaba del guardarropa del gobernador Hirtio. También calzaba las botas de fina cabritilla de aquel hombre, que si bien le quedaban un poco grandes, resultaban muy cómodas tras años de llevar las pesadas botas claveteadas de las legiones. Un tubo de cuero sellado colgado de una correa que Cato llevaba al cuello contenía dos documentos y el anillo de familia del senador. La primera carta le concedía el rango temporal de tribuno y estaba firmada y sellada por el senador Sempronio en nombre del emperador Claudio. Tanto Cato como el senador esperaban que el documento impresionara lo suficiente al legado de Egipto para convencerlo de que les enviara ayuda. El segundo documento era un informe detallado de la situación en Creta que daba una clara idea general de los peligros a los que se enfrentaba la provincia. Sempronio concluía con la petición de que el legado Petronio mandara un escuadrón de buques de guerra y una fuerza militar lo bastante poderosa como para sofocar la revuelta de los esclavos.

La petición era ambiciosa, reflexionó Cato. Lo más probable era que Petronio se negara o retrasara el envío de refuerzos para enviar un mensaje a Roma pidiendo la aprobación de las instrucciones de Sempronio. Un retraso semejante resultaría fatal para todos los implicados y el senador había recalado a Cato la necesidad de utilizar todas sus dotes de persuasión para asegurarse de que Petronio accediera. Iba armado con argumentos y camelos, caviló Cato. No era una idea precisamente inspiradora.

Mientras Cato y su escolta seguían al pastor al que habían enviado para que los guiara hasta el puerto, él no podía quitarse de la cabeza el peligro al que Julia y Macro se enfrentaban en Cortina. La noticia de la emboscada había aterrorizado a la población y algunos de ellos optaron por recoger cuantas pertenencias pudieron y huir hacia el norte cruzando las altas montañas que formaban la espina dorsal de la isla. Sin comida ni protección, estarían a merced del tiempo y de las bandas de forajidos que se aprovechaban de los viajeros desde sus bastiones. No había habido manera de razonar con los que habían optado por este camino antes que afrontar la perspectiva de que los esclavos rebeldes los masacraran.

Macro se había quedado impasible mientras observaba cómo iban abandonando poco a poco la ciudad.

—En cualquier caso, tendremos menos bocas que alimentar.

—Eso es cierto. —Cato se quedó mirando un momento más a los refugiados y luego se volvió

hacia su amigo—. ¿De veras crees que puedes retener Cortina si los esclavos la atacan?

Las reparaciones en los muros y puertas de la ciudad se habían iniciado tan pronto como se logró organizar en grupos de trabajo a los habitantes que se quedaron. Se llenaron los huecos con escombros y se coronaron con toscos parapetos. No mantendrían alejado al enemigo mucho tiempo. Macro había informado de ello al senador, pero Sempronio había señalado en voz baja que sería mejor mantener a la gente ocupada y brindarles un poco de esperanza que quedarse sin hacer nada y aguardar con miedo.

—Fingiremos tener las murallas guarnecidas. Haré que distribuyan todo el equipo de repuesto entre hombres sanos y así al menos parecerá que somos suficientes para oponer una buena resistencia. Si Áyax se da cuenta de nuestro engaño y ataca, entonces tendremos que retroceder a la acrópolis y resistir. Allí deberíamos estar bastante seguros.

—Eso espero.

Macro miró a su amigo y advirtió la expresión preocupada del joven.

—Estás preocupado por Julia.

—Pues claro que sí.

—Me aseguraré de que no corra peligro. Si da la impresión de que la acrópolis va a caer, entonces haré todo lo posible por protegerla y llevarla a un lugar seguro.

—¿Y si no puedes?

—Entonces, la protegeré hasta que me maten.

Cato se quedó en silencio un momento.

—No querría que le hicieran daño. Si hubiera el riesgo de que los esclavos la capturaran viva...

—Mira, Cato —empezó a decir Macro, incómodo—, no estoy preparado para evitar que caiga en sus manos. Si es que te refieres a eso —hizo una pausa y carraspeó—. A menos que de verdad quieras que lo haga.

—No. No te pediría eso, ni a ti ni a nadie. La decisión es suya.

—Supongo que sí. —Macro metió su vara de vid en una grieta de la mampostería—. Es una muchacha valiente, además de orgullosa. Llegado el momento, hará lo correcto.

A Cato se le revolvió el estómago. Aquella conversación daba la impresión de no ser real. Estaban hablando en el tono calmo y mesurado propio de dos personas que discuten de manera informal la solución a algún tipo de problema técnico. La imagen de Julia impotente y aterrorizada ante la furia anónima de los esclavos vengativos lo llenó de un dolor que nunca había experimentado con anterioridad. Al mismo tiempo, no podía soportar la idea de que la mataran, aunque fuera para evitarle una suerte peor antes de que finalmente le llegara la muerte. Sintió náuseas y se agarró al borde del parapeto. Estuvo tentado de abandonar su viaje a Alejandría y quedarse en Gortina para defender a Julia. Al fin y al cabo, probablemente el legado de Egipto les negaría las fuerzas necesarias para aplastar la revuelta. Era un viaje inútil.

Respiró profundamente para calmar su creciente inquietud y se apartó de la pared al tiempo que se erguía.

—Bueno, esperemos que las cosas no lleguen a ese extremo. Regresaré lo antes posible.

—Hazlo.

Se estrecharon el brazo y luego Macro señaló el edificio gubernamental con un movimiento de cabeza.

—¿Te has despedido ya de Julia?

—No. Lo he estado retrasando. No sé con quién está más enfadada, si conmigo por irme o con su padre por mandarme allí.

Macro se rió y le dio una palmada en el hombro.

—Te lo advertí, hijo. Un soldado nunca debería tener una relación demasiado seria con el sexo débil. Lo acobarda y le ofusca la mente cuando debería estar concentrado en otras cosas.

—Tienes razón —repuso Cato—. Tienes mucha razón. De todos modos, allá voy.

Alzó la mano e hizo un remedo de saludo.

—¡Los que van a morir te saludan!

Macro se rió, se dio media vuelta y caminó meditabundo por la muralla hacia la torre de entrada, donde algunos de los auxiliares intentaban montar con gran esfuerzo una vieja ballesta que habían encontrado en el arsenal de la acrópolis.

Cato bajó de la muralla y se dirigió con paso cansino al edificio gubernamental. Julia estaba en el despacho, inclinada sobre una tablilla con cifras. No levantó la vista cuando Cato entró en la habitación.

—¿Qué quieres?

Cato tragó saliva, nervioso.

—He venido a despedirme.

—¿Eso es todo? —replicó ella en voz baja, sin levantar aún la mirada—. Bueno, pues ahora que lo has dicho ya puedes marcharte.

Cato se quedó en la entrada, debatiéndose entre el impulso de abandonar la tensa atmósfera y el deseo de no volver a separarse de Julia nunca más. Entonces vio un centelleo de luz que caía, causado por el sol que entraba por la ventana, y se dio cuenta de que era una lágrima. Lo embargó de inmediato el cálido dolor de la compasión, cruzó la habitación a toda prisa y le pasó el brazo por encima del hombro, al tiempo que le besaba la nuca con delicadeza.

—No llores, Julia, amor mío.

—No estoy llorando —masculló ella, aun cuando su cuerpo delgado temblaba—. No lloro.

Cato la levantó suavemente de su asiento y la abrazó, estrechándola contra su pecho, en tanto que ella hundía el rostro en los pliegues de su capa.

—No es justo... No tendríamos que haber venido a parar aquí. A estas alturas tendríamos que estar en Roma planeando nuestro futuro, y no aquí, en medio de estas ruinas.

—Estamos aquí porque estamos aquí —dijo Cato—. No podemos hacer nada para cambiar eso, Julia.

—Ya lo sé. No soy idiota —lo miró con ojos enrojecidos y vidriosos. Le tembló el labio al seguir hablando—. Pero, ¿por qué tienes que dejarme?

—Porque debo hacerlo. Tu padre lo ha ordenado.

—¿Por qué no mandó a Macro en vez de a ti?

—Creyó que yo era el más adecuado para llevar a cabo la tarea. Necesita que lo haga yo.

Depende de mí, Julia. Y tú también, y Macro y todos los demás. Si tengo éxito, existe la posibilidad de que podamos derrotar a los rebeldes y marcharnos a Roma tal como teníamos pensado hacer. Pero si no voy, no tendremos ninguna posibilidad. Ella lo miró fijamente y a continuación asintió con la cabeza a regañadientes.

—Tienes que ser valiente —Cato le alzó la barbilla y la besó—. Volveré.

—Júrame que tendrás cuidado.

—Tendré cuidado, te lo juro por todos los dioses.

Se miraron a los ojos y volvieron a besarse, tras lo cual Julia se zafó bruscamente de sus brazos y apartó a Cato.

—Entonces márchate, querido. Ahora.

Cato casi sintió dolor cuando Julia se separó de él y a punto estuvo de rendirse al impulso de abrazarla de nuevo. Una última vez. Sin embargo, asintió lentamente con la cabeza, se dio media vuelta hacia la puerta y salió de la habitación con paso resuelto, recorrió el pasillo y bajó al patio sin mirar atrás ni una sola vez. No se fiaba de hacerlo.

* * *

El pastor se detuvo cuando llegaron a una curva del sendero y señaló hacia el mar. Cuando estuvo a la altura de aquel hombre, Cato detuvo su caballo y bajó la mirada hacia el pueblo de pescadores. Llamarlo puerto era exagerar un poco, pensó Cato mientras escudriñaba con la mirada el puñado de viviendas dispersas que bordeaban una estrecha curva de arena gris entre dos cabos rocosos. El agua estaba despejada hasta más allá de los cabos que protegían la bahía. La ola que había destruido el puerto en Matala había pasado por Ciprana causando muchos menos estragos. Unas cuantas casas más próximas a la costa habían quedado destruidas, pero las que estaban construidas en la ladera por encima de la arena habían quedado intactas. La mayor parte de los barcos de pesca y las redes que se estaban secando en los armazones de la playa no habían tenido tanta suerte. El agua los había arrastrado y los había hecho pedazos contra las rocas del cabo. Algunos de los barcos menos dañados se habían salvado y estaban siendo reparados en la orilla. Sólo había uno arrimado a la arena y listo para ser utilizado.

—Vamos —Cato hizo una seña a su escolta y continuaron avanzando en fila india.

Al cabo de una corta distancia, el sendero empezó a serpentear descendiendo por la ladera en una larga serie de zigzags. Cuando el pequeño grupo inició el descenso, unos cuantos habitantes del pueblo habían salido de sus casas y estaban observando con cautela a los desconocidos que se acercaban. Cato vio que uno de ellos corría hacia el edificio más grande, y al cabo de poco salió de él un grupo de hombres que se dirigieron hacia el lugar donde el sendero entraba en el pueblo y allí esperaron a los romanos.

Cato levantó la mano a modo de saludo al acercarse a aquellos hombres. Tras él, el guía y la escolta de Cato echaron un vistazo en derredor con recelo.

—¡Alto ahí! —gritó uno de los lugareños en griego, al tiempo que daba un paso adelante y

señalaba a Cato—. ¿Quién eres?

—Soy el tribuno Quinto Licinio Cato, vengo de Cortina.

—¿En serio? —El jefe de los lugareños era un hombre de espaldas anchas, piernas cortas y fuertes y un cabello gris muy rizado. Ladeó la cabeza y continuó diciendo con suspicacia—: ¿Y qué te trae por aquí, romano?

—Un asunto imperial. Un asunto imperial urgente.

—¿Qué asunto es ése?

Cato detuvo su montura a una corta distancia de aquel hombre.

—Llevo un mensaje del gobernador de la provincia para el legado de Egipto. Necesito un barco que nos lleve a mí y a mis hombres a Alejandría.

—¿Y por qué un funcionario importante iba a venir hasta aquí en busca de un barco?

—Porque probablemente Ciprana sea uno de los únicos puertos de la costa sur que no ha quedado completamente arrasado por la ola o destruido por los esclavos. ¿Alguno de los rebeldes ha estado por aquí?

El hombre lo negó con la cabeza.

—Son muy pocos los que se molestan en atravesar las montañas para visitarnos. ¿Por qué iban a ser distintos los esclavos? —hizo una pausa—. ¿Cómo sé que no formas parte de la rebelión?

—¿Tengo aspecto de ser un esclavo?

—No —reconoció el lugareño—. Pero por lo que yo sé hasta ahora, bien podríais haber asesinado a unos romanos, haberles quitado la ropa e intentar escapar de la isla.

—¿Cómo dices? —Cato meneó la cabeza con irritación—. ¡Qué tontería! Soy quien digo que soy y he venido aquí a buscar pasaje para Alejandría.

—Lo siento, tribuno. No podemos ayudarte. Será mejor que lo pruebes en otro sitio.

—No hay tiempo para probarlo en otro sitio —dijo Cato con firmeza, y señaló hacia la playa—. Necesito ese barco y una tripulación enseguida. Os pagaremos el pasaje y os dejaremos estos caballos.

—No podemos ayudarte. Necesitamos ese bote para pescar. Es la única embarcación en condiciones de navegar que nos queda; nuestro único medio de conseguir comida. No puedes llevártelo.

—Puedo pagarte lo suficiente para que tu pueblo compre barcos nuevos —repuso Cato—. Fija un precio.

—No podemos comernos el dinero, ahora mismo no nos sirve de nada. Ese barco es lo único que nos separa de la inanición. Lo lamento, tribuno, pero no está a la venta.

Cato se inclinó en la silla de montar, clavó una intensa mirada en aquel hombre y continuó diciendo:

—Necesitamos ese barco y lo tendremos, junto con el mejor marinero de tu pueblo. Como ya te he dicho, se os recompensará generosamente. Si andáis escasos de comida, os sugiero que recojáis los objetos de valor que tengáis y os marchéis a Cortina. Si aun así quieres protestar, puedes exponer tus quejas al gobernador. Y ahora, no puedo perder más tiempo. —Cato se deslizó de la silla y metió la mano en la alforja para sacar la bolsa con monedas de plata del tesoro provincial que Sempronio

había ordenado que le proporcionaran. Se la lanzó al lugareño, quien la atrapó torpemente y estuvo a punto de tirar el dinero.

—Aquí dentro hay trescientos denarios —explicó Cato—, cantidad más que suficiente para que compréis barcos nuevos para el pueblo.

El hombre sopesó la bolsa un momento y negó con la cabeza.

—Ya te lo he dicho. No nos sirve de nada.

Cato se acercó a él con paso resuelto y expresión amenazadora y gruñó:

—No tengo tiempo para discutir. Búscame a un hombre que maneje ese barco enseguida. Si no llego a Alejandría lo antes posible, los esclavos dominarán la isla. ¿Es eso lo que quieres?

—Nosotros no nos metemos con nadie —insistió el hombre—. ¿Por qué tendrían que venir a molestarnos?

—Porque no descansarán hasta que controlen Creta. No importa a cuánta gente tengan que matar. Puedo ofreceros protección si llevas a tu gente a Cortina.

—¿Protección? —El hombre sonrió y se apartó de Cato. Surgió un reflejo de metal bruñido y al bajar la mirada Cato vio que el hombre había desenvainado un pequeño cuchillo delicadamente curvado. Los demás siguieron su ejemplo de inmediato—. Nosotros no necesitamos protección. Pero puede que tú sí, romano.

Cato echó un vistazo rápido a su alrededor. Tenía frente a él a ocho hombres, pero la mitad de ellos tenían un aspecto frágil y avejentado. Había varios más mirando la confrontación. Algunos llevaban garrotes y uno de ellos un arpón dentado.

—Guardad los cuchillos —ordenó Cato—. No seas idiota. Mis hombres y yo somos soldados profesionales. Si quieres pelea, será mejor que entiendas que, aunque nos superéis en número, os mataríamos a casi todos antes de que cayera uno solo de nosotros.

El jefe de los habitantes del pueblo guardó silencio un momento y al cabo volvió la cabeza y escupió.

—Eso es mucho decir, romano.

Cato se echó hacia atrás la capa y agarró la empuñadura de su espada.

—¿Quieres probar?

Tras él se oyó un roce metálico cuando los soldados de su escolta desenvainaron las armas. Detrás de ellos, el pastor retrocedió unos cuantos pasos y a continuación se dio la vuelta y echó a correr por el sendero, alejándose del pueblo. Cuando el ruido de sus pasos se apagó, los dos grupos de hombres se miraron mutuamente en silencio, esperando a que el otro hiciera algún movimiento. Una sonrisa se fue dibujando en el rostro del cabecilla de los pescadores.

—De acuerdo. No hay necesidad de que todo el mundo caiga muerto. Arreglemos esto entre tú y yo, romano. Un duelo. Si ganas, puedes llevarte el barco y a los mejores de mis hombres para que lo gobiernen. Si gano yo, tus soldados abandonarán el pueblo e irán a buscar un barco a otra parte.

Cato pensó con rapidez. Aunque el jefe de los lugareños era un hombre corpulento, no era un luchador adiestrado y probablemente utilizara el cuchillo para limpiar pescado más que para pelear. Sería un riesgo, pero evitaría una pérdida de vidas mayor y que estallara una pelea generalizada entre los dos bandos. Asintió con la cabeza.

—Trato hecho. ¿Espadas o dagas?

—Yo me quedo con esta hoja —repuso el hombre con una sonrisa burlona—. Me ha hecho un buen servicio en el pasado.

—De acuerdo entonces. —Cato estiró las piernas entumecidas un momento. Luego se desabrochó la capa, se quitó el tahalí por encima de la cabeza, se volvió hacia el más próximo de sus soldados y le entregó las cosas—. Toma, coge esto —se inclinó para acercarse más a él y bajó la voz—. Si me ocurre algo, el mensaje del gobernador está aquí —Cato dio unos golpes en el tubo de cuero que llevaba debajo de la túnica—. Agarrad a uno de sus hombres y os dirigís al barco. Este mensaje tiene que llegar a Alejandría pase lo que pase. Al precio que sea. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Cato se dio la vuelta para enfrentarse al jefe de los lugareños. Desenfundó la daga, avanzó con cautela hacia aquel hombre y se detuvo a una distancia prudencial.

—Estamos de acuerdo en las condiciones. Si pierdes, el barco será mío, ¿no?

El pescador asintió.

—Así es. Muchachos, encargaos de que tenga lo que quiere si gana.

Cato se agachó y sostuvo la hoja ligeramente inclinada hacia un lado, tal como le había enseñado Macro en su primera época en la Segunda Legión. Frente a él, el hombre hizo lo mismo, mientras sus compañeros retrocedían y formaban un amplio arco a sus espaldas. Al acercarse, Cato vio por primera vez que su oponente tenía una cicatriz en la frente, un tosco motivo de un sol marcado a fuego en la piel. En aquel momento Cato comprendió horrorizado que aquel hombre no era un mero pescador, después de todo. No tuvo tiempo para seguir pensando, pues de pronto el lugareño arremetió contra el brazo con el que Cato empuñaba el cuchillo. Cato se echó hacia atrás con rapidez, se volvió ligeramente hacia la derecha para no perder el equilibrio, y a su vez atacó el brazo del otro. El hombre retrocedió de un salto y se puso fuera de su alcance con una amplia sonrisa.

—Tienes buenos reflejos, tribuno —dijo entre dientes y en latín, y por un instante Cato se quedó helado.

Hubo otro movimiento rápido cuando el hombre volvió al ataque. Cato se movió para detener el golpe, pero la hoja de su contrincante cambió de dirección a la velocidad del rayo y arremetió hacia arriba en dirección al cuello de Cato. Él ladeó la cabeza y la punta de la hoja hendió el aire y le hizo un corte en la oreja; entonces el hombre dio otro salto hacia atrás.

Aquel pequeño corte escocía y Cato notó un cálido hilo que se le deslizaba cuello abajo. Sacudió la cabeza y se agachó, listo para atacar o defenderse, en tanto que comentó en voz baja:

—Así pues, ¿eres soldado?

El lugareño sonrió.

—Lo fui.

—A juzgar por la marca de Mitras, diría que fuiste legionario.

El hombre no replicó.

—Entonces eres un desertor.

—¿Que importa eso? —replico el hombre con una sonrisa—. Y no creas que vas a provocarme. Estás sangrando, tribuno. ¿Qué tal sienta eso, niño rico? Voy a ponerte en tu lugar pedazo a pedazo.

Cato lo miró fijamente mientras las ideas le bullían en la cabeza. Aquel hombre había sido soldado profesional. Lo más probable es que supiera tanto sobre la lucha con cuchillos como Cato, si no más. Así pues, no contaba con ninguna ventaja técnica. No obstante, aún había cierta esperanza. Su oponente lo había tomado por el hijo de alguna familia aristocrática y sin duda lo consideraba débil e inexperto.

—Inténtalo, escoria —replicó Cato con altivez y un aire despectivo. Inmediatamente, avanzó de un brinco y arremetió como un loco con su hoja manteniendo en todo momento el brazo extendido y el cuerpo fuera del alcance del cuchillo del otro. El lugareño esquivó los ataques con facilidad o los desvió con paradas rápidas que hicieron entrechocar y raspar las armas de los duelistas. Cato retrocedió dando traspiés y con la respiración agitada; la oreja le seguía sangrando.

—Eres un blandengue, tribuno —dijo el hombre con desprecio—. Los aristócratas niños de mamá sois todos iguales. Jugáis a ser soldados. Voy a divertirme con esto.

El hombre avanzó haciendo un amago tras otro y riéndose de Cato, que intentaba bloquear desesperadamente todos los golpes sin dejar de ceder terreno. Entonces Cato soltó un grito, tropezó y cayó de espaldas. El otro hombre se abalanzó enseguida, agachándose mientras se acercaba con el cuchillo preparado para clavárselo a Cato en el pecho. Cato rodó con rapidez a un lado y propinó una fuerte patada con su bota que alcanzó a su oponente detrás de la rodilla. El impulso del puntapié y el hecho de que la pierna alcanzada ya no aguantara el peso de su cuerpo hicieron que el hombre perdiera el equilibrio y cayera pesadamente de bruces. Cato saltó sobre su espalda, le agarró un mechón de pelo con una mano, en tanto que con la otra presionaba el cuello de su oponente con la punta del cuchillo de manera que apenas le cortara la carne. Se inclinó y, entre dientes, le dijo al oído:

—Tienes razón. Los aficionados nunca deberían intentar joder a los profesionales, jamás —se irguió de nuevo—. Ríndete o te cortaré el cuello aquí mismo.

—Cabrón...

Cato le tiró del pelo.

—Es tu última oportunidad. Ríndete o muere.

—De acuerdo, tú ganas —gruñó el hombre.

—Más alto. Para que puedan oírlo todos.

—¡Me rindo! Me rindo. ¡El romano gana!

—Eso está mejor. —Cato aflojó la mano y dejó que la cabeza del hombre cayera repentinamente en la tierra del suelo. Se levantó con cautela, retrocedió y enfundó la daga.

Su oponente derrotado rodó sobre sí mismo, se sentó en el suelo y se frotó el pequeño corte del cuello. Miró a Cato con el ceño fruncido y una expresión de desconcierto.

—No te pareces a ningún tribuno que haya conocido. ¿Dónde te criaste, en los tugurios de la Saburra?

Cato meneó la cabeza.

—Pues resulta que no, que fue en el palacio imperial.

—¿Cómo dices?

—No importa. Necesito el barco ahora mismo —hizo una pausa y señaló al hombre con el dedo

—. Y quiero que seas tú quien lo maneje.

—¿Yo?

—Fuiste soldado. Ahora estás un poco oxidado, pero resultas útil en combate. Servirás. ¿Cómo te llamas, soldado?

—Yannis. Así es como me llamo aquí.

—Muy bien.

Cato le tendió la mano y, tras una breve vacilación, el pescador dejó que lo ayudara a levantarse.

—Si eres el jefe, tu gente necesitará un sustituto. Será mejor que nombres a uno. Si el hecho de llevarnos el barco implica que van a pasar hambre, entonces lo mejor que podrían hacer es dirigirse a Gortina. Tendrían que decir a los soldados de las puertas de la ciudad que los envía el tribuno Cato. Ocurra lo que ocurra, tu gente debería mantenerse alejada de cualquier banda de esclavos que vean.

Yannis asintió.

—De acuerdo, tribuno. Como tú digas.

Se alejó para hablar con sus seguidores. Cato lo observaba atentamente por si percibía alguna señal de traición. Al cabo de un rato, Yannis se despidió de sus hombres e indicó por señas a Cato y a su escolta que lo siguieran por la playa.

—¿No tienes esposa o mujer aquí? —le preguntó Cato cuando lo alcanzó.

—¿Y a ti qué más te da? —repuso Yannis de manera cortante. Entonces se encogió de hombros—. La ola la mató.

—Lo siento mucho. Mucha gente ha sufrido una pérdida semejante. Es por eso que debo llegar a Alejandría. Para conseguir más soldados que ayuden a restaurar el orden.

—Que ayuden a derrotar a los esclavos, quieres decir.

—Viene a ser lo mismo.

El barco de pesca tenía aproximadamente unos ocho metros de eslora y el mástil estaba ligeramente adelantado hacia la proa de la embarcación. El timón estaba sujeto al costado y en el suelo había un par de remos. Hedía a pescado.

—¿Esto nos llevará a Egipto? —preguntó un miembro de la escolta de Cato en tono de duda.

—Tan bien como cualquier otra embarcación —contestó Yannis, que se dio la vuelta cuando varios hombres salieron del pueblo cargados con odres de agua y ristras de pescado seco. Colocaron las escasas provisiones en unos pequeños pañoles situados a ambos lados del mástil y entonces Yannis se dirigió a Cato—: Subid.

Los romanos treparon a bordo y tomaron asiento enseguida cuando Yannis bramó una orden. Los pescadores arrastraron la embarcación hacia las aguas calmas de la bahía y la empujaron hasta que el agua les llegó al pecho. Yannis subió por el costado y señaló los remos.

—Un hombre en cada uno; colocadlos entre esas estaquillas de allí. Eso es.

Con los remos en su sitio, los soldados impulsaron torpemente la embarcación hacia la entrada de la bahía, en tanto que Yannis permanecía sentado con la caña del timón en la mano. Al volver la mirada atrás, Cato vio que muchos de los habitantes del pueblo observaban al último de sus barcos adentrarse en el mar. Su sentimiento de resignación y desespero resultaba palpable. Una sacudida

repentina bajo la quilla hizo que Cato se agarrara al costado.

Yannis se echó a reír.

—No es más que el oleaje, tribuno. Espera a que estemos en mar abierto. Entonces sí que pasarás miedo.

Cato se obligó a soltarse y permaneció sentado con la vista más allá de la proa mientras sus hombres remaban para sacar el barco de la bahía. En cuanto salieron a mar abierto, la pequeña embarcación empezó a cabecear a merced de las olas y Cato tragó saliva con nerviosismo, si bien intentando mantener una expresión despreocupada. Cuando ya se habían alejado bastante de tierra, Yannis dio la orden para que los soldados dejaran de remar y guardaran los remos en el fondo del barco. Mientras tanto, él deshizo las ataduras que sujetaban la vela al palo y la izó por el mástil. Cuando las escotas estuvieron bien sujetas a las cornamusas, la vela se hinchó y la embarcación tomó velocidad y se alejó de la costa.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Alejandría? —preguntó Cato.

Yannis frunció el ceño y lo consideró un momento.

—Quizás unos tres días hasta llegar a la costa africana, y luego otros tres siguiendo la costa si el viento se mantiene a favor.

—Seis días... —caviló Cato con abatimiento.

Seis días apiñados en aquella embarcación pequeña con apenas tres palmos de obra muerta. El movimiento constante del agua en torno a él resultaba espantoso. Había considerado inquietante la fugaz travesía en el *Horus*, pero estar en el mar dentro de aquel barco de pesca abierto era aterrador. No obstante, no había modo de evitarlo. Macro, Julia y todos los demás dependían de que consiguiera llegar a Alejandría.

Siguió mirando a tierra durante un rato, preguntándose si volvería a ver a sus amigos.

Capítulo XVIII

Durante los días subsiguientes a la partida de Cato, Macro hizo trabajar duro a la gente reparando las defensas de la ciudad. Aparte de llenar las brechas de los muros, una de las torres de entrada se había derrumbado con el terremoto y los picapedreros supervivientes de Cortina utilizaron las piedras de un templo cercano destrozado para reconstruirla. Las preparaciones de Macro se extendían más allá de las murallas, donde cuadrillas de trabajo equipadas con herramientas del ejército picaban en el suelo duro y pedregoso cavando zanjas defensivas frente a las secciones de muralla más dañadas. Resultaba imposible excavar un foso que rodeara completamente la ciudad. De modo que Macro recurrió a otros métodos de ralentizar un ataque enemigo.

Convocó a algunos de los herreros de la ciudad en su cuartel general de la acrópolis y les presentó una de las armas defensivas favoritas de la legión. Oculta en un rincón al fondo del arsenal había una caja pequeña de abrojos y Macro sacó uno para que su reducido público lo viera. Sostuvo en alto la pieza de hierro con cuatro pinchos y a continuación la dejó caer sobre la mesa frente a él, donde aterrizó con un alarmante golpe sordo que sobresaltó a los herreros.

—Ahí lo tenéis —señaló Macro—. ¿Veis cómo cae con una punta de cara arriba? Siempre cae de la misma manera, y si se esparcen unos cuantos entre la hierba el enemigo no los verá hasta que los pise. El pincho atraviesa el pie y deja lisiada a la víctima. Desbaratará prácticamente cualquier ataque. —Macro miró el abrojo con cariño—. Es una pieza del equipo estupenda. Me ha salvado el cuello en más ocasiones de las que estoy dispuesto a mencionar —alzó la mirada—. La cuestión es: ¿podéis fabricarla en grandes cantidades antes de que Áyax y su turba aparezcan por aquí?

Uno de los herreros se acercó a la mesa para echar un vistazo desde más cerca. Cogió el abrojo, lo sopesó y asintió con la cabeza.

—Es bastante fácil de hacer, pero ¿puedo sugerir una mejora?

—¡Faltaría más! —lo invitó Macro, intrigado por saber cómo aquel griego esperaba mejorar el diseño romano.

—Tal como está ahora, las puntas se pueden extraer con bastante facilidad. Aunque hayas herido a tu enemigo, podría ser que éste no quedara incapacitado.

—¿En serio? —Marco enarcó una ceja—. Yo diría que el hecho de tener un jodido pincho enorme clavado en la planta del pie te quitaría la sonrisa del rostro. ¿A ti no te lo parece?

—Oh, sí, claro —coincidió el griego—. Sin duda. La cuestión es que la víctima de este artefacto aún podría estar en condiciones de luchar cojeando o de abandonar el campo de batalla, pero, ¿y si hacemos las puntas arponadas? Entonces sería casi imposible de sacar y el enemigo tendría que detenerse y cortarlo o esperar a que se lo llevaran del campo de batalla.

Macro meneó la cabeza.

—No. Si la dichosa cosa es arponada, queda fuera de juego junto con la baja. ¿De qué sirve eso? Si hace su trabajo y no se deshacen de ella, permanece en el campo de batalla lista para la próxima víctima. ¿Entiendes?

—Eso es cierto —interrumpió otro herrero—. Pero pasas por alto el hecho de que para llevarse a una baja hace falta al menos otro hombre. Así pues, un abrojo arponado dejaría al enemigo como

mínimo sin dos hombres.

El primer griego chasqueó los dedos.

—¿Y si los que están ayudando al hombre a salir del campo también pisan estas cosas? ¡Vaya! El aumento del número de víctimas podría ser exponencial.

—¿Expo... qué? —Marco parpadeó y alzó las manos—. ¡Alto ahí! Mirad, yo sólo quería que me dijerais si podéis fabricar más de éstos. Nada más. ¿Podéis hacerlo?

—Por supuesto que podemos —el griego parecía ofendido—. Pero, ¿por qué no hacerle unas mejoras al mismo tiempo? Es lo que yo planteo.

—Podríamos formar un comité de diseño —sugirió uno de ellos amablemente.

—¡No! —protestó Macro.

—Si probáramos algunos nuevos diseños, estoy seguro de que podríamos proporcionarte un arma mucho más eficaz, centurión.

—No hay tiempo —Macro se estaba exasperando—. Y esta maldita cosa ya funciona bastante bien tal como está. ¿De acuerdo?

El griego frunció los labios, abatido.

—Dentro de ciertos límites, supongo que sí.

Macro cerró los ojos con fuerza un momento, luego los abrió y le clavó el dedo en el pecho al herrero.

—Vosotros hacedlos y ya está. Tantos como podáis. Fabricad este diseño y ningún otro. ¿Ha... quedado... perfectamente... claro? No, no digáis nada, limitaos a asentir con la cabeza.

Los herreros asintieron dócilmente.

—Gracias. —Macro soltó un suspiro de alivio—. En tal caso, empezad, por favor. Avisadme cuando tengáis lista la primera tanda. Y ahora podéis marcharos.

Macro se dirigió a la puerta con paso resuelto y la abrió de un tirón para invitarles a abandonar su despacho. En cuanto se hubieron marchado todos, Macro cerró la puerta, regresó a su mesa y tomó asiento, mirando el abrojo mientras se le iba pasando el enojo.

—Griegos... —comentó entre dientes—. ¡Para qué utilizar una sola palabra cuando eres capaz de emplear mil!

* * *

Además de las mejoras en las defensas de la ciudad, Macro se encargó de buscar reclutas que complementaran los efectivos de las tropas auxiliares. En un primer momento Sempronio había solicitado voluntarios, pero cuando se presentaron menos de un centenar de hombres de la ciudad en la plaza de armas que Macro había delimitado a una corta distancia al otro lado de las murallas, se hicieron necesarias medidas más severas. Se enviaron varias secciones de auxiliares a recorrer la ciudad en busca de hombres sanos, a los que obligaron a marchar hasta la plaza de armas. Allí los llevaron en presencia de Macro y él seleccionó a los que utilizaría para reforzar la guarnición de Gortina. Los detalles acerca de cada uno, como el nombre, la familia, la calle en la que vivía y su

ocupación, se anotaban con esmero antes de presentarlos a Macro, que se hallaba sentado frente a una mesa de campaña colocada debajo de un toldo.

Resultaba desalentador ver a una sucesión de hombres tristes o enojados que eran capaces de empuñar un arma, pero a los que les irritaba tener la oportunidad de defender a sus familias y su ciudad. Uno de ellos era un joven alto y musculoso que vestía una túnica cara. Llevaba el cabello oscuro muy bien cortado y una barba recortada con precisión adornaba su mandíbula. Al principio Macro no lo ubicaba, pero de pronto recordó que se contaba entre los miembros del círculo de Glabio en la acrópolis el día que el recaudador de impuestos había sido depuesto.

—¿Nombre?

—Pándaro, hijo de Polócrites.

Macro le dirigió una mirada fulminante.

—A partir de ahora me llamarás señor. ¿Entendido?

—No veo la necesidad de llamarte señor, romano.

—¿Y eso por qué? —preguntó Macro con una sonrisa incitante.

—Porque yo no soy un soldado ni lo seré nunca. Además, voy a protestar por el trato que he recibido aquí a través de los más altos conductos. Mi padre tiene contactos políticos en Roma. En cuanto éstos sean informados de que un modesto oficial ha osado sacar de su casa a un hombre libre para reclutarlo por la fuerza a punta de espada, el castigo que se te vendrá encima no tendrá límites.

—Pándaro quedó satisfecho con su breve monólogo y brindó a Macro una sonrisa conciliatoria—. Aún no es tarde para poner fin a este triste drama que has montado. O más bien debería decir comedia —se volvió y dirigió un gesto a la fila de hombres que esperaban bajo el sol a que Macro los viera. Se oyó un apagado coro de apoyo—. Déjanos marchar y te haré un favor, romano, y no informaré de tus actividades delictivas a tus superiores en Roma.

Se irguió, se cruzó de brazos y miró fijamente a Macro. Éste le devolvió la mirada un momento y a continuación bajó el estilo hacia la tablilla con un suspiro cansino.

—¿Has terminado, Pándaro?

—¿Terminado? —Pándaro torció el gesto y se enojó—. Crees que no lo digo en serio, ¿verdad?

—¡Oh, no! Estoy seguro de que lo dices en serio; lo que pasa es que yo no estoy dispuesto a tomarte en serio —respondió Macro—. Lo que quiero decir es que..., mírate. Vas vestido como una fulana barata. ¿Eso que huelo es perfume?

—Es una fragancia masculina. Una fragancia sumamente cara.

—Pues pareces una fulana masculina y hueles igual. Eso puedo perdonarlo..., más o menos. Lo que no puedo perdonar es que las personas como tú se crean demasiado buenas para ensuciarse las manos empuñando una espada y defendiendo lo que es vuestro: esta ciudad, tu familia y tus amigos..., suponiendo que tengas alguno. ¿Qué es lo que le hace tan jodidamente especial que debas quedar eximido de ocupar tu sitio junto a los otros hombres dispuestos a luchar?

—Mi padre paga sus impuestos —protestó Pándaro—. Los paga para que su familia no luche, así podemos dejar eso para la gente como tú. —No pudo resistirse al tono despectivo, pero en cuanto hubo pronunciado estas palabras se dio cuenta de que había cometido un error—. Lo que quería decir es que...

—¡Cierra la boca! —le gritó Macro en la cara—. ¡Cobardica miserable! Vosotros sois la chusma. Tú y todos esos otros que tienen tan poco valor, tan poco coraje y tan poco sentido del honor y del deber que creen que pueden comprarlo todo con dinero. Pues bien, ahora mismo el dinero es la menor de vuestras preocupaciones. Ahí afuera hay un ejército de esclavos esperando el momento de emprender un ataque contra esta ciudad. ¿En serio piensas que no van a asesinarte a ti y a tu familia porque tienes contactos en Roma? Pedazo de idiota... —Macro meneó la cabeza con enojo y exasperación—. Sólo vamos a poder sobrevivir de una manera, que es que todo aquel que pueda luchar suba a las murallas dispuesto a matar o a que lo maten. Ahora mismo me importa un carajo si eres un dandi pervertido o el mismísimo hijo del emperador. Empuñarás una espada con el resto de los hombres en la línea. Recibirás adiestramiento para el combate con los auxiliares. Y combatirás como un león para mantener a esos cabrones rebeldes fuera de la ciudad, y si es necesario morirás como un jodido héroe, espada en mano, escupiendo maldiciones al enemigo en la cara. ¿Me he explicado bien?

Macro echó la cabeza hacia delante con brusquedad, a pocos centímetros de la de Pándaro, y éste retrocedió un paso con nerviosismo.

—N-no era mi intención ofenderte —dijo Pándaro agitando las manos.

—¡Señor! —bramó Macro mientras enganchaba su bota por detrás del talón del joven, al que luego empujó con fuerza en el pecho haciendo que tropezara y cayera al suelo. Macro se abalanzó sobre Pándaro, le clavó la rodilla en el pecho al tiempo que desenvainaba la daga para arremeter y detuvo la hoja a un par de centímetros de los ojos del otro—. Es la última vez que lo digo. Cuando te dirijas a mí, me llamas señor. ¿Entendido?

—¡Sí, sí, señor! —gimoteó Pándaro.

—¡Eso está mejor! —Macro se levantó—. Ahora ve a por tu equipo y preséntate al centurión que está en el campo de instrucción con los demás reclutas. ¡En pie! ¡Vamos!

Pándaro se levantó apresuradamente y se fue correteando hacia el carro en el que un optio de la cohorte auxiliar y cuatro de sus soldados estaban atareados repartiendo espada, casco, armadura y escudo a todo aquel que les mandaban. Macro se dio la vuelta hacia la hilera de hombres que esperaban. La mayoría de ellos eran vecinos corrientes de la ciudad, pero entre ellos se contaban algunos que iban mejor vestidos. Recorrió la fila para inspeccionarlos y luego regresó a la sombra del toldo.

—¿Hay alguien más que se sienta ofendido por tener que luchar a mi lado, y al lado de nuestro heroico amigo Pándaro? ¿Y bien?

Los hombres evitaron cruzar la mirada con la de Macro y guardaron silencio. Macro asintió.

—Perfecto.

Se dio la vuelta y regresó a su taburete, tomó asiento frente a la mesa y cogió el estilo.

—¡El siguiente!

* * *

Ocho días después de que Cato saliera para Alejandría, Macro cenó con el senador Sempronio y su hija un guiso claro de cerdo y alubias acompañado con pan que les sirvió uno de los pocos esclavos de Hirtio que quedaban. Los demás habían escapado a las montañas o para engrosar las filas del ejército rebelde de Áyax.

El esclavo era un hombre anciano, encorvado y de aspecto frágil. Llevaba mucho tiempo condicionado a guardar silencio y a evitar la mirada de sus amos. Macro lo observó un momento mientras se preguntaba cómo debía de ser vivir como un esclavo. De niño estaba acostumbrado a verlos por las calles de Ostia y Roma, por lo que en realidad nunca había considerado qué debía de significar ser uno de ellos. Desde entonces había pasado largos años en el ejército, donde casi siempre que se había topado con algún esclavo había sido estando fuera de servicio. En unas cuantas ocasiones había visto también a orgullosos guerreros enemigos apresados, encadenados y conducidos a la esclavitud. De hecho, se había beneficiado del dinero que le correspondía por dichos prisioneros y sus ganancias habían velado sus pensamientos sobre el destino de aquellos que con ello lo habían enriquecido.

Cuando el esclavo terminó de servirles y se retiró para quedarse inmóvil contra la pared, Macro siguió observándolo mientras mojaba tranquilamente un pedazo de pan en el cuenco humeante que tenía frente a sí. Resultaba tentador preguntar a aquel hombre qué opinaba él de Áyax. Y qué opinaba de los romanos y griegos que estaban decididos a defender al gladiador rebelde y a sus seguidores. Eso sí es que tenía alguna opinión al respecto, claro.

Macro se detuvo un momento a pensarlo. ¿Cómo no iba a pensar un esclavo en la revuelta cuando a duras penas se hablaba de otra cosa en la ciudad? ¿Podía ser que aquel esclavo tan taciturno albergara un odio profundo hacia sus amos y ansias de formar parte del levantamiento? ¿Podría ser que escuchara con mucha atención las conversaciones de las que estaba excluido y que esperara la oportunidad de escapar y revelar su información a Áyax? ¿Y si su plan era más traicionero aún? No costaría mucho adquirir veneno suficiente para matar a esos tres a quienes acababa de servir la cena.

Macro miró su guiso con desconfianza. Dejó el pan del que goteaba la salsa en el plato y se volvió a mirar al esclavo.

—¡Eh, tú! Acércate.

El esclavo parpadeó con nerviosismo y miró a los romanos tumbados en sus divanes en torno a la mesa. Sempronio le dirigió una mirada a su hija y Julia enarcó una ceja con expresión burlona.

Macro se limpió los labios de salsa.

—Esclavo, supongo que has oído la noticia de la derrota del prefecto Marcelo.

El esclavo asintió rápidamente.

—¿Te consuela la noticia?

—¿Amo?

—Te he preguntado si te consuela la noticia. Eres un esclavo. Así pues, dime, ¿qué opinas de la victoria de los rebeldes? ¿Te alegras de ella?

El esclavo bajó la mirada y movió la cabeza en señal de negación.

—Mírame —le ordenó Macro, y el esclavo alzó la cabeza con renuencia, lo justo para mirar a Macro—. Seguro que tú estás de parte de los que te liberarían, ¿no? ¿Y bien? Contesta, hombre.

El esclavo, con patente inquietud, intentó dar una respuesta. Macro aguardó pacientemente hasta que por fin el hombre dijo:

—Amo, yo quiero la libertad. Igual que muchos esclavos. Sin embargo, yo poseo unos ahorros y tengo previsto comprar mi libertad algún día. Para mí es la única manera. Los esclavos que se unen a Áyax puede que sean libres ahora, pero creo que deben de vivir con el terror de que los devuelvan a la esclavitud. Eso no es libertad. Cuando yo obtenga por fin la mía, quiero librarme del miedo así como de la esclavitud. —Hizo una pausa y miró a sus amos—. Yo he tomado mi decisión. Los que siguen al gladiador han tomado la suya —se volvió a mirar a Macro—. ¿Es todo, amo?

Macro lo consideró un momento y luego asintió.

—Déjanos.

El esclavo inclinó la cabeza y se alejó de la mesa caminando de espaldas.

—Está mintiendo —afirmó Macro entre dientes.

—Bueno, ¿y qué te esperabas? —preguntó Sempronio—. ¿Una franca admisión de que simpatiza con Áyax? Fue injusto ponerle en este aprieto.

—Puede ser. —Macro apartó su plato.

—Me preguntó qué tal le irá a Cato —intervino Julia—. A estas alturas ya debe de haber llegado a Alejandría. ¿Tú qué crees, padre?

Sempronio lo pensó y al cabo de unos instantes hizo un gesto de asentimiento.

—Yo diría que sí, siempre y cuando haya ido todo bien. Cosa que no dudo —se apresuró a añadir, tras lo cual hundió la cuchara en el guiso y sacó un pedazo de carne que se metió en la boca. Al instante, su rostro se crispó con una mueca de dolor. Macro se puso de pie de un salto y se acercó al senador al tiempo que miraba al esclavo.

—¡Señor! ¿Qué ocurre? ¿Se encuentra bien?

Sempronio alzó una mano para detener a Macro y dijo que sí con la cabeza. Tragó y tomó su copa de vino para sofocar el dolor de la boca.

—¡Cómo quema el dichoso guiso!

Macro soltó un suspiro de alivio y volvió a su diván.

Julia lo miró con curiosidad mientras soplaba su cuchara con delicadeza.

—¿Qué te pasa?

—No es nada. Es que pensé... No importa —Macro cambió de tema rápidamente con una sonrisa forzada—. Yo estaría dispuesto a apostar a que ahora mismo Cato está sentado en un magnífico banquete con el legado de Egipto, convenciéndole con afán de que le preste toda su guarnición. Ya sabes cómo es Cato.

Julia sonrió.

—Sí, puede llegar a ser muy persuasivo.

Sempronio frunció el ceño y Macro estalló en carcajadas antes de poder evitarlo. El senador siguió con su expresión ceñuda hasta que al cabo de un momento cedió al impulso y se unió a la carcajada. Con toda la tensión de los días anteriores y la grave preocupación sobre la llegada del ejército de esclavos frente a los muros de Gortina que se habían reparado apresuradamente, a ambos les sentó bien reírse un poco. Cuando se les pasó, Macro llenó la copa de vino del senador hasta el

borde y alzó la suya para brindar.

—Por Cato. Para que demuestre estar a la altura del tribunado y regrese a la cabeza de un gran ejército.

—Brindo por ello.

—Yo también —Julia alzó su copa. Tomó un sorbo y luego dijo en voz baja—: Por los dioses que le echo mucho de menos.

Macro asintió. Él no quiso decir nada por temor a que pareciera que extrañaba a un compañero más de lo que era correctamente aceptable. De todos modos, pensó que preferiría tener a Cato a su lado mientras preparaba el batiburrillo de defensas y defensores para hacer frente al enemigo.

Sempronio bebió de su copa y volvió a dejarla.

—¿Cómo te van las cosas, Macro? ¿Todos esos hombres nuevos están resultando de alguna utilidad?

—Lo están haciendo bastante bien. La mayoría han conseguido entender por qué extremo se empuña una espada. Por mucho tiempo del que dispongamos antes de que los rebeldes decidan atacar, nunca llegarán a ser buenos soldados, ni siquiera mediocres. He puesto al centurión Micón al mando. Le daré la oportunidad de redimirse. En general no llegarán a ser gran cosa, pero estarán mejor equipados que la mayoría de los esclavos con los que se encuentren.

—Aunque puedes estar seguro de que ese tal Áyax habrá distribuido el equipo que recuperara de los cadáveres de Marcelo y de sus hombres.

—Eso es cierto —admitió Macro—. En cuyo caso, si entablamos combate, creo que las posibilidades de los muchachos del centurión Micón estarán como mucho igualadas.

Sempronio suspiró con resignación.

—Pues no es una gran ayuda...

—Sólo puedo esperar que me demuestren que estoy en un error.

La conversación se vio interrumpida por tres toques de trompeta distantes, la señal de alarma que Macro había acordado. Se levantó rápidamente seguido por los demás y los tres abandonaron la comida para salir del edificio gubernamental y cruzar la acrópolis en dirección a la torre que se alzaba encima de la puerta principal. Los soldados salían a trompicones de los cuarteles, equipo en mano, y corrían para ocupar sus puestos en la muralla. Macro subió a toda prisa los gastados escalones de piedra, salió a la plataforma y se acercó corriendo al parapeto. Por debajo de él la ciudad se extendía por la llanura. Uno de los hombres que había estado de guardia extendió el brazo en dirección oeste.

—Allí, señor.

Macro se protegió los ojos con la mano y miró hacia el sol poniente. Al principio la luz deslumbradora no dejaba ver al enemigo que se acercaba. Se sorprendió de que los rebeldes se aproximaran por el oeste. La columna de Marcelo había caído masacrada al este. Se preguntó dónde habían estado, pero dejó de lado esta preocupación cuando sus ojos empezaron a distinguir los detalles del enemigo que marchaba por la llanura hacia la ciudad. Había dos columnas; una de ellas se dirigía directamente a Cortina y la otra torcía hacia el sur, Macro supuso que para rodear la ciudad y tomar posiciones al oeste.

—Al final Áyax se ha decidido a coger al toro por los cuernos.

—Sí —repuso Sempronio cuando lo alcanzó, jadeante—. Eso parece. Una metáfora pertinente, por cierto.

—¿Ah sí? —Macro miró a su superior.

—Ésta es la isla donde tuvo sus orígenes el salto sobre el toro, Macro. En la antigüedad, ésa era la frase utilizada para describir el momento en el que el acróbata estaba listo para enfrentarse a la embestida de un toro, agarrarlo por los cuernos en el último momento y dar una voltereta por encima de su lomo.

Macro se quedó mirando al senador un momento. Cato iba a tener muchas cosas en común con su futuro suegro. Seguro que iban a pasar muchas largas tardes de invierno juntos intercambiando información inútil como aquélla. Suspiró.

—Es fascinante, señor.

Julia miró de reojo a Macro y le sonrió, en tanto que su padre continuaba:

—El problema es que la metáfora está al revés. Somos nosotros quienes estamos frente al toro y no Áyax. Y me temo que, a menos que seamos todos tan diestros y resueltos como el acróbata proverbial, vamos a morder el polvo a la primera embestida.

Macro lo negó con la cabeza.

—No, señor. No voy a caer tan fácilmente. Los rebeldes no son más que esclavos. Carecen de adiestramiento y es imposible que cuenten con equipo de asedio. De momento, nosotros tenemos ventaja.

—Espero que tengas razón.

Continuaron observando cómo el ejército de esclavos se desplegaba en torno a la ciudad. Las nubes de polvo que levantaban sus pies, los cascos de los caballos y las ruedas del desordenado tren de bagaje llenaron el aire de una cálida neblina anaranjada. Sempronio le dijo a su hija que no saliera de la acrópolis, y él y Macro bajaron hasta las puertas de la ciudad para inspeccionar más de cerca a sus oponentes. Macro hizo un cálculo apresurado de la magnitud de las fuerzas enemigas antes de que la falta de luz dificultara demasiado la operación. Los esclavos marchaban en grupos separados con un número de efectivos variable y entre ellos, de vez en cuando, los rayos del sol poniente se reflejaban en cascos, armaduras y armas bruñidos.

—Deben de ser más de veinte mil, señor —anunció Macro en voz baja para que el centinela más próximo no oyera sus palabras—. Puede que hasta treinta mil.

Sempronio hinchó las mejillas mientras contemplaba la multitud que se estaba asentando en torno a las murallas de la ciudad.

—En Roma no se lo creerían. ¿Un ejército de esclavos? Es una idea absurda.

—Sin embargo, ahí está, señor.

—Exactamente.

Mientras observaban a los esclavos que abandonaban sus columnas y empezaban a levantar un campamento, un movimiento repentino llamó la atención de Macro. Volvió ligeramente la cabeza y vio a un grupo de jinetes que salía entre las huestes de esclavos y enfilaba hacia la ciudad trotando tranquilamente. Sempronio los vio al cabo de un momento y preguntó entre dientes:

—¿Áyax?

—¿Quién, si no?

Vieron que el grupo de jinetes se detenía a cierta distancia, más allá del alcance de los arqueros apostados en los muros. Sólo avanzó uno de ellos. Un hombre enjuto y nervudo que llevaba puesta la armadura de escamas de un oficial romano sobre una túnica de color azul pálido. Uno de los pocos arqueros de la guarnición colocó una flecha con aire despreocupado y empezó a apuntar.

—¡Baja ese arco! —bramó Macro—. ¡Nadie va a disparar sin recibir la orden de hacerlo!

El jinete puso el caballo al paso y llegado a un punto le hizo dar la vuelta y empezó a recorrer la muralla con una mano en la cadera mientras examinaba los rostros de los defensores con altivo desprecio. Macro dio gracias en silencio por no haber ordenado todavía sembrar de abrojos la hierba en torno a la ciudad. Era una sorpresa que, definitivamente, quería reservar para el momento adecuado.

—¡El general Áyax saluda a sus antiguos amos! —gritó el jinete con voz clara y agradable.

Sempronio se volvió a mirar a Macro con expresión divertida.

—¿General Áyax, dice? Por lo visto el gladiador tiene ambiciones.

El esclavo volvió a dirigirse a los defensores:

—El general desea hablar con el hombre que se hace llamar gobernador de la provincia, el senador Sempronio.

Sempronio dio un resoplido de irritación.

Macro sonrió.

—Y está bien informado. Me pregunto de qué querrá hablar.

Hubo un momento de silencio, tras el cual Sempronio se encogió de hombros con aire resignado.

—Sólo hay un modo de averiguarlo.

Se alejó del parapeto para dirigirse a las escaleras que bajaban a las puertas.

Capítulo XIX

Áyax, en compañía de Kharim, observaba atentamente el avance de su enviado. Chilo había demostrado ser muy valiente desde que se había unido a la pequeña banda de fugitivos que, a su vez, se habían sumado a Áyax en los primeros días de la revuelta. Sin embargo, su valentía tenía cierta despreocupación de la que Áyax se había percatado ya durante la primera escaramuza que les había enfrentado a una patrulla romana. Era casi como si Chilo no temiera a la muerte aun cuando amaba su nueva vida, libre de las terribles restricciones de la esclavitud. De entre las filas de los tenientes de más confianza de Áyax, Chilo era sin duda el más popular con el resto del ejército. Chilo había nacido siendo una persona libre, el hijo de un comerciante ateniense. Cuando el socio de su padre desapareció llevándose hasta la última moneda de plata, justo antes de que venciera el pago de los impuestos anuales, la familia se había arruinado. El recaudador de impuestos, tal como era de esperar, puesto que estaba en su derecho, obligó al comerciante a que tanto él como su familia se vendieran como esclavos. Por aquel entonces Chilo tenía cinco años y fue separado de su familia en el mercado de esclavos cuando lo compró un funcionario romano y lo envió a servir como esclavo doméstico en su finca de Creta. Áyax se había enterado de todo esto junto a la hoguera del campamento mientras conducía a su cada vez más numerosa banda de esclavos fugitivos por la provincia en ruinas. No obstante, Chilo no había contado muchas cosas acerca de sus años de servidumbre, y cuando hablaba de ellos sus ojos ardían con un intenso odio, un sentimiento que Áyax comprendía perfectamente. Hacía mucho tiempo ya que había llegado a entender la diferencia entre los hombres que habían nacido siendo esclavos y los que habían sido convertidos en esclavos. Los primeros aceptaban su condición, en cierta medida. Se habían sumado a su ejército, sí, y luchaban bastante bien, pero la mayoría de ellos carecía del fanatismo de Chilo y de aquellos otros para quienes la esclavitud era una vergüenza. Todos y cada uno de los desaires e injusticias que habían soportado habían quedado grabados a fuego en sus almas. Era como un veneno lento; Áyax se había dado cuenta de ello un día que reflexionaba sobre su propia experiencia.

Su padre había dirigido una pequeña flota de barcos pirata, que había desafiado a la marina romana durante muchos años, hasta que finalmente fueron atrapados y destruidos en una bahía de la costa de Iliria. Su padre había pagado el precio de desafiar a Roma siendo crucificado. A Áyax y a los demás prisioneros los habían vendido como esclavos. Resultaba irónico que lo hubiera comprado el propietario de una escuela de gladiadores y lo hubiera adiestrado para ser un luchador, y ahora él correspondía a sus antiguos amos con las habilidades que había aprendido en la arena causándoles todo el sufrimiento posible. Cada romano que mataba, cada finca que saqueaba y cada bocanada de aire libre que inspiraba iban filtrando lentamente el veneno de la esclavitud.

Lo único que le preocupaba era la incertidumbre del futuro. Cuando había huido del palacio del gobernador después del terremoto, no había considerado ni remotamente iniciar una revuelta. Él sólo había sentido el deseo innato de escapar, de ser libre, de huir de Creta y encontrar la manera de llegar a algún rincón tranquilo del mundo donde la mácula de la esclavitud pudiera ir borrándose poco a poco. Él estaba con la esposa del gobernador cuando el edificio empezó a temblar en medio de un retumbo estruendoso en tanto que Poseidón descargaba su ira sobre la isla. Se encontraban en

uno de los almacenes de la parte posterior de las cocinas donde ella le había dicho que acudiera. Antonia estaba apoyada contra la pared mientras él la penetraba y las uñas y anillos enjorjados de la mujer le habían arañado la espalda. Cuando las paredes temblaron, ella soltó un grito y lo apartó de un empujón, y fue entonces cuando Áyax había decidido ser libre. Librarse de ella, de la indignidad de ser su juguete sexual y de la esclavitud. Le propinó un golpe en la cabeza que la dejó sin sentido. Áyax cogió en brazos el cuerpo rollizo de la mujer y abandonó el palacio que se derrumbaba, huyó del complejo del gobernador y salió a las calles donde nadie prestó atención a un hombre que llevaba a una mujer herida a un lugar seguro.

En cuanto hubo escapado de la ciudad, Áyax estuvo tentado de matar a Antonia. De estrangularla o de romperle la cabeza con una piedra. Entonces, mientras consideraba su venganza, se le ocurrió que ella debería sufrir lo mismo que él había sufrido. Antes de que se le permitiera morir llegaría a conocer la vergüenza de ser una esclava. Así pues, con las manos atadas y una correa de cuero con trailla en torno al cuello, la gorda patricia había acompañado a su captor, que la arrastraba mientras buscaba refugio en las montañas al otro lado de Cortina. Áyax no era el único esclavo que intentaba encontrar cobijo, ni mucho menos. La primera noche de su recién hallada libertad se topó con varios hombres y mujeres harapientos que habían escapado de alguna de las fincas. Lo acogieron junto a su hoguera, compartieron su comida y en cuestión de un día ya lo consideraban su líder. Ellos también habían querido matar a Antonia y Áyax había estado tentado de dejar que lo hicieran, pero al final decidió que todavía no había sufrido suficiente.

Otros esclavos, ya de uno en uno, en grupo o en bandas más numerosas, engrosaron sus filas y trajeron con ellos a otros hombres con experiencia como gladiadores, e incluso a algunos ex soldados a los que las cosas les habían ido mal o habían sido condenados a la esclavitud. A éstos los puso a trabajar adiestrando a los esclavos para el combate. Al principio contaban con muy pocas armas, pero habían improvisado atando cuchillos a bastones, utilizando horcas y guadañas, y arrebatando con avidez todas las espadas y lanzas que se encontraban en las fincas y pueblos que habían empezado a asaltar.

Al principio Áyax se contentó con dirigir a los esclavos sólo hasta que hubiera satisfecho su necesidad de venganza y luego llevaría a cabo su plan original de abandonar la isla y encontrar un hogar donde perder de vista a sus antiguos amos. Sin embargo, cuantos más eran los esclavos fugitivos que esperaran que él los guiara, y cuanto más evidente resultaba que le tenían devoción, menos inclinado estaba él a abandonarlos. Se dio cuenta y aceptó que entre ellos existía un lazo de lealtad. Una cualidad que no había experimentado en todos los años que llevaba siendo esclavo.

Si no podía dejarlos, entonces su obligación era encargarse de salvarlos para que no volvieran a la muerte en vida que suponía su antigua condición. Áyax se rodeó de los mejores hombres y nombró a cada uno de ellos comandante de una banda de esclavos. Ellos serían los responsables de enseñar a sus hombres a utilizar las armas, a ocupar sus posiciones en formaciones sencillas y también de organizar la distribución de las raciones y el botín. Áyax había dejado claro desde un buen principio que toda la comida que capturaran era propiedad de todos. Se dirigió a la muchedumbre variopinta desde lo alto de una pared rota y les dijo que dirigiría a cualquiera que aceptara sus normas. Les prometió que podrían vengarse de sus amos y que él los conduciría a la libertad. Sólo unas cuantas

personas resentidas o tímidas habían rechazado sus condiciones y abandonado el campamento rebelde. La multitud que se había quedado pidió a gritos combatir a sus antiguos amos hasta la muerte.

Su primera lucha había sido contra una pequeña columna de soldados romanos que se habían aventurado a salir de Matala a buscar comida. A pesar de las numerosas bajas, Áyax había quedado impresionado por la audacia con la que sus rebeldes habían cargado contra las lanzas y escudos de las tropas romanas. Más adelante su coraje fue resarcido con la destrucción de la columna que con arrogancia había dejado que la condujeran a una emboscada. Y luego, hacía tan sólo tres días, habían logrado un éxito aún mayor. Áyax sonrió. Disfrutaría haciendo partícipes de dicho éxito a esos romanos, siempre y cuando tuvieran agallas para salir de sus defensas para hablar con él.

—¡Mira! —Kharim señaló la ciudad con un movimiento de la cabeza—. Parece que los romanos han quedado prendados de los encantos de Chilo.

Áyax miró hacia Cortina y vio que una de las puertas de la torre de entrada empezaba a abrirse. Por ella salieron varias figuras, auxiliares. Avanzaron a paso ligero y formaron una línea de combate a una corta distancia frente a la torre. Al cabo de un momento salieron otros dos hombres, que ocuparon su posición detrás de los soldados. Chilo advirtió su aparición, hizo dar la vuelta a su caballo y se dirigió a ellos al trote para detenerse justo frente al soldado enemigo más próximo, que retrocedió unos pasos con nerviosismo. Hubo un breve intercambio de palabras, tras el cual Chilo dio media vuelta con su montura y galopó para regresar con Áyax y sus compañeros.

Caía la noche sobre la llanura mientras se aproximaba, dispersando polvo y piedras a su paso.

—General —anunció con una amplia sonrisa—. Parece que están dispuestos a hablar.

—¿A hablar? —repuso Áyax con desdén—. ¡Ah, sí, ya lo creo que hablarán! Pero, ¿escucharán?

—Si quieren vivir, tendrán que escuchar —comentó Kharim en voz baja—. ¿Quieres que lleve el carro hasta allí?

Áyax asintió con la cabeza.

—No retiréis el toldo y dejadlo a unos cincuenta pasos.

—Sí, general.

Kharim se alejó a caballo y galopó hacia el tren de bagaje. Áyax respiró hondo y le hizo una seña a Chilo para que cabalgara con él. Los seis hombres, todos ellos ex gladiadores, que había elegido como escolta, pusieron las monturas al trote y siguieron a su líder observando con recelo a los romanos que esperaban, atentos a cualquier signo de traición. Áyax no se hizo ilusiones sobre la posibilidad de que el enemigo pudiera no acatar las habituales reglas de negociación. Frenó la montura más allá del alcance de las jabalinas de los soldados romanos y dio el alto a sus hombres.

—Chilo, tú y los demás quedaos aquí. Si intentan jugárnosla, venid a por mí.

—No puedes fiarte de ellos, general. Haz que vengan hasta nosotros.

—No, quiero que vean que no tengo miedo —Áyax chasqueó la lengua e hizo avanzar a su caballo—. No os mováis, Chilo. Es una orden. Cuando Kharim traiga el carro, quiero que lo detengas detrás de mi escolta.

—Sí, general.

Áyax cruzó el terreno abierto llevando el caballo a un paso tranquilo. Los hombres que tenía

frente a él resultaban claramente visibles bajo los rayos del sol poniente, bañados por el mismo tono rojizo que bruñía las piedras y los matorrales del exterior de la ciudad. Los auxiliares entrecerraban los ojos a la luz y algunos habían dejado las lanzas en el suelo para protegerse con la mano. Sabía que, mientras se acercaba, ellos lo verían como una silueta oscura, descomunal y amenazadora. Puede que eso lo convirtiera en un objetivo más claro, pero cualquier romano que intentara lanzar una jabalina o incluso una lanza se vería obligado a hacerlo con los ojos entornados, lo cual iría en detrimento de su puntería, sin duda. Se detuvo a unos veinte pasos del más próximo de los auxiliares. El caballo resopló y piafó levantando el polvo con sus cascos.

—¿Quién eres? —preguntó un hombre desde el otro lado de la línea romana.

—Áyax, general del ejército de hombres libres —extendió el brazo hacia atrás para señalar las huestes que habían acampado para pasar la noche—. He venido a exponer nuestras reivindicaciones. Al gobernador en persona. O a su subalterno, si es que el gobernador tiene demasiado miedo para hablar conmigo.

—No tengo miedo —respondió el hombre con altivez—. Ni de ti ni de tu banda de rebeldes.

—¡Pues demuéstralo! Acércate y da la cara. —Áyax bajó el brazo señalando al suelo—. Ven aquí, fuera de la protección de tus hombres.

Las dos figuras que se hallaban detrás del destacamento de soldados avanzaron con audacia hacia él dando grandes zancadas, pasaron por entre sus soldados y se detuvieron a unos tres metros de distancia. Uno de ellos llevaba armadura, casco, una capa de color escarlata y sostenía una vara de vid de centurión mientras escudriñaba al comandante del ejército de esclavos. Áyax sintió un frío cosquilleo en la nuca. Reconoció aquel rostro. Se trataba del oficial que había estado al mando de la columna que había ido a buscar comida. Pero ya lo había visto antes, en alguna otra parte, estaba seguro de ello aunque de momento no podía identificarlo. Desvió su atención hacia el otro romano, que era más alto y llevaba una túnica con una ancha banda roja. Se cruzó de brazos y se irguió cuan alto era para encararse a Áyax.

—Di lo que tengas que decir, esclavo.

Áyax contuvo su irritación.

—Ya no me considero un esclavo, igual que ninguno de los hombres y mujeres de mi ejército.

—¿Ejército, dices? Eso no es un ejército. No es más que chusma.

Áyax no pudo evitar sonreír.

—Esa chusma mató a un millar de tus mejores hombres, Sempronio.

El romano apretó los labios con fuerza.

—Además —continuó diciendo Áyax—, ahora mi ejército controla gran parte del sur de Creta. Vamos a donde queremos, en tanto que vosotros, romanos, os escondéis tras vuestras defensas y rezáis por la liberación. Pero vuestros dioses os han abandonado. Nada se interpone entre vosotros y la muerte certera, excepto yo.

—Ya veo, has venido a salvarnos —dijo Sempronio con sorna.

—He venido a ofreceros la oportunidad de salvar vuestra vida y las vidas de todos los hombres, mujeres y niños que se encuentran tras las murallas de Gortina.

—¿Y cómo puedo salvarlos?

—Concediéndonos la libertad y garantizándonos que podremos salir de esta isla y dirigirnos a la frontera oriental del Imperio.

Sempronio se rió con amargura.

—¿Eso es todo?

—Es un intercambio justo por vuestras vidas, ¿no te parece?

—No. Es imposible. No tengo la autoridad para hacer eso.

—Pero eres el gobernador... Actúas en nombre del emperador y del Senado... Podrías concedernos la libertad.

—¿Y para qué? —preguntó Sempronio con aire despectivo—. Creía que habías dicho que ya no erais esclavos.

—Lo quiero por escrito —anunció Áyax con firmeza—. Lo quiero garantizado en nombre de Roma.

—¿Por qué? —insistió Sempronio—. ¿Qué importa eso?

Áyax sonrió.

—Sé lo detallista que es tu gente con el papeleo. Quiero que nuestra libertad sea oficial.

Sempronio guardó silencio un momento.

—Te refieres a que quieres restregárnoslo por las narices. Se trata de venganza.

—Sí... —La imagen de su padre clavado en la cruz donde lo dejaron morir apareció en la cabeza de Áyax, una imagen cruda y dolorosa—. Merezco la venganza por el sufrimiento que he soportado a manos de tu pueblo. Lo mismo que todos aquellos que ahora me siguen. Tu emperador debería considerarse afortunado de que mis exigencias sean tan modestas.

—No obstante, deberías saber que a Claudio no le es posible acceder a esto. El Senado no lo toleraría. Ni la plebe. Si cediera a las exigencias de un esclavo corriente, el pueblo lo haría pedazos.

—Creo que vas a descubrir que soy un esclavo muy poco corriente, gobernador —repuso Áyax de manera lacónica—. De lo contrario no estaría aquí.

—Está bien. Pongamos por caso que accedo a tu petición. ¿Qué te hace pensar que cualquier otro funcionario romano cumplirá con ello? En cualquier caso, no dispones de medios para encontrar embarcaciones suficientes que puedan llevar a tu gente lejos de Creta. ¿Cómo crees que podrás obligar a Roma a que cumpla su parte del trato?

—Es muy sencillo. Te llevaré a ti, a todos los demás romanos y a las familias más importantes de la ciudad como rehenes. Vendréis con nosotros durante todo el camino. Cuando llegemos a la frontera, y no antes, os soltaremos. Si el emperador o cualquiera de sus subordinados intentan ponernos obstáculos, entonces empezaré a matar a mis prisioneros, empezando por ti.

Sempronio respiró profundamente.

—No funcionará. Ya te lo he dicho: Roma no accederá a tus exigencias.

—Entonces depende de ti convencer al emperador. Me imagino que de joven te enseñaron retórica. Seguro que fue algún esclavo griego muy caro. Ahora tienes la oportunidad de hacer buen uso de tus habilidades. Tu vida depende de ello.

—Esto es absurdo. No puedo aceptar tus peticiones. Lo sabes —Sempronio hizo una pausa y tomó aire—. Y ahora deja que te diga cuáles son mis exigencias. La primera, que depongáis las

armas y os rindáis. La segunda, que identifiqués a todos los cabecillas. La tercera, que todos los demás esclavos vuelvan a sus propietarios de inmediato. A cambio, os mandaré a ti y a los otros cabecillas a Roma para que seáis sentenciados ante el emperador y el Senado. Además, haré todo lo que esté dentro de mi capacidad legal para limitar el castigo a los esclavos que regresen voluntariamente a sus amos.

Áyax miró al romano con una expresión fría. Ya se esperaba que Sempronio mostrara desdén y rechazara sus condiciones. Era el momento de demostrar a esos romanos que el peligro que suponían era muy real.

—Senador, tus exigencias no son más aceptables que las mías. No obstante, la diferencia entre nosotros es que tú no estás en situación de exigir nada —Áyax se volvió en la silla y gritó a sus hombres—: ¡Chilo! ¡Trae el carro!

La línea de jinetes se dividió y cuatro bueyes avanzaron pesadamente arrastrando un carro cubierto y pesado tras ellos. Un carretero iba sentado en el pescante en compañía de otro hombre cubierto de mugre. La túnica que llevaba estaba hecha jirones y dejaba al descubierto su piel manchada de sangre y suciedad y llena de cortes y magulladuras. Iba con las manos y los tobillos encadenados al carro y con la cabeza gacha.

—¿Qué es esto? —preguntó Sempronio.

Áyax se volvió de nuevo hacia él.

—Supongo que te habrás estado preguntando por qué no avanzamos sobre Cortina inmediatamente después de la emboscada. La respuesta está en el carro. Verás, mi ejército pasó de largo Gortina hace ocho días, de noche. Nos dirigimos a Matala. El comandante de la guarnición de allí resultó ser tan absolutamente arrogante como tú, Sempronio. Logró reunir a casi toda su gente en la acrópolis. A los que se quedaron en el campo de refugiados los pasamos a cuchillo. Mandé un mensaje a la puerta para exigir la rendición de la acrópolis. Le dije a tu centurión Portillo que quería la comida de la acrópolis, no a él ni a su gente. Cuando se rindiera podrían salir todos en libertad. Si no se rendía en cuestión de dos días, tomaría la acrópolis y mataría a todo el que se encontrara dentro de sus muros. Me alegra decir que Portillo fue razonable y se rindió al día siguiente. —Áyax hizo una pausa mientras el carro se acercaba con un retumbo, giraba a un lado y se detenía junto a él. Le llegó una bocanada de muerte y podredumbre, y oyó el zumbido monótono de las moscas mientras continuaba hablando—: Por desgracia, por lo que concierne a los habitantes de Matala, tuve que dar ejemplo con ellos para que me creyeras cuando viniera a exponerte mis exigencias.

—¿Qué has hecho? —preguntó el centurión que estaba detrás de Sempronio.

—Hice lo que era necesario. Obligué a la guarnición y a los habitantes a salir de la ciudad y luego ordené a mis hombres que los mataran.

Sempronio meneó la cabeza.

—Estás mintiendo.

—Sí, pensé que ésta sería tu reacción. Por eso traje la prueba. Chilo, retira el toldo.

Chilo arrugó la nariz de asco, fue acercando su caballo al costado del carro y agarró la esquina de la lona. La retiró de un violento tirón y la dejó caer al suelo. Una arremolinada nube de insectos se alzó hacia el cielo nocturno. Sempronio se tapó la boca con la mano y retrocedió. El auxiliar que

se encontraba más cerca del carro miró el contenido con los ojos entrecerrados y acto seguido se dio la vuelta y vomitó. Áyax observó con callada satisfacción las reacciones de aquellos hombres que miraban las cabezas decapitadas que se amontonaban en el lecho del carro.

—Esto es lo que queda de los soldados de la Duodécima Hispania. El resto se lo dejamos a los carroñeros y los perros. —Áyax se volvió a mirar al conductor del carro y señaló al hombre encadenado a su lado—. ¡Suéltale! Luego deja el carro aquí y regresa al campamento.

—Sí, general —respondió el carretero, que se agachó para soltar los pernos que sujetaban los grilletes al carro. Una vez hecho esto, le propinó un empujón tan brusco al hombre que lo lanzó fuera del pescante y lo arrojó al suelo, donde cayó con un golpe sordo y se quedó allí gimiendo junto al carro.

—¡Levántate! —le ordenó Áyax.

Chilo se inclinó en su silla de montar, agarró al prisionero por el pelo y tiró de él para que se pusiera en pie. Chilo lo empujó con la bota y el hombre avanzó a trompicones hacia Áyax y los dos romanos.

—Tal vez ahora no lo reconozcáis —Áyax miró a esos hombres con desprecio—, pero creo que ya conocéis al centurión Portillo, que hasta hace poco era comandante de la guarnición de Matala. Se me ocurrió dejarlo con vida para que pudiera confirmar lo que os he contado. Toma, senador, el prisionero es tuyo.

Chilo empujó a Portillo hacia Sempronio, quien no pudo evitar retroceder ante la criatura sucia y maloliente que se le puso delante. El senador tragó saliva y se obligó a controlar la voz al preguntar a Portillo:

—¿Es cierto?

—Sí, señor —masculló Portillo, a duras penas capaz de mirar a los ojos a su superior.

—¿Están todos muertos?

—Sí, señor —al centurión le tembló la voz—. Los vi morir. A todos mis soldados. A todos los civiles, hasta el último de ellos, incluidos los niños.

—Entiendo —Sempronio le dirigió una mirada fulminante—. ¿Y es cierto que te rendiste sin oponer resistencia?

—No tuvimos elección —protestó Portillo—. Nos amenazaron con pasarnos a cuchillo. Ya lo ha oído.

—Por lo visto, lo hicieron de todos modos —la expresión de Sempronio se endureció—. Has caído en desgracia.

—No seas demasiado duro con él —intervino Áyax—. Por mi parte, yo lo traicioné. Él no podía saberlo.

—¿Qué es lo que no podía saber? —le espetó Sempronio—. ¿Que nunca debes confiar en la palabra de un esclavo?

—¿Qué importancia tiene mi palabra? ¿O la tuya? —Áyax hizo una breve pausa—. Lo único que importa es que ya sabes cuáles son las consecuencias si te niegas a complacer mis peticiones. Por última vez, senador. Vas a rendirme Cortina. Si no lo haces, tanto tú como todos los demás correréis la misma suerte que la gente de Matala. Tenéis hasta mañana al mediodía para decidir.

Hizo dar la vuelta a su caballo en dirección al campamento; entonces se detuvo y se volvió a mirar atrás señalando a Portillo con un gesto.

—Te devuelvo a este hombre. Ya no lo necesito.

Sempronio le dirigió una breve mirada al centurión Portillo, se aclaró la garganta y dijo:

—No lo quiero. Ni mis hombres ni yo vamos a contaminarnos con su cobardía.

Áyax se encogió de hombros.

—Que así sea. ¡Chilo!

—¿Sí, mi general?

—Acaba con él.

Chilo asintió y desmontó. Se sacó una daga de hoja ancha del cinturón y avanzó hacia Portillo con una sonrisa cruel. El centurión abrió desmesuradamente los ojos presa del terror, se abalanzó hacia Sempronio y las cadenas lo hicieron caer de rodillas.

—¡Sálveme! ¡Por lo que más quiera, no deje que lo haga!

Sempronio retrocedió con agilidad.

—¡No te atrevas a suplicarme, bellaco!

Chilo se colocó detrás de Portillo, con una mano lo agarró del mentón y, antes de que Portillo pudiera proferir nada más que un quejido ahogado, la hoja le rebanó la garganta. Un torrente de sangre salió a chorro y salpicó el suelo. Chilo lo soltó y retrocedió. Por un momento Portillo se agarró el cuello con las manos desesperadamente, y a continuación cayó de espaldas, rodó a un lado y su cuerpo tembló mientras se desangraba.

Chilo limpió la hoja con su túnica.

—¡Cabrón! —gruñó el centurión que había acompañado a Sempronio. Desenvainó la espada y avanzó un paso.

—¡Guarda esa espada! —gritó Sempronio.

El centurión le hizo caso omiso y avanzó hacia Chilo.

—¡Veamos lo bueno que eres contra un soldado que puede defenderse!

—¡Déjalo! —Sempronio agarró al oficial por el hombro—. ¡Te he dado una orden, centurión Macro! ¡Déjalo!

Áyax se quedó helado. Permaneció inmóvil un instante, tras el cual se dio la vuelta en la silla y miró al oficial romano.

—¿Macro? ¿Centurión Macro?

Se sintió invadido por toda una ráfaga de emociones. Furia, un odio amargo y un extraño júbilo. Los labios le temblaban de emoción y lo embargó un deseo casi inhumano de lanzarse sobre Macro y hacer pedazos al romano. La sangre corrió palpitante por sus venas y Áyax alzó las manos con los dedos como zarpas, como si fuera a retorcerle el pescuezo al otro. Entonces el momento pasó y el dominio de sí mismo logró controlar sus pensamientos, no sin dificultad. Ahora no. No mientras hubiera cosas más importantes en juego.

—Áyax, el hijo del pirata —Macro asintió lentamente con la cabeza, con la espada en alto y preparado para defenderse contra cualquier ataque repentino—. Así pues, ¿te acuerdas de mí?

Áyax dejó escapar un lamento gutural mientras se esforzaba por contener su furia.

—Yo me acuerdo de ti perfectamente, muchacho —continuó diciendo Macro—. Y me acuerdo de tu padre. Cuando esto termine, tú correrás su misma suerte. Por los dioses. Lo juro... A menos que quieras luchar conmigo ahora. ¡Vamos! —alzó la espada—. De hombre a hombre.

Áyax respiraba profundamente. Sus sentidos se acentuaron hasta alcanzar un grado febril de oído, vista y olfato, tal como siempre ocurría en la arena cuando se daba la señal de inicio del combate. Lenta, muy lentamente, se forzó a calmar su deseo de lanzarse contra Macro. En cambio, bajó la mano de la espada al costado y permaneció erguido sin dejar de mirar fijamente al romano.

—Tendremos nuestra lucha, centurión. No aquí, ni ahora, pero ya llegará el momento. No hay dios, destino ni persona que vaya a negarme el derecho a matarte con mis propias manos.

Áyax hizo virar bruscamente al caballo, le clavó los talones y galopó de vuelta con su ejército. Su corazón estaba henchido de una determinación abrumadora. Cuando Macro fuera derrotado, aprendería lo que significaba morir de forma sumamente humillante y angustiada, tal como había muerto el padre de Áyax.

Capítulo XX

—¿Qué creías que estabas haciendo antes ahí afuera? —espetó Sempronio, nada más llegar al cuartel general de la acrópolis—. Lo estabas provocando. Ya viste su expresión al final. Estaba fuera de sí. Por un momento, pensé que iría a por ti con sus propias manos.

—Tal vez hubiese sido mejor para nosotros si lo hubiera hecho, señor —repuso Macro con serenidad—. Entonces podría haberle dado su merecido. Sin Áyax, ¿cuánto tiempo cree que hubiera seguido unida esa mezcolanza de ejército suyo?

Sempronio le dirigió una mirada calculadora.

—¿Qué te hace pensar que podrías haberle vencido? Ese hombre tenía un aspecto tan duro como el de cualquier luchador que haya visto en la arena, y lo han adiestrado para matar.

—También a mí. Y yo poseo bastante más experiencia en ello. Además, ¿de qué habría servido todo ese entrenamiento de gladiador si hubiese perdido la cabeza y se hubiera lanzado a una pelea?

Sempronio asintió.

—Entiendo. Tú ya contabas con eso. Por eso mismo lo provocaste.

—Por supuesto, señor. Es la primera regla de la guerra: intenta siempre que el enemigo luche según tus condiciones.

—Bien, pues te debo una disculpa. Por un momento pensé que habías perdido el control.

—¿Yo? —Macro adoptó una expresión afligida—. ¿Perder el control?

—En cualquier caso, gracias a tu intervención; dudo que Áyax vaya a estar predispuesto a perdonarle la vida a nadie si consigue tomar Cortina.

Sempronio tomó asiento frente a su mesa y volvió la mirada hacia la ciudad. Macro había dado órdenes para que se encendieran antorchas y braseros a lo largo de la muralla por si los rebeldes realizaban algún intento de ataque al amparo de la noche. La guardia habitual se había doblado y el resto de los soldados se alojaban en casas cercanas a los muros. Fuera de la ciudad, a menos de un kilómetro de distancia, había grupos de fogatas dispuestos en forma de un gran arco que circundaba las montañas hasta la parte posterior de la misma. Al caer la noche, enviaron varias secciones de soldados fuera de Cortina para que empezaran a sembrar los abrojos a lo largo de los accesos a los tramos de muro más débiles. En aquellos momentos reinaba una tensa quietud, mientras los defensores contemplaban las huestes enemigas y aguardaban.

Sempronio apartó la vista de la ventana.

—Si la ciudad cae, tomará a sus rehenes y matará al resto. Estoy seguro de ello.

—Entonces, debemos asegurarnos de retener Cortina.

—Es muy fácil decirlo, Macro. Pero tenemos que estudiar detenidamente todas las posibilidades que se nos presentan.

Macro abrió desmesuradamente los ojos.

—¿No estará considerando en serio rendirse?

—No —contestó Sempronio—. Pero es una opción, de todas formas. Tendremos que exponer la situación al consejo de gobierno. Hay que explicárselo.

Macro meneó la cabeza.

—Señor, si dejamos que un grupo de civiles dé su opinión..., bueno, es evidente que aceptarán la oferta de salvar la piel.

—En tal caso, debemos persuadirlos de que no se puede confiar en Áyax.

—¿Y por qué preguntárselo, para empezar? Dígales solamente que no vamos a ceder y que combatiremos a los rebeldes hasta que no quede ni un solo hombre en pie o hasta que Cato regrese con refuerzos.

—Tenemos que procurar que sigan estando de nuestro lado, aunque dudo que la opción de luchar hasta que no quede ni un solo hombre en pie vaya a contar con mucho apoyo. Vamos a tener que exagerar la idea de que la ciudad va a ser liberada. —Sempronio bostezó y se pasó la mano por el cabello entrecano—. En cualquier caso, debemos reunir al consejo y explicar la situación. Haré que los traigan aquí dentro de una hora. Quiero que estés conmigo.

Macro hundió los hombros un instante.

—Sería mejor que me quedara en la muralla, señor. Por si el enemigo intenta algo.

—No. Estarás aquí. Es una orden. Si esta ciudad puede defenderse, tendrán que oírlo por boca de un soldado profesional. Tenemos que disuadirlos de que consideren la rendición, de modo que será mejor que seas persuasivo, Macro. Lo que menos falta nos hace es una ciudad dividida a nuestras espaldas cuando nos enfrentemos a los rebeldes.

* * *

Los consejeros de la ciudad entraron en el despacho con expresiones de preocupación y ocuparon su sitio en los bancos que Sempronio había mandado traer para ellos. Había pensado en dejarlos de pie, pero decidió que sería mejor que se quedara él de pie y que ellos se sentaran. Era una vieja técnica para establecer la autoridad que había aprendido de su profesor griego de retórica. Cuando hubieron entrado todos y se acomodaron en los bancos, Sempronio miró a Macro, que estaba sentado en una silla en un rincón del despacho. El centurión se hallaba inclinado hacia delante con los codos apoyados en las rodillas y el mentón en los puños, mirando fijamente al suelo con aire resignado. Sempronio frunció el ceño un breve momento y a continuación se volvió a mirar a los allí presentes, que hablaban por lo bajo.

—Caballeros, gracias por venir... —Esperó a que todos guardaran silencio y centraran su atención en él—. Como sin duda estaréis al corriente, los rebeldes han llegado para sitiar Cortina. Algunos habréis oído decir que mi oficial superior del ejército y yo nos reunimos con su cabecilla, Áyax el gladiador, al atardecer. Nos hizo saber sus exigencias, concretamente la libertad y que tanto a él como sus seguidores se les garantice la salida del Imperio.

—Entonces, ¿por qué no acepta sus condiciones? —Uno de los consejeros, un comerciante gordo, se inclinó hacia delante—. Dele lo que quiere y que nos deje en paz.

Varios de sus compañeros asintieron y expresaron su acuerdo entre dientes.

Sempronio clavó la mirada en aquel hombre.

—Polócrites, ¿no es así? Exportador de aceite de oliva.

El hombre movió la cabeza en señal de afirmación y se cruzó de brazos, en tanto que Macro rezongaba para sí:

—De tal palo tal astilla. No tienen agallas para luchar.

—No es tan sencillo, Polócrites. Aunque acceda a sus exigencias, Áyax quiere tomar rehenes para asegurarse de que cumplimos nuestra parte del trato. Para tal fin, quiere que rindamos la ciudad y nos entreguemos. Su intención es retener a los rehenes hasta que haya logrado escapar de territorio romano.

Mientras se asumía la trascendencia de sus palabras, intervino otro de los consejeros:

—Esto es absurdo. No puede esperar llevarse consigo a toda la ciudad. ¿Cómo iba a alimentar a semejante multitud? ¿Cómo podrían evitar los rebeldes que la gente escapara?

—Áyax no tiene intención de llevarse a todo el mundo como rehén. Sólo a los romanos...

—Es justo —asintió Polócrites.

—Y a las familias más ricas de Cortina —continuó Sempronio.

Polócrites le lanzó una mirada fulminante.

—¿Esto es un ultraje! La lucha es entre este gladiador y Roma. Nosotros no tenemos nada que ver con ello.

—¿Por qué no vas y se lo dices? —le preguntó Sempronio—. Ahora guarda silencio y escúchame. Áyax quiere rehenes de importancia. Tiene la esperanza de que el emperador se lo pensará dos veces antes de incumplir cualquier trato que yo pueda hacer en cuanto a liberar a esos esclavos si ello significa poner nuestras vidas en riesgo. Tengo que decirles que yo no creo ni por un momento que Claudio vaya a permitir que una revuelta masiva de esclavos tenga éxito. De hecho, creo que hará todo lo que esté en sus manos para localizar y destruir a Áyax y a sus seguidores. Si ello implica que nos maten, pues será el precio que estará dispuesto a pagar —hizo una pausa y se armó de valor para continuar—. Y aún hay noticias peores. Creo..., tengo la convicción de que, si Cortina se rinde a los rebeldes, éstos tomarán a sus rehenes y pasarán a cuchillo al resto de la población.

—¿Y cómo puedes saberlo? —se mofó Polócrites.

—Muy sencillo. Hace unos días la guarnición y los habitantes de Matala se rindieron a los rebeldes y ahora están todos muertos.

Una quietud y un silencio absolutos reinaron por un momento en la habitación hasta que uno de los consejeros preguntó:

—¿Muertos? ¿Todos muertos? ¿Cómo lo sabe?

—Áyax nos lo dijo —Sempronio señaló a Macro—. Nos trajo las cabezas de los soldados de la Duodécima Hispania e hizo que su comandante confirmara los detalles antes de asesinarlo ante nuestros propios ojos. Si no me crees, puedes comprobarlo por ti mismo al alba. Áyax dejó las cabezas frente a la puerta principal. Dijo que quería proporcionarnos una prueba de su crueldad, tanto a nosotros como a los de Roma. También es posible que necesitara quemar las naves para cerciorarse de que sus seguidores se dieran cuenta de que no había vuelta atrás. Y menos después de haber masacrado una ciudad entera. A partir de ahora, para los esclavos sólo existe la libertad o la muerte.

—Si ya ha demostrado lo que quería, no tiene necesidad de matar a nuestro pueblo —dijo Polócrites.

—Discrepo. Después de lo de Matala, el temor a las consecuencias ya no lo contiene. —Sempronio recordó la furia y el odio salvajes que había visto en los ojos del gladiador y en su cruel placer con la muerte de Portillo—. Y aún diría más. Le gusta la muerte de una forma insana y posee una insaciable sed de venganza contra los que fueron sus amos. Sería una locura confiar en él y ni más ni menos que un suicidio ponernos en sus manos.

—¿Qué sugiere que hagamos entonces? —Polócrites abrió las manos con aire de impotencia.

—Tenemos que defender Cortina. No debemos someternos a sus exigencias.

—¿Cómo vamos a defender Cortina de semejantes huestes? —Polócrites se volvió a mirar a Macro—. Tú eres el soldado. ¿Qué posibilidades tenemos de retener la ciudad?

Macro alzó la vista.

—Prácticamente, las mismas que tenemos de sobrevivir si los rebeldes nos toman como rehenes.

El consejero se quedó boquiabierto y se volvió a mirar a sus compañeros.

—¿Lo habéis oído? La situación es desesperada.

—No es desesperada —replicó Macro con acritud—. Yo no he dicho eso. Depende de unas cuantas cosas. El enemigo cuenta con más efectivos, pero ellos no están muy bien equipados y no son soldados adiestrados. No tienen ningún material de asedio y van a tener que aprender a atacar una ciudad desde cero. Por otro lado, dada la longitud de la muralla que tenemos que defender y del hecho de que algunas secciones sean débiles, puesto que tuvimos que repararlas a toda prisa, bien podría ser que la victoria fuera para el más numeroso. No obstante, si podemos mantenerlos a raya el tiempo suficiente para que Cato vuelva con refuerzos, entonces la victoria será nuestra.

—¿Y qué probabilidades hay de que tu amigo haya conseguido llegar a Egipto?

Macro tenía sus dudas. En la carretera que llevaba al puerto pesquero habrían acechado peligros, luego Cato habría tenido que navegar hasta la costa africana, donde tal vez hubiera piratas dedicándose a eliminar embarcaciones mercantes solitarias. Aunque llegara a Alejandría, tendría que volver a enfrentarse al mar en el viaje de regreso. Macro dejó escapar un suspiro de frustración entre dientes.

—El centurión Cato... —hizo una pausa y miró a Sempronio—, el tribuno Cato, quiero decir, es uno de los oficiales de más recursos del ejército romano. Si hay alguien que pueda llegar a Alejandría y conseguirnos los soldados que necesitamos para poner fin a esta rebelión, ése es él.

—Entiendo. ¿Y cuánto tiempo crees que pasará antes de que pueda volver con un ejército lo bastante poderoso para destruir al gladiador y a sus seguidores?

—Es difícil decirlo —Macro frunció los labios—. Otros diez días como poco, pero es probable que sean más bien veinte.

Polócrites se lo quedó mirando un momento y luego meneó la cabeza riendo.

—No sé por qué, pero esta noticia no me anima. —Se puso de pie y se dio la vuelta hacia los demás consejeros—. Hay otra forma de salvar Cortina. De salvar a nuestro pueblo.

—Pues cuéntanosla —dijo Sempronio—. Estoy seguro de que todos estaríamos encantados de descubrir el medio para nuestra salvación.

Polócrites no le hizo ningún caso y se dirigió a sus compañeros:

—Áyax debe de ser consciente de que, si se ve obligado a asaltar Gortina, perderá a muchos centenares de sus hombres, tal vez a miles. También puede que le lleve varios días. Todo lo cual desanimará a sus seguidores. Cada día que se vean forzados a combatirnos, alimentará sus ansias de sangre. Si toman la ciudad no habrá clemencia. Nos pasarán a cuchillo. Violarán y torturarán a nuestras mujeres y matarán a nuestros hijos.

Macro asintió.

—Razón de más para luchar hasta que no quede ni un hombre en pie.

—No —repuso Polócrites con dureza—. Razón de más para encontrar otro modo de salir del peligro en el que nos encontramos. —Continuó hablando en un tono más astuto—. ¿Y si nos ofreciéramos a entregar a los romanos a Áyax? Si cooperáramos para proporcionarle rehenes, seguro que estaría agradecido a la gente de Gortina por evitar a sus hombres la necesidad de asaltar la ciudad y ahorrar a los rebeldes el tiempo y el esfuerzo de montar un asedio. —Polócrites hizo una breve pausa y concluyó—: Creo que podemos hacer las paces con los rebeldes por separado.

Se hizo un silencio incómodo, tras el cual estalló la carcajada de Macro.

—¡Eres un griego cabrón y descarado! Por un momento pensé que lo decías en serio.

Polócrites se volvió a mirarlo con rostro inexpresivo:

—Es que lo digo en serio.

—No, no es verdad —Macro sonrió—; porque si lo dijeras en serio, eso te convertiría en un sucio traidor que da puñaladas traperas. Y si fuera éste el caso, entonces no tendría más remedio que cortarte el cuello y arrojar tu cadáver despreciable por encima de la muralla de la ciudad para que cayera al foso y se lo comieran los perros.

—No te atreverías —dijo Polócrites en voz baja.

—Lo siento —Macro se encogió de hombros—. Como ya he dicho, no tendría más remedio. Sería lamentable, pero necesario. Estoy seguro de que lo entenderías... Pero puesto que estás bromeando con nosotros, y en realidad ni siquiera consideras seriamente la posibilidad de deshonorarte de forma tan cobarde, no te preocupes. Bueno, ahora ya te has divertido. No hay posibilidad de rendición, ni denegociar con Áyax —hizo una pausa, sacó la daga con aire despreocupado y se pasó la punta por debajo de una uña con cuidado para limpiarse un poco de suciedad—. Lo he entendido bien, ¿no es así?

Los consejeros observaron a Polócrites con atención mientras él miraba fijamente a Macro y calculaba las posibilidades de escapar a la suerte que éste había mencionado.

—Perdona —Macro levantó la vista de su manicura—, ¿has dicho algo?

—No.

Macro torció el gesto y se levantó lentamente de la silla.

—Quiero decir que sí —Polócrites retrocedió un paso.

—¿Sí?

—Sí —se apresuró a afirmar Polócrites—, estaba bromeando.

—Bien —Macro asintió y volvió a guardar la daga con cuidado—. Pues no hay más que hablar.

—Bueno —Sempronio carraspeó con incomodidad—, parece ser que estamos todos de acuerdo

en cuanto a qué atenernos, caballeros. Es importante que presentemos un frente unido a los defensores y habitantes de Gortina. No se hablará de negociar con el enemigo. Nuestro propósito consensuado es defender la ciudad, hasta el final si es necesario. Confío en que todos vosotros lo hayáis entendido. Y ahora, con esta nota de conformidad, doy por finalizada la reunión. Gracias por vuestra atención y por vuestro apoyo constante. —Inclinó la cabeza y a continuación señaló la puerta.

Polócrites fue el primero en marcharse, pasó como un torbellino junto a los demás y salió rápidamente de la habitación dando grandes zancadas. El resto siguieron su ejemplo, algunos dirigiendo miradas nerviosas en dirección a Macro mientras se marchaban. Cuando ya no quedó nadie, Sempronio suspiró y se dejó caer nuevamente en su silla.

—No ha sido una demostración de unidad muy inspiradora que digamos.

—No, señor —Macro se mordió el labio—. Pero creo que mantendrán la boca cerrada un tiempo.

—Eso espero. —Sempronio se frotó la sien y cerró los ojos—. Al fin y al cabo, todo depende de Cato, ¿no es verdad?

—Sí, tiene razón. —Macro se acercó a la ventana, apoyó las manos en las jambas y dirigió la mirada al campamento principal de los rebeldes—. Lo de que era el mejor para la tarea lo dije en serio. El problema es que en ocasiones no basta con ser el mejor. Ya ha tentado a la suerte en el pasado y la suerte no dura eternamente.

—No te precipites dándolo por perdido —la voz de Julia les llegó desde el otro extremo de la habitación.

Ambos se dieron la vuelta y la vieron en la puerta. Ella se quedó mirando a Macro un momento y luego se abrió paso por el hueco entre los bancos y tomó asiento en uno de los más cercanos a la mesa de su padre.

—No lo daba por perdido —explicó Macro—. Sólo estoy preocupado por él.

—Todos lo estamos —añadió Sempronio—. Y con motivo. Espero que no nos defraude.

—No lo hará —dijo Macro con firmeza.

Sempronio se volvió a mirar a su hija.

—¿Qué te trae por aquí?

—He venido a informar sobre el consumo de comida diario. Tus guardias dijeron que había una reunión. Aguardé fuera hasta que terminó.

—Supongo que lo oíste todo.

—Casi todo —asintió Julia—. No puedo decir que me hayan impresionado los lugareños. ¿Qué tienes intención de hacer con respecto a ellos, padre?

—¿Hacer? Nada. A menos que empiecen a causarnos problemas. Si eso ocurre, pueden ir a hacer compañía a Glabio en las celdas de la acrópolis.

—Yo en tu lugar vigilaría muy de cerca a ese tal Polócrites.

—Tiene razón —coincidió Macro—. Ese hombre es un problema. Tal vez sería mejor que lo encerráramos ahora mismo, antes de que pueda propagar más su veneno.

Sempronio consideró la sugerencia un momento y al final negó con la cabeza.

—Lo dejaremos tranquilo, por ahora. No puedo permitirme el lujo de crearme enemigos dentro

de la ciudad cuando tenemos que ocuparnos de un riesgo mucho mayor. Ya corremos bastante peligro. Por este motivo, he llegado a una decisión. —Se inclinó hacia delante y miró fijamente a su hija—. Quiero que te vayas de Cortina.

—¿Que me vaya? —Julia meneó la cabeza, sorprendida—. ¿De qué estás hablando? Voy a quedarme aquí. Contigo.

—Es imposible. Es demasiado arriesgado. Existen muchas posibilidades de que Áyax y su ejército tomen Gortina. Si la ciudad cae, no podría soportar la idea de lo que pudiera ocurrirte.

—Padre, no es que sea la primera vez que estamos bajo asedio...

—No, pero la última vez no tuve alternativa. Estábamos atrapados en Palmira. Todavía hay tiempo de que abandones Gortina y te dirijas al norte de la isla. Allí puedes esperar a recibir noticias.

—No me iré —repuso Julia con firmeza—. Me quedaré a tu lado. Esperaré a Cato. Y si la ciudad cae, entonces yo misma me quitaré la vida antes de que ningún rebelde pueda tocarme. Lo juro, padre.

La sugerencia de la muchacha pareció apenar a Sempronio. La miró mientras intentaba combatir el miedo por su seguridad.

—Julia, eres mi única hija. Eres lo más importante en mi vida. No puedo dejar que permanezcas aquí donde tu vida corre peligro.

—Esto... —Macro movió los pies con torpeza—, ¿queréis que salga de la habitación?

—No —contestó Sempronio—. Quédate.

Julia sonrió con cariño y alargó los brazos para tomar a su padre de las manos.

—Padre, ya sé lo que signífico para ti.

—No, no lo sabes. Ningún hijo lo sabe hasta que no tiene hijos propios.

La joven le devolvió la mirada un momento, al cabo del cual meneó la cabeza con tristeza.

—No puedo marcharme. No quiero dejarte y debo estar aquí cuando Cato regrese.

Sempronio se reclinó en su asiento.

—Ya lo he decidido. Abandonarás Cortina.

Julia le dirigió una mirada fulminante, luego bajó la cabeza y se miró las manos. Cuando volvió a hablar, no pudo disimular la tensión en su voz.

—¿Cuándo quieres que me vaya?

—Esta noche. Sospecho que Áyax querrá cortar los accesos a la ciudad en cuanto se dé cuenta de que no vamos a acceder a sus exigencias. Si te marchas de noche puedes poner unos cuantos kilómetros de distancia entre Gortina y tú antes de que amanezca. Haré que te acompañe una pequeña escolta. Los exploradores rebeldes no os verán si vais en silencio y os dirigís al norte hacia las montañas. Id rumbo a Cnosos —se volvió a mirar a Macro—. Quiero que elijas a unos cuantos buenos soldados para que escolten a mi hija fuera de la ciudad.

—¿Señor?

—Tú vas a acompañarlos hasta que se hayan alejado a una distancia prudencial de Gortina. Luego puedes regresar aquí. —Una breve expresión de vergüenza cruzó el semblante del senador—. Sé que existe la posibilidad de que puedas tener algún problema al regresar, de modo que no voy a

ordenarte que lo hagas; te lo pido como un favor a un amigo.

—No se preocupe, señor —dijo Marco con firmeza—. Me complace hacerlo. Por usted y por Cato.

—Gracias. —Sempronio se levantó, cruzó la habitación hacia la ventana y le estrechó el brazo a Macro—. Eres un buen hombre. Uno de los mejores.

—Ya le he dicho que lo haría, señor. No tiene que seguir convenciéndome.

Sempronio se rió.

—Muy bien. Ahora vete. Elige a los soldados que tú quieras, los mejores caballos y suficientes raciones para el viaje. Ven a informarme en cuanto regreses.

—Sí, señor —Macro asintió y Sempronio le soltó el brazo.

Mientras Macro se dirigía a la puerta, Julia avanzó para abrazar a su padre. Sempronio le dio un beso en la cabeza. La estrechó con fuerza unos instantes y la dejó ir. Ella se dio media vuelta y salió a toda prisa de la habitación sin volverse a mirar atrás.

Sempronio escuchó el leve golpeteo de las sandalias de la joven, que pronto se perdió bajo el ruido discordante de las botas claveteadas de Macro; ambos sonidos se apagaron cuando ellos salieron del edificio. Sempronio respiró profundamente para atenuar el dolor de su corazón y contempló la centelleante expansión de hogueras que señalaban los campamentos enemigos.

—Cato, hijo mío —masculló para sí—, no me falles ahora, por lo que más quieras.

Capítulo XXI

Yannis despertó a Cato al romper el alba y señaló una columna de humo que se alzaba en el cielo por encima del horizonte. A la derecha de su posición, a dos millas de distancia, se hallaba la costa de Egipto, baja y prácticamente desprovista de características especiales salvo por algún que otro grupo de cabañas y barcos de pesca. Hicieron una breve escala en Darnis para abastecerse de agua y desde entonces habían navegado siguiendo la costa. En el litoral no había carreteras y a Cato le aconsejaron que continuara el viaje por mar. En cuanto Cato aprendió los rudimentos de la navegación, él y Yannis se habían turnado para gobernar el barco de pesca, en tanto que los demás romanos hacían todo lo posible para no molestar, apretujados en aquella embarcación pequeña y maloliente. Les había hecho buen tiempo y la brisa del oeste hizo que avanzaran a buen ritmo. Tras zarpar de Darnis, no había sido necesario tocar en tierra por la noche puesto que la luna había iluminado su camino centelleando débilmente en el mar. Aunque su avance había sido bastante rápido, Cato estaba inquieto y no dejaba de pensar con preocupación en sus amigos que se habían quedado en Cortina. De hecho, estaba dormitando y pensando en Julia cuando Yannis le había dado una suave sacudida en el hombro, y como al despertarse vio que el marinero tenía una expresión divertida en el rostro, Cato se preguntó qué habría mascullado.

—Sí, ¿qué pasa?

—Ya se ve el faro. Creí que querías saberlo.

Cato se levantó del costado del barco con dificultad y rigidez, equilibró los pies para contrarrestar el movimiento de la embarcación y se quedó de pie junto a Yannis. Enseguida vio la columna de humo, y el brillo tenue de una superficie pulida en su base.

—¿A qué distancia nos encontramos?

—He oído que es posible ver la parte superior del faro desde veinte o treinta millas de distancia. Ya he estado en Alejandría unas cuantas veces, cuando era soldado. ¿Ves ese destello? Es una enorme pieza curva de latón que se pule con regularidad. De día refleja la luz del sol y de noche las llamas del fuego que arde en lo alto de la torre.

Cato había leído acerca del gran faro de Alejandría y sintió un cosquilleo de emoción ante la idea de contemplar semejante maravilla arquitectónica. Por lo que recordaba, el faro era sólo uno de los hitos de la ciudad que fundó el general más grande de la historia. Alejandría también estaba llena de las mentes más brillantes del mundo, atraídas por la vasta colección de libros de la Gran Biblioteca. Cato decidió firmemente que, si tenía tiempo, vería un poco la ciudad.

El barco de pesca surcaba el oleaje con la vela desplegada y henchida por una fuerte brisa, y cuando el sol empezó a elevarse hacia el cielo, los demás romanos se fueron despertando y observaron la distante estructura que poco a poco surgía por encima de la curva del horizonte. Pasaron las Horus y Cato se puso el gorro de fieltro con el borde inclinado hacia abajo para protegerse los ojos del resplandor del sol. A mediodía ya se hizo claramente visible el puerto en sí y, más allá, la vasta extensión de la ciudad. En el corazón de Alejandría se hallaban los varios complejos de templos, mercados, palacios y la Gran Biblioteca, edificios enormes dignos de una ciudad que contaba con una población casi tan numerosa como la de Roma. Yannis señaló los dos

puertos, de los cuales al más cercano había que aproximarse con cautela debido al peligro que suponían las rocas y bajíos que bordeaban la entrada al mismo. Había muchas embarcaciones ancladas o amarradas en el muelle, donde una multitud de figuras diminutas cargadas con mercancías se movían penosamente entre los barcos y la larga hilera de almacenes que daban al embarcadero.

Yannis dirigió el barco en torno a la isla de Faros hacia el segundo puerto, más pequeño. Hasta que no se aproximaron al faro construido en el extremo de la isla, Cato no pudo apreciar en toda su magnitud la estructura que se erigió por orden de Ptolomeo II. Una enorme base cuadrada con muros y torres bajas servía de plataforma para la torre principal, que se elevaba hacia el cielo con sus más de ciento veinte metros de altura. El primer nivel era cuadrado y estaba atravesado por hileras de ventanas. Encima de él había una sección octogonal que llevaba al último nivel, el más pequeño, que era circular. El fuego estaba alojado en los últimos pisos del nivel más alto y sobre él brillaba el enorme reflector de latón. Apareció una diminuta ráfaga de motas blancas que se arremolinaron en lo alto del faro cuando uno de sus guardianes empezó a tirar pedazos de comida a las gaviotas. El edificio dejó atónitos a Cato y los demás romanos. En toda su vida no habían visto nada que se pudiera comparar, ni siquiera en Roma, con todos sus grandiosos edificios. Yannis se rió de sus expresiones sobrecogidas.

—Resulta un tanto humillante, ¿no? Ya no estáis tan seguros de que Roma sea el centro del mundo, ¿verdad?

—No tenía ni idea de que fuese tan magnífico —admitió Cato—. ¿Cómo diablos pueden haberlo construido?

Él había crecido con la idea de la omnipotencia romana. Roma era la ciudad más fabulosa, sus habitantes la mejor de las razas y sus dioses los más poderosos. No había sido tan tonto como para creerse tamaña suficiencia al pie de la letra, pero había viajado por el Imperio desde Britania a Palmira y no había visto nada que se pudiera comparar al esplendor de Roma. Hasta entonces.

El barco pasó de largo el extremo de la isla de Faros, y al cabo de poco Yannis varió el rumbo y se dirigió al puerto que se abría por detrás del faro. En aquellos momentos el viento soplaba por el través del pesquero, que escoró mientras Yannis ajustaba las escotas mayores. La principal concentración de embarcaciones se hallaba a cierta distancia a la derecha y Cato vio una flota de naves grandes que iban directamente hacia ellos. Yannis alteró el rumbo para evitarlas.

—La flota de grano —explicó.

Cato asintió con la cabeza mientras examinaba las naves con más detenimiento. Su construcción era igual que la del *Horus* pero a más gran escala, con unos costados altos que sobresalían. Un gallardete color púrpura ondeaba en lo alto de cada mástil. Observó las embarcaciones que pasaron navegando con una elegancia casi majestuosa, puesto que el ligero oleaje apenas las afectaba. Cada una de ellas iba cargada con grano destinado a Roma, donde alimentaría a la plebe durante los próximos cuatro meses en tanto que la flota regresaba a Alejandría para transportar la siguiente remesa. Desde que finalmente el emperador Augusto había anexionado Egipto y lo había convertido en provincia romana, los fértiles campos regados por el gran río Nilo se habían convertido en el granero de Roma. Lamentablemente, el populacho había acabado dependiendo del reparto gratuito y los sucesivos emperadores no se habían atrevido a poner fin a tal dádiva, por mucho oro que les

costara.

La flota y el barco de pesca tomaron rumbos diferentes y Yannis condujo la embarcación hacia el pequeño muelle situado en la base de la península que protegía el puerto. Una flota de buques de guerra romanos se hallaba anclada en aquellas aguas resguardadas y por detrás de ella unas rampas y escaleras subían desde el mar hacia un enorme complejo palaciego.

—Ése es el viejo puerto real —dijo Yannis—. Y los palacios fueron construidos por los Ptolomeos. Salvo ese edificio de la derecha. Es el de la Gran Biblioteca.

Cato miró hacia el edificio que Yannis había mencionado. Él había supuesto que se trataba de otro palacio más, pero al observarlo entonces con más atención distinguió una continua afluencia de personas que iban y venían por la entrada abovedada. Se veía a más gente en los balcones de los pisos superiores, escudriñando estantes llenos de rollos o hablando en pequeños grupos.

Cuando el barco de pesca se acercaba a una de las rampas que salían del mar, Yannis amolló las escotas mayores y las puso en las manos de dos de los hombres de Cato.

—Soltadlas en cuanto yo os diga.

Calculó la aproximación con cuidado y, cuando el barco estuvo a no más de quince metros de la costa, exclamó:

—¡Ahora!

La vela se levantó agitándose e inflándose libremente con el viento y el barco de pesca avanzó más despacio por el agua. Justo antes de atracar, Yannis movió el gobernalle, con lo que la embarcación viró y se posó suavemente en la rampa de piedra a una corta distancia de la superficie. Algunos de los centinelas que vigilaban la escalinata del palacio se habían percatado de su llegada y una sección de legionarios con un optio al frente marcharon rampa abajo.

—¿Qué es todo esto? —gritó el optio—. Ya sabéis que a vosotros los egipcianos no se os permite desembarcar aquí. Es zona prohibida. Sólo para el ejército, de modo que largo de aquí.

Cato sintió que lo invadía la furia. Después de pasar ocho días, casi todos sin dormir, confinado en aquel pequeño barco de pesca, estaba desesperado por pisar tierra firme de nuevo. Iba a degradar al optio por insubordinación, cuando cayó en la cuenta de que estaba tan cansado que no pensaba con claridad. Tanto su ropa como la de sus soldados estaba mugrienta y no se habían afeitado desde que abandonaron Cortina. No era de extrañar que el optio los hubiera confundido con unos pescadores comunes y corrientes.

—¿A qué estáis esperando? —El optio se cruzó de brazos—. Largaos antes de que ordene a los muchachos que os den una buena paliza.

Cato se aclaró la garganta y dijo:

—Un consejo, optio. Es mejor tantear el terreno antes de atolondrarse y meter la pata. Soy el tribuno Quinto Licinio Cato y estos soldados son mi escolta.

El optio entrecerró los ojos y escudriñó con la mirada a esos hombres desaliñados que iban a bordo del barco. Meneó la cabeza.

—¡Y qué más!

Cato cogió el tubo de cuero que llevaba, le quitó la tapa y sacó la carta de su nombramiento, firmada y sellada por Sempronio.

—Toma. Léelo.

El optio echó un vistazo al mar que lamía el suelo a una corta distancia de sus botas y movió la cabeza en señal de negación.

—No, tráelo tú aquí. Con cuidado. De momento, los demás se quedan en el barco.

Cato se deslizó por encima de la borda y, con un chapoteo, se dejó caer al agua, que le llegaba hasta la rodilla. Fue hacia tierra y le tendió la carta al optio con brusquedad. El otro cogió el documento, lo desenrolló, leyó rápidamente el contenido y al cabo de un momento miró a Cato con recelo.

—¿Tribuno Cato?

—Eso es lo que dice. Tengo que ver al legado Petronio enseguida.

—Bueno, aguarde un minuto, señor. ¿Qué ocurre?

Cato le clavó una firme mirada y respondió con un tono de voz férreo:

—¿De verdad tengo que darte explicaciones a ti, optio?

El optio se mordió el labio un instante y acto seguido se cuadró.

—Lo siento, señor. Estoy a sus órdenes.

—Eso está mejor. Quiero que mis hombres coman y descansen. Que tu sección se ocupe de ellos. Tú me acompañarás a ver al legado.

El optio asintió, y destacó enseguida a sus compañeros para que les ayudaran a sujetar el barco y escoltaran a los recién llegados al cuartel de la guarnición. Se volvió hacia Cato e inclinó la cabeza.

—Si tiene la bondad de seguirme, señor.

Condujo a Cato hacia lo alto de la rampa y a través de un arco inmenso decorado con un friso de deidades egipcias. Al otro lado había un patio amplio con una elegante columnata que bordeaba tres de sus lados. Enfrente del arco, a unos cien pasos de distancia, un tramo ancho de escaleras se elevaba hasta la entrada del palacio principal. Frente a sus puertas había apostada una sección de legionarios que, con los escudos y jabalinas apoyados en el suelo, hacían guardia bajo el sol abrasador. A mano derecha se abría otro arco que daba a una calle muy concurrida y de anchura considerable abarrotada de gente y de animales de carga. La columnata amortiguaba en parte el barullo de la calle pero, aun así, el alboroto de la ingente población hizo que Cato pensara en Roma.

El optio se volvió a mirarlo mientras cruzaban el patio a grandes zancadas y sonrió al ver el modo de andar tambaleante del tribuno.

—Ha pasado unos cuantos días en el mar, ¿no, señor?

Cato asintió con la cabeza.

—¿Le importa contarme qué hacían usted y sus muchachos en un barco de pesca?

—Sí.

—¿Cómo? —Tras un instante de desconcierto, el optio lo entendió y cerró la boca.

Continuaron andando en silencio y subieron por las escaleras de un blanco deslumbrante hacia la entrada de palacio. Los centinelas presentaron las jabalinas a modo de saludo al paso del optio e intentaron mantener la vista al frente y no prestar atención a aquel hombre desaliñado y que apestaba a pescado que lo acompañaba. La entrada se abría a un amplio vestíbulo lleno de peticionarios que esperaban la oportunidad de exponer sus quejas al legado o a alguno de sus funcionarios. Al fondo

del vestíbulo había otra gran entrada flanqueada por otros ocho legionarios y frente a sus puertas una mesa a la que estaba sentado un centurión con una túnica ligera. Tenía la vara de vid frente a él. Estaba leyendo una de las peticiones cuando el optio y Cato se acercaron a la mesa.

—¿Sí? —dijo sin levantar la mirada.

El optio se cuadró.

—Si me permite, le informo de la llegada del tribuno Quinto Licinio Cato, señor.

—Sí, un momento —masculló el centurión antes de caer en la cuenta de lo que acababa de oír.

Levantó la vista, miró al optio y luego pasó la mirada a Cato—. ¿Él..., un tribuno? ¿Qué broma es ésta?

—Es cierto, señor. Me enseñó su carta de nombramiento.

—¿Ah sí? Déjame verla.

Cato volvió a sacar el documento con impaciencia. El centurión lo leyó con detenimiento y luego examinó el sello atentamente, tras lo cual infló los carrillos, soltó el aire y por fin se lo devolvió a Cato.

—Parece genuino. ¿Qué le trae por aquí, tribuno? Por como huele, se diría que naufragó y que lo ha rescatado un barco de pesca.

—He venido a ver al legado por un asunto de suma importancia. Me envía el senador Sempronio, gobernador interino de Creta.

—¿Quiere ver al legado?

—Enseguida.

—Es un poco delicado, señor. Se encuentra en sus baños privados. Dejó órdenes de que no se le molestara.

—Pues es una lástima. Tengo que hablar con él ahora mismo.

El centurión sopesó las órdenes que tenía contra la evidente impaciencia de Cato y asintió.

—Muy bien, señor. Optio, acompáñalo a la terraza ajardinada. A los baños privados del legado.

—Sí, señor —el optio saludó e hizo una seña a Cato para que lo siguiera, en tanto que el centurión volvía a centrarse en sus peticiones, calculando cuál de ellas le daría más posibilidades de ganarse un jugoso soborno.

Los centinelas abrieron las puertas para dejar entrar a Cato y al optio a un vestíbulo interior. De izquierda y derecha arrancaban sendos pasillos y justo enfrente había una escalera que conducía a la luz del sol. Cato siguió al optio escaleras arriba. Salieron a un amplio espacio abierto flanqueado por unas paredes altas. Los sonidos de la ciudad quedaban amortiguados y competían con el leve sonido del agua de las fuentes. En unos arriates dispuestos geométricamente, crecían unas palmeras que de vez en cuando proporcionaban sombra a los senderos pavimentados que bisecaban la terraza ajardinada. Contra la pared del fondo Cato distinguió una serie de construcciones y el reflejo de una piscina de inmersión. Salía humo del horno que proporcionaba el calor para las salas destinadas al baño de agua caliente y al baño de vapor de las termas privadas del legado.

Al acercarse a la piscina, Cato vio a un pequeño grupo de hombres que charlaban despreocupadamente sentados en el agua. Otros dos estaban tumbados sobre almohadones en unos bancos mientras unos esclavos masajistas les trabajaban la espalda reluciente de aceite perfumado.

—¿Qué es esto? —exclamó uno de los hombres cuando vio que Cato y el optio se acercaban a la piscina a grandes zancadas—. ¡Tenemos visita! Legado, uno de tus soldados se ha encontrado a un vagabundo.

Se oyeron unas risas y los oficiales se volvieron a mirar con curiosidad cuando el optio se detuvo, se cuadró y saludó a uno de los hombres a los que les estaban dando un masaje.

—Señor, con su permiso, le informo de que el tribuno Cato desea hablar con usted.

El legado giró la cabeza hacia el optio y por un instante fugaz su semblante mostró preocupación al ver a Cato.

—¿El tribuno Cato? Nunca he oído hablar de él. ¿Tú eres su esclavo? Dile a tu amo que si quiere verme pida una cita por los conductos habituales. Es decir, por vía del despacho de mis administrativos. Y ahora, vete.

Cato adoptó un aire resuelto y no se movió de donde estaba.

—El tribuno Cato soy yo.

—¿Tú eres un tribuno? No te creo.

—Ya he presentado mis atribuciones por escrito a dos de sus oficiales. Puedo sacarlas de nuevo, si lo desea.

—Luego. Primero dime qué está haciendo un tribuno en Alejandría. ¿Quién te envía? ¿Narciso?

Cato no pudo reprimir una sonrisa al oír mencionar al secretario privado del emperador. Aparte de ser el consejero personal de Claudio, Narciso también dirigía una formidable red de espías y asesinos cuya misión era proteger a su patrón.

—No he venido desde Roma, señor. He venido en barco desde Creta.

Petronio arrugó la nariz.

—Hueles a pescado podrido.

—Lo único que pudimos encontrar para traerme aquí fue un barco de pesca. Ahora despache a estas personas, legado Petronio. Tenemos que hablar.

—¿Que las despache? ¿Cómo te atreves?

—Debo hablar con usted a solas sobre un asunto de vital importancia. Me han enviado aquí a las órdenes del gobernador interino de Creta.

—¿Gobernador interino? ¿Han sustituido al idiota de Hirtio?

—Hirtio está muerto, junto con la mayoría de los funcionarios de alto rango de la provincia.

—¿Muerto? —El legado apartó al masajista de un empujón y se dio media vuelta para sentarse en el banco mirando a Cato—. ¿Cómo?

—Hubo un terremoto en la isla. Él estaba agasajando a sus funcionarios y dignatarios locales cuando ocurrió. Gran parte del palacio se vino abajo y sepultó a Hirtio y a sus invitados.

—¿Un terremoto? —el legado arqueó las cejas—. En la ciudad ha corrido el rumor de que Creta había sido destruida por una ola gigante.

—La isla sigue estando en su sitio. Pero hubo una ola, y entre ésta y el terremoto casi todas las ciudades y pueblos han quedado reducidos a escombros.

—Y entonces, ¿quién está al mando ahora?

—El senador Lucio Sempronio. Viajábamos juntos cuando nos alcanzó la ola. El barco se vio

obligado a dirigirse al puerto más cercano, y fue entonces cuando nos enteramos del desastre que había azotado la isla. Él se hizo cargo de la situación.

—¿Sempronio? —el legado caviló—. Lo conocí en una ocasión. Un excelente oficial. Así pues, ¿ha asumido el mando en Creta? Bueno, me alegro por él, pero, disculpa, ¿cómo puedo estar seguro de que dices la verdad? El mar te acaba de dejar aquí con la descabellada historia de un desastre. ¿Por qué tendría que creerte?

Cato sacó el anillo del tubo de cuero que llevaba al cuello y se lo entregó a Petronio.

—Tome, ¿reconoce el emblema?

Petronio lo sostuvo en alto y examinó el diseño, una cabeza de lobo sobre dos rayos cruzados. Asintió con la cabeza.

—Pertenece a Sempronio. Está bien, ¿por qué te ha enviado aquí?

Cato miró de manera significativa a los otros invitados, todos los cuales habían estado escuchando la conversación previa en ávido silencio.

—Señor, debo insistir en hablar con usted a solas, de verdad.

—A solas, ¿eh? —Petronio miró fijamente a Cato un momento tras el cual dio unas palmadas—. ¡Fuera! ¡Dejadnos! Ahora mismo.

Sus oficiales y demás invitados salieron apresuradamente de la piscina, cogieron la ropa de los bancos y asientos que la rodeaban y se dirigieron al rincón más alejado del jardín donde había una terraza con vistas al puerto. Cuando ya ninguno de ellos podía oírles, el legado hizo señas al optio para que se alejara.

—Quédate ahí, junto al extremo de la piscina. Si te llamo, ven corriendo.

—Sí, señor. —El optio saludó y se alejó con paso resuelto.

Cato no pudo evitar esbozar una sonrisa al ver las precauciones que tomaba el legado.

—No tenía ni idea que ser el legado de Egipto fuera un trabajo tan peligroso.

—Un hombre de mi posición siempre debe ser cauto —Petronio suspiró—. Egipto es una provincia importante. Al legado lo nombra el emperador en persona. Por consiguiente, siempre es el blanco de senadores envidiosos y al mismo tiempo corre grave peligro de decepcionar al emperador; y ya sabes cómo termina eso.

—Por supuesto.

—Y bien —Petronio tomó la túnica de lino del extremo del diván de masaje y se la pasó por la cabeza—, ¿qué quiere de mí el senador Sempronio? ¿Suministros de emergencia, algunos ingenieros que ayuden a escombrar?

—Eso no vendría mal, señor, pero la situación es bastante más grave. En Creta se ha declarado una rebelión de esclavos a gran escala. De momento se limita a la mitad sur de la isla, pero hemos perdido el control de las cosas. Los esclavos han aniquilado a la fuerza que se envió para ocuparse de ellos y los soldados y oficiales que quedan se hallan retenidos en unos cuantos pueblos y ciudades.

—Pinta mal —Petronio se acarició el mentón y miró a Cato con astucia—. Imagino que estás a punto de pedirme unos cuantos soldados que ayuden a dominar a los rebeldes.

Cato asintió. Le había llegado el momento de hacer uso de sus habilidades persuasivas, pero su

cuerpo aún estaba lidiando con la sensación de mareo de tantos días navegando y la fatiga le embotaba la mente. Abrió la parte superior del tubo de cuero y extrajo el segundo rollo de su interior.

—Esto es de parte del gobernador.

Le entregó la carta a Petronio, quien rompió el sello y la abrió. Antes de empezar a leer le dirigió una mirada a Cato.

—Supongo que no te vendría mal tomar un trago, ¿no? ¿Quieres comer algo?

—Sí, señor.

Petronio señaló las mesas que habían dejado libres sus oficiales. Quedaban varias bandejas de fruta y exquisiteces a medio consumir, junto con jarras de plata llenas de vino.

—Siéntate allí y sírvete mientras yo leo esto.

—Gracias. —Cato se acercó a la mesa, se sirvió uvas y naranjas y disfrutó de su sabor tras días de mascar pescado seco y galleta. Se sentó en un taburete acolchado, se sirvió una copa del vino mezclado con agua y tomó unos sorbos mientras Petronio leía el breve informe de la situación en Creta. Al final, el legado enrolló de nuevo el papiro y se acercó tranquilamente a Cato, tomó asiento frente a él y se sirvió una copa de vino.

—Los masajes siempre me dejan sediento —sonrió—. De hecho, casi todo lo que haces en Egipto te deja sediento. Al menos aquí en Alejandría el clima es soportable, pero Nilo abajo el calor es insufrible y casi no hay vida en los desiertos de ambos lados. En Creta lo tenéis bien —hizo una pausa y dio unos golpecitos en el rollo—. O al menos, lo teníais.

—No puedo decir que haya estado allí el tiempo suficiente como para darme cuenta —repuso Cato—. Tuvimos la mala suerte de estar navegando frente a la isla cuando se produjo el terremoto.

—Quizá fuera mala suerte para vosotros. Para Creta fue una suerte que unos funcionarios de tan alto rango estuvieran casualmente por allí para hacerse cargo.

—Supongo que sí —dijo Cato con cautela. De momento, el legado no había cuestionado su rango, y era necesario convencerlo para que acudiera a ayudar a Sempronio antes de que se le nublara la mente pensando en la cuestionable validez del ascenso de Cato al rango de tribuno.

—Sempronio menciona la necesidad de apoyo militar, pero no dice cuántos hombres requiere. ¿Sabes qué tiene pensado?

—Sí, señor. —Cato respiró profundamente. El senador y sus dos oficiales superiores habían considerado detenidamente las fuerzas necesarias para garantizar la victoria sobre los rebeldes—. Una legión, dos cohortes de infantería auxiliar y dos cohortes de caballería, así como una escuadra de buques de guerra para proporcionar transporte y apoyo a cualquier operación costera.

Petronio se lo quedó mirando y se echó a reír.

—¡No puedes decirlo en serio! Es casi la mitad de la guarnición de esta provincia. Tal y como estamos, apenas damos más de sí.

—Pero en este momento no están enzarzados en ninguna campaña, ¿no?

—No —admitió Petronio.

—¿Hay que contener algún levantamiento?

—No, pero eso es porque tengo hombres suficientes para mantener a los lugareños en su sitio y a los árabes del desierto a raya.

—Lo comprendo, señor, pero Sempronio sólo necesitará utilizar sus fuerzas mientras sofoca la revuelta de esclavos. En cuanto Áyax...

—¿Áyax?

—El cabecilla de los esclavos, señor. Un gladiador. En cuanto acaben con él, las fuerzas podrán regresar a Egipto de inmediato. El gobernador le da su palabra al respecto.

—Eso me tranquiliza —Petronio tomó aire con exasperación—. Mira, tribuno, estaré encantado de hacer todo lo que esté en mi mano para ayudar en otra provincia, pero lo que me pide Sempronio es imposible. Aquí tengo dos legiones. La Vigésimo segunda está en Heliópolis. La Tercera Cirenaica se halla dispersa a lo largo de la costa y mis auxiliares están guarneciendo las ciudades del delta. Tardaría días, o incluso meses, en poder concentrar un ejército como el que requiere Sempronio. Es probable que para entonces vuestra revuelta haya quedado en nada.

—Lo dudo —respondió Cato—. Se hace más fuerte con cada día que pasa. Señor, me doy cuenta de que no alcanza a comprender lo crítica que es la situación. Los esclavos mataron a un millar de nuestros soldados en un solo ataque. No sé cómo, pero Áyax ha conseguido crear un ejército con ellos y me temo que aspira a liberar a todos los esclavos de la isla.

—Entonces dejemos que Roma se ocupe de ello. Si la situación es tan crítica, el emperador tendrá que reunir un ejército para sofocar la rebelión.

—Pero si actuamos ahora no tendrá que hacerlo —Cato hizo una pausa y decidió probar con un nuevo enfoque—. Señor, si no manda ayuda a Sempronio, se perderá Creta. Como bien dice, hará falta un ejército numeroso y tal vez años para recuperar la isla y acabar con todos los focos rebeldes que queden. Esto supondrá un enorme coste para el emperador. Pero, ¿y si se da cuenta de que la revuelta hubiera podido sofocarse si hubiera habido fuerzas disponibles para intervenir antes? Usted mismo lo ha dicho: ser el hombre del emperador en Egipto es un asunto delicado. Si no actúa ahora, seguro que defrauda al emperador y, como usted mismo dice, ya sabemos cómo termina eso.

Petronio le lanzó una mirada fulminante.

—¿Estás insinuando un chantaje?

—No, señor. Ni Sempronio ni yo tendremos que hacerlo. A todo el mundo le resultará evidente la oportunidad perdida y, lamentablemente, a la plebe le gusta tener a quien echar la culpa cuando hay malas noticias —Cato hizo una pausa—. Si actúa ahora podría salir de ésta siendo el hombre que salvó a Creta.

El legado se reclinó en su asiento y se cruzó de brazos.

—¿Y si al despojar a Egipto de estas fuerzas estalla una revolución aquí durante mi ausencia y perdemos esta provincia? ¿Cómo crees que reaccionará la plebe a eso, tribuno?

—Es una posibilidad remota —reconoció Cato—, pero de momento aquí lo tiene todo en orden. No es probable que ocurra.

—Pero, ¿y si ocurriera?

—Entonces estará acabado en cualquier caso, señor. Lo mejor que se puede hacer es salvar Creta, y hacerlo enseguida, y que luego sus hombres regresen a Alejandría.

—Haces que parezca muy fácil.

—Me limito a exponer sus opciones tal como yo las veo, señor.

Petronio se puso de pie y empezó a caminar lentamente en torno a la piscina con la cabeza gacha y las manos juntas a la espalda, pensando. Cuando regresó a la mesa estaba claro que había tomado una decisión.

—No puedo abandonar Egipto. Si ocurriera algo durante mi ausencia, el emperador me cortaría las pelotas y se las comería para desayunar. Y no estoy dispuesto a darte todos los efectivos que me pides. Así pues, vamos a llegar a un acuerdo, tribuno. Aquí tengo a ocho cohortes de la Tercera Legión junto con una cohorte de auxiliares y caballería en un campamento situado a unos treinta kilómetros de la ciudad. Si me quedo con dos cohortes de legionarios en Alejandría, debería poder mantener el orden. Por lo que respecta a las demás unidades, tendré que trasladar soldados de la región del delta, pero debería poder arreglarse. Bueno, pues he aquí mi oferta. Seis cohortes de legionarios, una de caballería y una de auxiliares. Además de la escuadra naval. O lo tomas o lo dejas.

Cato lo consideró. ¿Bastaría con dos mil quinientos legionarios y un millar de tropas auxiliares para destruir a Áyax y a su ejército de esclavos? Era indiscutible que la cantidad no podía sustituir a la calidad y que los bien armados legionarios podrían abrirse camino a cuchilladas por entre las filas de esclavos pobremente equipados. Aun así, estarían en enorme inferioridad numérica. No tenía mucho sentido encomendar la tarea a un ejército que carecía de los efectivos necesarios para llevarla a buen término. Por otra parte, si Sempronio podía atacar con suficiente rapidez, tal vez infligiera una derrota a los rebeldes antes de que éstos llegaran a imponerse demasiado. Cato carraspeó.

—Es una oferta generosa, señor. Estoy seguro de que el senador Sempronio le estará eternamente agradecido.

—¡Al carajo Sempronio! Lo único que quiero es quitarme de encima a Narciso. Bien, pues si estamos de acuerdo sugiero que descanses un poco. Ya puestos, procura darte un largo baño y un buen afeitado. Daré las órdenes para que mis fuerzas se concentren en Alejandría. Me temo que mis oficiales de Estado Mayor van a estar muy atareados los próximos días. Lo cual no es malo. Les hará bien volver a servir como soldados, para variar.

—Sí, señor. —Cato tuvo la misma sensación que si le hubieran quitado un enorme peso de encima—. Gracias.

—No me lo agradezcas. Todavía no. No creo que ninguno de nosotros pueda dormir tranquilo hasta que ese gladiador sea capturado y clavado en una cruz.

Capítulo XXII

El primer ataque contra Cortina tuvo lugar pocas horas después de que Áyax regresara a su campamento. Sus compañeros más cercanos nunca lo habían visto tan enojado como entonces, cuando pasó junto a su escolta como una exhalación y entró en la granja medio en ruinas que había elegido como cuartel general. Se quitó la capa de un tirón y la arrojó a un lado mientras iba a por la jarra de vino y los pedazos de pan y queso que le habían dejado preparados para que cenara. Algunos de sus hombres hacían todo lo posible por disfrutar de las comidas más selectas que habían podido conseguir en las ricas villas que el ejército de esclavos había saqueado. Áyax no les envidiaba ese tipo de placeres. Después de una vida entera de servidumbre, tenían todo el derecho a probar la libertad en todas sus formas. Él prefería una dieta sencilla que alimentara su cuerpo sin estropearlo y no mantenía en secreto la frugalidad de sus comidas porque sabía que eso lo uniría aún más a sus seguidores.

En aquellos momentos se obligó a sentarse a la mesa y se sirvió una copa de vino. Se la bebió pausadamente, se sirvió otra y mojó en ella el pan, que mordisqueó de forma metódica con la mirada clavada en la agrietada pared de enfrente. Estaba claro que el propietario de la granja había sido un hombre bastante rico pero de escaso buen gusto.

Las paredes de aquella sala, su comedor, estaban cubiertas de murales que representaban una bacanal. Delante mismo de Áyax había una imagen de un par de gladiadores, un *secutor* como el propio Áyax que, agazapado con cautela, se enfrentaba a un *reciario* que manejaba una red. Dispuestos en torno a ellos estaban los invitados, que bebían, se atiborraban y reían al tiempo que animaban a los gladiadores. Una de las mujeres, muy maquillada, sostenía el pene de un hombre mientras observaba el combate con expresión excitada. El anfitrión ocupaba su asiento en el centro de la fiesta, un hombre gordo, pelón y jovial que llevaba una corona de hojas torcida sobre su calva reluciente y sostenía una copa en alto llena hasta rebosar.

—¡Cabrones! —rugió Áyax, que agarró la jarra y la estampó contra la pared con todas sus fuerzas. La jarra estalló y los fragmentos de cerámica y las gotas de vino salieron despedidos en todas direcciones. Al instante el mural quedó cubierto de líquido oscuro, que se deslizó por la pared de modo que las imágenes quedaron distorsionadas por una película rojiza. Áyax se quedó mirando fijamente la pared con el corazón palpitante y unos ojos desmesuradamente abiertos de expresión aterradora. Se oyó un chirrido a sus espaldas cuando la puerta giró sobre sus goznes.

—¿General? ¿Te encuentras bien? —preguntó Chilo con preocupación. Hubo una pausa y vio los restos de la jarra y el vino en la pared—. ¿General?

Por un momento Áyax permaneció inmóvil, intentando reprimir la furia que ardía en su interior. El recuerdo de su esclavitud le seguía doliendo como una herida abierta y por encima de todas las vejaciones y el sufrimiento que había soportado estaba la imagen del centurión Macro, uno de los responsables de la crucifixión de su padre y el motivo por el que a Áyax lo vendieron como esclavo. Macro y ese otro oficial, el alto y delgado que tenía su misma edad, así como el legado que estaba a su mando, Vespasiano. Aunque los otros se hallaran fuera de su alcance, sirviendo en alguna otra parte del execrable Imperio romano, a Macro lo tenía a mano y a su merced. Áyax masculló un

juramento a todos los dioses que él consideraba sagrados de que vengaría a su padre, se vengaría a sí mismo y se aseguraría de que Macro sufriera todos los tormentos imaginables antes de que se le permitiera morir.

Chilo tosió.

—¿General? ¿Hay algo que pueda hacer?

Áyax respiró profundamente y se dio media vuelta. Chilo estaba al mando de los mejores soldados del ejército de esclavos. Se habían equipado con las mejores armaduras y armas capturadas.

—Sí. Reúne a tus hombres. Haz que formen filas. Si no recuerdo mal, tenemos unas cuantas escaleras, ¿verdad?

—Sí, general, unas cuantas, pero están separadas y habrá que atarlas bien unas a otras antes de que podamos usarlas en las murallas de Cortina.

—Pues encárgate de ello. De inmediato. Atacaremos en cuanto estén listas.

—¿Atacaremos? —Chilo no pudo ocultar su asombro. Su carácter transparente era uno de los motivos por el que Áyax lo había elegido para que fuera uno de sus compañeros más allegados. No podía ocultarle nada a su general, especialmente cualquier atisbo de duda o de traición.

—Pero, general, los hombres han marchado durante casi todo el día. Estarán preparándose para pasar la noche.

—Pues mala suerte. Además, los romanos nos habrán visto acampar. No se esperarán que atacemos tan pronto después de nuestra llegada. Por eso debemos hacerlo. Para pillarlos desprevenidos. —Áyax pensó un momento—. Asaltaremos la sección más próxima a la puerta principal. La han reparado pero su aspecto es débil y no han podido volver a levantarla al mismo nivel que el resto de la muralla —asintió para sí mismo—. Sí. Saldremos de la oscuridad y atacaremos por allí.

* * *

Los cascos relucientes de los centinelas resultaban claramente visibles a la luz de las llamas que parpadeaban a lo largo de los muros y Áyax alzó bruscamente la mano para detener a la columna que iba detrás de él. Chilo repitió el gesto y los hombres se detuvieron, silenciosos y quietos como sombras. Áyax les había ordenado que dejaran todo el equipo innecesario en el campamento, así como cualquier cosa que pudiera hacer algún ruido que los delatara. A unos ochocientos metros por detrás de ellos se encontraba el mucho más numeroso grupo de guerra de Kharim, listo para acudir a la carga si lograban abrir una brecha o capturar la torre de entrada. Sus hombres iban armados con una heterogénea variedad de armas y llevaban poca o ninguna protección. Sin embargo, sus corazones rebotaban de la determinación de lanzarse contra su enemigo si tenían ocasión.

Los hombres de Chilo iban descalzos y llevaban armadura de escamas y casco. Iban provistos de escudos y lanzas y las dagas al cinto. Áyax hizo una señal con la mano y los hombres bajaron los escudos con cuidado y se agacharon a su lado. Áyax también dejó el escudo y la lanza en el suelo, se

quitó el casco y en voz baja ordenó a Chilo que hiciera lo mismo.

Le indicó con un gesto que lo acompañara y avanzaron con sigilo hacia las murallas que se encontraban a no más de cien pasos de distancia. Iban agachados y se movían con lentitud, acercándose poco a poco al resplandor de la luz de las antorchas que había en lo alto del muro. La torre de entrada quedaba a su derecha y las llamas de un brasero montado en la achaparrada construcción brillaban en la noche y de vez en cuando lanzaban al aire unos pequeños remolinos de chispas que titilaban y se extinguían rápidamente. Áyax tenía ganas de acercarse todo lo posible a la muralla para ver dónde presentaba su aspecto más débil la sección reparada. Si lograban asaltar la muralla e irrumpir en la ciudad, la torre de entrada se tomaría enseguida y podrían abrir las puertas para que Kharim y sus hombres terminaran el trabajo. Estaba a punto de acercarse otro poco para inspeccionar las defensas con más atención, cuando de pronto Chilo lo agarró del brazo y lo retuvo.

—¿Qué? —dijo Áyax entre dientes y con ferocidad al tiempo que volvía la cabeza.

—Mira allí. —Chilo lo soltó y señaló la hierba, a poco más de medio metro por delante de ellos. En un primer momento Áyax no vio nada fuera de lo normal, pero entonces lo distinguió: un pincho oscuro, anormalmente recto y distinto de las briznas de hierba que lo rodeaban. Alargó la mano con cuidado y tocó el objeto. Era de frío metal. Lo recogió para echarle un vistazo de cerca. Sostuvo el objeto por uno de sus pinchos, todos ellos de una longitud como la de su dedo y terminados en una punta aguda.

—Son muy listos, nuestros amigos romanos —susurró—. Han sembrado los accesos con estas... cosas. Desbaratarían un ataque estupendamente.

Se lo quedó mirando un momento y a continuación lo tiró a un lado.

—Tendremos que despejar un camino antes de hacer avanzar a los hombres.

Chilo asintió con la cabeza y de repente se quedó inmóvil aguzando el oído. Volvió la cabeza hacia la derecha y señaló.

—Allí.

Áyax miró en la dirección indicada con los ojos entrecerrados y vio una figura oscura que estaba encorvada sobre un cesto de mimbre en el que metía la mano y tiraba algo a un lado.

—¿Esperamos a que se marche, general?

—No. Podría vernos, o volver en esta dirección. Espera aquí —le ordenó y, al tiempo que sacaba la daga, se levantó a medias y fue moviéndose lentamente hacia su derecha, describiendo un arco. El soldado enemigo continuaba con su tarea y de vez en cuando hacía una pausa y volvía la mirada hacia el campamento rebelde, momento en el que Áyax se quedaba inmóvil hasta que el romano retomaba su trabajo; entonces él volvía a avanzar. Fue rodeando al hombre con sigilo y cuando estuvo detrás de él empezó a acercársele, paso a paso; apretó el puño en torno al mango de la daga, se abalanzó de un salto y corrió la poca distancia que le separaba de su presa. El romano oyó el susurro de la hierba y miró por encima del hombro en el preciso momento en el que Áyax caía sobre él y lo derribaba. El gladiador le tapó la boca con la mano, le empujó la cabeza contra el suelo y aplastó el cuerpo más ligero del romano al tiempo que le colocaba la punta de la daga bajo el mentón. Gracias al débil resplandor de las antorchas, vio que su enemigo era un hombre escuálido y entrado en años, un veterano auxiliar a quien no faltaba mucho para finalizar su período de

reclutamiento.

—Al menor movimiento o ruido que hagas, te mato —apretó la hoja para que el hombre se diera cuenta cabal del peligro que corría—. ¿Entendido?

El hombre asintió levemente, con los ojos muy abiertos de terror. Crispó el rostro cuando la punta penetró en su piel.

—Bien —susurró Áyax, que lentamente retiró la mano de la boca del soldado—. ¿Estás aquí afuera solo?

—N-no. No me mates.

—Vivirás si me contestas sinceramente. —Áyax fue retirando el cuchillo—. Dime, ¿cuántos más hay aquí afuera?

—Cuatro. Somos cuatro. Dos en el otro lado de la torre de entrada y uno que va en la otra dirección.

—¿Volverá a pasar por aquí?

El romano lo pensó brevemente y negó con la cabeza.

—No hasta dentro de un rato. Tenía más terreno que cubrir.

Áyax señaló con un movimiento de la cabeza el cesto que el hombre iba arrastrando.

—Estas cosas que estáis plantando en el suelo...

—¿Los abrojos?

Áyax esbozó una sonrisa..., de modo que así era como se llamaban.

—Sí, los abrojos. ¿A qué distancia los habéis colocado?

—A unos tres o cuatro metros como mínimo.

—Entiendo.

Áyax bajó la mano súbitamente y empujó la daga hacia arriba atravesando con ella la garganta del romano y haciéndola penetrar en su cabeza, retorciendo la hoja a izquierda y derecha, revolviéndole los sesos a aquel hombre. El soldado se contrajo en espasmos violentos pero no profirió ningún sonido aparte de un leve resuello ahogado y luego quedó inerte. Áyax quitó la mano de la boca del soldado y al extraer la daga de un tirón notó un cálido chorro de sangre que le cayó en el puño. Se apartó del cuerpo y limpió la hoja en la túnica de aquel hombre antes de volver a deslizarla en su cinturón y regresar con Chilo.

—Hay otro más allá a la izquierda —dijo en voz baja, al tiempo que se arrodillaba—. Manda a uno de tus hombres para que se ocupe de él. Luego tú y yo tenemos que abrir una senda hasta la muralla.

Áyax retrocedió poco a poco y tomó las lanzas de cuatro de sus hombres, tras lo cual regresó al lugar donde estaba el primer abrojo. Clavó dos lanzas en el suelo separadas por unos seis metros de distancia y, hecho esto, se puso a cuatro patas y fue buscando a tientas entre la hierba hasta que encontró el segundo abrojo. Lo arrojó a un lado y siguió avanzando poco a poco hasta que encontró el siguiente y se deshizo de él. Chilo se unió a Áyax por la izquierda junto con otro hombre y se desplazaron por la hierba en dirección a la muralla. Ya estaban llegando a la mitad de su tarea cuando se oyó un grito ahogado a su izquierda, y por un instante se quedaron helados, con la vista clavada en la ciudad para ver si se daba alguna señal de alarma. Áyax observó a los centinelas más

próximos, pero no parecían haber oído el ruido y continuaron patrullando los trechos de muralla que tenían asignados.

—Volvamos al trabajo —susurró Áyax, que avanzó lentamente por la hierba con la mano extendida y palpando con cuidado en busca del siguiente pincho. Soltó un suspiro de alivio por el hecho de que no se hubiera dado la alarma. En aquel momento llegó a sus oídos un grito desde más lejos, en la muralla, que se fue transmitiendo de un centinela a otro hasta que el toque estridente de una corneta hendió el aire fresco de la noche. Áyax se puso de pie de un salto y corrió a recuperar su escudo y su lanza. Blandió la punta señalando la muralla y, dirigiéndose a los hombres de Chilo, bramó—: ¡Al ataque! ¡Cargad contra esos cabrones y enseñadles lo bien que muere un esclavo!

Chilo se acercó a él como movido por un resorte.

—¡No hemos terminado de retirar los abrojos! —le advirtió—. ¡General, debes detener a los hombres!

Era demasiado tarde. Los grupos que portaban las escaleras salieron de la oscuridad y avanzaron a todo correr. Áyax señaló las lanzas clavadas en el suelo.

—Pasad entre esas lanzas. ¡Id directos al muro!

Pasaron corriendo con las escaleras unidas a toda prisa bajo el brazo y atravesaron la franja defensiva romana. Todos ellos cruzaron sin ningún percance, salvo uno de los hombres del último grupo, que de pronto lanzó un grito de dolor, soltó la escalera y cayó al suelo profiriendo aullidos mientras tiraba del pincho para sacárselo del pie lisiado. Áyax hizo caso omiso de él, se precipitó detrás de los grupos de las escalas y corrió hacia la muralla. Tras él iban el resto de los hombres, animados por Chilo, quien les gritaba que avanzaran y pasaran entre las lanzas.

Por delante de los rebeldes, los defensores los señalaban y daban sus gritos de advertencia. Más romanos acudieron a las almenas de la torre de entrada y al cabo de un momento aparecieron unas brillantes llamaradas y unos fardos de trapos empapados en aceite describieron un arco por encima del parapeto, cayeron muro abajo y se alejaron rodando de la base hacia el foso. Con el resplandor de las llamas los grupos de las escaleras eran claramente visibles, y los centinelas empezaron a alzar sus jabalinas, listos para lanzarlas contra el torrente de figuras que surgían de la noche. Las notas agudas de la corneta se habían multiplicado por toda la ciudad, así como arriba en la acrópolis, y entonces Áyax supo que el tiempo jugaba en su contra.

Llegó al foso, se detuvo junto al borde y por señas indicó a los grupos de las escaleras que siguieran adelante.

—¡Cruzadlo! ¡Tan rápido como podáis!

Los primeros cuatro hombres que llevaban su escalera bajaron por la pendiente a trompicones y deslizándose hacia el interior de la zanja, cruzaron el fondo y empezaron a trepar por el otro lado, todos ellos valiéndose de la mano libre para agarrarse a cualquier mata de hierba o raíz que se les pusiera a mano. La punta de una jabalina se clavó en el suelo junto a Áyax, que alzó el escudo de manera instintiva y se agachó, atento al peligro. Por toda la parte alta de la muralla no dejaban de aparecer más hombres y sintió la primera punzada fría de inquietud en su interior por el desenlace del ataque. ¿Tenía que haber corrido el riesgo? ¿Se trataba de encontrar y matar a ese centurión más que de intentar sorprender al enemigo?

Los demás grupos de hombres con escalas pasaron rápidamente junto a él, cruzaron el foso y subieron por el otro lado para dirigirse directamente a la base de la muralla y colocar las escaleras en posición. Desde lo alto cayeron más fajinas ardiendo y el resplandor anaranjado de sus llamas hacía claramente visibles tanto las escaleras como los hombres. En aquellos momentos los rebeldes constituían un blanco fácil y Áyax vio caer al primero de ellos, ensartado por una jabalina que le atravesó la espalda y se le hundió profundamente en la pierna. El hombre soltó la escalera y cayó de costado, desesperado de dolor. Rodeó el asta de la jabalina con las manos y tiró débilmente para intentar sacarla, pero lo único que consiguió fue incrementar aún más el sufrimiento, que le hizo gritar. Un segundo hombre cayó muerto bajo la primera escalera cuando una piedra enorme le aplastó la cabeza.

Una repentina avalancha de hombres pasó junto a Áyax cuando el resto de la banda de Chilo se lanzó al foso y trepó por el otro lado para dirigirse hacia las escaleras que sus compañeros habían colocado en su sitio. En aquellos momentos caían muchos más proyectiles desde lo alto que, dada la oleada de rebeldes que se precipitaban hacia la muralla, difícilmente podían fallar el objetivo.

—¡Seguid adelante! —bramó Áyax—. ¡Subid por las escaleras!

Áyax avanzó de un salto y se unió a la multitud que cruzaba apresuradamente la zanja. Iba con el escudo en alto y éste se le vino encima de golpe cuando un cuerpo cayó contra él. El gladiador arrojó todo su peso a un lado, sobre el pie que tenía bien afirmado en el suelo, para mantener el equilibrio, y luego empujó con fuerza para cerciorarse de que se desprendía del cuerpo. Continuó avanzando y apretó los dientes en una ocasión en la que una piedra rebotó con un chasquido contra el ribete de su escudo. Entonces llegó a la base de la escalera, con el corazón palpitante.

—¡Aparta! —le gritó en la cara al hombre que estaba a punto de trepar por el primer travesaño.

Por delante de él había otro que ya había subido casi hasta la mitad de la escalera. A ambos lados de él los hombres habían alcanzado ya las otras escalas y estaban empezando a subir por la muralla. Áyax cogió la lanza con la misma mano que el escudo, se agarró a la escalera y empezó a subir los peldaños de uno en uno. Frente a él vio que las piedras se habían colocado de manera rudimentaria y sin argamasa, y maldijo el hecho de que su ejército no contara con ningún tipo de armas de asalto. Supuso que una catapulta o un ariete cubierto hubieran batido sin esfuerzo el muro reparado a toda prisa. Se oyeron gritos provenientes de más arriba cuando los romanos se percataron del peligro que suponían los hombres que estaban trepando hacia ellos. Al levantar la mirada vio las formas borrosas de unas cabezas que se asomaban al parapeto y otra piedra rebotó en su escudo con un golpe sordo.

—¡Concentraos en los soldados de la muralla! —exclamó Chilo—. ¡Utilizad piedras! ¡Rocas! ¡Cualquier cosa que nos arrojen!

Algunos de los rebeldes se agacharon a recoger lo primero que encontraran y lo lanzaron hacia arriba contra el enemigo, con lo cual hicieron retroceder a unos cuantos. Algunos proyectiles volvieron a caer con un golpeteo sobre los hombres de abajo, pero no causaron muchos daños, puesto que rebotaban en la armadura que les habían quitado a los cadáveres de los soldados de Marcelo. El hombre que iba delante de Áyax llegó al último peldaño de la escalera, que terminaba cerca del parapeto. Levantó la pierna, la pasó por encima y desapareció de la vista, en tanto que

Áyax subía y ocupaba su lugar. Tenía el corazón acelerado y una sensación de vulnerabilidad y de miedo cada vez más intensos que sobrepasaba con creces la habitual inquietud tensa de la arena o de cualquier otro combate en el que hubiese participado. Palpó la piedra áspera con la mano derecha hasta que sus dedos tocaron el borde. Deslizó la mano por encima del parapeto, se agarró al interior del muro y se dio impulso hacia arriba levantando la pierna. Aun estando bien agarrado con la mano y con el pie, le costó cierto esfuerzo alzar el peso de su cuerpo cargado con la armadura y la lanza, pasar por encima del parapeto y dejarse caer al otro lado de la muralla.

Áyax cayó suavemente de pie y enseguida volvió a coger la lanza con la mano derecha y a resguardarse detrás de su escudo. Se levantó mientras echaba un vistazo a ambos lados. El hombre que había subido por la escalera delante de él se hallaba a su derecha peleando, defendiendo desesperadamente la posición que había logrado ocupar en lo alto. Áyax se dio la vuelta hacia el otro lado y vio una sección de romanos que intentaba por todos los medios desplazar las escalas arremetiendo con las jabalinas y tratando de alejarlas del muro haciendo palanca. Por suerte, estaban preocupados con la amenaza que tenían justo delante y no lo habían visto. Abajo en la ciudad, divisó a montones de enemigos que salían de las calles laterales y se dirigían a la base de la torre de entrada y hacia las escaleras para reforzar a sus compañeros que se enfrentaban a los rebeldes.

Áyax levantó la lanza y cambió la posición de la mano para agarrar el arma por encima de la cabeza con la punta apoyada en el borde del escudo mientras avanzaba hacia los defensores. Echó un rápido vistazo atrás y vio que otro hombre había llegado al muro.

—Sígueme —le ordenó empezando a caminar por el estrecho adarve. Se acercó a unos tres metros del romano más próximo antes de que éste advirtiera su presencia. El romano apenas tuvo tiempo de darse media vuelta, que el gladiador ya se le había echado encima propinándole una estocada con la lanza. La cabeza de hierro alcanzó la mano que el romano había alzado en un vano intento de desviar el golpe. La punta la atravesó y penetró en la garganta del hombre segándole la tráquea y la espina dorsal antes de salirte por la nuca. Áyax empujó el escudo hacia fuera y golpeó el cuerpo hacia un lado al tiempo que tiraba de su lanza para recuperarla, liberándola con un desgarrón antes de concentrarse en su siguiente enemigo. Un optio fornido había logrado volcar una de las escaleras y entonces se dio la vuelta de cara a Áyax, blandió la espada y alzó el escudo.

Por un instante los dos hombres se midieron con la mirada. Áyax se dio cuenta enseguida de que el optio era un luchador experto y capaz. Poseía un buen sentido del equilibrio y se había puesto en cuclillas, una posición desde la que podía saltar en un poderoso ataque en cuanto viera su oportunidad.

Áyax alzó ligeramente la lanza e hizo un amago de arremeter contra el rostro del optio. El hombre paró el golpe fácilmente y retomó su postura. Entonces profirió un gruñido repentino y se abalanzó apuntando su arma contra la entrepierna de Áyax, quien desplazó su escudo, desvió el golpe y al instante volvió a tirarle una lanzada antes de que el optio pudiera recuperarse. No obstante, era un hombre sorprendentemente ágil para su tamaño y esquivó el golpe agachándose. Áyax retrocedió un paso y se arriesgó a echar un vistazo rápido para ver cómo iba el combate. Más allá de la sección que tenía frente a él se estaban desplegando más hombres a lo largo de la muralla. Abajo en las calles el enemigo acudía en tropel a las escaleras que subían a los muros. Áyax se dio cuenta de que

no tenían mucho tiempo. Si los rebeldes no conseguían hacer entrar en la muralla a hombres suficientes para que su superioridad numérica fuera decisiva, el asalto estaría condenado al fracaso.

El optio empezó a golpear su espada contra el brocal del escudo y le preguntó con desdén:

—¿Ya has tenido suficiente?

Áyax no pudo evitar echarse a reír. Una provocación tan obvia era indigna hasta del más bisoño de los gladiadores. Avanzó de nuevo resuelto a matar a aquel soldado y a abrir paso para Chilo y sus hombres. El optio alzó el escudo, listo para recibir la siguiente acometida de lanza. Áyax amagó un golpe alto, con lo cual obligó al romano a levantar más su escudo, y entonces el gladiador hincó una rodilla en el suelo, inclinó el borde del escudo hacia delante y lo estrelló contra el tobillo de la pierna que el otro hombre tenía adelantada. El impacto provocó un fuerte chasquido, el optio profirió un alarido de dolor y furia y cayó al suelo. Áyax se recuperó, se alzó sobre su víctima y dio en el blanco, alcanzando al hombre por la axila y atravesándole el costado hasta el pecho. Plantó el pie encima del romano, liberó la punta de la lanza de un tirón y pasó por encima del cuerpo. Con la muerte del optio, los otros romanos retrocedieron y fueron a unirse a los primeros de sus compañeros que habían subido a la muralla para ayudarlos.

El gladiador miró por encima del hombro. En el muro ya había unos diez de sus hombres o más, junto con Chilo. Tres de ellos se acercaban corriendo por el adarve y Áyax se pegó al parapeto para dejarles pasar.

—¡Mantenedlos ocupados! —ordenó—. No permitáis que os hagan retroceder.

Se retiró unos cuantos pasos y luego se dio la vuelta, se dirigió a toda prisa hacia Chilo y extendió el brazo en dirección a la torre de entrada.

—¡Por allí! Que los hombres vayan todos hacia allí. Tenemos que tomar la puerta, ¡rápido!

Chilo asintió con la cabeza y gritó a sus hombres:

—¡Seguidme!

Junto con varios de sus compañeros, Chilo corrió a lo largo del muro en dirección a la puerta abierta que conducía del adarve al interior de la torre de entrada. Se encontraba a no más de una lanza de distancia de la abertura cuando apareció por ella un romano que se detuvo sorprendido al ver a los rebeldes que se abalanzaban hacia él con un retumbo de pasos. Al momento siguiente Chilo chocó contra el romano y todos atravesaron con estrépito la entrada a la torre. Sus hombres se apiñaron tras él y el sonido de los gritos y el entrechocar de escudos y hojas llegó a oídos de Áyax. Él ya se había pasado la lanza ensangrentada a la mano del escudo y estaba ayudando a un hombre a pasar por encima de la muralla para luego empujarlo hacia la puerta.

—¡Vamos!

Mientras esperaba que llegara el siguiente, Áyax volvió la mirada atrás a lo largo del muro y vio que sólo seguían en pie dos de las escaleras. Por las calles se oía el ruido ensordecedor de las botas claveteadas de los romanos que se dirigían en tropel a la sección de las defensas que corría peligro y Áyax supo que los rebeldes no lograrían hacer subir a la muralla a los efectivos necesarios para imponerse. Más adelante, uno de los tres hombres encargados de retener el adarve ya había sido abatido y estaba doblado en dos, hecho un ovillo en torno a la herida que había recibido en la entrepierna. Sus compañeros se vieron obligados a retroceder y al cabo de un momento el hombre

murió a manos del primer romano que pasó por encima de él.

Otro hombre saltó por encima del muro y Áyax lo agarró del brazo.

—¡Ven conmigo!

Avanzó a toda prisa para ayudar a los dos hombres que se hallaban en una situación imposible. Siendo cuatro quizá contuvieran la marea enemiga el tiempo suficiente para que Chilo tomara la torre de entrada. Se plantaron allí con los escudos adelantados hacia los romanos al tiempo que arremetían con las lanzas por encima de la cabeza.

Abatieron a otro de los defensores, que se agarró la garganta y cayó de la muralla. Entonces el enemigo se pegó a ellos, escudo contra escudo, resoplando con el esfuerzo de hacer retroceder a los rebeldes empujándolos. Paso a paso, Áyax y los demás se vieron forzados a ceder terreno y al retroceder pasaron junto a lo alto de la otra escalera que quedaba. En aquel momento uno de sus hombres se desplomó cuando lo alcanzó la hoja de una espada corta que arremetió por un hueco entre los escudos. Por detrás de él oyó renovados sonidos de lucha provenientes de la torre de entrada y después a Chilo que ordenaba a sus hombres que se replegaran.

—¡No! —gritó Áyax a voz en cuello—. ¡Chilo! ¡Aguanta!

Su voz quedó ahogada por otra que hendió la noche cuando un oficial romano bramó:

—¡Matad a esos cabrones! ¡Acabad con ellos! ¡Vamos, muchachos, conmigo!

Áyax notó un leve codazo en el hombro cuando otro de los hombres que habían subido por la escalera se unió a aquella lucha desesperada. Dejó que ocupara su lugar y se dio la vuelta para ver qué tal le iba a Chilo. Sintió una angustia visceral al ver que una nueva oleada de romanos ya había hecho salir a los rebeldes de la torre de entrada y los estaban obligando a retroceder hacia la escalera que quedaba. Áyax se dio cuenta enseguida de que la lucha estaba perdida y al instante supo que debía hacer todo lo posible para salvar a sus hombres.

Se asomó a la muralla.

—¡Atrás! ¡Retirada!

Por debajo de él, los rostros vueltos hacia arriba estaban tenuemente iluminados por el resplandor cada vez más débil de las fajinas en llamas y sus miradas desesperadas penetraron en su corazón como cuchillos; pero no podía hacer otra cosa.

—¡He dicho que os retiréis! ¡Ahora!

El primero de ellos se dio la vuelta y se replegó hacia el foso.

—¡General! —Chilo se acercó a él, jadeante y con el rostro salpicado de sangre. Señaló la escalera que quedaba con un movimiento de la cabeza—. ¡Tú primero!

Por un instante Áyax estuvo tentado de negarse, pero su sensatez prevaleció. El ataque había fracasado y sus hombres lo necesitarían vivo.

—De acuerdo. Pero tú y el resto bajad tan rápido como podáis.

—Sí, general.

Áyax volvió a balancearse por encima del parapeto y buscó a tientas el último peldaño de la escalera con los pies desnudos. Dejó caer la lanza al suelo y volvió a descender. Al llegar al pie de la escalera, el primero de los hombres de Chilo venía tras él.

—¡No los dejéis escapar! —gritó el oficial romano por encima del barullo de la lucha en la

muralla, y Áyax sintió un nudo en el estómago al oírlo. Alzó la vista y, con los dientes apretados, gruñó:

—Macro...

Sus hombres bajaron por la escalera uno a uno y corrieron de vuelta al foso. Desde el otro lado le llegaron gritos de sorpresa y dolor y Áyax se dio cuenta de que, con las prisas por alejarse de los muros, algunos de ellos debían de haber pisado la franja sembrada de abrojos. Chilo se dejó caer pesadamente a su lado.

—¿Eres el último?

—Aún quedan dos ahí arriba.

No podían hacer nada por ellos. Áyax le dio unas palmadas en el hombro a Chilo.

—Vámonos.

Se dieron la vuelta y corrieron hacia la zanja en tanto que en lo alto de la muralla se oyó un breve y último choque de armas. Entonces una voz retumbó:

—¡Áyax!

Él vaciló y se volvió a mirar atrás. A la luz de una antorcha que ardía a una corta distancia en el muro, vio al centurión romano. Tenía una jabalina en la mano derecha y echó el brazo atrás para apuntar al cabecilla de los rebeldes. Entonces arrojó el arma con un gruñido. Su puntería fue certera y el asta oscura se dirigió rápidamente hacia Áyax. Antes de que éste pudiera reaccionar, un cuerpo chocó con él y lo tiró a un lado. La jabalina alcanzó el objetivo con un sonido parecido al de un pico al hundirse en la arena húmeda y se produjo un resoplido explosivo. Los reflejos de gladiador de Áyax le resultaron muy útiles y retrocedió rodando para quedarse en cuclillas. A sus pies yacía Chilo, que miraba hacia arriba y boqueaba mientras sus dedos palpaban el asta que le atravesaba el estómago y lo clavaba al suelo.

—Vete, general —logró mascullar.

Áyax agarró el asta y la arrancó. Luego agarró a Chilo, lo levantó, se lo echó a la espalda y bajó apresuradamente por el foso, cruzó el fondo y subió por el terraplén de enfrente. Se oyó otro grito desde las murallas.

—¡No os quedéis ahí parados, cabrones adormilados! ¡Matadlo!

Otra jabalina golpeó contra el suelo muy cerca de Áyax, en tanto que éste se encaramaba como podía al borde de la zanja. Siguieron varios proyectiles más y él avanzó a trompicones, observando el suelo con toda la atención posible para cerciorarse de no pisar ningún abrojo. En cuanto tuvo la seguridad de haberlos superado y de encontrarse fuera del alcance de las jabalinas, se inclinó y dejó a Chilo sobre la hierba. Chilo se puso boca arriba con un fuerte grito de dolor y se agarró la herida con la mano.

—¡Ay, ay, ay..., joder, joder, cómo duele! —exclamó entre dientes.

Áyax vio a algunos de sus hombres a una corta distancia.

—¡Venid aquí, deprisa!

Aunque reconocieron el sonido de la voz de su general, los hombres vacilaron un poco antes de hacer lo que él les ordenaba. Áyax señaló al herido Chilo.

—Llévadlo a mi cuartel general y mandad a buscar a Kharim. ¿Entendido? ¡Pues venga,

marchaos, rápido!

Los hombres levantaron a Chilo y se adentraron en la noche. Áyax todavía tenía el corazón palpitante debido al esfuerzo y se quedó allí con la respiración agitada, mirando a la muralla. El penacho del centurión era claramente visible entre los demás soldados situados al otro lado de los muros. Se oyó un silbido burlón y luego unos abucheos por parte del enemigo; Áyax escupió para aclararse la garganta.

—¡Macro! —hizo bocina con la mano y volvió a gritar—: ¡Macro! ¡Cuando tome la ciudad, te arrancaré el corazón con mis propias manos! ¡Lo juro!

Capítulo XXIII

—¡Mierda!

Macro pegó un puñetazo en el parapeto y crispó el rostro cuando el dolor le recorrió el brazo. Sin duda, su jabalina hubiera matado o lisiado para siempre a Áyax de no haber sido por aquel otro hombre, maldito fuera. Macro estaba prácticamente seguro de que, con Áyax fuera de juego, la moral de los rebeldes hubiera resultado dañada y, aunque hubiera aparecido otro cabecilla para salvar la revuelta, la pérdida de Áyax les habría hecho ganar unos cuantos días de gracia a los defensores. Se volvió de espaldas a los rebeldes que se retiraban y observó la escena que lo rodeaba. Los cadáveres yacían amontonados a lo largo del adarve y en su asalto el enemigo había arrancado algunos trozos del parapeto. Les había ido de poco. Los hombres que habían estado de guardia eran una de las unidades reclutadas de entre la población de la ciudad. Estaban a las órdenes de optios y centuriones de las filas de la cohorte auxiliar asignados a tal fin. De no haber sido por ellos, la tropa tal vez hubiera huido.

Macro señaló al centurión más próximo.

—¡Flaco!

—¿Señor?

—Despejad el adarve. Haz que lleven a nuestros muertos a la fosa.

—Sí, señor —Flaco hizo una pausa—. ¿Y los otros cadáveres?

Macro agitó el pulgar por encima del muro.

—Dejémoslos a plena vista de los rebeldes. Quizás eso contribuya a hacerles perder el ánimo.

—Sí, señor.

Macro dejó que Flaco y sus hombres realizaran el trabajo y bajó a la calle; caminó siguiendo la parte interior del muro para dirigirse a la siguiente torre. Fue una suerte que, en cuanto el ejército rebelde levantó el campamento a las afueras de la ciudad, hubiera tomado la decisión de que las tropas se alojaran cerca de la muralla, pues de lo contrario el ataque sorpresa hubiera tenido éxito. Aquella misma tarde Macro había elegido a los soldados que constituirían la escolta de Julia y les había ordenado que tuvieran preparadas sus monturas para salir a la hora cuarta de la noche. Acababa de retirarse a una posada para descansar una hora cuando sonó la alarma. Cogió a toda prisa la armadura y la espada, corrió hacia la torre de entrada y resulta que llegó justo a tiempo de mantener a raya a los hombres que intentaban escalar las murallas. Aunque los rebeldes no contaban con mucha protección y no estaban a la altura de los defensores, su feroz determinación a punto había estado de llevarlos al éxito. Macro había hecho entrar a sus hombres de nuevo en la torre de entrada lanzándoles gritos de ánimo mientras se abría paso a la fuerza por entre sus filas para dirigirlos desde el frente. Cuando llegó a la muralla, los rebeldes ya se estaban retirando. Quedaban tan sólo unos cuantos que defendían la parte superior de la escalera mientras sus compañeros bajaban por ella y que fueron abatidos rápidamente. Entonces había visto a un puñado de figuras que corrían alejándose de los muros y le había arrebatado la jabalina al soldado que tenía más cerca, tras lo cual gritó el nombre del gladiador. Tenía que haber una posibilidad de que Áyax estuviera allí, dirigiendo el ataque. Bajo la débil luz rojiza que emitían las fajinas, Macro había reconocido a Áyax de

inmediato cuando éste volvió la vista atrás. Había realizado un buen lanzamiento, caviló con amargura. De hecho, había sido un lanzamiento magnífico. Áyax tendría que estar muerto. Por alguna razón, los dioses lo habían salvado; de momento. La próxima vez, con dioses o sin ellos, Macro decidió que mataría al gladiador y pondría fin a su carnicería. Masculló una rápida plegaria de disculpas a Júpiter y a Fortuna por su breve momento de maldad y fue a examinar las otras secciones de la muralla antes de informar a Sempronio.

* * *

El senador estaba sentado en su despacho cuando llegó Macro. Una sola lámpara de aceite proporcionaba la única iluminación, apenas suficiente para que se distinguieran las paredes del cuarto.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó Sempronio en tono frío—. Hace dos Horus que terminó el ataque. Ya deberías de estar en camino con mi hija.

—Lo siento, señor. Tenía que comprobar que los demás sectores de la muralla estaban preparados para combatir en caso de que los rebeldes realizaran otro ataque.

—Lo que sea, pero hemos perdido demasiado tiempo. Sigo queriendo que saques a Julia de Gortina esta misma noche, lo antes posible.

Macro sintió como si un peso agotador descendiera sobre sus hombros.

—Señor, dentro de un par de Horus será de día. Ya no creo que sea seguro intentar sacar a su hija de la ciudad. Tal vez se encuentre más a salvo si se queda.

—¿De verdad? A juzgar por los primeros informes, parece ser que el enemigo a punto estuvo de tomar una de las puertas en el primer intento.

—Los rechazamos con bastante facilidad, señor.

—Quizá sí. Pero, ¿y si el próximo ataque tiene éxito? Entonces estaremos atrapados aquí arriba en la acrópolis. Miles de personas abarrotadas. No lo soportaremos mucho tiempo antes de que alguien nos traicione, o que el pueblo decida entregar a los romanos a Áyax. No voy a someter a mi hija a semejante situación. Tiene que abandonar la ciudad ahora mismo, mientras todavía haya tiempo.

—Señor —le dijo Macro con delicadeza—. Entiendo su preocupación por Julia, pero creo que ya es demasiado tarde para intentar sacarla de Gortina.

—¿Por qué?

—Los rebeldes están decididos a cerrar la red en torno a la ciudad en cuanto puedan. El ataque de esta noche lo demuestra. Aunque estén acampados en la llanura, existen muchas posibilidades de que no tarden mucho en apostar patrullas por todo el entorno de la ciudad.

—Pues más razón aún para sacar a mi hija de aquí enseguida. Antes de que empiecen esas patrullas que dices. Marchaos ahora mismo, mientras la ruta hacia el norte a través de las montañas siga abierta.

Macro, exasperado, miró fijamente a su interlocutor.

—Señor, le estoy diciendo que no es una manera de proceder sensata. Confíe en mi criterio.

—Lo siento, Macro. Creo que te equivocas. Dudo que los esclavos estén ya tan organizados como para tener patrullas en la montaña. Y aunque así fuera, hay tantas rutas que cruzan las montañas que no podrían haber cubierto más que una mínima parte de ellas. El riesgo existe, no voy a negarlo. No obstante, en mi opinión, el riesgo que corre Julia es mucho mayor si se queda aquí. Además, no puedo concentrarme en defender Cortina si la vida de mi hija está en peligro. Entiéndeme, por favor.

Macro se encogió de hombros.

—Como desee, senador.

—Bien. Te estoy muy agradecido, Macro. Más de lo que te puedas imaginar. Bueno, mi hija te está esperando con la escolta. Sácala de la ciudad y llévala a una distancia prudencial antes de regresar.

—Sí, señor.

Macro se puso de pie con aire cansado, saludó y se dio media vuelta para abandonar el despacho de Sempronio. Bajó a los establos situados junto al palacio del gobernador. Los diez soldados que había elegido se cuadraron al verlo venir. Todos ellos llevaban la cota de malla debajo de la capa y una espada en el flanco. De sus hombros colgaban provisiones para unos cuantos días y un odre de agua. Dos mozos sujetaban las riendas de los caballos ya ensillados y otras dos monturas para Macro y Julia. La joven salió de entre las sombras y miró a Macro de manera inquisitiva.

—Tu padre no ha cambiado de opinión. Es hora de marcharnos —ordenó—. Hacia la puerta norte. Llevaremos a los caballos de las riendas por las calles hasta llegar a la muralla. No tiene sentido exponernos a que uno de ellos se caiga con los escombros sueltos.

Mientras la pequeña columna recorría las calles oscurecidas de Gortina, Julia preguntó en voz baja:

—¿Crees que volverán a atacar esta noche?

—Lo dudo. Apuesto a que se arriesgaron a que nos esperáramos un ataque al amanecer o por la mañana. Pensaron que nos pillarían durmiendo. Para ser sinceros, no estaban muy equivocados. Pero les dimos una buena paliza, señorita. Perdieron a una buena cantidad de hombres y sin duda se estarán recuperando del golpe. Dudo que tengan prisa por intentar nada mientras aún sea de noche, cuando no pueden ver los abrojos. —Sonrió con satisfacción por haber dado la orden de que los abrojos estuvieran terminados y se hubieran sembrado a tiempo para el ataque—. Siempre y cuando dirijan sus ataques contra puntos concretos de las murallas, deberíamos poder contenerlos. El problema será cuando se den cuenta de que no tenemos hombres suficientes para defender todo el perímetro. Si lanzan un ataque general rodeando la ciudad, tomarán las murallas.

—¿Y entonces qué?

—Si veo venir un ataque semejante, haré que la gente suba a la acrópolis y aguantaremos allí tanto como podamos.

Julia levantó la mirada hacia la mole sombría de la montaña que dominaba Gortina.

—¿Cuánto tiempo podréis defenderos en la acrópolis?

—Varios días. Allí arriba estaremos bastante a salvo de los ataques rebeldes. El problema serán los suministros de agua y las condiciones de salubridad. En cuanto el agua escasee habrá sed, y luego

enfermedades, y tendremos que rendirnos. —Macro se obligó a sonreír y adoptó un tono despreocupado—. Pero eso no va a suceder, señorita. Cato habrá entrado en escena antes de que ocurra.

—Sí, eso espero. —Le tomó la mano a Macro y le dio un suave apretón—. Cuida de mi padre por mí.

—¿Que cuide de él? —Macro enarcó las cejas. La idea de que el senador Sempronio necesitara cuidados de algún tipo le resultó sorprendente. No obstante, intuyó perfectamente la preocupación de la joven y asintió con la cabeza—. No lo perderé de vista.

Llegaron a la entrada norte, una pequeña estructura de un solo arco con una puerta por la que sólo pasaría una carreta pequeña o los jinetes en fila india. Macro dio el alto a la escolta y subió por la escalera de la plataforma situada encima de la puerta. El optio de servicio saludó al ver salir a su superior de la escalera. Ya le habían advertido que un grupo abandonaría la ciudad por esa puerta durante la noche.

—¿Está todo tranquilo? —preguntó Macro.

—Sí, señor. No hay señales de movimiento.

—Bien.

—Parece que hubo un buen combate cerca de la puerta este.

—Nada de lo que preocuparse —repuso Macro con calma—. No fue más que un torpe intento de asaltar la muralla. No tardamos en mandarlos a freír espárragos.

El optio se tranquilizó y Macro le dio unas palmadas en la espalda.

—Tú concéntrate en el terreno que tienes delante y deja que los demás hagan su trabajo.

—Sí, señor.

Macro miró por encima del parapeto. Por debajo de la torre de entrada salía un sendero estrecho que ascendía por las montañas de detrás de la ciudad. El terreno oscuro se hallaba moteado de las formas negras de los árboles y arbustos, pero todo parecía estar tranquilo. Se volvió a mirar al optio.

—Muy bien, quiero que recuerdes que regresaré por este camino. Espero que antes del amanecer. Cerciórate de que tus centinelas lo sepan. No tengo ganas de que algún imbécil medio dormido me tome por un rebelde y me ensarte con la jabalina.

—No, señor. Me encargaré de ello.

—Hazlo. —Macro lo saludó con la cabeza y regresó escalera abajo con Julia y la escolta. Tomó las riendas de su caballo y se aclaró la garganta para dirigirse a los dos soldados que había en la puerta—. Abridla.

Ellos retiraron la tranca, tiraron del anillo metálico y la puerta se deslizó hacia el interior con un leve chirrido. Macro condujo a su caballo por debajo del arco y salió a la noche. Julia y los demás lo siguieron fuera de la ciudad. En cuanto el último de ellos hubo cruzado la puerta, los soldados la cerraron y volvieron a atrancarla. Macro volvió la vista a la escolta y dio la orden:

—Montad.

Los soldados se encaramaron a las sillas y Macro fue a ayudar a Julia. Entrelazó las manos.

—Pisa aquí, señorita.

Cuando la joven estuvo en la silla y hubo remetido los bajos de su larga túnica por debajo de las

piernas, tomó las riendas.

—¿Tienes mucha experiencia a caballo? —le preguntó Macro.

Ella asintió con la cabeza.

—Antes montaba, cuando era más joven. Estoy segura de que en cuanto nos pongamos en marcha lo recordaré todo.

Macro la miró confiado y fue a montar su caballo. Cuando se hubo acomodado en la silla, tomó las riendas con firmeza y alzó el brazo para llamar la atención de sus hombres.

—Adelante.

La pequeña columna enfiló el sendero estrecho al trote. A unos cien pasos de la puerta, la ruta empezaba a ascender hacia las montañas y se convertía en un camino trillado por el cual habían pasado antes incontables tiros de muías. Al llegar a la cima de la primera colina, Macro se dio media vuelta en la silla y miró atrás. La ciudad se recortaba contra el cielo gracias al círculo de antorchas y braseros que parpadeaban a lo largo de la muralla. Por entre las casas y las ruinas y arriba en la acrópolis centelleaban más antorchas y lámparas. A ambos lados de la ciudad se extendían las fogatas del campamento del ejército rebelde, y cuando Macro recorrió con ojo experto los campamentos enemigos en toda su magnitud y calculó rápidamente sus efectivos, se preguntó si la columna de apoyo de Cato sería lo bastante numerosa como para abrirse camino hasta Cortina a la fuerza, y no digamos ya como para lanzar una campaña para aplastar a los rebeldes. Cuando llegara el momento de la verdadera contienda, ésta situaría el adiestramiento y el equipo de los legionarios y auxiliares romanos contra una superioridad numérica abrumadora y una desesperación ciega. Macro no podía adivinar el desenlace de semejante conflicto; no se parecía en nada a ningún otro que hubiese experimentado.

Siguieron adentrándose en las montañas y Macro agudizó mucho los sentidos sin dejar de mirar al frente y de lado a lado, atento en todo momento por si oía algún sonido que pudiera hacerle recelar. Habían recorrido tal vez unos ocho kilómetros, cuando percibió el primer atisbo del alba al este; una débil luminosidad en la noche que trazaba el perfil de las montañas con más claridad. El sendero confluía con el lecho de un río seco. Unas cuevas pedregosas y empinadas se alzaban a ambos lados. Macro alzó la mano.

—Alto.

Los demás detuvieron sus monturas y Macro hizo dar la vuelta a su caballo y saludó con la cabeza a Julia.

—Estamos a una buena distancia de la ciudad. Dudo que haya patrullas rebeldes tan al interior de las montañas. Aquí no hay nada que puedan saquear. Buena suerte, señorita.

—Gracias, Macro —respondió ella en voz baja, y miró al horizonte—. Ya tendrías que haber emprendido el regreso. Se hará de día mucho antes de que regreses a Gortina.

—No me pasará nada. Les costará un poco recuperarse de la paliza que les hemos dado antes.

—Eso espero.

Se miraron mutuamente en silencio y, tras un breve momento, Julia se inclinó hacia él y le dio un beso en la mejilla.

—Ten cuidado, Macro. Dale recuerdos a Cato cuando llegue a Gortina.

—Lo haré. —Macro aún estaba ruborizado por la vergüenza de que le hubiese besado delante de la escolta—. Se alegrará de saber que estás en un lugar seguro. En cuanto todo termine, vendrá a buscarte.

Ella asintió y Macro hincó los talones para estimular a su montura, puso el caballo al trote y pasó junto a la columna. El optio dio la orden de avanzar y Macro oyó los cascos de los caballos que volvían a ponerse en marcha, pero no miró atrás. Julia estaba a salvo y a él lo necesitaban de vuelta en Gortina. Lo cierto es que tendría que haberse quedado allí, pero el senador se había empeñado en que acompañara a su hija un trozo del camino. Aunque la orden le molestó, Macro cayó en la cuenta de que ello contribuiría a que Sempronio se tranquilizara, y el senador mal podía permitirse ninguna distracción ahora que Áyax y sus hordas rebeldes habían acampado frente a las murallas de la capital de provincia.

Siguió adelante, pasó de nuevo por el lecho del río y enfiló el sendero que describía una curva cerrada en torno a una roca enorme, atravesaba un bosquecillo y empezaba a descender. El aire era frío y Macro inhaló el fuerte aroma de los pinos mientras consideraba detenidamente el peligro hacia el que se dirigía. En cuanto Áyax hubiera superado el fracaso de su asalto inicial, no tardaría en darse cuenta de que su mejor oportunidad radicaba en extender al máximo los recursos de los defensores. Una serie de ataques coordinados contra las secciones de muralla más dañadas seguro que se vería recompensada con una penetración en algún punto. Lo único que necesitaban los rebeldes era abrir una brecha; entonces entrarían en la ciudad en tropel y matarían a todo aquel que no llegara a tiempo a la acrópolis.

Macro estaba tan sumido en sus pensamientos sobre el inminente asedio que oyó a los exploradores enemigos antes de verlos. Frenó bruscamente el caballo cuando llegó a sus oídos un grito repentino y miró en derredor en un momento de pánico. El sendero transcurría por la ladera de una montaña y los árboles caían en abrupto declive a su izquierda. A una corta distancia por delante, el camino describía una curva y bajaba por la ladera en zigzag. Macro vio que, a unos doscientos pasos más abajo, había un gran grupo de jinetes, quizá fueran unos cincuenta, que cabalgaban por el sendero vestidos con túnicas y capas de un apagado color marrón o gris. Uno de ellos lo había visto y estaba señalando directamente hacia arriba en tanto que avisaba a los demás. Se detuvieron, miraron y localizaron la capa roja de Macro al instante. El cabecilla gritó una orden y sus hombres espolearon sus caballos de inmediato y salieron al galope camino arriba.

—¡Oh, mierda! —exclamó Macro entre dientes. Era lo que se había temido y, por un instante, una chispa de furia ardió en su pecho—. Maldito Sempronio...

Por un momento pensó en conducirlos lejos de Julia y de su escolta. Pero no había adonde ir. La pendiente era demasiado escarpada a ambos lados para poder cabalgar por ella. Lo único que podía hacer era seguir adelante o darse la vuelta y volver por la misma dirección por la que había venido. Macro sólo tuvo que pensarlo un instante para darse cuenta de que sólo podía hacer una cosa. Tenía que volver por donde había venido y avisar a los demás, que entonces tendrían que apretar el paso e intentar dejar atrás a sus perseguidores. Tiró con fuerza de las riendas, dio la vuelta a su caballo, clavó los talones y galopó de nuevo camino arriba. A sus espaldas podía oír el golpeteo de los cascos y los gritos de sus perseguidores.

Se inclinó hacia delante y con los extremos sueltos de las riendas fustigó al caballo en el cuello, al tiempo que profería unos severos gritos de ánimo y aferraba los muslos con fuerza a la montura. Al llegar a lo alto de la cuesta rodeó nuevamente la roca, bajó al lecho del río y siguió galopando, levantando guijarros y piedras sueltas. Frente a él veía otros pocos centenares de pasos del camino antes de que éste describiera una curva rodeando una pendiente y no vio ni rastro de la escolta. Calculó que llevaba menos de cuatrocientos metros de ventaja a los hombres que le seguían y al acercarse a la curva sus gritos y el retumbo de los cascos de los caballos resonaron en las cuevas rocosas de ambos lados. Cuando el caballo tomó la curva, raspando el suelo, pudo ver a Julia y a los demás a una corta distancia por delante. El auxiliar que iba el último se dio media vuelta en la silla para mirar atrás. En cuanto vio a Macro dio un grito y la escolta se detuvo. Julia había dado la vuelta a su caballo y se sorprendió y preocupó al ver a Macro dirigiéndose a toda velocidad hacia ellos.

—¡Macro! ¿Qué ocurre?

—¡Tenemos compañía! —respondió él a voz en grito al acercarse, y frenó bruscamente—. ¡Debemos irnos enseguida! ¡Seguidme! —Espoleó su caballo, volvió a ponerse en marcha a la cabeza de la fila y siguió el lecho del río que empezaba a torcer y curvarse con más frecuencia a medida que ascendía hacia las montañas. Macro no dejaba de mirar atrás de vez en cuando para asegurarse de que Julia mantenía el ritmo, y la vio inclinada hacia delante, cabalgando junto al resto de los soldados con un semblante de resuelta concentración. El sonido de los cascos y los gritos esporádicos de los perseguidores perturbaban la tranquila atmósfera. En lo alto, los primeros rayos del sol naciente iluminaban las cimas escarpadas que se recortaban contra el cielo, pero abajo en el lecho del río aún reinaba la penumbra y hacía frío.

Al torcer por otra curva más, la ruta se dividía en dos senderos y parecía que ambos continuaban en dirección a la sierra que se alzaba más adelante. Macro dio el alto a la columna y evaluó la decisión desesperadamente. El sendero de la derecha era estrecho y ascendía en suave declive. La otra ruta era más ancha y la pendiente más pronunciada. Macro esperó que ésta última condujera a la cima más rápidamente y alzó el brazo:

—¡Por ahí!

Salieron en estampida por el desvío de la izquierda y espolearon a los caballos cuesta arriba. Las monturas que iban delante arrojaban polvo y guijarros a las que iban detrás. Macro iba a la cabeza de la columna, justo delante de Julia. La pendiente se hizo más empinada a ambos lados hasta que llegaron a un barranco. Entonces, cuando torcieron por otra curva al galope, el sendero terminó en un precipicio escarpado y les obligó a detenerse bruscamente. Los resoplidos de los caballos y el ruido de sus cascos raspando el suelo llenaron el aire. Macro se quedó mirando el precipicio con el corazón palpitante.

—¡Joder! —Apretó el puño de la mano que tenía libre y se golpeó el muslo—. ¡Joder!

—Macro —Julia lo miró con miedo—. ¿Qué hacemos?

Macro se dio la vuelta para dirigirse a la escolta.

—¡Desenfundad las espadas! ¡Vamos a tener que abrirnos paso a cuchilladas!

Algunos de los soldados se lo quedaron mirando sorprendidos, hasta que el optio gritó:

—¡Ya habéis oído al prefecto! ¡Desenvainad las espadas! ¡Media vuelta!

Macro señaló al auxiliar que tenía más cerca.

—Quédate con la señora. Si durante el combate ves la oportunidad de llevártela de aquí, hazlo.

Dirígete a Cnosos.

—Sí, señor.

Macro dirigió su caballo poco a poco hacia el frente y alzó la espada.

—¡Vamos!

Estimularon a las monturas y descendieron de nuevo por el barranco con gran estruendo. Por delante de ellos, los sonidos de los perseguidores eran claramente audibles, discordantes y distorsionados al resonar en la cara de la roca. De pronto los dos bandos se encontraron en una curva y se precipitaron uno encima del otro. Los caballos chocaron y los jinetes se sujetaron desesperadamente antes de arremeter contra sus oponentes. Macro y sus soldados iban equipados con las espadas cortas reglamentarias, en tanto que el enemigo llevaba una mezcla de armas: también espadas cortas, así como hojas más largas, las letales falcatas curvas y algunas lanzas que de poco servían en la apiñada concentración de caballos y hombres en aquel espacio reducido. El entrechocar de las hojas se oía por todas partes, así como bufidos y relinchos desaforados, los resoplidos de los hombres al propinar los golpes y los gritos de dolor cuando éstos alcanzaban su objetivo. El polvo del suelo del barranco se arremolinó y formó unas nubes que rodeaban a los combatientes enzarzados en el conflicto.

Macro arremetió con la espada a un lado, le abrió la cara a su oponente y retiró el arma para asestar el siguiente golpe. Por el rabillo del ojo vio caer al primero de los guardaespaldas, atravesado por una espada de caballería de aspecto maltrecho. El auxiliar se dobló en dos y cayó hacia un lado al tiempo que el enemigo liberaba su hoja de un tirón. Macro sólo pudo dirigirle una breve mirada antes de darse la vuelta para parar otro golpe y lanzarle una cuchillada en el rostro al siguiente enemigo. El hombre se echó hacia atrás para evitar la estocada y cayó por la grupa de su caballo. Macro vio que la escolta se hallaba en absoluta inferioridad numérica y estaban siendo obligados a retroceder sin parar. Otro de sus hombres cayó víctima de un violento golpe en la cabeza que le hizo pedazos el cráneo en una explosión de sangre y sesos. El repentino empuje de los caballos que se apiñaban en el tumulto hizo retroceder a Macro, que se vio apretujado entre sus hombres de modo que volvía a estar cerca de Julia.

Ella le dirigió una mirada inquisidora. Él frunció los labios y meneó la cabeza. Ya no tenían ninguna posibilidad.

Marco hizo dar la vuelta a su caballo. Había que contemplar una última opción. Necesitó un momento para prepararse para ejecutar la acción.

—Ven conmigo.

—¿Adónde?

Macro no respondió. Hizo una seña con la cabeza al soldado que había asignado a su protección.

—Incorpórate al combate, muchacho. Haz que todo golpe cuente.

A continuación se adelantó al galope de vuelta al barranco hasta que llegaron al final. Allí desmontó y le ofreció la mano a Julia. Cuando bajó al suelo a su lado, la joven volvió la vista hacia la gran roca que los rodeaba.

—No hay escapatoria —alzó la mirada hacia Macro con labios temblorosos—, ¿verdad?

—No, señorita —Macro la miró con tristeza.

Julia desvió la vista hacia el barranco, donde los sonidos del combate se acercaban.

—¿Qué van a hacerme si me capturan?

Macro lo sabía perfectamente. Casi con toda certeza no habría piedad, y sí mucho sufrimiento antes de que hubiesen terminado con ella.

—Ahora es mejor que no pienses en ello.

—¿Cómo dices? —se lo quedó mirando y repuso en tono lastimero—: No quiero morir. No quiero sufrir.

—Ya lo sé. —Macro la rodeó con el brazo, incómodo—. Ven por aquí.

La llevó hacia el precipicio y se dio la vuelta para mirar al barranco. Tras un último entrechocar de las hojas y un grito final de dolor, el ruido del combate se atenuó. Luego se oyeron los caballos que se dirigían hacia ellos. Julia se apretó contra Macro.

—Tengo miedo. No quiero morir.

—Por supuesto que no, señorita —dijo Macro con dulzura—. Es natural.

—¿Y tú?

Macro sonrió.

—Hace mucho tiempo que se preparaba este momento. Me he acostumbrado a la idea. Una cosa sí sé. Les va a costar olvidarse de mí.

Apareció el primer enemigo, luego otro, y otros más salieron de la penumbra. Avanzaron a un paso constante, con las armas preparadas. Algunos sangraban por las heridas recibidas y todos ellos tenían la mirada fija en Macro y Julia. Macro se colocó delante de Julia y alzó la espada.

—¡Venid, venid, cabrones! ¡Veréis cómo muere un romano!

No hubo respuesta, sólo el frío mortífero en los ojos de los jinetes que se acercaban a ellos con el golpeteo de los cascos de sus monturas. Julia agarró a Macro del codo y él notó que la muchacha temblaba al hablar.

—Macro, no dejes que me capturen. Por favor.

Al oír sus palabras, a Macro se le encogió el corazón con una gélida sensación de terror. No había manera de evitar lo que debía hacer. Le entraron náuseas. Tragó bilis y se volvió hacia ella.

—Lo siento mucho, señorita.

Julia dirigió la vista más allá, hacia los hombres que se acercaban, y luego lo agarró de los hombros y lo miró fijamente a los ojos.

—¡Hazlo rápido!

Macro crispó el semblante en una expresión de dolorosa impotencia, acto seguido asintió, bajó la punta ensangrentada de su espada y la apoyó contra el estómago de la joven, justo debajo de la caja torácica. Su cuerpo era cálido al tacto aun cuando estaba temblando. Julia cerró los ojos, los apretó con fuerza y tomó una última bocanada de aire al tiempo que uno de los enemigos gritaba una advertencia y éstos se precipitaban hacia delante.

—Que los dioses te protejan, Cato, amor mío —susurró—. Estoy lista, Macro. Hazlo.

Capítulo XXIV

Cato caminaba por el rompeolas que se extendía desde el antiguo distrito real al gran puerto, preocupado e irritado porque el ejército estaba tardando demasiado tiempo en congregarse. A su izquierda había una concentración de barcos mercantes anclados a la espera de un atracadero y más allá el Heptastadio, el largo paso elevado que se prolongaba desde el continente hasta la isla de Faros. Al mirar hacia allí, Cato no pudo evitar admirar una vez más la ambición de los alejandrinos. La ciudad estaba llena de maravillas, tal como Cato había descubierto mientras esperaba a que Petronio reuniera la fuerza de apoyo que iba a enviarse a Creta. La biblioteca lo había sobrecogido. Nunca había visto semejante concentración de saber. Aparte de la enorme cantidad de libros sobre cualquier tema imaginable, el lugar estaba lleno de eruditos que discutían en voz baja sobre intereses comunes o que se enzarzaban en vehementes disputas sobre cualquier asunto.

Se sentó en los escalones del templo de Timón, situado al final del rompeolas. Desde allí tenía una buena vista de la flota que se estaba reuniendo en el puerto real. Además de una escuadra de buques de guerra, Petronio le había proporcionado cuatro buques exploradores ligeros, del mismo tipo a bordo del cual Macro y Cato habían servido cuando fueron trasladados temporalmente a la flota de Rávena hacía unos años. Aparte de dichas embarcaciones, también había ocho grandes buques mercantes para transportar los caballos y los pertrechos asignados al ejército. Contando el contingente de la marina a bordo de los buques de guerra, el legado había asignado casi cinco mil soldados a la fuerza que iba a enviarse para socorrer a su viejo amigo el senador Sempronio.

La decisión de a quién nombrar comandante de dicha fuerza había resultado un asunto delicado. Además de los oficiales expertos al mando de las cohortes de las legiones así como de las unidades auxiliares, Petronio contaba con un buen número de tribunos militares a su servicio que reclamaban el mando. Cato había recordado al legado que Sempronio tomaría su propia decisión con respecto al nombramiento de un comandante de la fuerza de apoyo cuando ésta llegara a Creta. Además, él había pedido que fuera el propio Cato el comandante de las fuerzas mientras se hallaran en ruta hacia la provincia. Al final Petronio había adjudicado el puesto al centurión jefe de la Vigésimo segunda Legión hasta que llegaran a Cortina. Decio Fulvio era un veterano calvo y lleno de cicatrices que poseía una constitución de boxeador y podía bramar como un toro. Su competencia y su halo de autoridad habían impresionado a Cato, que aceptó la decisión del legado.

Aunque ya se había nombrado a un comandante y los barcos estaban listos, Cato había sido informado de que las unidades auxiliares todavía estaban en marcha y no llegarían a la ciudad hasta al cabo de otro día. Los prefectos, acostumbrados desde hacía mucho tiempo al cómodo servicio de guarnición en Egipto, se habían mostrado reacios a que los mandaran en campaña y habían dado todo tipo de pretextos para retrasar su partida hasta que el legado los amenazó con utilizar su autoridad para sustituirlos e informar del asunto al emperador. Eso había funcionado, y las dos cohortes habían emprendido la marcha de inmediato.

Cato iba recordando con abatimiento que ya hacía varios días que había llegado a Alejandría cuando encontró un poco de sombra en la escalinata del templo y se sentó mirando al mar. Ahí afuera en alguna parte se encontraba la isla de Creta, donde sus amigos corrían peligro. Lo necesitaban y él

estaba atascado allí en Alejandría, haciendo tiempo hasta que la fuerza de apoyo estuviera lista para zarpar. Pensó con nostalgia en Julia y por un momento cerró los ojos, alzó el rostro y dejó que la brisa marina acariciara su piel tal como solía hacer ella suavemente, con las puntas de los dedos, y la sensación lo hizo temblar. Se moría de ganas de volver a estar en sus brazos, de estrechar el cuerpo de la joven contra el suyo y besarla.

Cortó bruscamente esa línea de pensamiento. Las consecuencias podrían resultar vergonzosas en un espacio público como aquél y el sufrimiento que le provocaba la ausencia de Julia sólo haría que causarle más abatimiento e inquietud por tener que esperar a que la flota zarpara de Alejandría. Al abrir los ojos notó que el viento arreciaba y el toldo que cubría un puesto de pescado cercano se hinchó y se tensó. El mercader ya estaba mirando hacia el oeste con aire preocupado y empezó a guardar la mercancía en cestos que transportaría por el rompeolas hasta la ciudad. Cato se levantó de las escaleras y rodeó el templo hasta el otro lado. Más allá del Heptastadio el cielo estaba oscuro y nublado y en el puerto el oleaje era más perceptible. Se avecinaba una tormenta por el oeste.

Cato observó el horizonte durante un momento, preguntándose si debía regresar a las dependencias que el legado le había proporcionado en el palacio que antaño fuera el hogar de los faraones Ptolomeos. Allí se vería obligado a soportar la conversación vacua y los entretenimientos tontos de los aburridos oficiales de Estado Mayor de Petronio mientras fuera se desataba la tormenta. La idea le agrió el ánimo y decidió quedarse a mirar. Lo azotó una nueva ráfaga de viento y al darse la vuelta se dio cuenta de que casi tenía la tormenta encima. Unas olas enormes batían contra el pie del faro del otro lado de la bahía y estallaban en grandes nubes de rocío que el viento cada vez más fuerte se llevaba. En alta mar, una cortina gris de lluvia se deslizaba hacia la costa bajo negros nubarrones que manchaban el cielo a lo largo del horizonte.

Empezó a llover con ganas y las gotas agujonearon el rostro de Cato, que no pudo evitar un leve estremecimiento provocado por el viento frío que gemía por el templo. De repente hubo un destello relumbrante, y al cabo de un momento el amortiguado estruendo metálico del trueno en tanto que la tormenta alcanzaba el puerto. Un buque de carga situado a una milla de la costa se esforzaba por llegar al puerto con casi toda la vela arriada y la proa surcando una ola tras otra. De pronto, la distante vela se vino abajo; Cato vio que el mástil se había partido y que la vela, la verga y las jarcias caían por encima de la borda. Cuando aquella maraña de restos tocó el agua, actuó como un freno y tiró violentamente del barco hacia un lado, al tiempo que hacía girar el bao hacia las enormes olas que llegaban del corazón del mar. Por un instante Cato pudo distinguir a los hombres agachados en cubierta. Luego un muro gris descomunal se estrelló sobre el barco y lo envolvió. La quilla salió a la superficie como si fuera el lomo de una ballena y se asentó en el agua; entonces la siguiente ola la barrió y el barco desapareció. Cato se quedó mirando fijamente el lugar donde había estado, deseando con todas sus fuerzas que hubiera alguna señal de supervivientes, pero no había nada y la curiosidad anterior se transformó en horror ante la repentina extinción del barco y de toda su tripulación.

—Pobres desgraciados —masculló. Se dio media vuelta y caminó lentamente para resguardarse en el templo mientras que las llamas de la linterna en lo alto del faro, azotadas por el viento, brillaban intensamente contra las negras nubes tormentosas que cruzaban raudas el cielo. En cuanto

se hubo guarecido, Cato dirigió una última mirada al mar con el corazón lleno de lástima por los barcos que estuvieran ahí afuera con semejante tempestad.

* * *

La flota estuvo lista para zarpar al cabo de dos días, a primera hora de la mañana. Petronio bajó al muelle del puerto real para despedirse de Cato y del centurión jefe Decio Fulvio. La tormenta había pasado al día siguiente de empezar y varias embarcaciones se habían ido a pique en el puerto comercial. Por fortuna, la flota sólo había perdido un trirreme que había arrastrado el ancla y golpeado contra el rompeolas, que le abrió una brecha.

—Cuida bien de mis hombres —Petronio sonrió débilmente a Cato—. Los quiero de vuelta en buenas condiciones una vez hayáis sofocado la rebelión de esclavos. Los dioses saben que me estoy arriesgando mucho al despojar la guarnición de Egipto de tantos soldados para ayudar a Sempronio. Asegúrate de que lo entienda.

—No dude que le transmitiré su mensaje al senador, señor.

—Bien. Y dile a mi viejo amigo que, si alguna vez vuelve a necesitar mi ayuda en el futuro, se lo piense antes de recurrir a mí.

Esta ocurrencia hizo sonreír a Cato, pero Fulvio frunció el ceño un momento y luego se encogió de hombros antes de saludar a su comandante.

—Cuidaré de los muchachos, señor. No me parece que una turba de esclavos renegados vaya a causarme muchos problemas. Aun así, no correré riesgos innecesarios.

—Bien.

Cato siguió a Fulvio por la plancha hasta la cubierta del buque insignia, un cuadrirreme ya viejo llamado *Tritón*. En cuanto hubieron embarcado los dos, los infantes de marina izaron la plancha y los remeros alejaron la embarcación del muelle. Cuando se hubo abierto un hueco suficiente, el navarca que comandaba la flota dio la orden para que el barco se pusiera en marcha, se armaron los remos y las palas descendieron hacia el mar. El oficial al mando de los remeros marcó un ritmo tranquilo y el *Tritón* se deslizó por las aguas calmas del puerto real y puso rumbo a mar abierto. El resto de la escuadra ocupó sus posiciones a popa y los barcos que transportaban las tropas zarparon detrás de los buques de guerra. Era un espectáculo magnífico, reflexionó Cato al ver que los habitantes de la ciudad habían acudido a cientos al Heptastadio para ver partir la flota. La formación pasó junto al faro y la proa del *Tritón* se alzó al salir al oleaje del mar abierto. El movimiento súbito hizo que Cato tuviera que agarrarse a la barandilla y la imagen del barco siniestrado que había visto durante la tormenta le vino espontáneamente a la cabeza. El navarca lo miró y se echó a reír.

—Veo que no eres muy buen marinero, ¿eh?

—No mucho —admitió Cato—. Últimamente ya me ha tocado hacer bastantes travesías.

—Bueno, no te preocupes. La tormenta se ha desvanecido por completo. —El navarca oteó el horizonte y olisqueó el aire—. Vamos a tener un tiempo estupendo y llegaremos a Creta en tres días a lo sumo.

—¿Puedes oler el tiempo que va a hacer? —le preguntó Cato sorprendido.

—No. Pero el hecho de que mis pasajeros lo crean contribuye a tranquilizarlos —el navarca le guiñó un ojo.

Cato se dirigió a popa y contempló Alejandría. A mediodía tanto la ciudad como la costa habían desaparecido por el horizonte, pero el faro seguía siendo claramente visible y el humo de su almenara se alzaba inclinado hacia el cielo con la suave brisa.

Con el buen tiempo, la flota avanzó a un ritmo constante y a media tarde del tercer día divisaron el litoral de Creta. Tras examinar atentamente la costa, el navarca supo con seguridad dónde habían avistado tierra y dio la orden de poner rumbo al oeste para ir siguiendo la costa hacia Matala.

—Mañana deberíamos llegar al puerto —anunció aquella noche a Cato y Fulvio mientras compartían una comida en sus diminutos aposentos. Le dirigió un gesto con la cabeza a Cato—. Dices que esa ola afectó mucho al puerto. ¿Cuán graves fueron los daños exactamente?

Cato terminó de masticar un pedazo de pan y se lo tragó.

—No queda mucho en pie —recordó—. Los almacenes quedaron arrasados y el agua se llevó gran parte del muelle. Hay muchos restos de embarcaciones por toda la costa y en la bahía, pero, un poco más allá, las playas están bastante despejadas. Podríamos desembarcar nuestras fuerzas allí.

—Muy bien —asintió Fulvio—. Que tú sepas, no deberíamos encontrarnos oposición al desembarcar, ¿no?

—No. A menos que haya sucedido algo en Matala.

—¿Es probable?

Cato negó con la cabeza.

—Lo dudo. Si los rebeldes han hecho una visita a la ciudad, la guarnición tenía órdenes de llevar a la población a la acrópolis. Es una buena posición defensiva. Sin armas de asedio, los rebeldes habrían tenido pocas probabilidades de tomar el lugar. No, no deberíamos tener ningún problema para desembarcar en Matala.

—Me alegra oírlo —dijo Fulvio—. Y cuando la columna haya desembarcado, acabaremos con ese gladiador a paso ligero. ¡Ya verás si no!

* * *

El sol se hallaba alto en el cielo cuando el *Tritón* condujo a la flota hacia la bahía. El navarca no corría riesgos y tenía a dos hombres en las amuras observando el agua por delante del buque de guerra por si veían algún obstáculo causado por la ola o el terremoto. Los infantes de marina y los legionarios adicionales de la Vigésimo segunda Legión se apiñaron en los costados del barco para observar con una mezcla de curiosidad y horror el puerto en ruinas. Por primera vez desde que zarparon de Alejandría, Cato notó que Fulvio parecía un tanto impresionado.

—Nunca había visto nada igual —masculló el veterano—. Es como si el puerto se hubiese pulverizado —se volvió a mirar a Cato—. Por lo visto, lo que dijiste sobre la ola no era una exageración.

—No. Y esto es sólo el principio —Cato señaló tierra adentro—. Lo que queda de la ciudad está ahí arriba, y cuando veas eso te harás una ligera idea de lo que le ocurrió a la isla entera.

Fulvio meneó la cabeza lentamente mientras continuaba examinando la magnitud de la devastación.

Cuando el buque de guerra empezó a adentrarse más en la bahía, Cato llamó al navarca y le señaló al *Horus*, que seguía varado a cierta distancia.

—Dirígete hacia allí. El fondo es arenoso y desciende con suavidad.

El navarca asintió con la cabeza, ordenó al timonel que alterara el rumbo y el *Tritón* dio la vuelta con mucha gracia mientras los remos se hundían al unísono en el agua clara. Fulvio seguía mirando las ruinas.

—Es extraño —comentó en voz baja—. No se ve ni la más mínima señal de vida. Se diría que alguien tendría que habernos visto y avisado al comandante de la guarnición. O al menos los demás habitantes de la ciudad.

Cato miró de nuevo hacia el puerto.

—Tienes razón. No veo ni un alma.

—En tal caso, será mejor que procedamos con cautela al llegar a tierra —decidió Fulvio—. Sólo por si acaso.

Los interrumpió una orden que dio el navarca a voz en cuello para que todo aquel que estuviera sin hacer nada, tanto infante como legionario, se trasladara a popa del mástil. Cuando los hombres se dirigieron a popa arrastrando los pies, el espolón se alzó lentamente del agua y al cabo de unos cuantos golpes de remo más el navarca hizo bocina con las manos:

—¡Desarmad los remos! ¡Preparados para varar!

Las palas se alzaron del agua y se metieron dentro, en tanto que el buque de guerra seguía adelante. La cubierta se estremeció levemente cuando la quilla tocó el fondo arenoso y la nave avanzó un poco más antes de que el roce frenara su impulso.

—¡Marineros, a proa! ¡Bajad las pasarelas!

Mientras los infantes de marina hacían descender las planchas estrechas desde los huecos de la baranda de madera de las amuras, los demás buques de guerra empezaron a encallar a ambos lados. Cato volvió la mirada atrás hacia la entrada de la bahía y vio que los buques de carga se acercaban con cautela con las velas mínimamente desplegadas. El calado de estos barcos era demasiado grande para poder varar y tendrían que quedarse anclados a una corta distancia y esperar a que las embarcaciones menores transportaran a los soldados, los caballos y los pertrechos a la costa.

El centurión Fulvio se había puesto el casco y se estaba atando el barboquejo. Le hizo una seña con la cabeza a Cato.

—Será mejor que te equipes. Tendré a mis muchachos listos para reconocer la ciudad en cuanto pisemos tierra firme.

Cato se puso como pudo una cota de malla, se abrochó el cinturón de la espada y se colocó el casco antes de unirse con Fulvio y los legionarios reunidos junto al pasamano. Además de su dotación habitual, cada uno de los buques de guerra llevaba dos centurias de legionarios y los hombres se empujaban para bajar a tierra lo antes posible después de haber pasado los últimos días

apiñados en la cubierta exterior. Los infantes de marina ya habían desembarcado y habían corrido hasta la arena para formar en línea. Cuando Fulvio estuvo convencido de que sus soldados estaban preparados, gritó la orden:

—Muy bien, muchachos, desembarcad. Bajad de uno en uno por las planchas, a menos que queráis acabar en el agua.

Algunos de los soldados se rieron o sonrieron al oír la advertencia y el primero de ellos avanzó con cautela por la pasarela estrecha hasta la arena. Fulvio volvió a mirar hacia el puerto.

—Todavía no se ve nada. Parece un tanto preocupante, diría yo.

Cato no respondió, pero en su interior notó el conocido nudo en el estómago al contemplar las posibles razones que explicarían la quietud y el silencio que reinaban en el puerto. Aguardó su turno mientras los soldados desembarcaban y luego bajó a la playa detrás de Fulvio.

Los optios ya estaban haciendo formar a los soldados a medida que éstos iban descendiendo de los buques de guerra. En cuanto la primera cohorte estuvo preparada, Fulvio dio la orden de avanzar y empezaron a marchar pesadamente por la playa en dirección al puerto, siguiendo la misma ruta que Cato había tomado cuando el *Horus* alcanzó con dificultad la bahía después de que se lo tragara la ola. Cuando los soldados llegaron al borde de la zona del puerto, la cohorte tuvo que romper filas para sortear los escombros. A pesar de los gritos de alguna que otra orden y del traqueteo del equipo de casi quinientos soldados avanzando, nadie acudió a investigar. La sensación de mal presentimiento era más intensa que nunca y Cato agarró la empuñadura de la espada mientras acompañaba a Fulvio por el barranco poco profundo hacia la ciudad principal.

Las calles estaban tranquilas y silenciosas y Cato alzó la mirada cuando la acrópolis apareció a la vista, pero los muros estaban vacíos; no se veía ni a un solo soldado de guardia, o vigilando las puertas, que estaban abiertas de par en par. El único indicio de vida era una pequeña bandada de pájaros negros que se arremolinaban por encima de la acrópolis.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Fulvio. Se volvió a mirar a Cato—. ¿Podría ser que se hubieran marchado? Quizá Sempronio les ordenó que se dirigieran a Gortina.

—No lo sé. No veo por qué iba a ordenar eso.

Continuaron caminando por las calles en dirección a la acrópolis y empezaron a subir por la rampa. Una suave brisa soplaba por la cuesta y les hizo llegar un hedor asqueroso. Fulvio, Cato y la sección de la cohorte que iba en cabeza se detuvieron bruscamente. Fulvio hizo ademán de desenvainar la espada, pero en cambio detuvo la mano y tragó saliva.

—Seguid adelante —gruñó a sus hombres, y continuaron todos ascendiendo por la rampa hacia la entrada abierta.

Al pasar por debajo del arco, la fetidez resultó insoportable. Cuando los primeros soldados que entraron en la acrópolis se detuvieron y se quedaron mirando fijamente la horrible escena que tenían delante, sobresaltaron a unas cuantas aves carroñeras que graznaron y alzaron el vuelo con un batir de alas. Absolutamente todo el espacio que había entre las murallas se hallaba cubierto de cadáveres manchados y abotagados por la putrefacción. La sangre seca oscurecía el pavimento y por delante de Cato y los demás las rapaces continuaron hurgando en los cadáveres con el pico y las garras. No habían dejado a nadie con vida. Ni a los ancianos y enfermos, ni a las mujeres ni a los niños. Todos

habían sido pasados a cuchillo.

Cato se tapó la boca y la nariz y echó un vistazo en derredor.

—¿Qué demonios ha ocurrido aquí? —preguntó Fulvio entre dientes.

—Los rebeldes deben de haber atacado y encontrado la manera de entrar —coligió Cato—. Por eso están todos en la acrópolis y no en el campamento de refugiados de las afueras de la ciudad.

—Creí que habías dicho que aquí arriba estarían a salvo.

—Deberían de haberlo estado. No tiene sentido.

Ambos guardaron silencio unos momentos mientras examinaban la escena de la masacre. Entonces Fulvio se rascó el mentón con nerviosismo.

—Si los rebeldes pudieron tomar Matala, debemos suponer que Gortina también corre peligro.

Cato sintió un gélido espasmo en la nuca. Gortina..., Julia y Macro... La desesperación y la incertidumbre lo estaban matando. Tragó la bilis que le subió a la garganta y se volvió a mirar a Fulvio.

—Tenemos que hacer desembarcar al resto de la columna de inmediato y dirigirnos a Gortina antes de que sea demasiado tarde.

—Tal vez sea ya demasiado tarde.

Cato se sintió profundamente herido por lo que implicaban las palabras del otro hombre.

—En tal caso —repuso con gélida intensidad—, marcharemos igualmente sobre Gortina. No descansaremos hasta que todos y cada uno de los rebeldes hayan pagado por esto con sus vidas.

Capítulo XXV

—¿No se puede hacer nada para salvarlo? —preguntó Áyax cuando salieron de la granja. Kharim se limpió los restos de sangre y pus de las manos con un trapo de lino y movió la cabeza en señal de negación.

—Lo siento, ahora está en manos de los dioses. Quizá quieras hacer un sacrificio a Asclepio y rezar por su alma. Yo he hecho todo lo que he podido por Chilo, pero la herida se ha corrompido. Ya lo he visto en otras ocasiones, igual que tú. Se enconará, le envenenará la sangre y morirá. Lo lamento.

—Entiendo —Áyax asintió con aire cansado y resignado.

A Kharim le dolió ver que aquello, aparte de todas las demás cargas propias del mando que recaían sobre sus fuertes hombros, deprimía al gladiador. Habían pasado cinco días desde que el ejército rebelde había llegado frente a los muros de Gortina y Áyax había lanzado su ataque sorpresa. Los rebeldes lo habían pagado muy caro. Más de doscientos hombres de la banda de Chilo habían resultado muertos o heridos y muchos de los supervivientes habían quedado lisiados al pisar los abrojos cuando emprendieron la retirada corriendo hacia la oscuridad. En el campamento rebelde el humor se había avinagrado, y aunque Áyax estaba decidido a realizar otro intento de tomar la ciudad por la fuerza, era consciente de que el fracaso de la primera noche había afectado a sus seguidores.

Aquél había sido el primer revés importante que sufrían desde el estallido de la rebelión y Áyax se vio obligado a asumir que lo que podía pedir a unos hombres y mujeres que no tenían experiencia previa en las penurias del conflicto tenía sus límites. Se habían embriagado de libertad y la habían defendido con fanatismo. Sin embargo, el fanatismo no bastaba cuando lo que Áyax necesitaba en realidad era a hombres adiestrados en el arte de la guerra de asedio y tan disciplinados que pudieran llevar a cabo un asalto a pesar de los peligros. Además, había descubierto que el fanatismo era una cosa inconstante. La audacia inicial y la ferocidad de los primeros días de la revuelta habían empezado a dar paso a un simple deseo de vivir bien y disfrutar de los lujos que les habían robado a sus antiguos amos.

Áyax agarró del hombro a Kharim.

—Te agradezco que hayas hecho todo lo posible por Chilo.

—No tienes que agradecérmelo, general —Kharim sonrió con tristeza—. Chilo es como un hermano para mí, igual que para ti. Sus hombres lo quieren. Esto ha supuesto un duro golpe para ellos. ¡Ojalá poseyera las habilidades necesarias para poder salvarlo!

—De todos modos, te lo agradezco —Áyax miró fijamente a su compañero durante un momento—. Necesito a otro hombre que sustituya a Chilo.

Era la primera vez que se mencionaba tal cosa y Kharim se dio cuenta de que su jefe ya había aceptado que Chilo no se recuperaría.

—¿En quién has pensado? —preguntó Kharim.

—Aún no estoy seguro. En quien primero pensé fue en ti.

—¿En mí?

—¿Por qué no? Luchas tan bien como practicas tus habilidades curativas. Y me eres leal, ¿no es

cierto?

—¿Tienes que preguntarlo? —repuso Kharim con expresión dolida.

—No. Lo siento, amigo mío. No pretendía ofenderte. En ocasiones vuelvo a adoptar los rudos modos de un gladiador corriente.

—Tú no tienes nada de corriente —replicó Kharim, y señaló el campamento desplegado a su alrededor—. Pregúntale a cualquiera. ¿Sabes que hasta he oído a algunas de las mujeres rezándote? Como si fueras una especie de dios, o un rey.

Áyax frunció el ceño.

—Eso es una estupidez. Ahora somos libres, no estamos en deuda con nadie más que con nosotros mismos.

Kharim lo miró.

—Tú lo crees así, y es por eso que te queremos y que te seguiremos adonde nos conduzcas.

El gladiador se irguió y contempló brevemente el grupo de tiendas y refugios más cercano donde los antiguos esclavos estaban sentados tranquilamente. Algunos de ellos conversaban, otros se limitaban a mirar el mundo que les rodeaba como si lo vieran por primera vez. Unos cuantos niños jugaban en torno a una jaula situada a un lado de la granja, acosando a los prisioneros con palos. Era una pacífica escena de satisfacción, pero Áyax sabía que no podía durar. Volvió de nuevo la mirada hacia Kharim.

—Haz correr la voz. Quiero que los jefes de todos los grupos de guerra se reúnan en el jardín al atardecer. Tenemos que hablar. Hay que tomar algunas decisiones. Hay que renovar cometidos. ¿Entendido?

—Sí, general. Se lo diré.

Kharim se dio media vuelta y se alejó hacia la zona del campamento donde su grupo de guerra había montado sus refugios. Áyax se lo quedó mirando un momento y luego volvió a entrar en la granja. Cruzó el vestíbulo con columnatas y el estanque poco profundo en el centro. Antes se llenaba del agua de lluvia que caía por el tejado, pero el terremoto había dejado una grieta enorme en el fondo y ahora estaba seco y lleno de pedazos de enlucido, polvo y un puñado de tejas rotas que habían caído de arriba. Se dirigió al mejor dormitorio de toda la casa, donde yacía Chilo en un mullido jergón. El ambiente era cálido pese a que las ventanas estaban abiertas y, al acercarse, un nauseabundo y penetrante olor le dio la bienvenida. Ocultó su desagrado y se arrodilló junto a Chilo.

Chilo tenía la tez cerosa y brillante de sudor. Estaba tumbado y una túnica fina le cubría el cuerpo hasta el pecho, ocultando su herida. Notó la presencia del gladiador y abrió los ojos, se esforzó para enfocar la mirada y esbozó una sonrisa.

—General, me preguntaba cuándo vendrías a verme. —Hablabla en voz baja y ligeramente áspera.

—Estuve aquí hace un momento.

—¿De verdad? —Chilo frunció el ceño—. No me acuerdo.

—Es el veneno que tienes en la sangre —le explicó Áyax—. Hace que tu cabeza te juegue malas pasadas.

—Ah —Chilo alargó la mano y tomó la de Áyax. Estaba caliente y febril al tacto y Áyax se

obligó a no rehuirlo. Chilo sonrió—. Bueno, al final has venido.

—Sí.

—Te he conocido durante un tiempo demasiado corto, mi general.

—Y yo a ti, amigo mío.

—¿Amigo? —Chilo sonrió con satisfacción—. Gracias —se le humedecieron los ojos y desvió la mirada.

—Las lágrimas no tienen nada de vergonzoso, Chilo. Hemos visto bastante sufrimiento en nuestras vidas como para justificar un río de lágrimas.

Chilo asintió con la cabeza.

—Sufrimiento, y también dicha, ¿no?

—¿Dicha?

—Te encontré, mi general. Tú me diste la libertad y la venganza.

Áyax notó que se le hacía un nudo ardiente en la garganta. Tragó saliva antes de verse capaz de hablar. Se inclinó un poco hacia delante y acarició el cabello de Chilo, un pelo lacio que se le pegaba a la cabeza.

De repente Chilo cerró los ojos apretándolos con fuerza, hizo una mueca y su cuerpo se puso rígido. Sus dedos se aferraron a la mano de Áyax mientras combatía la oleada de dolor que le quemaba el cuerpo. Poco a poco se le fue calmando y se quedó sin fuerzas. El pulso le latía con fuerza en el cuello y el sudor le caía por la frente. Al final su respiración se fue volviendo más sosegada y su mirada volvió a dirigirse a Áyax con un parpadeo.

—Lo siento.

—No tienes que disculparte por nada.

—Ya no puedo luchar a tu lado.

—Lo sé. No te olvidaré —Áyax hizo una pausa—. Me salvaste la vida. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Por qué? —Chilo frunció el ceño—. Porque para mí eres como un hermano.

Áyax asintió lentamente con la cabeza.

—Ahora debo marcharme. Volveré luego y podemos volver a hablar.

—Gracias. —Chilo dirigió la mirada hacia el extremo de la habitación, donde su armadura y sus armas seguían apoyadas en la pared—. Antes de irte, ¿podrías traerme eso aquí, junto a la cama?

Áyax miró las armas.

—¿Por qué?

—Mi espada todavía está manchada con sangre romana. Si me siento con fuerzas, tal vez pueda limpiar la hoja.

Áyax se lo quedó mirando un momento y luego asintió.

—Muy bien.

Fue a buscar las armas y la cota de malla de Chilo y los dejó suavemente en el suelo a su lado.

—Aquí tienes.

—Gracias —repuso Chilo en voz baja y con la vista clavada en el techo.

Áyax se dirigió a la puerta, acongojado, y se detuvo en el umbral.

—Ya nos veremos, hermano.

—Sí —contestó Chilo, y entonces añadió con un susurro—: Si no en esta vida..., en la otra.

* * *

Una vez fuera, Áyax permaneció allí un momento, preguntándose si debía volver con Chilo. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para resistirse a la idea. Chilo sufría un dolor atroz y se estaba muriendo. Si optaba por poner fin a su vida, que así fuera. Era libre para decidir. Era por eso por lo que había dado su vida. Aun así, el gladiador sentía un gran pesar que no tardó en convertirse en odio y resentimiento. Dirigió la vista hacia la jaula donde los niños habían dejado de pinchar a los prisioneros con los palos y ahora estaban acuclillados a un brazo de distancia para observar a los romanos y reírse de su desastroso estado.

—¡Largo de ahí!

Echó a andar hacia ellos y los niños se pusieron de pie a toda prisa y se adentraron correteando en el campamento. Áyax siguió caminando hacia la jaula, una construcción de hierro de casi dos metros de largo por poco más de un metro de alto y de fondo. No había mucho espacio para los ocupantes y tampoco proporcionaba cobijo de los elementos. Por la noche temblaban con el aire frío y de día los atormentaba el sol. Les habían quitado la ropa, de modo que ahora estaban sentados sobre su propia inmundicia. Áyax había ordenado que no les hicieran daño y les daban de comer y beber lo suficiente para mantenerlos con vida. Arrugó la nariz al percibir el hedor de sus heces y orines, apoyó la mano en lo alto de la jaula y se inclinó hacia ella para poder observar a los dos prisioneros, un hombre y una mujer sentados uno frente al otro.

—¿Cómo se encuentran hoy mis invitados?

El hombre lo miró sin responder y la mujer encogió las rodillas y clavó la vista en el suelo. Áyax les sonrió.

—¡Oh, vamos! ¡El alojamiento no puede ser tan malo! ¿Sabéis una cosa? La primera vez que me vendieron como esclavo me pasé el primer mes metido en una jaula más pequeña que ésta con otros dos hombres. A estas alturas, creo que ya os podéis imaginar cómo debió de ser aquello. Pero imaginarse una cosa no es lo mismo que soportarla.

Ninguno de los dos prisioneros se movió y Áyax se los quedó mirando un momento hasta que la mujer se dio la vuelta para darle la espalda. Áyax se rió y se acuclilló para poder mirar a través de los barrotes de la jaula a los ojos de aquel hombre. Tenía el cabello oscuro y enmarañado, con una costra de sangre seca del golpe en la cabeza que había recibido cuando lo capturaron.

—¿Cómo tienes hoy la cabeza, centurión? ¿O acaso hoy día debería llamarte prefecto?

Macro no respondió.

—Está claro que te han ido muy bien las cosas desde que nos conocimos. Entonces eras un centurión de la armada... y mírate ahora. Comandante de la guarnición de Gortina. Claro que tu ascenso desde la tropa queda más bien eclipsado por el mío. He pasado de esclavo a general en cuestión de días.

—¡Menudo general! —Macro escupió en el suelo a su lado—. Tú no eres más que un forajido.

¿Y llamas ejército a esta chusma? —hizo un gesto con la cabeza hacia el exterior de la jaula, en dirección al campamento.

—Pues no lo hemos hecho tan mal. No es que vosotros los romanos os hayáis cubierto de gloria precisamente desde que empezó la rebelión. ¿No estás de acuerdo?

Macro lo miró fijamente.

—Ya debes de saber que esto sólo puede terminar de una manera. Vendrá un ejército a Creta y os aplastará a ti y a tus seguidores. De momento sólo os habéis enfrentado a soldados de las cohortes auxiliares, que, además, eran tropas mediocres. No puedes esperar derrotar a las legiones.

—Eso ya lo veremos —repuso Áyax—. Mientras tanto, soy el dueño de Creta. O lo seré en cuanto tomemos Gortina y el gobernador se reúna con vosotros en esta jaula.

—¿Qué es lo que quieres hacer? —le preguntó Macro en voz baja—. Que sepas que no te somos útiles como rehenes. Sempronio no se rendirá aunque prometas salvarnos la vida.

—Eso ya lo sé. Ayer le hice la oferta y la rechazó. —Áyax volvió lentamente la cabeza para mirar a Julia—. Aunque te alegrará oír que no lo hizo de inmediato. Ví que le costó mucho tomar la decisión. No es fácil perder una hija... o un padre —desvió la mirada hacia la granja—. O un amigo.

Macro siguió la dirección de sus ojos.

—El hombre que te salvó la vida, ¿cómo está?

Áyax respiró profundamente y lanzó una mirada fulminante a Macro.

—Moribundo, o muerto. ¿A ti qué más te da?

—No es una cuestión personal a quién mato en el campo de batalla —explicó Macro—. Pero ya no estamos en batalla. Lo que hizo fue muy valiente. Admirable. Lamentaría enterarme de que ha muerto.

—Claro, el respeto profesional de un soldado hacia otro. Pero, ¿no olvidas una cosa? Mi amigo era un esclavo, no un soldado.

—Esclavo o soldado, ¿qué importa? —contestó Macro con desánimo—. Cuando un hombre empuña un arma y se enfrenta a ti en una lucha justa, ¿qué importa lo demás? Seguro que tú más que nadie entiendes eso, gladiador.

—¡No rae llames así! —exclamó Áyax furioso—. Ya no soy gladiador, romano. Lucho por mí mismo y lucho por mi gente. Antes preferiría morir que volver a luchar para entretener a la plebe.

Se hizo un breve silencio en tanto que Áyax intentaba controlar su ira. Tuvo que resistirse a la amarga tentación de romper la cerradura, abrir la jaula, sacar a rastras al romano de su inmundicia y matarlo. Apretó los puños, cerró los ojos y respiró profundamente durante un momento hasta que se le pasó el arrebató. Entonces se puso de pie, se dio la vuelta y empezó a alejarse.

—¡Espera! —le gritó Macro—. Dime, ¿qué tienes pensado hacer con nosotros? Conmigo y con la señora.

Áyax se volvió a medias y sonrió con frialdad.

—Dejaros sufrir tanto como sea posible. Cuando el confinamiento dentro de esta jaula os haya vuelto medio locos, entonces te mataré, centurión. Con toda la lentitud posible. Quiero que mueras poco a poco y quiero que sientas la agonía de cada momento de esa muerte. En cuanto a la mujer, puesto que ya no me sirve de nada ahora que su padre la ha abandonado, puede sufrir aquí contigo y

luego podrán tenerla mis hombres. Le han tomado el gusto a las romanas distinguidas —Áyax la miró y chasqueó los labios—. Claro que si antes tengo la suerte de capturar Cortina, me aseguraré de que su padre, el bueno del senador, esté allí para presenciar cómo ultrajan a su hija.

—¡Cabrón! —Macro dio una patada a los barrotes de la jaula—. ¡Eres un cobarde de mierda! Juro por todos los dioses que si le tocas un solo pelo de la cabeza...

—¿Qué? ¿Qué harás? —Áyax se rió—. ¿Vendrás a rondarme? Quizá también debería obligarte a mirar antes de matarte.

Macro apretó los dientes y profirió un quedo lamento gutural. Agarró los barrotes de la jaula y los sacudió con todas sus fuerzas.

—¡Macro! —le espetó Julia de pronto—. ¡Macro! ¡Mírame!

Macro arrancó la mirada del gladiador y la clavó en los ojos de la joven.

—Te está hostigando, Macro. No se lo permitas. No le des la satisfacción de hacerlo. Tenemos que ser mejores que él. Más fuertes.

Áyax sonrió.

—De momento puedes hacerte la aristócrata valiente, mi refinada señora, pero ya veremos lo que aguantas cuando mis hombres te pongan las manos encima. Ahora debo marcharme. He disfrutado con nuestra pequeña charla. En serio. Estoy seguro de que volveremos a hablar pronto.

Les hizo adiós con la mano con aire burlón y se alejó en busca de un caballo para empezar su inspección diaria de las defensas de Gortina.

* * *

Cuando regresó a la granja a media tarde, Kharim lo estaba esperando.

—Chilo ha muerto —le informó el parto sin rodeos.

Áyax bajo la cabeza y asintió.

—¿Se ha quitado la vida?

—Sí.

—Es lo que él deseaba. ¿Dónde está?

—Dentro. He dado orden de que amortajen el cuerpo para darle sepultura, pero pensé que tal vez querrías verlo antes.

Áyax se quedó un segundo inmóvil y a continuación negó con la cabeza.

—Está muerto y yo lo recordaré. Con esto basta. Da la orden para que lo entierren. Búscales una tumba en algún lugar tranquilo, donde los romanos no descubran su cadáver.

Kharim se lo quedó mirando fijamente y enarcó sus delicadas cejas en una expresión de sorpresa.

—Entonces, ¿crees acaso que los romanos podrían derrotarnos?

—Podría ser. En esta vida no hay nada seguro, amigo mío. Si la rebelión fracasa, no quiero que traten su cadáver como si fuera un trofeo. Ni el mío. Ni el tuyo.

—Entiendo.

—Bien. Y ahora necesito comer algo. Estaré en el jardín si alguien me requiere.

Kharim inclinó la cabeza.

—Sí, general.

Áyax pasó allí el resto de la tarde, sentado en un banco con el cuerpo echado hacia delante, los codos apoyados en las rodillas y las manos juntas bajo el mentón. Miraba un pequeño altar dedicado a un dios doméstico y situado en un rincón del jardín mientras reflexionaba sobre el avance de la rebelión. Cuando el palacio del gobernador se vino abajo y él aprovechó la oportunidad para recuperar su libertad, ni se le había pasado por la cabeza la idea de liderar una rebelión. En realidad, podía haber escapado en cualquier momento desde que llegó a Creta, pero la perspectiva de tener que pasarse el resto de su vida huyendo y del terrible castigo que sufriría si lo atrapaban lo había disuadido de tomar semejante camino. El terremoto lo había cambiado todo. Al principio había pensado que sería la ocasión perfecta para desaparecer, para que lo creyeran perdido entre las ruinas como a tantos otros. Había pensado cambiar su aspecto, aguardar el momento oportuno y buscarse un puesto en algún barco que abandonara la isla. En cambio, había acabado asumiendo el papel de cabecilla de una pequeña banda de esclavos fugitivos y, prácticamente sin tener ningún tipo de plan, se había convertido en jefe de un ejército de rebeldes. Con esa responsabilidad había surgido también la oportunidad de vengarse de Roma y ahora Áyax admitía que se había dejado seducir por dicha posibilidad. La cuestión era: siendo realistas, ¿qué podía esperar conseguirse con la rebelión?

Ese aristócrata arrogante de Cortina se había negado a negociar ningún acuerdo que condujera a la libertad de los rebeldes. Si no podían contar con esa garantía, ¿cuál era entonces el propósito de la rebelión? El centurión Macro estaba en lo cierto. Con el tiempo, Roma enviaría un poderoso ejército para aplastar a los esclavos y el consiguiente castigo sería sin duda terrible. Acongojado, Áyax se dio cuenta de que debía plantear el asunto a sus seguidores más allegados. Si la rebelión tenía que conseguir algo, entonces debía tener la seguridad de que aquellos que esperaban que fuera su líder entendieran claramente y compartieran sus objetivos.

Los comandantes de los grupos de guerra llegaron a la granja con el ánimo apagado. La noticia de la muerte de Chilo se había difundido rápidamente por los campamentos rebeldes y eran muchos los que lo lloraban sin ambages. Entraron en el jardín en fila y tomaron asiento en los bancos libres o se acucillaron en el suelo formando más o menos un semicírculo en torno a Áyax. Entre Kharim y algunos otros habían traído un pequeño brasero de uno de los cobertizos de la granja y encendieron el fuego en medio del jardín. Áyax examinó los rostros de sus más allegados al resplandor de las llamas. Eran todos hombres duros, de orígenes muy diversos. Algunos eran ex gladiadores como él, otros habían sido capataces en las fincas o en las cadenas de estibadores, o habían trabajado en las canteras y minas de la isla. Uno de ellos había sido picapedrero, condenado a crear los sepulcros de los ricos en tanto que él sólo podía esperar la fosa común de los esclavos cuando le llegara la hora. Otro había sido el forzudo de las fiestas, entreteniéndolo y deleitando a los romanos pudientes con muestras de su fuerza sin imaginarse siquiera que un día rompería el cráneo a sus compatriotas con la misma facilidad con la que cascaba nueces con las manos.

Pese a la variedad de sus vidas anteriores, en aquellos momentos estaban unidos por una causa común y todos esperaban que Áyax los guiara hacia una vida mejor.

Él se aclaró la garganta mientras se ponía de pie y se pasó la mano por el pelo negro y rizado.

—Amigos míos, hoy hemos perdido a un hombre que era como un hermano para todos nosotros. Perdonadme, pero el dolor me embarga, si no os hubiera recibido con vino y comida y quizá Chilo nos hubiese cantado una canción. —Vio que algunos de los hombres sonreían con afecto al recordarlo—. Pero Chilo ya no está entre nosotros y yo no estoy de humor para cortesías. Me acongoja más si cabe la necesidad de afrontar ciertas verdades. Verdades que debo compartir con vosotros esta noche.

Hizo una breve pausa y suspiró, tras lo cual siguió hablando.

—Los romanos no van a darnos nunca la libertad. Y tampoco nos dejarán en paz. Esto es seguro.

—Entonces tenemos que tomarla por nuestra cuenta —gruñó Fusco, el picapedrero—. Y si se oponen, tendremos que tomar también sus vidas, por supuesto.

Sus palabras provocaron un coro de aprobación y Áyax asintió con la cabeza.

—Un sentimiento magnífico que, además, nos ha ido muy bien de momento, Fusco. Pero me temo que ya hemos conseguido todo lo que cabía esperar. Hemos derrotado a los romanos en batalla, hemos saqueado una de sus ciudades y los romanos que quedan están atrapados detrás de sus fortificaciones. Somos los dueños de esta isla. De momento. Ahora debo preguntaros cuál es el verdadero propósito de nuestra rebelión.

—¡Pareces un filósofo! —exclamó una voz, y algunos de los hombres se echaron a reír.

Áyax esbozó una sonrisa forzada.

—No soy ningún filósofo. Prefiero actuar antes que pensar. No obstante, ha llegado el momento de que pensemos. No podemos seguir eludiéndolo.

Algunos de ellos mostraron una expresión desconcertada y Áyax cruzó los brazos sobre el pecho y continuó diciendo:

—¿Qué es lo que queréis conseguir?

Se hizo un breve silencio y una voz repuso:

—La libertad, general. Eso es lo único que hemos querido siempre.

Áyax asintió.

—De momento, la tenemos. Pero no durará. Los romanos no descansarán hasta que la rebelión sea sofocada, no importa cuántos soldados requieran o cuánto tiempo tarden. Son implacables. Es su manera de ser. Yo había albergado la esperanza de que pudiéramos escapar de la isla utilizando rehenes, pero el gobernador no va a rendir Cortina. Tampoco vamos a encontrar barcos suficientes para transportar a nuestra gente hacia otras costas. De modo que debemos encontrar una solución aquí, en Creta, y debemos hallarla antes de que los romanos envíen un ejército para zanjar el tema. Contamos con un tiempo limitado para negociar desde una posición fuerte. En este tiempo tenemos que conseguir que los romanos piensen que suponemos un grave peligro para ellos. Es por este motivo que tenemos que tomar Cortina tan pronto como podamos. Necesitamos conseguir tantos rehenes romanos como sea posible para negociar con ellos. Hermanos míos, debemos seguir adelante con el ataque.

Sus palabras fueron recibidas con una desaprobación silenciosa. Fusco carraspeó y dijo:

—General, perdimos a demasiados buenos soldados en el primer asalto. Y eso que sólo fue contra una torre de entrada. Si queremos tomar la ciudad tendremos que atacar con muchos más

efectivos. La próxima vez perderemos a miles de hombres, no a cientos.

—Es cierto. No voy a negarlo. Pero si no conseguimos tomar Gortina y Roma no negocia con nosotros, al final acabaremos muertos igualmente.

—Pero no hay necesidad de atacar la ciudad —continuó diciendo Fusco—. Podemos esperar a que el hambre los obligue a rendirse.

—¿Y cuánto tiempo nos llevará eso? ¿Acaso piensas que estaban ociosos mientras nos ocupábamos de Matala? Calculo que aprovecharon la oportunidad para abastecerse de todas las provisiones que pudieron encontrar. Podrían aguantar meses. Tiempo suficiente para que un ejército desembarque en Creta y ponga fin al asedio. Además, ¿cómo se supone que alimentaremos a nuestra gente durante tanto tiempo? Dentro de unos pocos días habremos agotado los recursos de las inmediaciones y cada vez tendremos que enviar las patrullas más lejos para encontrar comida. Debemos tomar la ciudad lo antes posible, sea cual sea el precio.

En aquella ocasión varios hombres menearon la cabeza y se oyeron protestas expresadas entre dientes. Otro hombre dijo lo que pensaba:

—General, no se les puede pedir eso a nuestros hombres, es excesivo. Son valientes y hasta el momento han conseguido grandes logros, pero haría falta un ejército adiestrado para capturar Gortina. No puedo pedir a mis hombres que arriesguen sus vidas en un ataque temerario. Aunque yo accediera a ello, dudo que obedecieran mis órdenes.

Algunos de sus compañeros sumaron su asentimiento a esta opinión, y Áyax, frustrado, los fulminó con la mirada.

—Entonces, lo mejor será que reduzcamos por completo las bajas en combate y nos dispongamos a rendirnos ahora mismo. Si tenemos suerte, tal vez podamos hacer que el gobernador acceda a unos términos generosos si nos ofrecemos a deponer las armas y poner fin a la rebelión. Estoy seguro de que estará dispuesto a conceder que sólo se ejecute a los cabecillas y a cualesquiera otros a los que identifiquen como culpables de haber levantado la mano contra sus amos. Aunque no quedaría ahí la cosa. Ya conocéis la ley. Si a un esclavo doméstico se le considera culpable de matar a su amo, todos los esclavos de la casa son condenados a muerte. Los que sobrevivieran tendrían suerte de recibir sólo unos azotes antes de ser devueltos a sus propietarios. —Áyax paseó la mirada por los allí presentes con aire desafiante—. ¿Tenemos que tomar ese camino, hermanos?

Se hizo un tenso silencio hasta que Fusco se atrevió a responder. Tragó saliva con nerviosismo y se dirigió al gladiador:

—General, parece que nos estás dando a elegir entre morir ahora o morir más adelante. Nuestra gente está viviendo el momento. Cada día de libertad es un regalo para ellos. ¿Te extraña que crean que la vida es demasiado valiosa como para arriesgarla en un ataque sobre Cortina?

Áyax notó que se le hacía un nudo en el estómago. Le entraron ganas de ponerse a gritar a esos idiotas. ¿Acaso no habían corrido ya grandes riesgos y habían hecho grandes sacrificios? Ahora no era el momento de dejar que les fallara el coraje. Hizo un esfuerzo para que su voz siguiera siendo calmada.

—Estoy seguro de que Chilo pensaba que su vida era valiosa. Y no obstante, renunció a ella por la rebelión y murió sin arrepentirse de nada.

Fusco agachó la mirada al responder:

—Yo no soy Chilo.

—Eso está claro. ¿Y el resto de vosotros, qué? ¿Traicionaríais su legado?

Nadie respondió y Áyax no quiso romper el silencio culpable que los atormentaba. No sabía muy bien qué hacer ni qué decir, y tuvo que apretar los puños a la espalda y combatir el impulso de expresarles su furia a voz en cuello, de avergonzarlos. Por un momento decidió atacar la ciudad él solo. Se dirigiría a las murallas espada en mano y vería cuánta de su gente tenía agallas para seguirle y asumir el compromiso que habían adquirido los unos con los otros al unirse en alzamiento contra Roma.

Pero entonces una figura salió de la puerta que conducía al interior de la granja; era uno de los jefes de las patrullas que Áyax había enviado a recorrer la isla. Su respiración era agitada y el sudor brillaba en su piel.

—¿Qué ocurre? —preguntó Áyax.

El explorador paseó la mirada por los comandantes de los grupos de guerra allí reunidos y volvió a mirar a Áyax.

—Habla —le ordenó él—. Rinde tu informe.

El explorador asintió con la cabeza, se pasó la lengua por los labios reseco y empezó:

—Hemos descubierto algunas embarcaciones, general. Una flota entera. Están en una bahía a tres días a caballo de aquí.

—¿Embarcaciones? ¿Una flota? —Áyax enarcó una ceja—. ¿Buques de guerra?

—No, general. Buques de carga. Buques de carga enormes, llenos de grano. Capturamos a un miembro de su tripulación y lo interrogamos. Los barcos forman parte de la flota que transportaba grano a Roma. Los sorprendió una fuerte tormenta. Dos de ellos se hundieron. El resto quedaron dañados y tuvieron que entrar en la bahía para hacer reparaciones. Es allí donde los encontramos, varados mientras esperan que les lleguen mástiles, cordaje y velas para poder repararlos y continuar rumbo a Roma.

Áyax pensó con rapidez.

—¿Cuánto tiempo falta para que finalicen las reparaciones?

—Todavía falta un poco, señor. Nuestro prisionero calculaba que tardarían varios días en preparar las piezas de recambio y mandarlas hasta la bahía.

—¿Dónde está ese tripulante?

El explorador se pasó el dedo por el cuello.

—Lo siento, general. Pensé que era lo mejor.

Áyax asintió. Su mente ya estaba evaluando la importancia de aquella noticia. Se sonrió y dijo entre dientes:

—La flota de grano...

Fusco abrió los ojos de par en par con entusiasmo.

—¡Por los dioses que podríamos alimentar a nuestra gente durante casi un año si nos hiciéramos con su cargamento!

Áyax se echó a reír.

—No lo entiendes, Fusco. No es nuestra gente la que necesita el grano. Es el pueblo de Roma. Sin la flota de grano se morirán de hambre. En Roma hay más de un millón de bocas que alimentar. ¿Cuánto tiempo crees que el emperador podrá desafiar a una multitud hambrienta? —Áyax asintió levemente con la cabeza para sí mismo—. Al fin tenemos un arma que podemos esgrimir contra el cuello de nuestro enemigo.

Capítulo XXVI

A los tripulantes de los buques de guerra los dejaron allí con la tarea de enterrar a los muertos de Matala mientras Fulvio hacía marchar su columna hacia Cortina. Cato, consumido de preocupación por la suerte que hubieran podido correr sus amigos, cabalgaba por delante con un escuadrón de la cohorte montada. Iba al galope a la cabeza de los jinetes que recorrían con estruendo el camino polvoriento que llevaba a la capital, aterrorizado durante todo el trayecto por lo que podría encontrarse cuando finalmente divisaran la ciudad. A las monturas y a los soldados sólo se les permitió parar a descansar cuando estuvieron al borde del agotamiento, y entonces Cato ordenó que siguieran a pie hasta que consideró que los caballos se habían recuperado lo suficiente como para seguir montándolos.

Una irrefrenable confusión de imágenes acudía a su mente sin cesar. Veía Gortina convertida en ruinas humeantes, las calles cubiertas de cuerpos asesinados durante todo el camino a la acrópolis, donde... Cerró los ojos con fuerza un instante para quitarse de la cabeza aquella imagen y se concentró en una plegaria, rogando en silencio a los dioses que salvaran a Julia, a Macro y a todos los demás. Si ellos estaban a salvo, Cato juraba servir a los dioses, ser su esclavo, y vivir sólo para complacerlos. Si el precio por las vidas de sus amigos era la suya propia, que así fuera.

Una voz interior lo reprendió por ser un hipócrita. ¿Desde cuándo tenía tanta fe en la intervención divina? Se debatió entre los dos impulsos y, en cambio, finalmente se volcó en pensamientos de venganza. Cato decidió que, si Áyax los había matado, no descansaría hasta dar caza y matar al gladiador, costara lo que costara. El corazón se le llenó de un odio que se dispersó por sus venas y lo consumió una ardiente e intensa determinación de aplastar a Áyax, de destruir hasta el último fragmento de su ser. Hasta aquel momento nunca había experimentado un deseo de venganza semejante y, por un breve momento, una parte de su mente que aún era capaz de pensar de forma racional le recordó que se trataba de la misma venganza egoísta que avivaba el fuego que ardía en el corazón de Áyax.

—¡A la mierda con Áyax! —masculló para sí.

El decurión que guiaba su caballo junto a Cato lo miró.

—¿Señor?

—¿Qué? —Cato le dirigió una mirada fulminante.

—Creía que había dicho algo. Una orden o algo así.

—No. No fue nada. Nada. —Cato fue a situarse junto al flanco del caballo—. ¡Montad!

Las ijadas de las cabalgaduras todavía se agitaban como fuelles y el decurión miró a Cato dispuesto a protestar, pero se mordió el labio. El resto del escuadrón volvió a encaramarse a la silla sin ningún entusiasmo y tomó las riendas.

—¡Daos prisa! —gritó Cato furioso a los más lentos—. Si llegamos demasiado tarde, que los dioses os ayuden.

—Señor —el decurión acercó poco a poco su montura a la de Cato y bajó la voz—, los muchachos están agotados.

—Me importa un carajo. Tenemos que llegar a Cortina lo antes posible. ¿Me has oído?

—Señor, dará lo mismo la rapidez con la que llegemos a Cortina —señaló a sus hombres—. Sólo somos treinta. Si los esclavos están allí, no vamos a poder hacer nada. Si ya se han ocupado de la ciudad, entonces... —se encogió de hombros—. No podremos cambiar lo que haya ocurrido.

—¡Me importa una mierda! —gruñó Cato—. Yo estoy al mando, y si para llegar a Gortina tengo que montar a los caballos hasta que se desplomen, lo haré. ¿Entendido?

El decurión respiró profundamente y asintió con la cabeza.

—Pues vamos. —Cato alzó el brazo en el aire y lo bajó hacia el frente al tiempo que espoleaba a su montura para ponerla al trote—. ¡Adelante!

Apretó el paso hasta poner el caballo al galope y siguieron el camino con un retumbo. A última hora de la tarde, cuando las sombras empezaban a alargarse, los mojones indicaron que la ciudad estaba cerca. A ambos lados del camino las cosechas se habían recogido y los huertos de frutales y olivares por los que pasaron estaban despojados de todo fruto, como si una plaga de langostas hubiera arrasado el terreno. También había cadáveres junto a carretas y carros que no habían logrado dejar atrás a los esclavos. Cato sintió un nudo de desesperación en el estómago ante la evidencia de que Áyax y su ejército se le habían adelantado. El terror al panorama que los recibiría cuando finalmente llegaran a la ciudad lo estaba llevando al borde de la locura.

Entonces pasaron junto al último mojón, el camino ascendió por una ligera pendiente y la ciudad apareció frente a ellos. Cato detuvo su montura.

—¡Alto!

* * *

Mientras los caballos resoplaban y los jinetes jadeaban, Cato entornó los ojos para otear el paisaje. El terreno que rodeaba Gortina tenía señales evidentes de haber sido el emplazamiento de un campamento enorme. El suelo estaba chamuscado con los restos de cientos de fogatas en cuyo centro se amontonaban las cenizas. Todos los árboles y arbustos habían sido arrancados y los pequeños edificios desmantelados para utilizarlos como leña y astillas para encender el fuego. Aquí y allá se veían pilas de huesos de animal roídos por los que se habían alimentado con ellos y que entonces atraían a pequeños grupos de pájaros y ratas que extraían los pedazos de cartílago que quedaban. Se habían cavado algunas letrinas, pero casi todos los que habían acampado se habían limitado a defecar en una zona decidida de común acuerdo donde los excrementos quedaban a plena vista. Se distinguían unas cuantas figuras fuera de la ciudad y más en las murallas y en las torres de su perímetro.

—¿Son de los nuestros o de los suyos? —preguntó el decurión entre dientes.

—Sólo hay una manera de averiguarlo —contestó Cato, que dio un tirón a las riendas.

El decurión lo miró con expresión severa.

—Si son esclavos, nuestras monturas están demasiado cansadas para que podamos escapar.

—En tal caso, será mejor que reces para que sean de los nuestros. —Cato hizo señas a la columna para que siguiera adelante y puso el caballo al trote. Se abrieron camino por la llanura hacia

la ciudad. Al acercarse oyeron un débil toque de corneta y los que se hallaban fuera de la ciudad volvieron a entrar en ella a toda prisa por las puertas y portillos que tenían más cerca. Cuando se hallaban a menos de medio kilómetro de la puerta oeste de la ciudad, Cato aflojó el paso y ordenó al portaestandarte del escuadrón que alzara el asta para que se viera bien el banderín mientras se aproximaban.

El decurión hizo un gesto en dirección a los hombres de la puerta.

—No hay duda de que son de los nuestros, señor.

—Aún es demasiado pronto para saberlo —dijo Cato—. Los rebeldes se han estado sirviendo del equipo que les quitaron a nuestros hombres. Mantened los ojos bien abiertos.

Cato conducía su caballo al paso hacia la puerta cerrada cuando apareció una figura por detrás de la muralla y alzó la mano.

—¡Alto! Tú, el que va delante, avanza e identificate.

Cato chasqueó la lengua y avanzó poco a poco.

—¡Tribuno Cato! He vuelto de Alejandría con la columna de refuerzo. ¡Abre la puerta!

—¡Sí, señor! —repuso el optio de guardia con evidente alivio.

Al cabo de unos momentos, las puertas se deslizaron hacia el interior y Cato hizo entrar a su caballo en la ciudad, seguido del resto del escuadrón. En cuanto atravesó el arco de entrada, se deslizó de lomos de su montura y se acercó al optio a grandes zancadas al tiempo que señalaba hacia la llanura con el pulgar.

—Parece ser que habéis tenido compañía mientras he estado fuera.

—Sí, señor. Miles de ellos.

—¿Os causaron problemas?

—Lanzaron un ataque el mismo día que llegaron y lo pagaron caro. Después de eso, se asentaron a esperar que el hambre nos hiciera salir.

—¿Y dónde están?

El optio meneó la cabeza.

—No tengo ni idea, señor. Se fueron esta misma mañana. Debieron de ponerse en marcha durante la noche y dejaron las fogatas encendidas para que no nos diéramos cuenta hasta el amanecer. El gobernador ha enviado patrullas a buscarlos para ver adonde se dirigen.

—¿El gobernador? —Cato frunció el ceño—. ¿Dónde está el prefecto? ¿Macro?

—Macro no está, señor.

—¿No está? —Cato se acercó al optio y lo agarró por el arnés—. ¿Qué quieres decir con que no está?

—Lo han capturado, señor.

—¿Han hecho prisionero a Macro? No te creo. ¿Cómo es posible? Has dicho que el ataque fue rechazado.

—No ocurrió entonces, señor. Fue después, cuando intentaba llevar a la hija del gobernador a un lugar seguro lejos de la ciudad.

Cato tragó saliva y miró al optio a los ojos sin parpadear. Bajó la voz.

—¿También han capturado a la hija del gobernador?

—Sí, señor.

—¿Cómo lo sabes?

—El líder de los rebeldes, ese gladiador, los hizo traer en una jaula para intentar convencer al gobernador de que se rindiera.

Cato sintió que una oleada de esperanza aligeraba el peso que sentía en su interior.

—Entonces están vivos...

—Sí, señor. O al menos lo estaban cuando el gladiador se los mostró al gobernador. Aunque eso fue hace varios días, señor. Después ya nadie los ha visto.

Una sensación de terror volvió a anegar el corazón de Cato. Bajó la mirada y vio que tenía los nudillos blancos por la fuerza con la que tenía agarrado el arnés del optio. Se obligó a soltarlo, se apartó y le señaló a los soldados de caballería.

—Que conduzcan a estos hombres a los establos del palacio del gobernador. Encárgate de que den de comer tanto a los caballos como a los soldados y búscalos un sitio para descansar.

—Sí, señor.

—¿El gobernador todavía tiene su cuartel general arriba en la acrópolis?

—Sí, señor.

—Muy bien. —Cato respiró profundamente para aliviar la tensión de su pecho—. Procede, optio.

Cato dejó su caballo al cuidado del decurión y recorrió las calles hacia el camino que conducía a la entrada de la acrópolis. Pasó junto a algunos habitantes de la ciudad obligados a vivir en las ruinas, los cuales no le dedicaron más que una mirada mientras se preparaban para cenar. La cansada resignación de su ánimo resultaba evidente en casi todos los rostros. Sólo los niños mostraban señales de vida y satisfacción, mientras jugaban descuidadamente en medio de los montones de escombros entre los edificios que habían sobrevivido.

El momento de esperanza que Cato había sentido al enterarse de que Macro y Julia estaban vivos quedó entonces truncado por el hecho de saber que seguían en manos de Áyax. Mientras sirvieran un propósito como rehenes vivirían, pero cuando el enemigo considerara que no tenían ningún valor perderían la vida. Y lo que era aún peor, si a Áyax se le metía en la cabeza representar algún tipo de venganza truculenta por la muerte de su padre, entonces Macro y Julia serían objeto de todas las torturas y tormentos imaginables antes de que se les concediera la bendición de morir. Cato sintió náuseas sólo con pensarlo y tuvo que detenerse un momento antes de poder continuar subiendo por la pendiente hasta la acrópolis.

Al llegar al cuartel general encontró al senador Sempronio en su despacho, sentado junto a la ventana y contemplando la ciudad con la mirada vacía. En la mesa había una jarra de vino y el hombre tenía una copa en la mano cuando Cato llamó al marco de la puerta.

—¿Y ahora qué ocurre? —dijo Sempronio en tono irritado—. De todos modos, creo que di la orden de que no se me molestara.

—Soy yo, señor —anunció Cato con delicadeza.

Sempronio se volvió rápidamente y su expresión se llenó de alivio.

—¡Cato! Temía no volver a verte. Entra, hijo. ¡Siéntate!

Arrastraba un poco las palabras. Cato no sabía si era por el agotamiento, la pena o el vino.

Sempronio dejó la copa en la mesa, la llenó de nuevo y la empujó hacia Cato. Se derramó un poco de vino por el borde y el líquido colorado se deslizó por el recipiente. El senador se inclinó hacia delante y se apoyó en los codos.

—Bueno, ¿cuál es tu informe?

—Señor, me he enterado de lo ocurrido a Macro y Julia.

—Sí —dijo Sempronio con los hombros hundidos.

—Tenemos que creer que siguen con vida.

El gobernador asintió y por unos instantes ambos se miraron con un dolor compartido que iba más allá de las palabras. Entonces Sempronio carraspeó, se miró las manos y dijo:

—Tu informe, por favor.

—Sí, señor. El legado Petronio ha proporcionado casi todos los soldados que usted pidió. Desembarcamos en Matala esta mañana. Yo me adelanté a la fuerza principal a caballo. Los refuerzos llegarán a Gortina mañana por la noche.

—Bien.

—En Matala hay también buques de guerra e infantes de marina a los que podemos recurrir. Al mando de los refuerzos está el centurión jefe Fulvio, de la Vigésimo segunda Legión.

—¿Fulvio? ¿Y por qué no tú, que fue lo que yo solicité?

—El legado Petronio decidió que no tenía rango suficiente para asumir un mando semejante. Nombró a Fulvio para que dirigiera la columna hasta que los refuerzos llegaran a Gortina y ahora es usted quien tiene que asumir la autoridad sobre ellos. Yo había pensado que Macro se haría cargo, señor.

—Eso ya no es posible. Voy a necesitar un nuevo comandante. —Sempronio levantó la mirada—. ¿Todavía tienes ese documento que te autoriza a actuar como tribuno?

—Sí, señor. —Cato levantó las manos para coger la correa que llevaba al cuello, se sacó el tubo de cuero de la túnica y se lo tendió al gobernador—. Está aquí dentro, junto con su anillo.

Sempronio tomó el tubo, retiró la tapa y volcó el contenido sobre la mesa. Volvió a colocarse el anillo de su familia en el dedo, luego cogió el rollo de pergamino y le dio unos suaves golpecitos contra la mesa mientras meditaba.

—Macro ya no está con nosotros —dijo luego—. Por lo tanto, el mando pasa a ser tuyo, Cato.

—¿Mío? —Cato meneó la cabeza, asombrado—. ¿Mío? Pero, señor, yo, yo...

Sempronio empujó el documento por encima de la mesa hacia Cato.

—Toma. Tu nombramiento sigue vigente, lo cual significa que, como tribuno, estás jerárquicamente por encima de Fulvio. El mando de las fuerzas de Gortina es tuyo. Es lo que he decidido, y es una orden. Cuando lleguen los refuerzos, quiero que te pongas al frente, busques a Áyax y destruyas su ejército. Esta será tu prioridad, Cato. No tienes que dejar que ninguna otra consideración interfiera con tus órdenes.

—¿Señor?

—No habrá negociaciones con los rebeldes. Ni tratos con respecto a los rehenes. —Sempronio tragó saliva—. ¿Me he expresado con claridad?

Cato asintió.

—¿Y si, al llevar a cabo sus órdenes, surge la posibilidad de efectuar un rescate de los rehenes...?

Sempronio se lo quedó mirando con los ojos húmedos de lágrimas y los labios temblorosos.

—Entonces, recupera a mi hija, ¿lo oyes? Y salva a tu amigo Macro.

—Haré todo lo que esté en mis manos para salvarlos a ambos —repuso Cato—. Lo juro por mi vida.

* * *

Las patrullas que se habían enviado para que encontraran y siguieran al ejército de esclavos regresaron a Gortina la noche siguiente, justo cuando el centurión Fulvio alcanzó la ciudad con su columna de legionarios y auxiliares, cansados y cubiertos de polvo. Mientras se buscaba alojamiento para los soldados en la ciudad, Fulvio y los oficiales al mando de cada cohorte fueron convocados en las dependencias del gobernador en la acrópolis, donde Cato y Sempronio los esperaban.

En tanto que los centuriones de la legión y los prefectos de las tropas auxiliares se acomodaban en los bancos dispuestos frente a la mesa del gobernador, los ordenanzas pasaron entre ellos repartiendo vasos de agua con zumo de limón. Cuando se hubieron refrescado, Sempronio dio una palmada en la mesa para llamarlos al orden.

—Caballeros, sé que estáis cansados, de manera que seré breve. Os han enviado a Creta para acabar con la rebelión de esclavos encabezada por el gladiador Áyax. Según la última información recibida, está marchando hacia el este de la isla. Se calcula que lleva con él a unos veinte mil hombres armados, así como a muchos seguidores del campamento.

Los oficiales intercambiaron unas expresiones preocupadas mientras consideraban los porcentajes. Sempronio tosió.

—Sin embargo, esto no es todo. Sólo una mínima parte de sus hombres van adecuadamente armados y sólo unos pocos poseen algún tipo de adiestramiento militar o experiencia en combate. Vuestros soldados tendrán pocas dificultades para derrotarlos, siempre y cuando logren acorralarlos y obligarles a entablar combate. En cuanto sean derrotados, cualquier último vestigio de espíritu de rebeldía que encontréis entre los esclavos tiene que ser aplastado sin piedad —hizo una pausa para dejar que sus palabras hicieran mella—. ¿Alguna pregunta?

Fulvio asintió.

—¿Sabemos por qué levantaron el asedio y emprendieron la marcha hacia el este?

—Todavía no.

—¿Sabemos adónde podrían dirigirse?

Sempronio lo negó con la cabeza antes de añadir:

—Según me han dicho, no hay ciudades o puertos importantes en su camino. Sólo una tranquila franja costera cerca de una ciudad abandonada llamada Olous.

—Es posible que hayan organizado las cosas para que algunas embarcaciones los recojan en la bahía cercana a Olous —intervino Cato, que señaló un mapa de la isla que colgaba en la pared del

fondo.

—¿Dónde conseguirían los barcos? —preguntó Fulvio—. Creía que la ola había hecho naufragar a la mayoría.

—Los esclavos han robado una gran cantidad de oro, plata y otros objetos valiosos —contestó Cato—. Dudo que les resulte difícil encontrar a algunos propietarios de embarcaciones con más avaricia que principios que les den lo que necesitan. No obstante, nosotros disponemos de una escuadra de buques de guerra esperando en Matala. Si los enviamos a Olous, puede que podamos atrapar a los rebeldes entre nuestros barcos y tus soldados. Si lo conseguimos, no tendrán más remedio que darse la vuelta y enfrentarse a nosotros.

—Muy bien —asintió Fulvio—, mandaré la orden para que las galeras se pongan en marcha. Mis hombres pueden iniciar el avance hacia Olous al alba.

Sempronio carraspeó y se irguió en su asiento.

—No será necesario, centurión. Mi oficial superior puede dar las órdenes necesarias.

—¿Cómo dice? —Fulvio pareció sorprendido—. Tenía entendido que Macro había sido capturado.

—Sí. Por eso he elegido a un sustituto —Sempronio señaló a Cato con un movimiento de la mano—. El tribuno va a tomar el mando de las fuerzas locales y de tus refuerzos.

—¿Él? —Fulvio miró fijamente a Cato—. Señor, debo protestar.

—Tus órdenes son muy claras, centurión. Tienes que transferirme el mando en cuanto llegues a Cortina. Y hete aquí. He elegido al tribuno Cato para que comande nuestras fuerzas combinadas. Tú servirás como su segundo al mando.

Fulvio negó con la cabeza.

—Señor, con todo respeto, el tribuno es demasiado joven e inexperto para asumir el mando.

—¿De verdad? —Sempronio se recostó en su asiento y miró a Cato mientras empezaba a contar con los dedos—. Te nombraron optio en la Segunda Legión. Participaste en la invasión de Britania, donde obtuviste una condecoración al valor. Macro y tú rescatasteis a la familia del general Plautio. Tomaste parte en la captura del comandante enemigo, Carataco, y en la subsiguiente derrota de los restos de su ejército. Luego serviste en la flota de Rávena para perseguir y destruir a una escuadra pirata que actuaba frente a las costas de Iliria. Después prestaste servicio en Judea y sofocaste una revuelta. Y luego, cuando te conocí en Palmira, retuviste la ciudadela hasta que te relevaron y luego saliste a derrotar a los partos en una batalla fronteriza. —Sempronio miró fijamente a Cato—. ¿Es correcto?

—Sí, señor. Pero no puedo decir que el mérito de todo ello fuera sólo mío.

Fulvio miraba a Cato con una expresión de admiración sincera, pero entonces se volvió bruscamente hacia Sempronio de nuevo.

—Un historial impresionante, lo admito, pero, dado que el centurión Macro ha sido hecho prisionero, creo que debería consultar este asunto con mi legado, señor.

—¡Basta ya! Tanto Cato como tú habéis recibido vuestras órdenes. No voy a discutir más este asunto. Os encomiendo a ambos la tarea de encontrar y derrotar a los rebeldes. La reunión ha terminado. ¿Tribuno?

Cato se puso tenso.

—¿Señor?

—Tienes trabajo que hacer. Ponte a ello.

Todos los oficiales se apresuraron a cuadrarse cuando Sempronio se levantó de la silla y se dirigió a la puerta con paso resuelto. En cuanto salió del despacho, Cato descansó y se hizo un incómodo silencio mientras los demás oficiales iban pasando la mirada de él a Fulvio y viceversa. Cato se aclaró la garganta.

—Todos sois conscientes de nuestra situación, caballeros. Que vuestros soldados descansen bien esta noche. Tenemos por delante un gran desafío —esbozó una sonrisa—. Podéis retiraros. Centurión Fulvio, quédate.

Fulvio asintió y permaneció de pie en tanto que los demás oficiales salían de la habitación en fila y el último de ellos cerraba la puerta tras él.

Cato se sentó en la silla que Sempronio había dejado vacía y le sostuvo la mirada a su interlocutor.

—Supongo que no estás demasiado contento con la decisión del gobernador.

—No, no lo estoy —reconoció Fulvio sin rodeos—. Supongo que esa lista de logros tuyos es exacta.

—Lo es.

—Está claro que eres un joven oficial impresionante —admitió Fulvio—, y estoy seguro de que con el tiempo llegarás muy lejos. Pero pregúntate si este es el momento de correr un riesgo semejante y nombrar a la juventud por encima de la experiencia.

—Creía que el propósito del comentario del gobernador era demostrar que sí tengo experiencia —repuso Cato lacónicamente—. En cualquier caso, la cuestión de quién debería estar al mando es puramente teórica. El gobernador me ha nombrado. Por supuesto, me complacerá escuchar cualquier sugerencia que desees plantearme durante el curso de la campaña.

Fulvio asintió con la cabeza y Cato decidió que era mejor asegurarse de que éste no se tomara sus palabras como una invitación a desautorizarle.

—Que quede clara una cosa, Fulvio. No voy a tolerar ningún intento de contradecirme delante de los demás oficiales ni de los soldados. ¿Queda entendido? Si no estás de acuerdo con mis decisiones, puedes exponerme tus argumentos sólo en privado.

—Entendido.

Cato respiró hondo.

—De ahora en adelante, te dirigirás a mí como «señor».

Fulvio contuvo su irritación y saludó formalmente.

—Sí, señor.

—Bien —Cato se sintió aliviado de haber evitado una confrontación, de momento. Lo cierto era que no estaba seguro de ser mejor que Fulvio para hacer el trabajo, por no hablar ya de Macro. No obstante, no había manera de evitar la responsabilidad que Sempronio le había endilgado. Al menos sin renunciar a toda su autoridad a favor del centurión Fulvio, cosa que no iba a hacer mientras los rebeldes tuvieran prisioneros a Julia y a Macro. Hizo una pausa, sonrió para sí mismo y cayó en la

cuenta de que aquél era precisamente el motivo por el que Sempronio lo había elegido para que comandara el ejército. Necesitaba a alguien que no pusiera en peligro la vida de su hija. Cato era el único hombre a quien la supervivencia de Julia incumbía tanto como a su padre. Decidió, con tristeza, que el encomio de su historial había sido sólo una artimaña para ganarse el respeto de Fulvio. Fuera como fuere, haría todo lo que estuviera en su mano para poner fin a la rebelión y salvarles la vida a Julia y Macro.

Fulvio lo estaba mirando con impaciencia y Cato se aclaró las ideas para considerar los detalles de la inminente campaña.

—Tenemos que planear el avance y coordinarnos con los buques de guerra. Será mejor que hagas venir a los miembros de tu Estado Mayor. Nos espera una noche muy larga.

—Sí, señor. —Fulvio se puso de pie, saludó y salió del despacho. Cato se lo quedó mirando un momento, luego suspiró y cogió una tablilla encerada en blanco y un estilo, y empezó a anotar en líneas generales la orden de marcha para los soldados de su nuevo mando.

* * *

La columna ya había iniciado la marcha cuando el amanecer iluminó el horizonte de oriente con un resplandor de un tono rosa deslavazado. Dos escuadrones de caballería cabalgaban a menos de un kilómetro por delante de la primera cohorte de legionarios. Los soldados montados iban desplegados formando una cortina para poder avisar de inmediato de una posible emboscada y para dar caza y matar o capturar a cualesquier rebelde rezagado que pudieran encontrarse por el camino a Olous. Cato había dejado claro a los decuriones de cada escuadrón que quería prisioneros para interrogarlos. Necesitaba saber sobre todo que Macro y Julia seguían vivos. No había muchas dudas en cuanto a la ruta que había tomado el ejército rebelde. El enemigo había arrasado la campiña por delante de la columna romana y los edificios incendiados, los restos de hogueras y algún que otro cadáver señalaban su paso. Cato seguía desconcertado por la decisión que Áyax había tomado de abandonar repentinamente el asedio de Cortina para dirigirse a la costa este.

Cato permaneció sentado en su caballo junto a la puerta de la ciudad y observó la larga columna de legionarios que, seguida por el tren de bagaje y luego por los auxiliares, serpenteaba siguiendo el camino que ascendía hacia las colinas ondulantes del horizonte. En cuestión de pocas horas, los buques de guerra de Matala tendrían que recibir sus órdenes y empezar a navegar siguiendo la costa sur. Aunque el ejército sólo tenía que marchar unos noventa y cinco kilómetros cruzando la espina dorsal de la isla y la flota tenía que recorrer al menos cuatro veces la misma distancia, los barcos llegarían primero con órdenes de bloquear la entrada a la bahía e impedir la entrada o salida de cualquier embarcación. Si los rebeldes estaban pensando escapar por mar, entonces se encontrarían la ruta cerrada y la aproximación de la fuerza de Cato les daría muy poco espacio para maniobrar, sobre todo cuando sus miembros no combatientes los entorpecieran.

Cuando la cola de la columna empezó a salir por la puerta de la ciudad, Cato vio que Sempronio cruzaba el pequeño arco lateral y caminaba hacia él a grandes zancadas.

Cato saludó.

—Buenos días, señor. ¿Ha venido a vernos marchar?

Sempronio alzó la mano para estrechar la de Cato.

—Que los dioses te protejan, Cato, y a Julia y a Macro.

Cato asintió.

—Haré todo lo que pueda para traerlos de vuelta.

—Sé que lo harás. —Sempronio le soltó la mano y retrocedió unos cuantos pasos cuando Cato

dio un suave tirón a las riendas, hundió los talones en los flancos de su montura y la puso al trote para avanzar junto a la línea de tropas auxiliares que, cargadas con sus horcas de marcha, se dirigían hacia el polvo arremolinado que levantaban los que iban delante de ellos en la columna.

* * *

Tras dos días de dura marcha llegaron a la ciudad montañera de Litos. El terremoto había sacudido las murallas hasta hacerlas pedazos y los rebeldes habían saqueado la ciudad y pasado a cuchillo a la mayor parte de los supervivientes. Unos cuantos ancianos, mujeres y niños deambulaban por entre las ruinas con expresión aturdida. Cato dio órdenes para que les dieran de comer y destacó a una centuria para que los escoltara de vuelta a Cortina. Después, mientras los soldados levantaban un campamento de marcha improvisado con los escombros de los muros y se acomodaban para pasar la noche, Cato se reunió con Fulvio y su Estado Mayor en el pequeño templo de Atena, que había permanecido intacto en una esquina del foro. Uno de los ordenanzas ya estaba encendiendo las lámparas de aceite y distribuyéndolas entre sus colegas, que tomaron asiento en el suelo con las piernas cruzadas, listos para llevar a cabo el habitual recuento de efectivos y de consumo de raciones. En tanto que Fulvio firmaba todos los registros completos, Cato empezó a leer los informes diarios de los exploradores que Sempronio había enviado para seguir al ejército rebelde. Tales informes confirmaban que Áyax seguía dirigiéndose al este, hacia Olous. Cato asintió con satisfacción. A estas alturas, las fuerzas rebeldes ya habrían llegado al mar y caerían en una trampa que ellos mismos se habían tendido. Costaba creer que Áyax pudiera cometer un error semejante y por un momento Cato se sintió invadido por un repentino sentimiento de duda inquietante. Tenía que habersele pasado algo por alto. Debía haber alguna razón que explicara la aparente insensatez del gladiador.

Al terminar, Cato estaba a punto de dar las buenas noches a Fulvio cuando oyeron un retumbo de cascos procedente del foro, fuera del templo. Uno de los guardias del cuartel general dio el alto y Cato volvió la mirada. Al cabo de un momento, entró corriendo un explorador. Echó un vistazo hasta que vio a Cato con su capa roja, se acercó apresuradamente y saludó.

—Si me permite informar, señor, tengo un mensaje urgente de mi decurión.

—Hoy ya me ha informado.

—Sí, señor. Eso fue antes de que avanzáramos un poco más para acampar en un lugar donde pudiéramos ver al ejército rebelde en Olous.

—¿Y bien?

—La bahía está llena de buques de carga, señor. Buques grandes, señor. La mayor parte de ellos están dañados. Tienen los mástiles rotos y cosas por el estilo. Algunos de ellos estaban varados y, al parecer, los estaban reparando.

Cato frunció el ceño. ¿De dónde diablos podían haber sacado los rebeldes tanta cantidad de barcos? Al parecer, se trataba de una flota de buques de carga. De pronto se le ocurrió que en aquellos momentos sólo había una flota semejante en las aguas del Mediterráneo oriental y se mordió el labio brevemente antes de preguntar:

—¿Visteis si los barcos llevaban algún tipo de identificación?

—Sí, señor. Lo vimos. Un gallardete púrpura ondeaba en lo alto de todos los mástiles.

Cato tomó aire bruscamente y miró a Fulvio.

—¿Lo has oído?

—Sí, señor.

—Entonces ya sabes lo que significa. —Cato sintió un súbito escalofrío de temor—. Áyax ha capturado la flota de grano.

—Si eso es cierto, ¿qué está haciendo en esa bahía, por el Hades? —preguntó Fulvio—. A estas alturas ya deberían de estar de camino a Ostia.

—Fue la tormenta —explicó Cato—. Tuvo lugar unos cuantos días después de que zarpara la flota de grano. Debió de alejarlos de su ruta normal, quizás haciendo naufragar a algunas naves y dañando el resto. Deben de haber hecho escala en la bahía para llevar a cabo las reparaciones.

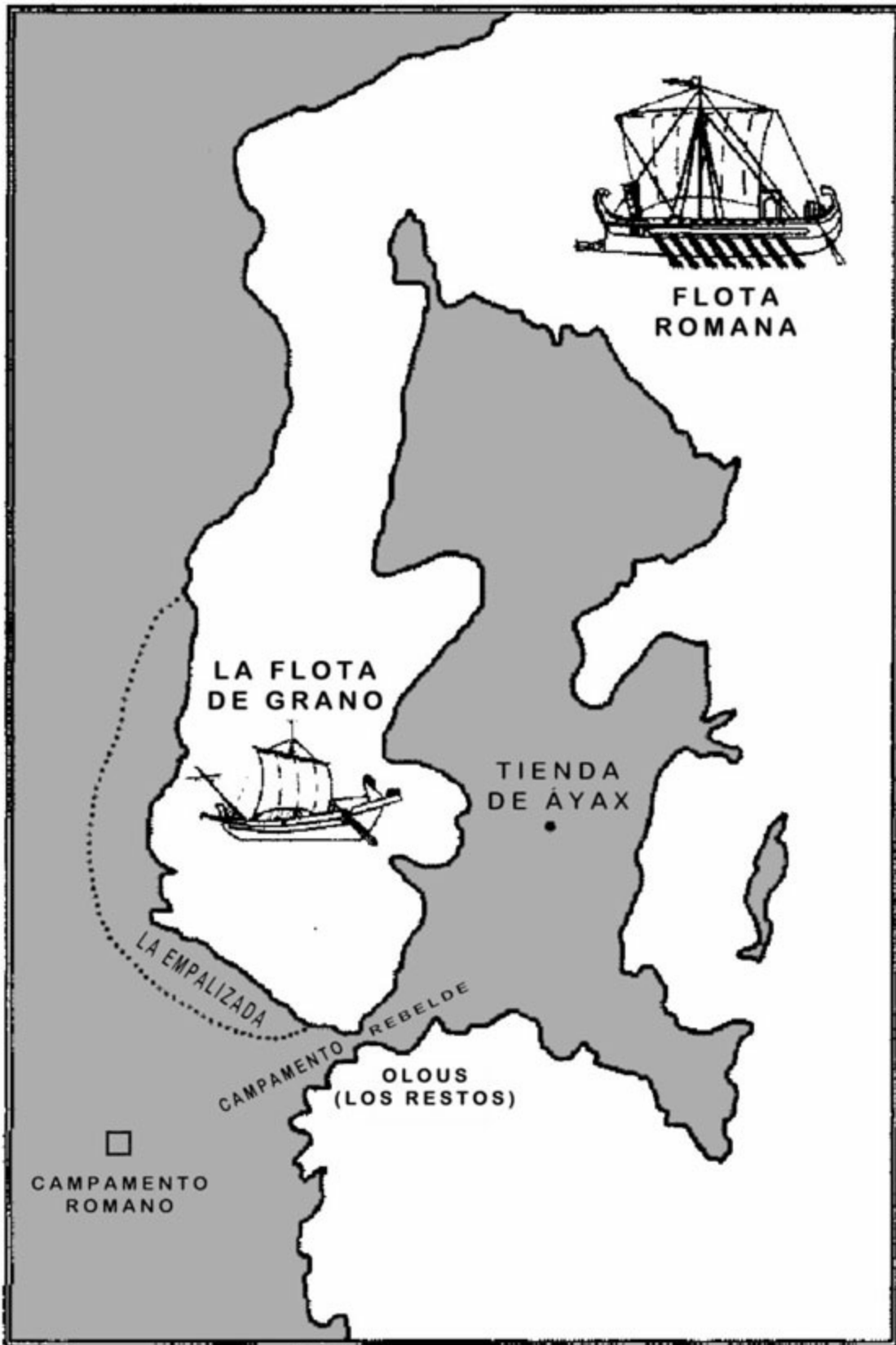
Fulvio chasqueó los dedos.

—¡Por eso abandonaron el asedio! Áyax debió de recibir la noticia de que la flota de grano se había visto obligada a dirigirse a la bahía.

Cato movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Y ahora el suministro de comida de Roma está en sus manos. Puedes estar seguro de que, si no hacemos lo que diga, destruirá la flota y todo el grano. Si eso ocurre, dentro de un mes la plebe va a hacer pedazos Roma.

LA BAHÍA DE OLOUS



Capítulo XXVII

A través de los barrotes, Macro miraba la bahía situada al pie de la ladera. Ya era bien entrada la mañana, por lo que la luz del sol se colaba a raudales por entre los barrotes de la jaula y proyectaba unas sombras marcadas sobre el mugriento interior. En torno a ellos, los esclavos se establecieron en su nuevo campamento, el cual se extendía por las laderas de las colinas. Áyax había optado por hacer que sus tiendas se montaran en la estrecha península rocosa que resguardaba la bahía del mar abierto. Los hombres de su grupo de guerra, junto con sus mujeres e hijos, se hallaban acampados en torno a él formando un círculo desigual y Macro no veía la manera de escapar del campamento aunque Julia y él lograran salir de la jaula. Gracias a su roñoso estado, llamarían la atención al instante y en cuanto se diera la alarma les darían caza y volverían a capturarlos.

Vio que abajo, en la bahía, los rebeldes se apresuraban a levantar unas defensas en torno a los barcos que habían sido varados. Se estaba construyendo una tosca empalizada a una corta distancia tierra adentro, con torres situadas a intervalos regulares. Las tripulaciones de las naves de grano y el pequeño contingente de infantes de marina que había sido asignado a bordo de las mismas para protegerlas de los piratas, se hallaban retenidos en un cercado situado en el centro del campamento principal. Los rebeldes tenían sometidos a los buques a una rigurosa vigilancia. Las embarcaciones más dañadas por la tormenta se habían sacado a la playa en tanto que el resto se hallaban agrupadas y ancladas frente a la bahía. Áyax no estaba corriendo ningún riesgo con sus valiosas presas, y con razón. Al volver la cabeza, Macro divisó el mar entre dos de las tiendas que componían el cuartel general del cabecilla rebelde. Se avistaban las líneas inconfundibles de tres buques de guerra romanos puestos al paio a una milla de la costa. Pensó que al menos eso ya era algo. Áyax tal vez hubiera capturado la flota de grano, pero no podría utilizar los barcos para escapar de la isla.

Macro parpadeó y desvió la mirada hacia Julia, apoyada en el rincón opuesto de la jaula. La joven tenía la cabeza gacha y envuelta por su cabellera apelmazada, que le llegaba por debajo de los hombros.

—¿Estás despierta? —preguntó Macro en voz baja—. ¿Julia?

Ella levantó la mirada lentamente y, al ver los surcos brillantes sobre su tez sucia, Macro supo que había estado llorando otra vez. La joven tragó saliva y se pasó la lengua por los labios.

—Tengo sed —dijo con voz ronca.

—Yo también.

Les daban agua al amanecer, a mediodía y al anochecer, así como unas gachas grasientas y claras para comer. Así había sido desde que los habían metido en aquella jaula, y durante cada día de marcha desde que el ejército rebelde abandonó repentinamente el asedio de Cortina. Áyax había ordenado que sus prisioneros se alimentaran con la misma dieta que se les había dado a los esclavos de las fincas agrícolas. A la hora acordada venía una vieja bruja a darles de comer, acompañada por un robusto miembro de la escolta del cabecilla rebelde. La rutina era siempre la misma. El hombre les ordenaba que se movieran hacia el fondo de la jaula antes de abrir la puerta para dejar entrar a la vieja. La mujer dejaba rápidamente en el suelo dos vasijas de cobre abolladas con unos cazos, una de ellas con gachas y la otra con agua, y a continuación salía de la jaula. El primer día hasta el

estómago de hierro de Macro se revolvió ante el horrible olor de aquel guiso de cartílago rancio, grasa y cebada. Pero el hambre tenía el don de hacer que las cosas más repulsivas resultaran agradables, y no tardó en saborear la pequeña cantidad de comida que le permitían tomar. El agua también se convirtió en algo cada vez más valioso y, con el calor que hacía durante el día, la garganta seca, la lengua correosa y los labios agrietados suponían una verdadera tortura.

Las malas condiciones de su cautiverio fueron infinitamente a peor debido a la falta de cualquier disposición para su higiene privada, y tenían que vivir con el hedor de su propia inmundicia. A Macro ya le había resultado bastante duro que lo despojaran de toda su ropa delante de Julia y tener que vivir en tales condiciones, pero Julia nunca había sufrido una indignidad semejante, ni siquiera había imaginado tan intolerable existencia. Macro había intentado ayudarla de todas las formas posibles, volviéndose cuando ella tenía que hacer sus necesidades y mirándola únicamente a los ojos de manera deliberada. Afortunadamente, la vieja bruja que les traía la comida le había dado una capa raída. Se la había tirado y Julia la agarró enseguida y se envolvió en sus fétidos y desgarrados pliegues. Aun con aquel leve consuelo, la joven enseguida se había quedado como aturdida por la sordidez de todo aquello y se retraía en largos períodos de silencio. Macro contemplaba su sufrimiento con una creciente carga de dolor. Era una mujer joven y hermosa, y estaba enamorada de Cato. No se merecía un destino como aquél.

El dolor de Macro se incrementó al pensar en su amigo. Aquella chica era lo que Cato más quería en el mundo. Su pérdida le rompería el corazón al muchacho. Además, Macro era lo bastante maduro para darse cuenta de que su propia muerte supondría un duro golpe para Cato. Estaban unidos como si fueran hermanos, aunque a veces Macro tenía la sensación de que eran más bien como padre e hijo, y temía que Cato cometiera alguna imprudencia cuando se enterara de que los habían hecho prisioneros. Eso suponiendo que Cato estuviera vivo, pensó con tristeza.

Áyax había elaborado su tormento a la perfección, reflexionó Macro. Les permitían seguir con vida pero despojados de toda dignidad y tratados como animales..., no, peor que animales. Con pocas probabilidades de escapar y sin una posibilidad aparente de que los liberaran como resultado de una negociación, les aguardaba un futuro desalentador, hasta el día en que Áyax se cansara de su tortura y los hiciera matar. Hasta entonces, Macro estaba siempre pendiente de cualquier oportunidad e intentaba ejercitar los músculos todo lo posible en aquel reducido espacio para que el cuerpo no se le agarrotara ni renqueara en caso de tener que actuar con rapidez.

Se volvió a mirar a Julia y esbozó una sonrisa forzada.

—Ya falta poco para mediodía.

—Lo suficiente —susurró ella, que volvió a apoyar la cabeza contra los barrotes y entrecerró los ojos para protegerse del resplandor del sol, cuyos rayos atravesaban como lanzas las ranuras superiores. La joven cerró los ojos y estuvo un rato en silencio, tras el cual preguntó—: ¿Cuántos días llevamos aquí encerrados?

Macro tuvo que concentrarse bien un momento. Aunque había llevado la cuenta dudaba del número que tenía en la cabeza, no sabía por qué. Volvió a contar sólo para comprobarlo.

—Me salen dieciséis. Sí, dieciséis, estoy seguro.

—Dieciséis días —suspiró Julia—. Parece que hayan sido dieciséis años... Ojalá estuviera

muerta.

—No digas eso —repuso Macro con dulzura—. Mientras estemos vivos, siempre hay esperanza.

Julia se rió con voz cascada.

—¿Vivos? ¿Llamas a esto estar vivos?

—Sí, así es. —Macro hizo todo lo que pudo para sentarse erguido y miró fijamente a la joven—.

Saldremos de aquí, Julia. No dejes de pensarlo. Te lo juro en nombre de todos los dioses. Conseguiremos salir de aquí.

Ella lo miró esperanzada y luego asintió con una sonrisa triste.

—Tienes razón, claro. Nos arrastrarán fuera de esta jaula para matarnos. O tal vez nos dejarán morir aquí y algún día alguien sacará nuestros cadáveres y nos arrojará a una zanja para que las ratas, los perros y los cuervos se den un festín.

—¡Basta! —exclamó Macro con brusquedad, y entonces se obligó a sonreír con afabilidad—. Me estás haciendo entrar hambre.

Julia clavó en él una mirada intensa y al cabo de un instante rompió a reír. Macro se unió a ella con carcajadas de alegría y de alivio desesperado por el hecho de que aún perdurara una chispa de la Julia de siempre. Unos cuantos de los rebeldes más próximos se volvieron hacia las mugrientas figuras de la jaula con curiosidad, y entonces uno de los guardaespaldas del gladiador se acercó y clavó el asta de su lanza en la espalda de Macro a través de los barrotes.

—¡Silencio!

—¡Que te jodan! —masculló Macro, y el hombre volvió a clavarle el asta, esta vez con mucha más fuerza, y Macro sintió un dolor que le envolvía las costillas. Tomó aire rápidamente y apretó los dientes mientras aguantaba el dolor. El guardia soltó un gruñido, escupió por entre los barrotes y luego regresó lentamente a la sombra de un olivo raquítico.

—¿Estás bien, Macro? —Julia lo miraba con preocupación.

—Sobreviviré —respondió con una mueca—. Pero en cuanto salga de aquí, ese cabrón no lo hará.

—Valerosas palabras.

—Lo digo en serio. Voy a coger esa lanza y se la meteré por el culo, tan adentro que le haré saltar la jodida dentadura... Lo siento, perdona mi galo, señorita.

Julia meneó la cabeza.

—No te preocupes. Creo que estos últimos días ya hemos dejado bastante atrás las sutilezas sociales.

—Supongo que ha sido un tanto más fácil para mí que para ti.

—Sí... —Julia se movió y soltó un leve gemido al intentar encontrar una posición más cómoda apoyando la espalda contra los barrotes.

Macro volvió la cabeza y estudió de nuevo la escena de la bahía. Los buques de carga eran embarcaciones grandes y voluminosas que quedarían a merced de cualesquiera naves de guerra romanas con las que pudieran toparse. Sin embargo, los rebeldes advertirían la llegada de los buques de guerra con mucha antelación. La península se extendía a lo largo de unos tres kilómetros antes de llegar a los angostos estrechos que conducían al mar. Los hombres de Áyax verían inmediatamente si

los buques de guerra romanos se aproximaban a la entrada de la bahía. Habría tiempo suficiente para incendiar o hundir todos los barcos de grano.

De pronto percibió un leve resoplido y al volver la cabeza vio que Julia intentaba ocultar las lágrimas de nuevo.

Macro abrió la boca para ofrecerle consuelo, pero se encontró con que no podía decir nada. Cayó en la cuenta de que no había consuelo que ofrecer. Ninguno en absoluto.

—¿Macro?

—¿Sí, señorita?

—A veces lamento que no me mataras cuando tuviste la ocasión.

Al oír sus palabras, Macro se sintió embargado de culpabilidad. En algunos momentos él también lamentaba haber dudado; querría haber matado a Julia con una estocada rápida y luego haber tenido tiempo de volver la hoja contra sí mismo. Sin embargo, se despreció por considerar siquiera semejante final cuando siempre había una posibilidad, por pequeña que fuera, de escapar o de vengarse. Se aclaró la garganta.

—Lo hubiera hecho, pero me derribaron antes de poder asestar el golpe. Quizá los dioses nos salvaron por algún motivo.

—¿En serio? ¿Y qué motivo podrían tener? ¿El de ver cuánto tiempo podemos soportarlo? — Julia soltó una risotada seca, luego tosió un momento y se quedó callada. Al final volvió a hablar en tono preocupado—. ¿Crees que Cato seguirá queriéndome si salimos de ésta?

—¡Por supuesto que sí! ¿Por qué ibas a dudarlo siquiera?

Ella se mordió el labio y bajó la mirada hacia su cuerpo.

—Mírame. Doy asco. Estoy sucia. Esta... mugre está tan incrustada que voy a apestar toda la vida.

—No es nada que no pueda solucionarse restregando —comentó Macro en tono despreocupado—. Ya lo verás. Cuando todo esto termine, podrás darte un baño, frotarte bien, tomar una comida caliente y entonces el mundo será un lugar completamente distinto. Y allí estará Cato. Y puedo asegurarte que tendrá mucho gusto en verte.

—Hay ciertas cosas, cierto tipo de suciedad que no desaparece por mucho que frotes, Macro — le dirigió una mirada rápida—. No soy tonta, ¿sabes?

—Nunca pensé que lo fueras.

—Pues no me sigas la corriente. Si..., o mejor dicho, cuando llegue el momento en que Áyax se cansé de tenernos aquí encerrados, va a torturarnos, ¿verdad?

El silencio de Macro fue lo bastante elocuente para Julia, que continuó diciendo:

—Una noche, poco después de que nos capturaran, oí a algunos de sus guardias. Estaban hablando de una mujer que había estado en esta jaula antes que nosotros. La esposa de Hirtio. Cuando Áyax se cansó de tenerla retenida, se la entregó a sus hombres. —Julia se estremeció—. Abusaron de ella durante toda la noche y de todas las maneras que pudieron imaginar. Antes de que terminaran, la mujer ya les estaba suplicando que la mataran, pero ellos no le hicieron caso y continuaron hasta que finalmente dejaron que se desangrara hasta morir. Yo no puedo afrontar eso, Macro. Aunque sobreviviera, nunca podría volver a estar con un hombre. Nadie podría tenerme. Ni

siquiera Cato. Me habrían deshonrado y él me miraría con asco y se daría la vuelta —se tragó las emociones y habló con voz tan baja que Macro a duras penas la oyó—. Podría sobrevivir a todo lo demás, pero a eso no. A perder a Cato no.

—Lo estás subestimando, señorita. Cato no es ningún hijo de papá. Él tiene un sentido del honor y de la compasión más profundo. Durante la primera época intenté hacerle cambiar a golpes, pero era un cabrón muy tozudo. Lo sigue siendo. Él te ama, y eso es lo único que le importará hasta que vuelva a encontrarte.

—¿De verdad lo crees así? —Julia lo miró con ojos esperanzados.

—Sé que es así. Y ahora ya está bien de llorar. —Macro movió la cabeza en dirección a los rebeldes más próximos, agrupados en torno a una fogata y mirando un cochinillo que daba vueltas lentamente sobre un montón de brasas—. Tenemos que parecer fuertes y audaces delante de esos desgraciados. Puedes hacerlo, señorita. Recuerda que eres una aristócrata romana. Tienes que mantener la tradición.

—Pero es que tengo miedo.

—Y yo también —admitió Macro—. Pero puedes optar por no permitir que lo utilicen contra ti. De momento es la única manera de poder desafiar a Áyax. De modo que alza la barbilla y adopta una expresión valerosa para esos cabrones de ahí.

—Lo intentaré.

Macro notó una sombra en el hombro y entonces oyó una voz que le hablaba cerca del oído.

—Unas palabras magníficas, centurión. Ya veremos lo valiente que puedes ser cuando llegue el momento de hacerte lo mismo que le hiciste a mi padre.

Áyax rodeó la jaula y se agachó en un extremo para que ambos pudieran verlo. Tenía un muslo de pollo en la mano, que se llevó a la boca para darle un bocado. Entonces arrugó la nariz y tiró la carne a un lado. Casi de inmediato, un par de gaviotas descendieron con un revoloteo y empezaron a pelearse por el pollo propinándose unos picotazos salvajes.

—Apestáis, vosotros dos. Tanto que se me han quitado las ganas de comer. —Se quedó mirando a sus prisioneros un momento y dijo con desdén—: Quién iba a creer que dos asquerosos ejemplos de humanidad como vosotros podrían pertenecer al gran Imperio Romano. Sois como cerdos que se revuelcan en su propia porquería. Me pregunto qué diría vuestro emperador si pudiera veros ahora. Y tú, mujer, ¿qué pensaría tu padre, el gobernador, si te viera como te estoy viendo yo? No lo culparía si te repudiara. Al fin y al cabo, no eres digna de una compañía decente. Y eso antes de que suelte a mis hombres sobre ti.

Macro vio que Julia retrocedía sólo con pensarlo, apretándose contra el rincón opuesto de la jaula. Áyax se rió de la reacción de la joven y Macro sintió que una oleada de furia recorría sus venas.

—¡Deja a la chica tranquila, cabrón! Si quieres divertirte, hazlo conmigo. Ella no es más que una niña. Pero, ¿y yo? Yo soy un centurión, un soldado de las legiones. Tu reto soy yo, Áyax. Prueba a vencerme si te atreves.

Áyax mantuvo una expresión burlona durante el arrebato de Macro y luego meneó la cabeza con sorna.

—Tal como me imaginaba. Lo más divertido será dejar que primero veas morir a la hija del gobernador, delante de tus ojos. Así tendrás algo en lo que pensar hasta que vengamos a por ti, centurión. Entonces, cuando te dejemos clavado en la cruz para que te pudras, tendrás mucho tiempo para recordar lo que le ocurrió. Y sabrás que todo es culpa tuya. Si no hubieras matado a mi padre y no me hubieras vendido como esclavo, ninguno de nosotros estaría aquí ahora.

—Si tu padre no hubiera sido un pirata asesino de entrada, yo no hubiera tenido que crucificarlo —repuso Macro con una sonrisa—. Hay que honrar la verdad, ¿eh, majo?

Por un momento Áyax se quedó helado y sus facciones se convirtieron en una máscara de odio resentido, pero entonces tomó aire y controló sus sentimientos mientras esbozaba lentamente una sonrisa.

—Creo que te clavaré en la cruz yo mismo, Macro. Sí, creo que me gustará mucho.

—¿Para eso nos retienes? Pensaba que era porque podríamos resultar unos rehenes útiles.

—Ah, sí, éste era el motivo antes. Pero luego el padre de la chica decidió que el terco desafío era más virtuoso que el afecto paternal. Y ahora tengo unos rehenes infinitamente mejores que vosotros dos. —Áyax se hizo a un lado y señaló los barcos capturados—. De pronto, tengo el poder de alimentar a Roma o de dejar que se muera de hambre. En cuanto el emperador sepa que tengo su flota de grano, tendrá que negociar condiciones conmigo.

Entonces le tocó a Macro mostrarse desdeñoso:

—¿Y qué te hace pensar que se molestará contigo? Son buques de guerra romanos los que están al otro lado de la bahía. No puedes escapar con esos buques de carga y no puedes defenderlos adecuadamente si permanecen en la bahía. La marina elegirá el momento adecuado, se acercará sin miramientos y te arrebatará esos barcos.

—¿En serio? ¿Acaso piensas que nací ayer? —se burló Áyax—. Esos buques de guerra no se atreverán a entrar en la bahía porque, en cuanto lo hagan, daré la orden de incendiar la flota de grano. Así pues, mis queridos amigos, podéis ver cuál es la situación por vosotros mismos. Tengo a vuestro emperador cogido por las pelotas. Lamentablemente, eso os convierte en poco más que un detalle, un entretenimiento, y no tardará en llegar el momento en que ya no os necesite.

Capítulo XXVIII

Cuando la columna concluyó la marcha del cuarto día, Cato dio órdenes para que se construyera el campamento en el terreno elevado desde el cual se dominaba Olous. Los auxiliares avanzaron un trecho ladera abajo para formar una cortina protectora, en tanto que los legionarios dejaban las horcas de marcha en el suelo y cogían los picos y palas para empezar a cavar en el terreno pedregoso. Hacía calor y el trabajo resultaba extenuante tras una dura jornada de marcha, pero formaba parte de la rutina de campaña y, aparte de los habituales refunfuños, los soldados llevaron a cabo su trabajo con eficiencia. Cuando el sol se puso por detrás de las montañas del oeste, el campamento ya se hallaba rodeado por un foso y, dentro de su perímetro, un terraplén y una empalizada que proporcionaban una defensa adecuada contra cualquier intento de lanzar un ataque por sorpresa. En cuanto estuvo terminado el campamento, hicieron regresar a los auxiliares y la columna se dispuso a pasar la noche. En el cielo no había luna y, aunque las estrellas brillaban intensamente, el paisaje se hallaba envuelto en la oscuridad. Cato tuvo presente la buena disposición del enemigo a la hora de tomar la iniciativa, por lo que dobló la guardia e hizo que una cohorte entera se apostara a lo largo de la empalizada para vigilar los accesos al campamento. Realizó una inspección de las defensas en compañía de Fulvio y después regresaron ambos a las tiendas del cuartel general situadas en el centro del campamento y que ocupaban un pequeño montículo desde el que se dominaban los terraplenes y, más allá, al enemigo. Las hogueras de los rebeldes centelleaban formando un enorme arco en torno a las oscuras aguas de la bahía y empequeñecían las ordenadas líneas del campamento romano. Tres lámparas irradiaban una luz trémula mar adentro, allí donde los buques de guerra estaban al paio, vigilando la entrada de la bahía. El resto de la flota se hallaba varada en una cala situada a unos cuantos kilómetros al norte y Cato había mandado llamar al navarca al mando de los barcos para que al día siguiente acudiera a rendirle informe.

—Esos cabrones no andan cortos de personal... —masculló Fulvio mientras contemplaba al enemigo.

Cato se encogió de hombros.

—La cantidad de efectivos no lo es todo. Nosotros contamos con mejores soldados y estamos mejor situados. Si atacan tendrán que hacerlo cuesta arriba, tendrán que salvar el foso y la empalizada. Nuestros hombres pueden ocuparse de cualesquiera de ellos que se acerque lo suficiente como para llegar a las manos.

—Espero que tenga razón, señor —dijo Fulvio entre dientes—. ¿Y entonces, ahora qué pasa? Parece una especie de empate. Podemos rechazar sus ataques pero puede que no dispongamos de hombres suficientes para tomar su campamento.

—La situación nos es ventajosa. Hemos acampado en el único camino que sale de Olous hacia el resto de la isla. La armada bloquea el acceso al mar, de manera que los tenemos atrapados. Nuestro principal problema será mantenernos abastecidos de comida y agua. Tenemos suficiente para cinco días más antes de que tenga que enviar un destacamento a Cortina con los carros en busca de más raciones. Por supuesto, los rebeldes no sufren este problema ahora que tienen la flota de grano en sus manos. Podrían vivir de eso durante meses. Con los arroyos que bajan de las montañas tampoco les

faltaría el agua. No obstante, la realidad es que ahora les toca a ellos estar bajo asedio.

Fulvio no parecía convencido y señaló las colinas que rodeaban la bahía.

—Si quisieran escapar, podrían escabullirse fácilmente cruzando esas montañas.

—Si quisieran escapar. Pero no quieren. Tienen consigo sus carretas y carros, cargados con el botín de sus saqueos, y además está la flota de grano. Ésa es su única oportunidad de hacer un trato con Roma. Y es por eso que Áyax no abandonará esos barcos. —Cato hizo una pausa y dirigió la mirada a un punto donde una línea de antorchas señalaba la empalizada que se había levantado para proteger las embarcaciones varadas—. El secreto consistirá en encontrar una manera de separar a los rebeldes de los barcos. Tenemos que actuar pronto. La flota de grano ya va con retraso. No pasará mucho tiempo antes de que las reservas de los almacenes imperiales se agoten y Roma pasará hambre. Si no podemos rescatar esos barcos a tiempo...

Cato se dio media vuelta y se dirigió a su tienda a grandes zancadas. Fulvio se rascó la mejilla y al cabo de un momento siguió a su superior. Dentro de la tienda, Cato se había desabrochado la capa y la había arrojado sobre su jergón. Allí había muy pocas de las comodidades de un oficial superior, puesto que no habían tenido tiempo de preparar nada en Cortina. La comodidad era lo último que Cato tenía en la cabeza cuando partió en persecución de los rebeldes y, por lo tanto, allí sólo había una pequeña mesa de campaña y unos cuantos arcones que contenían los registros de la paga de la columna, las listas de efectivos y tablillas enceradas de repuesto. Bostezó mientras se desabrochaba las hebillas del arnés y se desprendía de él, así como luego de la cota de malla que se sacó por encima de la cabeza. Dejó caer pesadamente ambas cosas junto al jergón. La marcha bajo el sol ardiente y el agotamiento le habían dado dolor de cabeza y rechazó el vino que Fulvio le ofreció de una jarra que uno de los criados del cuartel general había dejado allí.

Fulvio se encogió de hombros y llenó una copa casi hasta el borde, tras lo cual tomó asiento en uno de los arcones y soltó un suspiro.

—Bueno, pues..., ¿qué hacemos ahora?

—Esta noche no podemos hacer nada. Mañana reconoceremos el campamento enemigo para ver si existen algunos puntos débiles que podamos atacar.

—Entonces, ¿está pensando en un ataque? —Fulvio tanteó el terreno.

—No veo qué otra cosa puedo hacer. Durante el combate se perderán algunas de las embarcaciones de grano, sin duda, pero tenemos que rescatar lo que podamos y esperar que sea suficiente para que Roma siga tirando hasta que se pueda reunir otra flota y enviarla a Egipto a por más grano. Si tenemos que atacar, la cosa será sangrienta; y si algo sale mal, si los soldados rompen filas, nos harán pedazos.

—Los muchachos de la Vigésimo segunda Legión no le defraudarán, señor. Lucharán bien, y si el ataque fracasa mantendrán la formación cuando nos repleguemos.

—Espero que no te equivoques —repuso Cato con cansancio—. Bueno, por esta noche hemos terminado. Me voy a acostar.

Fulvio apuró la copa y se puso de pie.

—Daré una última vuelta por el campamento, señor. Así podré dormir tranquilo.

—Muy bien —asintió Cato.

Cuando el centurión hubo abandonado la tienda se quitó las botas, apagó la lámpara de aceite y se tumbó en el jergón. Aunque la noche era calurosa, soplaba una suave brisa, la suficiente como para refrescar a Cato la frente y hacer que valiera la pena no quitarse la túnica. El agotamiento le había embotado la cabeza y le supuso un gran esfuerzo pensar con claridad mientras yacía allí tumbado mirando la tienda de piel de cabra que tenía encima. En cuanto trataba de acomodarse en una posición para dormir, la cabeza se le llenaba de imágenes de Julia y Macro. Si aún estaban vivos, se encontraban a no más de dos o tres kilómetros de donde estaba él. Le había hecho falta hasta el último ápice de autocontrol para ocultar sus sentimientos frente a Fulvio y los demás hombres a sus órdenes. Por dentro tenía la sensación de que su corazón era un bulto de plomo que lastraba su cuerpo. Los peores momentos eran aquéllos en los que su imaginación enviaba imágenes del tormento de ambos a primera línea de su mente, haciéndolo rabiar de impotencia y desesperación hasta que lograba desterrar tales pensamientos y concentrarse en otra cosa.

Permaneció tumbado en el jergón dando vueltas con frecuencia y acabó tendido de costado hecho un ovillo antes de que su cuerpo cansado y su agotada mente sucumbieran por fin al sueño.

* * *

Cato se despertó con el estruendo de una corneta que tocaba el cambio de guardia. Parpadeó, abrió los ojos e hizo una mueca al notar lo entumecida que tenía la espalda. Los rayos oblicuos de sol penetraban por las portezuelas abiertas de la tienda y Cato se levantó rápidamente, furioso por el hecho de que no lo hubieran despertado. Se calzó y acordonó las botas y salió de la tienda a toda prisa. Ante él se extendía el campamento y los soldados se ocupaban de sus deberes matutinos con calma, limpiaban los platos de campaña y los guardaban en los sacos del equipo antes de preparar la armadura y las armas para la inspección de la mañana. El centurión Fulvio estaba sentado a una mesa delante de una de las otras tiendas, escribiendo notas en una tablilla encerada. Se puso de pie y saludó cuando Cato se acercó a él con paso resuelto y expresión gélida.

—¿Por qué no se me ha despertado al finalizar la guardia nocturna?

—No había ninguna necesidad, señor —Fulvio fingió sorpresa—. Los oficiales de guardia no tenían nada que informar y no ha habido señales de movimiento en el campamento rebelde. Me disponía a terminar con las órdenes para las patrullas de caballería antes de venir a despertarlo.

Cato bajó la voz para que sólo lo oyera Fulvio.

—Sabes perfectamente bien que hay que despertar al oficial superior al alba.

—No había recibido ninguna orden a tal efecto, señor.

—¡Al diablo las órdenes! Es lo que se acostumbra a hacer. Incluso cuando una unidad está en servicio de guarnición. En campaña ya no hay ni que cuestionarlo.

Fulvio no respondió, dando a entender de este modo su culpabilidad. Cato le dirigió una mirada fulminante y al cabo de un momento profirió un resoplido de desdén.

—Dime, ¿cuándo fue la última vez que serviste en campaña?

—Ya hace tiempo, señor —admitió Fulvio—. Fue con mi antigua legión, en el Danubio.

—¿Cuánto tiempo hace?

La mirada de Fulvio vaciló.

—Doce años, señor.

—Y desde entonces has servido en Egipto: servicio de acuartelamiento. No hay muchas cosas que te mantengan ocupado, aparte de escupir para bruñir el equipo y de hacer instrucción de vez en cuando en el campo de armas, ¿verdad?

—Eso mantiene alerta a los soldados, señor.

—No lo dudo. —Cato recordaba la interminable instrucción y las marchas de sus primeros meses en la Segunda Legión. No era la preparación de los soldados lo que estaba poniendo en duda—. Así pues, después de haber eludido entrar en combate durante los últimos doce años, te crees mejor cualificado que yo para dirigir a estos soldados, ¿no?

—Algo parecido —Fulvio se quedó inmóvil un momento y frunció los labios—. ¿Me da permiso para hablar con libertad, señor?

—No, centurión. Soy el comandante de esta columna, hecho que pone fin a cualquier discusión sobre el tema. Si vuelves a poner en duda mi autoridad o a minar los procedimientos establecidos, te destituiré y te mandaré de vuelta a Gortina. ¿Queda claro?

—Sí, señor —contestó Fulvio agriamente.

—Es la última vez que te lo advierto —gruñó Cato con los dientes apretados—. Y ahora, fuera de mi vista. Quiero que ahora mismo lleves a cabo una inspección de las primeras tres cohortes de legionarios y me informes cuando hayas terminado. Vete.

Cato vio un destello de preocupación en los ojos del veterano, que se puso firme, saludó y se alejó con paso resuelto para cumplir las órdenes. Cato meneó la cabeza, se dio media vuelta y regresó a su tienda, donde le gritó furioso a uno de los ordenanzas que le trajera un poco de pan, carne y vino con agua para desayunar. Se sentó y, mirando hacia el campamento enemigo, consideró una vez más el punto muerto en el que se encontraban. Áyax tenía la flota de grano y por consiguiente no tenía necesidad de atacar a los romanos, en tanto que Cato se arriesgaba a perder dicha flota si atacaba, además de tener la preocupación añadida de estar al mando de unos efectivos insuficientes para garantizar la victoria. No obstante, el tiempo jugaba a favor de los rebeldes y era imposible evitar la conclusión de que Cato tendría que atacar cualesquiera que fueran las probabilidades de éxito.

Cuando estaba mojando el último pedazo de pan en el cuenco de vino, percibió movimiento abajo, en el campamento enemigo. Una pequeña columna de jinetes había salido de la extensión de tiendas y nubes de humo de las hogueras del campamento. Cruzaron su línea de piquetes y siguieron avanzando a un paso constante cuesta arriba en dirección al campamento romano. Cato no tardó en perderlos de vista detrás del terraplén y dejó la mesa para ir a buscar la cota de malla, el casco y el cinturón de la espada al interior de la tienda, tras lo cual bajó al lado de las defensas que daba al campamento enemigo. Cuando llegó allí, el centurión de servicio ya había ordenado a sus hombres que se pusieran en estado de alerta. Una cohorte de legionarios se estaba desplegando por el terraplén del adarve para situarse frente a los jinetes que se aproximaban. Cato los miró mientras trepaba por la escalera hasta la plataforma construida por encima de las puertas de troncos. Fulvio ya

estaba allí y saludó con la cabeza a Cato cuando éste se reunió con él.

—Parece ser que los rebeldes quieren hablar —dijo Fulvio.

Cato vio que eran diez, iban vestidos con túnicas buenas, llevaban armadura de escamas y espadas romanas; el botín de la columna del centurión Marcelo. Uno de los hombres portaba un asta larga con un banderín de un vivo color azul en el extremo y la agitaba de un lado a otro mientras sus compañeros y él hacían avanzar sus monturas al paso.

—Está bien ver que cumplen con las debidas formalidades —masculló Fulvio—. Como si fueran un verdadero ejército, ¿eh, señor?

—Bueno, no hay duda de que, con nuestro equipo, al menos su aspecto es el adecuado.

—¿Nuestro equipo? —la expresión de Fulvio se ensombreció—. Ah, sí... ¿Quiere que ordene a algunos de nuestros muchachos que les lancen unos proyectiles de honda?

—No —contestó Cato con firmeza—. No quiero que los toquen. Los rebeldes tienen rehenes.

Fulvio se encogió de hombros.

—Suponiendo que aún estén vivos, señor.

—Están vivos.

Los jinetes se detuvieron a unos cincuenta pasos de la puerta y entonces uno de ellos hizo avanzar su caballo un poco más. Cato vio que el hombre tenía unas facciones morenas características del este y que llevaba una espada curva al cinto.

Fulvio hizo bocina con la mano y bramó:

—¡Alto ahí!

El jinete frenó su caballo obedientemente.

—¿Qué quieres?

—Mi general desea hablar con vuestro comandante. Aquí, al aire libre.

—¿Por qué? ¡Dinos lo que quiere y largaos!

El jinete meneó la cabeza.

—Es mi general quien tiene que decirlo.

—¡A la mierda tu general! —masculló Fulvio, que inspiró profundamente para dar su respuesta a voz en cuello.

—¡Espera! —dijo Cato. Se volvió a mirar a Fulvio—. Mantén a los hombres en las defensas, pero haz que lleven un escuadrón de caballería hasta la puerta, que estén montados y listos para salir a la carga. Si levanto la mano izquierda los mandas enseguida. Pero sólo si doy la señal. ¿Está claro?

—¿No pensará salir ahí afuera? —Fulvio enarcó una ceja—. ¡Joder, señor! Es una trampa. Cuando lo tengan ahí delante lo matarán y luego pondrán pies en polvorosa.

—¿Y por qué iban a hacer eso?

—Para minar la columna, señor. Eliminando al comandante, seguro que asestan un golpe a la moral y perturban el desarrollo de la campaña.

—Si es una trampa y me matan, te convertirás en el nuevo comandante —Cato lo miró fijamente—. ¿Me estás diciendo que no estás a la altura? Creí que era lo que querías. Tal vez sea tu oportunidad.

El centurión Fulvio tuvo la gentileza de dejar que una expresión avergonzada cruzara fugazmente

por su rostro, tras lo cual recobró la compostura y meneó la cabeza en señal de negación.

—No de esta forma, señor. Tenga cuidado ahí afuera, ¿entendido?

Cato se sonrió mientras se daba media vuelta y descendía de la torre. Al pie de la misma se volvió hacia la sección de legionarios que cubrían la puerta.

—Abridla, pero estad preparados para cerrarla rápidamente si os dan la orden.

Los soldados retiraron la tranca y tiraron de la puerta hacia adentro, y mientras tanto Fulvio llamó a uno de sus oficiales y le dio las órdenes para que uno de los escuadrones montados acudiera a la puerta lo antes posible. Cato hinchó los carrillos, soltó el aire y abandonó el campamento con paso resuelto, pasó entre los dos fosos, uno a cada lado, y siguió adelante hasta salir al terreno despejado. Frente a él, los jinetes lo observaban en silencio. Cuando llegó a un punto intermedio entre la puerta y los rebeldes que aguardaban, Cato se detuvo y se dirigió al hombre que había hablado por ellos.

—Soy el tribuno Cato, comandante de la columna romana y de la flota romana. ¿Dónde está vuestro general?

Hubo un repentino movimiento al fondo del grupo de jinetes y uno de ellos hizo avanzar a su caballo y galopó por la suave pendiente. Cato inspiró profundamente y tensó los músculos, preparado para entrar en acción. Dejó caer la mano hacia la empuñadura de la espada, donde permaneció un instante antes de que, con gran fuerza de voluntad, la hiciera descender pegada al muslo. Irguió la espalda, se mantuvo firme y le dirigió una mirada desafiante al jinete que se acercaba. El hombre detuvo su caballo en el último momento, a menos de tres metros de Cato, a quien roció con una lluvia de arenilla. El sol se hallaba a espaldas del rebelde y Cato tuvo que entrecerrar los ojos y levantar la mano para protegérselos de la luz. Permanecieron un momento sin decir nada hasta que el rebelde soltó una suave risa amenazadora.

—Los dioses han sido buenos conmigo, romano... Muy buenos.

—¿Áyax? —Cato notó que se le aceleraba el pulso.

—Por supuesto. Veo que te acuerdas de mí, ¿eh?

—Sí.

—¿Y recuerdas lo que le hiciste a mi padre antes de venderme como esclavo?

—Recuerdo que ejecutamos al jefe de una banda de piratas.

—¿Ejecutamos, dices?

Cato se quedó helado cuando se dio cuenta de su error. Macro ya corría peligro suficiente, si es que seguía con vida. Carraspeó.

—La flota de Rávena fue la encargada de acabar con la amenaza pirata.

—Es curioso, parece que en mi recuerdo las cosas fueron un poco más personales de lo que dices. Verás, yo recuerdo con mucha, mucha claridad, los nombres y rostros de los dos oficiales que estuvieron a cargo de la ejecución de mi padre, y que volvían a estar allí cuando se me llevaron para convertirme en esclavo junto a los supervivientes de la flota de mi padre. Tú eras uno de esos hombres. Al otro ya he tenido el enorme placer de encontrármelo una vez más.

Cato sintió que se le hacía un nudo en la garganta y se concentró en el hombre que tenía delante mientras se esforzaba por controlar su expresión.

—Entiendo que tus rehenes siguen vivos, ¿no?

—Así es. De momento.

—Baja del caballo —le ordenó Cato—. No me gusta hablar contigo con el sol dándome en los ojos.

—Está bien, romano. —Áyax balanceó una pierna por encima del lomo del animal y se dejó caer al suelo cerca de Cato, pero éste no se movió ni un ápice. Entonces, cuando el sol ya no lo deslumbraba, pudo ver claramente al otro hombre. Áyax llevaba una túnica y unas botas sencillas y un tahalí del que colgaba su espada. Era un hombre alto, de espaldas anchas y complexión fuerte y, aun siendo joven, sus rasgos estaban más arrugados y llenos de cicatrices que el rostro que Cato recordaba vagamente de hacía unos años. Sus ojos también tenían algo. Eran atentos y sagaces y Cato imaginó que el tiempo que Áyax había pasado en la arena habría hecho de él un hombre al que no se le escapaba nada y capaz de reaccionar al instante ante cualquier amenaza.

—¿Ahora estás más cómodo? —preguntó Áyax con sorna.

—Querías hablar conmigo —repuso Cato sin rodeos—. Pues habla.

—Iré al grano cuando me parezca. Antes, tengo curiosidad por saber lo que piensas de esta situación nuestra. No carece de interés dramático, ¿no estás de acuerdo?

—No me interesan tus juegos, esclavo. Di lo que tengas que decir y vete.

—¿Esclavo? —Áyax frunció brevemente el ceño—. Ya no. No cuando tu emperador acceda a mis peticiones.

—Pues exponías de una vez y no me aburras más. —Cato se cruzó de brazos lentamente y sin apretarlos, con la mano izquierda encima por si tenía que hacer la señal a sus hombres.

—Lo haré, pero primero dime qué se siente al ser responsable de todo esto —Áyax señaló a los dos ejércitos con un gesto de la mano—. De toda la sangre derramada durante esta rebelión. Seguro que te cuesta dormir con todo ello en la conciencia.

Cato no respondió de inmediato y luego habló con un énfasis deliberado:

—Todo esto es cosa tuya, Áyax. El castigo que Roma infligirá a tus seguidores será responsabilidad tuya, no mía. Si te rindes ahora y sueltas a tus rehenes te doy mi palabra de que intentaré que se muestre indulgente con tus seguidores.

—¿Mientras que yo corro la misma suerte que mi padre?

—Por supuesto. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Después de todo lo que has hecho...

—Eres demasiado generoso —Áyax se rió con sequedad—. Deberías llevarte un poco del mérito.

—¿En serio?

—Sí, ya lo creo. Verás, todos los días desde que tú y tu amigo me convertisteis en un esclavo, he jurado que me vengaría. Para serte sincero, lo cierto es que nunca esperé tener la oportunidad de hacerlo, pero eso me mantenía vivo y me agudizaba el ingenio cuando muchos otros podrían haber muerto en la arena. De modo que tengo que darte las gracias por eso... Tú... —apuntó al pecho de Cato con el dedo—. Fuiste tú quien hizo posible esta rebelión y tú serás la causa de la humillación de Roma. Y... —La inspiración hizo centellear los ojos de Áyax, que sonrió—. ¡Y sí! Tú serás la causa de tu mayor tormento. Pero me estoy adelantando... —hizo una pausa y luego sacó una tira de

tela roja del interior de su túnica—. He decidido hacerte una demostración, romano. Probar que hablo en serio y evitar que actúes con impetuosidad —se dio media vuelta y señaló los barcos varados en la playa—. ¿Ves esa embarcación del final, la que está apartada de las demás?

Cato miró y asintió con la cabeza.

—Bien. Pues observa.

Áyax extendió el brazo y agitó lentamente y de un lado a otro la tira de tela roja, que se onduló suavemente con la brisa suave. De la cubierta del barco de grano hubo una señal de respuesta y al cabo de unos momentos Cato vio un pequeño brillo y una fina columna de humo. La chispa se extendió con rapidez, al tiempo que unos cuantos hombres bajaban corriendo por la proa a la arena. Una lengua de llamas surgió por la escotilla de carga principal y en cuestión de momentos la embarcación empezó a arder y una nube de humo se hinchó por encima de las cubiertas. Áyax se volvió de nuevo a mirar a Cato.

—Ahí lo tienes. Todos y cada uno de los barcos restantes están preparados para arder en cuanto yo dé la señal. Será mejor que lo tengas presente en caso de que estés pensando en lanzar un ataque sorpresa para capturar la flota de grano. Bueno, pues ahora, con respecto a mis peticiones —Áyax alzó las manos y empezó a contar—. La primera es que comuniques a tu gobernador que tiene que dictar una proclama en nombre del emperador Claudio y del Senado en la que se declare que todos los esclavos de la isla de Creta van a ser liberados de inmediato. Antes de que protestes, sé que tiene autoridad para hacerlo. No me importa si Roma lo ratifica o no. Para entonces ya hará mucho tiempo que mis seguidores y yo nos habremos marchado. Si el gobernador no está aquí con la proclama en sus manos dentro de cinco días, empezaré a destruir todos los barcos. La segunda, que después de tener la proclama firmada, sellada y entregada por el gobernador en persona, permitiréis que mis seguidores y yo embarquemos y zarpeemos de esta bahía sin trabas. Cuando hayamos decidido un lugar seguro en el que desembarcar, os entregaremos los barcos.

—¿Qué va a impedirte quemar los barcos después de haber llegado adondequiera que tengáis intención de dirigiros?

—Nada —contestó Áyax con una sonrisa—. Tendrás que confiar en mí.

—¿Confiar en ti?

—No tienes alternativa. Y hay otra cosa —Áyax miró a Cato fijamente a los ojos y sus labios se separaron en una mueca gélida—. Supongo que te estarás preguntando cuál será el destino de los rehenes..., tus amigos, ¿no?

—¿Y por qué debería preguntármelo? —repuso Cato sin alterarse—. Ya están prácticamente muertos.

—Tu rostro te delata. Creo que para ti significan mucho más de lo que admitirás nunca. Si no es así, la última petición que voy a hacerte te resultará la más fácil de cumplir. La tercera es que mañana al amanecer haré venir a un hombre hasta aquí. Le darás la respuesta a la siguiente cuestión —Áyax hizo una pausa para saborear el momento—. Quiero que elijas a quién dejaré vivir. Si al centurión Macro o a Julia Sempronía. Tú decides, tribuno Cato. Cuando venga mi enviado le dirás quién va a vivir y quién va a morir. Si no me das una respuesta, entonces haré que los maten a ambos a plena vista de tu campamento y te doy mi palabra de que su agonía será larga y dolorosa.

Un frío terror invadió el cuerpo de Cato. No podía pensar, era incapaz de pronunciar respuesta alguna. De modo que se quedó allí parado mirando sin pestañear.

Áyax interpretó perfectamente su reacción y asintió satisfecho.

—Hasta mañana entonces, tribuno.

Volvió a montar en su caballo, regresó junto a sus seguidores y los condujo de nuevo cuesta abajo al galope. Cato permaneció inmóvil observándolos, siguiendo al pequeño grupo con la mirada mientras éste serpenteaba cruzando el campamento rebelde y rodeaba el extremo de la bahía hacia un altozano que había en la península que se extendía mar adentro. Fue entonces cuando se dio media vuelta y se encaminó lentamente a las puertas del campamento romano.

Capítulo XXIX

—Tenemos que atacar esta noche —decidió Cato después de haber referido las peticiones que había hecho Áyax.

Los demás oficiales presentes en la tienda se movieron con inquietud. Fuera, el sol de mediodía caía de lleno sobre el campamento romano. A lo largo de la mañana el viento había amainado y dentro de la tienda la atmósfera era sofocante. Cato había convocado a sus oficiales superiores en cuanto Decio Balbo, el navarca, había llegado al campamento tras su agotadora cabalgada desde la bahía en la que permanecía anclada su escuadra. Cato había decidido atacar el campamento rebelde y después de encararse con Áyax había regresado a su cuartel general.

El centurión Casca, prefecto de la cohorte de caballería, fue el primero en reaccionar:

—Señor, usted dijo que al menor indicio de un ataque, el enemigo prendería fuego a todos los barcos.

—Eso es lo que dijo Áyax, y yo le creo —asintió Cato.

—Entonces, ¿por qué vamos a atacar? La flota arderá y el pueblo de Roma pasará hambre. La prioridad, me parece a mí, es salvar las embarcaciones de grano y mandarlas de vuelta a Roma lo antes posible.

—¿Aunque ello implique acceder a sus exigencias?

Balbo se rascó el mentón y lo pensó un momento antes de contestar:

—Si usted ataca y él destruye la flota, tendremos entre manos un desastre político. Si accede a sus peticiones, Roma evitará la hambruna. Por supuesto, a usted lo condenarán por someterse a la voluntad de este rebelde y su ejército de esclavos. Supongo que el emperador y el Senado no mostrarán compasión. —Hizo una pausa y miró directamente a Cato—. Me parece que se trata de elegir entre las vidas de muchas personas en Roma y su vergüenza y exilio o ejecución, señor.

Cato esbozó una sonrisa.

—Tienes razón, y la decisión es mía. No obstante, creo que tendríais que considerar otra cosa. ¿Y si hacemos caso a Áyax y aun así destruye los barcos de grano?

—¿Es eso probable? —preguntó Fulvio—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Es muy sencillo —contestó Cato—. Odia a Roma con todo su ser. Y a mí casi tanto como a Roma.

—¿A usted? ¿Por qué, señor?

—Es una larga historia, pero la clave es que Áyax nos hace responsables a mí y al prefecto Macro de la crucifixión de su padre y de su propia esclavización. La cuestión es vengarse de nosotros tanto como conseguir su libertad.

—Disculpe, señor, pero..., ¿está seguro? —siguió diciendo Fulvio en tono cauto—. ¿No hay ningún riesgo de que esté exagerando su influencia sobre las acciones de este hombre?

—Lo he estado considerando con detenimiento. He repasado todos los detalles que puedo recordar del encuentro de esta mañana con él y de sus palabras, y estoy seguro de que su intención es causar todo el daño posible, tanto a mí como a Roma. Áyax vive para la venganza. Cuando habló conmigo, todas y cada una de sus palabras estaban pensadas para incrementar mi temor por mis

amigos. Quiere verme atormentado todo el tiempo posible antes de asestar el aplastante golpe final. Lo vi en sus ojos —Cato se estremeció al recordar el brillo demente en la mirada del gladiador—. Estoy seguro. Quemará esos barcos en cuanto tenga la seguridad de que tanto él como sus seguidores están fuera de nuestro alcance. Si estoy en lo cierto, entonces no tenemos nada que perder arriesgándonos a un ataque. Los barcos están condenados hagamos lo que hagamos. Por eso debemos intentar salvarlos lo antes posible. Tengo la esperanza de que, si lo intentamos esta misma noche, pillaremos por sorpresa a los rebeldes —Cato hizo un momento de pausa para que se impusiera su argumento.

Balbo no parecía estar muy convencido.

—Si el ataque no los coge desprevenidos e incendian los barcos, no vamos a persuadir al emperador de que los rebeldes pensaban hacerlo de todos modos. Claudio querrá las cabezas de los responsables de la destrucción de los barcos de grano, señor.

Fulvio se volvió hacia el navarca.

—Pues tendremos que procurar que el dichoso ataque sea un éxito —le dijo—, ¿no te parece? La armada y tú haced lo que os corresponda, que nosotros ya haremos lo nuestro.

Cato se sintió un poco reconfortado por la actitud de su subordinado y luego respondió:

—Mira, Balbo, si eso te tranquiliza, asumiré toda la responsabilidad por haber ordenado el ataque. Se lo entregaré por escrito a cualquier oficial aquí presente que me lo pida.

El navarca asintió con la cabeza y repuso sin rodeos:

—Gracias, señor. Se lo agradecería. Por si, por desgracia, el ataque sale mal y queman los barcos.

Cato suspiró con aire abatido.

—Bueno, no tiene sentido que el precio del fracaso lo paguemos más de los imprescindibles, ¿no?

—No, señor —coincidió Balbo con soltura. Entonces ladeó un poco la cabeza con gesto inquisitivo—. Aunque hay otra cosa.

—¿Ah, sí?

—¿Qué necesidad hay de atacar esta misma noche? A mí me parece un tanto apresurado.

Cato permaneció inmóvil y miró fijamente al navarca. Aquél era el punto de la reunión que había temido. La pregunta era justa, y aunque la respuesta que él había preparado estaba bien razonada desde un punto de vista táctico, sabía que sus sentimientos personales habían desempeñado el papel más importante a la hora de tomar su decisión. Si aquellos soldados iban a arriesgar sus vidas en un ataque, era de justicia que Cato se confiara a ellos y les contara toda la verdad. Se aclaró la garganta para dirigirse a ellos sin que las emociones turbaran su voz.

—La mayoría de vosotros ya sabéis que hace un tiempo los rebeldes hicieron prisioneros a la hija del gobernador y al prefecto Macro. Áyax me hizo saber que todavía están vivos y que los retiene en su campamento.

—Entonces, no hay duda de que los matarán en cuanto ataquemos —afirmó Balbo—. Razón de más para retrasar la acción. Al menos hasta que pueda intentar negociar su libertad.

Cato meneó la cabeza en señal de negación.

—No podemos esperar. Áyax ha prometido que matará a uno de ellos mañana al amanecer. Dijo que debía elegir a cuál de los dos. Si me niego, entonces los matará a ambos. Ésta es la razón de que el ataque tenga que realizarse esta noche.

—¡Mierda! —masculló Fulvio, que miró a Cato horrorizado en cuanto tomó plena conciencia de lo que implicaba la amenaza—. Lo siento, señor.

Cato se frotó la barbilla.

—Áyax está jugando con nosotros. Todo ello forma parte de su plan para atormentarme tanto como pueda. De hecho, para nosotros es una oportunidad. Si Áyax cree que la preocupación y la incertidumbre por mis amigos me paraliza, entonces no se esperará que ataque con contundencia. Además, supondrá que no osaré atacar por miedo a poner sus vidas en peligro. Por eso debemos actuar esta noche, mientras todavía exista una posibilidad de lograr cierto factor de sorpresa.

—¿Y si resulta que todo es una estratagema para provocar un ataque por nuestra parte? —preguntó Balbo—. ¿Para hacer que actuemos esta noche?

—¿Por qué iba a hacer eso? Si ataco y queman los barcos, los rebeldes no tendrán nada con lo que negociar.

—Suponiendo que haya dado órdenes para prender fuego a los barcos.

—Entonces, ¿por qué iba a decirme que ha dado tales órdenes si lo que quiere es provocarme para que ataque? —Cato soltó un suspiro cansado—. Mira, Balbo, o una cosa u otra.

Cato estaba harto de discutir. Ya sabía que habría cierta disconformidad con sus órdenes. Estaba claro que Balbo era uno de esos oficiales para quien la cautela era una religión y la indecisión se dignificaba afirmando considerar todas las contingencias posibles en tanto que no se obraba en consecuencia de ninguna de ellas. Se trataba de un caso típico de parálisis mediante evasivas. Entendía por qué Macro se sentía tan frustrado en ocasiones como aquella y optaba por la solución más directa a un problema. Cato decidió para sí que ya había tomado una decisión. Paseó la mirada por sus oficiales.

—El ataque se efectuará esta noche, caballeros. Y ahora, debemos centrarnos en el plan.

Cogió un rollo de pergamino en el que aquella misma mañana había esbozado un plano de la bahía. Lo desplegó en la mesa y pidió a sus oficiales que se situaran en torno a los otros tres lados de la misma para darles instrucciones.

—El campamento rebelde se extiende bordeando la bahía y la parte con base en la costa se halla protegida por la empalizada, en cuyo extremo hay un pequeño reducto para defender dicho flanco porque es el más vulnerable. Áyax está acampado al otro lado de la bahía, en esta península de aquí. Creo que éste es el lugar en el que más probablemente tendrá retenidos a los rehenes. El grueso de su ejército lo protege de cualquier ataque lanzado desde tierra y, por mar, los acantilados y rocas del otro lado. Hay una pequeña bahía con playa de arena hacia el extremo de la península, pero se halla bien protegida y es demasiado pequeña como para intentar desembarcar un ejército. —Cato hizo una pausa mientras los oficiales examinaban el mapa—. Nuestro objetivo es sencillo. Debemos encontrar la manera de evitar que los rebeldes prendan fuego a los barcos antes de que los capturemos.

—Es prácticamente imposible, señor —dijo Fulvio—. Tenemos tres opciones. O atacamos por tierra, o por mar, o por ambos sitios a la vez. El problema es que los rebeldes nos verán venir.

Cualquier ataque que emprendamos por tierra va a tener primero que abrirse paso a la fuerza por la empalizada. Si nos aproximamos por mar, los centinelas rebeldes verán los barcos antes de que éstos entren en la bahía, aunque esta noche no haya luna. En cualquier caso, se pondrán en guardia y tendrán mucho tiempo para quemar los barcos.

Cato asintió con la cabeza.

—Tienes razón. Un ataque convencional, bien sea por tierra o por mar, está condenado al fracaso. Lo cual nos deja con una única alternativa.

Se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos con el dedo en el mapa, señalando el extremo de la bahía, cerca del punto en el que ésta más se aproximaba a mar abierto.

Balbo frunció el ceño.

—¿Ahí? ¿Y qué ganamos con eso? Debe de haber como mínimo un kilómetro y medio desde el extremo de la empalizada.

El centurión Fulvio frunció los labios.

—¿Qué es lo que tiene pensado exactamente, señor?

—Si no podemos iniciar nuestro ataque por tierra ni por mar abierto, tendremos que lanzarlo desde la bahía propiamente dicha. Es la única dirección por la que los rebeldes no se esperarán tener problemas.

Cato ya había estado meditando su idea. Era muy arriesgada y dependía de una buena sincronización. Si las cosas les salían mal a los soldados que encabezaran este ataque, pocos de ellos escaparían con vida. Lo peor de todo era que Cato sabía que tendría que ir en cabeza y enfrentarse a una de las pocas cosas que le daban miedo en la vida: nadar. Permaneció erguido, miró a Fulvio y respondió:

—Conduciré a dos grupos de soldados hasta la bahía. Nos llevaremos armas ligeras y nos dirigiremos a nado hacia el centro del campamento rebelde, hasta que estemos enfrente de los barcos varados. Entonces nos dividiremos en dos grupos, uno se dirigirá hacia los barcos de la playa y el otro, a mis órdenes, a los que se hallan agrupados en el extremo de la bahía. Más o menos, tendremos que recorrer la misma distancia, por lo que deberíamos poder atacar al mismo tiempo. Capturaremos los barcos, nos desharemos de los materiales incendiarios y luego daré la señal para iniciar el ataque principal. El destacamento de legionarios tomará el reducto y arrollará el flanco. Las unidades auxiliares defenderán el campamento e interceptarán cualquier intento de huida. Mientras tanto —Cato se volvió a mirar a Balbo—, tu escuadra rodeará el cabo situado fuera de la bahía y entrará en ella con toda la rapidez posible para dirigirse hacia el otro extremo, donde tus infantes de marina desembarcarán para prestar apoyo a los legionarios.

—Esto es una locura, señor —protestó Balbo—. Lo que propone es que sus soldados naden unos tres kilómetros con las armas auestas y que luego aborden esos barcos y arrollen a la tripulación. ¿Y si los rebeldes tienen a una buena cantidad de efectivos a bordo de cada barco? Si Áyax depende de la flota de grano para hacer un trato con Roma, seguro que tiene las embarcaciones bien defendidas.

—Esta mañana he estado observando los barcos —explicó Cato—. Sólo vi a unos cuantos hombres en cada uno. Si Áyax los ha proveído de materiales incendiarios sólo necesitará tener a un

pequeño grupo a bordo de cada nave para encender el fuego y esperar a que prenda antes de abandonarla. Si logramos llevar a diez buenos soldados a bordo de cada uno de los barcos anclados y el doble en cada uno de los que están en la playa, podremos capturarlos. Hay veinte embarcaciones ancladas y doce en la playa. Así pues, debería bastar con una cohorte para lo que tengo pensado. Tendrán que ser buenos nadadores y utilizaremos odres inflados como flotadores para compensar el peso de las armas. Si nos tomamos el tiempo necesario y nos acercamos con cautela, deberíamos poder acercarnos a los barcos sin que nos vieran, puesto que esta noche no hay luna. Habrá dos soldados con cornetas en cada grupo. Cuando se hayan capturado los barcos anclados darán la señal para que empiece el ataque principal —Cato volvió la mirada—. Centurión Fulvio, tú estarás al mando del grupo de ataque terrestre. Tendrás que aplastar ese reducto y llegar a la playa antes de que los rebeldes puedan sacar del campamento principal a los hombres necesarios para intentar capturar de nuevo los barcos de grano y destruirlos.

Fulvio asintió y Cato miró a los demás oficiales.

—¿Alguna otra pregunta?

No hubo ninguna, y Cato respiró profundamente.

—Pues bien, caballeros, os haré llegar las órdenes esta tarde. Procurad que vuestros soldados estén preparados y que cenén pronto. Va a ser una noche larga. Centurión Fulvio, espera un momento. El resto podéis marcharos. Balbo, quédate tú también. Esto es todo, podéis retiraros.

En cuanto los oficiales hubieron desfilado de la tienda, Cato se volvió a mirar a Balbo.

—Esta noche tendrás un papel muy importante, Balbo. Si la marina mete la pata, bien podría ser que perdamos la batalla. Si eso ocurre, puedes estar seguro de que el emperador se mostrará tan poco clemente contigo como conmigo cuando se entere. ¿Entendido?

—Sí, señor. Cumpliré con mi deber.

—Bien. —Cato cogió una tablilla encerada y se la entregó al navarca—. Éstas son tus órdenes. Incluyendo la señal que se te dará para que realices tu ataque. Tú procura que tus barcos estén en posición a su debido tiempo. Y ahora, te espera una larga cabalgada de vuelta a tus naves, por lo que te sugiero que te pongas en marcha. Es decir, en cuanto mi administrativo prepare un documento dejando constancia de que te opones a mi plan y confirmando que fui yo quien te ordenó participar en el ataque. Puedes esperar fuera.

Balbo frunció el ceño y se quedó pensando un momento en el que su semblante fue un testimonio elocuente del conflicto que tenía lugar en su mente. Al cabo dio un suspiro y negó con la cabeza.

—No será necesario, señor. Tal como usted mismo ha señalado, me espera una larga cabalgada y será mejor que regrese con mis barcos sin pérdida de tiempo.

—En tal caso, deberías marcharte. Buena suerte.

El navarca sonrió.

—Esta noche es usted quien va a necesitarla, señor. Que los dioses lo protejan.

Saludó con una inclinación de la cabeza, se dio media vuelta con rigidez y abandonó la tienda con paso resuelto.

—¡Marineros! —comentó el centurión Fulvio con un gesto de la cabeza—. ¿Quién los necesita?

—No dirás lo mismo esta noche cuando venga en tu ayuda.

Fulvio pareció ofendido.

—Me propongo atravesar el campamento enemigo y agarrar a Áyax por las pelotas antes de que el primer infante de marina ponga un pie en tierra.

—¡Ojalá fuera tan fácil! —Cato se rió un momento—. Todavía queda por organizar un último elemento del plan. En cuanto haya capturado los barcos anclados, voy a necesitar a tres de tus mejores hombres. Pero ten en cuenta que tienen que ser voluntarios. No voy a ordenar a ningún soldado que venga conmigo.

Fulvio se lo quedó mirando.

—Va a ir a por los rehenes, ¿no es así, señor?

—Sí. No tengo alternativa. No voy a dejar a mis amigos a merced de ese gladiador.

—Lo comprendo, pero ha de saber que tiene muy pocas probabilidades de rescatarlos.

—Es una apuesta arriesgada, sí —coincidió Cato—. Sin embargo, ya me he arriesgado otras veces y siempre he visto el amanecer de un nuevo día.

—A nadie le dura la suerte eternamente, señor.

—¿En serio? Tendré que poner a prueba dicha afirmación, centurión. O morir en el intento. Vamos, tenemos mucho trabajo que hacer antes de que anochezca.

* * *

—¡Buenas noticias, centurión! —dijo Áyax con una sonrisa al tiempo que se acuclillaba junto al extremo de la jaula más próximo a Macro. Ya era bien entrada la tarde y por fin el sol había dejado de calentar. Habían pasado varias Horus desde que Macro y Julia habían recibido su ración de comida y agua de mediodía y ambos tenían los labios resecos. El gladiador había traído un frasco con agua consigo y tomó un largo trago antes de bajar el recipiente y chasquear los labios con exagerada satisfacción—. ¡Ah, qué falta me hacía! Ha sido un día muy largo y caluroso, pero creo que estamos preparados por si vuestros amigos intentan lanzar un ataque contra nuestro campamento.

Has dicho que traías noticias —dijo Macro—. Dínoslas y vete.

—De acuerdo. ¡Nunca adivinarías con quién me topé cuando fui a discutir mis peticiones al campamento romano!

Macro volvió la cabeza para poder ver a Áyax. Sabía que debía de tratarse de Cato, pero no iba a darle al gladiador la satisfacción de reaccionar a su pregunta.

—¿Y a mí qué me importa?

—¡Vaya! —Áyax fingió estar decepcionado—. No es necesario ser tan gruñón, Macro. Al fin y al cabo, te traigo noticias de tu amigo, el centurión Cato. O mejor dicho, del tribuno Cato, que es lo que es ahora. Por lo visto es un hombre muy prometedor.

—¿Cato? —Julia levantó la cabeza.

—Así es —dijo Áyax—. Le he planteado un problema un tanto difícil que tiene que resolver antes de mañana por la mañana.

Julia frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Es muy sencillo —Áyax los miró a ambos antes de continuar—. He decidido matar a uno de vosotros al amanecer y le he pedido a vuestro amigo Cato que elija quién de los dos será.

Macro arremetió de una patada contra la barra frente al rostro del gladiador. La jaula traqueteó con el impacto, pero Áyax no se encogió ni por un instante.

—¡Eres un cabrón! —gritó Macro con voz ronca.

—Vamos, centurión, ya sabías que al final os haría matar. De esta forma existe una posibilidad de que puedas vivir un poco más de tiempo. Eso si Cato te elige a ti. Si no, entonces sabrás a quién le tiene verdadero afecto antes de que acabes suplicándome que acabe con tu vida. En cualquier caso, logro incrementar su sufrimiento. Me figuro que ni el bueno del tribuno, ni tú ni la dama aquí presente vais a dormir mucho esta noche, ¿eh?

Macro cerró los ojos para intentar dominar la furia ciega que ardía en todos y cada uno de los músculos de su cuerpo. Apretó los puños con fuerza. El impulso de empezar a gritarle a voz en cuello a Áyax era casi irresistible; sin embargo, sabía que con ello sólo conseguiría provocar la risa y un renovado tormento, de modo que mantuvo los labios apretados e intentó dejar la mente en blanco.

—Será una pena perder a uno de vosotros. Particularmente a ti, Julia Sempronia. Eras toda una belleza antes de que te metiera aquí dentro —le lanzó una mirada lasciva y Julia se arrebujo en los harapos que la cubrían—. Una belleza como la tuya no debe desperdiciarse. Creo que te daré una última ocasión de disfrutar de la comodidad de lavarte, de ponerte ropa limpia y de disfrutar de la compañía de un hombre antes de que averigüemos qué te tiene reservado Cato para mañana por la mañana.

Julia lo miró fijamente, aterrorizada, y preguntó con voz trémula:

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Sólo quiero utilizarte de la misma manera en que las esclavas son utilizadas por sus amos romanos —Áyax le guiñó un ojo—. Puede que hasta aprendas algo. Ya veremos —hizo una pausa, olisqueó el aire e hizo una mueca de asco—. No obstante, harán falta varias Horus para dejarte presentable. Tendré que dar la orden de que te laven enseguida para tener tiempo de disfrutar de tí esta noche sin tener que taparme la nariz.

Áyax se puso de pie, chasqueó la lengua y señaló a Macro.

—Tú tal vez quieras intentar dormirte lo antes posible, Macro. No querrás que la dama aquí presente y yo te impidamos conciliar el sueño con el ruido de nuestra juerga nocturna.

En aquella ocasión Macro no pudo contener su furia. Soltó un gruñido animal, abrió los ojos y miró fijamente a Áyax mientras le espetó entre dientes:

—Juro por todos los dioses que si salgo de aquí te arrancaré la lengua y los ojos y te destriparé muy despacio con mis propias manos.

—¡Qué bonito! —se rió Áyax. Rodeó la jaula y se agachó enfrente de Macro, tras lo cual hizo sonar los barrotes—. Tú no cuentes con ello, ¿de acuerdo?

Se levantó y se alejó con paso suave en dirección a su tienda. Macro centró su atención en Julia. Ella tenía los ojos desmesuradamente abiertos de terror.

—¡Macro! No dejes que se me lleve. Por favor, no dejes que se me lleve.

—Yo... no puedo ayudarte —repuso Macro meneando la cabeza.

—¡Macro, por favor! —a la joven le temblaron los labios y se puso a llorar—. ¡Por favor, no se lo permitas! ¡Por favor!

Macro intentó no escuchar el sonido porque se estaba volviendo medio loco al saber que no había nada, nada en absoluto, que pudiera hacer para protegerla. Los ruegos de Julia cesaron de repente cuando su guardián se acercó a ellos. El guardia abrió primero la cerradura y luego el extremo de la jaula. Desenvainó la espada y apuntó con ella a Macro.

—¡Tú quédate ahí detrás!

Con la mano libre, agarró a Julia del brazo y la arrastró fuera de la jaula, tras lo cual cerró la puerta de un puntapié y envainó la espada. Mientras el hombre volvía a cerrar con llave, Macro se acercó rápidamente a los barrotes más próximos a Julia y le gritó:

—¡Julia! ¡Mírame! ¡Mírame!

Ella se encogió como si la hubiera golpeado y se volvió a mirarlo con temor mientras el guardia la agarraba por debajo de los brazos.

—Julia —continuó diciendo Macro con fría intensidad—. ¡Si se te presenta la oportunidad, mátalos!

—Sí —asintió la joven—. Sí.

El guardia tiró de ella para que se levantara y se la llevó medio a rastras hacia la tienda de Áyax.

Macro se reclinó contra las barras y rezó a los dioses para que, de un modo u otro, lo librasen de aquel tormento.

Capítulo XXX

Cato y sus soldados no llegaron a la pequeña cala situada en la cabeza de la bahía hasta la hora segunda de la noche. No había luna y, aunque un pastor local los guiaba, resultaba difícil seguir el estrecho sendero que serpenteaba por la ladera de las montañas y descendía por un abrupto acantilado hasta la orilla. Al igual que los demás, Cato llevaba un morral con una daga y una espada liadas juntas y bien atadas a un odre vacío. Aunque todos los soldados que servían en las legiones estaban adiestrados para nadar cada uno a su manera, la mayoría de ellos nunca llegaban a ser muy competentes. Los oficiales de Cato habían seleccionado a poco más de quinientos hombres capaces de recorrer la longitud de la bahía a nado, unos tres kilómetros. Los tres soldados elegidos por Fulvio marchaban directamente detrás de Cato, quien seguía al pastor. Se habían presentado voluntarios de buen grado cuando se les había preguntado, y Cato estaba convencido de que iban a servirlo bien. Uno de los hombres que había elegido Fulvio era un optio de las tropas auxiliares de Cortina que conocía la zona y había solicitado incorporarse a la columna cuando ésta emprendiera la marcha desde la ciudad.

Cuando llevaron a aquel soldado ante su presencia, Cato había levantado la vista de la mesa con las cejas enarcadas.

—Ático...

—Sí, señor —asintió éste.

—Tengo que decir que esto me resulta un tanto sorprendente. No habría esperado verte el primero en la cola para salvar a Macro.

—Nada me daría más satisfacción que ver la cara que pone cuando lo rescate, señor.

Cato se quedó mirando a aquel hombre un momento y luego respondió:

—Es una forma de venganza poco habitual.

—Usted lo conoce perfectamente, señor. Se pondrá como una fiera.

Cato se echó a reír.

—Lo tienes calado, Ático. Pues muy bien, te veré más tarde. Puedes retirarte.

Los otros dos hombres seleccionados para unirse a Cato eran legionarios. Vulso y Musa, soldados robustos con una buena hoja de servicios que también buscaban un ascenso. A Musa le habían entregado una corneta que llevaba en el mismo atado que el cinturón de la espada.

La larga y desordenada procesión de legionarios empezó a descender con cuidado por el precipicio y salió a la arena gruesa de la playa. Cato pagó al pastor, quien, en cuanto tuvo en su poder la bolsa con sus cincuenta denarios de plata (una pequeña fortuna para una noche de trabajo), se escabulló rápidamente playa abajo y desapareció por otro sendero de ascenso. En cuanto los soldados llegaron a la playa, uno de los oficiales de Cato contó y separó cada sección y las mandó a prepararse para el ataque. La fuerza nadaría en dos columnas, una de ellas más próxima a la costa que se dirigiría a los barcos varados. Cato no quería por nada del mundo que la unidad se separara y los jefes de cada sección tenían la tarea de contar regularmente a sus hombres. Los soldados que se dirigían a las embarcaciones puestas en seco entrarían en el agua a intervalos cortos para procurar que hubiera un pequeño espacio entre cada sección. La primera sección se dirigiría al barco más

alejado y, si se tenían en cuenta los intervalos, la esperanza de Cato era que los grupos iniciaran el abordaje de los barcos de grano aproximadamente en el mismo momento. Con suerte, los podrían capturar todos antes de que los rebeldes de la costa se hubieran percatado del peligro y pudieran reaccionar.

Cato dirigiría a la otra columna directamente hacia el grupo de barcos de grano anclados en medio de la bahía. No había necesidad de que su destacamento avanzara de forma escalonada. Ellos tendrían que mantenerse unidos para evitar abordar las naves de manera poco sistemática.

En cuanto el último de los soldados hubo bajado por el precipicio y todos se hubieron despojado de las botas y la túnica, Cato dio orden en silencio de entrar en el agua. Cada uno de los soldados hinchó el odre, y entonces, sosteniéndolo entre los brazos junto con el atado que contenía sus armas, se adentró vadeando en el mar con el resto de su sección cuando se dio la orden. Vestido sólo con un taparrabos, Cato se estremeció al notar el aire fresco de la noche. Había decidido ir nadando cerca del frente de la columna y dejó que se adelantaran dos secciones antes de avanzar con los tres soldados que lo acompañaban. No había mencionado a los demás oficiales que no se le daba muy bien la natación. Se sentía avergonzado por ello y, aunque había mejorado un poco desde que recibió el entrenamiento básico, todavía le faltaba mucho para alcanzar el nivel de los veteranos capaces como Macro.

Había un débil oleaje y las olas murmuraban en la arena. Cato afirmó su determinación y bajó hacia la espuma. El agua estaba fría y soltó un grito ahogado al empezar a vadear mar adentro. Una ola rompió contra su pecho y Cato aprovechó la ocasión para lanzarse hacia delante, sumergiéndose momentáneamente, tras lo cual sacudió la cabeza y movió los pies para impulsarse por la bahía sujeto al odre, que cabeceaba en la superficie ante él.

—Ático —llamó alzando la voz tanto como se atrevió—. Conmigo.

—Sí, señor —respondió Ático con un resoplido a una corta distancia del hombro de Cato—. ¡Vosotros dos, daos prisa!

Cato agitó las piernas, al principio con rapidez; luego, cuando se acostumbró a la temperatura del agua, se dio cuenta de que debía aflojar el ritmo si no quería llegar a los barcos demasiado agotado para poder luchar. Resultaba difícil avanzar y al cabo de un rato volvió la cabeza y se sorprendió al ver que el acantilado aún parecía estar muy cerca. Cuando el oleaje lo elevó, por delante de él vio las fogatas del campamento rebelde que brillaban a más de tres kilómetros de distancia. En las montañas de la derecha se distinguía un resplandor que señalaba la ubicación del campamento romano. Para entonces sólo la infantería auxiliar y la mitad de la caballería estarían aún allí. El resto de la columna iba con Fulvio, que avanzaba por detrás de las colinas para luego tomar un atajo hasta la playa y formar allí, aproximadamente a un kilómetro y medio del extremo de la empalizada rebelde y de los barcos de grano que ésta rodeaba. En el mar, Balbo y sus barcos estarían rodeando el cabo poco a poco y con cautela, y después se quedarían al paio y esperarían a que se encendiera la serie de tres almenaras en una de las colinas que se alzaban sobre la bahía. Cato respiró hondo y agitó de nuevo las piernas, vagamente consciente de los cientos de soldados que había en el agua a su alrededor, combatiendo el oleaje para dirigirse a los barcos de grano y a la lucha desesperada que los aguardaba.

Julia permanecía sentada en aturdido silencio en tanto que la vieja bruja le secaba el pelo con un trozo de paño de lana, frotando vigorosamente la espesa cabellera oscura que caía por debajo de sus hombros desnudos. Ya hacía rato que había dejado de resistirse a la mujer arrugada y al guardia robusto que parecía ser su compañero inseparable. Cuando la sacaron de la jaula había peleado, pero el guardia la abofeteó y luego le propinó un puñetazo en los riñones y le dijo que dejara de forcejear o volvería a golpearla. No había ninguna posibilidad de escapar y, antes que sufrir más dolor, Julia había cedido ante aquel par y había permitido que la despojaran de sus harapos. Estaba sentada en un taburete junto a un abrevadero de caballos mientras la mujer le echaba varios cubos de agua por encima y luego se ponía a trabajar con un cepillo. La mugre se le había incrustado tanto en la carne que hicieron falta repetidos y dolorosos esfuerzos para sacarla.

Los gritos y refunfuños de Julia no tuvieron ningún efecto y la joven siguió sentada con los dientes apretados. Resultaba extraño que la suciedad endurecida que cubría su cuerpo le hubiera dado la sensación de ocultar su desnudez; ahora, mientras la limpiaban, empezó a sentirse cohibida bajo la mirada constante del guardia que se hallaba de pie allí cerca. En cuanto la mujer hubo terminado de lavarle el cuerpo y la piel quedó blanca y sonrosada en las zonas donde se había frotado con más fuerza, se concentró en su cabello largo y oscuro, le empujó la cabeza por encima del abrevadero y le echó agua en la parte posterior para luego meter enérgicamente los dedos entre el pelo y tirar sin piedad de los enredos hasta que se deshicieron.

Mientras la mujer le secaba el pelo, Julia se obligó a considerar lo que Macro le había dicho cuando la sacaron de la jaula. Cabía la posibilidad de que en la tienda de Áyax encontrara algo que pudiera utilizar como arma. Algo que pudiera coger sin que la vieran. Si encontraba el modo de hacerlo, intentaría matarlo, y la idea hizo que la invadiera un breve estremecimiento de triunfo. Notó que el corazón le palpitaba contra el pecho, nervioso ante tal perspectiva. Entonces la mujer arrojó el paño a un lado y metió un peine en el pelo de Julia. Ella sintió un dolor agudo que le hizo soltar un grito cuando la mujer tiró de los enredos que aún quedaban. Se dio la vuelta de manera instintiva y le pegó un bofetón a la vieja.

—¡Ten cuidado, esclava!

Julia lamentó el arrebató en cuanto hubo pronunciado aquellas palabras. A la vieja le brillaron los ojos de rabia, tensó las manos como si fueran garras y enseñó los dientes.

—¡Jodida puta! ¡Llamarme esclava! —la emprendió a golpes con ella y la hizo caer del taburete. Se arrojó de inmediato sobre la romana desnuda y empezó a golpearle la cara, mientras Julia alzaba los brazos para protegerse. Le llovían puñetazos en los hombros y los brazos mientras la vieja la atacaba con una furia salvaje.

—¡Madre! Ya es suficiente —gritó el guardia, que dio dos zancadas hacia ellas. Agarró a la vieja por las muñecas, la levantó en peso y la apartó—. ¡He dicho que ya basta!

La vieja tenía los labios salpicados de saliva y gruñía:

—¡Suéltame! ¡La voy a matar!

—¡No, no lo harás! A menos que quieras responder ante el general.

La mujer miraba fijamente a Julia y lanzó un puntapié que alcanzó a la joven en el estómago. El guardia la apartó a rastras y la sacudió.

—He dicho que ya es suficiente, madre.

Julia rodó en el suelo con un gruñido y notó el mango largo y fino del peine contra el costado. Lo cogió con una mano y lo sostuvo contra la parte interior del antebrazo.

—¡Ya la has oído! —gimió la mujer—. Igual que esa bruja de Gortina. Has visto las cicatrices que tengo en la espalda. Tú las has visto —empezó a sollozar y le flaquearon las piernas, por lo que el guardia tuvo que sostenerla y levantarla, acunándola suavemente en sus brazos.

—No pasa nada, madre. Ya está. Shhhh —le pasó la mano por su cabello áspero y gris.

—¿Qué es todo este jaleo?

Al levantar la mirada, Julia vio que Áyax salía de su tienda y se acercaba a ellos a grandes zancadas. Su expresión era sombría y lanzó una mirada fulminante a las (res figuras situadas en torno al abrevadero.

—¿Qué está pasando? ¡Levántate! —ordenó a Julia con un gruñido antes de desviar su atención a la vieja y el guardia, que lo contemplaban con una mezcla de miedo y sobrecogimiento—. ¿Y bien?

—Fue la dama, general —explicó el guardia—. Provocó a mi madre hasta que ella la atacó. Tuve que separarlas.

Áyax se los quedó mirando brevemente y luego desvió la mirada hacia Julia, que se estaba poniendo de pie. Tenía la piel limpia y Áyax se regaló la vista con su cuerpo.

—Es la naturaleza de los romanos, que saca lo peor de los demás. No te preocupes —Áyax se volvió de nuevo hacia la vieja—. Si te ha ofendido, pagará por ello esta noche. Cuando haya terminado, podrás hacer lo que quieras con ella. Sólo te pido que la dejes con vida, ¿entendido?

La vieja asintió con regocijo.

Áyax chasqueó los dedos.

—Pues termina de limpiarla y búscale algo que ponerse. Algo exquisito y romano. Quiero disfrutar mancillándola. —Se acercó a Julia, se detuvo frente a ella y le alzó el mentón con la mano. Al levantarle el rostro, Áyax le rozó el pecho con el brazo y sintió el ardor del deseo en la entrepierna. Julia le sostuvo la mirada con expresión desafiante.

Áyax se rió con crueldad.

—Antes de que termine la noche ya no te mostrarás tan altiva, ya verás. Te lo prometo. Me suplicarás clemencia.

—Preferiría morir.

—Estoy seguro de ello, pero no eludirás tan fácilmente tu castigo.

—¿Castigo? —Julia frunció el ceño—. ¿Qué he hecho para merecer esto?

Áyax retiró la mano y retrocedió un paso.

—Naciste siendo romana —se dio la vuelta para dirigirse a los otros dos—. Preparádmela con toda la rapidez posible. Cuando esté vestida y perfumada, me la traéis directamente.

—Sí, general —el guardia inclinó la cabeza.

En tanto que Áyax regresaba a su tienda con paso resuelto, la mujer se rió y se acercó a Julia con una sonrisa espeluznante.

—Los azotes que llevo marcados en la espalda no serán nada comparados con las cicatrices que él va a dejarte a ti.

* * *

Tras dos Horus metido en el agua, Cato estaba empezando a temblar. Por lo que pudo calcular, habían recorrido más de dos kilómetros por la bahía. Dudaba de la sensatez de su plan. En torno a él sólo distinguía apenas las formas oscuras de las cabezas de los soldados y de los odres hinchados que cabeceaban en la superficie. De vez en cuando, uno de los jefes de sección llamaba a sus hombres y se cercioraba de que aún seguían con él. El optio Ático y los demás nadaban cerca de su comandante. No había modo de saber cómo iba el avance del grupo que se dirigía hacia los barcos varados y Cato sólo podía confiar en que alcanzaran sus objetivos más o menos en el mismo momento en que él y sus hombres empezaran a abordar los barcos anclados. Para ese momento faltaba menos de una hora. Cato siguió adelante agitando las piernas e intentando hacer caso omiso del frío entorpecedor que poco a poco se iba apoderando de su cuerpo.

Las fogatas del campamento rebelde se fueron haciendo paulatinamente más nítidas por delante de Cato, que distinguió las figuras de varios individuos a la luz de las llamas. Justo enfrente, una masa oscura ocultaba las hogueras del otro lado y Cato se dio cuenta de que se estaba aproximando a los barcos de grano. Se detuvo y alzó un brazo.

—¡Conmigo! ¡Conmigo!

El agua se arremolinó en torno a él cuando se hizo correr la voz y los soldados empezaron a congregarse en medio del continuo oleaje. En cuanto cesó el chapoteo y Cato se quedó tranquilo al ver que estaban con él cuantos soldados era posible, volvió a exclamar alzando la voz todo cuanto se atrevió:

—¡Adelante!

Los soldados se dieron impulso con los pies y se desplegaron un poco al aproximarse a los barcos. Nadaron en silencio hacia sus objetivos con denodada resolución. Cato se dirigió directamente al centro de los barcos agrupados, que poco a poco fueron ocultando todo el campamento situado más allá. Oyó el chapaleo de las olas contra los cascos de las embarcaciones e incluso alguna que otra voz por encima de los embates y susurros del mar. Aflojó el ritmo sin dejar de mover las piernas pero cuidando que no emergieran por encima de la superficie del agua. Frente a él vio una línea oscura que se recortaba contra el fondo y se dio cuenta de que había topado con el cable de un ancla. Se dirigió hacia él y se agarró al vasto cabo, cuya firmeza le resultó tranquilizadora. Se pasó por encima de la cabeza la correa con el odre y el fardo con las armas y se la puso en bandolera bien sujeta por encima del hombro; acto seguido se colocó sobre el cable del ancla y empezó a trepar por él hacia la proa del barco.

Al salir del agua la brisa le hizo sentir un cosquilleo en la piel, pero la concentración y el esfuerzo requeridos para avanzar poco a poco no le permitieron hacer caso de semejante molestia. Subió arrastrándose por el cable y chorreando mientras se dirigía lentamente hacia el escobén, allí

donde éste atravesaba los sólidos maderos del barco de grano. Cuanto más altotrepaba, más se balanceaba el cable y Cato tensó los músculos en un esfuerzo por permanecer a horcajadas sobre él. Entonces tuvo el casco a su alcance y se sujetó con una sola mano, mientras que con la otra tanteó la superficie desgastada de la madera y fue subiendo hasta que pudo asirse a la borda. Se dio impulso hacia arriba y luego se agarró a la baranda con la otra mano. Los músculos del hombro protestaron dolorosamente cuando alzó el cuerpo y atisbo por encima de la borda. En la proa no había nadie a la vista. Al otro lado de la cubierta de proa había una corta caída hasta la cubierta principal, donde una sólida brazola de escotilla conducía a la bodega. A popa, la cubierta volvía a alzarse hasta el puente del timón. En la cubierta principal había varios hombres tumbados o sentados y junto a la caña del timón había otro de pie, lanza en mano. El hedor de la brea saturaba el aire y Cato distinguió un tenue resplandor en la popa, donde una lámpara ardía dentro de una pequeña pantalla de cuero. La amenaza de Áyax de quemar los barcos era absolutamente auténtica.

Cato hizo avanzar poco a poco los pies por el cable y se dio impulso para subir por la borda, controlando el movimiento todo lo posible para no caer en cubierta con un golpe ruidoso. En cambio, fue a parar encima de un hombre que dormía resguardado en el pasamano del barco. Se oyó un gruñido cuando las rodillas de Cato dejaron sin aliento al rebelde, que se despertó con un grito ahogado para encontrarse con una figura empapada y prácticamente desnuda sentada encima de él. Cato apretó el puño y lo estrelló en la cara del rebelde haciendo que su cabeza golpeará contra la cubierta con un ruido sordo. Lo golpeó una y otra vez hasta que tuvo la seguridad de que el hombre estaba inconsciente.

Cato se puso en cuclillas con las extremidades templándole de una manera terrible a causa del frío y el esfuerzo. Dedicó un momento a frotarse vigorosamente para devolver un poco de calor a su cuerpo. Después desató la tira de tela que envolvía sus armas, maldiciendo entre dientes mientras sus dedos torpes lidiaban con las ataduras. Cuando se soltaron, sintió el tacto tranquilizador de la hoja de su espada. Agachado en cubierta, se abrochó el cinturón y acto seguido se levantó con cautela para ayudar al siguiente soldado a trepar por la borda. Era Ático, y al cabo de un momento también estuvo en la cubierta de proa, armado y dispuesto. Los soldados fueron subiendo uno tras otro por el cable del ancla y se unieron a ellos. Ático aprovechó para desenvainar la daga y cortarle el cuello al rebelde.

En cuanto Ático, Vulso, Musa y otros tres hombres estuvieron a bordo y tuvieron las armas a punto, Cato se acuclilló frente a ellos.

—¿Estáis todos preparados? Cuando dé la orden, cruzaremos la cubierta principal. Sed rápidos e implacables. Quiero capturar el barco sin que se dé la señal de alarma. Ático, tú llévate a Vulso y a Musa y ve por babor. Yo dirigiré al resto. —Se volvió a mirar las facciones ensombrecidas de sus soldados, la mayoría de los cuales estaban temblando, igual que él, por el frío y la euforia aterradora del instante previo al combate. Cato empuñó su espada con firmeza y se volvió de nuevo hacia popa —. Vamos.

Permaneció agachado, avanzando en cuclillas a lo largo del costado del barco, donde esperaba que las sombras lo ocultaran el tiempo suficiente para sorprender a los rebeldes. En el extremo de la cubierta de proa tres escalones descendían a la larga y ancha extensión de la cubierta principal. Tres

de los rebeldes estaban sentados al borde de la brazola de la escotilla, hablando en tono apagado mientras compartían un odre de vino. Cato vio que uno de ellos lo alzaba y daba unos cuantos tragos. A medida que se acercaba a ellos, fue apretando el paso y de un correteo pasó a lanzarse a la carrera al tiempo que desenvainaba su espada. Arremetió contra el primero de los rebeldes y le clavó la hoja en la cabeza con un leve chasquido antes de que el hombre hubiera empezado siquiera a volver la cabeza hacia el ruido de unos pasos repentinos, suaves y apresurados. El segundo hombre sólo tuvo tiempo de volver la mirada antes de que Cato le propinara un fuerte puñetazo en la mandíbula que lo lanzó por encima de la escotilla y lo hizo caer a la bodega. El tercero bajó el odre de vino y soltó un grito ahogado cuando Cato lo alcanzó con un revés de la espada que le cercenó la mano con la que sujetaba el odre y penetró en su cuello. El hombre se desplomó en cubierta en tanto que las formas oscuras de los legionarios romanos avanzaban rápidamente arremetiendo contra el resto de los rebeldes.

El centinela armado con la lanza había estado mirando por encima de la baranda de popa pero se dio media vuelta al oír el alboroto de la cubierta principal. Cato subió de un salto a la cubierta de popa antes de que el hombre pudiera reaccionar y corrió directo hacia él. El rebelde no tuvo tiempo de bajar la lanza y Cato tiró una estocada un instante antes de chocar contra él y estamparlo contra el codaste. El golpe dejó al hombre sin resuello y sólo pudo dar una boqueada mientras Cato hundía la espada en sus órganos vitales. Tuvo lugar un breve forcejeo hasta que su enemigo quedó inerte y soltó la lanza, que traqueteó por la cubierta. Cato, jadeante, recuperó su hoja y al darse la vuelta vio que los demás ya habían liquidado al resto de la tripulación. Se dirigió hacia donde estaba la lámpara de aceite y la apagó a toda prisa.

—Al siguiente barco —ordenó en voz baja y señalando al lugar en el que otra embarcación de grano se alzaba en la oscuridad. Encabezó la marcha por la cubierta principal y miró con cautela por encima de la borda. Cato indicó dos cabos que sujetaban los dos barcos entre sí—. Tirad para acercarnos.

Sus soldados afirmaron los pies contra el costado de la embarcación y empezaron a hacer fuerza. Poco a poco, el espacio se redujo y los dos barcos de grano se acostaron con un golpe suave. Cato se apresuró a pasar a la otra cubierta de inmediato, seguido por Ático y los demás. Oyó gritos procedentes de alguno de los otros barcos y el entrechocar de las armas. Una voz dio la alarma y Cato se dio cuenta de que ya no contaban con el factor sorpresa. Se llenó los pulmones de aire, hizo bocina con la mano y profirió a voz en cuello:

—¡Adelante la Vigésimo segunda Legión!

Musa repitió el grito de guerra que otras voces retomaron rápidamente en la oscuridad. Cato se volvió a mirar a Ático:

—Despejad este barco.

—¡Sí, señor!

—¿Musa? ¿Dónde estás?

Una figura se acercó a él.

—¿Señor?

—¿Tienes la corneta?

—Sí, señor —el legionario sostuvo en alto el curvado instrumento metálico.

—Pues hazla sonar. Tan fuerte como puedas.

Musa buscó la boquilla a tientas, se llenó los pulmones de aire y sopló con todas sus fuerzas. La primera nota sonó torpe y desafinada y, en tanto que Cato soltó una maldición, Musa escupió y lo probó de nuevo. Esta vez dio un toque agudo y estridente que hendió la noche. Musa dio tres notas cortas, descansó y a continuación repitió la señal.

—¡Sigue tocando! —Cato le dio una palmada en la espalda y fue a reunirse con Ático y los demás. Mientras cruzaban la cubierta principal, pasó por encima de un cadáver y vio varias figuras que luchaban al otro lado de la escotilla. Se dirigió hacia allí a toda prisa, aguzando la vista para poder distinguir entre amigos y enemigos. Por suerte, los legionarios sólo llevaban puesto el taparrabos en tanto que los esclavos iban vestidos con túnicas y capas. Cato notó un movimiento a su lado y al darse la vuelta vio a un hombre que salía de un pequeño camarote situado debajo de la cubierta de popa con una falcata en ristre. Cato se agachó, propinó una cuchillada que alcanzó al hombre en la espinilla y éste, con un grito de dolor, cayó de nuevo en el camarote y se perdió de vista. Cato permaneció agazapado buscando a otro enemigo con la mirada. El corazón le palpitaba en el pecho y el frío y la tensión lo hacían temblar. Musa seguía tocando la corneta y en las pausas entre las notas que se repetían Cato captó otro débil toque de notas en la distancia. Así pues, el otro grupo había empezado a capturar las embarcaciones varadas. Al cabo de unos momentos, en lo alto de una de las colinas que dominaban la bahía, una serie de chispas parpadeantes se avivaron y llamearon rápidamente para transmitir la señal a los buques de guerra que aguardaban mar adentro.

Cato retrocedió hacia el costado de la embarcación y evaluó la situación. Desde la oscuridad que lo envolvía, por todas partes le llegaban los sonidos de la lucha enconada que se estaba librando por las cubiertas de los barcos de grano que se hallaban anclados y sujetos unos a otros. Los legionarios daban rienda suelta a sus voces, en parte para animarse los unos a los otros, pero sobre todo para incrementar el terror de sus enemigos. Desde la costa llegó el sonido de más cornetas y el estruendo amortiguado de Fulvio y sus hombres cargando contra el flanco de la empalizada rebelde. Cato se llenó las mejillas de aire y resopló. De momento, las cosas estaban saliendo según lo planeado. Ahora todo dependía de mantener el ímpetu antes de que Áyax y los suyos pudieran preparar una resistencia organizada al ataque por sorpresa.

Capítulo XXXI

—¿Qué ha sido eso? —Áyax se levantó lentamente del diván y aguzó el oído para captar el sonido que había percibido momentos antes.

Frente a él tenía a uno de sus guardaespaldas que sujetaba con firmeza el brazo de Julia aguardando la inspección de Áyax. Le habían buscado una estola larga de lino teñida de un azul intenso y él se había detenido a admirar desde su diván el espectáculo de la mujer romana. Era una verdadera belleza, había pensado para sus adentros mientras daba unos sorbos a una copa de vino con agua. Al recorrer su figura con la mirada, Áyax había sentido que su lujuria se despertaba y había empezado a fantasear sobre las diferentes formas de placer que podría obtener de la joven al tiempo que le infligía todo el daño posible, cuando las débiles notas de una corneta metálica resonaron en la distancia. Las volvió a oír. Tres notas agudas, y luego una pausa.

Áyax se puso de pie al instante y cruzó la tienda corriendo. Echó rápidamente a un lado los faldones y salió a la noche, donde se detuvo y miró hacia el otro lado de la bahía. A la luz de las antorchas y de las fogatas encendidas a lo largo de la empalizada, vio a unos hombres que combatían en el reducto y en torno a él, y unos diminutos destellos de luz roja cuando las llamas se reflejaban en las hojas de las armas. Las notas sonaron de nuevo, más próximas de lo que deberían sonar, y por un instante Áyax quedó desconcertado, hasta que se dio cuenta, con horror, de que las notas provenían de abajo, de la bahía, del fondeadero de los barcos de grano. Agachó la cabeza para entrar otra vez en la tienda y hendió el aire con el índice señalando a la mujer.

—¡Que no se mueva de aquí! No le quites el ojo de encima. ¡Si se escapa o sufre algún daño responderás con tu vida!

Agarró bruscamente el cinturón de la espada y se lo abrochó al tiempo que corría hacia las hileras de caballos. A su alrededor, los miembros de su escolta salían de las tiendas y refugios a trompicones para investigar a qué se debía el jaleo del otro lado de la bahía.

—¡No os quedéis ahí parados! —les gritó Áyax—. ¡Nos están atacando! ¡Id a por vuestras armas y cabalgad hacia la empalizada! ¡Daos prisa!

Tomó el caballo más cercano, que se mantenía ensillado y listo para utilizarlo a cualquier hora del día o de la noche, y se encaramó rápidamente a lomos del animal. Agarró las riendas, hincó los talones y espoleó al caballo camino abajo hacia el contingente principal del campamento rebelde. Al pasar junto a la jaula entre cuyos barrotes se hallaba el centurión Macro, oyó que el romano vitoreaba como un loco, pero no había tiempo de detenerse y hacerlo callar. Áyax decidió hacerlo en la primera ocasión que se le presentara. Sería una pena matar al centurión Macro rápidamente, pero debía morir, para honrar la memoria de su padre. Por todas partes las figuras se levantaban junto al resplandor de las fogatas y miraban confusos hacia el distante combate. Áyax les bramó que tomaran las armas y se dirigieran a la batalla antes de que los romanos capturaran los barcos de grano.

Áyax atravesó el campamento al galope, virando bruscamente de vez en cuando para esquivar a los que reaccionaban con demasiada lentitud ante el jinete que se acercaba y con una sensación de náusea en la boca del estómago. Había subestimado a su enemigo. Había tenido la certeza de que la amenaza de destruir los barcos de grano, vitales para la supervivencia de Roma, prevendrían

cualquier intento de ataque contra su campamento. Sus hombres habían preparado con esmero los barcos, habían colocado material inflamable en las bodegas y lo habían rociado con aceite y brea, listo para prenderle fuego al primer indicio de aproximación de los buques de guerra romanos. Así pues, ¿dónde estaban los fuegos? Áyax detuvo su caballo al llegar a una pequeña elevación en el terreno y aguzó la vista para intentar entender qué estaba ocurriendo al otro lado de la bahía. La luz de un brasero que ardía sobre la arena le permitió ver uno de los barcos varados. Los hombres se apiñaban en torno a sus amuras, chapoteando sobre el bajío mientras intentaban trepar a bordo y luchar con los que defendían la embarcación. Entonces lo entendió. Los romanos habían capturado el barco. Habían capturado todos los barcos... Pero entonces, una repentina lengua de fuego iluminó la cubierta y el mástil de una de las embarcaciones situada más abajo en la playa. El fuego prendió y más llamas se alzaron a borbotones en la noche, acompañadas por la brillante tracería que crearon las jarcias cuando empezaron a arder. En la bahía estalló otro incendio. Así pues, no todas las naves habían sido capturadas. Quizás aún hubiera una posibilidad de rechazar el ataque y volver a arrebatarse los barcos a los romanos, o al menos quemarlos para evitar que cayeran en manos de su odiado enemigo.

Varios miembros de su escolta habían alcanzado a Áyax, que alzó el brazo y, mientras se dirigía a toda velocidad hacia la playa, gritó:

—¡Seguidme!

Mientras atravesaban el campamento al galope, Áyax siguió llamando a sus seguidores a las armas y ordenándoles que se dirigieran a la playa. Al mismo tiempo, una parte de su mente estaba enfurecida consigo mismo. ¿Cómo lo habían hecho los romanos? ¿Cómo habían logrado llegar a los barcos de grano sin ser vistos? Él había tomado toda clase de precauciones. Había hombres vigilando todos los accesos tanto por tierra como por mar. No podía haberles pasado inadvertida semejante cantidad de enemigos. ¿O sí? Debían de haber utilizado botes, pero un bote lo hubieran visto aun en aquella noche sin luna. Sólo habría sido posible si hubieran recorrido la bahía a nado al abrigo de la oscuridad. Tenía que ser eso, decidió, enojado consigo mismo. Áyax no pudo evitar un momento de renuente admiración por su enemigo, y entonces los caballos llegaron a la playa.

Un grupo numeroso de sus hombres se hallaba apiñado al borde del campamento. Áyax se detuvo y se volvió hacia los jinetes que le seguían:

—¡Kharim! ¿Estás conmigo?

—¡Sí, general! —Kharim hizo avanzar su montura poco a poco por entre las demás. Iba desnudo salvo por un taparrabos y el cinturón de la espada.

—Quédate aquí. Haz formar a estos hombres. Defiende esta parte del campamento. Si envío a buscarte, ven de inmediato, ¿me oyes?

Kharim inclinó la cabeza.

—Sí, general.

Áyax continuó cabalgando y cruzó las puertas del final de la empalizada. Se hallaban dentro del perímetro del campamento principal y se habían dejado abiertas. Frente a él reinaba un absoluto caos. Sólo se había incendiado un barco de los que se encontraban a lo largo de la playa, que en aquellos momentos ardía inundando la atmósfera con el rugido de sus llamas, los crujidos de la

madera que estallaba y las chispas que se arremolinaban hacia el cielo. El resplandor era tan intenso que iluminaba un buen trecho de la arena y el agua circundantes. El estruendo de la batalla llegó a sus oídos desde el extremo más alejado de la playa, y sin embargo vio a sus hombres por toda su longitud, apiñados en torno a la proa de las naves varadas, intentando trepar a bordo y atacar a los romanos, que iban desnudos de cintura para arriba y los rechazaban desesperadamente con espadas, lanzas e incluso con remos.

Áyax cayó en la cuenta de que el verdadero peligro no era el enemigo de los barcos, sino la fuerza que arrollaba su flanco. Si lograban rechazarla, podrían recuperar los barcos más tarde. Desenvainó la espada y siguió cabalgando, al tiempo que gritaba a voz en cuello dirigiéndose a los rebeldes que había por toda la playa:

—¡Seguidme! ¡Seguidme!

Fue congregando cada vez a más hombres mientras se dirigía a toda prisa hacia la batalla que se libraba en el otro extremo. El combate no iba bien. Los romanos ya habían invadido el reducto y se estaban desplegando en tropel por la arena, estrellando sus escudos oblongos contra sus oponentes, más ligeramente armados, y luego los legionarios remataban a los rebeldes con estocadas de sus espadas cortas. Áyax sabía que la inmensa mayoría de sus hombres no estaba a la altura de los legionarios, pero si conseguían acumular una fuerza suficiente para contener el ataque, cabía la posibilidad de que el peso de los efectivos aún pudiera obligarlos a retroceder al otro lado de la empalizada. Pero para eso primero tenían que unirse todos.

—¡Escolta! ¡Conmigo! —bramó Áyax por encima del traqueteo metálico de las armas, los golpes sordos contra los escudos y los gritos de los heridos. Los jinetes que lo habían seguido desde el otro lado de la bahía tranquilizaron a sus monturas, que resoplaban, y se prepararon empuñando las armas. Áyax vio que en aquellos momentos iban con él unos treinta o cuarenta hombres. Los suficientes para cambiar las cosas. Se dio la vuelta hacia el enemigo, situado a unos cincuenta pasos de distancia por la playa y que se abría paso a cuchilladas entre las filas de rebeldes que empezaban a disolverse y a batirse en retirada.

—¡A la carga! —Áyax hendió el aire con su espada y clavó los talones en su montura. El animal relinchó, se empinó un momento y luego avanzó precipitadamente, con la cabeza baja y el retumbo sordo de los cascos sobre la arena gruesa, galopando como un loco hacia el enemigo.

Los rebeldes que tenía por delante oyeron que se aproximaban los jinetes e hicieron todo lo posible para apartarse de su camino, pero varios fueron arrollados y pisoteados. Frente a él, Áyax vio que los romanos no estaban formados, sino que se habían dispersado cuando empezaron la persecución, y chocó contra ellos a la cabeza de su banda de guardaespaldas. Los legionarios iban tan bien armados como cualquier soldado al que se hubiera enfrentado en la arena, y Áyax empuñó la espada en posición de arremeter contra cualesquiera brazos, cuellos y rostros desprotegidos. Dos romanos situados delante de él cayeron al suelo cuando su caballo golpeó contra sus escudos. El gladiador se inclinó a la derecha y lanzó una estocada al cuello expuesto de uno de los legionarios que tropezó. Fue un golpe poco profundo, de tan sólo unos cuantos centímetros, pero que heriría de muerte a su enemigo, y Áyax continuó cabalgando, manteniendo la cabeza gacha. Vio un casco con cimera a un lado y dio un brusco viraje hacia el centurión que intentaba volver a formar su unidad. El

hombre se dio la vuelta en el último momento y abrió desmesuradamente los ojos bajo el resplandor del barco en llamas situado detrás del gladiador. Reaccionó demasiado tarde y la punta de la espada de Áyax le atravesó el ojo, le destrozó el cráneo y penetró en su cerebro. Áyax recuperó la hoja de un tirón e hizo que el caballo virara de nuevo.

Cuando echó un vistazo a su alrededor, Áyax vio que su carga había roto el ataque romano. Habían caído varios legionarios, algunos se habían vuelto a concentrar en pequeños grupos y otros se retiraban a lo largo de la playa. Sólo había proporcionado a sus hombres un breve respiro. A menos de cien pasos de distancia, la segunda formación romana avanzaba hacia los rebeldes, una sólida pared de escudos con los estandartes alzados detrás de las primeras filas. Se gritó una orden y los legionarios se pusieron a golpear las espadas contra el brocal de los escudos, produciendo un ruido metálico ensordecedor que puso nervioso al caballo de Áyax.

—Tranquilo, tranquilo —le dio unas palmaditas en el flanco y se dio cuenta de que su escolta era el único grupo rebelde que se mantenía firme en la playa. El resto se estaban replegando. Áyax soltó un resoplido de frustración al darse cuenta de que la lucha en la playa estaba perdida. Tal vez aún fuera posible desplegar a los hombres de Kharim, muchos de los cuales iban armados y protegidos con el equipo de los soldados romanos que habían matado y saqueado. Ellos quizá lograrán contener a los legionarios el tiempo suficiente para reunir al resto del ejército y prepararlo para que se arrojaran contra los odiados romanos.

—¡Retirada! —ordenó Áyax—. ¡Al campamento!

Los jinetes dieron media vuelta y cabalgaron de vuelta por la playa, cubriendo la retirada de los que se estaban replegando frente a ellos a pie. Los romanos que se hallaban a bordo de los barcos los vieron pasar en silencio, pues estaban demasiado exhaustos como para vitorear el hecho de que su enemigo cediera terreno. Sin embargo, en cuanto vieron avanzar a sus compañeros por la playa bajo los estandartes, sí se inició una ovación que fue pasando de barco en barco, y Áyax, al oírla, crispó los labios en una mueca amarga de frustración.

A su regreso a través de la puerta de la empalizada, vio a Kharim montado en su caballo y mirando fijamente. Al verlo, Kharim agitó el brazo a modo de saludo e hizo avanzar a su caballo.

—¡General! Los centinelas informan de que otra fuerza romana está avanzando desde su campamento —extendió el brazo y señaló hacia la ladera—. Son más de mil, con caballería en las alas.

Áyax se lo quedó mirando y luego se volvió hacia el enemigo que marchaba por la playa. Los rebeldes se arremolinaban asustados en torno a él sin rumbo fijo. Respiró profundamente y rugió:

—¡Formad filas! ¡Formad filas y no cedáis terreno! ¡Podemos ganar! ¡Podemos vencerlos! ¡Ya lo hemos hecho antes y ahora podemos volver a hacerlo! ¡Manteneos firmes! —Sus gritos quedaron interrumpidos por las notas renovadas de las cornetas romanas por la playa, que obtuvieron respuesta de más toques provenientes de las montañas, y el repiqueteo de las espadas contra los escudos volvió a empezar y alcanzó una intensidad ensordecedora. Los rebeldes empezaron a retroceder arrastrando los pies y los que se encontraban bordeando la multitud del otro lado de la puerta empezaron a dispersarse, alejándose a toda prisa de los ejércitos romanos que se reunían.

—¡Manteneos firmes! —gritó Áyax de nuevo, pero ya era demasiado tarde.

El miedo se propagó entre los rebeldes como un vendaval y una marea de hombres inundó la noche, atravesando el campamento a todo correr para salvar la vida. Áyax los vio marchar y sintió un peso en el pecho, como si tuviera el corazón de plomo. La terrible carga del hastío se asentó de repente sobre sus hombros y él se volvió hacia los romanos que se acercaban.

—¡General! —gritó Kharim—. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Hacer? —Áyax meneó la cabeza—. Está todo perdido. Lo único que podemos hacer es morir blandiendo la espada.

—¡No! —Kharim movió su caballo para situarse junto a Áyax y lo agarró del brazo—. General, aún estás vivo, y mientras sigas con vida puedes mantener viva la lucha contra Roma. Si mueres ahora, habrá sido por nada. Mientras tú estés con vida, la rebelión no ha terminado.

Áyax lo miró con expresión sombría.

—¿Y qué puedo esperar conseguir ahora, amigo mío?

Kharim pensó con rapidez.

—Tenemos rehenes. Aún podemos hacer un trato si escapamos con ellos. Hay unos cuantos barcos de pesca en una pequeña cala situada no muy lejos de tu tienda.

Por un momento, lo único que quería Áyax era una muerte rápida. Pero entonces, el sentido común de las palabras de Kharim penetró en su mente. El parto tenía razón: la rebelión no terminaría siempre y cuando algunos hombres mantuvieran su espíritu vivo en los corazones de los esclavos del Imperio. Debía escapar y llevarse con él a los rehenes.

—Está bien —asintió mirando a su compañero—. Nos iremos. ¡Vamos!

Hizo dar la vuelta a su montura, hizo una seña a sus guardias, empezó a cabalgar y cruzaron nuevamente el campamento hacia el extremo de la bahía para rodearla y dirigirse a las tiendas que tenía montadas en la península del otro lado. Los rebeldes reunían a sus familias y el botín y huían por todas partes de los romanos que se acercaban. Áyax les dedicó un momento de compasión. La trampa estaba cerrada. Para ellos no habría huida, sólo la muerte o el retorno a la esclavitud.

* * *

Cuando Cato y sus soldados hubieron despejado las cubiertas de las naves ancladas, tres de los barcos estaban en llamas. Los grupos de rebeldes sólo habían conseguido prender fuego a dos de las embarcaciones antes de subir en sus gabarras y escapar hacia la costa. El fuego se había propagado al tercer barco y ahora los tres amenazaban al resto de embarcaciones ancladas en la bahía.

—¡Ático! —Cato llamó al optio—. Reúne a tus veinte hombres. Tenemos que soltar esos barcos antes de que el fuego se propague más.

Cato se dio la vuelta y, acompañado por Vulso y Musa, cruzó las embarcaciones para dirigirse al barco situado junto al más próximo de los que ardía. El calor de las llamas que se alzaban rugientes de la bodega de la embarcación lo alcanzó con un golpe hiriente, y levantó el brazo para protegerse la cara al echar un vistazo. Dos cabos unían aquella nave a la que estaba ardiendo.

Cato se agachó a cubierto del costado del barco para dar las órdenes.

—Vosotros dos, id a por el cabo de popa. Yo iré a proa.

Avanzó rápidamente y acuclillado hacia el escobén cercano a la amura y desenfundó la daga. Era una maroma de cáñamo del mismo grosor que la muñeca de un hombre. Empezó a cortar el cabo con ahínco. En torno a él, la cubierta se hallaba iluminada por los barcos que ardían y en la caliente atmósfera reinaba el rugido de las llamas y el crujido de la madera que estallaba debido a las altas temperaturas generadas por el fuego. Las chispas y los jirones de vela ardiendo se arremolinaban en el aire y Cato hizo un gesto de dolor cuando uno de ellos le cayó en la espalda. Se lo sacudió y siguió cortando la cuerda, esperando poder terminar el trabajo antes de que el fuego se extendiera a más embarcaciones de grano. Uno de los ramales del cable se partió y al instante se incrementó la tensión sobre los demás, lo cual facilitaba las cosas a la hora de cortarlos. Con los dientes apretados, Cato siguió cortando con todas sus fuerzas y el filo de la daga hendía el denso material. Se partió otro ramal y ya sólo quedaba uno, delgado y fuerte como si fuera de hueso.

—Vamos, cabrón —masculló Cato—. Rómpete.

La daga cortó el último ramal con un chasquido sordo y el extremo del cabo desapareció por el agujero. Cato se puso de pie, entrecerró los ojos y alzó la vista al aire recalentado a la espera de que el barco en llamas se alejara. Miró hacia popa y vio que Vulso y Musa corrían hacia él.

—Ya hemos cortado el cable, señor —gritó Vulso—, pero el barco no se aleja.

—Ya lo he visto —asintió Cato—. Tendremos que empujarlo —señaló uno de los remos amarrados al costado del buque—. Podemos utilizar eso. ¡Vamos!

Deshicieron las simples ataduras que sujetaban el largo remo en su sitio y luego alzaron a pulso la parte ancha por encima de la baranda para acercarla al costado de la otra embarcación.

Cato aferró bien el mango y afirmó los pies en el suelo.

—¡Venga, empujad!

Los tres se inclinaron sobre el largo remo con todas sus fuerzas. Lenta, muy lentamente, Cato notó que el otro barco empezaba a ceder, avanzó un paso arrastrando los pies y gritó:

—¡Se mueve! ¡Seguid empujando!

Los restos en llamas caían por la cubierta de proa en torno a ellos, pero no podían hacer nada hasta que no hubieran alejado las ruinas del otro barco en llamas a una distancia prudencial. Siguieron empujando el remo contra su costado, respirando agitadamente en tanto que sus músculos se tensaban, se endurecían y brillaban con el esfuerzo. Cato alzó la mirada y vio que el hueco entre los dos barcos se había ensanchado unos tres metros. La resistencia era cada vez menor a medida que tuvieron que ir acercándose a la barandilla del costado. Allí deslizaron el remo por encima y continuaron empujándolo hasta que el otro barco se separó de la pala. Recuperaron el remo y lo dejaron caer en cubierta. La corriente había empezado a arrastrar el barco alejándolo del resto de embarcaciones ancladas y la nave se deslizaba poco a poco hacia la costa. Cato asintió con satisfacción y luego se volvió a inspeccionar la cubierta. Los restos en llamas yacían desparramados por la cubierta de proa, pero por suerte no había ninguno cerca de la bodega, donde los rebeldes habían dispuesto sus materiales combustibles listos para prender fuego al barco.

—¡Apagad eso! —ordenó Cato, al tiempo que agarraba un trozo de arpillera de un pañol que había frente al palo mayor.

Allí había también un cubo de agua para la tripulación y Cato empapó rápidamente la arpillera antes de correr hacia un pedazo de cabo ennegrecido que seguía ardiendo en algunos puntos. Apagó las llamas a golpes y siguió avanzando; los demás siguieron su ejemplo. No tardaron en extinguir hasta el último de aquellos pequeños incendios y permanecieron inmóviles y jadeantes mientras observaban los restos de la embarcación en llamas que se alejaban deslizándose por la superficie del agua. Cato se agarró a un obenque y trepó a la barandilla del costado. Desde aquella altura ventajosa, vio que Ático y los demás habían conseguido soltar los otros dos barcos y que también estaban empujándolos para alejarlos. Incluso desde allí donde se encontraba, seguía notando el calor ardiente y por un breve momento contempló el espectáculo con sobrecogimiento, mientras las brillantes llamas transformaban el mar circundante en un caos resplandeciente de reflejos encendidos.

Cato volvió la mirada hacia la playa y pudo distinguir con detalle a los legionarios que avanzaban junto al barco que allí ardía. Se sintió aliviado al ver que los soldados ya habían tomado toda la zona cercada por la empalizada. Al otrolado, y gracias al resplandor de las hogueras del campamento rebelde, vio a miles de figuras que corrían en todas direcciones. Al parecer, el ataque había tenido éxito, tal como se había esperado. Al estar desprevenidos, los rebeldes se habían desbaratado y habían huido para salvar la vida. Era cierto que se habían perdido cuatro de los barcos de grano, pero, dado que la flota entera había corrido peligro, resultaba aceptable.

—¡Señor! —Vulso lo llamó al tiempo que señalaba hacia la entrada de la bahía.

Cato se dio la vuelta y siguió con la mirada la dirección que indicaba Vulso. Por entre las jarcias de los barcos de grano vio las formas oscuras de otras embarcaciones que se acercaban y el débil brillo de la agitación rítmica del agua a ambos lados de cada una, cosa que atribuyó a las hileras de remos. Al ver los buques de guerra romanos, notó que la tensión de su cuerpo se aliviaba y le gritó a Vulso:

—¡Son de los nuestros! ¡Son de los nuestros! Es el navarca Balbo y su escuadra.

Vulso soltó una ovación y luego hizo correr la voz de la llegada de la marina. Más soldados se unieron a los vítores mientras Cato reunía a Ático, Vulso y Musa, y juntos se apresuraron de nuevo por las cubiertas de los barcos de grano para acudir al encuentro del primero de los buques de guerra, también el mayor de ellos, que los alcanzaría. Un espolón recubierto de bronce sobresalía por la proa y apuntaba directamente al costado del barco en el que se encontraba Cato, quien por un momento temió que el buque de guerra chocara contra el casco. Entonces oyó gritar una orden y los remos de babor se metieron en el agua y allí permanecieron, mientras que los de estribor continuaban remando y el buque de guerra empezaba a virar y a situarse de través frente al barco de grano.

—¿Tribuno Cato? —llamó una voz—. ¿Está ahí el tribuno Cato?

—¡Aquí! —Cato agitó los brazos—. ¡Estoy aquí!

—¡Gracias a los dioses! —Cato reconoció la voz de Balbo y el navarca continuó diciendo—: ¿Los barcos han sido capturados?

—Todos menos los tres que están ardiendo. Podría ser que aún hubiera algunos rebeldes ocultos a bordo de alguno de los barcos. Envía allí a tus infantes de marina.

—A la orden, señor. Que sus hombres se preparen para coger las amarras.

Uno a uno, los buques de guerra se fueron aproximando a los barcos de grano y los marineros

lanzaron los cabos a los legionarios para que éstos los ataran a las cornamusas y las embarcaciones quedaron acostadas. En cuanto se bajaron las planchas de embarque, los infantes de marina abordaron los barcos de grano, se hicieron cargo de los prisioneros y empezaron a dar caza a los rebeldes que quedaban. Balbo fue uno de los primeros en cruzar desde su buque insignia y se acercó corriendo a Cato.

—Me alegra volver a verle, señor —saludó.

Cato no pudo evitar sonreír abiertamente.

—Da la impresión de que dudaba poder hacerlo.

Balbo se encogió de hombros.

—Estoy encantado de haberme equivocado. No obstante, cuando vimos los primeros fuegos nos temimos lo peor. ¿Cuántos barcos de grano hemos perdido?

—Cuatro... Tres aquí y uno en la playa.

—¿Solamente cuatro? —Balbo se sintió aliviado—. Magnífico. Nosotros sólo tuvimos un pequeño problema. Una de las liburnas embarrancó cerca de la península. No está mal para tratarse de una operación nocturna tan cerca de la costa —se hinchó de orgullo por su logro.

Cato miró hacia la costa. Fulvio y sus soldados ya habían irrumpido en el campamento rebelde y se abrían camino segando al enemigo a su paso. Volvió la mirada de nuevo.

—Toma el mando aquí. Protege los barcos de grano y manda a algunos de tus marineros como refuerzo de los soldados de la costa.

—Sí, señor. ¿Adónde va?

—Todavía tengo un trabajo que hacer —repuso Cato en voz baja—. Intentar salvar a los rehenes. Si ocurre algo, he dejado órdenes de que el centurión Fulvio asuma el mando.

Balbo asintió con la cabeza.

—Buena suerte, señor.

Cato se rió al percibir el tono adusto del navarca.

—Por lo visto, tienes por costumbre dudar de mí. Volveré, Balbo. Te doy mi palabra.

—Buena suerte de todos modos, señor.

—Gracias. —Cato le dio una palmada en el hombro, se volvió a mirar a Ático y a los demás, y los condujo en busca de una de las gabarras amarradas a los barcos de grano que aún quedaban.

Capítulo XXXII

La gabarra encalló en la pequeña franja de arena con una leve sacudida que hizo caer de rodillas a Ático.

—Mierda —rezongó mientras se levantaba a toda prisa y salía por encima de la borda con los demás.

—Si queremos que nos tomen por rebeldes, será mejor que a partir de ahora todos hablemos en griego —dijo Cato.

Se habían agenciado unas túnicas de los cadáveres de los rebeldes de los barcos de grano y se habían abrochado los cinturones de las espadas encima. Si alguien se tomaba tiempo para observarlos con atención, las espadas romanas podrían parecer sospechosas, pero si les daban el alto podrían hacerlas pasar por equipo capturado. A juzgar por los sonidos de confusión y pánico que les llegaban desde el campamento, Cato tuvo la esperanza de que los rebeldes estuvieran demasiado ocupados intentando salvarse como para preocuparse por si había intrusos romanos entre ellos.

Señaló una roca a una corta distancia de donde se encontraban.

—Dejaremos la embarcación detrás de esa roca.

En cuanto se convenció de que la gabarra quedaba oculta a la vista y seguiría allí en caso de que les hiciera falta efectuar una huida rápida, condujo a los demás hacia las tiendas grandes situadas en la zona del campamento hacia la que había visto dirigirse a Áyax y a su escolta el día anterior. La pendiente era rocosa y estaba salpicada de arbustos y grupos de aulagas que se les engancharon en las túnicas mientras poco a poco avanzaban. Al final la pendiente se suavizó y pudieron oír las voces con más claridad. Había intercambios apresurados de gritos, pero ni rastro del pánico y el caos más absoluto que era evidente en la parte principal del campamento. Allí el terreno se hallaba escasamente cubierto, pues los rebeldes habían arrancado las plantas y arbustos secos para encender el fuego. Cato percibió un crujido repentino a su derecha, indicó por señas a sus hombres que se agacharan y él también se tendió en el suelo. Un pequeño grupo de personas pasó corriendo por delante de ellos: un hombre, una mujer y dos niños, todos ellos con fardos en la mano. El hombre dirigió una mirada nerviosa hacia lo alto de la cuesta e instó a los demás a seguir adelante. Pasaron a una corta distancia por delante de los romanos sin verlos y se adentraron corriendo en la oscuridad. Cuando el sonido de sus pasos se desvaneció, Cato soltó el aliento.

—Vamos —ordenó en un susurro.

Siguieron adelante y el reflejo de las hogueras del campamento iluminó entonces la cima sobre ellos. Permanecieron agachados y sin dejar de mirar a uno y otro lado al tiempo que avanzaban con cautela. Por encima de la cúspide se veían las hileras de tiendas y Cato enfiló hacia un pequeño afloramiento rocoso que los mantendría ocultos mientras evaluaban la situación. Resultó que entre las rocas había un hueco natural lo bastante ancho como para que cupieran dos hombres echados, y Cato ordenó a los legionarios que permanecieran atrás en tanto que él se arrastraba hasta allí acompañado por Ático. Las rocas se encontraban en una leve elevación del terreno y esta posición les proporcionaba una buena vista sobre la zona de terreno llano que el comandante enemigo había elegido para levantar su tienda y las de su escolta.

Las tiendas más grandes se hallaban rodeadas de una zona abierta, luego había unos refugios más pequeños y a un lado, a cierta distancia, una pequeña casucha y unos corrales que tenían aspecto de llevar muchos años abandonados. Unas cuantas hogueras se estaban consumiendo al haber quedado desatendidas con las prisas para contraatacar a los romanos. Al contemplar la escena, Cato vio varias figuras cerca de la tienda más grande; algunas de ellas iban armadas con lanzas y a un lado había una vieja acucillada que cargaba posesiones a toda prisa en una manta extendida en el suelo. Se veían otros rebeldes que pasaban fugazmente por entre los refugios huyendo de las fuerzas romanas que avanzaban por la bahía. Cato no pudo evitar preguntarse qué era lo que esperaban conseguir aquellos fugitivos. Cuando llegaran al extremo de la península estarían atrapados.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ático entre dientes—. ¿Dónde crees que están retenidos Macro y la hija del senador?

—Tienen que estar en algún sitio cerca de la tienda de Áyax —Cato recordó el destello salvaje que vio en los ojos del gladiador mientras éste se relamía con el sufrimiento de Macro y Julia—. En algún lugar en el que pueda tenerlos vigilados. Quizás en una de las otras tiendas, o en esos corrales. Tendremos que acercarnos más.

Ático asintió con la cabeza.

—En tal caso, señor, será mejor que los rodeemos. Que avancemos desde detrás de los corrales, donde no llega tanta luz del fuego.

Cato examinó el terreno.

—Sí. Tienes razón. Vamos.

Retrocedieron arrastrando los pies, se reunieron con Vulso y Musa y luego se movieron los cuatro por entre los matorrales que bordeaban las tiendas y describieron un amplio arco hasta el extremo más alejado de la península. Había muchos más fugitivos que ascendían en tropel por la montaña, provenientes de la dirección en la que se encontraba el campamento principal y, como acatando un común acuerdo tácito, el pequeño grupo de romanos y los rebeldes fugitivos se rodearon con cautela a cierta distancia unos de otros en las sombras y luego se apresuraron a seguir adelante. Al final Cato vio que los corrales se hallaban alineados con las tiendas más grandes e hizo una señal con la mano a los hombres que le seguían.

—Acerquémonos un poco más.

Con paso suave cruzaron por entre los refugios situados más al exterior: tiendas improvisadas tendidas sobre unos armazones cortados de manera rudimentaria, casi todos ellos vacíos tras la desbandada inicial hacia la batalla que se libraba al otro lado de la bahía. Sin embargo, había algunos que no estaban vacíos y Cato sintió que se le helaba la sangre al oír un grito chillón, antes de darse cuenta de que se trataba del llanto de un niño pequeño. Una mujer emitió un suave murmullo y el llanto se apagó enseguida. Había otras personas entre los refugios que huían del campamento y que habían aprovechado para hacer una pausa lo bastante larga como para saquear algunas de las tiendas vacías por las que pasaban. Cato estuvo a punto de tropezar con una de aquellas personas, un hombre inclinado en las sombras que tiraba de un gran cuenco de plata para sacarlo por las portezuelas de una tienda. Cato se detuvo en seco. El hombre se puso de pie de un salto y el resplandor de las hogueras iluminó sus rasgos. Era un rostro arrugado, medio oculto tras unos cabellos enmarañados y

una barba desaliñada. Soltó un gruñido que dejó al descubierto un puñado de dientes irregulares.

—¡Cuidado, señor!

Ático apartó a Cato de un empujón cuando el rebelde acometió con un cuchillo. Cato oyó el silbido de la hoja al pasar junto a su oreja y luego el crujido sordo del puñetazo con el que Ático derribó a aquel hombre. El rebelde se desplomó inconsciente y el optio le arrebató el cuchillo de entre los dedos y lo echó hacia atrás, dispuesto a cortarle el cuello a ese hombre.

—No —Cato le sujetó el brazo—. Déjalo. Sigamos adelante.

Los corrales se encontraban a una corta distancia frente a ellos y Cato avanzó zigzagueando con cautela por entre los refugios restantes hasta que llegaron a la parte posterior de las estructuras. Al otro lado sólo había terreno abierto hasta el lugar donde un grupo de hombres se hallaba reunido frente a lo que Cato suponía que era la tienda personal del gladiador. Estaban contemplando la destrucción de sus compañeros abajo en el campamento y hablando en tono preocupado, si bien Cato no pudo captar el sentido de lo que estaban diciendo. Las paredes de los corrales le llegaban a la altura de los hombros y sabía que, si se levantaba para asomarse para buscar a Macro y a Julia con la mirada, casi seguro que lo verían.

Se irguió tanto como se atrevió y llamó en voz baja:

—¿Julia?... ¿Macro?

No hubo respuesta. Volvió a llamarlos, un poco más fuerte esta vez. Siguió sin recibir respuesta.

—No están aquí —dijo Ático entre dientes.

—No.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Seguir buscando —contestó Cato con firmeza, y avanzó poco a poco por detrás de los corrales hasta que llegó a un hueco en el que pudo arrastrarse y asomarse a cubierto de las sombras.

La vio casi de inmediato: una jaula que había a una corta distancia de la tienda más grande y alejada de los demás refugios. Se hallaba en el punto más elevado del campamento, expuesta a los elementos. Cato retrocedió lentamente cuando más rebeldes que huían pasaron corriendo por allí. Los romanos se tumbaron boca abajo en el suelo y permanecieron inmóviles. En cuanto los rebeldes se alejaron, Cato se volvió a mirar a los demás.

—Ya sé dónde están Macro y Julia.

Les contó lo de la jaula a Ático y a los demás.

—¿Llegó a verlos? —preguntó el optio.

Cato lo negó con la cabeza.

—Está demasiado oscuro. Pero, ¿dónde podrían estar si no?

—Empiezo a pensar que podrían estar en cualquier parte. Este lugar no tardará en estar plagado de esclavos que huyen del campamento principal. Será mejor que vayamos a buscar a los rehenes lo antes posible, señor.

—Pues en marcha.

Cato hizo un gesto con la mano, se puso en cuclillas, se alejó una corta distancia de los corrales y se metió por entre unos refugios de los que allí se agrupaban. Se detuvo para que los demás lo alcanzaran y luego el pequeño grupo cruzó la última de las chozas y continuó por la pendiente, fuera

del alcance de la vista de los que se hallaban en las tiendas. A su derecha tenían el mar, que era una masa oscura, y el sonido de las olas al romper contra las rocas de abajo les llegaba claramente a los oídos. Cuando Cato calculó que se hallaban paralelos a la jaula, los llevó de nuevo cuesta arriba, avanzando con mucho cuidado por entre los arbustos raquíticos y las rocas. Alguien gritó una advertencia y luego se dieron grandes voces, por lo que Cato se detuvo un momento hasta que se dio cuenta de que no podían haberlos visto. Al cabo de unos cuantos pasos más el terreno se allanaba y pudieron ver la jaula, a unos veinte pasos de distancia.

Más allá había una zona de terreno despejado y el lado de la tienda frente a la cual unos hombres habían formado una pantalla y rechazaban al torrente de rebeldes que pasaban por allí corriendo. De momento ninguno de ellos estaba pendiente de la jaula. Cato entornó los ojos y en el interior vio la forma oscura de una figura corpulenta apoyada contra los barrotes. La esperanza le aceleró el pulso y acto seguido sintió un estremecimiento de miedo al darse cuenta de que en la jaula sólo había una persona, que sin lugar a dudas era un hombre.

—¿Macro? —llamó.

La figura se movió y respondió con aspereza:

—¿Quién es?

Cato soltó un fuerte suspiro de alivio.

—Soy Cato.

—¿Cato? —la voz de Macro sonó crispada—. ¡Por todos los dioses, que sea verdad!

—Aguarda un momento —Cato se volvió a mirar a Ático—. Tú ven conmigo. Musa, Vulso, vosotros vigilad. Avisadme si viene alguien.

Cato se mantuvo agachado y cruzó rápidamente el terreno abierto, seguido muy de cerca por Ático. Estuvieron atentos a los rebeldes, pero ninguno de ellos miró en su dirección. Al llegar a la jaula, Cato arrugó la nariz al percibir el hedor de inmundicia humana. Se tumbó en el suelo junto a los barrotes, enfrente de Macro.

—Eres tú de verdad —dijo Macro con voz ronca—. Creía que me estaba volviendo loco. Sácame de aquí.

—¿Dónde está Julia?

—En la tienda. Áyax envió a buscarla. Primero hizo que la lavaran.

Cato sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—¿Acaso la ha...?

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa? —Macro meneó la cabeza—. Sácame de aquí e iremos y la rescataremos.

Cato examinó la puerta de la jaula.

—¡Está cerrada, maldita sea!

—¡Pues claro que está cerrada, joder! —exclamó Macro entre dientes—. ¿Crees que iba a seguir aquí metido si no lo estuviera?

Ático se rió.

—Es un buen cambio ver que eres tú el que está encerrado.

—¿Quién es ése que está contigo? —preguntó Macro—. ¿No será el soplagaitas de Ático?

—El mismo —repuso Ático con una sonrisa burlona.

—¡Joder, qué bien! —masculló Macro. Clavó la mirada en su amigo—. Cato..., gracias.

—¿No pensarías que iba a dejar que murieras aquí, éh?

Macro guardó un momento de silencio antes de responder:

—Hubo algunas veces que abandoné la esperanza. —Gracias por el voto de confianza.

Macro se rió con sequedad.

Cato agarró los barrotes de la puerta de la jaula, apretó los dientes e hizo fuerza para ver si podía abrirlos haciendo palanca. Soltó un resoplido amargo y abandonó el intento.

—Necesitamos la llave. ¿Quién la tiene?

—Uno de los guardias, ése de ahí —Macro lo señaló—. Si logro hacer que se acerque, ¿vosotros dos podréis con él?

—Tendremos que poder. —Cato se acuclilló detrás de Macro y le indicó por señas a Ático que permaneciera tumbado en el suelo.

Macro agarró los barrotes de la jaula, respiró profundamente y gritó:

—¡Guardia! ¡Guardia! ¡Ven aquí! —hizo una pausa, tras la cual repitió su grito al tiempo que agitaba los barrotes con más violencia.

Uno de los hombres que estaban junto a la tienda se volvió a mirar en su dirección y luego habló con el rebelde al que habían asignado la tarea de vigilar a Macro y a Julia desde que los capturaron. Éste cogió la lanza y se acercó a la jaula con desgana.

—¡No grites, romano!

—¡Que te jodan! —le espetó Macro, que volvió a sacudir los barrotes—. ¡Que os jodan a ti y a esa vieja bruja que tienes por madre!

El guardia se detuvo, profirió un gruñido de furia, echó a correr hacia la jaula y bajó la punta de su lanza.

—Mierda... —a Macro no le dio tiempo a mascullar nada más, porque la punta de lanza penetró entre los barrotes con un traqueteo y él tuvo que apartarse para esquivarla. Al momento agarró el asta de la lanza y la empujó hacia un lado. El otro extremo giró rápidamente y pilló al guardia desprevenido, por lo que lo hizo caer ruidosamente contra el lateral de la jaula. Macro soltó la lanza, sacó los brazos por la jaula, agarró al guardia por el cuello y tiró de él contra los barrotes, mientras el hombre se debatía entre los musculosos antebrazos de Macro.

—¡Cogedlo! —gruñó Macro—. ¡Antes de que se suelte!

Ático se levantó el primero, rodeó rápidamente el extremo de la jaula y se dejó caer con todo su peso sobre el guardia, dejándolo sin resuello al tiempo que Macro apretaba más su sujeción, ahogando al rebelde. Éste forcejeó con violencia un momento y después quedó inmóvil. Se oyó un grito que provenía de la dirección en que se encontraba la tienda de Áyax y Cato vio que los otros rebeldes estaban mirando hacia el otro extremo del terreno despejado. En cuanto cayeron en la cuenta de lo que ocurría, agarraron sus armas y empezaron a correr hacia la jaula.

—¡Coge la llave! —gritó Macro a Ático.

Cato volvió la mirada hacia Musa y Vulso y les hizo señas desesperadamente.

—¡A mí!

Ático le arrebató al guardia la correa del cuello, agarró la llave y la metió en la cerradura mientras los rebeldes corrían hacia ellos. En cuanto se oyó el chasquido del pestillo, Macro abrió la puerta de un empujón y cogió la lanza del guardia. Se puso en cuclillas e hizo girar el arma de modo que apuntara a los rebeldes en tanto que Ático y Cato desenvainaban las espadas. Macro profirió un rugido animal y se lanzó al ataque.

—¡Maldita sea, allá va otra vez! —dijo Cato entre dientes mientras se apresuraba detrás de su amigo, moviéndose hacia la derecha en tanto que Ático se dirigía hacia la izquierda. La furia del rostro de Macro debió de resultar evidente aun bajo el tenue resplandor del fuego que ardía frente a la tienda de Áyax, pues los rebeldes vacilaron y lo miraron con temor mientras preparaban sus armas. Ellos eran siete, ocho si se contaba a la vieja, que había cogido un hacha y corría detrás de los demás dando gritos furiosos.

Cato alzó la mirada y vio que los rebeldes hacían descender sus lanzas y que se cerraba el hueco entre los dos grupos de hombres. Los rebeldes se agacharon con los pies separados y equilibrados, con las lanzas preparadas, mientras que Macro y sus dos compañeros se abalanzaban al ataque y Musa y Vulso corrían con todas sus fuerzas para alcanzarlos.

—Cinco hombres contra siete lanzas y una loca con un hacha —Ático se rió—. ¡No están las cosas muy igualadas que digamos!

Se oyó un golpe fuerte cuando Macro paró la arremetida del primer hombre que se encontró. Sin dejar de correr, bajó el hombro y chocó contra el rebelde, que cayó de espaldas. Macro siguió corriendo, atravesó al siguiente que se le puso delante y entonces se detuvo, liberó el asta de la lanza de un tirón y apuntó con ella a los tres hombres que tenía delante, uno detrás de otro.

—¡Vamos! —gritó—. ¿Quién tiene agallas?

Cato tenía la mirada fija en el hombre que lo había elegido a él y que en aquellos momentos se le acercaba con la lanza baja. Arremetió contra el rostro de Cato, pero éste desvió la punta fácilmente con un golpeteo metálico. Cato entró a fondo y obligó al hombre a retroceder sin distanciarse de él, arremetiendo a golpes de espada contra el asta de la lanza, consciente de que con ello entumecería los dedos del rebelde. Un golpe más y la lanza cayó. El hombre se dio media vuelta y echó a correr. Cato dejó que se marchara y al darse la vuelta vio que Ático se hallaba enzarzado en un duelo con otro hombre, más ducho con su lanza de lo que había sido el oponente de Cato. Musa estaba en el suelo, herido en el muslo y rechazando desesperadamente los golpes de otro rebelde mientras la herida no paraba de sangrar. Vulso cargó contra su rival, desvió la lanza, le pegó un puñetazo al rebelde un momento antes de echar el brazo hacia adelante y clavarle la espada en el estómago y hasta el pecho, levantándolo del suelo. Al rebelde le fallaron las rodillas y se desplomó con un enorme desgarrón en el vientre por el que sobresalían sus intestinos ensangrentados.

—¡Musa! —gritó el legionario, dándose la vuelta para ayudar a su compañero.

Ya era demasiado tarde: la vieja se había acercado con sigilo por detrás del soldado herido y le propinó un hachazo en la coronilla. A Musa se le fue bruscamente la cabeza hacia delante y sus ojos parpadearon. Luego se le sacudió el cuerpo con violencia y cayó al suelo. La mujer arrancó el hacha con un grito de triunfo, se volvió hacia Macro, dirigió una mirada al cadáver de su hijo tendido junto a la jaula y profirió un gruñido. Cato se dispuso a avanzar, pero el hombre que había estado peleando

con Musa le impidió el paso. Macro estaba en peligro, de manera que no había tiempo de ceñirse a su adiestramiento y abatir a ese hombre con la espada. Cato se llenó los pulmones de aire y soltó un rugido al tiempo que se abalanzaba hacia él. El hombre afirmó los pies en el suelo para recibir el impacto y presentó la punta de su lanza. En el último instante, Cato se agachó, rodó por el suelo y al levantarse propinó un tajo en la pierna adelantada del rebelde. La hoja destrozó el hueso y el hombre soltó un grito cayendo ya al suelo. Cato no tenía tiempo de rematarlo, por lo que rodeó la jaula a todo correr para alcanzar a la vieja. Pero ella le llevaba una cabeza de ventaja y se arrojó contra Macro con el hacha en alto.

—¡Macro! —gritó Cato—. ¡A tu espalda!

Macro se dio media vuelta rápidamente con los dientes apretados y alzando el asta de la lanza para protegerse la cabeza. La hoja del hacha astilló el asta de la lanza, pero no la rompió. Macro soltó el arma destrozada, sujetó con fuerza a la mujer por su flaca muñeca al tiempo que el hacha volvía a descender. Logró esquivar el golpe, de manera que el hacha pasó silbando junto a su hombro y cayó en la tierra. Con la mano que le quedaba libre, la mujer intentó arañarle la cara a Macro al tiempo que le escupía y lo insultaba.

—¡Ya está bien! —Macro la agarró por el pelo y la sujetó con el brazo extendido. Ella le escupió y le clavó las uñas en las manos mientras trataba de darle patadas. Macro respiró hondo—. Ya me he hartado de ti —con la mano libre le propinó un puñetazo y la vieja se desplomó en el suelo. Macro agarró el hacha y se puso de pie junto a ella.

—¡Macro! —Cato le sujetó el brazo.

Macro miró a la vieja con odio y al cabo volvió la mirada hacia Cato.

—Se lo tenía merecido, créeme.

Al erguirse, Cato vio que Vulso había terminado con su oponente y se oyó un último choque de metal seguido de un golpe sordo cuando Ático mató al suyo. Los rebeldes supervivientes soltaron las armas y se adentraron en la noche a todo correr. Los soldados romanos se quedaron allí jadeantes un momento, tras el cual Vulso se arrodilló junto a Musa, cuya mirada ya vacía contemplaba el cielo estrellado.

—Está muerto —anunció Vulso.

Cato se volvió a mirar a Macro.

—Voy a buscar a Julia.

—Ten cuidado, muchacho, puede que haya más en la tienda. Vendré contigo.

Un repentino retumbo de cascos llegó a sus oídos y Cato y los demás se quedaron inmóviles.

—Ése será Áyax —Macro miró a Cato—. Será mejor que nos pongamos a cubierto.

—Sin Julia, no.

—¡No seas idiota! Los tendremos encima antes de poder sacarla de ahí —Macro lo agarró del brazo y tiró de él para alejarlo de la tienda y regresar al refugio que ofrecían los corrales—. ¡Vamos!

El estruendo de los cascos fue aumentando de volumen hasta que Cato notó el temblor a través del suelo. Por un instante, miró la tienda con desespero y luego echó a correr con Macro y los demás. Al cabo de un momento Áyax y su escolta cruzaron el campamento a caballo y giraron bruscamente hasta detenerse frente a la tienda. Áyax se deslizó del lomo de su caballo y espetó una orden:

—¡Quedaos en la silla!

Se dirigió a su tienda a grandes zancadas y apartó los faldones de golpe para entrar. Desde su posición a casi cincuenta pasos de distancia, Cato observaba con atención, temiendo por la vida de Julia, y al mismo tiempo con la esperanza de que los cadáveres que había junto a la jaula no se vieran en la oscuridad. Se tensó, como si se preparara para abalanzarse, pero Macro lo agarró del brazo.

—No te muevas, muchacho. O estaremos todos muertos.

Cato le dirigió una mirada fulminante a su amigo pero entonces, cuando recobró el sentido común, asintió con la cabeza. Aflojó la tensión de los músculos y se agachó más. Por un instante sólo hubo silencio en la tienda; luego los faldones volvieron a abrirse y Áyax salió llevando un pequeño arcón en una mano, en tanto que con la otra tenía agarrada a Julia por la muñeca. A Cato se le cortó la respiración al verla, hermosa como el amanecer incluso a esa distancia. Áyax tiró con fuerza de Julia y la hizo girar de manera que la muchacha perdió el equilibrio y se cayó a los pies de los hombres que estaban frente a la tienda.

—¡Súbela a un caballo, Kharim!

—Sí, general.

—Hazte cargo de ella. Protégela con tu vida, ¿entendido?

Kharim alargó la mano y, con la ayuda de los hombres que estaban en el suelo, tiró de la muchacha y la puso sobre sus muslos. Áyax volvió a montar en su caballo con el arcón agarrado contra el costado y tomó las riendas con la mano libre.

—¡Llévala a los barcos!

Cuando los miembros de la escolta hicieron avanzar sus monturas por el camino que conducía a la punta de la península, el gladiador echó un vistazo hacia la jaula, casi invisible en la oscuridad, y señaló a dos de sus hombres.

—Matad al romano y luego salid de aquí.

Entonces hizo dar la vuelta a su montura y la puso al galope por el camino para alcanzar al resto de su escolta. Cato los siguió con la mirada, tan acongojado que sentía el corazón como si fuera de plomo al ver que se llevaban a Julia lejos de él. Los dos hombres destacados para matar a Macro desmontaron, ataron las riendas en la barra que había junto a la tienda y se dirigieron a toda prisa hacia la jaula.

—En cualquier momento verán los cadáveres —susurró Macro.

Cato asintió con la cabeza.

—Necesitamos esos caballos. No deben escaparse. —Se levantó para quedarse en cuclillas y miró a los demás—. ¿Preparados?

Todos asintieron.

—¡Vamos!

Cato se abalanzó y echó a correr a toda velocidad hacia los dos rebeldes; Macro, Ático y Vulso se apresuraron a ir tras él. Se oyó un fuerte grito cuando uno de los rebeldes vio los cadáveres en el suelo. Aquella visión los distrajo por un momento y hasta el último instante no se dieron la vuelta hacia el suave sonido de unos pasos. La espada de Cato surgió de la noche y descendió para clavarse

en el hombro del rebelde más próximo, atravesándole el hueso. Mientras aquel hombre se desplomaba como una res, Macro asestó una estocada en el pecho al segundo, que soltó un débil gruñido, cayó al lado de su compañero y se retorció allí tendido a los pies de Macro. Cato envainó su arma y se volvió a mirar a Ático.

—Permaneced ocultos hasta que llegue Fulvio.

—No, señor —protestó Ático—. Podemos ayudar.

—Sólo hay dos caballos. Vosotros ya no podéis hacer nada más. Vamos, Macro —ordenó Cato mientras corría hacia los caballos atados.

—Espera un momento —Macro se detuvo a quitarle la túnica a uno de los cadáveres y se la puso rápidamente—. ¡Esto es otra cosa! ¿Cuál es el plan? —preguntó Macro, jadeando mientras corría al encuentro de su amigo.

—¿Plan? —Cato tomó las riendas del caballo más cercano—. Iremos tras ellos y liberaremos a Julia. O moriremos en el intento.

—Es bueno saber que lo has considerado tan detenidamente.

Se encaramaron enseguida a las sillas, tomaron las riendas e hicieron dar la vuelta a los caballos hacia el camino que Áyax y sus hombres habían tomado. Cato soltó un grito y estimuló a su montura con los talones hasta ponerla al galope. Era consciente de que suponía una locura intentar aquella persecución ellos dos solos, pero no podría vivir sabiendo que había dejado que Julia permaneciera cautiva del gladiador. Era imposible que Macro y él solos pudieran atacar a los más de veinte miembros de la escolta de Áyax, pero eso a él no le importaba. Se había agotado ya todo vestigio de razón y era el corazón el que impulsaba a Cato, cuyo único deseo era salvarla o morir en el intento. Se inclinó hacia el cuello del caballo y lo instó a seguir adelante. En su mente tenía grabada aquella última imagen de la joven, aterrorizada y vulnerable antes de que se la llevaran hacia la oscuridad.

El camino era ancho y muy trillado por generaciones de gentes del lugar que recorrían la península, tal vez para dejar una ofrenda en el santuario de una deidad local, o para nadar en una de las pequeñas calas que había a lo largo de la costa. Mientras Macro y él seguían cabalgando y escudriñando el camino que tenían delante por si divisaban alguna señal de su presa, Cato sólo podía conjeturar. Áyax había mencionado unos barcos. Debía de tener un plan para escapar. Cato tenía que encontrarlo antes de que pudiera ponerlo en práctica.

A su izquierda había una extensión de la bahía iluminada por las llamas de las cuatro embarcaciones que seguían ardiendo. Más allá, el campamento rebelde era un hervidero de figuras diminutas donde los soldados romanos se abrían paso a través de los refugios manejando sus espadas sin piedad. Cato echó un vistazo a la escena, pero enseguida la apartó de su pensamiento y continuó avanzando en la noche. Sabía el riesgo que corrían al galopar en la oscuridad por un terreno desconocido, pero los dedos sonrosados del amanecer ya empezaban a iluminar el horizonte y la ruta que tenían que seguir era apenas visible.

Cuando habían recorrido un kilómetro y medio desde el campamento, Cato vio una forma delante de él: otro jinete.

—¡Los estamos alcanzando! —gritó Macro.

Cato desenvainó la espada, aferró la empuñadura con fuerza y con la cara de la hoja golpeó la

grupa del caballo. Cato notó entre sus muslos el temblor de las ijadas del animal, que aceleró un poco más y fue acercándose al rebelde. Por delante de aquel hombre surgieron más figuras de la oscuridad y Cato sintió que una fría determinación afirmaba su resolución.

Se encontraba a no más de diez pasos por detrás de su objetivo cuando el hombre se volvió a mirar por encima del hombro. Se quedó un momento mirando a sus perseguidores y luego le gritó algo al hombre que tenía delante, quien también se volvió a mirar, lo mismo que otro. Frenaron sus monturas, que al aflojar el paso se quedaron atrás, y desenvainaron las espadas. Mientras tanto, Cato se acercó al hombre que iba el último, mirándolo de hito en hito. Cuando ya casi estaban a la misma altura, el rebelde lanzó una cuchillada con la espada. Cato apretó los muslos y echó el peso de su cuerpo a un lado, con lo cual su caballo se tambaleó, pero permaneció en pie y la hoja hendió el aire con un silbido.

—¡Ahora me toca a mí! —gruñó Cato, que propinó una estocada que alcanzó al rebelde en el costado, justo por encima del cinturón. La punta de la espada atravesó la túnica, la carne y el músculo antes de penetrar en sus intestinos; entonces Cato recuperó la hoja de un tirón. El jinete soltó su arma y se agarró el costado al tiempo que se inclinaba hacia delante en la silla. Cato continuó cabalgando. Macro ya lo había adelantado. Los dos rebeldes se habían colocado de costado para bloquear a Macro y a Cato. Sostenían las hojas listas para arremeter. Macro hincó los talones en su montura y fue directo hacia ellos. Su cabalgadura hizo lo que se le mandaba hasta el último instante, cuando intentó detenerse y dar media vuelta, por lo que su flanco chocó contra el costado de uno de los caballos y la pierna del jinete quedó atrapada entre los dos animales. El hombre soltó un grito ahogado, pero, antes de que pudiera recuperarse, Macro arremetió contra su brazo armado y le abrió un profundo tajo en la carne por encima del codo. Al hombre se le cayó la hoja de la mano y su caballo retrocedió con un tambaleo y abandonó el camino al trote, adentrándose en los arbustos que crecían a ambos lados del mismo.

Macro volvió la vista atrás cuando el otro hombre arremetía ya contra él. Logró parar el golpe, pero la hoja rebotó y alcanzó a su caballo en el cuello, debajo de las orejas. El animal soltó un relincho agudo de inmediato y se empinó sobre las patas traseras coceando con las delanteras. Macro salió despedido hacia atrás. Fue derribado de la silla y voló por los aires antes de estrellarse contra el suelo de costado. Vio un breve destello de luz cuando se golpeó la cabeza contra el camino pedregoso y soltó una brusca exhalación que dejó su cuerpo sin resuello. Le costó ponerse a cuatro patas y sacudió la cabeza para que se le aclarara la vista.

Macro oyó que el rebelde chasqueaba la lengua para calmar a su nerviosa montura mientras la conducía poco a poco hacia el romano abatido. Macro vio las patas del caballo que retumbaban en el suelo hacia él y el brillo apagado de su espada a unos cuantos pasos de distancia. Se lanzó hacia ella, agarró la empuñadura y rodó por el suelo por debajo del caballo. El vientre del animal apareció sobre él, Macro empujó la espada hacia arriba y crispó el rostro cuando el arma alcanzó su objetivo y la sangre le salpicó la cara. El caballo profirió un relincho de dolor y se abalanzó hacia delante. Un casco golpeó el camino junto a la cabeza de Macro y el jinete trataba con desesperación de calmar a su montura. Una forma oscura apareció junto a él y Cato hundió la espada en la parte baja de la espalda del rebelde. Medio enloquecido ya por el dolor, el caballo herido se alejó del camino al

galope y descendió por la pendiente hasta que tropezó. Caballo y jinete cayeron rodando por entre las rocas y las aulagas, y al cabo de un momento se hizo el silencio.

Macro se puso de pie como pudo. Aún estaba mareado y sacudió de nuevo la cabeza para intentar desprenderse de aquella sensación mientras avanzaba tambaleándose hacia el hombre al que había herido en el brazo. El rebelde seguía sentado en la silla, gimiendo sin dejar de agarrarse la herida con la mano. No vio a Macro hasta que fue demasiado tarde para escapar. Macro tomó las riendas del caballo y apuntó al hombre con la espada.

—Si quieres seguir con vida, desmonta.

El rebelde asintió con la cabeza, pasó la pierna torpemente por encima de la silla y se dejó caer al suelo por el otro lado de la montura. Entonces retrocedió rápidamente. Macro lo observó con recelo y, cuando el rebelde estuvo a una distancia prudencial, envainó la espada y sujetó un momento el caballo antes de montarlo. El animal era asustadizo y Macro le habló con calma, chasqueó la lengua y lo hizo avanzar al paso para ir a reunirse con Cato.

—¿Estás bien? —preguntó Cato con preocupación.

—Perfectamente. Vamos.

Espolearon a sus monturas y retomaron la persecución. La breve escaramuza les había hecho perder terreno, y mientras cabalgaban por el sendero estrecho Cato no dejó de mirar hacia delante con atención en busca de algún indicio del enemigo. La ruta serpenteaba a lo largo de la espina dorsal de la península y Cato esperaba divisar al gladiador y su séquito en cada uno de sus recodos. Sin embargo, no había ni rastro de ellos y en la mente de Cato empezó a tomar forma una duda terrible. Entonces, el camino llegó a lo alto de una leve elevación del terreno desde donde se divisaba la península que se extendía cierta distancia por delante. Vacía.

—¡Mierda! —espetó Cato con los dientes apretados.

—¿Dónde se han metido, por el Hades? —gruñó Macro—. ¿Cómo podemos haberlos perdido? ¿Cómo?

—Deben de haber abandonado el camino principal —decidió Cato maldiciéndose a sí mismo—. Tenemos que dar media vuelta.

Dio un tirón a las riendas y retrocedió al trote por donde habían venido sin dejar de mirar a un lado y otro observando con atención. Al cabo de unos cuatrocientos metros, encontró lo que buscaba y que, antes, cuando pasaron por allí al galope tendido, no habían visto. Un sendero pequeño salía del camino y serpenteaba pendiente abajo. Rápidamente, abandonaron la ruta principal y siguieron el camino que zigzagueaba entre rocas y árboles raquíuticos. Por debajo de ellos sólo oían el débil murmullo de las olas en la costa y luego el sendero se abrió a lo alto de un pequeño acantilado, antes de doblar sobre sí mismo abruptamente y seguir pendiente abajo hacia una extensión de playa.

Cato oyó unos gritos y el sonido apagado del entrecuchar de las armas. A no más de unos cientos de pasos de distancia mar adentro, vio la silueta de un pequeño buque de guerra romano que reconoció como una de las liburnas. Unas cuantas embarcaciones más pequeñas se hallaban apiñadas en torno a su casco y Cato enseguida cayó en la cuenta de lo que estaba sucediendo.

—¡Mierda, ése es el buque de guerra que embarrancó! Los rebeldes lo están capturando.

Enfilaron el sendero con los caballos y los espolearon para seguir adelante. Sólo tuvieron que

recorrer una corta distancia y Macro y Cato salieron a una estrecha franja de arena. La playa tenía poco más de un centenar de pasos de ancho y un puñado de chozas abandonadas se amontonaban al pie del acantilado. Los rebeldes habían dejado sus caballos al borde del agua. Quedaban unas cuantas embarcaciones pequeñas y los dos romanos bajaron de la silla y corrieron por la arena hacia ellas. Ninguna de las dos tenía vela, sólo remos. Cato agarró el costado del bote más cercano.

—¡Ayúdame!

Afirmó los pies en el oleaje y tiró del bote para meterlo en el agua, en tanto que Macro agarraba el otro extremo y lo empujaba. Se arrastró tercamente por la arena hasta que una ola pequeña lo levantó y entre los dos lograron sacarlo de la costa. Empujaron hasta que el agua les llegó a la cintura y entonces se encaramaron por el costado. Cuando Cato alzó los remos en las chumaceras y Macro se sentó pesadamente en la popa, los últimos sonidos de lucha se apagaron. La débil luz del amanecer se filtraba por la bahía y Cato ocupó su asiento en el banco central y empezó a remar desesperadamente hacia la liburna. Si el buque de guerra todavía estaba varado, los rebeldes no escaparían.

Cato sabía que Macro y él se enfrentaban a una muerte segura en cuanto alcanzaran la embarcación. Rezó con todas sus fuerzas para que al menos pudieran matar al gladiador antes de morir y para que Julia pudiera encontrar algún modo de escapar en medio de la confusión. Miró por encima del hombro y vio que había acortado distancias con la liburna. Entonces se quedó inmóvil y miró con más atención. El barco cabeceaba con el oleaje.

—Creí que habías dicho que había encallado —comentó Macro.

—Así era. La tripulación debe de haber logrado sacarlo justo antes de que los rebeldes subieran a bordo.

Cato cayó en la cuenta de que los infantes de marina debían de estar muertos y de que los marineros y remeros se hallaban a las órdenes de Áyax y de sus seguidores. Cato empezó a remar de nuevo con todas sus fuerzas, pero el oleaje castigaba su pobre técnica y sus frenéticos golpes de remo y hacía que éstos fallaran a ambos lados, hasta el punto que en una ocasión hasta sacó uno de los remos de la chumacera.

Cuando se hallaban ya a unos cincuenta pasos de la liburna, Macro vio que las oscuras palas alargadas de los remos del buque de guerra se hundían en el agua. Dieron una palada, se alzaron, describieron un arco y volvieron a hundirse en el mar, haciendo avanzar lentamente la embarcación de líneas elegantes.

—Se han puesto en marcha —anunció en voz baja.

—¡No! —gimió Cato mientras redoblaba sus esfuerzos con desesperación—. No. Por favor, dioses, no.

La liburna fue aumentando el ritmo gradualmente y empezó a deslizarse por el agua con un balanceo para abandonar la bahía de Olous, aumentando la distancia entre ella y Cato. Él continuó remando frenéticamente y con los brazos doloridos por el esfuerzo. La silueta de la liburna se escoro y la nave mostró su popa. Entonces Cato tuvo la horrible certeza de que ya no había posibilidad de alcanzarla. Soltó los remos, se puso de pie, se dio media vuelta y afirmó las piernas separadas en el suelo del bote, al tiempo que se llevaba las manos a la boca para hacer bocina y gritar:

—Julia!... Julia!

Hubo una pausa tras la que oyó la voz de la joven que le respondía:

—¡Cato! ¡Ayúdame!

Y entonces la voz se apagó.

Un par de figuras aparecieron en la barandilla de popa de la liburna: Áyax, que llevaba a Julia agarrada del brazo. El gladiador gritó en tono burlón:

—La has perdido, Cato. La has perdido para siempre.

—Julia!

—Ahora es mía. Mía, para hacer lo que se me antoje con ella. Recuérdalo. Recuerda la venganza de Áyax todos los días del resto de tu vida.

—¡No! —de los labios de Cato arrancó un grito desenchajado—. ¡No!

De pronto, la mano que Julia tenía libre se alzó en el aire. En ella se percibió un brillo metálico que descendió con fuerza y se clavó en el hombro de Áyax. Éste retrocedió con un bramido de sorpresa, dolor y furia y miró el peine que le sobresalía del hombro. Se llevó la otra mano a la herida de forma instintiva y soltó a Julia, quien de inmediato se arrojó por encima de la barandilla de popa y cayó ruidosamente al mar. La liburna ya estaba adquiriendo velocidad, y cuando la cabeza de Julia apareció por encima del agua, jadeando, la distancia entre la joven y la popa del buque de guerra era cada vez mayor. Cato se había apresurado a cogerlos remos de nuevo y dirigía a toda prisa la pequeña embarcación hacia la muchacha, quien batía el agua con frenéticas brazadas para ir hacia ellos.

Áyax se había arrancado el peine ensangrentado y permanecía allí de pie, mirando hacia el mar con furia. No podía hacer nada para evitar que la joven escapara. Para cuando lograra dar la vuelta al buque de guerra y poner rumbo a la playa de nuevo el bote, ya habría alcanzado la costa y sus enemigos habrían escapado en los caballos que allí seguían. Además, uno de los trirremes romanos ya enfilaba la bahía para acudir en ayuda de la liburna que había encallado.

Cuando el bote se aproximó a Julia, Macro se dirigió rápidamente a proa, se asomó por la borda y le tendió el brazo. Julia se agarró a la muñeca de Macro, que tiró de ella para acercarla, tras lo cual extendió la otra mano para sujetar a la joven por las axilas y alzarla.

—¡Arriba, señorita! —exclamó con un resoplido al tiempo que la subía por la borda—. Ya la tengo, Cato. Da media vuelta y regresa a la playa tan rápido como puedas.

Cato hizo dar la vuelta a la pequeña embarcación y empezó a remar en dirección a la costa esperando que en cualquier momento el buque de guerra virara hacia ellos. Sin embargo, la liburna seguía avanzando hacia la embocadura de la bahía. Los remos se hundían en el agua y la nave surcaba el mar a un ritmo constante, alejándose rápidamente del pequeño bote. Áyax se quedó un rato en la barandilla de popa y después se dio media vuelta y desapareció de la vista.

—Estamos a salvo —dijo Macro con alivio.

Cato bajó los remos y se volvió para abrazar a Julia, que avanzó a trompicones hacia el centro del bote y se arrojó a sus brazos. Durante unos instantes reinó la quietud en la pequeña embarcación. Cato estrechó a la joven con fuerza, apretando la mejilla contra su cabeza y respirando profundamente. Macro desvió la mirada hacia la liburna, que desapareció en torno a la pequeña isla

situada en el extremo de aquella península rocosa y se adentró en el mar.

Capítulo XXXIII

Tres días después, Sempronio contempló los restos del campamento rebelde mientras que, acompañado de su escolta, cabalgaba hacia la playa donde se estaban reparando las embarcaciones que quedaban. El resto de la flota de grano había zarpado el día anterior para dirigirse directa a Roma, donde el cargamento debía llegar a tiempo de evitar la hambruna e impedir que la plebe tuviera una excusa para causar disturbios. Pese al alivio y la alegría que le supuso el hecho de que hubieran rescatado a su hija, las inevitables repercusiones de una revuelta tan grave como la que había tenido lugar en la isla agriaban el talante de Sempronio. El senador no tenía la menor duda de que no cabía esperar una gran recompensa por parte del emperador por haber salvado la flota de grano y, por consiguiente, haber mantenido la paz en las calles de Roma. Se habían perdido cuatro barcos en el ataque y los funcionarios encargados del granero imperial, indefectiblemente, presentarían una queja contra aquellos a los que consideraban responsables de la recuperación de la flota. De un modo u otro, era inevitable una reprimenda oficial. Sempronio suspiró. Estar al servicio de Roma resultaba una tarea ingrata en ocasiones y tenía que contentarse con saber que había servido a su emperador lo mejor posible, a pesar de haber perdido cuatro embarcaciones.

La pérdida del grano era lo de menos, reflexionó. Pasarían años antes de que la provincia de Creta se recuperara del terremoto y de la revuelta de esclavos subsiguiente.

Aunque se había puesto fin a la revuelta, aún había que ocuparse de algunos asuntos desagradables. El centurión Fulvio y sus hombres no habían tenido clemencia con los rebeldes y todavía se estaban enterrando sus cadáveres en enormes fosas cavadas en el terreno pedregoso en torno a la bahía. Había miles de cuerpos, de hombres, mujeres y niños. A los supervivientes los habían enviado de vuelta a Gortina en largas cuerdas de presos vigilados por los despiadados soldados de las legiones, que se mostraban implacables con los que se rezagaban o se caían a la cuneta. Sempronio los había adelantado de camino a Olous: hileras de cautivos con expresiones sombrías ahora que habían sido devueltos a la esclavitud tras haber probado brevemente la libertad. Estaban destinados a permanecer recluidos en un campamento especial en las afueras de la ciudad hasta que se pudiera identificar e informar a sus propietarios. Si éstos estaban muertos, los esclavos pasarían a ser propiedad del emperador y serían subastados. La suma de dinero recaudada, menos la elevada comisión que había que pagar al subastador, se enviaría al tesoro imperial en Roma. Sempronio sonrió con amargura al pensar que al menos en Roma alguien sacaría provecho como consecuencia de la revuelta.

Más funesto aún era el destino que aguardaba a los esclavos que habían sido identificados como los cabecillas o a los que habían capturado armados. Éstos se hallaban retenidos en Olous pendientes de embarcar rumbo a Roma, donde serían ejecutados en la arena. Se rumoreaba que Claudio estaba planeando un espectáculo gladiatorio en un lago artificial que se construiría a las afueras de Roma. Una recreación de la batalla de Accio con barcos a escala reducida y miles de condenados para tripular las flotas. Sempronio estaba seguro de que la contribución de Creta sería bien recibida y de que a los rebeldes se les encomendaría un papel que los dejaría con muy pocas posibilidades de sobrevivir.

A Sempronio lo amargaba el hecho de que Áyax hubiese escapado. Tendría que haber sido torturado y ejecutado delante de sus seguidores. Todas las vejaciones que había infligido a su hija le hubieran sido devueltas con creces. Por suerte, de momento los detalles eran vagos y el informe de Cato había sido muy escueto en su descripción del período de cautiverio de Julia y Macro. Sempronio estaba agradecido por ello. Intentaba no dejar que su imaginación llenara las lagunas del relato de Cato, pues eso le resultaba insoportablemente desagradable y le provocaba un dolor como el que no había experimentado desde la muerte de su esposa, la única otra persona a la que había amado sin reservas.

Sempronio se consoló pensando que al menos Julia estaba viva y a salvo. La joven estaba con Cato en su campamento de Olous y eso hizo que a Sempronio le costara aún más redactar las órdenes que había enviado a Cato. No obstante, sabía que debía autorizar una persecución de Áyax con la máxima rapidez. El emperador lo exigiría. Por lo tanto, los centuriones Macro y Cato tenían que seguir el rastro a Áyax y capturarlo o matarlo, tanto a él como a sus seguidores. Una vez finalizada la situación excepcional, Sempronio había revocado el ascenso temporal a tribuno de Cato, quien había recuperado su rango normal. Las órdenes que había dictado informaban a Macro y a Cato de que iban a actuar con toda la autoridad del gobernador de Creta en este asunto y de que todos los funcionarios romanos con los que se encontraran tenían la obligación de prestarles cuanta ayuda les fuera posible. Había que eliminar por completo y sin piedad a Áyax y todo lo que éste representaba, para que así todos los habitantes del Imperio supieran el destino que esperaba a los esclavos que se alzaban en contra de sus amos. Se requisaron dos de las liburnas de la escuadra de Balbo, así como dos centurias de legionarios. El centurión Fulvio ya se había quejado y sin duda intentaría revolver las cosas entre Sempronio y el legado de Egipto. Sería una pena, reflexionó el senador. El siempre le estaría agradecido a Petronio por su apoyo, y juraba por Júpiter, el Mejor y Más Grande, que algún día devolvería el favor a su viejo amigo.

Mientras tanto, se dirigió directamente a la tienda de mando para reunirse con su hija. Después de abrazarse, Sempronio la sujetó con los brazos extendidos y la observó en busca de cualquier indicio de herida, o de un dolor más profundo en su mirada. Julia le sonrió.

—Estoy bien, padre. De verdad. No hace falta que me mires de esta forma.

Volvió a estrecharla entre sus brazos porque no confiaba en ser capaz de contener las lágrimas de la alegría que lo embargaba. Al final se apartó de la joven.

—Bueno, dime, ¿dónde está ese joven pretendiente tuyo?

—Abajo en la bahía, con Macro, abasteciéndolos barcos. —Julia hizo una pausa y miró a su padre con seriedad—. ¿Debe marcharse? ¿Tan pronto?

—Sabes que es así —repuso Sempronio con firmeza—. Es su deber.

—El deber —Julia esbozó una sonrisa triste—. Siempre el deber. Es una maldición, eso es lo que es.

Su padre asintió con aire compungido.

—Siempre es la maldición de aquellos que sirven al Imperio con distinción, cariño. Y ahora, venga, vamos a buscarlo.

Las dos liburnas estaban más allá de los barcos de grano dañados, y cuando Sempronio y Julia se

acercaron a caballo a los buques de guerra vieron que los soldados estaban cargando los últimos pertrechos. Los legionarios, vestidos únicamente con las túnicas, subían a bordo armas de repuesto, equipo, raciones y agua por las estrechas planchas tendidas desde los bajíos hasta las cubiertas. Macro y Cato estaban en la playa consultando mientras comprobaban la entrada de provisiones en una gran tablilla encerada. Cuando se percataron de que se acercaban el gobernador y su escolta, se dieron media vuelta para saludarlo.

Sempronio desmontó y se dirigió hacia ellos con paso resuelto.

—Me alegra verte de nuevo, Macro. Temía que se me negara el placer.

Macro había adelgazado y su tez aún se estaba pelando a consecuencia de la prolongada exposición al sol. Avanzó para estrechar el brazo que Sempronio le tendía.

—Soy duro de pelar, señor. Siempre lo he sido y siempre lo seré.

—¡Pues no sabes cómo me alegro!

Intercambiaron una sonrisa y luego Sempronio se volvió a mirar a Cato.

—¿Te importaría que tuviera una breve charla con Macro antes de hablar contigo?

—No, señor —repuso Cato, que torció levemente el gesto y se dirigió a Julia—. Puedes venir a sentarte conmigo.

Caminaron hacia el otro lado de la última remesa de provisiones apiladas en la playa y se sentaron en la arena. Julia apoyó la cabeza en el hombro de Cato y él la rodeó con el brazo. Permanecieron un momento en silencio, demasiado conscientes de la inminencia de su separación. Al final Julia masculló:

—No es justo.

—No.

—¿Tienes idea de cuánto tiempo pasarás fuera?

—Eso depende más bien de Áyax. Pero iré a buscarte a Roma en cuanto lo capturemos o lo matemos. Lo juro.

Julia asintió con la cabeza pero no dijo nada, y Cato supo que se estaba esforzando por no demostrar sus sentimientos. Cato dirigió alguna que otra mirada hacia el senador y Macro y los vio enzarzados en una seria conversación. Sempronio sujetaba el brazo de Macro y parecía estar rogándole que compartiera un punto de vista. Al principio Macro dio la impresión de mostrarse renuente, pero entonces, tras dirigir una breve mirada hacia Cato y pensarlo un momento, accedió y sellaron el trato con un apretón de manos.

—¡Cato, Cato! —Sempronio le hacía señas para que se acercara.

Julia y él se levantaron y caminaron por la playa para reunirse de nuevo con los demás. Macro tenía una expresión seria y Sempronio miró a Cato con gravedad.

—He tenido que tomar una decisión difícil, Cato, una decisión que al principio tal vez te cueste aceptar —empezó a decir Sempronio—. Sin embargo, según mi criterio, esta misión tiene más posibilidades de éxito contigo al mando.

—¿Yo? —Cato se lo quedó mirando y luego desvió la mirada hacia Macro—. No es posible.

—Eso dice él —replicó Macro—. Y tiene razón. Yo estoy de acuerdo con el senador.

—¿Por qué? —Cato se sentía apenado por la situación. Él siempre había presupuesto que en años

venideros estaba destinado a ser el subordinado de Macro. Era lo lógico. Macro se lo había enseñado todo sobre la vida militar. Era en la experiencia y cualidades de Macro como soldado en las que Cato se fijaba cuando necesitaba tomar ejemplo. Se volvió a mirar a Sempronio—. Es un honor, señor, pero no puedo aceptarlo. Macro es mi superior.

—Sí, lo es, en muchos sentidos —admitió Sempronio—. Aun así, esta tarea requerirá más habilidades, más circunspección que cruda marcialidad. Es por eso que te he elegido a ti. —Metió la mano en la pequeña bolsa que llevaba colgada del cinturón y sacó un rollo—. Ésta es tu carta de nombramiento que te asciende al rango de prefecto.

—¿Prefecto? —Cato no salía de su asombro. Dicho rango le allanaba el terreno para que le adjudicaran el mando de una cohorte auxiliar.

—Está sujeto a la aprobación del emperador, por supuesto —continuó diciendo Sempronio—, pero espero poder persuadir a Claudio para que decrete permanente el ascenso. Si alguien se lo merece, ése eres tú. Enhorabuena.

Se estrecharon el brazo brevemente y entonces Macro dio un paso adelante.

—A mí también me gustaría darle la enhorabuena —esbozó una sonrisa—, señor.

Aquella palabra se clavó en Cato como si fuera un cuchillo. Eso no estaba bien. No era lógico. Se obligó a devolverle la sonrisa.

—Gracias..., por todo.

Macro asintió y acto seguido agitó el pulgar y señaló la liburna más alejada.

—Mis muchachos ya han terminado. Les diré que boten la nave, si le parece bien, señor.

—Sí —asintió Cato—, lo que tú digas.

Macro suspiró, le hizo un gesto admonitorio con el dedo, dio media vuelta y se dirigió a grandes zancadas hacia la plancha de su barco.

—Es un buen hombre —comentó Sempronio—. Tienes suerte de tenerlo como amigo.

—Lo sé, señor.

Sempronio se volvió a mirar a Cato y, tras un momento de silencio, le preguntó:

—¿Tienes idea de adonde se dirige el gladiador?

Cato respondió afirmativamente con la cabeza.

—En cuanto zarpó —dijo—, advertimos que el barco viraba hacia el sur, señor. Rumbo a África.

—Entiendo. —Sempronio carraspeó y se irguió—. Ya tienes las órdenes, prefecto. Ocúpate de que se lleven a cabo.

—¡Sí, señor! —Cato se cuadró y saludó.

Al darse la vuelta vio que ya se habían subido a bordo los últimos pertrechos. No podría despedirse de Julia en la intimidad. La tomó de las manos y notó que temblaban entre las suyas, pues la joven estaba haciendo todo lo posible por evitar que las lágrimas afluyeran a sus ojos. Cato se inclinó y la besó alargando un instante el roce de sus labios. Entonces le soltó las manos, enfiló la pasarela y dio la orden de zarpar al capitán del trirreme.

De pie en la pequeña cubierta de popa, Cato observó a los marineros, infantes de marina y legionarios apiñados a popa para alzar la proa en tanto que los remeros armaban los remos. Entonces, cuando el flautista empezó a marcar el ritmo, los remos impulsaron la embarcación para

alejarse de la playa hacia el agua más profunda. Cuando tuvieron espacio para maniobrar, el capitán del trirreme hizo retirar a los infantes de marina y los marineros volvieron a sus puestos habituales. El capitán se volvió a mirar a Cato.

—¿Cuáles son sus órdenes, señor?

Cato miró a cubierta, consciente de las atentas miradas de los soldados que estaba a punto de dirigir en la misión más difícil y peligrosa que iban a realizar nunca. Se aclaró la garganta.

—Comunica al otro barco que zarpamos. En cuanto salgamos de la bahía pondremos rumbo a África.

—A la orden, señor.

El capitán del trirreme hizo bocina con las manos y transmitió la orden por el trecho de mar que separaba las dos embarcaciones. Cato se volvió a mirar hacia la costa. El senador y su hija seguían allí donde los había dejado y Sempronio saludó con la mano a Cato al ver que lo miraba. Cato, consciente de su nuevo rango y responsabilidad, se limitó a saludar con la cabeza y a continuación se dio media vuelta. En aquel momento juró para sus adentros que sería digno de la confianza del senador y, lo que era más importante aún, de su amigo Macro. También juró que no descansaría hasta que el gladiador estuviera muerto y él pudiera regresar al lado de Julia.

Nota histórica

Esta novela empezó a cobrar vida en un viaje que hice a Creta hace unos cuantos años. Después de haber agotado la lista más obvia de emplazamientos de la antigua Grecia, aproveché la oportunidad de explorar los restos de la ciudad romana de Gortina, que fue destruida por un gran terremoto a mediados del siglo I. Sólo una pequeña parte se halla dentro del emplazamiento oficial al pie de la acrópolis. El resto se extiende por los campos del otro lado de la carretera principal y es al pasear por los olivares cuando uno puede hacerse a la idea de la ciudad tan grande e imponente que era la capital de la provincia.

Mientras caminaba tranquilamente por entre las ruinas, se me ocurrió que la fecha del terremoto coincidía con bastante precisión con el regreso de Macro y Cato de sus aventuras en Judea y Siria. ¿Y si se vieran envueltos en el caos que siguió al terremoto? ¿Qué efectos tendría semejante acontecimiento en una provincia como Creta? Al considerar las posibilidades, caí en la cuenta de que una de las principales víctimas de un desastre natural es el orden social. Aparte de las rebatiñas habituales para conseguir recursos y del colapso de la ley y el orden, estaba el tema de cómo habría reaccionado la población de esclavos de la isla ante la oportunidad de escapar de su condición. Así pues, concebí la idea de una rebelión de esclavos. Para conseguir algo, los esclavos necesitarían a un cabecilla carismático; algún tipo de guerrero. Naturalmente, esto sugería un gladiador. Pero yo quería un hombre motivado por el odio a Roma en general y a Macro y Cato en particular. Tardé unas cuantas semanas en encontrar a mi villano. Tal como hago siempre que me quedo estancado en algún punto del argumento, saqué a pasear al perro por los restos de la ciudad romana de Venta Icenorum, a aproximadamente un kilómetro y medio de mi casa. Iba rodeando las murallas y a mitad del camino me acordé de *Áyax*, de su angustia durante la ejecución de su padre y del destino terrible que le esperaba cuando fue condenado a la esclavitud al final de *La profecía del águila*. He aquí a un hombre en cuyo pecho las llamas oscuras de la venganza arderían con virulencia, sin duda alguna.

La institución de la esclavitud desempeñaba un papel importante en la sociedad y en la economía del Imperio Romano, y en los primeros años de la república. La expansión masiva del poderío romano por el Mediterráneo que se inició en el siglo III a. C. condujo a la esclavización de cantidades ingentes de hombres, mujeres y niños de los pueblos sometidos. A finales de siglo, hasta un tercio de la población de Italia la formaban los esclavos. Muchos de ellos eran conducidos en tropel a las vastas fincas agrícolas cada vez más características del paisaje rural cuando los ricos compraron las pequeñas granjas que habían quedado descuidadas mientras sus propietarios pasaban años ausentes en campañas.

Bajo el yugo de la esclavitud, la existencia era con frecuencia opresiva. La inmensa mayoría de esclavos estaban condenados a una vida de trabajo en condiciones duras y sometidos a una disciplina brutal. Éste era especialmente el caso de los que trabajaban en las minas, en las obras de construcción o en el campo, que a menudo iban encadenados unos a otros. Los esclavos se dividían en dos categorías: los que constituían una propiedad privada y los que eran propiedad del Estado. Estos últimos tendían a ser los más afortunados, pues no era tan probable que los vendieran y se les permitía un derecho limitado a tener propiedades. De los esclavos particulares se decía que

formaban parte de la «familia» del propietario; si servían en la casa formaban parte de la «familia urbana», en tanto que si trabajaban en el campo se les denominaba «familia rústica». Las condiciones de vida podían ser infernales para cualquier esclavo. Había un romano adinerado, Publio Vedio Polio, que en las fiestas que daba tenía la costumbre de arrojar esclavos a una piscina llena de anguilas que comían carne humana a modo de «entretenimiento» para sus invitados. No hay duda de que Polio era algo así como un sádico. Un ejemplo más representativo de un propietario de esclavos nos lo proporciona el historiador romano Plutarco, quien describe a un hombre que de manera rutinaria azotaba a sus esclavos por el más mínimo fallo y que intentaba por todos los medios crear una atmósfera de envidia y desconfianza latentes entre ellos.

Así pues, no es ni mucho menos sorprendente que desde el principio los esclavos se resistieran a su esclavitud con nimios actos de desafío, intentos de fuga (muchos de los cuales tenían éxito) y levantamientos aislados, algunos de los cuales supusieron un grave peligro para Roma, en particular los que tuvieron lugar en Sicilia y los que encabezó Espartaco en la península italiana. No obstante, sería un error suponer que entre la población de esclavos existía un sentido universal de resistencia. Una serie de factores minaban cualquier tendencia hacia una especie de conciencia de clase. En primer lugar, los esclavos formaban un grupo heterogéneo en términos de su origen e idioma, un hecho del que sus amos se aprovechaban procurando que estuvieran separados de sus compatriotas tanto como fuera posible. En segundo lugar, los que habían nacido siendo esclavos no tenían ningún recuerdo de haber sido privados de la libertad y carecían de una tierra natal a la que poder regresar. En tercer lugar, la institución en sí misma era jerárquica y los esclavos a quienes las cosas les iban relativamente bien intentaban distanciarse de los demás en lugar de actuar como un cuadro de dirigentes para los desafectos.

Como consecuencia de ello, casi todos los levantamientos se producían de forma aislada y pocas veces eran algo más que bandidaje. Sin embargo, si ocurría un acontecimiento que afectaba a la población general, entonces se daban las condiciones óptimas para una forma de rebelión más ambiciosa. Pensé que el terremoto de Creta proporcionaría exactamente las circunstancias adecuadas en las que podría producirse un levantamiento semejante. Con un líder como Áyax, una rebelión como ésta supondría una gran amenaza para el Imperio por el ejemplo que supondría para otros esclavos. El recuerdo del gran gladiador-general Espartaco podría reavivarse en los corazones y mentes de los esclavos de Roma.

La lucha de gladiadores era una de las tradiciones que los romanos heredaron de los etruscos. Al principio los gladiadores luchaban como parte de un sacrificio sangriento ritual en los funerales, pero en la desenfrenada atmósfera política de los últimos años de la república, los políticos ambiciosos empezaron a organizar exhibiciones de combate gladiatorio para ganar el apoyo del pueblo. Fue el primer emperador, Augusto, quien inició la práctica de celebrar luchas de gladiadores sin ninguna otra razón que servir de entretenimiento de masas para la plebe romana. Los emperadores posteriores siguieron el mismo proceder, algunos de ellos ofreciendo espectáculos en los que morían miles de luchadores cada vez. Los gladiadores eran reclutados de entre las filas de guerreros capturados, delincuentes condenados e incluso algunos voluntarios que aspiraban a conseguir fama y fortuna en la arena. El entrenamiento se llevaba a cabo en escuelas especiales para gladiadores

donde los reclutas se sometían a un duro régimen destinado a aumentar su fuerza y agilidad antes de adiestrarlos en uno de los papeles especializados que, en el caso de Áyax, era el de luchador muy bien armado. Si bien algunos gladiadores cosechaban un gran número de seguidores entre los entusiastas de la arena de un modo muy parecido a los boxeadores o estrellas de cine modernos y cabía la posibilidad de que con el tiempo se ganaran la libertad, la mayoría de ellos estaban destinados a sufrir una herida que los dejaría lisiados o a morir. En semejantes circunstancias, es una grata ironía el hecho de que hombres como Espartaco fueran capaces de utilizar su adiestramiento en contra de sus antiguos amos con tanto éxito.

Por último, quizás algunos lectores se pregunten por qué no se hace ninguna referencia a la isla que actualmente se llama Spinalonga. El motivo es que la primera mención histórica de la isla señala que antes formaba parte del extremo de la península de Kolokitha y yo me he atenido a esta descripción.

Simón Scarrow

FIN

Agradecimientos

Una vez más, mi más sincero agradecimiento a mi esposa, Carolyn, por poner a prueba cada uno de los capítulos tal como salían del procesador de textos. También a mi agente, Meg, y a la que sin duda es una de las mejores editoras del ramo, Marion, que siempre se las arregla para refrenar mis excesos e indicarme el camino hacia un relato más escueto y nítido. Por último, muchísimas gracias a mi hijo Joe, quien ya posee unos conocimientos enciclopédicos de la serie y de este modo evitó que cometiera un error muy embarazoso. Joe, eres un hacha.



Simon Scarrow es un escritor inglés nacido en Lagos (Nigeria) en 1962. Su hermano Alex Scarrow también es escritor.

Tras crecer viajando por varios países, Simon acabó viviendo en Londres, donde comenzó a escribir su primera novela tras acabar los estudios. Pero pronto decidió volver a la universidad y se graduó para ser profesor (profesión que recomienda).

Tras varios años como profesor de Historia, se ha convertido en un fenómeno en el campo de los ciclos novelescos de narrativa histórica gracias a dos sagas: Águila y Revolución.